

---

*Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan. Tomo II*

Alonso Ramos (autor)

Gisela von Wobeser  
(coordinación y estudio introductorio)

---

México  
Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas  
(Serie Documental 31)

Primera edición: 1689

Primera edición impresa: 2017

Primera edición electrónica en PDF: 2017

ISBN de PDF 978-607-02-9436-5 (obra completa)

ISBN de PDF 978-607-02-9438-9 (tomo II)

<http://ru.historicas.unam.mx>

---



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

---

2019: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en <http://ru.historicas.unam.mx>.

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.

---



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



REPOSITORIO  
INSTITUCIONAL  
HISTÓRICAS  
UNAM



# Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan. Tomo II

Alonso Ramos

*Coordinación y estudio introductorio*  
**Gisela von Wobeser**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO







**Los prodigios de la Omnipotencia  
y milagros de la gracia en la vida  
de la venerable sierva de Dios  
Catarina de San Juan**

**Tomo II**

# INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Serie Documental / 31



ALONSO RAMOS

**Los prodigios de la Omnipotencia  
y milagros de la gracia en la vida  
de la venerable sierva de Dios  
Catarina de San Juan**

**Tomo II**

**GISELA VON WOBESER**  
**coordinadora de la edición**  
**y estudio introductorio**



Universidad Nacional Autónoma de México

2017

Ramos, Alonso, autor

*Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la vida*

*de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan*

/ Alonso Ramos; Gisela von Wobeser, coordinadora de la edición

y estudio introductorio

3 tomos.– (Serie Documental; 31)

ISBN 978-607-02-9436-5 (Obra completa)

ISBN 978-607-02-9438-9 (Tomo II)

1. Catarina de San Juan-aproximadamente 1614-1688.

I. Título. II. Serie

CT558.CE R34 2017

Esta obra se realizó con el apoyo de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM, a través de su Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT).

Primera edición: 1690

Primera edición, UNAM: 2017

DR © 2017. Universidad Nacional Autónoma de México

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria

Coyoacán, 04510. Ciudad de México

+52(55)5622-7518

[www.historicas.unam.mx](http://www.historicas.unam.mx)

ISBN 978-607-02-9436-5 (Obra completa)

ISBN 978-607-02-9438-9 (Tomo II)

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México



## **Coordinación de la edición**

Gisela von Wobeser

## **Transcripciones**

Carolina Aguilar García

Leopoldo Basurto Hernández

Javier Dávila

Gabriela Espinoza Vázquez

José Humberto Flores Bustamante

Elsa García Ávila

Claudio García Ehrenfeld

Berta Gilabert

Ligia Guerrero Jules

Mía Menéndez Motta

Jorge Luis Merlo Solorio

Wendy Morales Prado

Vera Moya Sordo

Brenda Tierrafría

Abraham Villavicencio García

Gisela von Wobeser

## **Notas**

Berta Gilabert

Javier Dávila

## **Revisión de textos**

Jorge Luis Merlo Solorio

Agradecemos al Centro de Estudios de Historia de México Carso por habernos facilitado la obra original sobre la que se basa el presente estudio.

## Índice del tomo segundo

Segunda parte de los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan

[Escritos y documentos preliminares]

Dedicatoria al virrey de la Nueva España, Gaspar de Sandoval Cerda Silva y Mendoza, conde de Galve, por ALONSO RAMOS	21
<i>Parecer de fray Juan de Gorospe</i>	29
<i>Licencia del virrey conde de Galve</i>	32
<i>Parecer del padre Joseph Vidal</i>	32
<i>Licencia del arzobispo de México Francisco de Aguiar y Seijas</i>	40
<i>Licencia del provincial de la Compañía de Jesús Ambrosio Odón</i>	41
<i>Carta del reverendo Ambrosio Odón</i>	41
<i>Prólogo, por Alonso Ramos</i>	51
<i>Protesta del autor</i>	54

### LIBRO SEGUNDO

*De sus virtudes morales, subordinación a los confesores, poder que tuvo contra los demonios y lo que debe la monarquía de España a la eficacia de sus oraciones*

<b>CAPÍTULO 1</b>	59
<b>De su heroica humildad</b>	
1. Cuán bajamente sentía de sí, comparándose con las bestias y los demonios, n. 1	59
2. Cómo la verdadera humildad la sacaba victoriosa de los demonios y de sus astucias, n. 7	64
3. Efectos y prueba de su verdadera humildad, n. 11	67
<b>CAPÍTULO 2</b>	69
<b>Prosigue lo heroico de su humildad. Deseos de ser despreciada del mundo y temores de su condenación</b>	
1. Cómo en los desprecios la humildad la hizo hija de san Ignacio, hermana de san Alejo en el espíritu e imitadora de Cristo Jesús, n. 13	69



2. Temores de esta sierva de Dios, hijos de su verdadera humildad; combatidos del infierno para desordenarlos, n. 17	74
3. Cómo el Señor la conservó en su santo temor con conocimientos de nuestra santa fe, y visiones de la muerte y de la eternidad, n. 19	77
<b>CAPÍTULO 3</b>	<b>80</b>
<b>Prosiguen los temores humildes de su condenación y el juicio que hizo de la salvación de los que mueren en la Compañía de Jesús</b>	
1. Se propone su sentir y una singular doctrina que le dio el Señor acerca de esta materia; y de lo uno y de lo otro se infiere una conclusión prudentemente probable, para consuelo de los padres y hermanos de la Compañía de Jesús, n. 22	80
2. Prosigue la misma materia, ponderándose la importancia de la perseverancia con noticias particulares de expulsos y novicios de la Compañía de Jesús, n. 31	86
3. Se confirma lo dicho por la oposición que hace a esta doctrina el infierno, y noticias particulares de las almas de la Compañía en el purgatorio, n. 36	89
<b>CAPÍTULO 4</b>	<b>93</b>
<b>Del conocimiento de su indignidad para los favores del cielo y cuán bien estuvo no admitir el nombre de hija ni esclava de María santísima</b>	
1. Cómo engrandecía Dios su humildad con multiplicados favores, n. 41	93
2. Favor especial de Cristo crucificado a esta su sierva, en que se verificó lo profundo de su humildad y grandeza de su propio conocimiento, n. 44	95
3. Cómo con el conocimiento de su indignidad se resistía a los favores de la Señora: se privó de la dulzura de sus sagrados pechos y preciosa leche, y no admitió el renombre de hija, ni esclava de María, n. 47	97
4. Cómo ensalzó y engrandeció Dios el concepto de su indignidad, mostrándole un alto y misterioso trono de gloria que la esperaba, n. 50	100



<b>CAPÍTULO 5</b>	<b>102</b>
<b>Prosigue el conocimiento de su indignidad, ensalzado con singulares y multiplicados favores del cielo por no haber admitido el título y renombre de esposa y esclava de Jesús</b>	
1. Singulares y fuertes batallas de Catarina con Dios amante, por no ser tan favorecida de su divino amor restado a engrandecerla, n. 53	102
2. Cómo ensalzaba Dios su humildad y crecía ésta con las finezas extraordinarias del divino amor, n. 58	106
3. De otros señalados favores con que la engrandeció y ensalzó el divino esposo, comunicándole muchas de las gracias y mercedes con que ha ilustrado a sus santos, n. 61	109
 <b>CAPÍTULO 6</b>	 <b>112</b>
<b>Prosigue el conocimiento de su indignidad y cómo le franqueó Dios el tesoro de su sabiduría por haber rehusado el título de esposa</b>	
1. Continúan las finezas del divino amor desde los brazos de su santísima madre, en otras repetidas batallas que tuvo su misericordiosa liberalidad con la humildad de su sierva, n. 64	112
2. Cómo saliendo Dios en estas batallas victorioso, dejaba al alma tanto más favorecida, cuanto ella se mostraba más humillada y rendida, n. 67	114
3. De otros muy señalados favores que recibió por humilde y por el título de amada de Dios, que admitió prudente cuando rehusó el de esposa y esclava, n. 69	116
 <b>CAPÍTULO 7</b>	 <b>119</b>
<b>De su mortificación y penitencia</b>	
1. Cómo imitó a Cristo hasta verse crucificada en dos cruces, n. 73	119
2. De algunas de sus penitencias y artificios que usaba para castigar su cuerpo sin riesgo de la pegajosa plausibilidad, n. 76	122
3. Del ejercicio riguroso de sus disciplinas que moderaban sus confesores y los ángeles, y cuán provechosas eran para el mundo sus penitencias, n. 78	124
4. De sus ayunos y mortificación de sentidos y potencias, n. 82	127

<b>CAPÍTULO 8</b>	131
<b>De su perfecta obediencia a los preceptos de la ley de Cristo y a los consejos evangélicos</b>	
1. Cómo por la virtud de la obediencia mereció el renombre glorioso de hija en espíritu del gran patriarca san Ignacio, n. 88	131
2. Prosigue la materia de su obediencia a los preceptos divinos y sujeción a sus confesores, n. 93	138
3. Prosigue la misma materia y perfecta resignación en el divino querer, n. 97	141
<b>CAPÍTULO 9</b>	146
<b>De su perfecta obediencia a los consejos evangélicos y cómo se subordinaba en las inspiraciones del cielo y en la frecuencia de sus comuniones al parecer del padre espiritual</b>	
1. De la ciega y discreta obediencia con que se subordinaba al parecer de sus confesores en todas las cosas y con especialidad en las inspiraciones del cielo, n. 104	146
2. Prosigue la misma materia y con más particularidad de la subordinación a sus padres espirituales en la frecuencia de los sacramentos, n. 110	152
<b>CAPÍTULO 10</b>	159
<b>De la luz que tuvo del cielo, y de lo que le costó perseverar en las iglesias de la Compañía de Jesús</b>	
1. Cómo fue Dios con especialidad maestro de esta su querida esposa, y varios modos con que se le comunicaba la divina luz, n. 118	159
2. De los efectos que causaban en la sierva de Dios las divinas ilustraciones, y del cordial afecto que tenía al nombre de Jesús y a toda la más sagrada familia, n. 122	163
3. Del afecto especial que tuvo a nuestro padre san Ignacio y a sus santos hijos, y de lo mucho que le costó perseverar en las iglesias de la Compañía de Jesús, n. 127	167
<b>CAPÍTULO 11</b>	172
<b>De su invencible paciencia y cómo la ejerció Dios por sí, por sus confesores y por el mundo</b>	
1. De los grandes deseos de padecer que le comunicó el Señor y cómo le predijo su Majestad los trabajos futuros con varias visio-	172

nes y profecías de la venerable madre María de Jesús, y del venerable y apostólico varón fray Juan Bautista, su primer confesor, n. 133	
2. Cómo la ejercitaba el Señor por sí con desamparos, y de los muchos maestros de espíritu que le dio para bien de ellos mismos y mayor ejercicio de la sierva de Dios, n. 138	177
3. De lo que padeció con la variedad y muchedumbre de confesores, n. 144	181
 <b>CAPÍTULO 12</b>	 186
<b>Prosigue la materia de su paciencia en el ejercicio de muchos confesores, y de lo que padecía con los demonios en el confesionario</b>	
1. Varios motivos por que suele ocultar Dios a los confesores los secretos de las conciencias de sus penitentes, n. 150	186
2. Prosigue la misma materia y varias trazas con que el infierno procuraba apartarla de sus confesores, n. 156	190
3. De otros medios con que procuraba el infierno apartarla de la obediencia y cuán fiel amigo tenía en Dios para la perseverancia, n. 161	195
 <b>CAPÍTULO 13</b>	 199
<b>Prosigue la materia de su paciencia en el deseo de tener un solo padre espiritual y lo que le costó el conseguirlo</b>	
1. De la conveniencia y necesidad de maestro en el camino del espíritu, y por qué difirió Dios esta felicidad por mucho tiempo a su sierva, n. 166	199
2. De varias trazas que usó el infierno para apartarla del dictamen de perseverar con un solo padre espiritual, y del especial odio que tiene el Demonio a san Ignacio y sus iglesias, n. 173	206
3. Del daño que reciben o pueden recibir las almas que a un mismo tiempo quieren ser gobernadas por muchos confesores, y con especialidad en el ejercicio de virtudes y frecuencia de sacramentos, n. 177	210
4. Cómo se valía el Demonio de los varios pareceres de confesores para apartarla de la obediencia y frecuencia de los sacramentos, n. 184	216

<b>CAPÍTULO 14</b>	220
<b>De lo que padeció en las enfermedades</b>	
1. Cómo la prevenía el cielo para las enfermedades con noticias de las celestiales asistencias, y de lo mucho que había de padecer en ellas por Dios y por el mundo, n. 188	220
2. De la enfermedad que padeció el año de mil seiscientos y setenta y cuatro. Se propone como ejemplar de las frecuentes y misteriosas enfermedades con que regalaba Dios a su sierva, y de los avisos que le daba en ellas la eterna sabiduría, n. 193	225
 <b>CAPÍTULO 15</b>	 233
<b>De lo mucho que padecía con los demonios de día y de noche</b>	
1. Se apuntan por mayor las batallas que sustentó esta esclarecida virgen contra el infierno desde su niñez, y cuán asistida era del cielo para triunfar de sus enemigos, n. 202	233
2. De la crueldad con que la perseguían de día y de noche en su casa, y cómo salía siempre triunfante la sierva de Dios con repetidas victorias, asistida de la divina gracia, n. 208	238
3. De otros más extraordinarios martirios que ejecutaban en esta valerosa alma los infernales espíritus, n. 215	243
 <b>CAPÍTULO 16</b>	 248
<b>Del grande poder que tuvo contra los demonios</b>	
1. De cómo y cuánto les aterraba con sus virtudes y ahuyentaba con su imperiosa voz, n. 220	248
2. Del grande poder que tenía contra los demonios para ahuyentarlos de las casas de la ciudad y quitarles las almas que tenían cautivas, n. 225	252
3. De otro triunfo que consiguió contra el infierno en favor de las religiosas, con que se confirma el poder que tenía la sierva de Dios sobre las infernales potestades, n. 232	259
4. Del poder que tenía la sierva de Dios en el mar contra los demonios, defendiendo las reales flotas, n. 236	263

<b>CAPÍTULO 17</b>	267
<b>Del valor de sus oraciones para la extensión y la defensa de la cristiandad y monarquía católica</b>	
1. De algunas visiones particulares con que manifestó Dios lo que valía la intercesión de esta su sierva, para la conservación y extensión de la monarquía de España, y especial cuidado que tenía su divina majestad con nuestros reyes y señores, n. 239	267
2. Prosigue la misma materia, y de algunas batallas de la Europa en que se halló esta sierva de Dios en espíritu auxiliando a los españoles, con especialidad en Flandes y Mecina, n. 244	274
3. Del valor de su intercesión en la defensa de los puertos de Nueva España, n. 247	277
<b>CAPÍTULO 18</b>	281
<b>Prosigue la misma materia del valor de su intercesión en las muertes del excelentísimo e ilustrísimo señor doctor don Diego Osorio de Escobar y Llamas, obispo de Puebla de los Ángeles; marquesa de Mancera; duque de Veraguas; y otros caballeros que han ilustrado con su noble y cristiano proceder a estos reinos de Nueva España</b>	
1. Muerte feliz del excelentísimo e ilustrísimo señor doctor don Diego Osorio de Escobar y Llamas, obispo de Puebla de los Ángeles, asistido de la sierva de Dios hasta verle glorioso en el cielo, n. 250	281
2. De la venida a las Indias e inopinada muerte del excelentísimo señor duque de Veraguas, n. 253	284
3. Previsión de la muerte de la señora marquesa de Mancera, vi-reina de Nueva España, y cómo la asistió la sierva de Dios con sus oraciones hasta el último trance de la vida, n. 258	288
4. De otros caballeros particulares que experimentaron el valor de la intercesión de esta sierva de Dios, n. 261	292
<b>CAPÍTULO 19</b>	294
<b>De otros casos particulares que manifiestan lo admirable del valor de su intercesión, y con especialidad de su espiritual asistencia a la flota que llegó a la Nueva España en el año de mil seiscientos y ochenta y siete</b>	
1. De lo que debieron algunos de los ladrones y otros delincuentes a las oraciones de la venerable Catarina de San Juan, n. 263	294

2. Prosigue la materia del valor de su intercesión para con otros necesitados y malhechores que se valieron de sus oraciones, n. 269 302
3. De otros casos particulares que demuestran que la sierva de Dios era el refugio común de los fieles en sus necesidades, y de la especial eficacia de sus oraciones para con sus bienhechores, n. 273 307
4. De cuán favorable fue a la flota que entró en el puerto de la Nueva Veracruz el año de mil seiscientos y ochenta y siete, la asistencia espiritual de esta sierva de Dios, acompañada de doña Juana Morales de Irazoqui, n. 286 317
5. Prosigue su viaje la flota del año de mil seiscientos y ochenta y siete hasta entrar con felicidad en el puerto de la Nueva Veracruz, y de su vuelta a España con la asistencia de las dos esclarecidas vírgenes: Catarina de San Juan y doña Juana Morales de Irazoqui, n. 293 324

## **CAPÍTULO 20** 332

**De lo que ayudó la sierva de Dios Catarina de San Juan con sus oraciones y sumo padecer a la extensión de la fe en todo el universo, y con especialidad en este nuevo orbe del Occidente; y de la previsión y espiritual asistencia con que favoreció a los españoles en el alzamiento del Nuevo México**

1. Previas noticias de lo mucho que obraba Dios por la intercesión de esta esclarecida y prodigiosa virgen en todo el mundo entre herejes y gentiles, y con especial patrocinio a este dilatadísimo imperio occidental y postrer ángulo del universo, n. 301 332
2. Noticias de las nuevas cristiandades del Japón, China y Mogor, con que aumentó Dios su santa Iglesia por la intercesión y oraciones de esta esclarecida virgen, n. 304 335
3. De la previsión y asistencia espiritual de esta sierva de Dios a los españoles en el alzamiento de los indios en el Nuevo México, n. 312 341

## CAPÍTULO 21

De otras muy particulares noticias que ilustran y dan a conocer la nueva y extendida cristiandad del Occidente por la intercesión de la sierva de Dios, en las misiones pertenecientes a los padres misioneros de la Compañía de Jesús en esta Nueva España e Islas Filipinas	346
1. Varias visiones de la extensión de la católica Iglesia en el gentilismo, con que consoló Dios a Catarina en la tribulación que le causó la pérdida del Nuevo México, n. 316	346
2. De otras singulares noticias y misteriosas visiones que tuvo la sierva de Dios de la extensión de la fe y triunfos de la gracia, verificadas en las Islas Filipinas, Marianas y en la provincia o nación tarahumara, pertenecientes a las misiones de la Compañía de Jesús en esta Nueva España, n. 320	350
3. Prosigue la misma materia y se confirma el valor de su intercesión con algunos singulares casos y otras prodigiosas ilustraciones, y de las muertes de los padres misioneros Diego Ortiz Foronda y Manuel Sánchez, n. 328	357
4. Fin de la segunda parte con una misteriosa y prodigiosa visión en que, según parece, se confirma en gran parte lo dicho en todo este segundo libro, n. 338	367
Índice de las cosas notables que se contienen en este segundo libro	375





SEGUNDA PARTE DE LOS PRODIGIOS  
DE LA OMNIPOTENCIA Y MILAGROS  
DE LA GRACIA EN LA VIDA DE LA  
VENERABLE SIERVA DE DIOS  
CATARINA DE SAN JUAN



## DEDICATORIA AL VIRREY DE LA NUEVA ESPAÑA, GASPAR DE SANDOVAL CERDA SILVA Y MENDOZA, CONDE DE GALVE

Excelentísimo señor: No era menester que diera más razones de su elección el afecto, cuando es desde luego notoria la heroicidad y nobleza del objeto a que lo lleva su inclinación; y si a los pies de vuestra excelencia busca el mío, con la más ilustre sombra a su defensa, las más seguras luces de su patrocinio, sobrado era averiguarle proporciones a mi oferta por el título, materia y sujeto de este libro, pues que para su protección sin andar mendigando más razones, sobran títulos sólo en la grandeza de vuestra excelencia, a quien dando glorioso vuelo lo amable de su benignidad generosa, aun con los más pequeños se sabe siempre proporcionar, como sea para favorecer. En solas tres palabras cifró allá Tobías *el Anciano*<sup>1</sup> todo lo que podía ponderar en muy prolijas recomendaciones, cuando lo entregaba al amparo de su patrocinio, no menos que un hijo al arcángel Rafael: le había éste, con rebozo<sup>2</sup> sagrado de misterio, nombrado por padre suyo no sé qué Azarías,<sup>3</sup> cuya grande nobleza debía de ser en aquella tierra tan realzada, tan notoria y tan conocida, como si acá en nuestra Europa dijéramos: “desciendo de los Silvas, de los Sandovalos y de los Mendozas”. Y apenas el anciano padre oyó aquel nombre, cuando muy seguro le entregó en su protección a su hijo, sin decirle más que tres palabras: *ex magno genere es tu*: eres de gran linaje.<sup>4</sup> Pues no tengo más que decirte que cuanto pudieran solicitar en prevenidos ruegos mis temores, todo me lo aseguran de tu nobleza los timbres,<sup>5</sup> sobradas serán a tu recomendación mis palabras si corren eficazmente mudas tan heroicas obligaciones por tus venas, y para que la prenda de mi corazón, que te ofrezco, tenga toda la protección que le deseo en tu patrocinio, me basta a mí saber cuánta es la grandeza que colorea de gloriosos esmaltes tu sangre: *ex magno genere es tu*.

---

1 Tobías el anciano es Tobit en la *Nueva Vulgata*.

2 Ocultamiento, embozo.

3 La entrega de Tobías al arcángel Rafael se halla en Tobías 5, 9-17. Específicamente, en 5, 13 se expresa: *Ego sum Azarias Ananiae magni filius, ex fratribus tuis*, “Soy Azarías, hijo del gran Ananías, uno de tus hermanos”.

4 En la *Nueva Vulgata* aparece en Tobías 5, 14, con la variante: *Tu frater meus es et de genere bono et optimo*. En la *Vulgata* aparece en Tobías 5, 19, tal y como se indica en este texto.

5 El “timbre” es el yelmo o remate que se coloca sobre los escudos de armas y que denotan el grado dentro de la nobleza.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

Así he hablado señor, en persona del anciano Tobías, temeroso de apropiarse a mi pluma el celebrar de la excelsa casa de vuestra excelencia los reales blasones, que o ya por gloriosa descendencia derivados, o ya por reunidos en casamientos a la sangre real de Castilla, León, Aragón y Francia, bien han menester las ilustres fatigas de mejor pluma que la mía, que alcanzando con su vuelo a los confines todos de la Europa, escoja de toda ella la mayor nobleza si ha de celebrar de la casa de vuestra excelencia los timbres, que si esparcidos por las edades<sup>6</sup> han dado siempre tan copiosa como heroica materia a las historias, recogidos después por el diligente historiador de la casa de los Silva, aún en dos grandes volúmenes no caben.<sup>7</sup> No caben, dije, o porque el tropel glorioso de heroicas proezas estrechó oprimida en concisiones a la brevedad, o porque llegando sólo a rayar en los arreboles primeros de las niñeces y juventud, con que vuestra excelencia, héroe ya desde el albor primero, en los puestos correspondientes a su sangre, empezó desde luego a desadeudarse de tantos heredados ilustres empeños, a precio bien cumplido de relevantes personales prendas en el palacio de nuestro mayor monarca y señor, que Dios guarde.<sup>8</sup> Que ni menos escuela bastaba a las niñeces de tan gran príncipe, ni palestra menos gloriosa, sería proporcionada a ejercitar la juventud que se destinaba ya a los más soberanos y aún regios empleos. Pero en fin, el historiador, porque no le dio más el tiempo, deja a vuestra excelencia gentilhomme de la cámara de su majestad, con la llave en la mano, si antes impedida su entrada a las pocas fuerzas que le daban los años, después concedido ya su ejercicio a la mejor eficacia de sus méritos, y parar aquella pluma dejando a vuestra excelencia con la llave en la mano, aún más que para penetrar con tan sublime cargo al sagrado soberano de los reales retretes, fue decirnos que tenía vuestra excelencia en su mano adquirida ya la llave para entrar en el templo de la fama, donde si tanta atesoraron en heroicas proezas sus generosos ascendientes, vuestra excelencia las va copiando ya, como lo vemos, lo aplaudimos y lo gozamos, mudada la llave por felicidad de estos reinos en bastón, aunque manejando mejor con lo amable y pacífico de su gobierno la llave de los corazones. Y si tan aprisa va vuestra excelencia acumulando nuevo tropel de glorias a su

---

6 Épocas.

7 Se refiere a la obra de Luis de Salazar y Castro, *Historia genealógica de la Casa de Silva: donde se refieren las acciones más señaladas de sus Señores, las fundaciones de sus Mayorazgos y la calidad de sus alianzas matrimoniales*, publicada en dos tomos en Madrid, Melchor Álvarez y Mateo de Llanos, 1685.

8 Se refiere a la presencia del conde de Galve como cortesano en el palacio de Carlos II y a los servicios públicos realizados.

casa, dije bien, que en dos volúmenes no caben las grandezas de la casa de Silva, pues al paso que se van volviendo las hojas de los días, va vuestra excelencia previniendo nuevo realzado argumento a los volúmenes de su historia. Y ¿cómo podría alcanzar mi pluma a su celebridad, cuando de tan grande materia aun la oprime sólo la insinuación?

En su antigüedad siempre venerable hallo a los grandes historiadores, que conspirando en las veneraciones, se compiten entre reñidas controversias. Los unos buscando entre los godos lo más heroico y los otros averiguando entre los romanos lo más sublime, y todos haciendo así más plausible el elogio que a la casa de Silva dio el antiguo Juan Ruiz de Saa,<sup>9</sup> cuando dijo que: *Naom se acha entre a gente mais antiga generacâm.*<sup>10</sup> Le discurren los unos ocho siglos de grandeza, desde Alderedo, príncipe godo, que en tiempo del rey don Ramiro primero tuvo la dignidad de conde Palatino, por los años de 840. Los otros con más heroico vuelo hallan el origen de los Silvas, aun antes que el de los romanos, desde aquel tan célebre Eneas Silvio, hijo del gran troyano Eneas y fundador de la antigua Alba Longa, quedando desde allí por Rea Silvia sus dos insignes nietos Rómulo y Remo, de la que había sido selva en la contingencia del nacimiento de Silvio, hicieron que naciera la más populosa ciudad para ser cabeza del orbe, desde donde partiendo Rómulo con la ciudad el nombre y el apellido con su familia, logró así, que con la mayor ciudad compitiera de glorias la selva, dándole ésta tantos Silvios cónsules, pretores y tribunos a sus tribunales políticos, como militares Silvios que llenaron de triunfos sus ejércitos, derivándose continuado este glorioso apellido por los siglos, sin dejarse de oír el renombre de Silvios o Silvanos, en todos los primeros empleos y más honrosos puestos de los palacios de los emperadores de Oriente, como discurre y prueba de propósito Juan Bautista Labaña,<sup>11</sup> siguiendo con iguales veneraciones este origen mismo otros doce historiadores que cita don Luis de Salazar y Castro, entre ellos el doctor Salazar de Mendoza,<sup>12</sup> con razón venerado en la historia, y nuestro Juan Luis de la Cerda,<sup>13</sup> tan por todos títulos aclamado en la erudición. Pero ceñido a más escrupulosa puntualidad de noticias, don Luis de Salazar y Castro le averigua origen no menos glorioso a tan heroica

---

9 Posiblemente João Ruiz de Saa, historiador y genealogista portugués del siglo xvii.

10 "No se halla entre los pueblos más antigua stirpe."

11 Reconocido cosmógrafo de Felipe II.

12 Pedro Salazar y Mendoza (1549-1629), sacerdote secular, historiador y genealogista.

13 De la Cerda fue un religioso jesuita (1558-1663) cuya labor gramatical, literaria y docente fue la base del Siglo de Oro español.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

genealogía, trayéndola por continuada línea desde el primer don Fruela rey de León,<sup>14</sup> por su insigne hijo el infante don Pelayo Peláez.<sup>15</sup> Desde donde siendo ya tan sublime el vuelo, fue tomando la familia de los Silvas con tanta heroicidad el remonte,<sup>16</sup> que pudiendo dignamente en cada uno de sus descendientes empezar las cabales glorias de una gran casa, atropadas todas en los que nuevos los siguen, han venido a juntar en una casa los decorosos lustres de la mayor nobleza que venera toda la Europa.

Ello, señor, pareció desde luego presagio dichoso de la casa de vuestra excelencia, que cuando los más esclarecidos linajes se contenta nuestra lengua con llamarlos del latín *estirpes* o *plantas*, por lo que de un tronco ilustre brotan, se elevan y se suben heroicas ramas. La genealogía de vuestra excelencia, pareciendo poco expresiva voz llamarla sólo *estirpe*, desde luego se apellidó Silva, como que previniese que no ciñéndose a lo que puede brotar de muchas ilustres ramas una planta sola, se había de ilustrar esta familia con tantas generosas plantas, que mereciese el renombre, no ya de *estirpe*, sino de Silva, no de un árbol sólo, aunque fecundo productor de nobles, sino de toda una selva de príncipes. Así lo admira la Europa, si atiende sólo al esplendor nativo de la casa de vuestra excelencia y así lo venera, si atiende lo que tan heroicamente ha adquirido. En lo nativo, después de tantos títulos y casas muy ilustres, tienen la baronía de Silva diez grandes de Castilla. Y en lo adquirido salen ya del número, cuanto las casas se exceden en la grandeza que acopiando sus luces al esplendor de los señores duques de Pastrana,<sup>17</sup> se han sublimado tanto que intentar numerarle lo que abraza en la Europa de linajes grandes sería querer contar los ramos a una grande selva. Y así afirma el citado don Luis de Salazar: “Sólo en la línea de los duques de Pastrana, ha habido de cien años a esta parte, diecisiete casamientos de herederas y las cinco de casas, a que está unida la grandeza de Castilla, siendo alguna de tal magnitud —que según Salazar de Mendoza— tiene en España noventa mil vasallos, en ochocientas villas y lugares”. [Apostilla: Libro 16, capítulo 2] Insinúa aquí, ¡Oh cuanto [hay] de grandeza en la excelsa casa de los señores duques del infantado, que por la excelentísima señora doña Catarina Gómez de Sandoval Mendoza de la Vega y Luna, unidas a la gran casa de Silva, hacen en vuestra excelencia salir tan de madre

---

14 Fruela II, rey de León (874-925).

15 Pelayo Peláez parece ser el nieto y no el hijo de Fruela II. El padre de Pelayo es Aznar Fruela.

16 Encumbrarse.

17 Ducado creado por Felipe II en 1572 a favor de Ruy Gómez de Silva.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

la avenida a [la] que conspiran raudales tan copiosos de glorias, que no hallándose orilla el elogio sólo pueden caber en los senos de una muda veneración! *Dichosa descendencia*, diré yo, con duplicados títulos lo que de sola la del infantado, dijo el maestro fray Antonio de Heredia:<sup>18</sup> “Dichosa descendencia, cuyas líneas tocan en toda la nobleza de España y Europa sin duda alguna. Y así podemos decir que en nuestro marqués de Santillana (tronco ilustrísimo de los señores del infantado) se cumplió lo que dice el Espíritu Santo: *Potens in terra erit semen eius, generatio rectorum benedicetur: gloria et divitiae in domo eius*.<sup>19</sup> [Apostilla: *Historia de Nuestra Señora de Sopedran*, libro 5, capítulo 2]

Tan heroico esplendor, tanta sublimidad, tanta grandeza es la que halló vuestra excelencia prevenida en su dichosa cuna. Favor inestimable, mas que parece que le embargó a vuestra excelencia la gloria de adquirirla; pero será sin duda más glorioso timbre que sea vuestra excelencia quien, ya que no pudo ganarle la grandeza a su casa, le adelante los ventajosos excesos con que se sublima al ápice de la celsitud más gloriosa. Forzoso me es, dar aquí las puntuales palabras del historiador de la casa de Silva: “Excede —dice— también esta familia a todos los otros linajes, en el número de grandes que hoy tienen su baronía en Castilla. Porque siendo los que más grandezas gozan el de Henriquez, el de Portugal y el de Acuña, ninguno pasa de tres grandezas que son: el primero el almirante de Castilla, el marqués de Alcañizos y el conde de Alva de Liste. Del segundo, el conde de Oropesa, el conde de Lemos y el duque de Veraguas. Y del tercero, el duque de Escalona, el duque de Osuna y el duque de Uzeda. Pero la casa de Silva tiene cuatro grandes, que son el duque de Pastrana, el duque de Híjar, el marqués de Aguilar y el conde de Galve, que se cubre en calidad de marqués de Mondejar”. [Apostilla: Libro 1, capítulo 3] He dado las palabras algo prolijas, porque con ellas no es menester muy prolija calculación para reconocer quién gana las ventajas a la casa de Silva. Tres a tres está en las grandezas con los otros ilustres linajes de su baronía. Pues, ¿quién es el cuarto grande, que en competencia tan gloriosa adelanta los excesos en la grandeza? “El conde de Galve, que se cubre en calidad de marqués de Mondejar.” ¡Oh!

---

<sup>18</sup> Abad del convento de Santa María de Monserrat de Madrid, así como autor de una versión de la obra de fray Basilio de Arce, la *Historia del ilustrísimo monasterio de Nuestra Señora de Sopedran de la orden de nuestro Padre san Benito, de su santuario y sagrada imagen*, publicada en Madrid, en la imprenta de Bernardo de Hervada en 1676.

<sup>19</sup> “Su semilla poderosa estará en la tierra, una generación de rectos será bendecida: gloria y riquezas en su casa.”

Así, señor, lo declare, como esperamos, la justificación, como lo aclama con tan claras expresiones el derecho. Más sin duda la detención del sombrero que le es tan justamente debido a vuestra excelencia, ha sido para que primero más al descubierto vea el mundo a las luces de sus soberanas prendas en la persona de vuestra excelencia la grandeza que la reconozca por el realce del título hereditario, antes que por éste que le dio la suerte, es vuestra excelencia grande por lo méritos que tan dignamente le ganaron en su historia las dos líneas del más inestimable precio; hacia los hombres lo amable y hacia Dios lo piadoso: “Aumentando”, dice allí don Luis de Salazar después de insinuar en vuestra excelencia las primeras niñeces de príncipe, “aumentando con los días nuevas circunstancias a las amables prendas que naturalmente lo adornan”. [Apostilla: Libro 1, capítulo 16] O que dijera si hubiera alcanzado a vuestra excelencia en el auge soberano del gobierno de que tantas congratulaciones se da este nuevo mundo. Cuántas nuevas y muy heroicas circunstancias, no por días aumentadas sino atropadas por horas, pudiera expresar de la nobleza de su condición, de la humana generosidad de su trato, de la amabilidad de su genio y lo que más pesa en el gobierno, de la circunspección vigilante de su alta comprensión, de la atenta equidad de su justicia y de la prudente eficacia de su celo, que confederándose todo nos forman un gobierno tan amable como pacífico a común bien de los pueblos y servicio de ambas majestades, sin que cuidados de tan gran peso alcancen a estorbar en vuestra excelencia aquellos ejercicios de cristiana piedad y religión, que si en Madrid fueron dignamente plausibles, en México son aún más debidamente venerables, conque a la presencia y ejemplo del príncipe tan repetidamente a los templos se afervora el pueblo, se alienta la piedad, se adelanta la devoción y se promueve la celebridad en los divinos cultos.

Así abisagra vuestra excelencia lo grande en lo cristiano como en lo príncipe, desempeñando en uno y otro ejemplares muy sagrados de su ilustre genealogía. No hay espacio de mencionar otros, cuando bastan aquellos dos hermanos en la sangre y en la santidad, hijos del gran Ruy Gómez de Silva<sup>20</sup> y fundadores ambos de dos ilustrísimas religiones: la beata doña Beatriz de Silva<sup>21</sup> quien, después de ser dama muy celebrada de la serenísima

---

20 Primer príncipe de Éboli (1516-1573).

21 La santa Beatriz de Silva (1424-1492) fundó la orden de la Inmaculada Concepción con la ayuda de Isabel la Católica. El primer convento concepcionista que existió en América fue establecido en México en 1540.



reina Isabel, fue y será más dignamente celebrada por fundadora de las monjas de la Concepción Purísima de María, cuyos admirables ejemplos, si han alcanzado a todo el orbe, se eternizan con especial edificación en el convento de la imperial Toledo, primer plantel dichoso de azucenas tan puras. El otro, el beato Amadeo, nombre con que ocultó el ilustre apellido de su casa, antes llamado Juan de Meneses de Silva, para entregarse entre su humildad oculto a una vida tan prodigiosamente austera que fue el fundador de la primera reforma del orden de san Francisco en Italia y de quien dice don Gerónimo Mascareñas<sup>22</sup> en su Vida: “Por todo es sin duda uno de los maravillosos héroes de la Iglesia, honra de su religión, crédito de España, gloria de Portugal, único resplandor de la ilustrísima familia de los Silvas”.<sup>23</sup> Elogio que acredita por muy debido el libro que escribió de sus revelaciones –sino lo hubieran adulterado las impresiones, como se sospecha– y que intituló con razón *Nuevo Apocalipsis*, y se dice que le enterraron con él en la mano y que en el pergamino por la parte de fuera está escrito: *Aperietur in tempore*,<sup>24</sup> alusión que con sagrada correspondencia me lleva de la casa de Silva a la de Mendoza por el ilustrísimo señor don Iñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana, tronco ilustre de los señores duques del infantado, de quien refiere fray Antonio de Heredia, que tuvo por divisa con que ocultaba, conforme al estilo de los grandes príncipes, su concepto, una celada, no abierta sino cerrada; la cual divisa no descifró hasta la hora de la muerte, en la cual tomando una vela en la mano dijo: “¿Y para qué descubrimos la celada?”, palabras con que declaró a un tiempo su piedad y su divisa, y dio a entender que la celada en que había ocultado sus mayores timbres era la de la muerte, que escapar con bien de este enemigo puesto siempre en emboscada es la más importante victoria de la vida. Así fue en la piedad nivelada con tan heroicos ejemplos su vida, que con mucha razón pudo tener por su mayor timbre descubrir aquella celada. ¿Cómo pues tan altos ejemplares no habían de alentar en vuestra excelencia si hacia lo príncipe las acciones heroicas que aplaudimos, hacia lo cristiano las virtudes y ejemplos que veneramos?

---

22 Jerónimo de Mascarenhas (1611-1671).

23 Debe de referirse a la obra de Mascarenhas, *Amadeo de Portugal, en el siglo Juan de Meneses de Silva, religioso de la orden de San Francisco y fundador de la ilustrísima Congregación de los Amadeos en Italia*, Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1653.

24 “Que se abra cuando llegue el tiempo.”

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

Motivos todos muy eficazmente seguros para que en la benignidad de vuestra excelencia halle esta mi obra seguro el patrocinio. Pero aún me alienta más y aún me compele el sujeto de mi historia, la venerable Catarina de San Juan, cuanto en su pequeñez humilde, abatida en su desprecio, sumida en su encogimiento y poco menos que nada en su estimación; tanto más digna por eso de que la grandeza de vuestra excelencia le dé grata acogida en su palacio. Así parece que lo previno el que mejor supo de los palacios. Cuenta Salomón los cuatro animalejos más pequeños que hay en la tierra: la hormiga, la langosta, el gazapo<sup>25</sup> y el estelió,<sup>26</sup> [Apostilla: Proverbios 30] pero aun de estos el estelió no pareciéndolo en el cuerpo lo atiende el sabio rey como el más pequeñuelo de todos en el desamparo; porque los otros en fin se amañan a despigar con la industria su pequeñez, pero el estelió del todo destituido es el que más necesita del ajeno favor. La hormiga, a mañosa solicitud de su diligencia y adelantadas prevenciones de su industria, vence lo que le escaseó la naturaleza de fuerzas. El gazapo, asegurando entre las piedras su guarida, libra en la ligereza de su fuga los sobresaltos de su miedo. Y la langosta, atropada en escuadrón volante, vence y destruye por unida, lo que jamás pudiera por sola. Pero el estelió ¿de qué podrá valerse si aun las manos que pudieran ayudarle a su industria, se las embarga el movimiento? *Manibus nititur*,<sup>27</sup> tan abatido lo formó la naturaleza, que su ponerse en pie es quedar caído sobre las manos, pues por eso mismo es el mejor librado de todos, por más destituido entre los pequeñuelos viene a hallar acogida y morada en los palacios: *Stellio manibus nititur et moratur in domibus regum*;<sup>28</sup> y si aquí hemos de dar crédito a los intérpretes, a toda esa eminencia lo conduce la justa admiración que de ahí tomó su nombre en el hebreo, dándole ésta lugar en los palacios donde no se saben admirar de lo vulgar. Y ¿qué cosa más admirable que a un animalejo tan abatido a la tierra así trasladase todo el cielo sus luces?, y ¿qué como de competencia benigna en el que la tierra desprecia se dignase el cielo de retratar sus estrellas? A un justo que en el abatimiento de una simplicidad humilde goza del cielo las luces más soberanas, atiende a mejor viso en el estelió san Gregorio el Grande,<sup>29</sup> y si yo individuo más su sentir con bien genuina proporción

---

25 Conejo recién nacido.

26 Saurio que vive en Egipto, en Asia Menor y en algunas islas griegas.

27 "Se apoya en las manos."

28 "La lagartija se apoya en las manos y vive en moradas de reyes."

29 San Gregorio Magno (540-604).

[Apostilla: Libro 21, moral, capítulo 21], miro en él un retrato de la venerable Catarina de San Juan en la suerte del mundo abatida, en los humanos ojos despreciable y mucho más en el encogimiento de su propia humildad, y en la pequeñez de su propia estimación tan deprimida, como el estelión; pero a ese paso mismo tan ilustrada del cielo con soberanas luces, tan hermoçada de mejores estrellas, tan elevada entre divinas ilustraciones, que cotejando esta sublimidad con aquel abatimiento sólo puede juntar al aplauso tan prodigiosos extremos la justa admiración, que para lograr sus cabales busca en el palacio de vuestra excelencia el patrocinio: *Stellio manibus nititur et moratur in dominus regum*, que espero será para corresponderle a vuestra excelencia desde el cielo con aquellas luces con que aun estando en la tierra patrocinó siempre con sus oraciones a los señores virreyes predecesores de vuestra excelencia, extendiéndose desde su humilde rincón su celo, ya a prevenir buenos sucesos al gobierno, ya a asegurar con su defensa todos los puertos de las Indias, ya a convoyar con su patrocinio las flotas y ya —lo que era continuo acecido<sup>30</sup> de su amor y frecuente piadoso tributo de su fidelidad— a alcanzar con sus oraciones la felicidad a nuestro católico monarca y señor, que Dios guarde. Y quién duda que la que sólo motivada de su caridad así empleaba sus oraciones en la tierra, ahora en el cielo corresponda con especialidad a vuestra excelencia empeñada con su patrocinio. Así sea, señor, y guarde Dios para felices progresos del bien público la excelentísima persona de vuestra excelencia los felices años que desean todos.

Excelentísimo señor  
Besa la mano de vuestra excelencia, su menor capellán  
Alonso Ramos

#### PARECER DE FRAY JUAN DE GOROSPE

(Rector y regente primario que fue del Real Colegio de San Luis; provincial actual de la provincia de San Miguel y Santos Ángeles, Orden de Predicadores de Puebla)

---

<sup>30</sup> Anheló, deseo vehemente o codicia de algo.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>  
2019.

Excelente señor: *Prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan* restituye a la luz y a la expectación pública en este segundo libro el muy reverendo padre mayor Alonso Ramos de la Compañía de Jesús, prepósito de la Casa Profesa de México.

Y siendo así que, faltando antes planas que materia a la pluma, no acabo de admirar el primero; excedido en éste de las superiores virtudes, que copia ciego a tanta luz o anegado en tan profundo mar, necesito de uno y otro milagro o para no dejarme llevar allí de la corriente de sus perfecciones hasta perder el pie en el insondable piélago de sus alabanzas, o para volver a ver aquí los resplandores de su vida que alumbraba desde las sombras del sepulcro en que yace: *Non dum enim primum satis admiratus, a secundo obruor et iterum in alium, ex alio transmittor miraculo.*<sup>31</sup> [Apostilla: Pelusota, epístola 37] No dudo, que milagros como estos suelen tener el riesgo que el de Lázaro, que al paso que son prodigiosas las obras, han de dar su voto y parecer contra las vidas: *Oportet ut unus moriatur homo: Lazarum interficerent.*<sup>32</sup> [Apostilla: Juan 11 y 12] Como si siendo el sobrescrito la Omnipotencia, no prevenga el autor de la vida el testimonio al crédito, para que sabido el imperio de la voz divina en las creaturas saque de las dudas su gloria. Este peligro no ha tenido esta obra, que —en gloria de su autor— tiene tanta opinión en su boca como en su pluma, dándole ésta el vuelo que se ha visto para que se divulgue por el orbe su fama: *Splendor operis et opinionis in gloria tua conveniunt; opinionem opus probat ubique volans tua fama.*<sup>33</sup> [Apostilla: Doctor Bernardo, epístola 95]

Sobre la basa de la humildad se eleva la fábrica. No tocará en los cielos su altura, a no echar tan profundas raíces su conocimiento en la tierra. Caen para siempre las estatuas de oro [Apostilla: Daniel 3] que paran en cenizas; y una chinita caída y arrojada a los pies, se erige en monte que llena los espacios de la admiración y del mundo. Cuando los montes excelsos se humillan por hinchados, los valles se llenan de celestiales rocíos por humildes. [Apostilla: Lucas 3] Aquel admirable desprecio de su persona reputándose por bestezuela ruin, es calificación de la sabiduría que la matriculó

---

31 “No se ha admirado bastante al primero, y el segundo supera al otro por dos veces y al otro comunica el milagro.” Isidorus Pelusota: asceta, teólogo y guía espiritual cenobita del siglo V.

32 “Conviene que un solo hombre muera; matarían a Lázaro.”

33 “La luz de sus obras y de su parecer se reúnen en tu gloria; y tu fama que vuela por todas partes demuestra que necesita un parecer.”

en los generales de la Compañía, para que fuese en su concepto la mínima; pero en el dictamen de sus confesores, la máxima por las luces que comunicaba a sus maestros. Es divina y muy de la ocasión la sentencia del sabio en los Proverbios: *Quatuor sunt minima terrae et ipsa sapientiora sapientibus: formicae populus infirmus, Lepusculus, plebs invalida, Regem locusta non habet, Stellio, manibus nititur et moratur in aedibus regum*<sup>34</sup> [Apostilla: Proverbios 30] No hay en el aprecio de la naturaleza cosa más baja que estos animalillos enfermos, desvalidos, sin respeto, sin alas; pero bien conoció lo que son quien los ofrece a la admiración, no por la grandeza que abulta en el león arriscado, ni por el vuelo que le dan al águila altiva, ni por la hermosura corporal en que adora el pavón necio; sino por las virtudes que sin cuerpo caben en la hormiga diligente, ¡qué pródiga! En el recato con que la liebre busca la seguridad en el escondrijo, ¡qué discreta! En la desconfianza con que la langosta no se atiende a sí, sino a su compañía, ¡qué prudente! En el desprecio con que se contenta con un rincón la araña, ¡qué cuerda! La venerable Catarina, dado que fuese como ella presumía, bestezuela ruda, bozal, digna de vivir entre los brutos, sus virtudes dicen lo que fue y Dios lo que será. No quiero decir lo que se me ofrece, por no acordarme de las terribles palabras de san Gregorio, quien se admira de que la araña sin alas sube, aunque arrastrada a los palacios regios, cuando las aves que se remontan suelen fijar el pie en los zarzales: *Plerumque enim aves, quas advolandum paenna sublevae, invepribus, resident; et estellio, qui ad volatum paennas non habet, nitens manibus, regis aedificium tenet.*<sup>35</sup> [Apostilla: Vide *Bed. apud. Álvarez de Paz*, libro 4, parte 1 de humildad et corn. bic] Pero no puedo dejar de admirar que una mujer en el vulgar concepto china, inculta en la conversación de los estrados, bozal en el lenguaje de la política, ignorante en la noticia de las ciencias, totalmente negada al comercio de las personas eruditas, sin más libro que su conocimiento, sin más maestro que sus temores, suba a la cumbre de la virtud, cuando puede ser que los que escalan con discursos sutiles los arcanos de la divinidad no den un paso, torpes en la senda de la ley y de la perfección. El santo doctor pudo hablar de los sabios que así discurren; pero yo no me valgo de sus

---

34 "Hay cuatro especies pequeñas en la tierra y más sabias que los sabios; la hormiga pueblo pusilánime; los conejillos, pueblo impotente; langostas que no tienen rey; la lagartija, que se esfuerza con las manos y vive en las casas de los reyes."

35 "Pues muchas son las aves a las que la pena les ayuda a volar, viven en las zarcas; pero la lagartija que no tiene penas para volar, esforzándose con las manos, tiene una construcción de rey."

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

palabras más que para los humildes que así obran, como la venerable Catarina: *Quia nimirum saepe ingeniosi, qui dum negligentia torpent, in pravis actionibus remanent; et simplices, quos ingenij paenna non adiuvat obtinendae aeterni regni munia levat at virtus operationis.*<sup>36</sup> [Apostilla: san Gregorio, libro 21, *Moral*, capítulo 12]

No hay cosa que pueda poner en duda la impresión de esta obra, por ser tan ajena de vicio como de censura su autor, que puede estampar este libro fiado en la aclamación con que corre el primero: *¿Cum tibi in illis fuerit secundus eventus, quidambigis, et hoc publico dare, qui iam cognosceris dicendi tyrocinia possuille?*<sup>37</sup> [Apostilla: Seneca, epístola 5] Así lo siento, *salvo meliori* etcétera. Convento de nuestro padre santo Domingo de Puebla, y abril 3 de 1690 años.

Fray Juan de Gorospe

#### LICENCIA DEL VIRREY CONDE DE GALVE

El excelentísimo señor conde de Galve, virrey de esta Nueva España, concedió su licencia, atento el parecer del reverendo padre mayor fray Juan de Gorospe. Por decreto de 5 de abril de 1690 años.

#### PARECER DEL PADRE JOSEPH VIDAL

(Profeso de cuarto voto de la Compañía de Jesús)

Ilustrísimo y reverendísimo señor: En la prodigiosa vida de la venerable virgen Catarina de San Juan, que con tanto acierto, y no dudo con disposición del cielo, ha escrito el padre Alonso Ramos prepósito de nuestra Casa Profesa de la Compañía de Jesús de esta ciudad de México, he leído de orden y

---

36 "Pues, sin duda, a menudo los inteligentes, quienes se encuentran inactivos por la indiferencia, se detienen en actividades necias; pero quienes tienen una mente simple, a quienes el castigo de su inteligencia no les ayuda a obtener cargos del trono celeste, una virtud del trabajo los reanima."

37 "Me habría de suceder contigo posteriormente este acontecimiento y quiero hacerlo público, ¿a quién conoces que fuera capaz de decir su inexperiencia?"

2019: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

mandato de vuestra señoría ilustrísima; admiro de suerte *Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia*, que embargada toda la atención en justas admiraciones, apenas le queda lugar a la censura para la ejecución del mandato, prorrumpiendo aquí como los hebreos allá: *Manhû, manhû? Quid est hoc?*<sup>38</sup> [Apostilla: Éxodo 16] ¡Qué es esto! ¡Qué es esto! ¡Qué es esto! ¡Qué había de ser sino el dedo soberano de Dios! *Digitus Dei est hic*; y su poderosa mano, que iba trazando en el alma de su querida esposa un regalado *mannâ* para su católica Iglesia, como dispuso el otro para su escogido pueblo, blanco que fue de sus arrebatadas admiraciones: *Manhû? Quid est hoc?*

Si se mira la esclarecida vida de esta piadosa virgen, toda ella es una *mannâ* saludable y muy gustoso al paladar de todos y de cada uno en particular, no sólo por la suavidad de estilo con que su autor la ofrece, sino por que habiendo querido nuestro Señor que fuese su amada Catarina singular en todos los estados, todos los estados tienen qué admirar, qué aprender y qué imitar en ella, con cuyos ejemplos pueden apacentar sus almas cada uno según las obligaciones del que profesa. Pues es un dechado práctico de quien pueden sacar, desde la más pobrecita esclava hasta la más calificada nobleza, y desde el religioso más perfecto hasta el ánimo más relajado, singulares documentos y doctrina no común para adelantarse en el camino de la virtud. Aquí tienen los religiosos, los seculares y mujeres un vivo ejemplar de todas las virtudes, no sólo las que componen y pide el estado de la religión y los demás, pero aun los sutiles y delicados puntos de perfección más acendrada que le engrandecen. Es esta vida camino real de la perfección para correr con toda seguridad, siguiendo las pisadas generosas de su alentado espíritu y valor en las victorias de sus pasiones, en el recato sumo y bien necesario por la guarda de la vistosa, fragante y delicada azucena de la angelical pureza, en la abnegación total de su propio juicio, humildad profunda, obediencia ciega a sus confesores, amor ardiente a su dios, caridad encendida con sus prójimos; que si ésta se califica por boca del Señor, la más perfecta “cuando llega a ofrecer su alma por el bien de sus prójimos”, [Apostilla: Juan 10] la de nuestra esclarecida virgen fue tan ardiente que por el verdadero bien y salvación de las almas, se crucificaba a penitencias, se consumía en ayunos y en continuas vigiliadas, empleadas en fervorosa

---

<sup>38</sup> *Manhû* (en hebreo) se traduce al latín como *quid est hoc*, es decir: “qué es esto?”, refiriéndose al alimento caído del cielo. Es el supuesto origen de la palabra “maná”, lo cual debe tenerse presente para comprender lo que sigue.



oración; clamaba a Dios por ellas y se ofrecía a pasar por su remedio lo más penoso de las tribulaciones y lo más arduo de los trabajos, para que apartadas del camino lamentable de la perdición se redujesen al felicísimo del cielo.

Aun los más tibios y del todo perdidos se alentarán con fervorosos deseos a la imitación de tan heroicas virtudes. Pues si se cuentan en ella muchos favores, visiones y regalos del cielo, que ni se han de pedir ni desear y mucho menos solicitar de nuestra parte, por ser gracias sobrenaturales que el Señor las comunica a quien gusta, y que esto pudiera ser excusa a los ánimos desganados o atediados de la virtud, dando por razón lo peligroso y lo inasequible de semejantes favores, por ser del todo sobre sus flacas y débiles fuerzas. Pero como pondera san Juan Crisóstomo: “Tuviera lugar esta excusa a su tibieza, si les pidiera Dios semejantes visiones, arrobamientos”, etcétera. *Si operationum virtus quaereretur haberet locum ista responsio.*<sup>39</sup> [Apostilla: san Juan Crisóstomo, libro 2 de Compunct] Mas como no pide Dios estas maravillas, sino virtudes sólidas, humildad profunda, obediencia ciega, y las demás, que suelen ser como disposiciones con que el alma humilde obliga a Dios con semejantes favores y regalos, no tiene lugar la excusa o el pretexto aparente para quedarse en su tibieza y no aspirar al cumplimiento de la voluntad divina: *Si veró* —prosigue el santo—, *vitae a nobis observantia, conversationisque requiritur; si obedientiae perfectio, quid facit ad haec ista narratio?*<sup>40</sup> Y más cuando está tan llena de virtudes tan sólidas esta historia y la narración de ellas entretejida con las ponderaciones graves, devotas y eficaces a la imitación de tan seguras virtudes, y que los que las leyeren con atención y cuidado se alentarán con este vivo ejemplar a seguir huellas bien estampadas que dejó una delicada pero varonil mujer. Y más cuando este debe ser el fin y motivo —como pondera san Gregorio—, y aun el efecto feliz que se debe sacar de las vidas historiadas de personas ilustres en santidad, para que los remisos y tibios que no se mueven por los consejos evangélicos, ni se dan por obligados a los preceptos, se alienten con generosidad con los ejemplos que semejantes historias les proponen: *Ideo Deus electorum vitam pravitati nostrae contrariam ad arguendum nos, instruendos que multiplicat, ut qui praeceptis non accendimur;*

<sup>39</sup> “Si se buscará la virtud de las obras, esta refutación tendría un lugar.”

<sup>40</sup> “Si verdaderamente exigimos la reverencia de la vida y de la conversación; si exigimos la perfección de la obediencia, ¿qué hace esta narración por ella?”



*saltem exemplis excitemur*,<sup>41</sup> [Apostilla: Libro 9. *Moral*, capítulo 35] en que reconozco lo admirable de esta vida; pues siendo tan irregular por los extraordinarios, continuos y singulares favores que el Señor a manos llenas le comunicó, está brotando actos de singulares virtudes, que no sólo las pueden todos imitar, sino, que si bien se considera, cada uno en su estado puede darse por obligado para conseguirlas.

Es admirable de parte del sujeto lo que en ella se nos descubre, que cierto es digno de admiración ver un alma tan favorecida de Dios, tan regalada de su purísima madre, asistida de los ángeles, amada de los santos, y esta misma tan aniquilada en sus ojos y en su estimación hecha una “bestezuela inmundada, una pecadora ingrata, una china esclava y vil, bautizada en pie” —que todos estos eran los apodos e injurias con que ella misma se ultrajaba—; y este es el sentir de san Gregorio el Grande, el testimonio y argumento irrefragable de una humildad profunda: *Haec veré sunt humilitatis testimonia, et iniquitatem suam quemque cognoscere, et cognitam, voce confessionis aperire*,<sup>42</sup> [Apostilla: Libro 22, capítulo 13] la que vencía con tanto desnudo a los demonios, fiada sólo en la virtud de su esposo, que ya por sí, ya por sus ángeles, la ayudaba, puesta en el bajo concepto en que su humildad la abatía, se juzgaba peor que ellos, más infiel e ingrata a Dios. Que estas consideraciones son propias de los que más se llegan a Dios; pues cuanto están más cerca de aquella inaccesible luz, tanto más claramente se conocen y humillan, es profundo sentir del mismo san Gregorio: *Sancti viri, quo apud Deum altius virtutum dignitate proficiunt, eo subtilius indignos se esse depraehendunt*,<sup>43</sup> [Apostilla: Libro 32, capítulo 1] de donde le nacía humillarse en los largos retiros con que su esposo la mortificaba, atribuyendo más a sus pecados los despegos de su amado. Y aunque su conciencia no la acusaba y podía con verdad decir con el santo Job: *Vestigia eius sequutus est pes meus, viam eius custodiui, et non declinavi ex ea*<sup>44</sup>. [Apostilla: Job 23, versículo 11] Toda mi vida la he gastado, en cuanto he podido, en ir por el camino de la virtud, siguiendo por la imitación los pasos de Cristo sin

---

41 “Por ello, Dios aumenta la vida de sus elegidos opuesta a nuestro vicio para denunciar nuestros errores e instruimos, de modo que quienes no nos iluminen con sus preceptos, al menos encendemos la llama de su ejemplo.”

42 “Estas cosas son verdaderamente un testimonio de su humildad: tanto conocer cada una de sus conocidas desventajas como instruir con la voz de la confesión.”

43 “Santos varones, donde frente a Dios aprovechan más allá de la dignidad de las virtudes, allí lo más sutil se priva de aquellos que son indignos.”

44 “A sus huellas se ajustó mi pie, seguí su vía y no me aparte de ella.”

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

jamás apartarme de ellos: *A mandatis labiorum eius non recessi, et in sinu meo abscondi verba oris eius.*<sup>45</sup> [Apostilla: *Ibidem*, versículo 12] Yo he procurado guardar inviolablemente no sólo sus mandamientos, pero he seguido aun sus consejos, he oído con atención sus voces e insinuaciones por medio de mis padres espirituales que me gobiernan: *Neque reprehendit me cor meum in omni vita mea.*<sup>46</sup> [Apostilla: Job 27, versículo 6] No hallo en mi alma por la misericordia de mi Dios, cosa que me remuerda, que me azore, que me asuste: *Ipse scit viam meam, et probavit me, quasi aurum, quod per ignem transit.*<sup>47</sup> [*Ibidem*] Pero con todo sé que no ignora su Majestad mis pasos y mis acciones; sé también que piadosamente me aflige en el fuego de las tribulaciones, en la hornaza de los trabajos y enfermedades, en la penalidad de sus amorosos desvíos. Pues, ¿cuál puede ser la causa, sino mis culpas? Mis culpas, que yo como ciega no conozco ni alcanzo, con que vivo justísimamente recelosa: *Si abscondi, quasi homo peccatum meum* —prosigue el santo Job—, *et celavit in sinu meo iniquitatem meam.*<sup>48</sup> [Apostilla: Job 31, versículo 33] Estos eran los pensamientos de esta humilde esclava del Señor, sacando de los mismos regalos con que su dueño la favorecía, nuevos motivos para humillarse, para recelarse y temer los engaños del común enemigo en tan singulares ilustraciones; se juzgaba indigna de todos estos favores y andaba continuamente temerosa de ofender a su dios, de perderle para siempre. Pihuelas que el Señor le puso, para que en el camino tan feliz y extraordinario por donde la guiaba su providencia, no se precipitase o perdiese; freno tan necesario para no despeñarse los que aspiran a la perfección, que como pondera Casiano:<sup>49</sup> “Es propio de los más justos y allegados a Dios”, porque no tanto se funda en el amor propio, con que se teme el castigo, cuanto en el amor de Dios, con que se abomina cualquier ofensa contra su divina majestad por leve que sea: *Quisquis fuerit in charitatis perfectione fundatus* —dice Casiano— *necesse est ut ad illum sublimiorem timorem gradu excellentiore conscendat.*<sup>50</sup> [Apostilla: Casiano colat. 11] Y habiendo explicado que temor sea este, concluye así: *Ad hunc*

45 “No me retiré de las órdenes de sus labios y en mi pecho escondí las palabras de su boca.”

46 “Y mi corazón nunca criticó a Dios en toda mi vida.”

47 “Quien conoce mi camino y me pone a prueba, casi oro intercambia por el fuego.”

48 “Ni oculté mis pecados al hombre y encerré en mi pecho la culpa.”

49 Juan Casiano (360-435), asceta nacido en la desembocadura del Danubio. Es uno de los padres de la Iglesia.

50 “Cualquiera que se encontró apoyado en la perfección de la caridad, es necesario que ascienda hacia el temor más alto en el nivel de la mayor excelencia.”

*igitur metum, non peccatores, sed sancti propheticis inuitantur eloquijs, dicente psalmographo: Timete dominum omnes sancti eius; quia nihil deest timentibus eum,*<sup>51</sup> [Apostilla: Salmo 33] dando al fin por regla cierta para conocer que un alma es verdaderamente perfecta y que su espíritu es de Dios y sus ilustraciones santas, el estar siempre sobre aviso con estas caute-las y temores: *Qui enim hoc timore Dominum metuit certum est perfectioni eius nihil deesse.*<sup>52</sup>

Estos favores de Dios le hacían proceder con tanto tiento, cautela y con recelo de sí y de su amor propio, que en ocasiones esta admirable vir-gen parece no tenía tanta seguridad en los consejos de los ángeles como en la dirección de su confesor; y siguiendo el ejemplar de la extática madre y mística doctora santa Teresa de Jesús, dejara de obedecer a la voz de los cielos por ejecutar los mandatos de su confesor. Y de esta humildad le na-cía el encogimiento, en querer ocultar todas sus heroicas obras y sepultar en las tinieblas del silencio los más crecidos favores que recibía de Dios, practicando en sí el documento que el maestro de toda santidad parece dio al patriarca Jacob, que habiendo pasado una noche en aquella misteriosa lucha, favoreciéndole a Jacob con sus regalos en lo extático de su oración —como quieren muchos de los santos padres—, instaba que le dejase por-que asomaba la aurora: *Dimitte me, iam enim ascendit aurora*<sup>53</sup>, [Apostilla: Génesis 32] dándole Dios a entender que sus regalos y favores no sólo ha-bían de estar retirados de los resplandores del sol y la luz del mediodía, sino de los crepúsculos y confusas luces de la aurora, ocultas y sepultadas en las oscuras tinieblas de la noche. Andaban —digámoslo así— como en lucha y porfía, Dios y esta dichosa alma: Dios a favorecerla y ella a resistir estos favores. Mas ya que no podía impedir o embarazar el torrente de delicias celestiales con que Dios embriaga a sus escogidos, los ocultaba en la noche de un retirado silencio, sin manifestarlos ni dejarlos rastrear a otro que a su confesor, y esto con tal despego y desinterés que mostraba bien no ponía la finca de su perfección en estos favores, sino en verdaderas y sólidas virtudes.

Se me permita, cuando se trata de la humildad profunda de esta vene-rable virgen, hacer mención de aquella insigne diosa que entre la copiosa

---

51 "Efectivamente, hacia este miedo, no los pecadores, sino los santos profetas exhortan con sus palabras, diciendo el hacedor de salmos: temed al Señor todos sus santos, puesto que nada les falta a quienes le temen."

52 "Efectivamente quienes tienen dentro suyo este temor de Dios no faltará nada para su perfección."

53 "Despedidme, en efecto ya sube la aurora."

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

turba de sus deidades, fingió la Antigüedad con el nombre de Astrea,<sup>54</sup> cuyas propiedades parece nos ponen ante los ojos a esta humilde esclava del Señor. Era hija de la noche, como aquella nuestra Catarina, o ya por haber nacido en la noche de una esterilidad dilatada, o por ser hija de aquella gentilidad ciega, o lo más principal por haber nacido a la perfección en la obscura noche de su profunda humildad. El oficio de esta humilde diosa era, dice Teteto: *Ad deprimendam nimis elatorum animorum temeritatem, et ad eos labefactandos, qui plus aequo felicitate aliqua, vel honorum, vel imperij magnitudine, insignium opum, vel rerum huiusmodi facti essent superbi, convolaret.*<sup>55</sup> Y bien mirado, parece, que para esto puso Dios a esta su esclarecida sierva en el mundo: para confundir con su humildad la hinchazón y soberbia de los hombres, con su pobreza la avaricia y ambición de los ricos del mundo, con su ignorancia la vanidad y sabiduría de los prudentes de este siglo. Levantándose ella, trascendiéndolos a todos y arrebatando el cielo que ellos pierden por el mal uso de estos dones de Dios; porque, ¿qué confusión será el día del juicio ver en el trono de su gloria —como piadosamente se espera— a una china, gentil, esclava, desechada, ignorante, y ver precitos para el infierno a los que en esta vida, contentos con el gozo de los bienes momentáneos de ella, se olvidaron del todo de la eternidad?

La dicha a que se encumbró por su humildad aquella diosa, declaró Antímaco<sup>56</sup> en estos versos:

*Est Dea, quam Nemésim dicunt, Dea magna, potens que  
quae bona Caelestium concessu cuncta deorum  
possident.*<sup>57</sup>

La felicidad que por su rendimiento alcanzó la venerable Catarina, ya la publica toda su historia; siendo depositaria de tantos, tan continuos y singulares favores con que la enriqueció la poderosa mano de Dios, de que no

<sup>54</sup> Astrea es hija de Zeus y Temis y hermana del Pudor. Los romanos la identificaron con *Iustitia*, pues Astrea fue quien enseñó a los hombres la justicia y la virtud.

<sup>55</sup> "Para abatir completamente la irreflexión de sus espíritus soberbios y para arruinarlos, quienes más de los justo[s]. De aquella felicidad se iría de prisa o de las magistraturas o de los gobiernos, de las obras insignes, o de cosas de este tipo le parecerían soberbias."

<sup>56</sup> Antímaco de Colofón (c. 400 a.C.), poeta épico muy apreciado en la Antigüedad.

<sup>57</sup> "Es una diosa, a la que llaman Némesis, diosa magna y poderosa / que junto lo bueno de los dioses celestiales con permiso / poseen."

gozan los que no quieren servir en verdad a Dios, como lo hizo esta su amada esposa con su vida, cuyos ejemplos heroicos están incitando a seguir con empeño la virtud, pues con este y semejantes ejemplares no tiene ya excusa, ni la puede tener en la presencia del Señor nuestra tibieza, como notó san Juan Crisóstomo hablando de dos insignes santos, los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo: *Nonne eiusdem naturae erant cuius, et nos? Nonne eandem viam ingressi sunt in mundum, qua nos? ¿Nonne iisdem cibis utebantur, atque eundem respirabant aerem? Nonne eisdem vitae usibus agebantur?*<sup>58</sup> ¿Acaso esta venerable virgen era de diversa naturaleza? Su sexo era frágil y con todo fue varonil en su resolución; luego, ¿tiene excusa la flaqueza del sexo mujeril para emprender cosas grandes del servicio de Dios? Su estado ya de casada, ya de viuda, siempre por singular privilegio de su amado virgen, y en todos fue admirable su porte; luego, ¿tiene excusa el pretexto del estado para no ajustarse a las obligaciones de él? Su trato, de una pobre desvalida; luego, ¿tienen excusa en ser santos los que Dios prueba con pobreza? Ni los que por haberles Dios dado bienes temporales, ¿tienen más ayuda de costa para guardar mejor la ley de Dios? Su nación china, gentil y bautizada después de crecida; luego ¿tienen excusa los que o por razón de su nobleza, o por haber nacido en la cristiandad, o por haber sido recibidos en la Iglesia por las puertas del bautismo desde que abrieron los ojos a la vida, les incumbe más estrecha obligación de corresponder a lo que tan gloriosos títulos les empeña?

Este es el fin para que su autor la ofrece a todos tan bien discurrida, apoyada con la sagrada escritura, testimonios de santos padres, con tan provechosas moralidades a personas de todos estados, que parece que con especial providencia y disposición de Dios, cogió la pluma un hijo de la Compañía para escribir virtudes y vida de una sierva de Dios, tan hija de la misma Compañía a quien ha querido su Majestad honrar en estos tiempos trayéndole a su dirección y enseñanza, una tan fiel y amada esposa suya. Con que manifiesta el Señor, que así como corrió por cuenta de su providencia el guiarla a la casa de Jesús para ser desde sus primeros años doctrinada, corre por cuenta de la misma providencia sacar de la casa de Jesús la narración de sus virtudes, para que éstas se publiquen a mayor gloria de Dios y provecho de las almas. Y bien se reconoce esta paternal providencia, pues

---

58 “¿Acaso no eran de la misma naturaleza que nosotros? ¿Acaso no llegaron al mundo por la misma vía que nosotros? ¿Acaso no tomaban la misma comida y respiraban el aire? ¿Acaso no llevaban una vida común?”

sobre no tener esta historia cosa contra nuestra santa fe y buenas costumbres, está llena de incentivos a la virtud, para que todos los que la leyeren experimenten en sus conocidas medras el fruto de su leyenda. Por lo cual, siendo servido, podrá conceder vuestra señoría ilustrísima la licencia que se pide. Este es mi parecer. Salvo etcétera. En este colegio de San Pedro y San Pablo de México a cinco de abril de mil seiscientos y noventa años.

Ilustrísimo y reverendísimo señor  
Besa la mano de vuestra señoría ilustrísima, su menor siervo y capellán  
Joseph Vidal

#### LICENCIA DEL ARZOBISPO DE MÉXICO FRANCISCO DE AGUIAR Y SEIJAS

Nos, el doctor don Francisco de Aguiar y Seijas, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, arzobispo de México del consejo de su majestad, etcétera.

Por cuanto el reverendo padre Alonso Ramos de la sagrada Compañía de Jesús y prepósito de la Casa Profesa de esta ciudad nos pidió y suplicó concediésemos nuestra venia y permiso, para que se pudiese dar a la estampa la segunda parte de la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan, que remitimos al reverendo padre Joseph Vidal de dicha sagrada Compañía de Jesús para que la viese y reconociese y nos diese su parecer, como lo hizo; en que refiere no hallar en ella cosa que desdiga o se oponga a nuestra santa fe católica, y que antes sí mucho qué admirar y qué imitar de sus heroicas virtudes, y no haber inconveniente para su impresión. Por la presente, damos nuestra licencia y permiso a cualquiera de los impresores de esta ciudad, para que puedan dar a la estampa la *Segunda parte de los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia, en vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan*, escrita por dicho reverendo padre Alonso Ramos. Dada en la ciudad de México a ocho de abril de mil seiscientos y noventa años.

Francisco, arzobispo de México  
Por mandado de su señoría ilustrísima el arzobispo, mi señor  
Don Alonso de Aguiar y Lobera, secretario

## LICENCIA DEL PROVINCIAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS AMBROSIO ODÓN

Por la facultad y potestad que para esto nos es concedida por nuestro muy reverendo padre Tirso González, prepósito general de nuestra Compañía de Jesús; por la presente damos facultad al padre Alonso Ramos, profeso de nuestra Compañía y prepósito de nuestra Casa Profesa de México, para poder imprimir la *Segunda parte de los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia, en la vida de la sierva de Dios Catarina de San Juan*, por haberlo examinado y aprobado personas doctas de nuestra Compañía y no haber hallado en él cosa digna de censura. En fe de lo cual damos ésta firmada de nuestro nombre, sellada con el sello de nuestra Compañía y refrendada de nuestro secretario. En la ciudad de México a 2 de abril de 1689 años.

Ambrosio Odón  
Por mandado del padre provincial  
Martín Carlos de Ramales, secretario

## CARTA DEL REVERENDO PADRE AMBROSIO ODÓN

(Miembro de la Compañía de Jesús; maestro de sagrada teología, rector de los colegios de San Idelfonso de la muy ilustre ciudad de Puebla de los Ángeles, y del de la nobilísima de Guatemala, y hoy actual provincial de esta provincia de Nueva España)

Mi padre Alonso Ramos *Pax xpti*<sup>59</sup>: Recibí la de vuestra reverencia en que me pide algunos apuntamientos para la vida de la venerable Catarina de San Juan, y digo, que habiendo sido tan prodigiosas las cosas que me pasaron en el tiempo que tuve dicha de tratar a esa escogidísima alma, por las repetidas y dilatadas ausencias que vuestra reverencia hizo de Puebla de los Ángeles, nunca pude reducirme a hacer ni un solo apuntamiento, persuadido a que de todo noticiaría ella a vuestra reverencia para que se juntase con lo demás que estaba ya en el archivo; que así llamaba a vuestra reverencia,

---

<sup>59</sup> "La paz de Cristo."  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>  
2019.



y varias veces me dijo que no sólo era su archivo sino el diestro de sus ojos. Me acabó de persuadir esta verdad al volver de Campeche vuestra reverencia; pues cuando le teníamos ya por difunto, le vio la sierva de Dios desembarcar en el puerto de la Nueva Veracruz, y notó que traía debajo del brazo vuestra reverencia un libro todo escrito y otro en las manos como con diez hojas en blanco, e hice concepto entonces que eran los cuadernos de sus apuntamientos y que le faltarían a nuestra Catarina como diez años de vida. Y se confirmó con el hecho, pues desde los fines de setenta y siete hasta los principios de ochenta y ocho, muy bien se ha verificado: “El como diez hojas en blanco y el como diez años de vida”, que habrá logrado vuestra reverencia en apuntar amontonadas maravillas de la gracia, y en asistirle como su principal y último confesor hasta los últimos alientos de su prodigiosa vida, que eso parece significaba la sierva de Dios cuando le apellidaba su archivo y el diestro de sus ojos, pues me decía al nombrarle así, se los había de cerrar vuestra reverencia. En cuya confirmación, pudiera refrescar la memoria de muchas y proféticas noticias con que le previno y predijo, no sólo las ausencias de la dicha ciudad de Puebla, sino también sus trabajosas peregrinaciones por mar y tierra entre riesgos y manifiestos peligros de la vida; semejantes en parte ya que no en el todo a los que refiere de sí el apóstol, cuando hablando con los de Corinto, [Apostilla: san Pablo, Libro 1, capítulo 11, versículo 16] hizo reseña de sus trabajos. Y así las noticias que pudiera yo dar para el fin de mí tan deseado, las juzgo por excusadas, previniendo que estarán mejoradas en los papeles de su archivo. Pero porque no parezca que me excuso de hacer lo que me pide vuestra reverencia y por corresponder en alguna manera a lo mucho que debí a esa sierva del Señor, insinuaré las siguientes que hasta ahora me están haciendo fuerza por singulares y prodigiosas.

Ordinariamente me sucedía que al oírla en cuenta de su conciencia, en especial cuando me refería algunos de los favores del cielo, me admiraba la elocuencia y pureza de las voces con que me hablaba y se explicaba en misterios y cosas tan sobre su capacidad, que yo asombrado me humillaba en la presencia de Dios, diciendo entre mí: “Lastima es, Señor, que no haya aquí tinta y pluma para escribir lo que tu querida esposa pronuncia”. Y a la verdad no llega nuestra elocuencia, ni tiene voces nuestra oratoria para ponderar el espíritu y lengua con que manifestaba la venerable Catarina los secretos y ocultos misterios que le franqueaba la infinita sapiencia. Y esto era más admirable en los que la conocimos y tratamos, pues en la común y ordinaria conversación apenas pronunciaba un periodo bien seguido. Lo



infalible de sus revelaciones era tan prodigioso como lo misterioso de ellas, haciéndolas evidentes los mismos sucesos que experimentábamos; y aun los mismos jeroglíficos de que usaba para darse a entender, manifestaban que era autor sobrenatural quien los formaba en su entendimiento y expresaba en su lengua. Con estos símbolos admirables y misteriosos me decía innumerables secretos y casos futuros; y entre ellos fue el de la muerte del excelentísimo señor duque de Veraguas, la entrada del excelentísimo e ilustrísimo señor don fray Payo de Rivera a sucederle en la dignidad y oficio de virrey, y fue —según me acuerdo— así. Meses antes que llegase la flota, hablando con la venerable Catarina de la venida del nuevo virrey a esta Nueva España, me dijo: “El virrey que ha de ser en México, ya está en Nueva España”. Llegó a su tiempo la flota, con noticias de que venía en ella el señor duque de Veraguas por virrey. Y al tiempo de ver a la sierva de Dios, acordándome de lo que tanto antes me había insinuado, le dije: “¿Qué te parece Catarina?, dicen que el virrey viene en la flota y que está ya en el puerto de la Nueva Veracruz”. A las cuales palabras, con una aseveración notable y con señales de abstracción de sus sentidos y potencias, me respondió: “¿No te he dicho ya que está el virrey que ha de ser, en México? Pues para que te confirmes en ello, sabe, que vi a este señor virrey que viene en la flota, en un salón del real palacio muerto sobre una cama muy rica, y que entrando mi espíritu y registrando otro salón del mismo palacio, según me pareció, vi a todos los señores oidores en sus estrados y que entraba un venerable eclesiástico con un candado de oro en la boca y daba un pliego a la Real Audiencia, y al darlo oí una voz que hablando conmigo, dijo: ‘Ahí viene el virrey de Nueva España’”. Y se verificó con la entrada y posesión que tomó del gobierno el excelentísimo, ilustrísimo y reverendísimo señor don fray Payo Enríquez de Rivera, en virtud de la real cédula que venía incluida en el dicho pliego que estaba prevenido en el santo tribunal de la Inquisición, para que se abriese en caso de muerte del señor duque de Veraguas.

No menos misteriosa fue la visión en que se le representó la muerte de la excelentísima señora marquesa de Mancera, o la del mismo duque, o la de ambos, que al uno y al otro parece que miraba la soberana luz que alumbraba a nuestra Catarina; pues se le representó en un mar sereno, un navío todo de plata, que en medio de tanta bonanza, dando de repente una vuelta se sumergió en las profundas ondas del mar. En la nave, que surcaba el piélago tempestuoso de esta mortal vida, discurría yo a la una u otra excelencia; en la materia de plata de que se componía el navío, la grandeza y terrena felicidad; en la serenidad placentera de las aguas, el aplauso y

celebridad común con que entraba un señor virrey en la exaltación de su gobierno y acababa una señora virreina entre aclamaciones de un agradecido reino; si bien todo se agitó con el golpe de dos muertes en que padecieron naufragio dos tan deseadas vidas, y se convirtieron las festivas pompas en lutos de dolor y llanto. Así me predijo mi ida al colegio de San Ildefonso la primera vez, que fui rector de San Jerónimo y con no menos admiración la repentina vuelta a ser rector de los colegiales del dicho colegio, con la entrada juntamente del padre Tomás de Altamirano a ser provincial, previniendo y prediciéndome que no había de acabar su provincialato, como lo vimos verificado según y como ella lo había predicho.

Crecía más mi admiración, cuando después de haberle oído referir con una elocuencia del cielo, singulares favores y regalos con que el Señor se le comunicaba amoroso por espacio de dos y tres horas; casi de repente, convirtiéndose los júbilos en sollozos y las alegrías que rebosaban de lo interior en lágrimas, cogiéndome con el manto —que nunca era de otra suerte— las manos, me decía, como quien agonizaba entre penas y congojas de muerte: “¿Qué te parece, me perderé?” Indicio claro del temor con que el Señor la mantenía, para que batiendo las dos alas de amor y temor, llegase segura a gozar de las eternas delicias e inexplicables gozos del emperio; a que atribuyo yo lo que le pedía de ordinario ella a su Majestad: “Que solitos los dos se retirasen al desierto para gozar en la soledad de todas las creaturas, de sus inefables dulzuras”. De este amor y temor le nacía aquella humildad tan profunda con que se reconocía y se confesaba indigna de los divinos favores, diciendo repetidas veces a su dios: “Si esto es tuyo, Señor, guárdalo para tus escogidos y no me lo des a mí, bestia indigna de tus regalos”; sino que con esta misma palabra se despreciaba y manifestaba a las creaturas el vil concepto que tenía de sí, diciendo: “Que sólo era una perrita de la casa de san Ignacio”. Y lo que realza su grande humildad es, que siendo tan apacible, sólo cuando llegaba alguna persona a decirle que la encomendase a Dios, parece se desazonaba y destemplaba, diciendo: “¿Qué ves en mí, que soy bestia, para decirme eso?”; si bien, templándose después con su natural compasión y caritativo celo, proseguía con estas o semejantes palabras: “Ruega a Dios que oiga a esta bestia inmundada, cuyas voces nada valen ni pueden”. Y si el amor verdadero no tiene otra medida que el padecer con conformidad y sufrimiento: ¡Cuál sería el amor de esta prodigiosa creatura para con Dios y para con el mundo! Lo dejo a la relación que hará vuestra reverencia de su vida, en que admirará al universo lo mucho que padeció, así por medio de las creaturas como de los demonios,

anhelando siempre su abrasado espíritu a la mayor honra y gloria de Dios y la salvación de las almas.

Y aunque era tan excesivo el padecer de esta caritativa virgen por el Creador y sus redimidas creaturas, no satisfacían sus ansías los crueles e inexplicables martirios; porque después de una tan larga y ejercitada vida en continua mortificación, así interior como exterior, no teniendo más que la piel sobre los huesos, como decía de sí el predicador de las gentes; eran tan ardientes sus ansías de más y más padecer, que aun faltándole manos para el santo ejercicio de la penitencia, era tal vez preciso el condescender con sus ruegos para la consolación de su fervoroso espíritu, concederle licencia de que usase de alguna disciplina y silicio. Me admiraba más que al verla venir por la mañana a la iglesia, que era de ordinario el tiempo que la comuniqué, entre siete y ocho de la mañana, parece que no podía dar paso por lo mucho que había padecido en la noche, campo ordinario en que batallaba con todas las infernales huestes; y si bien reconocía yo que con dificultad podía moverse, ni despedir la palabra de la boca aun para reconciliarse, no obstante recibiendo la sagrada comunión, se hallaba con fuerzas, al parecer, más que humanas, para permanecer constante en el templo hasta el mediodía, de manera que riñéndola yo algunas veces por no haberse ido a su casa a tomar el común desayuno de los pobres, el atole o simple chocolate, me respondía: “Estoy tan harta y satisfecha con el Señor sacramentado, que parece he comido de todos los manjares del mundo y que no tengo necesidad de alimento en muchas horas y días”. Concluiré esta materia del padecer con dos cosas que le oí muchas veces. La primera es que yéndome a ver al seminario de San Jerónimo, prorrumplía después de las saluciones comunes en estas palabras: “No tengo nada que decirte ahora, pero ten paciencia; porque sólo el rato que estoy contigo se tiembla el sumo padecer que me ahoga”. Este consuelo parece que fue el que recibió el santo Job, de aquellos sus finos y verdaderos amigos, que noticiosos de aquella nunca hasta entonces leída calamidad, como fue la lastimosa y violenta pérdida de la hacienda, de los hijos y del poder, trataron de venir a consolarle, y hallándole tan afligido y tan agudamente atormentado, embarazados de compasión con el trágico espectáculo que tenían ante sus llorosos ojos, sin poder hablar palabra se sentaron junto al lastimado paciente, y reconociendo sabios que la vehemencia de los dolores no darían lugar al consuelo del afligido en voces ni palabras, como atestigua el sagrado texto; [Apostilla: Job 2] le consolaron, mostrando el dolor de su corazón compasivo con un copioso llanto y otras exteriores ceremonias que suplieron la obligación

de las palabras. Y con estas demostraciones quedó el santo Job consolado, dicen los sagrados interpretes; [Apostilla: Job 1, 2] porque su sumo padecer y congojosas ansías no le hacían capaz de otro alivio que el de la compañía y compasiva asistencia de sus verdaderos amigos. Muy semejante debía de ser el padecer de nuestra venerable Catarina, pues no aspiraba su afligido y atribulado corazón a otra consolación que a la compañía y cercana presencia de su confesor y padre de su alma. La segunda, que aunque la sierva de Dios era regalada del divino amor con tantos y tales cariños que admirarán al que leyere su vida, juntándose estas beneficencias celestes con tan continuas o repetidas sequedades, que al preguntarle yo cómo le iba, era su frecuente respuesta: “Cómo me ha de ir con estos desamparos y sequedad ordinaria”. Y lo que más me causaba admiración era que los mismos favores le servían de pronósticos del padecer futuro; y si bien reconocía y experimentaba yo, que resultaban de estos conocimientos temores que ocasionaban en la naturaleza ya postrada desfallecimientos, el alma empero siempre anhelaba a padecer más y más por Dios y sus creaturas.

Estos y otros prodigios más admirables me obligaron a venerarla, pero mucho más lo que experimentaba valían sus lágrimas y suspiros en el acatamiento divino. Pudiera individuar esta materia confirmándola con muchos casos raros y singulares conversiones de almas, pero me retarda el secreto que la misma materia pide. Pondré aquí una misteriosa visión que me refirió un día en que la reconocí llena de Dios y abrasada en incendios de su celosa caridad: “Se me representó —dijo— un bordo de un tanque hermosísimo de leche, más blanca que los ampos de la nieve, y en las cuatro esquinas del tanque o pila reconocí cuatro bellísimos ángeles. Y advertí que estaba yo dando voces convidando a todas las creaturas para que llegasen a beber aquel precioso licor, asegurándoles que engordarían y se pondrían muy hermosas si llegaban a gustar de su suavidad y dulzura. Y aunque a mis voces notaba yo que emprendían muchas almas el camino, como quienes admitían mi convite, advertía también que otras se apartaban de él y otras se sentaban como cansadas; si bien las más llegaban por medio de mis confesores a beber de aquella deliciosa fuente de leche”. Se verificó a mi entender y corta capacidad la dicha visión en las muchas almas que, con especialidad en esta ilustre ciudad de Puebla de los Ángeles, han emprendido y proseguido el camino de la perfección. A quien podía tanto con el Altísimo para sacar tantas almas del cautiverio de la culpa, claro está no le había de negar el divino poder la sanidad de los cuerpos, cuando convenía la salud para honra y gloria de Dios y bien de sus creaturas dolientes. Es

digno de ponderación y prueba de su gran caridad, el que padeciendo de ordinario ella lo que habían de padecer los enfermos, no la retardaba esta conocida experiencia a pedir y clamar al cielo por la salud de los que se la encomendaban. Para confirmación de esta verdad pondré aquí solamente lo que me sucedió, cuando vuestra reverencia me escribió de Campeche, y fue: “Que rogase a la sierva de Dios tuviese presente en sus oraciones al señor general don Sancho Fernández de Angulo y Sandoval, gobernador entonces de todas aquellas provincias”. Lo hice y luego cayó tan enferma la caritativa virgen, que agravándose por horas los achaques, la desahucieron los médicos. Y parece se mancomunaron en aquella ocasión los demonios, como en otras muchas, para acabarla y consumirla; pues un día en especial volviéndose a mí la enferma, me dijo: “Mira cómo me han puesto el cabello, ya que no puedo explicarte el tormento que interiormente me aflige y despedaza con ansias y congojas de muerte”. Me causó admiración y me pareció imposible el desenmarañarlo; aunque al visitarla el día siguiente lo hallé todo liso y suelto.

En esta enfermedad llegó el médico a mí una noche y me dijo: “Ya es conveniente y aun necesario dar el viático a la sierva del Señor, porque se muere sin remedio”. Yo aunque me hallaba con otras superiores noticias, le respondí: “Vuestra merced haga su oficio”. E instando él “a que se le diese luego”, le repliqué: “¿No se podrá dilatar hasta mañana, por ser tan tarde?” A que me respondió entre dudas y temores: “Como se disponga el que se le dé muy de mañana, me parece que se puede dilatar por ahora”. Despedí al médico y volviendo a ver a Catarina, le dije: “¿No iras mañana a comulgar a la iglesia?” Respondió ella: “¿Por qué no, si tú me lo mandas?” Me fui al colegio y por mucho que madrugué al día siguiente para ver cómo estaba, la encontré al llegar a su casa de donde iba saliendo para el templo; la reconcilié y en la reconciliación me dijo que le había apurado tanto la sed, que se había visto obligada a beber un poco de agua. Me congojé al ver que no podía comulgar, y leyéndome el interior, me dijo: “No te congojes, que bien puedo recibir al Señor porque no habían dado las doce”. Y así le di la comunión y volvió a su casa, donde viéndola el médico, dijo que no tenía ya qué hacer por hallarla con perfecta salud. No le faltó a esta querida sierva del Señor el manifestarle los interiores, pues a mí me sucedieron varios y muchos casos en que me respondía de repente, y como arrebatada a cosas que interiormente me pasaban, tan ocultas y secretas, que no pudiera el Demonio alcanzarlas. Y fueron tantos los sucesos semejantes que experimenté, que fuera nunca acabar el referirlos. Y no me alargó más por parecerme

superflua mi relación y tener viva esperanza de que al paso de su humildad profundísima, en que se abatía hasta los pies de los infernales monstruos, como se veía en aquel su dicho, tan repetido en las apariciones continuas de los demonios: “Si traéis licencia de Dios, aquí tenéis mi cabeza a vuestros pies”; ha de declarar su majestad con mayores maravillas lo prodigioso de sus virtudes, sirviéndome de consuelo la grande confianza que tengo de que en el acatamiento divino se acordará de mi afecto y de las alabanzas que daba yo al Altísimo al oírla en cuenta de conciencia. Y entonces, como en prueba sus heroicas virtudes, sentía y percibía con mis propios sentidos tal fragancia que no puedo explicar con la suavidad de los jazmines y rosas, ni con los perfumes de la algalia, ámbar y demás aromas terrenos; pero hacía reflexión de que causaba en mí admiración y juntamente gozo y consuelo.

Dios conceda a vuestra reverencia el esfuerzo que ha menester para sacar a luz con perfección esta maravilla y que por su medio alabe el mundo a su creador y engrandezca sus divinas misericordias, por las heroicas virtudes de esta esclarecida virgen, que nos sirvan de ejemplo para imitarla en el ardentísimo celo que tenía del bien de las almas, viviendo en esta mortal vida; pues como apunté, si a mi juicio las personas que tratan de amar de verdad a Dios en esta ciudad de Puebla, la deben mirar como a madre y maestra, juzgo no están en menos obligación todos los que tuvieron dicha de tratarla y comunicarla interiormente. Y con especialidad los muchos confesores, que por espacio casi de setenta años de una vida regular e inculpable, en que la mereció esta ciudad angélica por vecina y ciudadana, y en cuya larga distancia de tiempo tuvo por confesores las personas de mayor ciencia y espíritu, que se han reconocido y venerado en esta nuestra santa provincia. Entre los cuales fueron aquellas dos columnas de perfección, el padre Miguel Godínez y el padre Juan de Sangüesa, mereciéndose de todos calificaciones no pequeñas ni comunes de su santa vida, y aprobaciones de su verdadero y grande espíritu. Todos a mi entender, se pueden tener por felices; pues además de la resolución con que en medio de su profundísima humildad hablaba con el Señor acerca de su salvación, diciendo: “No, Señor, quien me ha perdonado los pecados para el cielo ha de ser”. Y respondiéndole su Majestad muchas veces con esta sola y misteriosa palabra: “¿Catarina?”, instaba ella, con los alientos que el mismo Señor le daba: “No hay que tratar, para el cielo, Señor, para el cielo”. Pondré en confirmación de esto lo que sucedió en el tiempo que yo la traté y comuniqué familiarmente. Había un sujeto que deseaba con notables ansias que se reconciliase con él la venerable Catarina, y a ese paso y medida era el horror que la sierva

de Dios tenía de confesarse con él. Y así, por más instancias que yo le hacía para que se venciese, constándome del consuelo y necesidad del sujeto para que llegase a su confesonario, no pude conseguirlo, porque no daba Dios aliento ni fuerzas para la ejecución de su deseada obediencia. Hasta que un día se le manifestó a Catarina su Majestad todo llagado, teniendo en su presencia hincado de rodillas a la dicha persona. Y como semejantes visiones la llenaban de lágrimas y sollozos con que se desahogaba su corazón aprensado y afligido, hizo entre suspiros tiernos al redentor del mundo esta pregunta: “¿Quién, Señor, te ha puesto así?” A lo que respondió la suprema majestad con alguna severidad: “¡Tú, porque huyes de éste!” Le propuso entonces la sierva de Dios al Todopoderoso con muchas lágrimas, que llegaría a confesarse con el dicho sujeto por consolarle e ilustrarle con las luces que el Señor quisiese concederle para el bien de aquella creatura. Prosiguió de allí en adelante Catarina reconciliándose con él las veces que se le ofrecía. En este tiempo vino orden de los superiores para que pasase este sujeto a la ciudad de Oaxaca, y sabiéndolo la sierva de Dios, se llegó a mí y me dijo: “Haz todo lo que pudieres para que no vaya éste a Oaxaca, porque no conviene y ha de suceder un desastre”. Le respondí: “Que era orden del superior y que por otra parte, si Dios le daba a entender no convenía la ejecución, pidiese al Señor le embarazase la ida”. Y así fue; porque habiendo salido de Puebla, a veinte leguas de camino, le asaltó un furioso tabardillo que obligó a que le volviesen al colegio de donde había salido, donde sanó con brevedad, y embarazada con este accidente la jornada, pidió con instancias el ir a las misiones para emplear la vida que Dios le había dado en la conversión del gentilismo, donde según las noticias que tenemos, con un ardiente y apostólico celo en la extensión de las nuevas cristiandades de este Occidente; habiendo causado en toda la provincia tanto más de admiración la pretensión de este sagrado ministerio, cuanto era más notoria la aversión que tenía a semejante empleo, asistiendo muy gustoso.

Y así dichosa vuestra reverencia, que mereció ser tan anticipadamente escogido del Altísimo para una materia y asunto de su pluma, que ha de ser muy de su agrado, y en que por las causas y efectos sabemos que ha sido esta la voluntad de Dios, y que en su ejecución reconoceremos la infalibilidad de la divina providencia. La misma Catarina le ha de ayudar con sus oraciones; porque si acá era en extremo agradecida y no sabía qué hacerse para pagar a quien le acudía en lo temporal, ¿qué hará con quien se dedicó con tantas veras al cuidado y provecho de su alma?, y ahora a glorificar a Dios en su sierva, cuando goza ya el premio de sus excesivas penas, de su

padecer tan intenso como continuo, y como legitima hija de nuestro gran padre san Ignacio, y de su ardentísimo celo en la salud corporal y espiritual de las almas. Dios nos conceda por sus oraciones y merecimientos que cooperemos con la divina gracia, para que verificándose en nosotros el dicho de Catarina: “No hay que tratar; para el cielo, Señor, todos mis confesores”, le alabemos por toda una eternidad, donde conoceremos perfectamente los tesoros de virtudes y de favores con que enriqueció la Omnipotencia a nuestra venerable y recomendada Catarina. Nuestro Señor guarde a vuestra reverencia. Etcétera. Guatemala y abril 22 de 1689 años.

Siervo y hermano de vuestra reverencia  
Ambrosio Odón



# PRÓLOGO

POR ALONSO RAMOS

Al piadoso lector:

En brazos de la stampa y a la protección de la Omnipotencia y presidios de la divina clemencia (¡Oh, benévolo lector!), sale a gozar la común usura de la luz del mundo la *Segunda parte de los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia, en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan*. Hermano es este desvelo del cuidado con que te consagré en las aras de tu agrado y en los tribunales de tu piedad la primera parte. Donde, sin duda, no fue mal recibida, pues con repetidas instancias me has encendido los deseos y avivado la voluntad de servirte con la prosecución de esta historia, reconviniéndome con el desempeño de mi palabra, a que correspondo, aunque a despecho de mis comodidades, con dispendio de mi salud y con menoscabos de la debida atención al cuidado de mis ordinarias y necesarias ocupaciones, ofreciéndote ya a las manos este segundo libro en cumplimiento y satisfacción de mi promesa. Y te pido (¡Oh, piadoso lector!) humilde, no te detengas en la ponderación de los defectos, que no pueden faltar aun en las obras más festejadas con gloriosos aplausos y laureadas con honrosas aclamaciones, pues siendo humanas y partos de limitados entendimientos, es forzoso manifiesten a pesar de sus autores ser cortedades criadas; sino que te regales y entretengas generoso con las noticias de las maravillas de Dios, y te aproveches noble de las doctrinas cristianas, que es y debe ser el fin principal y aun única atención de todos los lectores y escritores católicos. Porque siendo el alma única, sola y la joya de tan sumo precio y valor, por ella sola se han de gastar todos los desvelos y emplear todos los afanes y fatigas. Atendiendo yo a esta tan verdadera como cristiana sentencia, tan encomendada por el supremo y divino maestro que la predicó con su lengua y rubricó con su sangre; tan repetida por los doctores católicos, tan acreditada con el ejemplo de los santos; y considerando la obligación de mi profesión, como hijo, aunque indigno, del grande patriarca san Ignacio de Loyola, quien ilustrado con soberana luz del cielo, formó y dispuso sabio y prudente el instituto de la Compañía de Jesús y puso en obligación a sus hijos de procurar por todos los medios posibles la salvación del universo; determiné —ejecutado de estas precisas

obligaciones— extender por todo el orbe, con el común beneficio de los moldes, este segundo libro, siguiendo el estilo de la primera parte de la historia; en que el sediento de saber y hambriento de aprovecharse lea en esta admirable y peregrina vida, mercedes de Dios estupendas y prodigiosas, que arrebatan la admiración del entendimiento más acaudalado de noticias, le cautiven a reverenciar la grandeza de un Dios todopoderoso, y reconozca que todas estas mercedes y soberanos beneficios fueron ordenados y dirigidos a enseñar y a adelantar a esta escogidísima alma en la perfección de las cristianas virtudes, para que fuese ejemplar maestra de perfección una pobrecita, tirada en el último rincón del mundo e ilustrada de Dios con sobrenaturales y singularísimas hablas y visiones y con razonamientos no largos, ni dilatados discursos, sino con aforismos sentenciosos, brevísimos y multiplicados para la comprensión de los secretos y divinos misterios que le franqueaba la eterna sabiduría; y otras muchas veces, repitiéndola una misma sentencia, para infundirle mayor y mayor ilustración con que se arraigase más el conocimiento de la verdad que proponía Dios a su sierva.

Las virtuosas acciones de esta venerable y esclarecida virgen son las luces que me alumbran y conducen a la explicación y ponderación de una católica enseñanza y verdadera doctrina, para el aprovechamiento de los que leyeren la historia que, aunque prodigiosa y peregrina, es larga y prolija. Y por esta razón puede ser desapacible y escabrosa<sup>60</sup> a la carne y sangre que apetece más la recreación que el provecho en la leyenda de los libros. Condescendiendo con esta vana curiosidad y débil flaqueza humana, he dividido en tres partes el discurso de la vida de la venerable Catarina de San Juan, como en tres jornadas, procurando sembrarlas de varias doctrinas y erudiciones más cristianas que políticas, para que se camine con algún alivio y desahogo, con alguna recreación y entretenimiento, y esto es lo que desea el que camina a un paraje o ciudad donde ha de ser muy bien recibido; porque si el camino es largo, no dejan de serle penosas las jornadas; mas si se encuentra en su viaje, ya con la fuente, ya con el monte, ya con el valle, ya con la vega, ya con la viña, ya con el río, ya con el prado, ya con las guerras, ya con las arboledas; aligera sin duda el fastidio y divierte el cansancio. Esto he procurado hacer en el discurso de los dos libros, para que el que tuviere postrado el apetito y rendida la gana al manjar de la verdad, no le sea tan desabrido como suele; por esto se le suavizó, se le sazonó, se

---

60 Ardua, difícil de recorrer.

le guisó y le dejó la enseñanza con las más sabrosas salsas que he podido, ya con el lugar de escritura —primera regla y nivel del acierto infalible de nuestras acciones—, ya con las sentencias y dictámenes autorizados de los santos padres, ya con el picante de las ponderaciones y discursos de los doctores. Pero el fin y único blanco de esta alma peregrina, es mostrar con sus virtuosas obras el verdadero camino de la bienaventuranza y la luz indefectible de la fe que la alumbraba para no descaminarse; de esta misma he deseado valerme para conseguir el fin feliz de mis escritos, poniendo de mi parte la enseñanza que me ha sido posible: “Lo que tengo doy”, como dijo el apóstol y cabeza de la Iglesia san Pedro. Lo que mi profesión pide y requiere he ofrecido y consagro; y es doctrina para las almas, luz para el camino del cielo, guía para la eterna salud, antídoto para la ponzoña del vicio, próspero viaje para la siempre feliz patria a los que quisieren imitar y seguir las pisadas de esta prodigiosa y admirable virgen, grande en su nacimiento, grande en el exordio de su virtud, grande en el progreso de su perfección, grande y portentosa en los últimos períodos de su vida por los tesoros de gracias y favores del cielo que amontonó en ella el inmenso manantial de todos los bienes juntos. En la primera parte la propuse y parecería una fuente pequeña, cuyas aguas eran tan tasadas que apenas cubrían las arenas y formaban un pequeño, aunque risueño arroyuelo. Ya en esta segunda parte crecen las aguas de la fuente en tal abundancia, que llegan a formar un caudaloso río con que se riega y fecunda la tierra de los corazones y se ilustran los entendimientos humanos. Dejo para la tercera parte los dos últimos libros prometidos, para que en las crecientes y unión de sus cristalinas aguas se reconozca la inundación de un inmenso mar de misericordias celestes, para crédito de esta escogidísima alma y bien de todo el mundo, a quien fertiliza y renueva la infinita bondad del Creador por la intercesión y merecimientos de su sierva. Suplico al celestial padre de las lumbres se logre mi trabajo y que el piadoso lector saque el fruto que yo procuro y pretendo, como lo espero de su misericordiosa omnipotencia, de cuya larga y dadivosa mano mana todo bien y depende nuestra eterna felicidad.

A lo que más he aplicado el juicio y cuidado en este libro y segunda parte de la historia, ha sido en citar y poner por testigos muchas personas de suprema autoridad, que hoy viven —porque no se diga que atestiguo sólo con muertos—, las cuales la trataron, comunicaron y aprobaron su verdadero espíritu, después de haber examinado con la debida y celosa atención su modo interior y exterior de vida, que no desdecía de los singulares y prodigiosos sucesos que experimentaban en esta escogidísima alma. Y porque

uno de ellos fue el padre Ambrosio Odón, provincial actual de la Compañía de Jesús de esta provincia de Nueva España, y hallarme al presente con una de sus cartas escrita desde la muy ilustre y noble ciudad de Guatemala, donde era actualmente rector de nuestro colegio, en que confirma algunos puntos y materias contenidas en el discurso de toda la historia; me ha parecido ponerla por portada vistosa de este segundo libro;<sup>61</sup> pues así como en el primero se juzgó conveniente, se pusiese como se puso por frontispicio de escogida y fundamental erudición, otra carta preocupativa de las dificultades que podían ofrecerse y suelen resaltar de semejantes obras; sirva ésta a toda la historia de confirmación y antepuerta de autoridad mística, escolástica y prudencial, y tenga la fe humana otro mayor fundamento que mi relación para el crédito. Vale.

#### PROTESTA DEL AUTOR

En obediencia del decreto de nuestro santísimo padre Urbano VIII, de feliz recordación, expedido en la sagrada congregación de la universal Inquisición de la Iglesia a 13 de marzo de 1675, declarado por su Santidad en 5 de junio del año de 1631 y confirmado en 5 de julio de 1634, en que se prohíbe dar culto de santidad a las personas no canonizadas: protesto, que todas las veces que en esta historia uso de las palabras santa, bienaventurada, venerable, esclarecida o cualquier otra que insinúe virtud relevante, así de la persona que es asunto de esta obra, como de cualquier otra que con esta ocasión nombro con estos o semejantes epítetos, no es mi intento caiga sobre la persona dándole el culto debido a los santos, que por definición de la santa Iglesia están en el cielo, sino sobre las costumbres y opinión. *Ídem* protesto, que todas las cosas que refiero con nombre de ilustraciones, revelaciones, raptos, éxtasis, profecías, milagros y otros favores extraordinarios, no tienen más autoridad que la humana, fundada en motivos humanos, expuestos a la falibilidad, reservando siempre la infalible decisión al oráculo del Espíritu Santo, el romano pontífice en su canónica declaración, a quien me sujeto en todo como hijo obediente de la santa Iglesia católica romana, nuestra madre.

Alonso Ramos

---

<sup>61</sup> Por la modernización del texto, la carta del padre Odón quedó en antepenúltimo lugar, para que el prólogo y la protesta del autor funjan como colofón de los documentos preliminares.

SEGUNDA PARTE





DE



LOS PRODIGIOS  
DE LA OMNIPOTENCIA  
Y MILAGROS DE LA GRACIA  
EN LA VIDA DE LA U. SIERVA DE DIOS

CATHARINA DE S. JOAN

NATURAL DEL GRAN MOGOR, Y DIVENTA  
EN ESTA IMPERIAL CIUDAD DE LA PUEBLA DE LOS  
 Angeles, en la Nueva-España. 



ESCRITA



POR EL PADRE PREPOSITO ALONSO RAMOS  
*Profeso de la Compañía de IESVS, su último Confesor, Natural  
de Santa Eulalia en la Vega de Saldaña, y Reynos de Castilla.*



DEDICALA



AL

EXC. S. D. GASPAR DE SANDOVAL,  
CERDA, SYLVA, Y MENDOZA, CONDE DE GALVE,  
Gentil-Hombre con Exercicio de la Camara de su Magestad. Co-  
mendador de Zalamea, y Ceclavin en el Orden, y Cavalleria de  
Alcantara: Alcayde Perpetuo de los Reales Alcazares, Puertas,  
y Puentes de la Ciudad de Toledo, y del Castillo, y Torres de  
la de Leon: Señor de las Villas de Sacedon, y Tortola. VIRREY,  
Governador, y Capitan General de esta NUEVA-ESPAÑA, y  
Presidente de su Real Chancilleria de Mexico.

CON LICENCIA, Y PRIVILEGIO.

EN Mexico; en la Casa Professa, en la Imprenta de Diego Fernandez de Leon, año de 1690



## LIBRO SEGUNDO

DE SUS VIRTUDES MORALES,  
SUBORDINACIÓN A LOS CONFESORES,  
PODER QUE TUVO CONTRA  
LOS DEMONIOS Y LO QUE DEBE  
LA MONARQUÍA DE ESPAÑA  
A LA EFICACIA DE SUS ORACIONES





## CAPÍTULO 1 DE SU HEROICA HUMILDAD

### *1. Cuán bajamente sentía de sí, comparándose con las bestias y los demonios*

[1] La humildad es todo el ser: es el ente de las virtudes; y así las transciende y penetra todas. El verdadero y cordial humilde, no sólo se muestra en los actos y ejercicios propios de la humildad. En todas sus acciones, en todo debe mostrarse humilde el alma virtuosa y santa. Esta verdad es tan constante en nuestro caso que no se hallará capítulo, materia, ni acción en toda esta historia, en que no resplandezca la excelencia de esta virtud como manantial de todas las virtudes de esta sierva de Dios. Era Catarina de San Juan en sus palabras y obras, en sus ojos y estimación, la criatura más vil del universo. Sus palabras manifestaban lo que reinaba en su corazón. Y decía frecuentemente que era un gusanillo vil y asqueroso: un poco de estiércol, una perrita ingrata, una bestia indómita, la mayor pecadora del mundo, bautizada en pie, indigna de vivir entre cristianos y merecedora del infierno. En las casas donde vivió, buscaba siempre el aposentillo o rincón más despreciado, por retirado, incomodo o inhabitable; porque la habitación más humilde y baja le ayudase al conocimiento propio y a vivir más olvidada y retirada del mundo. Cuando se pasó a la casa del capitán don Hipólito del Castillo y Altra, la quiso poner en la recámara donde tenía a sus propias hijas, para que les sirviese de madre y fuese el consuelo de toda la familia. Rehusó este noble y piadoso afecto, diciéndole: “No, señor, no soy digna de aposento de escalera arriba. Yo no nací para señora, sino para esclava de los esclavos”. Condescendiendo con su humildad, le ofreció el dicho capitán otro cuarto acomodado para su retiro y ejercicios, que correspondía a los entresuelos de la casa. Repelió también esta habitación como desproporcionada a su espíritu humilde y escogió un aposentillo que no tenía más luz que la de la puerta que salía al patio; sus paredes desaseadas, el suelo de duras y frías lajas, y que servía sólo de guardar la cal e instrumentos de batir mezcla para la renovación y fábrica del edificio.

[2] Esta habitación fue el empeño o asunto más precioso de su elección. Y preguntándole yo después qué había visto en aquella pieza tan desaliñada e incómoda para escogerla para su morada, me respondió: “Porque tenía a su lado una caballeriza y que una bestia era razón viviese al lado de otras bestias, mientras duraba esta vida mortal y corruptible”. Pudo decir a

Dios Catarina mientras vivía, lo que dijo el santo rey David: “Me hice señor como jumento para con vos; y de aquí me nació el andar siempre en vuestra compañía” [Apostilla: Salmos 72]. Desde que escogió el soberano príncipe de la gloria por solio un pesebre, autorizó y aprobó estas habitaciones humildes y lo confirmó aplaudiendo esta elección de Catarina; porque como lo noté ya en el capítulo diez y nueve del libro primero, este escondrijo de gatos y madriguera de ratones era el que se trasformaba en un celestial paraíso con la asistencia de los cortesanos celestes, y dones y gracias del Altísimo simbolizadas en los jeroglíficos de refulgentes luces y de bellas y hermosas flores. Así como naciendo en él, transformó el inmundo portal y vil pesebre de Belén en casa de Dios, empíreo de ángeles y palacio de su majestuosa ostentación, premiando el excelso y soberano príncipe de todo lo creado con lo más lucido y glorioso de su cielo, a la que por imitarle en su humilde nacimiento se abatía y apocaba hasta acompañarse con bestias.

[3] Con este nombre de bestia explicaba ordinariamente el vil concepto que tenía de sí y de sus cosas, diciendo a los confesores en las cosas de su conciencia: “Esto hice, esto vi, esto oí; no sé si es bueno o si es malo. Vosotros sois doctos y lo entenderéis. Y así allá os lo dejo, que a mí me basta obedecer como un jumentillo, sin apartarme un punto de vuestra obediencia”. Uno de sus confesores le pidió en una ocasión licencia para comunicar algunas de sus cosas con otros dos, por motivos justos que tenía. Le respondió rendida y humilde: “Yo no tengo otro querer, ni otra voluntad que la de mis confesores. Y así basta que te parezca a ti conveniente para mi gobierno esa consulta para que lo ejecutes. Y bien serán menester tres confesores para esta indómita bestia: uno, que me enfrene; otro, que me enjalme;<sup>1</sup> y otro, que me aplique la espuela”. En ninguna cosa resplandeció más la humildad, obediencia y mortificación de esta sierva de Dios, que en haber dado esta licencia; porque su espíritu la inclinaba a ocultarse de las creaturas y vivir entre los desprecios del mundo. Por este fin decía a los que la gobernaban: “Mis pecados e ignorancias podéis publicarlos, pero en todo lo demás no se oiga mi nombre entre las gentes”. Y solía añadir: “A los confesores, que me han querido mucho, estimado y aplaudido, o los he dejado o Dios me los ha quitado con la ausencia, con la enfermedad o con la muerte”. Algunas veces arrastrada del sentimiento o arrebatada del divino Espíritu, reconvinó a algunos, diciéndoles: “¿Cuántos confesores tengo?”. Y respondiéndole

---

<sup>1</sup> Las enjalmas son aparejos para las bestias de carga.

que uno, añadía ella: “Pues si ese ha de publicar mis sueños e imaginados achaques, menos mal será que yo los saque a la plaza y los ponga al riesgo del popular aplauso; porque en mi boca los tendrán todos por embustes y en la vuestra tendrán la autoridad que no merecen mis engaños”.

Por mayor seguridad de este secreto, procuraba tener siempre un solo confesor que no ignorase cosa de su conciencia, y por quien únicamente se gobernaba en las materias de su alma. Dictamen tantas veces repetido de nuestro padre san Ignacio de Loyola: “Que quien se confesase con otro que con su ordinario confesor, debe después en cuanto se acordare al mismo confesor suyo descubrir toda su conciencia; porque mejor pueda ayudarle en el Señor nuestro, no ignorando nada de ella”. [Apostilla: Parte 3, capítulo 1] [Apostilla: Parte 6, subcapítulo 2]

[4] Este fue el espíritu de san Pablo, pues cuando se vio obligado para la conversión del mundo a hacer alguna reseña agradecida de las mercedes y favores que recibió de su dios, se ocultó y escondió de manera que parece los ponía en cabeza ajena: “Yo sé —dice el apóstol— que ha catorce años que un hombre fue arrebatado hasta el tercer cielo, donde vio cosas tan secretas y escondidas, que no solamente no pueden salir a la lengua para explicarse, pero ni aun caber en la corta capacidad del humano corazón, si Dios con su poder no la extiende y dilata”. [Apostilla: Primera epístola de san Pablo a los corintios] Catorce años escondió san Pablo aquellos inefables júbilos, aquellas misteriosas visiones, aquellas revelaciones arcanas que le mostró Dios en el tercer cielo. Catorce años continuos guardó el secreto de las divinas ilustraciones. Y cuando la necesidad urgente pidió que ostentase las misericordias y mercedes de Dios, dice: “Sé que un hombre fue arrebatado al tercer cielo”, donde parece que habla más de otro que de sí mismo. Así se deben referir los favores del cielo hechos a los vivos: a más no poder y de manera que más parezcan hechos a otros que a los que los refieren. Así quería Catarina que se usase de las noticias de las beneficencias celestes que recibía, publicándose sólo en caso de necesidad; y entonces no en su cabeza, sino de manera que pareciesen de otros. Deseaba ser despreciada y aborrecía la estimación, el aplauso y alabanza; y por eso no impedía la publicación de sus defectos y quería se ocultasen y no se ostentasen las misericordias que recibía del cielo. Ejemplo de humildad, fue el silencio de catorce años en materia de glorias y favores que guardó el apóstol de las gentes; pero en una mujer, por toda su vida y tan larga, fue este mismo ejemplo de silencio no sólo milagro o prodigio, sino milagro de prodigios y monstruo sagrado de humildad. Porque como atestigua san Juan Crisóstomo, es el género

femenino ambicioso y amigo de vanagloria; y no hay gloria para una mujer, como ver que la señalan con el dedo, la reverencian y adoran. [Apostilla: san Juan Crisóstomo hom. 13 sup epístola a los hebreos] Y esta ambición no es en ellas postiza, sino heredada de su madre Eva, que cayó en esta red cuando le dijo la serpiente maligna: “Seréis como dioses”. [Apostilla: Génesis 3] De aquí, muchas, aun de las pocas que se aplican a la virtud, desvanecidas con su natural ligereza y sublimadas del enemigo para conseguir esta vana estimación, se aplican a lo que las inclina su naturaleza, que es, según la observación de los tiempos, a la hipocresía, a la simulación y al engaño, con que pretenden hacerse deas y parecer diosas; porque esto las señala, las singulariza y les acarrea estimaciones de deidades. No parecía mujer Catarina en esta materia, pues en medio de tantos portentos y maravillas, con tener tantos tesoros de gracias en el alma, tantas riquezas de favores y virtudes en el corazón y con estar éste tan cerca de la lengua, parece carecía de ella para hacer ostentativos alardes de sus glorias; porque tenía tan domesticado el furioso apetito de lucir y la inclinación de ser aplaudida, que en todo y de todos quería ser tenida por bestia. Y no bestia coronada, como la que vio san Juan en su Apocalipsis adorada de la ignorancia [Apostilla: Apocalipsis 17], sino por un jumentillo manso, humilde y despreciado.

[5] Con este nombre de bestia apartaba de sí a las otras recogidas y almas devotas, que divididas en parcialidades, profesando virtud y perfección, formaban división de escuelas en sus casas y en las iglesias, procurando cada una ser la primera, la guía, la querida, la más estimada, y la que aumentaba y gobernaba el rebaño de su pastor o de su confesor; alabando su doctrina, su apacibilidad y buena gracia. Cuando éstas se pegaban a Catarina y le buscaban la boca con pretexto del consejo, haciéndole relación de sus dolores, penas, amarguras, ejercicios, vahídos y pesadillas, les respondía: “Yo soy una asnilla, no entiendo de eso. Pero lo que yo hago es acudir al médico con los males del cuerpo, cuando me apuran mucho, y con los del alma al confesor; y obedeciendo con sufrimiento a entrambos, se consuela mi alma aunque no sane mi cuerpo”. Cuando éstas, a su craso modo de entender, llenas y rellenas de Dios, intentaban curiosas escudriñar y desentrañar la conciencia de Catarina hablándole de las ilustraciones querúbicas, de las inflamaciones seráficas, de los misterios profundos, de las visiones apocalípticas, de las revelaciones ambiguas, de los excesos y recesos del divino amor, y de otras materias y términos de la contemplación que leían y excedían su vana capacidad, les respondía: “Yo no entiendo esa lengua porque soy una bozal y un jumentillo, y quizá por eso los confesores

no me enseñan esas cosas. Lo que me mandan es, que sea humilde, obediente, sufrida y mortificada; que rece con devoción el rosario y con atención, y que piense en la eternidad. Y yo soy tan ruda, que no acabo de aprender y saber esto que me enseñan”. Cuando le hablaban de la importancia del magisterio espiritual, de quienes tenían o no tenían las partes de buenos maestros de espíritu, procurando inclinarla cada una a su aprisco y a su escuela, les respondía: “Yo a todos los confesores tengo por buenos y sabios. Y para mi es mejor el que más me refrena, mortifica y desprecia, porque es señal que conoce mi maldad y bestialidad, y así no soy digna de andar con vuestras mercedes que sois señoras y doctas. ¿Qué parecería una pobrecita bautizada en pie y una bestezuela en tan noble compañía? Me basta el confesor que Dios me ha dado. ¿Y cuándo merecía yo que me sufriese y gobernase un sacerdote? Yo pongo mi boca donde ellos ponen los pies, beso la tierra que ellos pisan, venero a todos y creo a todos; pero obedezco al que me confiesa porque ese es el que conoce todas mis maldades”. Y era tan verdadero esto que les decía, que siempre que se levantaba de los pies del confesor, con disimulo tocaba la tierra con sus dedos y los llegaba luego a la boca, haciendo intención de besar el suelo que los confesores pisaban. Y el mismo acto de reverencia usaba cuando estando sentada pasaba junto a ella algún sacerdote, precautelando siempre la nota de exterioridad de que ella tanto huía.

[6] Andaba en un continuo conocimiento de que ella era la criatura que más debía a Dios y la más ingrata, que sus oraciones eran tan de poco valor, que si no fueran acompañadas de las de los otros cristianos, no pudieran llegar al cielo. Y así rogaba a todos la encomendasen a Dios porque era la más necesitada, la más pobrecita cristiana nueva y sacada de entre gentiles por la misericordia de Dios. Cuando pedía por sí y por las necesidades del mundo, no se atrevía a ofrecer sus oraciones, sino valiéndose de la santísima Virgen, de nuestro padre san Ignacio u otro santo, para que las presentase como pajitas entremetidas con las demás oraciones de los justos a la suprema majestad, para que no se las llevase el viento o para que no causasen asco al príncipe de la gloria, si llegasen a su divina presencia solas, sin la recomendación de alguno de los cortesanos celestes. Cuando le pedían encomendase a Dios algún negocio o alguna necesidad, decía: “Sí haré, pero rueguen a su Majestad que me oiga, porque soy una abominable pecadora y mis oraciones no pueden tener valor delante del Señor. Soy una ala de mosca con que no puedo taparme, ni defenderme: ¿cómo taparé o defenderé a otros?” Con este afecto humilde y concepto de bestia, recibía

las doctrinas y voces de los ángeles y santos del cielo, diciéndoles: “Yo soy una bestezuela incapaz, no sé distinguir lo bueno de lo malo; pero se lo diré a mi confesor y él como voz y vicario de mi Dios, me mandará lo que debo ejecutar”. No se mostraba menos humilde con los mismos demonios, cuando la pretendían desalentar y quitar la confianza de salvarse, y le decían que era un poco de estiércol y basura, y que sus oraciones causaban asco y provocaban a vomito de ira a su redentor; y les respondía: “En eso conoceréis mi bajeza y la grandeza de la divina misericordia, que puede levantar el polvo de la tierra al trono de su gloria, de donde arrojó a sus ángeles y los tiró al muladar del infierno”. Cuando la pretendían desvanecer ensalzando sus obras y virtudes, les respondía: “Vosotros aún no sabéis quién soy. Soy como un zapato viejo enterrado por mucho tiempo en el estiércol, soy como un hueso de caballo podrido con el tiempo en un muladar de inmundicias, mis obras son abominables y aborrecibles a los ojos de Dios y por ellas soy peor que ustedes; porque si ofendisteis a vuestro creador, yo no sólo he ofendido a mi creador, sino a mi redentor Jesucristo, dios verdadero, hecho hombre por mí, y por esto merezco estar debajo de vuestros pies y soy digna de mayor infierno. Pero no pierdo la esperanza de lograr lo que vosotros perdisteis; porque conociendo mi malicia, vivo arrepentida y sé que Dios por su grande misericordia ha de salvar a los hombres y a los brutos. Y ya que no entre en el cielo con los que merecieron el nombre de hombres [Apostilla: Salmos 35], espero entrar en el número de los pecadores que merecieron el nombre de jumentos enmendados y arrepentidos.”

## 2. *Cómo la verdadera humildad la sacaba victoriosa de los demonios y de sus astucias*

[7] Sentía todo el infierno el ver que Catarina se aplicaba el nombre de bestia y se trataba y estimaba como un simple jumentillo, que para desahogar su rabia con bramidos, tomaban frecuentemente formas de bestias para atormentarla y perseguirla. Y cuando ella se veía rodeada de dragones, sierpes, osos, perros y cebones,<sup>2</sup> decía: “Ahora sí que estoy contenta, porque aunque jumentillo simple, amo mucho la verdad y gusto de verme acompañada de los que se me parecen, porque se verifique en mí el refrán: dime con quién andas y te diré quién eres. Vosotros bestias, y yo bestia; vosotros

---

<sup>2</sup> Cerdos.

brutos, yo jumento; vosotros buscáis a quien tiene vuestra semejanza, y yo me consuelo de verlos; porque esa monstruosa fealdad me abre los ojos para conocer mi abominación e inmensa malicia”. A este recibimiento, reventaba de furor y rabia el infierno, y llenos de vengativa soberbia la embestían y despedazaban con sus uñas y dientes venenosos, maltratándola con palabras y maldiciendo la bestialidad —así le llamaban— de este manso y sufrido jumentillo; que confesando merecían mayores castigos sus culpas, clamaba contrita al cielo misericordia. En muchas ocasiones volvieron las bestias fieras, astutas y traidoras, transformadas en ángeles de luz y aun tomando las formas de sus mismos confesores. Y para captarle la voluntad e introducir en su entendimiento el error que pretendían, le dijeron disimulados: “Bien dices cuando te apellidas jumentillo, porque como eres enemiga de la mentira, confiesas con ingenuidad la verdad de que tu ser es de bestia, y así en muriéndote se acabó para ti todo. Todo ese compuesto ha de perecer como perecen totalmente los brutos; porque como para estos no hay dios ni cielo, no hay resurrección, no hay infierno, no hay eternidad, así tampoco la hay para ti, porque eres un jumento mortal y corruptible en el alma y en el cuerpo. Sólo yerras en no imitar a los que decían: *Comamos y bebamos porque mañana moriremos*. [Apostilla: Isaías 22] Pues si eres bestia, ¿por qué no has de imitar a las bestias en sus costumbres? Sigue sus pasiones, ejecuta tus dañados impulsos, deja que corra la voluntad en pos de sus apetitos, que gocen los sentidos sus delicias, el cuerpo sus antojos, la imaginación sus devaneos y el juicio sus errores”.

[8] A estas engañosas voces y heréticas simulaciones, respondía ordinariamente Catarina: “¡Callad blasfemos y padres de todas las falsedades y engaños, no vengáis a razonar con una ignorante! ¡Oh! ¡Si os hubiera quitado Dios la ciencia, como perdisteis la hermosura! Idos de ahí y poneos a altercar con san Miguel, para que llegue a vuestros oídos repetida aquella misteriosa voz: ¿Quién como Dios?, que fue bastante para vuestro primer precipicio. Id a argüir con san Ignacio, que con sus virtudes y el poder que tuvo y tiene del Altísimo, os atemorizaba, aterraba y confundía. Idos a disputar con sus hijos que son intérpretes de la verdadera ley, los que me gobiernan y mandan, que cuando me vengáis con esos argumentos y falsas razones, os haga entonar el símbolo de la fe. Y así mirad, que yo obedezco a mis confesores, ellos a mi redentor, y vosotros habéis de obedecer a vuestro creador”. Y diciendo luego Catarina el credo, le solía mostrar muchas veces Dios que lo iban también diciendo estremecidas y rabiosas todas las bestias fieras que la cercaban. En otras ocasiones que se hallaba esta sierva de Dios



ilustrada con más abundante luz, llevada del impulso suave y eficaz de la gracia para mayor confusión de los precitos, les decía: “Entended y atended malditos a mi bestialidad e ignorancia, que aunque soy tan bestia, no ignoro ser hechura del Altísimo [Apostilla: Salmos 8], creada a su imagen y semejanza y capaz de gozarle como creatura racional y limitada, y no como igual y semejante; como tú Lucifer, ciego de soberbia, presumiste [Apostilla: Isaías 14]. Pero soy bestia y peor que las bestias, pues siendo racional, vivo como bruto; aunque tengo en el exterior naturaleza humana, en lo interior soy una bestia, porque no sigo las leyes de la razón sino las licenciosas de mi apetito. La apariencia tengo de racional pero mis obras son de bruto, no me gobiernan por lo racional sino por lo sensitivo; así como vosotros, que en vuestra creación fuisteis adornados de innumerables perfecciones: ¡Qué hermosos! ¡Qué bellos y agraciados resplandecisteis en el cielo! ¿Y por qué atropellasteis con la razón y abusasteis de la libertad? Con un solo pecado pasasteis de ángeles a ser demonios; de creaturas hermosas, a ser bestias fieras y abominables. Bestia soy, más no rebelde y obstinado bruto, pues confieso mi brutalidad y me arrepiento de mis culpas, pidiendo por instantes perdón y misericordia al juez supremo que ha de resucitar a los buenos y a los malos; a los hombres penitentes y a los brutos, obstinados pecadores, para premiar con eterna gloria a los buenos y castigar con un inextinguible fuego a los otros en el abismo que está preparado desde el principio del mundo para vosotros y para los que os creyeren y siguieren [Apostilla: Primera epístola de san Pablo a los corintios 13]. No soy tan ignorante que no sepa que en defensa de esta verdad, estoy obligada a perder mil vidas y tolerar todos los tormentos de un infierno. Y así, si tenéis licencia de vuestro creador y mi redentor para probar con vuestras mismas penas la determinación de mi voluntad, aquí me tenéis postrada a vuestras plantas, ensangrentad vuestras uñas y dientes; que fío en quien os puede dar licencia y de quien depende vuestro poder, me dará fortaleza y constancia para sufrir vuestras crueldades”.

[9] Con esta humillación nacida de lo íntimo de su corazón, se desatibaban los enemigos astutos y rebeldes, y desahogaban su furor rabioso con herirla y despedazarla. Duró toda la vida esta guerra entre la obstinación de los precitos y la constancia de esta esclarecida virgen, creciendo cada día más en ella el conocimiento de su bajeza, y en ellos la saña y rabia. Y para entretener su ira insaciable, causaron en su delicado cuerpo un ardor tan extraño a la naturaleza y tan insufrible, que para divertirse se veía obligada a arañarse con peines; y cuando la veían los enemigos obstinados más apu-



rada, venían con una almohaza<sup>3</sup> fabricada en sus infernales fraguas, según parecía por su aspereza, y oprobándola con los nombres de bestia la desollaban, dejando sin piel y sin carne sus martirizados huesos. Este martirio repetido a tiempos por muchos años, le acompañó hasta los últimos días de su vida. Y así, junto con otros que diré en su lugar, fue el que coronó su paciencia, su fe y su humildad, por las manos de los infernales sayones que no descansaban ni la dejaban descansar, combatiéndola de día y de noche, ya para desanimarla, ya para desvanecerla. Pero Catarina salió triunfante de esta vida, ocultándose, anonadándose y haciendo sus obras tan pequeñas a los ojos de los hombres que pareciesen una abominación o una nada; porque no buscaba su honra, sino la gloria y honra de su dios; y esto hizo a Catarina amada de Dios y bien vista de los hombres. Buscó la gracia de Dios solamente en sus obras y le echó Dios mil bendiciones para que fuese querida y honrada de sus creaturas, cuya memoria es tan dulce y agradable, que nadie la mienta que no sea para engrandecerla y regalarse con el dulce recuerdo de su nombre, que es la alabanza en que cifró y comprendió el Espíritu Santo la suma de la perfección, la plenitud de la gracia y virtudes de Moisés: “Amado de Dios y querido de los hombres”. [Apostilla: Eclesiastés 45]

[10] Lo uno y lo otro pierden las almas hipócritas que procuran salgan sus obras a vista de las creaturas, para conseguir el aplauso y la gracia del mundo sin hacer caso de la gracia de Dios. A estos castiga su Majestad con negarles su aprobación y ordenar que no sean estimados de los hombres. Y así, cuando piensan que han de ser tenidos en mucho y aplaudidos, dispone la sabiduría divina que todos los tengan por vanos, altivos y embusteros hipócritas. Pero bien merecido de los que no queriendo ser buenos pretenden parecerlo, apartándose del camino real de la fe, caridad y paciencia, por donde subieron Cristo y sus santos al cielo; a quienes imitó esta sierva de Dios, procurando ser buena en su alma y ser tenida por pecadora y por bestia de todos.

### *3. Efectos y prueba de su verdadera humildad*

[11] De este vil concepto que tenía de sí y de sus cosas, nació el dedicarse en todas las casas donde vivió a todos los ejercicios humildes, aliviando a los demás criados y preciándose de esclava de los esclavos, batallando con sus

---

<sup>3</sup> Instrumento para limpiar las caballerías.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>  
2019.

amos porque no la tratasen como a libre hija y señora; como lo dejo escrito en los capítulos nueve y diez del libro primero, donde apunté también la desconfianza que tenía de sí aun en los ministerios caseros que estaban a su desvelo y cuidado. Y así, anonadándose, deshaciéndose y despreciando sus cosas, acudía a la santísima Virgen, y pidiéndole su bendición para que se lograsen los desvelos de su trabajo y no se hiciese mal o se malograra por su inutilidad la hacienda de las creaturas de su dios; por el cual recurso alcanzaba la bendición de la Señora, para que saliesen sus obras bien hechas, con perfección y multiplicadas con buen logro. De este conocimiento propio se originó el no atreverse a vestir el hábito exterior que usan las personas recogidas, como divisa de haberse dedicado de verdad a Dios en humildad y retiro de las vanidades del mundo; como lo noté en el capítulo quince del primer libro, porque como ella decía: “Si soy en lo interior tan distraída y perversa, ¿para qué he de traer en lo exterior hábito de recogida? Si mi vida interior es de bestia y pecadora, ¿por qué en lo exterior he de parecer mortificada y ajustada a las leyes de la razón y de la santa Iglesia? Si mi vida floja y tibia es opuesta a la perfecta de Cristo y a la fervorosa de las almas sus escogidas, ¿por qué he de ponerme a los ojos del mundo con la insignia y divisa suya y de sus queridas esposas?” Aun la costumbre tan loable de los hábitos, que son ornamento lustroso de la Iglesia católica por profesarse con ellos humildad y desprecio de las honras y delicias del mundo, no hallaba lugar en Catarina por el concepto de su indignidad; porque no cuidaba de parecer buena, sino de serlo.

[12] Prueba de esta verdad y crédito de su heroica humildad, fue el haber pedido y alcanzado de Dios una cara o máscara de vieja fea, para vivir despreciada en el bullicio del mundo siendo niña y hermosa; y el haber al fin admitido por marido a un esclavo tosco y zafio, habiendo despreciado muchos casamientos nobles, poderosos y príncipes, como lo dejo escrito en los capítulos veintitrés y veinticuatro del primer libro, donde omití la ponderación de los realces y resplandores de su humildad en haber querido vivir en el mundo sin la gloria de virgen y con la afrenta de la esterilidad, consintiendo en un matrimonio estéril por estar determinada a conservar su integridad y pureza. Veinte años de esperanzas y de amargo llanto le costó a su madre Borta pasar de una afrentosa esterilidad a ser fecunda; y por merced maravillosa y milagro grande tuvo santa Isabel, que en su ancianidad le quitase Dios el oprobio y afrenta de ser estéril, por el cual favor, alegre y gozosa dio a su Majestad gracias infinitas. [Apostilla: Lucas 1] Pero Catarina era tan humilde, que no rehusó vivir entre los hombres con

la nota afrentosa de estéril y sin la corona de virgen en las humanas estimaciones que la veían muchos años casada e infecunda, ignorantes de la gloria de su invencible pureza. Argumento de la excelencia de esta virtud en esta sierva del Señor, fue el no atreverse nunca a llamarse esclava de Jesús ni de María, sino esclava de los esclavos de señora santa Ana; porque siempre se halló indigna del blasón y título honroso de esclava del Señor y de su santísima madre y de la señora santa Ana. Y con este humilde afecto miraba a todas las criaturas como si fueran sus amos y señores, aun a aquellas que le servían. De santa Paula y sus hijas se refiere, que entre sus criadas no se distinguía cuál fuese la criada ni cuál fuese la señora, porque las igualaba el ser todas humildes. Pero Catarina, aun en el tiempo que tuvo criadas y esclavas, como era más humilde que todas, parecía y era de sus mismas criadas la esclava; a todas veneraba, a todas servía, a todas alababa, y por eso la estimaban, sublimaban y engrandecían todos. A ejemplo de Cristo Jesús, que estando en forma y ser de Dios se deshizo hasta tomar forma de esclavo [Apostilla: Epístola de san Pablo a los filipenses 2]; y por este título de humildad quiso ser honrado, sublimado y engrandecido en la tierra con el título de salvador y redentor, y en el cielo con sentarse a la diestra y la-dearse con el eterno padre.

## CAPÍTULO 2

### PROSIGUE LO HEROICO DE SU HUMILDAD. DESEOS DE SER DESPRECIADA DEL MUNDO Y TEMORES DE SU CONDENACIÓN

#### *1. Cómo en los desprecios la humildad la hizo hija de san Ignacio, hermana de san Alejo en el espíritu e imitadora de Cristo Jesús*

[13] De lo dicho en el capítulo antecedente se infiere que Catarina de San Juan era humilde de conocimiento propio y voluntad de ejecuciones; y no de deseos solos, que de estos y buenos conocimientos está lleno el infierno, y no cabe en todo aquel abismo un grado de verdadera humildad. Muchos parece que conocen y confiesan que son vanos, soberbios, pecadores y dignos de todo humano desprecio, pero es vano y fingido parecer, porque si les falta el mundo con la menor atención y aun con la más indebida lisonja, se sienten, se quejan, se muestran y hacen insufribles. Esta es humildad

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

que llaman de ganzúa, para sacar y hurtar propiamente los humanos aprecio debidos a la verdadera humildad. Esta sierva del Señor no sólo tenía apariencias de humildad, sino realidades, veras y obras; porque todo su consuelo era el que todos la despreciasen y que ninguno la estimase, ni aun conociese. Y porque constase al mundo la excelencia de esta virtud suya, quiso Dios que por toda su vida estuviese en una continua humillación y desprecio, experimentando escarnios, vituperios y afrentas de los demonios y de los hombres. De lo dicho en el libro primero se puede colegir, cuánto la persiguieron los hombres con baldones,<sup>4</sup> despreciándola como a mala y vil esclava; tratándola muchas veces de embustera, ilusa, alumbrada y hechicera; hallándola siempre estas injurias con el sufrimiento del santo Job regocijada; consolándose con la memoria de que por ella había padecido mayores afrentas su esposo Jesús, sin merecerlas. Sólo le atormentaba en estas ocasiones el que se ofendiese a su redentor, y el ver que se perdían y condenaban algunos de los que la perseguían, representándosele, tal vez, algunos destinados para el abismo y otros detenidos muchos años en el purgatorio, de donde volvieron a pedirle perdón de los agravios que le habían hecho y de la temeridad con que la habían juzgado; a otros vio arrastrados y rodeados de achaques, sin poder aliviarse aun con las oraciones de la misma paciente que clamaba y suspiraba siempre por el bien de sus enemigos.

[14] Un día le dieron una bofetada afrentosa, y acordándose de la que descargó aquel descarado sayón sobre el venerable y hermoso rostro de Cristo señor nuestro, hablando con el mismo Señor, le dijo: “También vos Señor, recibisteis por mí esta afrenta sin merecerla; pero yo merezco que por instantes me igualen la sangre y repitan el golpe”. En otra ocasión le escupieron por escarnio en el rostro. Y causando en ella turbación el vilipendio, se le representó el Señor y le dijo: “¿Pues yo no fui también escupido?” Respondió Catarina: “Sí, Señor, pero es grande y doblada la diferencia; porque yo merezco este y otros muchos y mayores oprobios, y con todo me conturba mi primer ímpetu. Pero vos no lo merecisteis y lo sufristeis, sin dar indicios de sentimiento alguno y sin romper vuestro profundo silencio”. Le mostró Dios otro día dos mujeres airadas con los chapines en las manos, tratando entre sí de aporrearla y maltratarla. Y ofreciéndose a sufrir con paciencia lo que su Majestad fuese servido, le preguntó el Señor si gustaría de que la picasen y mordiesen con su furiosa rabia aquellas víboras

---

<sup>4</sup> Injurias o afrentas.

irritadas, y respondió: “No, Señor. Padecer yo quisiera, pero no que ellas lo hagan, porque no lo pueden hacer sin ofenderte”. Eran estas unas almas a quienes la sierva de Dios había avisado que mudasen de vida, por mandado de Dios y de su confesor, diciéndoles lo más oculto de sus interiores malicias. Y como las verdades amargan a los mundanos, engendraron en estos serpentinos corazones y afeminados ánimos, odios, rencores y furias. Así, irritadas como rabiosos perros, crueles tigres y sierpes emponzoñadas, querían ensangrentar en la inocente cordera sus uñas para desahogar el furor que les partía el corazón y la rabia que les rasgaba las entrañas. Que estos monstruosos partos produce la verdad en el mundo, como nos lo asegura aquel tan común como experimentado adagio: “De que es parto de la verdad, el odio y el aborrecimiento”; [Apostilla: Juan 12] porque aunque ella en sí es tan linda y tan agraciada, que el eterno Verbo se honró y glorió de ser verdad para que pudiésemos discutir y entender, que a toda verdad podíamos dar el nombre de hija de Dios por su hermosura y belleza. Con todo eso es tan desgraciada en sus partos, que ordinariamente concibe y saca a luz unos hijos tan fieros y abominables, como lo son los feos etíopes del aborrecimiento y horribles monstruos de rencores. Éstos fueron los que obscurecieron con la nube de una prisión al lucero del desierto, al que era más que profeta [Apostilla: Mateo 11], al mayor entre los nacidos, el precursor del divino Febo<sup>5</sup> [Apostilla: Acto 7]. Éstos mismos fueron los que apedrearon a san Esteban, y fueron finalmente los que en muchas ocasiones maltrataron a Catarina; aunque en ésta no lo permitió el Señor, porque oyendo su Majestad la voz de su sierva con que mostraba el deseo de que no le ofendiesen, vio ella que el mismo Dios les ataba las manos y mudaba los corazones. En esto imitó Catarina como espiritual jesuita, el espíritu de nuestro padre san Ignacio, cuando dijo: “Que los que van en espíritu y siguen de verdad a Cristo nuestro señor, aman y desean intensamente vestirse de la misma vestidura y librea de su señor; tanto, que a donde a su divina majestad no le fuese ofensa alguna, ni al prójimo imputado a pecado, deseen pasar injurias, falsos testimonios, afrentas y ser tenidos y estimados por locos, no dando ocasión alguna de ello por desear parecer e imitar en alguna manera a nuestro creador y señor Jesucristo”. Esta es humildad verdadera; este fue el espíritu de nuestro padre san Ignacio y, Catarina su hija, por esta divisa y no por otra fue hermana de la Compañía de Jesús.

---

<sup>5</sup> En referencia al dios griego Apolo, cuyo epíteto “Febo” se vinculaba con una metáfora solar. De ahí que Ramos lo aplique como un sinónimo de Cristo, “sol de justicia”.

[15] Dios la puso por mucho tiempo en cierta casa para que en ella imitase a san Alejo en la paciencia y humildad. Y conformándose con la divina voluntad, experimentó las torerías de los muchachos, las mofas, las burlas y vilipendios de la gente de escalera abajo, estando en un continuo ejercicio su paciencia y en una real prueba su humildad. Le descomponían su pobre lecho, le hurtaban las candelas, le desaparecían sus alhajuelas, servía de cocina y de lugar de trisca<sup>6</sup> su aposentillo, y muchas veces de asqueroso basurero y rincón de horriblas inmundicias porque era el retrete de su recogimiento. La inquietaban de día para que no rezase y de noche para que no descansase. Servía de enfermería común su pobre albergue; y aunque su caridad era el alivio de los enfermos, amándolos, consolándolos, limpiándolos y aun lamiéndoles sus llagas y sus podres con su saludable lengua, como diré en su propio lugar; era ella el yunque de la paciencia de las enfermeras y enfermos, porque su mansedumbre y humildad los reprehendía; su modestia y honestidad les embarazaba, y su continua asistencia les ofendía. De su cama hacían aparador de ungüentos y de su tarima tajón y mesa donde se repartían las comidas, procurando, según parece, echarla de aquel rincón. Si se salía del aposento, en los altos de la casa impedía su autoridad y recato delitos mayores; porque con su gravedad y silencio cerraba las bocas, y cortaba los pasos de espíritus que quisieran desahogar el incendio de sus pechos, sin tan venerable registro. Si se retiraba a lo inferior de la casa, parecía a muchos que era para registrar los que entraban y salían. Finalmente, en todas partes embarazaba este ángel en carne y en todas partes la perseguían para obligarla a desamparar la casa que ella no podía dejar, por no tener otra voluntad que la de Dios y de su ministro que la conservaba, quizá, porque Dios no le destruyese por la eficacia de las oraciones de esta su querida virgen. Y en todo este torbellino de injurias no se le oía otra palabra que: “Hágase la voluntad de Dios, el Señor lo quiere así. Más merecen mis pecados; aquí tengo de perseverar hasta que mi confesor me mande pasar a otra parte”. Y cuanto más acosada, clamaba más al cielo por los que la perseguían y ofendían. Cuando le venía memoria o pensamiento de que imitaba a san Alejo en la paciencia y mansedumbre, se volvía a Dios y le decía: “¿Qué tiene que ver esto con aquello en tus ojos, soberano juez, que escudriñas los corazones y juzgas con peso fiel y medida justa las obras? Porque san Alejo sufrió humilde semejantes persecuciones a vista de sus

---

<sup>6</sup> Alboroto, estruendo.

padres y de su esposa Dina —así la nombraba siempre, no sé dónde supo su nombre—, y yo padezco en tierra ajena, mereciéndolo por ser mal sufrida y la más soberbia del mundo. Y así es justo que todos me humillen y castiguen”. No le faltó este domestico martirio en todo el tiempo de su vida. Y en las casas donde fue más templado, por la defensa y estimaciones de los nobles caseros, como en las del doctor Juan Flores y capitán don Hipólito del Castillo y Altra; lo suplía Dios con mayores enfermedades y mayores persecuciones del infierno.

[16] En esta tormenta, por mucho tiempo continuada, se le apareció muchas veces la madre de san Alejo y el mismo santo con su esposa, consolándola y animándola. Pero lo que más le confortaba era el mismo Dios, que por instantes se le representaba vivamente en su memoria, en su imaginación y en su entender, en varios pasos de la sagrada pasión; ya herido, ya azotado; ya arrastrado de los cabellos; ya coronado de punzantes y penetrantes espinas; ya en la cátedra de la Cruz, donde le predicaba desacreditando toda vanidad y persuadiendo la verdadera humildad y desprecio del mundo. Con este capitán y ejemplar de la muerte y pasión de Cristo que tenía siempre delante de los ojos, se hallaba tan fortalecida que solía repetir lo de san Pablo: “Parecemos gente de milagro, porque padeciendo mil persecuciones y tormentos innumerables, no perdemos el ánimo. Nos arrojan contra las piedras de infinitas calumnias y sinrazones que nos hacen; y con todo eso no se quebranta nuestro corazón ni se rinde nuestra constancia, porque andamos rodeados de la pasión de Cristo”. [Apostilla: Segunda epístola de san Pablo a los corintios 4] A vista de este dios crucificado, mudo a tantas descaradas afrentas, a tanto cruel y sangriento azote, a tanta sacrílega blasfemia, a tanto afrentoso vilipendio; callaba y enmudecía Catarina y sólo tenía lengua para rogar por los mismos que le agraviaban, excusándolos con que no sabían lo que se hacían y que ella sola era la perversa y digna de mayores afrentas, ignominias y desprecios. Con este conocimiento, perseveraba constante en la casa de su tribulación, humillándose a todos y humillada de todos. Y con la misma humildad le hallaban en la calle, y con especialidad, en la iglesia los extraños, convidándoles con el primer lugar en la confesión y comunión y escogiendo el más ínfimo y bajo asiento. Y cuando le daban la mano para que fuese la primera, como corrida y avergonzada, respondía: “No señoras, no es razón que la perrita y la esclava preceda a sus amas”. Era Catarina noble, humilde y de buen entendimiento, y así se mostraba cortés, comedida y bien criada. Estaba tan lejos de quitar o negar el lugar y la vez a otros, que con su buena crianza

obligaba a que todos la honrasen; en brazos la ponían a los pies del confesor y en la reja de la comunión, aun las más nobles que son siempre las más corteses y las que más se humanan a honrar a otros. Y de ellas deben aprender las que de su cosecha son de más baja esfera en el mundo; porque no quita el buen orden la gracia de Dios, ni su ley es contra la razón, ni es el camino del evangelio camino de imprudencia y desconcierto. Aun en el cielo hay sus varios grados y jerarquías de espíritus superiores e inferiores que sirvan de ejemplar, como notó santo Tomás al gobierno y monarquía eclesiástica; pues si en el cielo y en la Iglesia hay su gobierno, orden, concierto y distinción de grados: ¿Por qué en el gobierno político del mundo no ha de haber distinción de estados y personas? ¿Por qué no se ha de huir de la confusión y desorden del infierno, donde, aunque hay sujeción al cruel y tirano príncipe Lucifer, como es lugar de soberbia, violencia y obscuridad, todo anda turbado, alterado y desconcertado? [Apostilla: santo Tomás 1, p. q. 108] Y a la verdad, la gente que se precia de profesar recogimiento y humildad, si se muestra malcriada y descortés, desacredita y hace odiosa la virtud, y también desedifica y escandaliza con su poco comedimiento y mansedumbre; porque aunque suele ser falta de capacidad, juicio y crianza se atribuye a soberbia y vanidad; y así se infama la virtud y el estado de las personas que la profesan. Y esto dice la escritura que es hacer blasfemar el nombre de Dios, que es el de “santo” y “santidad”.

## *2. Temores de esta sierva de Dios, hijos de su verdadera humildad; combates del infierno para desordenarlos*

[17] Del concepto que Catarina tenía de su indignidad y de ser la mayor pecadora del mundo, se originó en ella un temblor grande y un continuo y como habitual temor de verse en el tribunal de la divina justicia, respondiendo a los cargos de la rigurosa cuenta que había de dar al supremo juez; de cuya sentencia depende un eterno descansar o un eterno padecer en las voraces llamas del infierno que le había mostrado Dios muchas veces, para que se arraigase en este santo temor y para que compasiva pidiese y padeciese, porque no se precipitasen en aquel horrible lugar los pecadores. Toda su vida fue una continua lucha con estos miedos y con este cuidado; porque lo que ha de durar para siempre y pende de un paso, de una palabra, de una obra y de un momento, bien es que se ponga delante de los ojos en todos nuestros pasos, acciones y pensamientos, y en todos los instantes de nuestra vida. Aun en estos últimos años de su vida andaba con esta espina,

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.



preguntando si se salvaría, si iba bien, si vería airado el rostro de su señor, si la dejaría caer en alguna culpa por la cual la arrojasen al fuego. Y aunque la aseguraban los confesores, siempre sobresalía el conocimiento de su nada, de su indignidad, de su falta de merecimientos para gozar a Dios en su cielo, y la muchedumbre de sus ingratitudes para que no se lograra en ella la sangre de Jesucristo. Por eso vivió arrojándose pecho por tierra a los pies de su redentor, besándolos y limpiándolos con sus labios, lágrimas y cabellos, clamando: “misericordia”, y temblando de entrar en cuentas con Dios, juzgando que se le debía de justicia el infierno. Y por esta razón y conocimiento pedía de limosna a Dios sin cesar el más bajo lugar en su cielo, por su inmensa liberalidad y misericordia infinita, con aquellas sus familiares voces: “Debajo del escabelito del menor santo. Allí, allí como una hormiguita estaré contenta y bastantemente premiada”; sin atención a los propios merecimientos que ella no tenía, porque nada valía ni podía. Estos humildes afectos se veían muchas veces premiados; ya viéndose en el tribunal de la divina justicia amparada y defendida de la Omnipotencia; ya de la protección de la santísima Virgen; ya recogíendola el Señor en su costado y entre sus brazos; ya poniéndole delante escalas que representaban los grados de su perfección y grandeza de virtudes, por donde subía y había de llegar al trono de la santísima Trinidad, asegurada de la justicia de Dios y enriquecida con la sangre de Jesucristo y la intercesión de su santísima madre. Pero en pasando la luz y el favor, volvía a sus temores; porque volvía el conocimiento de su nada, de sus tibiezas y de sus ingratitudes para con Dios a quien tanto debía. Esta consideración la sacaba tan fuera de sí, que como azogada, llena de miedos y de temblores, buscaba repetidas veces a sus confesores para que le animasen, confortasen y absolviesen; sin hallar ella en sí de que confesarse, ni los confesores materia para absolverla, admirándose y confundiéndose de ver que un alma tan favorecida de Dios, tan llena de virtudes, tan libre de culpas, que al juicio humano muy prudente no perdió la gracia del bautismo, viviese con tantas ansias y congojas, con tantos miedos y temores; cuando tantos del mundo teniendo tanto que temer, tanta cuenta que dar, no temen, ni tiemblan, ni se acuerdan de la muerte, del juicio de Dios, ni del infierno.

[18] Este santo temor de Catarina, procuró Lucifer con todo el poderío de sus ejércitos desvanecerle o desordenarle; porque un temor bien ordenado es una de las mayores defensas de las almas y la mayor seguridad en la inconstancia de nuestro libre albedrío. Le decía que qué temía, cuando el poder de su dios le había sacado con su infinita misericordia de entre gentiles y depositado entre cristianos, hijos de aquella mujer que tanto los

favorecía, porque los veía congregados en sus alabanzas y en las de su hijo; que se asegurase de su salvación, pues para condenarla, la hubiera dejado en la barbaridad del paganismo. Le proponía todo el discurso de su vida ajustada a las leyes de la razón; a los mandamientos de Dios y de la Iglesia; a los consejos de los confesores; tan acompañada de penitencias y mortificaciones; tan asistida del Creador y sus ángeles; tan apoyada de los doctos y sabios que la gobernaban; y así, que no temiese, que no se acobardase; que ya él y sus ejércitos se daban por vencidos y conocían que no podían contra ella; que bien podía mandarlos, que ya como avasallados de su mucha virtud, le servirían como esclavos; porque era la más favorecida y querida de su creador, a quien todos deben obedecer y servir y de quien dimanaba todo poder. A estas y semejantes solapadas tentaciones se humillaba más Catarina. Y sepultándose en lo profundo de su nada y cubriéndose del más leve polvo y del lodo vil y bajo de que fue formada, sin levantarse un punto de la tierra por no perecer entre los brazos de este soberbio gigante, como pereció a manos de Hércules el otro gigante Anteo,<sup>7</sup> le respondía humilde: “No te admires Lucifer de que yo tema al justo y supremo juez, cuando veo que tú y tus secuaces ángeles o demonios no hallasteis seguridad en el cielo, ni Adán en el paraíso. Si con tantos dones, gracias y perfecciones te desvaneciste y te precipitaste a lo profundo del abismo; si estando tan cerca de la gloria, no acertaste con su puerta, ni cupiste por ella por no querer humillarte: ¿Cómo no he de temblar y temer yo, siendo formada de un poco de barro, que con cualquier rocío se humedece, se esponja y se ensancha? Si tú para engañarme finges humildades, confesándote rendido y avasallado de una creatura tan vana y tan pecadora como yo: ¿Cómo no temeré que mi humildad sea una hipócrita soberbia y todas mis acciones una disimulada altivez? Lo que reconozco, Lucifer embustero, es que si hay en mí algo bueno, es don de Dios. Lo que tengo de mío son pecados, culpas e ignorancias; y lo que temo es perder a Dios como tú lo perdiste. Y así, ¡vete de ahí maldito, y déjame vivir y morir con este temor y sentimiento!” Solía irse Lucifer pero para volver con nuevas trazas, maldiciéndola a ella y a los que le ilustraban, aludiendo a los ángeles que la asistían y a los confesores que la gobernaban.

---

<sup>7</sup> Al gigante Anteo, cada vez que era derribado, su madre, Gea, le reactivaba las fuerzas, permitiéndole vencer a todos sus adversarios. Finalmente, Hércules lo derrotó levantándolo en vilo para asfixiarlo.

### *3. Cómo el Señor la conservó en su santo temor con conocimientos de nuestra santa fe, y visiones de la muerte y de la eternidad*

[19] Al paso que el infierno se empeñaba en desnudarla de este santo temor, Dios y sus ángeles se esmeraban en arraigar y conservar en Catarina este recelo y temor de su condenación. Desde el tiempo de su niñez, comenzó la divina providencia a llevarla en espíritu a la cabecera de los moribundos, como anuncio de los muchos que había de ayudar en aquella hora y había de librar, asistida de la divina gracia, de las garras del Dragón infernal. Allí no sólo consideraba, sino que también veía las angustias y congojas que cercaban a los dolientes, ocasionadas de su mala vida pasada; de las circunstancias de aquel terrible trance, en que apiñados los demonios hacían el último esfuerzo para rendirlos con todos sus conatos y astucias y con alaridos, pidiendo justicia al supremo juez, diciéndole: “Que quien había vivido mal no era justo muriese bien. Y que estas almas eran tuyas, pues las habían ganado y conservado debajo de sus banderas, con su poder y maña, la mayor parte de su vida”. Veía los temblores, sobresaltos y desfallecimientos que causaban en ellos los males presentes y la imaginación de los futuros; la cuenta y eternidad que por instantes esperaban entre parasismos y las últimas boqueadas. Veía arrancarse las almas de los cuerpos en aquel último punto y momento de que pendía su eterna felicidad o desdicha; porque al fin no hay plazo que no se llegue, ni tiempo que no se acabe. Las seguía hasta el tribunal de la cuenta, en que no puede haber engaño ni falsedad; donde se juzga según verdad y no según lo que de fuera parece; donde se ve con claridad los que han de tener eternidad de cielo o eternidad de infierno. Aquí subían algunas en manos de demonios, que entre golfos de espeso humo, iban cantando: “¡Victoria, victoria! Salimos con la nuestra y nuestras son y lo serán para siempre, en prueba y argumento de nuestro poder y de nuestras astucias”. Entre estas voces de triunfo y vanagloria, oía unos gemidos dolorosos y un ay lastimero, repetido de las almas que se quejaban de verse entregadas sin remedio a los lobos infernales. Estos las presentaban en el trono de la divina justicia y de la cuenta, de que tiemblan aun los muy santos. Y relatando todos sus pecados, pedían satisfechos de su derecho al juez, que se las entregase por sus eternos esclavos. Veía cómo el soberano Señor, con su rostro airado, sus ojos como llamas de fuego y sus palabras como un alfanje de dos filos, se las entregaba con aquellas terribles voces: “Apartaos de mí malditos, al fuego eterno con Satanás y todos sus secuaces”. [Apostilla: Mateo 25] Veía finalmente cómo a esta voz las arrebataban

los demonios y las llevaban por suyas, y regocijados las iban despedazando y diciendo: “Salimos con la nuestra. Nosotros somos los que os engañamos y rendimos”. Y arrojándolas en aquel piélago de llamas más abrasadoras que si fuera de plomo o metal derretido, les decían: “Aquí moriréis eternamente una muerte viva. Viviendo mortalísimamente, reventareis en nuestro cautiverio por todos los siglos, sin consuelo, sin alivio y sin remedio; porque ya para vosotros se cerró para siempre la puerta de la misericordia”. Estas visiones fueron muy repetidas, y como ella decía, para poder vivir, le borraba Dios la memoria de las personas juzgadas y perdidas, y le apagaba o templaba la especie y la luz de lo que había visto, dejándola en aquel temor y temblor de no saber si le acontecería a ella otro tanto. Y así perseveró toda su vida en clamar y suspirar por una buena muerte para sí y para sus prójimos; tanto, que se ponía siempre en presencia de Dios con todos los negocios que le encomendaban, diciendo: “Esto piden, Señor, tus creaturas. Duélete de ellas y concédeselo si les conviene para una buena muerte y para oír aquellas dulces palabras: Venid benditos de mi padre y tomad posesión del reino que desde el principio del mundo os está preparado”. [Apostilla: *Ibidem*]

[20] En otras ocasiones, no acompañaba a las almas en todas sus postimerías, sino en una u otra; y aun por símbolos se le solía manifestar el riesgo y la facilidad de la eterna condenación. Pongo uno u otro caso por ahora, para ejemplares de los fundamentos de su temor. Le mostraron un hoyo o barranca grande y tan profunda que llegaba al abismo, y en la ladera y orilla de esta profundidad vio un árbol seco, ya tronco inútil, fantasma de los valles y esqueleto corpulento de la montaña, de aquellos que en otro tiempo fue o se tuvo por el más copado y frondoso árbol, por la bizarría<sup>8</sup> de sus ramas y lozanía de sus pimpollos y fresca de sus renuevos. Éste aún no creía que era viejo, ni conocía su debilidad, ni el riesgo de su precipicio; siendo así que todas sus raíces estaban descarnadas, ya sin vigor para tenerse en pie y ya inclinada su maquinosa<sup>9</sup> mole para dar con todo en tierra, o por hablar con propiedad, en la profundidad de aquella negra humareda y piélago de llamas, que se le representaban a Catarina como paradero y eterno quemadero de aquel insensible leño. Le llevó la atención la grandeza del tronco, el destrozo que había hecho en aquel tosco madero el tiempo. Y viéndolo ya inclinado a su fatal ruina, le preguntaron sin conocer quién: “Si

---

8 Esplendor.

9 Pesada.

sabía quién era aquel destrozado árbol”. Respondió que no. Y le dijeron: “Pues es fulano”. Y luego se le representó en el tronco su rostro feo, consumido, sin dientes, sin cabello, sin fuerzas, sin brío, y finalmente un benefactor suyo, retrato de una vejez caduca, que estaba ya para caer en el eterno y voraz fuego del infierno. Clamó por él a la infinita misericordia; y mostrándosele severo el supremo juez en los clamores de que no se perdiese aquella alma, invocó a la santísima Virgen para que intercediese. Se le apareció la Señora e hincándose al lado de Catarina, rogó al padre eterno oyese a su hija Catarina, porque no se perdiese aquella alma redimida con la sangre de su santísimo hijo. Respondió el eterno padre a María santísima: “Tres años se le conceden de vida para que se enmiende. Un año por la santísima Trinidad, el otro por la madre de mi unigénito hijo, el otro por Catarina, y algo más para la prueba de su perseverancia”. Fue esta visión previsión de lo que había de suceder; porque dentro de pocos días acometió una enfermedad al sujeto simbolizado en el árbol, que recibidos todos los sacramentos se puso en las agonías de la muerte, de que se libró por entonces, viviendo otros cuatro o cinco años más con señales exteriores de una buena y ejemplar vida, y al fin de ellos murió, dejándonos en las circunstancias de su último fallecimiento, esperanzas de su salvación.

[21] Andando con estos sustos y temores de la perdición propia y ajena, le mostró Dios tres almas que se iban precipitando al piélago tenebroso del infierno. Y asustada y compadecida se volvió a su Majestad y le dijo: “¿Cómo es esto, Señor, que habiendo vos derramado vuestra sangre por las almas, se hayan de perder estas miserables?” El Señor le respondió: “Pues detenlas y ponlas en tierra firme, que puedan lograr el puerto seguro de la bienaventuranza”. Con este beneplácito del divino poder, llamó a la santísima Virgen en su ayuda; y se arrojó con la velocidad de un rayo, no del fuego elemental, que es muy tardo para semejantes aprietos, sino del espíritu de su caridad encendida. Y alcanzando a la una, la sacó del peligro y la puso en salvamento; volvió por la otra, que se iba ya a pique en aquel horroroso golfo de humaredas horribles y la puso en seguro; y arrojándose tercera vez para impedir la fatal caída de la tercera, ¡oh, dolor inexplicable! ¡No la halló!, o porque se la había ya tragado el abismo y sumergido en sus abrasadoras y voraces llamas, o porque quiso la sabia providencia que la perdiese de vista entre aquellas palpables tinieblas de espeso humo, y entre las olas tristes y melancólicas del infernal fuego; porque perseverase Catarina en gemir y clamar a la divina misericordia; porque todos se salvaran, que en todos se lograra la sangre de su redentor y que todos gozasen en la

eternidad de la hermosura de su rostro. Una de estas almas parece que fue cierto religioso, que al mismo tiempo de esta visión y vuelo de espíritu padeció un desmayo y desfallecimiento mortal o profundísimo sueño, causado por un agudo, intenso y repentino dolor de estómago, de que volvió en sí con los temblores y trasudores que nos suelen pintar las historias, en los que se han visto en manos de demonios y en los horrores del infierno, diciendo a los presentes: “Quiero morir en esta religión, porque depende de esto mi salvación. ¡Ay de mí!, que me he visto entre las llamas del horroroso abismo donde iban cayendo muchos y estaban para caer muchos más. Y yo no me sumergí porque la reina de los cielos me salió al encuentro y cogiéndome de la mano me sacó del peligro.” Con estas palabras me refirió este caso un religioso, a quien se debe dar todo crédito, que asistía en la misma comunidad donde sucedió. Y me añadió que teniéndolo todos por imaginación o por sueño, procuraron persuadir al afligido doliente que despreciara su sueño o imaginación; y que persistiendo él en que era verdad y no imaginación ni sueño, porfiaron los demás en desvelarle y desvanecer su juicio. Y que en esta contrariedad de pareceres y porfías se les había quedado muerto el enfermo, sin sacramentos. Si no fue éste el uno de los dos que sacó del riesgo Catarina, sería quizás el tercero que se le desapareció y que salió libre, para que fuese testigo del beneficio de la emperatriz de los cielos que fue haciendo sombra a esta su querida hija, y para que saliese de esta vida contrito, como se puede piadosamente creer, cuando la poca piedad y mucha incredulidad de los presentes le dificultó o dilató los sacramentos, para el tiempo en que no pudo lograrlos.

### CAPÍTULO 3

PROSIGUEN LOS TEMORES HUMILDES DE SU CONDENACIÓN Y EL JUICIO QUE HIZO DE LA SALVACIÓN DE LOS QUE MUEREN EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS

*1. Se propone su sentir y una singular doctrina que le dio el Señor acerca de esta materia; y de lo uno y de lo otro se infiere una conclusión prudentemente probable, para consuelo de los padres y hermanos de la Compañía de Jesús*

[22] Entro en este capítulo con especial recelo. No porque sea su materia la más difícil o peregrina de esta historia, sino porque la miro como materia prima o tabla rasa, fácil de impresionarse con encontradas formas, opuestos

caracteres, ya en los vulgares adelantada de certeza infalible por su plebeya credulidad e ignorante facilidad; ya en los prudentes políticos, atrasada aun de la buena fe humana —que es lo que sólo se intenta— por los humos de intrusas parcialidades o empeñadas emulaciones. A uno y a otro extremo satisfago, renovando y repitiendo mi primera protesta: de que no pido, ni admito en cuanto escribo más fe que la humana, debida a cualquier historia contada o escrita con sinceridad y verdad cristiana; afianzada en los prudentes juicios y pío afecto de ánimos católicos, acordando otra vez, que calificar verdaderas revelaciones y declararlas ciertas e infalibles, toca sólo a la Iglesia católica con su cabeza el romano pontífice, a cuyo último juicio y sentencias me remito en todos mis escritos.

[23] Debajo de esta protestación supongo otra vez asimismo —porque hacen reclamo a ellas algunas hablas y visiones de la venerable Catarina, pertenecientes a estos capítulos—, que mucho antes que naciese esta sierva de Dios, corría entre los de la Compañía de Jesús una revelación que se dice haber tenido san Francisco de Borja,<sup>10</sup> el cual, arrebatado y como fuera de sí con el sumo gozo que le causó, se la refirió con razonables motivos al hermano Marcos, coadjutor de la Compañía y compañero escogido del mismo santo padre y señalado de san Ignacio por su superior, cuanto a la moderación de sus penitencias y trato humano decente de su persona; confianza que declara bien el alto concepto que tenían ambos santos padres de su juicio y religiosa prudencia. Este cuerdo y religioso hermano dejó escrito de su letra y firmado de su nombre, en un manuscrito de apuntamientos suyos, que san Francisco de Borja, una mañana que lo halló al salir de oración, saltando de gozo y como fuera de sí de consuelo, y preguntado del mismo hermano le respondió después de muchas instancias y repreguntas: “Sepa hermano Marcos, que el Señor se ha dignado de revelarme que ha hecho a la Compañía la misma merced que en sus principios hizo a la religión de san Benito.<sup>11</sup> Y es, que todos los que perseveraren en ella hasta la muerte y murieren con su ropa, en los primeros trescientos años se salvarán”. Este apuntamiento del libro, letra y firma de dicho hermano, cuya virtud conocían bien todos, vieron y leyeron muchos, de quienes lo oyeron otros, y se ha conservado la noticia invariada hasta nuestros tiempos.

---

10 San Francisco de Borja (1510-1572) fue el tercer Superior General de los jesuitas.

11 Orden de san Benito u orden benedictina, fundada por Benito de Nursia a principios del siglo VI.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.



[24] Asimismo, el muy reverendo padre fray Lorenzo Mola, capuchino, gran predicador y observante religioso de la provincia de Nápoles, estando enfermo y ya cercano a la muerte, envió a llamar al padre Vicente Metres de la Compañía de Jesús, gran predicador también, religioso ajustado, sabio y prudente, confesor que fue y muy estimado del duque de Monte León, virrey de Barcelona. A este padre dijo el enfermo, delante de muchos en alta voz: “Padre, yo lo he enviado a llamar para decirle cómo el Señor ha concedido a la Compañía, que ninguno de los que perseveraren hasta la muerte y murieren en ella, en los primeros trescientos años se condene; sino que se salvarán todos, como lo concedió a la religión de san Benito”. Esta revelación y todo su caso refirió el mismo padre Vicente Metres en la quiete<sup>12</sup> pública, a diez y ocho de marzo de mil seiscientos y siete, en el colegio de Barcelona. Entre los que la oyeron, fue uno el padre Miguel Tersa, prepósito de la Casa Profesa de Valencia, maestro de novicios y visitador señalado de Cerdeña; y el mismo año de mil seiscientos y siete lo refirió el padre Tersa en el colegio de Alcalá a toda la comunidad.

[25] El padre Juan Eusebio expresa las dos dichas revelaciones en la vida larga de san Francisco de Borja. [Apostilla: padre Eusebio, libro 5, capítulo 26<sup>13</sup>] Y en la vida del hermano Alonso Rodríguez, refiere otras dos revelaciones conducentes al mismo fin; no como premisas o principios universales de quienes se infiera la propuesta revelación, sino antes como ilaciones y buenas consecuencias particulares que parece suponer dicha revelación, como premisa de que se inferen legítimamente. La una fue el año de mil quinientos y noventa y nueve, en que el Señor reveló a dicho venerable hermano Alonso Rodríguez que todos los que al presente estaban en la Compañía, si perseverasen hasta la muerte en ella, se salvarían. En otra ocasión le reveló lo mismo, de todos los que al presente habitaban en el colegio donde dicho venerable hermano vivía; que una y otra particular se infiere bien de la universal de san Borja. Todas estas cuatro revelaciones, con otras que recogió el padre Silvio Tornamira Sicilano en el libro que compuso de la Compañía de Jesús, favorecida de Dios con nuevos y singulares prodigios, obrados con sus hijos por el divinísimo sacramento de la eucaristía, que se pueden leer en el capítulo diez, y diez y ocho. Y con particular cuidado, las dos primeras universales trata en opúsculo especial el padre Andrés de

---

12 Hora o tiempo que en algunas comunidades se da para recreación después de comer.

13 Juan Eusebio Nieremberg y Otín, jesuita y humanista español del siglo XVII. La cita remite a la *Vida del santo padre Francisco de Borja*, Madrid, 1644.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>



Cazorla, religioso grave, docto, virtuoso anciano de la Compañía de Jesús, que anduvo muchas provincias en sus públicas funciones, y en todas partes hizo serias y exactas diligencias para sacar en limpio y averiguar constante, la histórica verdad de estas noticias y su radical origen; citando las personas con todas las calidades que las acreditan fidedignas, constantes y convenientes. Notando todas las circunstancias de su verosimilitud y siguiendo el hilo y orden de sus testificaciones, hasta llegar a los testigos oculares y auriculares que lo vieron u oyeron a los mismos, a quien se dice haber hecho el Señor la dicha revelación; y los que la oyeron de su boca y la contaron a los sucesores, desde donde se ha venido derivando hasta nosotros.

[26] Responde con plena satisfacción a todas las objeciones, y previene las ilaciones difíciles y odiosas que la malicia pudiera sacar con mala consecuencia; porque allí ni se niega, ni se averigua si el Señor ha hecho a otros este favor y mucho menos que se condenen todos los que salen de la Compañía, en especial con justas causas. Si bien no podremos negar que pierden aquella humana probable seguridad de su salvación, y que quedan expuestos a las penosas y culpables contingencias del siglo, y con las sospechosas conjeturas de su perdición entre los peligros del mundo. Como al contrario, los que atropellando los montes de dificultades, que en la constante observancia de tan perfectas reglas y arduos votos nos opone el enemigo armado de nuestra misma flaqueza, se pueden y deben consolar y animar a vencerlas, con la pía y prudente seguridad de su salvación que les afianzan dichas revelaciones si perseveran hasta morir en ella. Y más si procuran perseverar, cumpliendo con toda exacción sus obligaciones, con que harán su certeza infalible de fe divina, declarada por la Iglesia católica y su cabeza en las bulas de la fundación y conformación de la Compañía. Este es el único fin y ultimado motivo con que se insinúa esta materia, para estremecer a los tibios y adelantar a los fervorosos; corroborándola con algunas visiones y revelaciones de esta sierva de Dios, conducentes a la misma verdad histórica humana de las insinuadas antecedentes.

[27] Digo pues, que con los muchos raros sucesos referidos en el capítulo antecedente y otros peregrinos casos que se verán en toda esta historia, crecían cada día en esta sierva de Dios los temores de perderse y los deseos y ansías de que todos se salvaran y ninguno se condenase. En medio de todos estos afectos, prevalecía el humilde de su propia desconfianza, realzado con la estimación y buen concepto de sus prójimos, aun cuando veía en ellos alguna falta o se le manifestaba Dios con claridad en visión para que le pidiese por los pecadores. En volviendo en sí y pasada la superior luz, decía

hablando con su Majestad: “Señor, yo soy la engañada. Mi imaginación y mis ojos me representan lo que no es y lo que no hay en tus creaturas, ocultándome la maldad que se abriga y esconde en mi corazón. Yo soy, señor, la maldita, la mayor pecadora y la que te crucifica con mis culpas; todos los demás te aman y sirven y procuran salvarse, guardando tu ley y siguiendo tus inspiraciones. Yo sola soy el Judas de tu Iglesia, la oveja perdida y descarriada, y la más ingrata e infiel de todas tus creaturas. Tráeme, Señor, a ti con tu poderoso brazo; perdóname mis pecados y concédeme un rinconcillo en tu gloria, debajo de la silla del que más te ofendió en esta vida, que arrepentido logró la eterna felicidad en la celestial Jerusalén, donde yo te vea y alabe en compañía de todos tus escogidos”.

[28] De estos santos temores de su perdición y deseos de salvarse, se arraigó en su corazón una como natural aflicción de que no la hubiese hecho Dios varón para pretender ser de la Compañía de Jesús; porque parece estaba persuadida a que se salvan todos los que constantes perseveran hasta la muerte en esta sagrada religión. No sé si le vino esta persuasión o pensamiento fijo de alguna soberana luz y conocimiento infuso, o de haber oído las ya insinuadas revelaciones del privilegio, gracia y felicidad de esta mínima, aunque muy dichosa Compañía de Jesús, que andan en manos y bocas de muchos; con las cuales concuerda lo que el venerable padre Luis de la Puente<sup>14</sup> escribe en la vida de la venerable virgen doña Marina Escobar:<sup>15</sup> “Que le dio el Señor a entender, estaban en el cielo todos los de la Compañía que habían muerto en aquellos ochenta años que habían pasado, desde su fundación hasta aquel tiempo”. [Apostilla: padre Luis de la Puente. Libro 4, capítulo 14, subcapítulo 3, foja 393] Lo que yo puedo asegurar, entre otros muchos de los que viven, es que al llegar a hablarle los de la Compañía de Jesús, los recibía ordinariamente regocijada y con demostraciones y júbilos de alegría, con estas o semejantes palabras: “Dichosos vosotros, hijos de san Ignacio, que si perseveráis hasta el fin, oiréis aquella dulce y regalada voz: Venid benditos de mi padre y tomad posesión de mi reino que os está preparado desde el principio del mundo”. Y arrojándose a sus pies, arrodillada, haciendo intención de besar la tierra que pisaban, les pedía la mano, y alargando la cabeza y labios

---

14 Luis de la Puente (1554-1624) nació en Valladolid, España. Religioso jesuita que escribió varias obras de teología, guías espirituales y hagiografías.

15 Marina de Escobar (1554-1633), mística española. El padre Luis de la Puente fue su guía espiritual y escribió su hagiografía, bajo el título *Vida maravillosa de la venerable virgen Doña Marina de Escobar*, Valladolid, 1665.

—escondiendo y retirando las suyas, con el natural o sobrenatural recato de su delicado espíritu—, se las besaba humilde y reverente.

[29] En medio de estos sabrosos gozos que bañaban su corazón cuando nos comunicaba, le dijo el Señor un día que le pidiese por algunos de su Compañía. Y como no tenía Catarina por negocio de importancia otro que el de la salvación, replicó a su dios asustada, diciendo: “¿Pues esos no están ya en puerto seguro para la esperanza de la bienaventuranza y eterna felicidad? ¿No dicen que se salvan todos y que ninguno se ha de condenar? ¿No es cierta la doctrina de que les ha concedido vuestra infinita misericordia esta gracia, este privilegio y esta felicidad de felicidades, como se dice que la tuvo también la religión de san Benito por trescientos años?” A estas preguntas que hizo esta sierva del Señor, ilustrada según parece para dar ocasión a la enseñanza y respuesta del divino maestro, respondió Cristo con amor y cariño: “Pídeme, hija, por los que te he insinuado. Y advierte que no les he dado hasta ahora cédula de infalible seguridad, ni de que esa doctrina se haya formado de mis voces; y aunque esa doctrina y voces sean mías, sabe, esposa querida, que no tienen declaración ni aprobación de mi Iglesia, para que se hayan de entender como ellos desean y quieren. Porque saben y deben saber que mis palabras son incomprensibles de la creada capacidad, como lo son mis juicios y caminos. Y aunque sea la verdadera inteligencia esa que tú juzgas, dime hija, ¿de dónde les puede venir la infalibilidad de que perseverarán hasta el fin en mi Compañía? Advierte, Catarina, que son sabios y discípulos de mi escuela, y como doctos que son, no pueden ignorar que es infinito mi poder, y que no puede faltar modo en mi suma sapiencia para que se satisfaga enteramente a mi recta justicia”.

[30] Con esta respuesta del Señor, clamó y pidió siempre Catarina con mayor eficacia a Dios por los de su Compañía. Pero no por eso se apartó de la antigua credulidad, prudente asenso y humana fe, con que se persuadía eran verdaderas las revelaciones comunes y corrientes; y así conservó por todo el discurso de su vida el piadoso concepto, muy racional y probable juicio, de que se salvaban los que constantes perseveraban hasta la muerte en la Compañía. Y a la verdad, la respuesta que le dio el Señor en esta ocasión, no parece que anula ni desvanece las insinuadas revelaciones; sino que quiso se contuviesen sólo en los límites de la fe humana y en la certidumbre falible que tienen y pueden tener antes de la aprobación y confirmación de la cabeza de la Iglesia, que es la que sólo puede dar lo infalible e indefectible del crédito. Y esta infalibilidad es la que expresamente les niega el Señor en la ya dicha respuesta, para reprobar la vana confianza y presumida

seguridad que pudiera ocasionar su perdición a algunos, y para que la perseverancia en las buenas obras hasta el fin y las declaraciones de su Iglesia se veneren siempre, como el único y seguro norte de nuestras peregrinaciones en este proceloso y borrascoso mar del mundo, donde hay tantas circes<sup>16</sup> y sirenas, tantos bajíos y escollos en que podemos naufragar y sumergirnos entre las olas de la tentación. Y aun cuando nos pareciese que estaba el camino y paso más seguro, no podríamos cantar triunfos ni prometernos seguridades, hasta tanto que hayamos llegado al seguro puerto de la bienaventuranza, que está determinado por corona de los que perseveran hasta el fin en el camino de la virtud. [Apostilla: Mateo 10] Si se consignaran los laureles a lo laborioso de los principios y no a lo animoso y alentado de la perseverancia, apenas hubiera quien no gozara de las eternas glorias, y con dificultad se verificara la doctrina del evangelio: “De que siendo muchos los llamados son pocos los escogidos”. [Apostilla: Mateo 22]

## 2. *Prosigue la misma materia, ponderándose la importancia de la perseverancia con noticias particulares de expulsos y novicios de la Compañía de Jesús*

[31] Por eso pedía Catarina para los hijos del grande Ignacio dos cosas: que se salvaran y que perseverasen en la Compañía de Jesús hasta la muerte. Lo primero, porque era el negocio más importante y común a todo el género humano; lo segundo, porque asegurasen más su salvación con la perseverancia en tan buena y santa Compañía. Con este piadoso afecto lloraba y se afligía con cualquier noticia de los expulsos, como pudiera plañir una madre amorosa la pérdida de sus hijos, no porque los tuviese por eternamente perdidos, que esto depende de una mala muerte, sino porque los miraba al riesgo de la inconstancia, y para la seguridad de la corona es necesaria la perseverancia. Por eso en la antigua ley, prohibía Dios que le ofreciesen en sacrificio el jumento, que por más alentado que comience una carrera, inconstante, no la sigue; y así notó Pierio<sup>17</sup> que era este animal estampa y jeroglífico<sup>18</sup> del que comienza bien y no llega a ver la cara de un feliz fin. A esta petición de la perseverancia para los de la Compañía de Jesús, la movía Dios, no sólo con palabras sino con maravillosas visiones, y fue muy singular la siguiente.

---

16 En referencia a la hechicera Circe, quien causó problemas a Ulises en su viaje de regreso a Ítaca. Por consecuencia, como “circe” se denomina a una mujer astuta y engañosa, calificativo *ad hoc* con la perspectiva negativa que Ramos tenía del sexo femenino.

17 Filósofo y teólogo, presbítero de la escuela de Alejandría hacia fines del siglo III d.C.

18 Jeroglífico, en el sentido de representación figurativa y simbólica.

[32] Vino un día a buscarme, llena de temores, espantos y turbaciones, sin poder hablar ni aun respirar por los sustos, congojas y sobresaltos que apretaban su corazón lastimado. Procuré sosegarla, y dijo: “Vi un pozo muy profundo y tan horroroso que me pareció era la boca y garganta del infernal abismo. Y vi que se iba precipitando y despeñando por aquella cima sin fondo, un peñasco, con tal violencia que parecía le habían arrojado con grande ímpetu desde lo alto del cielo”. Me dijo el nombre de la persona que pensaba ser simbolizada en aquella desgraciada y dura peña, y añadió: “Esta fatal caída ha causado en mi corazón la turbación y asombro que suelo experimentar en las visiones de los que caen en la eternidad del infierno”. Esperé con esta narración, el hecho de esta visión con alguna desgracia del sujeto simbolizado, que era de mi religión y al presente vivía en otra ciudad distante. Y contando los días y las horas, ajusté que le habían echado de la religión por justas causas, en el mismo tiempo que se le representó a Catarina su fatal precipicio. No pienso yo le mostró el Señor que salir de la Compañía sea condenarse de hecho, sino que es dejar el camino seguro de la perseverancia en su vocación y declinar al siniestro y peligrado del mundo, por donde impelidos de las pasiones, ocasiones y vicios, suelen despeñarse al abismo. Yo suspendo mi juicio y dejo la inteligencia de este caso a la consideración de los que más alcanzan, y me quedo en el conocimiento de que son incomprensibles los juicios de Dios y maravillosa su providencia; pues por tantos extraordinarios caminos, aumentaba en esta su sierva los temores de su condenación, y juntamente encendía su caridad para que con sus oraciones clamase por la salvación de los de la Compañía, por medio de la perseverancia en la religión.

[33] Era esta una de las más continuas peticiones de Catarina, y la consoló Dios muchas veces manifestándole a los de la Compañía de Jesús con símbolos de su eterna felicidad, no sólo a los ya religiosos sino a los que tenía escogidos para ella la divina providencia, aun antes que lo pretendiesen, ni aun imaginasen los mismos que después lo pretendían. Y en esta previsión de los jesuitas futuros, se acogía luego esta fidelísima hija de san Ignacio a la oración y petición del don de la perseverancia para los que fuesen al fin de los escogidos, los que entendía habían de ser de los llamados; y la sabiduría infinita le mostraba los que habían de ser escogidos y compañeros de Jesús en la tierra y en el cielo. Pondré aquí para prueba de lo que voy diciendo, un caso que sucedió como un año antes de su dichosa muerte. Fue a visitar a Catarina cierto mancebo para rogarle que le alcanzase de Dios el que le admitiesen en la Compañía de Jesús, que era empeño

de su actual pretensión. Le respondió que sí haría, aunque mala, como lo ejecutó luego, poniéndose en la presencia de su redentor, a quien se quejó también de la expulsión que había precedido de algunos de los que estaban recibidos en su Compañía.

[34] Respondió Cristo a Catarina, satisfaciendo a su queja y petición con este jeroglífico. Se le representó como maestro en la cabecera de una mesa donde estaban sentados muchos discípulos, pendientes de sus divinas palabras y sustentándose con el celestial pasto de su doctrina. Advirtió que su pretendiente no se sentaba, ni atendía a la enseñanza del divino maestro, sino que se andaba paseando como quien estaba de paso para volverse a salir por la puerta, y entendió juntamente esta sierva del Señor que le decía: “No te aflijas de que esos expelidos no hayan sido constantes, ni de que ese que se vale de tus oraciones no coja asiento en mi mesa, que tengo yo prevenidos para discípulos de mi escuela y soldados de mi Compañía a todos los que ves sentados y atentos a mi doctrina y enseñanza”. Y con la demostración de poner la mano en el pecho, le aseguró que entrarían, que se conservarían, que lograrían el ser de su Compañía en la tierra, y gozarían del eterno descanso que tiene su Majestad aparejado para laurear los afanes y coronar las fatigas de los que en esta vida le han de seguir y servir constantes, hasta los últimos acentos de la vida; como lo había su Majestad simbolizado ya en el otro convite de la cena, de que hace mención el evangelista san Lucas. [Apostilla: Lucas 14]

[35] Pasada esta visión, fueron entrando muchos en la religión que hoy son novicios, y no fue admitido el que se valió de la intercesión de esta esclarecida virgen, como no admitió Cristo al otro mancebo que por boca de san Marcos: “Se ofrecía a seguirle a donde quiera que fuese”; [Apostilla: Marcos 7] al cual abandonó el divino maestro llamándole raposa:<sup>19</sup> animal engañoso que tiene una cosa en la lengua y otra en el corazón, mucho ánimo en las palabras y poco aliento en las obras para ejecutar. Lo que prometía el pretendiente de Catarina, quizás fue desechado de Jesús por haber previsto con su infinita sabiduría, su poca estabilidad y firmeza; como se significó, según parece, en el no haber tomado asiento ni mostrado atención a las palabras y doctrina de Cristo, y si había de ser después despedido, favor fue el que no fuese admitido, porque se había de malograr esta dicha, si había de

---

<sup>19</sup> Es una especie de zorra. En sentido figurado, se refiere a una persona mentirosa, astuta, burladora y artificiosa.

abusar del nombre y blasón de compañero de Jesús, no correspondiendo a las obligaciones de discípulo de Cristo. Se exponía a que enojado el Señor, le mandase arrojar atado de pies y manos al tenebroso lugar donde con perpetuo llanto y crujir de dientes pagase su osadía, como lo experimentó el otro desatento y desconocido que tomó asiento en el espléndido convite que hizo el divino maestro, de que hace mención san Mateo en la sagrada historia. [Apostilla: Mateo 22]

*3. Se confirma lo dicho por la oposición que hace a esta doctrina el infierno, y noticias particulares de las almas de la Compañía en el purgatorio*

[36] No es decible ni explicable lo que padeció Catarina con el infierno envidioso, sobre que no pidiese ni clamase por la perseverancia de los hijos de san Ignacio en la Compañía de Jesús. No quiero manchar este capítulo con la sangre vertida que sacaron de su delicado cuerpo los infernales espíritus, con sus dientes y con sus sangrientas y rapantes uñas, que viendo no podían conseguirlo a fuerza de tormentos y martirios, se valían muchas veces de engañosas astucias y falsas razones. Le decían que por qué no cuidaba de sí y dejaba vivir a los otros donde y como tuviesen gusto; que qué le iba o venía en que los demás muriesen dentro o fuera de la Compañía. Les respondía: “Porque aseguren su salvación, viviendo y muriendo en ella”. Le replicaban sonriéndose a lo socarrón, que cómo era tan simple que daba crédito a embustes y mentiras, que quién le había enseñado aquella falsedad, que no fuese tan fácil en creer rumores del vulgo, que pidiese otra cosa a su dios y no malograrse sus oraciones, que estuviese cierta en que estaba el infierno lleno de jesuitas porque eran unos embusteros y los peores del mundo, que los dejase y huyese de las malas compañías, y que si tomaba su consejo no la perseguirían; y que desde luego le aseguraban su salvación, la cual perdería si perseveraba con tan engañosos y falsos maestros.

[37] Respondía la sierva de Dios: “¡Callad embusteros!, que mis maestros no me enseñan esa doctrina que vosotros decís. Lo que me enseñan es que no siga las banderas de Lucifer sino las de Jesucristo, y que si imito al Señor y guardo sus mandamientos en esta vida, seré de la Compañía de Jesús en la eterna. Me dicen también que pida a la divina majestad para ellos el don de la perseverancia y una buena muerte. Y yo lo hago como me lo piden o mandan, porque son mis confesores, ministros del Altísimo e intérpretes de su ley, y porque ruegan a su Majestad me conceda la perseverancia en las buenas obras y la eterna felicidad. Y siendo yo agradecida, aunque



mala pecadora, justo es les corresponda con mis pobres oraciones. Y si ellos temen siendo soldados del redentor y salvador del mundo: ¿Por qué no temeré yo? ¡Ay Dios! ¿Qué será de mí? ¿Qué muerte tendré? ¿Qué me sucederá en el momento de que pende la eternidad? Me dicen finalmente, que no os crea a vosotros porque sois enemigos de los hijos de san Ignacio y de los compañeros de Jesús, que es el capitán y guía de todo el pueblo cristiano, que está alistado debajo de sus banderas y son las de la fe y buenas obras. En estos ejércitos quiero vivir y morir. Esto es lo que me enseñan los padres de la Compañía, y si ellos son profetas falsos, como decís, y se condenan perseverando en su religión hasta la muerte, ¿por qué os oponéis tanto a su perseverancia? ¿Por qué pretendéis desacreditarlos? ¿Por qué me queréis apartar de ellos y su doctrina? ¿De dónde os viene ese fingido celo de mi salvación? Para que yo os crea es forzoso que les vea arrepentidos de verdad y admitidos debajo de las banderas de Jesucristo ¡Apartaos de mí, malditos, e id a disputar con san Miguel, con san Ignacio y con sus hijos que son sabios, y yo soy una bestia e ignorante!”

[38] No sé si fue este demonio uno con quien me encontré un día, ejercitando el oficio de exorcista. Si no era él se le parecía, porque se ostentaba muy ladino<sup>20</sup> y retobado,<sup>21</sup> y espíritu de la mentira y discordia. En lo que le preguntaba y mandaba, hacía papel de diablo mudo y sordo, y a lo disimulado me buscaba la boca malicioso, o para divertirme o para enfadarme, o para despucarse de la quemazón y aflicción en que le tenía la virtud de los exorcismos de la Iglesia católica romana. Me dijo éste: “Que también se condenaban los de la Compañía de Jesús”. Le respondí, amenazándolo con un bofetón —como haciendo paréntesis en lo que pertenecía a mi oficio—: “Mientes, padre de la mentira, que los de la Compañía de Cristo no son de la compañía de Lucifer”. Volvió a instar diciendo: “Muchos han abandonado su bandera y están hoy en nuestro cautiverio”. Le respondí: “Puede ser. Pero ya esos no fueron constantes en la perseverancia de compañeros de Jesús hasta la muerte”. Volvió a interrumpirme con maliciosa socarra, diciendo: “De todos estados hay cautivos en nuestro imperio”. Le dije: “No te creo. Y no me enfades de suerte que, a pescozones, te obligue a volver la honra que pretendes quitar a los míos”. Añadió él: “Fíate en eso”. Le respondí: “No me fiaré en esto, pero me alentaré a confiar en el divino poder

---

20 Astuto y sagaz.

21 Necio, obstinado.



y esperar de su infinita misericordia la perseverancia en su Compañía, y con ésta la corona que tú por inconstante perdiste. Y aunque no gusto de tratar con gente obstinada y rebelde, porque sirva de castigo a esas tus socarronas interrupciones y fanfarronas palabras, oye una breve historia que, aunque no conviene por ahora decir el medio por donde adquirí su noticia, me persuado a que tú sabes que es cierta; y no quiero obligarte a que la certifiqués porque no presumas que hago caso de tus confesiones.

[39] Años ha que hicisteis un conciliábulo<sup>22</sup> con vuestro príncipe, en aquel triste palacio de rabiosos duendes y en aquellas tenebrosas cavernas de sombras, fantasmas y horrores; donde llenos de confusión y vergüenza os lastimasteis de no tener en aquel vuestro quemadero eterno, ni un solo cautivo de los que habían muerto con la ropa de mi padre san Ignacio y con el glorioso título de compañero de Jesús. Y aunque os volvisteis a mancomunar, armados de astucias, engaños y marañas para continuar soberbios y arrogantes vuestras baterías y sangrientas batallas; mostrasteis estar desconfiados —aunque no desesperados de conseguirlo—, determinando en aquel malicioso conclave una invención ridícula e indigna de los que se apellidan príncipes y potestades del abismo. Y fue el señalar uno de vuestros espíritus infernales que anduviese siempre en el infierno, entre los precitos y condenados, con el traje de los hijos de mi gran padre y patriarca san Ignacio, para que se templase vuestra saña y sed insaciable con el retrato, representación e imagen del original, que no habíais podido haber a las manos con todo vuestro poderío, ciencia y astuta malicia, porque estaba en oposición de todo el infierno y en nuestra defensa el Altísimo, con su poder, gracia y misericordia. Mira, traidor y embustero, cómo ha dispuesto la sabiduría de Dios que tengamos noticias en el mundo de lo que pasa allá en vuestro retirado centro, para que os confundáis viendo que nos son notorios vuestros embustes, marañas y farsas; y para que nos alentemos a perseverar constantes en la Compañía de Jesús hasta el fin de esta vida que se termina en la muerte, para comenzar la de una eterna felicidad. Y así, aunque reventéis envidiosos, hemos de proseguir perseverantes en la buena fe de que no se condenan los que mueren dentro de la Compañía”. No hablo de la fe infalible que dimana de las sagradas letras y de la cabeza de la Iglesia, sino de la humana y muy probable que tengo y tenía Catarina, fundada en lo que dejo insinuado. Echará menos aquí el advertido y prudente

---

22 Reunión oculta para tramar algo con fines impropios.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>  
2019.

lector, la respuesta del Demonio a la narración de este su diabólico conciliábulo; pero con decir que enmudeció con ademanes y demostraciones de su envenenado y rabioso furor, se dice y puede probablemente colegir que confirmó, a su pesar, el común proloquio de: “Quien calla otorga”.

[40] Aun en el purgatorio le parecían a esta sierva de Dios privilegiadas, en alguna manera, las almas de los de la Compañía de Jesús, diciendo que se detenían poco en aquella terrible cárcel, porque Cristo miraba con especialidad por los de su Compañía, purificándoles en esta vida en gran parte de sus culpas para que se detuviesen menos en la otra; y que la santísima Virgen los favorecía como a hijos queridos suyos en esta y en la otra vida, ofreciendo por ellos las oraciones y méritos de muchos de los devotos de esta princesa de los cielos. Y en prueba de esta verdad, solía Catarina repetir la felicidad de los padres, de que hice mención en el primer libro de esta historia y la de otros de sus confesores; como la buena suerte del padre Miguel Godínez, cuya alma vio volar en el instante de su muerte, en forma de paloma de resplandeciente candor, desde la cama al cielo. La del padre Juan de Sangüesa vio que subía trepando con velocidad de ángel, por una escala semejante a la que se representó a Jacob. A la del padre Mateo Galindo recibió ella en la boca del purgatorio, hallándose cargada de indulgencias y del precio de la sangre de su redentor; y al caer en aquel lago de horrorosas penas, le aplicó todo el tesoro con que se hallaba enriquecida, rociándole con la sangre de Jesucristo que había sacado de las sacratísimas llagas de su señor, de que le parecía tenía llena la boca, y que la feliz alma de dicho padre le decía: “¡Echa, hija, echa, que me sirve de mucho alivio!” Finalmente, vio que ofreciéndose juntamente a pagar todo lo que debiese este su querido confesor, voló su dichosa alma a la bienaventuranza con las de otros dos padres de la Compañía que habían muerto poco antes. Veía ordinariamente las ánimas de los nuestros —como diré en su lugar— al apartarse de los cuerpos, al verse en el tribunal de la terrible cuenta, y al entrar y salir del purgatorio. Y con ser tan universal su vista, se afirmaba en que se detenían poco los de la Compañía en aquella cárcel de nobles. Aunque, sin embargo de esta disposición común y regular de la misericordia divina, añadía algunas veces: “Pero los padres fulano y fulano aún están en penas. Aquí han venido; presentes están; mucho trabajo tienen; todo esto hay por allá. ¡Quema, Señor, aquí! ¡Aquí, abrasa; aquí despedaza y no en la otra vida! ¡Ay! ¡Y lo que les falta!” Con esta noticia ajustaba yo el tiempo de su muerte y hallaba, por mi cuenta, que algunos de los nombrados llevaban más de catorce y veinte años de la otra vida, de donde infería no haber regla general sin excepción o que se vive muy a la larga en el purgatorio.

## CAPÍTULO 4

### DEL CONOCIMIENTO DE SU INDIGNIDAD PARA LOS FAVORES DEL CIELO Y CUÁN BIEN ESTUVO NO ADMITIR EL NOMBRE DE HIJA NI ESCLAVA DE MARÍA SANTÍSIMA

#### *1. Cómo engrandecía Dios su humildad con multiplicados favores*

[41] Sentir más bajamente de sí cuando Dios más liberal favorece, sublima y ensalza. Dice san Buenaventura<sup>23</sup> que es propio de varones grandes y perfectos; [Apostilla: san Buenaventura, *De Religione*, capítulo 22] que no es mucho humillarse quien no tiene motivos para engrairse. Pero ser humilde de corazón y de verdad como Cristo, el que se ve favorecido, es lo más que puede hacer un ánimo en su propio conocimiento humillado. Por esto los santos, midiendo con luz del cielo los grados de la verdadera humildad, dan a esta humillación el título y renombre de supremo. En esta perfección nos dejó Catarina maravillosos ejemplos; cuanto más rica de virtudes y llena de Dios, tanto más se abatía, confundía y despreciaba, confesándose indigna de vivir entre los hombres y de que éstos la favorecieran, y aun de que la sustentarán. Este concepto de su indignidad, la obligaba muchas veces a agradecer a Dios el aire que respiraba y todo lo necesario para la conservación de su vida. Decía: “Que era indignísima de comer el pan de los hijos”. Y así, en las casas donde vivía escogía siempre lo peor en la comida, oficio, aposento y vestido. Se tenía por esclava infiel a Dios y a los hombres, y con esta consideración nunca le parecía que cumplía con la debida obediencia. Se tenía por un jumentillo ignorante e indiscreto, y por peor que los mismos demonios y digna de estar a sus pies. Cuando comulgaba era su ordinaria preparación el: “No soy digna”. Y con estas palabras daba las gracias, humillándose y confundiendo de mirar a la suprema majestad dentro de su pecho. Se juzgaba indignísima de recibir dones espirituales y sobrenaturales del divino poder. Y cuando se hallaba favorecida de la Omnipotencia, su repetido agradecimiento era el repugnarlos, abatiéndose hasta el mismo infierno, prorrumpiendo en las palabras de: “No soy digna, Señor”. Con éstas daba el agradecimiento por todos y cada uno de los beneficios divinos.

---

<sup>23</sup> Giovanni di Fidanza o san Buenaventura, filósofo, teólogo y místico. Nació en Bagnorea (Tosacana), hacia 1221 y murió en Lyon en 1274.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

[42]<sup>24</sup> Le dijo un día el confesor: “Que por qué no juntaba a las palabras de no soy digna, otras que sirviesen de alabar, engrandecer y glorificar a su creador, por los innumerables favores que recibía de la infinita misericordia”. Respondió: “Porque de ordinario no me dan otra luz que la de mi indignidad, a vista de tantos y tan indebidos beneficios”. Pero aunque sucedía esto frecuentemente, muchas veces le daban tan abundante luz de la eterna bondad, que reventara el alma si no se desahogara bendiciendo, alabando y glorificando a su dios con palabras tan tiernas y misteriosas, y con tan divina elocuencia, que repitiéndolas aun templado ya el calor e inflamación de la voluntad y la viveza de la ilustración que Dios le comunicaba, se deshacían los confesores en lágrimas y se anegaban en un mar de admiraciones, considerando depositaba la divina sabiduría en esta humilde creatura, las lenguas con que los querubines y serafines alaban y glorifican al autor de todo don en su celestial corte. [Apostilla: Ezequiel 1] Pero así como éstos dejaban caer las alas a la voz que les hablaba sobre el firmamento; así Catarina, cuanto más levantada por la luz superior para entender las infinitas perfecciones de la suprema majestad, que sin cesar ensalzaba y glorificaba; tanto más se humillaba y encogía, y tanto menos tenía de alas para engréirse y entonarse. Porque a vista de tan soberana grandeza, descubría mejor su bajeza y la pequeñez de su apocado ser. Este conocimiento y afecto experimentaba esta sierva del Señor en todas las visitaciones celestes, en testimonio que eran favores del divino Espíritu y no del Demonio, cuyas visitas causan en las almas altiveces y vanaglorias. Cuanto eran más repetidos y soberanos los regalos del cielo, se acordaba más Catarina y se estrechaba más con el conocimiento de que no era digna.

[43] Aun cuando se le representaba su divino esposo llagado y maltratado, no se atrevía a tocarle con sus manos, ni aun para limpiarle, por no mancharlo con su tacto más de lo que estaba con su propia sangre, reconociéndose indigna pecadora ante su divina presencia. Y gustaba Dios tanto de su humildad, sencillez y recato, que por oírle el “No soy digna”, le multiplicaba repetidos los favores y alentaba su temor con amorosas quejas, diciéndole: “Que cómo era esquiva e ingrata con su padre, con su redentor y a su divino amante; que a dónde estaba la piedad de hija y el agradecimiento de redimida, la correspondencia de querida y la osadía de su crecido amor”.

---

24 En el original no hay número 42 y en cambio, se repite el párrafo 44. Por tal motivo, se arregló la numeración en éste párrafo y los dos siguientes. El segundo párrafo marcado como 44 ya vuelve a coincidir con la numeración corregida.

Con estas y semejantes palabras causaba el Señor en Catarina impulsos y propensiones de arrojarle amorosa en los brazos de su divino esposo. Pero como era su humildad tan profunda, quedaba ésta triunfante y resplandeciente entre todas las demás virtudes de que estaba adornada su alma, dándose por vencidas del “No soy digna”, con que respondía o satisfacía a las razones y motivos con que la impelía y llamaba así la divinidad humanada. Y en esto resplandecía la excelencia de esta virtud, en esta esposa de Jesús; porque como lo notaron algunos santos, la heroica humildad, entre las demás virtudes, es como el sol entre las estrellas. [Apostilla: san Gregorio, libro 34, *Moral*, capítulo 5] Pues así como a la presencia del sol se ocultan y desaparecen los resplandores de los astros más luminosos, así donde hay humildad no pueden ostentar sus luces ni brillar sus resplandores el ejército de las otras virtudes; porque a la presencia de la grandeza de su luz o de su sol se apagan, se esconden y sepultan los demás soberanos dones. Era Catarina tan humilde que no veía en sí más que faltas, imperfecciones y malas inclinaciones. Y así se acobardaba, encogía y retiraba, confesándose indigna de los celestiales dones y beneficios; y con estos retiros y desvíos humildes se arrebató la gracia y la benignidad de la Omnipotencia, para que la hiciese prodigiosa entre las demás creaturas, resplandeciendo en ella el divino poder como sol entre las estrellas de la militante Iglesia. Pondré aquí uno u otro de los innumerables favores en que resplandecía la inmensa bondad del Altísimo y la grandeza de la humildad en su sierva.

## *2. Favor especial de Cristo crucificado a esta su sierva, en que se verificó lo profundo de su humildad y grandeza de su propio conocimiento*

[44] Andaba por el año de setenta y cuatro, en obscuridad y desamparo terrible, buscando y suspirando por el divino esposo, como la otra alma santa que se quejaba de que no le hallaba cuando le buscaba, ni le respondía cuando le llamaba. [Apostilla: Cantares 5] Y diciendo Catarina, entre mortales desmayos y amargo llanto, tierna y amorosa: “¿Adónde te perdí? ¿Adónde te buscaré? ¿Adónde te hallaré, vida de mi vida? ¿Hasta cuándo he de estar sin ti y quién podrá sufrir tan pesada ausencia?”; se halló con su amado pendiente de un madero, clavado de pies y manos, desangrado de todas las venas, llagado de los azotes y espinas que martirizaron su delicado cuerpo y lo desfiguraron, pues perdió la blancura que era la primera divisa de su belleza y la primera seña que dio la esposa de su querido esposo. Se condeñó Catarina con tan lastimoso espectáculo, porque era mujer amante

y agradecida, y no había jurado de risco ni se había transformado en peñasco. Se enterneció con representación tan triste, salieron arroyos de lágrimas por sus ojos; se derritió su corazón y ahogada en un mar amargo de penas y congojas crecieron los sustos y los sobresaltos, porque desclavándose el Señor del sagrado madero, se dejó caer sobre el regazo de su sierva, pidiéndole tierno y lastimado que le curase las crueles heridas, que le limpiase la sangre que afeaba la hermosura de su divino rostro y de todo su sagrado cuerpo, y finalmente, que le vistiese y quitase el oprobio de su desnudez afrentosa.

[45] Este favor que diera a otras almas aliento y osadía para abrazarse estrecha y amorosamente con Cristo, regalándose y regalándole con sus ojos, labios y cabellos, causó en esta esclarecida virgen ansias, sobresaltos y apreturas del corazón que desahogó con palabras dulces y tiernos afectos, diciéndole: “No, Señor, no soy digna. ¿De dónde a mí tanto bien cuando tienes tantos ángeles, santos y santas sobre quién recostarte? Vete, Señor, al regazo de la castísima reina que escogiste por madre y mereció traerte en su purísimo vientre. Mira, Señor, que te manchas; que no soy digna, que soy la más vil de las creaturas y la mayor de los pecadores”. Y aunque el Señor con hablas interiores y exteriores la convidaba e impelía a gozar de los divinos abrazos, a sellar con sus labios sus plantas y sus llagas para comunicarle las dulzuras de aquellas cinco divinas fuentes y manantiales de todas nuestras felicidades; ella se defendía y luchaba humilde con el escudo y fortaleza de su humildad, respondiendo a su dulce y querido esposo “que no era digna y que se fuese con su santísima madre y con sus ángeles”, a quienes clamaba con afectos de encendida amante, que viniesen a servir a su príncipe y que trajesen con qué vestirle y limpiarle la sangre que le afeaba. A estas voces le pusieron en las manos los celestiales paraninfos,<sup>25</sup> un grande lienzo delgado y aseado para que hiciese ella el oficio de ángel y de madre piadosa con su redentor herido y maltratado. Y como obligada de la necesidad, echó sobre el sagrado cuerpo el lienzo que le habían entregado, sin atreverse a tocarle con las manos ni a limpiarle la preciosa sangre, teniéndose por indigna de tan alto ministerio. Y entre estos temores humildes y sabrosos afectos se desapareció la visión, quedando la humildad de Catarina vencedora de las demás virtudes, que con contrarios impulsos y movimientos batallaban en su pecho por unirla en estrechos lazos de amor con su divino esposo.

---

<sup>25</sup> En su riguroso significado se dice de los padrinos de las bodas, pero también se utiliza para nombrar a aquellos que anuncian alguna felicidad.

[46] Continuó esta amorosa lucha, porque se continuaron las hablas con que el divino amor se le quejaba enamorado, de no haberle querido lavar la sangre que le afeaba; a que le respondía siempre humilde y rendida: “No soy digna, Señor, no soy digna”. Y siendo así, que con la respuesta quedaba bastante satisfecho el esposo que se le quejaba. Volvía una y muchas veces a repetir su queja por oír otras tantas veces la excusa de su querida: “No soy digna, Señor. Madre tienes, ángeles tienes, santos y justos tienes que te laven, que te hermoseen, que te regalen. Yo soy un gusanillo asqueroso e inmundicia pecadora, y no quiero mancharte ni afearte tu belleza”. Esta porfiada lucha duró hasta el jueves santo, en el cual día, porque no quedase imperfecto el favor, se le volvió a representar visible el divino amante pidiéndole sus abrazos y caricias. Y retirándose y encogiéndose ella dentro del conocimiento de su nada y de su indignidad, instó el celestial esposo con tal eficacia, que creciendo los incendios del amor en el corazón abrasado de Catarina, llegó ésta a embriagarse, y ciega y desatinada se arrojó a besarle los pies, después las sagradas llagas y abrazándose últimamente con el divino cuerpo, experimentó un abismo de gozos y consuelos inexplicables. En todos los regalos que recibía de la Omnipotencia humanada, causaba el concepto de su propia indignidad semejantes luchas de encontrados afectos, y aunque el soberano esposo solía convencerla, diciéndole: “Que no podía mancharlo porque era el verdadero sol de justicia, a quien no pueden afearte la inmundicia de la tierra ni las humaredas del infierno”; ella desde lo profundo de su indignidad se resistía, hasta que el Señor le comunicaba tan crecido amor, que abochornada y como fuera de sí se arrojaba a los brazos de su amado y admitía los favores de su dios enamorado, que la dejaba siempre más confusa y humillada para volver por instantes a ensalzarla y engrandecerla.

*3. Cómo con el conocimiento de su indignidad se resistía a los favores de la Señora: se privó de la dulzura de sus sagrados pechos y preciosa leche, y no admitió el renombre de hija, ni esclava de María*

[47] Esta virtud entre las otras, fue también la que se llevó los ojos y las estimaciones de María santísima. Y para prueba de que era profunda y verdadera la humildad de Catarina, parece que andaba de porfía con ella Jesús en favorecerla, saboreándose con los retiros y desvíos humildes de esta su querida hija. Ya tengo escrito en varias partes del primer libro de esta historia, cómo desde su nacimiento hizo con ella María santísima oficio de



madre amorosa, honrándola siempre con el blasón de hija; convidándola muchas veces con sus brazos, con su regazo y con la leche de sus virginales pechos. Y que a estos favores se resistía Catarina con el conocimiento de su indignidad, sepultándose en el abismo de su nada y procurando dentro de la misma esconderse; pero que cuanto más se humillaba, la ensalzaba más la soberana reina con nuevas gracias y mercedes que con liberalidad y cariño le franqueaba. Fue muy singular y digna de especial memoria la siguiente. Estaba un día esta esclarecida virgen en la iglesia de las señoras religiosas de Santa Catalina, encomendándose con afectos de hija y rendimientos de esclava a María santísima, y se halló favorecida de esta celestial señora con representaciones de reina en un hermosísimo trono, asistido de innumerables ángeles y de un numeroso ejército de celestiales vírgenes, que ilustraron con sus resplandores el templo y fueron testigos de vista de la profunda humildad de Catarina, porque en este ilustre y numeroso concurso, convidó la emperatriz de los cielos con la hermosura de su sagrado pecho y preciosa dulzura de su leche, a esta humilde y querida niña. Pero aunque el amoroso afecto de hija la impelía y daba licencia a tomar el pecho que con cariños de madre le franqueaba la reina y madre de todos los pecadores, pudo tanto el conocimiento de su indignidad y bajeza, que hundida en su nada como solía y llena de admiraciones, levantó la voz y dijo: “¿A mí, Señora, esos pechos? ¿A una bestia esa divina leche? ¿A un gusanillo vil? ¿A un escarabajo ese regalo? No, Señora. No lo habéis de hacer, no lo ha de ejecutar vuestra piedad y clemencia porque yo no soy digna. Dad Señora el pecho al Niño Dios que tenéis en los brazos, sustentad con vuestra divina leche al fruto bendito de vuestro vientre. Yo soy esclava de los esclavos de señora santa Ana, y como esclava me sustentaré de las migajas que cayeren de vuestra mesa”. La soberana princesa de los cielos se saboreaba gustosa con estas humildes resistencias; y así la volvió a instar muchas veces a que llegase, que no se resistiese a los beneficios de su madre. Pero cuanto más se humanaba benéfica la madre de misericordia, tanto se abatía su querida hija, diciendo: “Mirad, Señora, que desde que nací me comprasteis con un tesoro de joyas para esclava de vuestros esclavos. Pues, ¿cómo hija? Esclava seré en tu casa y aun de eso no soy digna”. En esta porfiada competencia quiso la reina de los ángeles que saliese triunfante y victoriosa la humildad de Catarina. Porque negándose al favor se fue como retirando de la presencia de la majestuosa emperatriz, y no hallando modo para esconderse, se arrojó debajo de los estrados de su trono, como quien se valía de su protección para que la defendiese como esclava, ya que no era digna de los regalos de hija.



[48] Se repitió algunas veces este favor, y causaba siempre en Catarina tal confusión y vergüenza, que me aseguraba que si pudiera penetrarse con la tierra, se escondería en su centro precipitada del conocimiento de su indignidad. Y que trayéndole la misma soberana Señora en muchas ocasiones a la memoria este beneficio, como quejándosele cariñosa de que no la quería llamar madre ni admitir su preciosa leche, le respondía siempre: “Que no era digna del glorioso renombre de hija, ni era razón se sustentase la esclava con el alimento de los hijos”. Imitó Catarina en esta ocasión como en las demás que se hallaba favorecida del cielo, a la misma santísima Virgen; que cuando le anunció el ángel las altezas del hijo que había de concebir en sus purísimas entrañas, [Apostilla: Lucas 1] entre turbaciones y sobresaltos se llamó “esclava”, humillándose con este nombre cuando Dios la sublimaba con el nombre y gracia de “madre”. Y si en la reina de los cielos causó prudentes temores y cautos sobresaltos aquel divino y celestial beneficio, qué mucho que se encogiese y acogiese asustada Catarina al nombre y bajeza de “esclava”, cuando la emperatriz de los cielos hacía con ella los oficios de “madre”. Siempre los favores y beneficios del cielo ocasionaron en los santos y siervos de Dios temores, recelos y sobresaltos. Quién más santo, que el amado discípulo de Cristo que miraba como a madre a esta celestial señora y princesa de los ángeles, desde que el divino maestro pendiente del árbol de la cruz le llamó hijo de María. Y con todo eso, al ver al soberano maestro con siete estrellas en la mano —símbolo de sus favores y gracias— dice el mismo en su Apocalipsis, “que se atemorizó tanto que cayó como difunto a los pies del mismo Señor que le favorecía”. [Apostilla: Apocalipsis 1]

[49] Pues, ¿qué diremos de los espíritus que no temen ni tiemblan como la madre de Dios, como el sagrado Benjamín,<sup>26</sup> ni como Catarina a vista de los beneficios y dadivas extraordinarias de Dios? Diremos que no son hijos ni discípulos de María y Cristo, que fueron los maestros de la humildad, ni van por el camino por donde subieron los santos al cielo. ¿Qué diremos de los que gustan de semejantes dones extraordinarios, saboreándose en ellos, complaciéndose y pavoneándose en su felicidad y fortuna? Diremos lo que dijo Cristo a sus discípulos cuando volvieron de su predicación, contentos y ufanos, diciéndole: “¡Oh, Señor, que hemos hecho maravillas! Aun hasta los demonios se nos rendían y obedecían en vuestro nombre”. A los cuales

---

26 El “sagrado Benjamín” es san Juan apóstol, de quien se está haciendo relación en el párrafo antecedente. “Benjamín” es el menor dentro de un grupo, y Juan tiene este título por ser, según la tradición, el más joven de los discípulos.

respondió el divino maestro con severidad: “Guardaos del vano contentamiento. Mirad que cayó por eso Lucifer del cielo”. [Apostilla: Lucas 10] Porque en aquel estado alto en que fue creado, se desvaneció contemplándose y deleitándose en su hermosura y belleza, como si la tuviera de sí y no le hubiera venido del Altísimo; por eso cayeron él y sus ángeles en el abismo del infierno. Si hubieran atribuido los dones y gracias que los adornaban a su creador, no se estimaran, sino que engrandecieran al autor y manantial de todos los bienes, y temieran la cuenta rigurosa que les habían de pedir del uso de esos beneficios; porque cuanto más crecidos fueren los dones, tanto más crecidas han de ser las resistencias que en el juicio recto de Dios se miden por los favores. Y escrito está: “Que la justicia divina ha de humillar a los soberbios y ensalzar a los que fueren humildes”. [Apostilla: Mateo 23] Humilló el supremo juez a los rebeldes y precitos, porque no correspondieron, desconocidos a los beneficios que recibieron, arrojándolos del cielo a la profundidad del abismo. Ensalzó por humilde a María, engrandeciéndola en la tierra con el blasón de madre de Dios y en la gloria con la corona de reina y emperatriz de los cielos. A Catarina la honró en la tierra con el nombre de hija de su misma madre, y en el cielo con el asiento y asistencia muy cercana a la princesa de los ángeles, su madre.

#### *4. Cómo ensalzó y engrandeció Dios el concepto de su indignidad, mostrándole un alto y misterioso trono de gloria que la esperaba*

[50] Porque se entendiese en el mundo lo profundo de la humildad de Catarina, y para que ella más se abatiera y humillara, le manifestaba Dios su grandeza poniéndola en visión sobre las más altas cumbres de los montes; sobre el monte Líbano, ya como empinada y real palma, ya como descollado cedro y ya como árbol gigante extendido en pomposas ramas, dilatado en frondosa copa y cargado de dulces y sazónados frutos. Y desde la alta cumbre que pisaba, le llamaba y daba prisa el divino esposo a recibir la corona de reina y gozar de los descansos de la eterna felicidad; como a la otra esposa de los Cantares de quien hace mención en sus cánticos Salomón. [Apostilla: Cantares 4] Y a pesar de las humildes resistencias y amorosos desvíos de Catarina, franqueaba a su vista el suntuoso palacio de la gloria que la esperaba, manifestándole entre los tronos de los cortesanos celestes una silla, un asiento o un relicario en tanta altura y grandeza, que le parecía a su turbada vista estar vecino y muy cerca al de la santísima Virgen. Y dándole a entender que se lo tenía prevenido la Omnipotencia para su

eterna dicha, atónita y pasmada, prorrumpía desde el conocimiento de su indignidad en voces: “¿Cómo puede ser eso? No, Señor, no soy digna. Debajo de la silla más apartada de tu trono viviría yo agradecida por todas las eternidades”. Aunque fueron muy repetidas estas elevaciones de Catarina, a la eficacia de las voces del esposo que la llamaba, no nos explicaba la alteza del glorioso trono que la esperaba, hasta que en una ocasión dispuso la sabiduría infinita que nos lo contase así.

[51] Se vio esta sierva de Dios que iba subiendo por unas gradas de cristal, matizadas de flores de varios y hermosos colores, y en breve tiempo se halló cerca de la suprema majestad, donde se terminaban los transparentes escalones. Y estando allí le mostraron un como relicario, formado también de cristales, con varias arquerías y columnas, que heridas de la refulgente luz y resplandecientes esplendores de aquella feliz patria, obscurieran y apagarán los resplandores del sol material que nos alumbraba. En este magnífico trono y gloriosa morada le dieron asiento, para que gozase parte de la eterna felicidad en el grado y con los velos que dispuso el soberano príncipe, que le franqueaba los tesoros de su celestial corte. Atónita pues con tanta gloria, absorta con la inexplicable grandeza en que se hallaba, advirtió que estaba muy cerca de la santísima Virgen. Y mirando desde aquella tan desmedida alteza su indignidad y bajeza, temerosa de desvanecerse levantó la voz en aquel teatro de doctos y en aquella universidad de santos, y hablando con el manantial de la inmensa gloria que se le representaba, dijo: “No se compadece, Señor, con mi indignidad tanta grandeza. Éste es el lugar de las hijas de vuestra santísima madre, yo soy esclava de sus esclavos; pues, ¿cómo he de estar aquí, a vista de todos los cortesanos celestes? Y así, Señor, una de dos, o dadme lugar debajo de las tarimas de los tronos de vuestros santos, o dejadme esconder como gusanito en las costuras del ropaje de la reina de este empíreo, donde yo os mire y nadie me vea”. En medio de estos sentimientos se desapareció la visión, y Catarina vivió siempre asustada y temerosa, porque desde el polvo de la tierra en que estaba hundida, miraba allá en el cielo tan encumbrado su asiento, que conocía ser inaccesible para ella la subida y el llegar a poseerle. Y desde ese mismo excelso y levantado trono miraba la nada y principio de su ser, y descubría una distancia tan profunda y una profundidad tan desproporcionada con la alteza en que se veía, que sin otro argumento que la evidencia de su vista, se aseguraba que la posesión y conversación en tan encumbrada altura sólo a la omnipotencia y misericordia suma podía y debía atribuirse.

[52] Con estos y otros favores humillaba la sabiduría eterna a Catarina, y nos dejó a nosotros algunas como señas y argumentos de lo profundo de su humildad y de la alteza de la perfección y gloria para que la escogió la divina providencia. Y uno y otro podíamos inferir de sus acciones y palabras con que se abatía y humillaba, pues entre los hombres se tenía por esclava de los esclavos; entre las bestias se comparaba a las más inmundas y a las sabandijas más asquerosas; entre los demonios se ponía por pedestal de sus asientos; y mirando hacia el cielo, se tenía por indigna de apellidarse hija y esclava de la madre de pecadores, con cuyo nombre todos nos saboreamos gustosos. Y así, si la alteza de los tronos de la gloria se ha de repartir a proporción de los grados de humildad, piadosamente se puede creer que el trono que vio desde la tierra y en que se vio sublimada aún en vida, vecino y muy cercano al de la emperatriz de los cielos, sea el alto asiento en que esté hoy colocada para la exaltación de su eterna felicidad, en aquel grado y parte de gloria que el brazo poderoso de Dios quiso predestinarle con su sabia providencia y misericordia infinita. Estos casos y los semejantes que refiero, se deben sólo entender de la cercanía afectiva, cariñosa y apreciativa favorable, no de la vecindad y cercanía real al grado meritorio de gloria y felicidad que goza la reina madre en el empíreo; porque aunque la del menor de los bienaventurados es inefable, la del mayor en el cielo está muy lejos y es muy desigual e ínfima comparada con la exaltación gloriosa de María santísima, que excede a la de todos los santos y ángeles juntos.

## CAPÍTULO 5

PROSIGUE EL CONOCIMIENTO DE SU INDIGNIDAD, ENSALZADO CON SINGULARES Y MULTIPLICADOS FAVORES DEL CIELO POR NO HABER ADMITIDO EL TÍTULO Y RENOMBRE DE ESPOSA Y ESCLAVA DE JESÚS

*1. Singulares y fuertes batallas de Catarina con Dios amante, por no ser tan favorecida de su divino amor restado a engrandecerla*

[53] Tenía como natural oposición con todos los nombres y títulos honrosos, y uno de ellos fue el glorioso blasón<sup>27</sup> de *esposa de Jesús*. Aun cuando

---

<sup>27</sup> Figura, señal o pieza de los escudos de armas de cada linaje, ciudad o persona.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

se hallaba en los brazos de su divino amante, procuraba desasirse y postarse a sus plantas con las palabras repetidas muchas veces en esta historia: “No soy digna, Señor, de tus brazos, de tus regalos, ni de tus beneficios. Guárdalos para tus escogidos, que yo sólo te pido el perdón de mis pecados y una buena muerte para que no me eche tu recta justicia al abismo”. Pero por el mismo caso la favorecía Dios —digámoslo así—, más restado y con más empeño. Porque el amor siempre fue liberal con el amado, y como el que tuvo Jesús a esta su sierva fue tan singular, se acreditó de admirable y prodigioso con las mercedes y favores extraordinarios que le hizo. Le comunicó con tantas magnificencias sus atributos y amontonó en ella tantos privilegios, que aun repartidos entre muchos santos se hicieran a nuestra rústica tosquedad increíbles; a no apoyarlos el poder infinito de quien los hizo y su amor inmenso, que para con el hombre fue en todos tiempos excesivo. Pero todos estos beneficios aunque eran efectos del divino amor —y el amor dicen que hace iguales a los amantes—, en Catarina causaban por su profunda humildad afectos contrarios de desigualdad infinita y reverentes respetos a su benefactor, arrojándose a sus soberanos pies rendida como otra María Magdalena, regándose con avenidas de lágrimas, imprimiendo en ellos sus labios y limpiándose con las madejas de su delicado cabello. [Apostilla: Lucas 7] Y a estas humillaciones correspondía el Señor con otros amontonados favores, tratándola de esposa querida suya. A lo que ella repetía ordinariamente: “Querida y amada vuestra, Señor, sí, pero no esposa; porque no soy digna de ese blasón glorioso siendo esclava de vuestros esclavos”.

[54] Fue esta una de las batallas más celebres y digna de perpetua memoria, entre Dios y Catarina, que se pueden ponderar en esta historia. Duró esta amorosa guerra y humilde lucha, no por el espacio de una noche como la de Jacob con el ángel, sino por toda la vida de esta sierva del Señor. No batalló interesada por conseguir alguna merced del Altísimo, que suele ser la demanda sobre que luchan necesitadas las creaturas con su creador, de que tenemos en las escrituras sagradas muchos ejemplos. Como el del mismo Jacob que batalló a brazo partido por alcanzar una bendición del ángel, su combatiente [Apostilla: Génesis 32]; la Cananea peleó por conseguir la salud de su hija [Apostilla: Mateo 15]; el centurión por la salud de su siervo [Apostilla: Mateo 8]; los hijos del Zebedeo por los dos primeros asientos [Apostilla: Mateo 20]. Pero Catarina luchaba porque no la honrase ni enriqueciese su divino amante, que con su poderoso brazo quería ensalzarla y sublimarla. Y así, en toda esta dilatada guerra conservó el soberano esposo

[Apostilla: Apocalipsis 7] por letra de su incontrastable escudo: “¿Quién como Dios?”, y buscó —a nuestro modo de entender— mil amorosas invenciones, graciosas estratagemas que bastasen a rendirla. Le decía: “Que si no era todopoderoso para levantar mejoradas de preciosas, las piedras más toscas de la tierra y colocarlas en su celestial trono. Que si no podía convertir en oro el lodo más inmundo y hermohear con él los pavimentos y paredes de su empíreo. Que cómo no temía el resistirse a su voluntad declarada, contra quien no había poder ni resistencia que pudiese prevalecer en la tierra ni en el cielo. Que no le acobardara su desnudez y pobreza, que por su cuenta corrían los joyeles y adornos de su esposa, pues tenía amor y omnipotencia para enriquecerla y adornarla con todas las galas, joyas y preseas que pedían tan altos y misteriosos desposorios. Que sólo faltaba que diese el sí de querer ser su esposa y honrarse con este lustroso nombre”.

[55] Catarina, no obstante este restado empeño de la omnipotente bondad, sustentó esta porfiada lucha armada con el conocimiento de su indignidad, trayendo por letra en el escudo de su defensa el: “No soy digna, Señor”. Le respondía: “Que ya veía que en el cielo y en la tierra tenía entero dominio, total imperio y toda la potestad posible. Que confesaba podía convertir la tierra en cielo, levantar al caído y enriquecer al pobre; pero que también conocía tener su Majestad muchas almas justas y santas en quienes ostentar su poder y franquear los tesoros de su misericordia. Que ella era una perrita ingrata, robada de entre las malezas del gentilismo; bautizada en pie e infiel, aun en la guarda de sus mandamientos; y así, que atendiese más a que no era digna de que se le fiasen a su poca lealtad los joyeles y obligaciones de esposa. Que el título de sierva de sus esposas y esclava de sus esclavos era el más honroso al que podía aspirar su ambición, pues sin el renombre de esposa ni esclava de Jesús, conseguía el ser toda suya siéndolo de sus siervos”.

[56] Aquí parece conveniente y aun necesario, acordar a los místicos para que no hagan novedad, admiración o quizá escándalo, estas cerradas repugnancias de Catarina a la voluntad declarada de Dios en estos extraordinarios favores y largueza de la divina bondad, que en ellos interviene una admirable complicación y soberana contradicción de la providencia; que por una parte no quiere que los quieran, apetezcan, deseen, ni soliciten, por el inminente peligro de introducirse en esos deseos y voluntad, la sutileza del amor propio con algún aire colado, vana curiosidad o lo que peor es,

con algún cierzo<sup>28</sup> helado y sutil viento de soberbia y desvanecimiento al-tivo, que en estas peregrinas eminencias de dones y mercedes exquisitas, siempre amenaza a nuestra ambiciosa naturaleza. Por eso no les da para quererlos el auxilio eficaz que fácilmente pudiera, y con que sin duda los apetecieran; porque este apetito pudiera ser arriesgado peligro en ellos, y en otros peligroso ejemplar de los inconvenientes e insinuados vicios. A este fin no quiere ni inspira que los quieran ni deseen, pero quiere que los reciban y tengan aunque sin quererlos. Antes sí gusta el Señor, teniéndolos anden siempre deseando y pidiendo que no se los dé y que se los quite, como acontecía a santa Teresa de Jesús y a santa Magdalena de Pazzi.<sup>29</sup> Y Dios con su altísima providencia, juntamente conserva en sus escogidos los dones para que los logren y aprovechen con mucho bien de sus almas y las de sus prójimos; y asimismo las repugnancias de los mismos bienes, deseos y súplicas al Señor, que se los quite o no se los dé, para conservarlos en segura humildad y no ocasionar tan peligrosos quererles a otros, que con ellos fácilmente se desvaneciesen. Por esto los padres y maestros de la vía espiritual ponen por reglas para conocer un buen espíritu, el que no desee ni apetezca favores extraordinarios; que cuanto es de su parte huya de ellos teniéndose por indigno, y temiendo su peligro diga al Señor que es indigno de tales y tantas misericordias; y que más quiere aquí padecer que gozar, y estar con su Majestad en el monte Calvario que subir al monte Tabor.

[57] Con esta sapientísima y profundísima providencia, conservaba Dios en nuestra Catarina las constantes repugnancias de estos dones, gratis datos y extraordinarias mercedes; y por otra parte se los daba y hacía tener aunque no quisiese, y aun sin que ella lo entendiese para que más seguramente los lograra, preservada de todo mal aire con el reparo sólido de su humillación verdadera; en la gracia justificante y virtudes sólidas que la causan o aumentan, no hay ni puede haber ese peligro y así, no sólo las recibimos cuando nos las dan con rendido agradecimiento, sino que las podemos y debemos querer, desear y pedir como lo hacía continuamente esta sierva de Dios, no negándose a la necesaria sujeción de creatura a su creador, ni al debido agradecimiento de tan favorablemente redimida de su redentor, y mucho menos a la justa correspondencia a su dios enamorado pues se confesaba “esclava de sus esclavos”; y consiguientemente protestaba

---

28 Viento del norte, frío y seco.

29 Santa María Magdalena de Pazzi, religiosa carmelita nacida en Florencia en 1566. Murió en 1607 y fue canonizada en 1669.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.



“que no tenía acción ni movimiento que no estuviese subordinado a la voluntad de su creador y redentor”. También rehusaba los peregrinos favores y gloriosos blasones de esposa y esclava de Jesús, porque como traen consigo estos títulos tanta honra, que los mayores príncipes de la Iglesia y de la cristiandad ensalzan y subliman con ellos sus altezas y soberanías, traen también la pensión de la correspondencia; y como en el conocimiento de su indignidad no hallaba modo ni prendas para corresponder a las obligaciones de esposa y esclava de tan soberano príncipe, se resistía humilde, excusándose con el “No soy digna de servir a tan excelso monarca como esposa, ni como esclava”. Y por eso decía: “Bastante empeño es para mi inutilidad y bajeza, el servirle en sus esclavos y satisfacer a lo que obliga el renombre y blasón glorioso de ser sierva de los siervos de la majestad suprema”.

## *2. Cómo ensalzaba Dios su humildad y crecía ésta con las finezas extraordinarias del divino amor*

[58] En esta humildad puso el Altísimo los ojos para ensalzar y engrandecer a su querida Catarina. Y así le dijo varias veces en lo amoroso de estos combates: “¿No quieres que te trate como a esposa, ni cabe este honroso título en tu humildad? Pues yo haré que todos te llamen esposa mía. Yo haré que tu nombre y hechos sean celebrados en el cielo y en la tierra. Yo haré que se diga de ti lo que no se ha dicho de otra de mis creaturas”. A estas voces de su dios, respondía esta su sierva cuando ponía los ojos en los caracteres del divino escudo: “¿Quién como Dios?” “Soy, Señor, una vil esclava de vuestros esclavos, hágase en mí vuestra santísima voluntad. Porque, ¿quién podrá resistir a vuestra amorosa omnipotencia, ni a vuestro restado amor?” Pero cuando volvía a mirar el escudo de su indignidad, clamaba otra vez en alta voz, asombrada: “¿Esposa yo? ¿Cómo puede ser? La esposa dice igualdad; tiene derecho a los bienes del esposo y debe ser fiel y leal a su consorte. Nada de esto se puede verificar en mí respecto de un dios inmenso”. Y así, volviéndose de corazón humilde a su Majestad, le decía: “Señor, pase de mí este cáliz de amargura y este cuchillo agudo de dolor. No me honres con el nombre de esposa ni esclava, porque no soy digna. Déjame con el título de esclava de tus esclavos”. A estas repetidas humillaciones de Catarina correspondía el divino amor con reiterados y mayores cariños, llamándola con la virginal y divina seriedad de su epita



lamio<sup>30</sup>: “Niña de sus ojos, y que toda ella era hermosa y agraciada”; porque mirándola de los pies a la cabeza estaba adornada de belleza. Y así le alababa todas sus perfecciones una por una, como lo hizo el divino esposo con la otra alma santa a quien trató de “princesa”, por la altísima humildad que resplandecía en los honestos pasos con que se ostentó humilde. [Apostilla: Cantares 7]

[59] Vivía martirizada esta sierva de Dios con favores y regalos, y se mostraba de ellos tan quejosa como otras almas se lamentan de las penas y desamparos que las humillan entre afrentas, achaques y desprecios. Pero como veía la suprema bondad el buen logro que tenían en Catarina sus beneficios, los repetía y multiplicaba amontonados con el motivo o pretexto de obligarla con ellos a admitir el blasón lustroso de “su querida y amada esposa”. A otras almas hace Dios pocos favores o ningunos, porque se engríen y entonan con cualquier apariencia de ellos. Y para que se humillen, permite la divina providencia en ellas muchas ilusiones y engaños que merecen esta calificación, porque los espíritus que las experimentan hacen mucho aprecio de ellas y las publican para conseguir del mundo ciego estimaciones, aplausos y aun el sustento y regalo. Por eso no se muestra con semejantes almas el divino Espíritu cual desvelado amante, como lo hacía con esta esclarecida virgen, aplaudiéndola, ensalzándola y celebrándola con músicas celestiales al amanecer y en el silencio de la noche. Y más frecuentemente al entrar en los templos, donde la estaba esperando el esposo sacramentado, ya con ternos enteros de paraninfos celestiales, que con regaladas voces y varios exquisitos instrumentos componían una sonora y extraordinaria melodía a sus oídos y muy deliciosa a las potencias de su dichosa alma; ya con una sola voz, que a la consonancia armónica de los soberanos instrumentos le robaba las atenciones, y con celestiales cánticos arrebatában hacia el cielo su corazón con tan sabrosa violencia, que sin libertad para resistirse se hallaba embelesada en los castos brazos del divino amante que la festejaba y hacía con ella todas las finezas que se pueden entender de un dios enamorado, pidiéndole el “sí de esposa”. Pero aunque Catarina se reconocía vencida de los regalos y dulzuras celestiales, respondía más con suspiros y tiernas lágrimas que con voces: “¿Esposa? No Señor, no soy digna. Amada y favorecida de tu poderoso brazo sí. Y todas estas benignas beneficencias caen sobre ser yo la más vil de tus creaturas y esclava de tus esclavos”.

---

<sup>30</sup> El canto o himno que se decía en las bodas en honor de los novios.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>

[60] Parece que había bebido Catarina el espíritu del real profeta, pues siendo rey le pareció era mayor honra y corona el ser siervo de Dios. Y para confesar que excedía a su dignidad este lustroso nombre de siervo y esclavo del Altísimo, dijo: “Señor, yo soy tu siervo. Siervo tuyo soy e hijo de tu esclava”; [Apostilla: Salmos 115] como si dijera: no puedo negar que soy muchas veces esclavo de mi creador, porque soy su creatura, comprada segunda vez y redimida con su preciosa sangre; pero me reconozco tan indigno de ese noble blasón que no hallo cómo explicar mi indignidad y bajeza, sino protestando que soy hijo de la esclava del Señor. Porque así confieso la sujeción doblada que encierra en sí el nombre de esclavo e hijo de su esclava, y huyo de la honra que trae consigo el renombre de siervo de Dios; que el servir a su Majestad es reinar. Por huir este lustre y esta corona, no admitía esta humildísima virgen el timbre glorioso de esposa ni de esclava de Jesús, y protestaba la subordinación y servidumbre debida con decir: “Que era esclava de los esclavos y esposas de Cristo”. Por esta verdadera humildad, se vio muchas veces engrandecida de su soberano dueño con coronas de flores y de piedras preciosas; y ya coronada con reiteradas y misteriosas asistencias, ya como celestial menino<sup>31</sup> a su reina en la mesa y en el lecho; ya estando en pie o reclinándose sobre el brazo de la silla y sobre la almohada a su cabecera; ya sentándose como objeto único de su vista y de su amor, sustentando la conversación y sirviéndole de alivio en sus penas y amarguras. Le comunicaba las fragancias de sus divinos ungüentos; le franqueaba la celestial hermosura, y regalaba sus oídos entre dulces y suaves músicas, aplaudiéndole la reina y esposa del príncipe de la gloria; verificándose en Catarina la parábola del vigilante siervo, a quien prometió el Señor darle asiento en su mesa y ceñido servirle como si fuera siervo de sus siervos. [Apostilla: Lucas 12] En medio de esta inexplicable grandeza y felicidad, volvía Catarina los ojos a la letra de su indignidad que tenía grabada en el escudo de su corazón por defensa de su alma. Y postrada delante de su dios, arrojaba por tierra las coronas a imitación de los otros veinticuatro ancianos de que hace mención en su Apocalipsis san Juan, protestando con esta ceremonia que en su aprecio justo era más glorioso timbre el servir a Dios que el reinar; y esta honra huía Catarina, rehusando el nombre de esposa y esclava de Jesús.

---

<sup>31</sup> El caballero que auxiliaba en el palacio a la reina o a los príncipes niños.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

3. De otros señalados favores con que la engrandeció y ensalzó el divino esposo, comunicándole muchas de las gracias y mercedes con que ha ilustrado a sus santos

[61] Al paso que esta sierva de Dios se retiraba de los favores del divino esposo, se esmeraba éste en aplaudirla y ensalzarla, como quien voluntaria y amorosamente se recreaba en dejarse vencer de su querida esposa, auxiliada de la gracia. Y así, volvía a renovar el desafío su poderoso amor con nuevas y amorosas trazas; unas veces en forma de niño hermoso, que repitiendo el favor se venía frecuentemente a su regazo y virginales brazos, sacándola de sí con extáticos arrobos; regalo que ha acreditado en la católica Iglesia de esposas de Cristo a las Catalinas, Teresas y Rosas, y a otras santas. Otras veces, como pretendiente del “sí de esposa”, se le mostraba victorioso y coronado de laureles y rosas con palmas y ramilletes de flores en las manos, o con otros jeroglíficos que simbolizan las finezas de su empeñado amor y las perfecciones y victorias de la esclarecida y regalada virgen, acariciándola y engrandeciendo con palabras de verdadero amante lo admirable de su constancia, lo invencible de su paciencia y lo singular de su hermosura y belleza. Demostración con que declaró Dios los triunfos de las Úrsulas, Cecilias y otras, que campean en el celestial coro de las vírgenes, con los matices de su propia sangre vertida por el inocente cordero que les sirvió de guía y de corona. Pero cuanto más triunfante se le dejaba ver el divino esposo, más se hundía Catarina en el abismo de su nada; y desde lo profundo de su aniquilación, se oía en el trono del empíreo el “No soy digna de esas coronas y glorias. Guárdalas, Señor, para tus escogidos y para los que adornados de candores y purezas, resplandecen en tu real palacio”.

[62] En otras ocasiones se le venía el Señor a las manos en forma de un niño hermoso, dentro de un ramillete de flores o manojito de mirra, llamándola: “Esposa de su corazón e hija de sus entrañas”. Y resistiéndose a este favor desde lo profundo de su humildad con los clamores del *no soy digna*, le acrecentaba Dios el beneficio, ordenando con su divino poder que se viese ella misma en las manos de su querido esposo en forma de niña agraciada, y adornada con arreos y lazos de rosas y azucenas; y que estaba entreteniéndose con ella el soberano amante, alagándola<sup>32</sup> con inexplicables

---

<sup>32</sup> “Alagar” significa llenar de lagos o charcos. En este caso, Cristo “alaga” de amor el corazón de Catarina; tanto que éste se desbordaba.

cariños que causaban en esta regalada virgen tantos y tales impulsos de buena correspondencia, que creciendo el amor en su corazón hasta ser excesivo, salía de sí y desahogaba el incendio de su pecho con demostraciones de fina amante, alagando y acariciando también a la majestad suprema que se le había venido a las manos, y que no se atrevía antes a tocarle por no mancharle. Y en este inexplicable y mutuo entretenimiento llegaba a desfallecer, siendo pequeño vaso su corazón para los crecidos gozos en que se veía anegada; como la otra rosa peruana<sup>33</sup> que se acreditó de regalada entre las vírgenes santas con otro semejante favor. Porque en Catarina parece quiso amontonar el divino esposo los favores con que repartidos ha ilustrado a muchas de sus queridas esposas. No pocas veces se halló con su querido amante entre los brazos y en su regazo en forma de corderito, desmayado entre suaves y dulces deliquios de amor, pidiéndole sus halagos. Y al encogerse humilde la obligaba el Señor, haciendo que se mirase ella misma en forma de corderita a los pies o entre los brazos del Niño Dios, experimentando en ellos admirables cariños de la inmensa majestad humanada; y con estas amorosas caricias se inflamaba tanto su voluntad y se obscurecía de suerte la razón, que ciega y embriagada del divino amor se arrojaba a la mutua correspondencia, regalándose cariñosa con el inocente cordero; como la otra santa virgen Inés,<sup>34</sup> que entre los demás regalos que recibió del divino esposo, escogió a éste por divisa de su inocencia y belleza. En Catarina causaba este favor tales gozos y dulzuras, que aun sólo su memoria era bastante para que se deshiciese y resolviese su tierno corazón en dulces lágrimas, y cuando recordaba de la suspensión que causaba en su alma, era alabando y engrandeciendo a su amado con suspiros y encendidos afectos, protestando: “Que no era digna de ser esposa de su pastor, que la había redimido con su preciosa sangre”.

[63] La visitaba frecuentemente en forma angélica de mancebo hermosísimo. Rondaba su puerta disfrazado y por los resquicios la llamaba por su nombre; le guardaba el sueño y mientras tomaba descanso el cuerpo se estaba regalando con su dichosa alma; la despertaba y le daba los buenos días en forma de sol o de lucero; le servía de paje de hacha<sup>35</sup> cuando iba a las iglesias y no pocas veces se le ponía sobre el hombro, abrazado en estrechos

---

33 Se refiere a santa Rosa de Lima.

34 Inés, nacida en Roma y muerta como mártir en la misma ciudad hacia el 304 d.C. Su nombre en latín es Agnes, en alusión al cordero (*agnus*) que la acompaña en sus representaciones iconográficas.

35 El criado que alumbraba el camino a las personas principales.

y castos lazos de amor en su garganta para que se ostentase en llevarle así la fortaleza de su querida esposa; demostración que hizo a san Cristóbal<sup>36</sup> grande entre los santos. Finalmente se preciaba el Señor de su único amante y celoso esposo, pues porque no fuese objeto del amor de las creaturas, le mudó el rostro y transformó en fealdad su rara hermosura, y le puso la máscara que dije en los capítulos de su pureza. Quería para sí sólo todo el amor de esta esclarecida virgen, que correspondía solicitando las finezas de su dios; no como de esposo, sino como de divino y único blanco de su amor. Y estimaba tanto esto la majestad humanada, que si la veía divertirse en otra cosa que no fuese amar y pensar en Jesús, se le mostraba quejoso; ya con esquivaces, ya ocultando su hermoso rostro, ya con amagos y amenazas de ausentarse, ya mostrándose agraviado con silenciosos desvíos. Se le representaba ordinariamente dentro del pecho como a otra Gertrudis,<sup>37</sup> haciendo de su corazón trono de majestad o cátedra de magisterio. Y un día que se divirtió el pensamiento de Catarina en no sé qué negocio, vio que con velocidad y presteza desamparó el Niño Dios su pecho y se le puso sobre el hombro con representaciones de ofendido. Le preguntó asustada: “Que por qué dejaba su asiento y se mostraba desamorado, suspendiendo las corrientes de sus doctrinales cariños”. Le respondió: “Porque tú te paseas por afuera cuando yo presido como rey y maestro dentro de tu pecho”. Dijo ella: “Pues Señor, espera, no te ausentes, no te vayas, no me dejes que fácil es el remedio; pues diciendo al confesor mi descuido volverás a coger tu puesto”. Replicó su Majestad: “No se lo digas que no ha sido ese mi fin. Sosiégate, espera, no te turbes que ya yo me vuelvo a entrar dentro”. Prosiguió la sierva de Dios diciendo: “Sí, Señor, sí se lo tengo de decir, que tú y tus ministros me tenéis mandado que no oculte ni calle cosa de mi conciencia”. Se lo dijo y sintió luego a Cristo suave y amoroso, no con el título de esposo, sino con las finezas de amante en su regalado pecho.

---

36 Cristóbal de Licia o san Cristóbal Mártir, quien según su relato hagiográfico, cargó sobre sus hombros al Niño Dios para ayudarlo a cruzar un río.

37 Gertrudis "la Grande" (1256-1301/2), fue una religiosa alemana de clausura, probablemente benedictina. La analogía se establece porque en las representaciones de la santa, ésta se muestra con un Niño Dios dentro de su corazón.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

## CAPÍTULO 6

### PROSIGUE EL CONOCIMIENTO DE SU INDIGNIDAD Y CÓMO LE FRANQUEÓ DIOS EL TESORO DE SU SABIDURÍA POR HABER REHUSADO EL TÍTULO DE ESPOSA

*1. Continúan las finezas del divino amor desde los brazos de su santísima madre, en otras repetidas batallas que tuvo su misericordiosa liberalidad con la humildad de su sierva*

[64] Conservaba el Señor con misteriosa contradicción esta amorosa guerra, solicitando por una parte a Catarina por virginal esposa, y por otra parte no quería darle auxilio y fuerzas para admitirlo por el gusto de verla tan humillada por esta causa. Fue un manantial de felicidades para Catarina esta lucha y batalla con su dios, en que, sin advertirlo su arrobado espíritu, salía siempre victorioso el Señor, consiguiendo los fines de su providencia que eran el enriquecer más y más a su creatura con soberanos dones, y que viviese con ellos más abatida y reconocida a la fuente de todos los bienes. Catarina también salía triunfante en estos reñidos y repetidos combates; porque cuanto más se veía favorecida crecía más en ella el reconocimiento de la bondad y grandeza de su creador, y el conocimiento de su indignidad y bajeza. Con éste se despreciaba y abatía hasta lo profundo de su nada, y con aquél se aumentaba el amor con que ensalzaba y glorificaba a su redentor, por la inmensa liberalidad con que franqueaba sus beneficios como derramados entre las creaturas. Mirando a Dios, clamaba y pedía que franquease sus tesoros y gracias al mundo, pues era una fuente cuya corriente no podía agotarse y un inmenso mar que no podía disminuirse. Pero mirándose a sí, clamaba y rogaba: “Que no la favoreciese con los títulos gloriosos de hija, esposa, ni aun de esclava; porque no era digna de estimaciones y honores tantos”. Y viendo por la experiencia que no le valían los ruegos ni los amorosos desvíos, ponía por intercesora a la santísima Virgen, para que alcanzase de su unigénito hijo el que depositase sus mercedes y favores en las otras almas, sus escogidas; y que a ella como a indigna, ingrata y desconocida, le bastaba el amar al Niño Dios y servirle como esclava de sus esclavos. A estas voces le respondió muchas veces la soberana reina de los cielos, dejándosele ver con ostentaciones de su poder y clemencia, diciéndole: “No te aflijas Catarina, que mi santísimo hijo franquea sus beneficencias a quien quiere y ninguno puede resistir a su voluntad, ni ser digno de sus beneficios”. Replicó esta sierva de Dios: “Pues, Señora, si no hay resistencia

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

que valga contra su querer, y si es ese el querer y voluntad de tu santísimo hijo, purifícame y adorna con tus soberanas virtudes mi alma, para que no se manche el Niño Dios cuando guste de coger asiento en mi inmundo corazón y en mis brazos”.

[65] A estos tiernos suspiros y humildes ruegos de Catarina, respondía la princesa de los cielos: “Que por su cuenta corría el adornarla y enriquecerla para el recibimiento de la suprema majestad humanada”. Y veía luego esta esclarecida virgen su corazón en las manos de la madre del Altísimo, y que lo estaba como lavando y purificando y regalándose amorosa con él. Otras veces veía Catarina que la emperatriz de los cielos mandaba a los celestiales paraninfos que la purificasen y que la trajesen a su presencia, sin ruga y sin mancha alguna. Y obedeciendo los ángeles a su reina, la hermo-seaban como con repetidos baños de la gracia de su señor y la entregaban festivos a la Señora, que como amorosa madre la admitía y le ponía por sus mismas manos una vestidura tan bella y rozagante, que excedía a lo más blanco y brillante de la nieve, investida de los resplandores del sol. Y enriqueciéndola como a esposa del príncipe de la gloria con arreos de inexplicable valor, la llegaba a sí acariciándola y recreándose gustosa con ella como con una querida hija. Y entre los halagos cariñosos, la exhortaba que no rehusase los desposorios con su hijo santísimo, que la había escogido para objeto de su infinito amor. Catarina, en medio de tanta felicidad y gloria, respondía: “No, Señora, no soy digna de ser esposa de la suprema majestad. Porque toda esta riqueza y hermosura con que me veo es postiza, no es mía, es ajena, y temo el verme sin ella por mi ingratitud y poca fidelidad. Yo soy una nada, nada tengo y valgo nada, porque soy una abominable pecadora”.

[66] Mientras se resistía con estas humildes palabras a los ruegos de María santísima, se le manifestaba el divino amante, ostentado su majestuosa belleza en los brazos de su purísima madre como en propio y real trono, o en forma de un gallardo joven al lado de la soberana reina, saliendo poco a poco de hacia sus espaldas, donde daba a entender había estado encubierto con la sombra o nube resplandeciente de la celestial princesa, escuchando la suave voz de su querida esposa y penetrando sus más humildes afectos. Y ya corridos los velos con que había asistido embozado, se le manifestaba vestido de gloria y con hermoso y apacible semblante, procurando el eterno Verbo conquistar y alcanzar el sí de esposa, de quien se excusaba con el escudo de su indignidad y de su nada. Luchaba el Señor con las lenguas y finezas de su poderoso amor y con los cariñosos afectos y eficaces exhortaciones de su amorosísima madre que batallaba de su parte y hacía la causa



de su unigénito hijo. ¡Quién podrá explicar, cuánto imaginar los celestiales gozos, las suaves inquietudes, los dulces sobresaltos, los impulsos, osadías, temores y verdaderas alegrías que a un mismo tiempo experimentaba el corazón de Catarina, lleno del divino amor que la galanteaba! ¡Qué persona humana ni angélica, no se persuadiera que esta amorosa y honesta virgen se había de dejar vencer de las finezas tan excesivas de su dios, de su creador, de su redentor, de su padre y de su bellissimo amante! ¡Quién creyera que había de perder Catarina la ocasión que deseaba con tan ardientes ansias y afectuosos deseos la otra esposa santa!, cuando decía: “¡Ay, dulce y querido hermano mío! ¡Quién te viera pender tierno infante de los castos pechos de mi honesta madre! ¡Qué de sabrosos abrazos te diera! ¡Cómo te regalara y obligara a que nunca me dejases!” [Apostilla: Cantares 8] ¡Quién entendiera que no había de arrojarse a los brazos de su amado y escogerlos para albergue y alojamiento de su vida! Sólo este vistoso espectáculo, en semejante favor arrebató a nuestro padre san Pedro, para no desear otra estancia y otra habitación que el estar de asiento a su mira. [Apostilla: Mateo 17]

## *2. Cómo saliendo Dios en estas batallas victorioso, dejaba al alma tanto más favorecida, cuanto ella se mostraba más humillada y rendida*

[67] Pero esta esclarecida virgen por singular disposición del mismo Dios, estaba tan lejos de apetecer estas glorias. Estaba tan inclinada a vivir entre desprecios, estaba tan determinada a huir todo lo que tuviese viso de estimación, honra y aplauso, que faltándole palabras para responder a tan elocuentes y poderosos combatientes, procuraba con humildes desvíos salirse afuera de la lucha, haciendo por retirarse del regazo cariñoso de la santísima Virgen y la presencia majestuosa de su dios, transformado en un niño amoroso o en un bizarro joven enamorado honestísimamente de esta recatada y humildísima virgen. En estos tiernos y amorosos combates que disponía el divino amor para recrearse en el alma de Catarina como en un jardín florido de virtudes, solía hacer del vencido, dejando que se llevase la palma de las victorias la humildad de su sierva, porque quedase acreditada en su Iglesia la valentía y poder del conocimiento de la indignidad propia. Otras veces al retirarse Catarina se arrojaba el Niño Dios como desalado, desde los brazos de su santísima madre a los brazos de su querida esposa; o se entraba en su pecho con tanta plenitud de amor, que faltando en ella las fuerzas para resistirse se dejaba en manos de su creador, y anegada en un mar inmenso de gozos y delicias, le pedía con amorosos suspiros que, o



dilatase el pequeño vaso de su corazón o que suspendiese las corrientes de sus misericordias. De los brazos del Señor y de estas espirituales y misteriosas uniones, salía ordinariamente Catarina llena de anillos y sortijas en las manos, y toda ella adornada de cadenas, joyas, piedras preciosas y margaritas inestimables. En otras ocasiones se veía coronada y vestida de rosas y flores, de tanta hermosura y fragancia que no se hallarán semejantes, ni de muy lejos competidores en todos los jardines del Oriente, ni en los dilatados campos del Occidente. Pero cuando volvía en sí de estos maravillosos elevamientos, se volvía a su centro y decía: “¿Yo, esposa de un dios omnipotente? No puede ser. No se compadece con mi indignidad. Toda esta gala y lucimiento con que me he visto ha sido fingido, aparente y fantástico, nada de esto es verdadero. Porque soy un gusanillo vil, indigna de conversar con los hombres y aun de servirlos como esclava”.

[68] Le sucedía a Catarina lo que confiesa de sí el apóstol san Pablo, cuando volviendo en sí de aquel misterioso raptó en que arrebatado al tercer cielo vio secretos inefables, dijo: “No sé si me aconteció esto en espíritu o estando juntos el alma y cuerpo”. [Apostilla: Primera epístola de san Pablo a los corintios, 2] Y la razón de esta ignorancia, a mi parecer, fue porque estando en el cielo puso los ojos en aquella inaccesible luz de la suprema majestad, y quedó de tal manera deslumbrada su vista que cuando volvió a mirarse a sí, no se vio. Y así no pudo juzgar si había sido elevación de sólo el espíritu; como nos acaece cuando miramos al sol, que si después volvemos a poner en nosotros los ojos, no nos vemos ni nos echamos de ver. Así, Catarina siempre andaba mirando a Dios y con los raptos y favores repetidos se avivaba tanto la luz sobrenatural de la fe, que deslumbrada la natural vista al mirarse a sí, le parecía que no era en comparación de aquel infinito abismo de ser. Y de aquí le venía el tenerse por indigna de hablar con Dios y de parecer delante de su divina presencia, ni como hija, ni como esposa, ni como esclava. Por esto se resistía a los favores del cielo, diciendo muchas veces lo que dijo en una ocasión la cabeza y piedra fundamental de la Iglesia a su divino maestro: “Señor, apartaos de mí, que no es justo estéis en compañía de un hombre tan pecador como yo”. [Apostilla: Lucas 15] Este es buen argumento para persuadirnos que los regalos que experimentaba Catarina eran celestiales y verdaderos, y no pintados, aparentes y fantásticos, porque ¿quién no confesará que es menos que nada e indigno de todo don, después de haber puesto los ojos en el inmenso piélago del divino ser? Personas hay con opinión de muchos raptos y elevamientos, que no les pesa de haber nacido; porque se tienen por algo, se estiman, se precian de

que hablan con Dios cara a cara, de que Dios se les comunica y se quejan de que el mundo no las venera. Yo no quiero calificar espíritus, que esto pertenece a la divina sabiduría y a su santa Iglesia, pero no puedo negar que en semejantes almas se asoma, no por resquicios ni celosías, sino por ventanas y puertas abiertas, la vanidad y soberbia con que aspiran a que las reverencien, adoren y traigan en palmas como prodigios y maravillas de la gracia.

*3. De otros muy señalados favores que recibió por humilde y por el título de amada de Dios, que admitió prudente cuando rehusó el de esposa y esclava*

[69] Con estas humildes resistencias se unía cada día más en estrechos lazos de amor con María y con su santísimo hijo. Y a esta estrecha amistad se debieron todos los regalos que recibió de Jesús niño, de Jesús amante, de Jesús Nazareno y de Jesús sacramentado, de que hice mención en el primer libro de esta historia; y los demás que se leerán en éste y en los siguientes, omitiendo innumerables: unos porque no contienen especial doctrina, otros porque siendo muchos y semejantes y yendo amontonados, causarían a los lectores fastidio. A esta amistad verdadera, afianzada en los estrechos lazos del divino amor y en los profundos cimientos de la humildad de su sierva, se debían también las revelaciones frecuentes y maravillosas; la manifestación clara —en cuanto se compadece con la fe— de los más incomprensibles misterios; el conocimiento de los más ocultos secretos del Altísimo; el registro de cuanto había en el cielo, en el purgatorio, en el infierno y de lo que sucedía y había de suceder en el mundo. Me sucedía algunas veces entre asombros y admiraciones, ponderar conmigo mismo la grandeza de la divina luz que ilustraba a esta esclarecida virgen, admirándome de que siendo en lo natural bozal y muy cerrada, se explicase con tanta elocuencia, con tal energía y con expresiva tan propia en materias tan profundas y tan variadas, que parecía estaba debajo de la esfera de su vista todo el universo, sin que se le reservasen los secretos del cielo ni los pensamientos y secretos de los corazones de los hombres. Con esta admiración, le dije un día: “Catarina, ¿qué necesidad hay de que te manifieste Dios tantos y tan desacostumbrados secretos y misterios?” A esta pregunta, me respondió con sinceridad e inocencia: “No sé qué responderle, padre y señor mío. No sé si esto es malo o si es bueno. Yo digo lo que me pasa y se lo dejo a mis confesores para que, como doctos y experimentados, lo aprueben. Pero lo que ahora entiendo es que me trata y comunica Jesús, como se pueden tratar y comunicar acá en lo humano los dos más tiernos amantes. Y como no permite el amor que

entre dos amigos haya cosa oculta ni secreta, así Dios se muestra amante, comunicándome lo más oculto de sus misterios”.

[70] Esta respuesta de Catarina es el estilo que ha guardado Dios con sus amigos en todos los tiempos. En la ley natural —dice el apóstol Santiago— que dio su Majestad título de amigo a Abraham, [Apostilla: S. Jacob, 2] y por ser tan amigo y tan valido<sup>38</sup> suyo, confesó el mismo Dios “que no se atrevía a tenerle escondido alguno de sus secretos”. [Apostilla: Números 12] En la ley escrita dio título de amigo a Moisés, y mostró esta amistad en comunicarle sus ocultas providencias y tratar con él con mucha familiaridad y frecuencia. Finalmente en la ley de gracia dio Dios, entre todos los apóstoles con especialidad, título de amigo a san Juan; y por eso fue a quien comunicó los más profundos misterios. [Apostilla: Juan 18] Pues si las noticias de los santos de Dios y sus favores y beneficios son argumento de su amistad, a muy alto grado de amistad subió esta su amada y querida esposa. En otra ocasión que me puse a ponderar conmigo la elocuencia angélica con que se explicaba, y la universidad de las ciencias y conocimientos con que estaba ilustrada, penetrando mi ánimo y pensamiento, me dijo: “Pues mira, lo que te he dicho respecto de lo que dejas, no hay tiempo para explicar. Es como si de innumerables montes fuera quitando de cada uno una sola piedra y me dejara todo lo demás. Y así advierte lo que callo, y sabe que no me preguntarás cosa de lo que se hace en el cielo, tierra y en el mismo infierno, de que yo no te pueda dar razón con claridad y distinción. Y para esto no se me ofrece otra razón que el haberme escogido Dios por su querida y fina amante”. Dejo la explicación de la alteza, calidades y duración de esta soberana luz para su lugar; que ahora basta haber apuntado que fue Catarina ensalzada con una desmedida grandeza de sabiduría, porque no tenía medida lo profundo de su humildad, y ésta fue la que la hizo tan querida, estimada y favorecida del divino amor, que le comunicó los tesoros de la sabiduría inaccesible, que negó y negará a los presumidos y arrogantes; porque podamos en todo tiempo repetir aquella particular acción de gracias que hizo Cristo a su eterno padre, por haber revelado los ocultos secretos y misterios a sus humildes apóstoles y no a los soberbios doctos y sabios del mundo. [Apostilla: Mateo 11]

[71] De lo dicho se infiere la inteligencia de unas palabras repetidas muchas veces de esta sierva del Altísimo, cuando la trataba de esposa, y

---

<sup>38</sup> Estimado, apreciado.

eran: “No, Señor, no soy digna de ser tu esposa. Trátame como a querida o amante”. Con estas misteriosas voces excluía su espíritu humilde las estimaciones y privilegios de la esposa. Y con esta misma humillación, sin querer, se engrandecía; admitiendo y logrando gananciosa los títulos y prerrogativas de la amistad. La esposa tiene derecho a parte de los bienes y honras del esposo, y Catarina se tenía por indigna de todo derecho a los dones y favores del divino amante. Porque amaba desnudándose de lo que tenía y podía tener, por vestirle y adornarle; atribuyéndole toda la honra y gloria posible, sin que le tocara a ella ni la más mínima parte. Y a esta fineza de amor correspondía el soberano esposo, comunicándole como en retorno todas sus riquezas, sin reservar ni aun los tesoros de sus secretos. Porque el verdadero amigo no está contento con la posesión de sus bienes, si no los franquea a quien bien quiere. Por esto Jonathan<sup>39</sup> se desnudó de las vestiduras reales para vestir a David, luego que se dio por su amigo. [Apostilla: 1 Reyes 18<sup>40</sup>] De manera que esta esclarecida virgen rehusaba el nombre de esposa por su humildad y por mostrarse verdadera amante de su dios; y con este modo de amar robaba y desnudaba al divino amor, humanándose aquella suprema majestad y grandeza por engrandecer y sublimar a la que se anonadaba, porque sólo Dios fuese el ensalzado. De aquí provenía aquella mutua correspondencia en los elogios y alabanzas, cuando Catarina se transformaba en querubín o serafín para explicar las perfecciones de su amado, pintándole ya como hermosa flor del campo, ya como galán que campeaba resplandeciente entre millares de millares, y como azucena bella y fragante de los valles. Le pagaba el divino esposo estas dulces alabanzas con otros semejantes elogios, y calificándola “de cándida y agraciada azucena entre las espinas”, ya alabándole una por una todas sus perfecciones, ya diciéndole que era totalmente hermosa y sin mancha alguna.

[72] En esta mutua correspondencia de amores y finezas con su dios, solía referir Catarina capítulos enteros de los Cantares, con tal propiedad de palabras y expresión de afectos que los confesores cuando la oían, aun pasada ya la fuerza de la superior luz, se admiraban gozosos. Y para asegurarse del fundamento de su admiración, le preguntaban algunas veces: “Que si se le representaba muy hermoso el divino amante”. Y para responder a esta pregunta, aun cuando estaba en obscuridad y desamparo, prorrumplía

---

<sup>39</sup> Jonatán, Yonatán o Ionatán. En las sagradas escrituras era el hijo de Saúl, un guerreño valiente que perdió la vida en los montes de Guilboá.

<sup>40</sup> La cita es de la *Vulgata*, Reyes I, 18 (Samuel, I, 18).

diciendo: “Ahora no le veo ni le siento, se me ha retirado; pero muy bien me acuerdo que le vi”. Y exhortándola que dijese cómo le había visto, se encendía en el fuego del divino amor. Y como si hubieran caído sobre ella todas las lenguas de fuego que bajaron divididas sobre los apóstoles en la venida del Espíritu Santo, repetía con tal elocuencia la belleza, hermosura, perfecciones y excelencias del divino esposo, que los que buscaban solidez en los fundamentos de su admiración, pasaban a padecer pasmos y asombros, y a desahogar su corazón con tiernas lágrimas de gozo por no morir ahogados entre júbilos y sollozos de gusto y consuelo. Uno de estos fue el padre Juan de Cáceres, persona muy grave y docta en todas letras, con prendas y ejercicio de predicador por muchos años en mi religión y en este nuestro colegio del Espíritu Santo, resolutor de casos de conciencia asignado; digno de toda veneración y crédito por su verdad, virtud, autoridad y doctrina. Este padre me dijo varias veces: “Que habiendo reconciliado de ordinario a Catarina por espacio de algunos años, nunca había podido oírla en cuenta de conciencia, porque reconociendo desde luego las lenguas de los serafines que hablaban en ella, se retiraba lleno de ternura, de admiración y de gozoso llanto que le impedía”. Cuando Dios hacía oficio de maestro y ostentación de habitar como fino amante en esta alma, no parece que había razón para que los confesores prorrumpiesen en admiraciones ni asombros; porque para esta conformidad de afectos y correspondencia de finezas, bastaba el haberla escogido Cristo para su querida amante; que el divino amor acostumbrado está a semejantes transformaciones, divinizando y endiosando a sus amigos por participación y comunicación de sus propiedades.

## CAPÍTULO 7 DE SU MORTIFICACIÓN Y PENITENCIA

### *1. Cómo imitó a Cristo hasta verse crucificada en dos cruces*

[73] La vigilancia con que anduvo siempre Catarina en castigar su cuerpo, refrenar sus sentidos y sujetar las pasiones, causó admiración en todos los que la comunicaron y tuvieron algún conocimiento de las cosas de su alma. Desde niña, sin exhortaciones humanas, sólo con la moción del divino Espíritu que hizo asiento en su corazón, se dio a todo género de mortifica-

ciones interiores y exteriores. Domaba con valentía los bríos de su carne con ayunos, silicios, disciplinas y otras asperezas corporales, crucificándola con el santo temor de Dios y alentándola con las imágenes y memoria de la pasión del Salvador. Desde que en su niñez se le apareció el inocente cordero con el rostro de su padre, cargado con el sagrado madero de la cruz, le comunicó el afecto y deseos de imitarle y seguirle hasta sacrificarse con el Crucificado por sus culpas y por los pecados del mundo. Con esta sabrosa y amarga remembranza, se le hicieron suaves la desnudez y voluntaria pobreza que vivió toda su vida, la hiel y vinagre, desprecios y todas las demás amarguras que le ofrecieron las creaturas. De este divino dechado sacó aquella generosa aceptación e invencible paciencia con que admitía los infortunios e injurias de los tiempos en sus peregrinaciones, y las persecuciones del mundo en el estado de su servidumbre tan amable a su espíritu; que como lo dejé anotado en el libro primero, pleiteaba porque la trataran como a vil esclava, así como otros pelean y batallan por la libertad a la que anhela la naturaleza humana y por las estimaciones porque suspira la vanidad del mundo. Ninguno pudo decir con más propiedad que Catarina lo del apóstol de las gentes: “Castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre”, [Apostilla: Primera epístola de san Pablo a los corintios, 9]. Le castigaba como a bruto indómito y quería estar en una rigurosa servidumbre, porque estuviese en mayor sujeción su cuerpo. Escogió Dios a esta su sierva para afectiva y cordial pastora de sus ovejas, y así le dio impulsos e inclinaciones a mortificarse y ceñirse, y que la ceñesen y mortificasen otros hasta ponerla en una cruz; que fue lo que Cristo predijo a san Pedro, cuando examinando su amor le mandó: “Que apacentase sus ovejas y que se dejase crucificar”. [Apostilla: Juan 21] Vivió y murió esta esclarecida virgen crucificada por sus mismas manos a medida de la grandeza de su fervoroso espíritu y procuró ser puesta en muchas cruces, y lo consiguió por la natural inclinación de los hombres, que siempre fueron prestos y veloces para los rigores, y por la crueldad obstinada de los demonios que la tuvieron por blanco de sus rabiosas iras e insaciables venganzas.

[74] El discurso de toda su vida llena de hieles y amarguras, es prueba experimental y evidente argumento de que el nombre de Mirra que le pusieron en su nacimiento, fue anuncio y pronóstico con que la divina providencia predijo que se había de verificar en esta su sierva, lo que decía la otra esposa santa: “Mis manos destilaron mirra y estaban llenos mis dedos de mirra muy escogida”. [Apostilla: Cantares 5] Era inclinada Catarina a la mortificación de su cuerpo y de su espíritu, y lo ejercitaba poniendo en tales

prisiones su delicado cuerpo, que a la violencia de las tristezas y congojas brotaban por los poros, ya que no gotas de sangre como el sudor de Jesús en el huerto de Getsemaní,<sup>41</sup> lágrimas de amargura más preciosas que las que destila naturalmente el otro árbol que llaman mirra, aun antes que le hieran, puncen y despedacen. Otras veces ejercitaba la mortificación despedazándose en que otros la maltratasen para que se derramase la mirra de sus amarguras con más abundancia, para hacerse más semejante a Cristo que gastó toda su vida en continuas mortificaciones, ayunando, velando y caminando, permitiendo con ansias de más padecer que le persiguieran y humillaran hasta ver el árbol de su divino cuerpo descortezado con azotes, herido con penetrantes espinas y traspasado con agudos clavos; porque le mirase y contemplase el mundo, por quien padecía lleno de mirra de su sangre en una afrentosa escarpia. A cuya semejanza fue mortificada esta esclarecida virgen por sus propias manos, por el mundo y por las potestades infernales, como se verá en el discurso de esta historia.

[75] Manifestó Dios esta verdad para mayor honra y gloria de su divino poder, con varias misteriosas visiones con que esforzaba a esta su querida esposa a más y más padecer por su amor. Y no fue poco extraordinario favor el verse al lado de su divino amante crucificado, levantada en alto, comida con clavos, no sólo en una cruz sino en dos palos o cruces formadas de madera bien grandes, la una que le cruzaba el pecho y la otra las espaldas. Y así, viva imagen de Cristo enarbolada, que sirviese de ejemplo a los hijos de los hombres para que adviertan en lo que pueden imitar a su redentor auxiliados de la Omnipotencia, que en todos tiempos está aparejada para hacerse prodigiosa en sus creaturas, como estas quieran cooperar con la divina gracia. En dos maderos clavada y levantada en alto, quiso Dios que contemplase el mundo a Catarina para que constase que no sólo estaba crucificada en cuerpo, sino también en espíritu. Porque la crucifixión exterior sin la interior es cuerpo sin alma, es ídolo y máscara de virtudes hipócritas que con apariencias honrosas de santidad ocultan un corazón presumido y soberbio. De estos era aquel hereje retobado Abelardo,<sup>42</sup> de quien decía san Bernardo a sus monjes que se guardasen: “Porque era un hombre engañoso

---

41 El jardín donde Jesús oró la última noche antes de ser crucificado. Esta escena aparece en Mateo 36 y Marco 32.

42 Pedro Abelardo escribió *De unitate et trinitate divina e Historia calamitatum*, obras cuyo contenido fue considerado herético por algunos miembros de la Iglesia como Bernardo de Claraval o el abad de Cluny Guillermo de Saint-Thierry.



que no era lo que parecía, ni parecía lo que era. Era en el número, uno y dos en las calidades: en lo exterior se mostraba un Bautista y en lo interior era un Herodes vicioso”. [Apostilla: san Bernardo, epístola 193] Huyó Catarina de apariencias exteriores que puedan atraer plausibilidad y aun intereses, cuando es muy baladí la hipocresía que les da el aliento y son exterioridades vanas o sospechosas. Llegó a crucificarse en dos cruces para demostración que estaba toda crucificada en lo interior y exterior, en el cuerpo y en el alma. Toda su vida está llena de admirables ejemplos que prueban esta verdad. Pero tocaré en estos capítulos por mayor sus ejercicios de mortificación y algunas cosas en particular, que por menudas confirmen la total y perfecta abnegación de esta esposa de Jesús, y sirvan de ejemplar en la católica Iglesia a los principiantes y perfectos que siguen el camino del espíritu.

## *2. De algunas de sus penitencias y artificios que usaba para castigar su cuerpo sin riesgo de la pegajosa plausibilidad*

[76] Dije ya en el libro primero, tratando de las virtudes de su niñez, que gastaba Catarina las noches en los ejercicios de la oración y penitencias, hurtando al día también las horas que podía sin hacer falta a las cosas de su obligación, para tener más tiempo en qué sujetar su cuerpo y purificar su alma con todas las mortificaciones que inventaba el fervor y esfuerzo de su espíritu, que nunca fue novelero, peregrino, ni paradójico. A esta causa excusaba en sí algunos santos artificios de que han usado bien y con mucho mérito algunos santos, pero no pocos hipócritas abusando de ellos los han viciado; así como otros espíritus y almas tan bien intencionadas como poco cuerdas, que suelen malearse y ser ejemplares de lastimosas tragedias por vivir en el camino del espíritu, tan casadas con sus propios juicios y tan pagadas de sí mismas que despreciando todo ajeno consejo, pretenden ser singulares y aun ostentarse admirables sin otra guía ni maestro que su voluntarioso capricho. Con este recelo y resguardo de peligrosas exterioridades nunca usó de coronas artificiosas de espinas, ni cambrones; no de cruces de mucha apariencia y poca sustancia, huecas por dentro y gordas por fuera; no de argollas y estacas en las paredes, para colgarse crucificada de los brazos o de los cabellos cuando la viesan; no de petos de rayos para el pecho, ni de planchas con puntas de acero para las espaldas; no de zapatos desolados para que la planta del pie hollase el lodo, las lajas y piedras de las calles; no de sacos, ni botines de silicios; no de otros instrumentos y asperezas que sobresalen extraordinarias y plausibles a la vista de los hombres

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>



con que se destruye la salud y se acaba con la vida, aun antes que se puedan refrenar las pasiones y desarraigar los vicios. Por eso nuestro padre nos dejó aquel prudente y santo consejo en una de sus reglas: “Que la castigación del cuerpo no debe ser inmoderada, ni indiscreta en abstinencias, vigiliyas y otras penitencias exteriores y trabajos que dañan e impiden mayores bienes. Y a la causa conviene que cada uno tenga informado a su confesor de lo que hace en esta parte”. Esta sierva del Señor, a fuer de cordial jesuita, nunca se valió de artífices para la fábrica de estas armerías espirituales, ni se vieron en su retiro ostentaciones de su espíritu penitente porque nunca aspiró a ser objeto de la admiración, sino a ser sujeto de la imitación de Cristo y sus santos en las virtudes y no en los prodigios. Porque como notó san Agustín, no dijo el divino maestro: “Aprended de mí a fabricar los cielos y la tierra, a hacer maravillas y milagros, sanar enfermos y resucitar muertos”. Sino: “Aprended de mí a ser mansos y humildes de corazón”. [Apostilla: san Agustín 1, de verbis D. ser. 18 en Mateo] Este es el camino llano y seguro por donde llevó Dios a Catarina. El otro está lleno de riesgos y peligros, y no por eso faltaron en esta esclarecida virgen admirables ejemplos de mortificación y penitencias que pudiésemos imitar.

[77] Desde su niñez hasta su ancianidad apenas se cayeron de su cuerpo tres silicios bien ásperos con que se apretaba los muslos, brazos y la cintura. Y aun en los últimos años de su vida, hecha ya un esqueleto y un retablo de dolores y angustias, le dejaban los confesores el uso de los dos, por ser armas acostumbradas y continuadas por una larga y fervorosa vida, con que había mortificado y macerado su delicado cuerpo. Y cuando venía así armada a la iglesia, decía ella: “Que se templaban los dolores exteriores y congojas de su alma”, o porque Dios correspondía piadoso y liberal a su resolución valiente y alentada, dándole superiores fuerzas y aliento; o porque los demonios, que eran sus continuos y sangrientos verdugos, se retiraban cobardes y vencidos, para testimonio de que la mortificación y paciencia de Catarina excedía triunfante a su insaciable ira e indignación rabiosa, pues no desfallecía la constancia de esta esclarecida virgen con inexplicables castigos de las furias infernales, cuando ellos confusos y aterrados, la dejaban, vencidos de su valerosa mortificación e invencible paciencia. Con los tres insinuados silicios comía, dormía, andaba y trabajaba Catarina, porque en todo tiempo estuviese sujeto y avasallado su cuerpo, y la cogiese la tentación ceñida y prevenida. Y cuando se veía acometida de la tibieza de las rebeldías de la carne, y de las avenidas de pensamientos contra todas las virtudes que soplaban y avivaban los enemigos obstinados,

aumentaba los silicios con cordeles nudosos, y pareciéndole todo esto poco, se valía de las espinas de las frutas, de los alfileres, de los pellizcos y de todo aquello que le podía servir para descortezar, punzar y despedazar su cuerpo. Se arrancaba el cabello a repelones; se colgaba de él algunas veces cuando nadie podía verla; afeaba con bofetadas su rostro; se despreciaba con oprobios y con poner unas chinias en los zapatos y no cortar las uñas de los pies, cuando como navajas le lastimaban los dedos sin interrupción de tiempo. Se hallaba siempre en una continua y cruel crucifixión de cuerpo y de su espíritu, y porque no faltase la forma exterior de crucificada, la formaba con sus brazos cosidos, estando de pie contra las paredes o contra los ladrillos postrada, realzando el valor y mérito de estas mortificaciones con esconderlas de la compasión y aplauso de las creaturas.

### *3. Del ejercicio riguroso de sus disciplinas que moderaban sus confesores y los ángeles, y cuán provechosas eran para el mundo sus penitencias*

[78] Sus disciplinas cotidianas eran muchas veces de sangre, contemplando por ejemplar de su ejercicio al redentor amarrado fuertemente a una columna, azotado y herido de los crueles verdugos que alternándose y remudándose, multiplicaban sin número los azotes, porque no tenían número los delitos de los hombres por quien los padecía. Consideraba aquella divina belleza y rostro traspasado, aquella con las espinas y éste afeado con la mucha sangre derramada y como eclipsada entre desmayos y desfallecimientos de muerte. A la consideración de este espectáculo tan lastimoso, se le saltaban las lágrimas de los ojos, se le rasgaba y rompía de dolor su corazón; y gustando mucho de que su cuerpo fuera de carne y muy delicada para sentir, lo deseaba de bronce y de diamante para perseverar constante en el rigor de la disciplina, hasta que pudiese decir: “Que su delicado cuerpo había llegado a ser semejante al de su divino amante, azotado y maltratado por los pecados de todo el mundo”. Con estos caritativos y fervorosos afectos comenzaba y acababa su ejercicio y era tan largo que, como otros cuentan de uno en uno los golpes, Catarina los contaba con otras tantas heridas, “de treinta y tres en treinta y tres”. Treinta y tres por los años que vivió su redentor en el mundo, otros tantos por los agonizantes, otros tantos por los navegantes. Y así los iba repitiendo y repartiendo por todos los estados de los pecadores, hasta llegar a pedir misericordia por los deshonestos, por los cuales eran los golpes sin cuenta y sin número las heridas por donde se desangraba y caía desmayada y sin sentido sobre una balsa de su propia

sangre. En estos desmayos y mortales desfallecimientos del cuerpo solía experimentar su dichosa alma muchas regaladas visiones, ya para confortarla, ya para animarla a padecer más por las creaturas, manifestándole las muchas que se salvaban por su intercesión y la preciosa sangre de la redención, y tal vez las que por ceguedad y rebeldía se perdían.

[79] En una de estas ocasiones se halló su espíritu con un grande aparato y apercebimiento para alguna misteriosa visión, y entendiendo que había mucho que ver y que admirar, le inspiró Dios un deseo de que se lo mostrasen. Y luego le abrieron una puerta, y como entre velos vio a su querido esposo desnudo y temblando, como que no podía tenerse en pie y como buscando la ropa después de los azotes que le dieron en casa de Pilatos. Quedó suspensa y atónita su alma con tan lastimero espectáculo, y con lágrimas de los ojos y ternuras de su herido y lastimado corazón, prorrumpió entre suspiros y ternuras, diciendo: “¿Qué es esto, amado de mi alma y vida de mi vida? Escogido entre millares, ¿quién os ha puesto así?” Respondió el Señor: “El segundo es ¿No lo ves? ¿No le conoces? Pues mira y contempla cómo me ha puesto”. Con la cifra del segundo y por la luz y conocimiento infuso entendió Catarina quién era, y pasado el tiempo proporcionado a la distancia de la ciudad donde vivía, vino nueva de su desgraciada muerte en los ojos y parecer de los hombres, quiera Dios fuese en sus justos e incomprensibles juicios dichosa.

[80] Para el ejercicio de sus disciplinas buscaba Catarina los lugares más retirados y apartados del comercio y bullicio de la casa, y cuando estos faltaban, se valía de la soledad y quietud de las noches. Y aun solía acogerse a las caballerizas y en ellas sacrificaba los movimientos de su cuerpo, y los sentidos y potencias de su alma con extraordinario rigor, y con muy cuerdo y atento recato. Pero tal vez para mayor mortificación suya y edificación de los otros, permitió o quiso Dios que se publicase entre los de las casas donde vivía. Y tenía muy en la memoria por la vergüenza que le causó, que siendo niña querida y estimada de sus amos y padrinos, éstos con ocasión de curarla, le registraron su virginal cuerpo y le hallaron tan bañado en sangre y con tantas heridas, que si hubiera en él parte sana, castigarán con rigor el castigo con que ella sin piedad y misericordia se despedazaba. Cuanto más secretas e insensibles las deseaba y disponía en la tierra, tanto más públicas eran en el cielo sus penitencias, y aunque pudieran los ángeles darse por desentendidos del destrozo que veían en su delicado cuerpo, por los quilates de su fervor que interesaba el mundo, muchas veces se mostraban enternecidos a su modo con la vista de tanta sangre inocente vertida; y compasivos

acudían, ya a quitarle las disciplinas de las manos, ya a detener en el aire el azote para que no se renovasen las heridas; satisfaciéndose el cielo con que se despidiesen los ramales de la mano para el mérito e impidiendo los golpes porque no se arruinase la salud y se acabase la vida escogida de Dios, para que resplandeciese más su poder y se ostentase en el mundo su infinita misericordia. Hicieron los ángeles en esta ocasión oficio de maestros de espíritu y suplieron sus defectos, enseñándonos que debemos procurar en nuestras acciones un prudente y sazonado medio, de manera que no excedamos por hacer más ni faltemos por hacer menos, porque toda virtud moral consiste en un discreto proporcionado medio y tiene oposición con los viciosos extremos. De santa Catalina de Siena he leído u oído que para encarecer la necesidad de esta prudente templanza, decía: “Que con un azote y un santo Cristo podía llegar a ser santa una persona”. Y era muy conforme a la razón esta su sentencia, porque hablaba con sus religiosas que por su profesión tenían el freno de la discreción en la obediencia que debe ser cuerda y prudente. Por eso dijo el santo rey David: “Que para los que andan por el camino del cielo es menester azote y freno”; [Apostilla: Salmos 31] el azote para que ande el perezoso, el freno para detener al atropellado. Porque tan lejos estará de llegar a Dios el que nunca se menea como el que se precipita, cayendo en el otro extremo. Así se porta el diestro jinete con el lerdo y feroz caballo. A éste que soberbio corcovea, abate y humilla su orgullo con el freno, a aquel que perezosamente se mueve, aviva y despierta con la espuela.

[81] Era el espíritu de Catarina alentado y fervoroso, mas necesitaba de freno para correr con moderación que de espuela y azote. Y por eso se lo quitaban de las manos los ángeles y aumentaban sus penas; porque a un alma que vive de la mortificación, quitarle la penitencia era quitarle todo el gusto y consuelo de la vida, y el no hacer tanta como deseaba era su mayor penitencia y aun martirio. Y por eso acudía a sus confesores afligida, diciéndoles: “No sé qué es esto. Castigo debe de ser de mis pecados el que impide mi penitencia. Mano invisible es la que suspende el azote e impide mi mortificación y gustoso martirio”. En el tiempo de estos orgullosos fervores y bulliciosos ímpetus de su caridad encendida, mudando iglesia escogió por confesor a un religioso de san Agustín, y éste como sabio y prudente le moderó las penitencias y le prohibió muchos de los varios modos de martirizarse que inventaba su valiente espíritu, diciéndole: “¿Qué te ha hecho ese pobre y delicado cuerpo para que lo trates tan mal? Déjalo descansar un poco, siquiera para que tengas a quién maltratar en lo que te falta de vida. Mira hija, que la otra ilustre matrona, la profetisa Ana,

está acreditada en el evangelio de heroica ayunadora, porque —como dice san Anfiloquio—<sup>43</sup> ayunaba con el nivel de la discreción y el compás de la prudencia. Con esta moderación en su abstinencia pudo decir el evangelista san Lucas que perseveró ochenta y cuatro años en servicio del templo, con lo continuo de los ayunos y lo perseverante de los ruegos. [Apostilla: Lucas 2] Si no hubiera guardado la regla de la discreción en la abstinencia y en las demás acciones en que devota se ejercitaba esta piadosa matrona, no se le contarán tantos años de ayunadora, menos bastarían para que desfalleciese y no pudiese perseverar en sus ejercicios devotos. Y así, es menester ir con el nivel de la prudencia en el camino de la virtud, porque así como engaña a muchos el Demonio con el demasiado comer, a título de flaqueza burla a otros con demasiadas abstinencias y vigiliadas, socolor de penitencia, y para su dañado intento tanto importa lo uno como lo otro”. Porque no saliese con la suya el común enemigo, puso freno el insinuado maestro de espíritu en las maceraciones que usaba su penitente, prohibiéndole los silicios y las disciplinas los domingos, porque tuviese un día siquiera de asueto su delicado y quebrantado cuerpo.

#### *4. De sus ayunos y mortificación de sentidos y potencias*

[82] En los ayunos no pudo ponerle alguna prudencial regla, porque desde su niñez se había acostumbrado a sustentarse con una u otra tortilla de maíz y algunas legumbres, en tan corta cantidad que los criados de las casas donde vivía, que atienden siempre a lo poco o mucho de las comidas, se admiraban y juzgaban por cosa milagrosa la conservación de su vida. Y así, para ayunar con extraordinario rigor no era menester más que la intención de Catarina, que en lo demás no había para ella distinción de tiempos; todo el año era en su abstinencia adviento, cuaresma y vigiliadas. Aun en las enfermedades era necesario el precepto de médico y confesor para alimentarse con pollos y gallinas, y entonces más era roer los huesos que lograr el delicado alimento. Y la experiencia enseñó que en sus desfallecimientos la confortaba más un poco de arroz cocido solamente con agua sin otro adherente, porque lo abrazaba mejor el cuerpo por la flaqueza y el alma por lo desahrido. Muchos de los nobles caseros que tuvo, advertidos, la obligaron a comer en su mesa para que a su vista tomase el sustento necesario y forzoso;

---

<sup>43</sup> San Anfiloquio de Iconio, abogado y apologista cristiano del siglo iv.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

pero como lo noté ya en el capítulo nono del primer libro, en estas mismas ocasiones lograba con disimulo los deseos de su espíritu mortificado, porque vencía el cuidado que ella tenía de no comer a los deseos y atenciones de que comiese en los otros. Su cama era el duro suelo cubierto con un petate o tablas, y en las casas que no podía ocultar esta aspereza que pide retiro de creaturas, la conmutaba en una tabla que sobresalía hacia la pared al colchoncillo que usaba, con tal disposición que cuando estaba enferma o la podían ver, la veían en su cama; pero retirándose la gente a una vuelta se hallaba sobre su tabla, para dormir muy poco tiempo con desabrigo en la superficie de su dureza.

[83] No gustó de olores aromáticos ni olió flor en toda su vida, y cuando le daban alguna rosa la recibía con agradecimiento y guardaba con disimulo para ofrecérsela en los altares al esposo o a su santísima madre, que correspondían muchas veces como finos amantes, retornando las fragancias de celestiales olores con varias y muchas flores que caían sobre ella como llovidas y la transformaban en un delicioso jardín donde campeaban las rosas de Castilla entre los claveles, jazmines, azucenas y otras exquisitas y soberanas flores que no se ven en la tierra ni se perciben con los sentidos, pero eran símbolos y figuras de los dones y premios que le esperaban en la gloria. Ya dije en el libro primero cuánto huía de las músicas profanas de la tierra y cómo se retiraba donde no la ofendiesen sus ecos, negándose a todo lo que podía deleitar y dar gusto a sus sentidos y potencias que traía ocupados en buscar a su querido esposo, y que el Señor le mostraba cuán de su agrado eran estos honestos retiros, visitándola en su soledad con su divina presencia, con soberanas y angélicas músicas en que le ayudaba la celestial capilla a entonar dulces motetes y alabanzas al Niño Dios, que la galanteaba con los cortesanos y paraninfos de su emperio. Sucedió esto con especialidad los días y noches de san Juan, en que las creaturas buscan el humano consuelo entre las flores terrenas y entre bailes, danzas y otras demostraciones de profanas recreaciones con pretexto de celebrar la santidad del Bautista. En estas ocasiones se oía la voz de Catarina en el cielo, como se oyó la voz de la tórtola de que hace mención Salomón en sus cánticos. [Apostilla: Cantares 2] Con lastimosos gemidos, suspiros dolorosos y amargo llanto clamaba misericordia por las ofensas que se cometían contra el inocente cordero, que pedía penitencia por boca de su precursor para quitar los pecados del mundo, y a lo quejoso y tierno de su voz correspondían más abundantes las visitaciones que imprimían en su alma soberanos gozos. Cuando tal vez la obligaban a asistir a las fiestas y cumplimientos del mundo dentro y fuera

de su casa, fijaba los ojos en el suelo y la atención en el cielo, de manera que no oía, veía, ni advertía en los mundanos entretenimientos.

[84] Desde su niñez se acostumbró a privarse por el Niño Jesús de todo género de frutas en los advientos y cuaresmas, y después extendió esta mortificación a todos los días del año. Porque como tengo ya dicho, impuso a su cuerpo en el preciso sustento de legumbres cocidas en agua, y en lugar de sal las sazónaba con ceniza. Y con esta salsa desabrida no necesitó de la otra golosina del acíbar preparada con azúcar, que dividido en pastillas sirve de granjería y cumplimiento de antojos con capa de mortificación a las que como culebras se saborean viciosas con la tierra y el carbón. Cuando no podía sin nota disponer este único plato, como cuando vivía en casa de sus amos y padrinos de que hice relación en el capítulo nono del primer libro, entresacaba de la comida ordinaria de los criados las legumbres, piltrafas y huesos que quedaban en los platos y cazuelas despreciados. Y cuando le daban en rostro con su mortificación los que lo advertían, les respondía: “Basta para mí este alimento, que las perrillas con huesos y migajas se sustentan en las casas que guardan agradecidas”. Otras veces por tener más y más qué ofrecer al Niño Dios y a Cristo crucificado se ponía a contemplar lo delicioso de la fruta, procurando ella misma avivar su apetito. Y cuando reconocía a la golosa naturaleza con más ansias de gustarla y comerla, le privaba de ella ofreciéndosela a Jesús o a su santísima madre, diciéndose a sí misma: “¿De cuándo acá apeteces golosinas? Conténtate como jumento con el zacate o como perro con los huesos”.

[85] Le mostró Dios muchas veces cuánto estimaba estos gustosos bocados de que se privaba por su amor y por el de su santísima madre. Y brindándole los celestiales espíritus frutas, manjares soberanos y otros deleites y gustos de la gloria, que ella retornaba rogando a su divino esposo “que los guardase para sus escogidos, para sus santos y para la reina de los ángeles”; fue singular uno de estos favores que recibió estando delante del altar de la Congregación, que es el de Santa María la Mayor, que vulgarmente llaman Nuestra Señora del Pópulo. Se halló sedienta y llena de amarguras en el cuerpo y en el alma, y con antojo de comer una fruta muy fresca y deliciosa de la tierra que llaman los naturales *chirimoya*, otros el manjar blanco de las Indias por su suave dulzura y sabrosa blancura. Y no hay que admirar que en tierra donde los troncos de las arboledas destilan bálsamo y otros licores que sirven de aromas y olorosos perfumes, lleven por frutos frutas que merezcan los nombres de los manjares más regalados y preciosos. A este antojo de Catarina acudió el cielo poniéndole dos en las manos, y cuando



con la posesión le picaba más el gusto y la lisonjeaba el apetito, se privó de ellas y se las ofreció a la santísima Virgen, diciéndole: “Señora, ¿pues esta bestia había de comer cosa tan deliciosa? Tómala y preséntasela a tu santísimo hijo”. Y luego vio cómo la soberana reina las cogía y las presentaba al Niño Dios que tenía en sus brazos, y para dar a entender el Señor que las admitía como aceptó el jarro de agua fría que le ofreció el santo rey David, extendió el brazo y la mano como quien se saboreaba y regalaba con la mortificación de su esposa.

[86] Desde sus tiernos años la puso Dios en esta mortificación del sentido del gusto y perseveró Catarina constante en ella hasta la muerte. Siendo niña metió en la boca un poco de conserva y antes de pasarla, le dijo el divino esposo: “¿Bueno es eso, tu boca dulce y la mía aheleada?”<sup>44</sup> Con sólo esta voz, la obligó a sacar el bocado de la boca y tirarlo y privarse para siempre del regalo del dulce. Y si tal vez inadvertida lo gustaba, en viniendo la memoria de lo que le había dicho el Señor, la volvía a escupir antes de que pasase al pecho. Aun en los dos o tres últimos días de su vida notaron sus nobles caseros que habiéndole metido un poco de conserva en la boca, con estar ya casi sin tacto, vista, ni fuerzas, la sacó con presteza y la tiró como solía cuando se acordaba de lo que le había dicho el Señor en su niñez. Y este fue el misterio de lo que notaron los nobles caballeros que la tuvieron en su casa hasta verla salir de esta vida para la eterna, y con esta noticia harán reflexión y sabrán la mortificación que estaba disimulada en lo que vieron obrar a Catarina ya cercana a la muerte; porque quiso su Majestad, que como le había procurado imitar en toda su vida mortificada y sedienta por la salvación de las almas, le imitase en desear las hieles y amarguras que acompañaron y se mezclaron con las agonías de su divino amante crucificado, para que quedasen corregidas por el ejemplo de Cristo y el de Catarina las otras mujeres devotas de quien hace mención san Jerónimo; que haciéndose del bando del rico del evangelio que comía espléndidamente, hacían granjería de la virtud [Apostilla: Lucas 6] y canonizaban sus regalos, diciendo: “Que en los siervos de Dios estaban mejor empleados los manjares exquisitos y los regalos, y a las que se abstendían de ellos trataban de embusteras, miserables e hipócritas”. [Apostilla: Jerónimo, *Epístola a Eustochio*] Éstas, aunque profesasen espíritu, no podían tener virtud ni ser del gremio de los santos, ni de los siervos de Dios como Catarina, que se preciaron de ser imitadores de Cristo.

---

<sup>44</sup> Amarga.



[87] Su vestido fue siempre divisa de un espíritu modesto, humilde y mortificado. Lo usó siempre para resguardo de la decencia y no para defensa y resguardo de la salud e inclemencias de los tiempos, siendo necesario que sus padres espirituales anduviesen sobre aviso para que el deseo de mortificarse en el vestido no perjudicase gravemente a su compleción. En tiempo de fríos andaba sin medias, pareciéndole que para la honestidad y decencia bastaban los zapatos a quien traía la ropa larga. Pero advirtiéndolo su confesor por noviembre de setenta y cuatro, que era grande el rigor del frío y que su salud pedía más abrigo, le mandó que se pusiese las medias; y estando ya con ellas en la mano con ánimo de ponérselas, se acordó de la desnudez del Niño Dios en su nacimiento, en los rigores del invierno, y dijo luego hablando consigo misma: “¡Jesús descalzo y yo calzada! ¡Jesús tiritando de frío y yo con gollorías!<sup>45</sup> ¡Jesús desabrigado y yo con mucho abrigo! No lo permita su Majestad”. Y diciendo y haciendo, apartó de sí las medias y fue en busca de su confesor, a quien propuso tales razones, que le mandó proseguir en la descalcez para su mayor mortificación, que ejercitaba ella en todo el vestido interior, en la cama y en el aposentillo, sin valerse ni aun del fuego para templar lo rigoroso de los tiempos. Y por eso los confesores se veían obligados a mandarle usar de algunos reparos necesarios para resguardo de su salud y conservación de su vida.

## CAPÍTULO 8

### DE SU PERFECTA OBEDIENCIA A LOS PRECEPTOS DE LA LEY DE CRISTO Y A LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS

#### *1. Cómo por la virtud de la obediencia mereció el renombre glorioso de hija en espíritu del gran patriarca san Ignacio*

[88] El blasón y gloriosa divisa de los hijos de nuestro gran fundador y patriarca san Ignacio de Loyola es el de la perfecta obediencia, como nos lo dejó escrito en una de sus preciosas e inestimables cartas, donde nos propone la necesidad e importancia de esta celestial virtud: “Pues sólo ella es la

---

<sup>45</sup> Variante vulgar de “gollerías”: lujos, superficialidades.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>

que ingiere en el alma todas las demás virtudes, y ya impresas las conserva y perfecciona”. Mas previniendo el santo que se nos había de hacer muy difícil la subida a tanta altura por lo encumbrado de su perfección, dice con autoridad de san León:<sup>46</sup> “Que ninguna cosa es ardua a los humildes, ni áspera a los mansos de corazón”. Como si nos dijera: muy fragoso es el camino que guía a lo perfecto de la obediencia. Parecerá inaccesible por lo empinado de su alteza, pero si se hallare humildad y mansedumbre en los pretendientes de esta perfección, se les hará muy fácil la subida; porque los grados de humildad son gradas para conseguir esta descollada cumbre. Y así, entre los otros timbres que subliman y ensalzan en la tierra y en el cielo a los hijos de mi patriarca, son el de una mínima pequeñez por donde suben a una desmedida grandeza de obediencia. Ésta como divisa particular y blasón glorioso con que se señalan entre las demás luces de la Iglesia, aquella como fundamento y escala para alcanzar y conservar lo más alto y sublime de la perfección que se requiere para obtener con decoroso lustre el glorioso título de *compañeros y discípulos de Cristo*. Toda esta sagrada doctrina aprendió nuestro santo padre san Ignacio de la emperatriz de los cielos, madre y maestra de la Compañía de Jesús, en aquellas sucintas palabras que dio por respuesta la soberana reina al ángel que le pidió en nombre del Altísimo el “sí” para madre suya: “Aquí está la esclava del Señor. Hágase en mí su santísima voluntad”. [Apostilla: Lucas 2] Con estas breves razones redujo la princesa del universo a una corta suma muy altos y escondidos sacramentos; y no fue el menor juntar con el nombre de “esclava” a lo más profundo de la humildad, la mayor alteza de la obediencia que consiste en la total y perfecta resignación a la divina voluntad, para que se entendiese cuán fácil es el paso y cuánta conexión tiene el ser verdaderamente humildes, con el ser perfectamente obedientes. Y esta humildad obediente engrandeció el supremo juez en la más alta y encumbrada de las creaturas, escogiéndola para madre suya y maestra del universo. Porque como dijo el angélico doctor: “Todas las obras de virtud en tanto son meritorias en los ojos de Dios, en cuanto se ordenaren al fin de ejecutar la divina voluntad; aunque sean las más heroicas, como el padecer martirio o desnudarse de todos los bienes terrenos por vestir al mendigo”. [Apostilla: santo Tomás 2.2 q 104 art. 2]

---

46 Se refiere a san León Magno, pontífice de la Iglesia en el siglo v.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

[89] Fue Catarina hija legítima de mi glorioso patriarca san Ignacio, porque le comunicó Dios su espíritu, siguió sus pisadas, copió con puntuales imitaciones los ejemplos de sus virtudes y se alimentó toda su vida con la leche de su doctrina; ilustrándola los de la Compañía de Jesús con las luces de la fe para recibir los cristales de la gracia del bautismo y para subir a una altísima perfección cristiana, que como piadosamente esperamos, fue coronada en su muerte con una eternidad de gozos. Toda su vida fue ordenada a la mayor honra, gloria de Dios y provecho de las almas; procurando templar los rigores de la suprema justicia con el ejercicio de heroicas virtudes, con oraciones, clamores y penitencias; ofreciéndose a padecer mil muertes y mil infiernos de penas porque no se perdiese una sola alma, y exhortando al mundo a la guarda de las leyes de Dios y de la santa Iglesia católica romana con ejemplos de humildad y obediencia, que la hicieron admirable y digna de que se le diese por blasón glorioso el renombre de “obediente” entre los hijos e hijas de nuestro gran fundador y prudentísimo patriarca; que se puede decir tiene mujeres alistadas debajo de su enseñanza, bandera y patrocinio, para hacer guerra al príncipe de las tinieblas en defensa de la virtud y para que se extienda la mayor honra y gloria de Dios por el universo. Las cuales aunque no usan hábito particular, sino el común conforme al uso y costumbre de las tierras por justos respetos, y con especialidad porque la ardiente caridad de mi padre san Ignacio era hija de la de Dios, de quien dice el apóstol san Pedro “que no era aceptador de personas”, [Apostilla: Acto 2] porque a todos abrazaba y abrasaba su amor encendido sin exceptuar nación, sexo, estado, calidad, ni forma exterior de vida; como se fundase ésta en el temor de Dios y en la guarda perfecta de los mandamientos del supremo legislador que da título “de madre y hermanos suyos en su evangelio a los que oyen su voz y guardan con exacción sus preceptos y divinos consejos”. [Apostilla: Lucas 2] Esta filiación y hermandad fundada en la imitación de Cristo Jesús compone en la tierra una Compañía tan numerosa cuanto lo es toda la militante Iglesia, y tan fuerte que es y ha de ser incontrastable a todos los ejércitos y poderíos infernales. Y para su mayor confusión se va trasplantando y extendiendo en aquella misteriosa ciudad y feliz patria de los ciudadanos celestes, donde en perpetuos júbilos rinden a su creador inmortales gracias, reconociendo a Jesús por su único capitán y a san Ignacio por alférez de su Compañía, todos aquellos y aquellas que imitando a Cristo le han escogido por patrón en esta vida, ajustándose a los consejos y reglas que nos dejó en los ejemplos de sus obras y en los seguros fundamentos de sus escritos.

[90] No pretendo con decir esto fomentar la otra desordenada devoción de algunas mujeres seculares tan vanas como noveleras, que con visos de conseguir acomodadas y singulares asistencias, y aun indebidamente y desproporcionadas estimaciones, se prohíjan ambiciosas por su antojo en las religiones y se precian inconsideradas pertenecer a tan sagradas familias como individuos virtuosos de relevantes prendas, de quienes se hace mucho caso y a quienes se debe mucha veneración y respeto por sus personas y por lo que honran a los templos con su asistencia; ostentando sin título ni derecho su aparente filiación, divididas en parcialidades de disensiones y discordias con el nombre, blasón y glorioso timbre de “dominicas, franciscas, agustinas, carmelitas, o jesuitas y de la Compañía de Jesús”. Adviertan estas inocentes y poco advertidas almas, que no hay ni puede haber derecho ni título de mujeres jesuitas, ni que puedan ser ni aun apellidarse con propiedad y rigor de la Compañía de Jesús sin disonancia al instituto de nuestro padre san Ignacio, que no quiso fundar colegios de religiosas y mucho menos juntas de mujeres seculares que estuviesen a cargo y gobierno de la religión, y a quienes se debiese con especialidad asistir en particular, sino en común, como a todas las demás que entran en nuestras iglesias con voluntaria y frecuente aplicación para más aprovecharse. Si bien no se opone a este prudente dictamen el que se pueda y deba cuidar con mayor desvelo y alguna especialidad a las que pareciese ser gusto de Dios se les asista con más cuidado, por ser mayor su necesidad o por ayudarlas en los grandes deseos que muestran de subir a la perfección por la imitación de Cristo y de sus santos, con determinado y escogido director y maestro en lo humano para mejor negarse a sí mismas y hacer en todo la voluntad de Dios, significada por la voz y dictamen de sus ministros. Catarina desde su niñez determinó seguir a Jesús hasta morir crucificada con él en una cruz, y para alcanzarlo se sujetó en el gobierno de su alma al dictamen de un confesor, como lo observó por todo el discurso de su vida, escogiéndole ya en una, ya en otra de las sagradas religiones o entre las luces refulgentes del clero, como lo diré con mayor extensión en su lugar. Pero la dirección de la Compañía de Jesús fue la más usual, frecuente y persistente en todas las edades de su admirable y extraordinaria vida, por especial afecto que tuvo a mi religión; emanado del que tuvo a mi padre san Ignacio, quizás infuso y don graciosamente recibido de la benéfica y liberalísima mano de Jesús que la inclinó y movió a escoger a su valeroso alférez por particular abogado, guía, patrón y ejemplar maestro en el camino de la cristiana perfección. Y por haberle imitado y obedecido a su voz en la enseñanza y doctrina evan-

gética predicada y administrada por sus hijos, mereció el glorioso blasón de “hija en espíritu del gran patriarca san Ignacio”. Y por este respecto lo pueden verdaderamente merecer y conseguir las que preciándose de amadoras de Jesús imitaren y ejercitaren las virtudes de este glorioso santo, que las mirará con relación de “hijas suyas”, y lo serán en espíritu por imitación, semejanza y participación de sus perfecciones y de las de su capitán Cristo Jesús que es el *non plus ultra*<sup>47</sup> de la santidad, a quien siguieron e imitaron todos los santos del cielo y debemos seguir e imitar los que profesamos la fe en la tierra, para ser participantes de sus infinitos y eficaces merecimientos, a quienes corresponde la posesión de la felicidad eterna.

[91] Y no acaso, sino con grande misterio —para mí— ha favorecido Dios a nuestro santo patriarca, mostrándole a muchas almas escogidas y contemplativas —de que ofrezco dar varias pruebas— con el estandarte real y triunfante bandera de Jesús, ya en la celestial Jerusalén entre los santos y cortesanos del cielo, ya en la tierra conquistando almas para Cristo, ahuyentando y confundiendo demonios, que como rebeldes y obstinados enemigos de Jesús se oponen al valor y poder de la gracia, ganando esclavos de todos estados para poblar su eterno cautiverio, del uno y del otro sexo. Y en su oposición admite el valeroso alférez de Jesucristo debajo de sus banderas, hombres y mujeres de todos estados. No las quiso enclaustradas, ni divididas en escuadras u ejércitos como viven las demás religiosas que resplandecen como estrellas o fragantes rosas y azucenas en los jardines de la Iglesia; pero las admite debajo de su patrocinio y las honra con el nombre de hijas, con tal que imiten a Jesucristo, vivan recogidas y encastilladas en sus propias casas de donde salgan sólo por necesidad, armadas de tanta pureza, temor y obediencia a Dios y a sus ministros, que puedan competir con los claustros más sagrados, llevándose la gloria de sustentar como esforzadas amazonas las batallas contra el mundo, Demonio y carne; combatidas de los ejércitos enemigos, cuando más cercadas de ocasiones y rodeadas de riesgos y peligros que trae consigo el bullicioso concurso de los hombres. A éstas no les negará san Ignacio el nombre de hijas, como ni Jesús el de “madres y hermanas suyas”. Y a la verdad merecen semejantes almas el blasón de columnas edificativas y el de valerosas amazonas en la militante Iglesia, que ayudan con sus obras y oraciones a los soldados y ministros de Cristo. Como lo merecieron las otras santas mujeres que siguieron al Señor hasta

---

47 “No hay nada más allá” o “Nada más allá”.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>

verle crucificado y ayudaron a sus apóstoles y primeros compañeros, como lo dio a entender san Pablo cuando escribió a los romanos: “Saludadme a María, que ha trabajado mucho con nosotros”. [Apostilla: Epístola de san Pablo a los romanos 6] Las cuales palabras —dice san Crisóstomo— que se deben de entender del buen ejemplo que daba con la observancia de los preceptos y consejos del divino maestro [Apostilla: san Crisóstomo Homilía 60, *de Juan*], y del trabajo que tenía esta apostólica mujer en enseñar la doctrina cristiana a sus hijas y criadas; porque es propio de este sexo filosofar en su casa y no en público, dentro ni fuera de la iglesia, que este oficio es muy ajeno de su estado y profesión, como lo atestiguó el mismo apóstol escribiendo a su discípulo Timoteo: “No permito que las mujeres enseñen, sino que aprendan en silencio y humilde sujeción”. [Apostilla: Primera epístola de san Pablo a Timoteo, 2] Este era el instituto de las primeras discípulas de Jesús, que oían su voz y guardaban sus preceptos instruidas de los apóstoles y primeros compañeros de Cristo. Y esta es la obligación de las que se precian de tener por padre y maestro a mi glorioso patriarca, que enseña a sus hijos e hijas la observancia de la ley atendiendo en primer lugar a las obligaciones de su profesión y estado, y que no se entremetan en el oficio de predicadores porque no hierren en ello.

[92] Una de estas fue la venerable Catarina de San Juan, la más insigne y la que merece en estos tiempos el nombre de “capitana de mujeres recogidas”. Hizo gala de una sujeción humilde a Dios, a su ley y a sus ministros, y esta obediencia la sublimó a ser discípula de Cristo y de la Compañía de Jesús, y patrocinada de la bandera de mi padre san Ignacio subió con brevedad y felicidad a conseguir el renombre de “obediente entre los más humildes”, porque desde su niñez vivió hundida en la profundidad de su nada. Antes y después de ser bautizada escogió por título y blasón glorioso el de “esclava”, no de Dios ni de María santísima, porque se tuvo por indigna de tan hermoso blasón, sino el de “sierva de sus creaturas”, apellidándose “esclava de los esclavos de la primera Compañía de Jesús”, cuando la Sagrada Familia la admitía y honraba con el renombre de “hija querida”, como lo dejo insinuado en el primer libro. De donde se colige la recta y alta intención con que obraba, no sólo por Dios sino a Dios, reconociéndolo en sus creaturas y a éstas como siervas suyas de quienes se confesaba “esclava” por su señor y su señora. Con este concepto humilde que formó desde entonces en su propio conocimiento, vivió toda su vida tan resignada en la voluntad de Dios a quien consideraba en sus creaturas, que correspondieron siempre sus obras al glorioso timbre de “esclava de los esclavos

de Cristo”. Luego que injusta y violentamente cautiva fue arrancada de su propia tierra y patria y trasplantada en los amenos y floridos jardines de la Iglesia, se resolvió a hacer la voluntad de su creador sirviendo como esclava a sus amos, que fue el consejo o precepto que dio san Pablo a los de Éfeso cuando les dijo: “Que obedeciesen a sus amos y señores temporales con temor, temblor y sencillo corazón como a Cristo, de quien emana toda potestad”. [Apostilla: Epístola de san Pablo a los efesios, 6] Y era esta servidumbre de Catarina tan voluntaria, que pleiteaba con sus padrinos y amos porque la trataban como a hija y señora y no como a esclava de sus esclavos. Después que la declararon por libre, profesó la misma voluntaria esclavitud con los dueños de las casas donde vivió, con los médicos y con su marido en todo lo que no era contra la voluntad de Dios. Fue tan conocida esta perfección en Catarina de los que vivieron con ella, que para obligarla a tomar el necesario sustento en los desfallecimientos de sus enfermedades y para que desistiese de sus ayunos y penitencias, no gastaban más razones que decirle: “Mira que es voluntad de Dios porque lo ha mandado tu padrino, tu marido, tu casero, el médico o el confesor”. Y luego la obediencia le daba fuerzas y aliento para ejecutar imposibles, echándose a pechos los cálices más amargos que sabía por experiencia le eran nocivos y que los había de lanzar con ansias y congojas de muerte. Todo el libro primero, este segundo y la historia toda está llena de admirables testimonios y pruebas de la suma perfección de su obediencia, fundamentada en el conocimiento propio de su indignidad y en la obligación de la ley de Cristo que profesaba, perseverando firme y constante en su perfectísima observancia sin dejarse llevar de las vanas persuasiones, consejos falsos o escandalosos ejemplos con que el Demonio, mundo y carne procuraron arrastrarla en pos de sus desatinadas huellas. Porque tuvo siempre hondamente arraigado el corazón en la voluntad de Dios, en la cual entretenida, pasaba gustosamente los días y meditaba las noches. Como el otro a quien alaba y engrandece el profeta rey con el título de bienaventurado: “Porque tenía el alma, la voluntad y el corazón en la ley”. [Apostilla: Salmos 1] Otros hay que tienen la ley en el corazón y no el corazón en la ley; porque la conocen y no la ejecutan, la alcanzan y no la observan; y así traen sobre sí la ley y la ley no los lleva a ellos; andan los miserables cargados y no aliviados; tienen por pesado el yugo del evangelio, porque sienten su peso y no la ayuda, antes viene a ser causa y ocasión de mayor condenación en la otra.



## *2. Prosigue la materia de su obediencia a los preceptos divinos y sujeción a sus confesores*

[93] Donde más resplandecía esta virtud de Catarina fue en la sujeción a los confesores y padres de espíritu. Porque los miraba como vicarios y ministros más inmediatos a su creador, para entender la divina voluntad y para saber lo que había de creer y obrar. A su dirección subordinó el libre albedrío, no sólo en las cosas a que podía su propia voluntad aficionarse, sino en las más opuestas a su inclinación y gusto, anteponiendo siempre los empleos de su propia obligación y estado. Su principal cuidado era saber los preceptos de la divina ley y de la santa Iglesia y el modo con que debía guardarlos, no admitiendo la delicadeza de su espíritu la más mínima culpa venial con advertencia, ejecutando al pie de la letra el aviso del Señor en que por san Mateo nos manda: “Que no traspasemos el más mínimo precepto ni la más pequeña circunstancia de sus mandamientos”; figurado lo uno y lo otro por la jota y su tilde. Se saboreaba gustosa esta sierva de Dios con la guarda de los divinos preceptos, como el santo rey David cuando hablando con la suprema majestad, decía: “¡Oh, piadosísimo Señor! ¡Qué dulces son para mí vuestras palabras! ¡Qué gustosas las órdenes que me mandáis ejecutar! ¡Qué deleitosas las leyes que me imponéis! Más dulces son que la miel, que el almíbar, que la ambrosia y néctar, vuestras leyes y divinos mandamientos”. [Apostilla: Salmo 118] Por esto Catarina, cuando los confesores le decían “que bien podía hacer, si quería, lo que les proponía”, les replicaba: “Que ella no tenía juicio, ni voluntad para escoger ni determinarse, que como a bestia la pusiesen en la ocupación y que si no acertase en la ejecución de la tarea y trabajo, le ayudasen con el freno y la espuela”. La comunicación que tenía con los confesores dentro y fuera del confesionario, se ordenaba principalmente a saber lo que había de obrar y ejecutar para guardar perfectamente los preceptos de Dios. Y así conseguía el no ofender a la divina majestad como le ofendían los fariseos hipócritas y ceremoniáticos que escrupulizaban mucho en tragarse un mosquito y no en engullirse un camello; o como los otros sus opuestos, que no tragan el elefante de una grave culpa por no ahogarse y no reparan en beberse innumerables mosquitos de pecados veniales, como si no estuviera prevenida para su castigo la horrorosa y espantosa cárcel del purgatorio, por ser ofensas e injurias cometidas contra el supremo legislador; y como si no fueran disposiciones para el pecado mortal, que es el que destruye y quita la vida al alma y precipita al infernal abismo. Por la cuidadosa vigilancia con que esta



esclarecida virgen procuró la observancia de la ley, la conservó Dios en su gracia hasta el último instante de su vida desde que recibió el agua del bautismo, como lo dejó insinuado en otro de los capítulos de esta historia. Y la preservó la divina misericordia de pecados veniales advertidos, de manera que con dificultad diera materia suficiente para la absolución, si no nos valiéramos los confesores de las inadvertencias, descuidos y las demás culpas ligeras que están anexas a esta vida mortal, agravadas en el concepto de su propio conocimiento en que se tenía por la mayor pecadora del mundo y que aun sus obras buenas iban llenas de imperfección y malicia. Sobre esta observancia de la divina ley se fundó la perfección de la obediencia en que resplandeció esta sierva de Dios. Y si escudriñamos los espíritus a las luces de los evangelios, hallaremos que son espíritus hipócritas los que ostentan resplandores de perfección entre mentirillas, ficciones, fruncimientos y afectadas ceremonias. A estos suele castigar Dios con públicas y ruidosas caídas para que conozcan y den a conocer su oculta soberbia y embozada malicia.

[94] No es fácil ponderar ni aun explicar, la puntual exacción con que esta sierva de Dios velaba en la perfecta observancia de la ley de Cristo y de los preceptos de su santa Iglesia. Del discurso de su santa vida se puede inferir, pues en toda ella se procuró conformarse con su santísima voluntad y ajustarse a sus rectísimas leyes. Y para ejemplar puede servir con especialidad el modo y cuidadosa vigilancia con que satisfizo al mandamiento de asistir al santo sacrificio de la misa, de que traté ya en el primer libro. Pero no dije cómo aquellos deseos y afectuosas ansias de guardar la ley de Cristo le obligaban a ir a la iglesia muchas veces como arrastrada, atropellando con los gravísimos accidentes de sus enfermedades y con las inclemencias de los tiempos, que mancomunadas con los desfallecimientos de su débil y quebrantado cuerpo, no sólo la excusaban sino que en lo natural le impedían salir de su casa y pobre albergue para ir al templo y dar cumplimiento al precepto de oír misa. Le aconteció varias veces en días de continuada y copiosa agua, por no quedarse sin misa, arrojarse a la calle entre tupidos y borrascosos aguaceros que causaban en las encrucijadas ríos de avenidas y en los basureros atolladeros de asquerosos lodazales, y llegar a la iglesia sin mancha de lodo y sin mojarse, concurriendo Dios por sí y por sus ángeles con prodigios de su omnipotencia a la calificación y aprobación de la resolución valiente y santo celo de su querida esposa, determinada a la puntual y perfecta guarda de los mandamientos de su católica Iglesia.

[95] En el tiempo de su prolija y penosa vejez, uno de los que fueron sus confesores que al presente vive, cuenta y dice: “Que atestiguará siempre

que fuere preguntado lo que le sucedió con esta fervorosa cristiana esposa de Jesucristo. Y fue, que atendiendo a la flaqueza y debilidad de su anciano y cansado cuerpo, inhábil ya para muchos de los virtuosos ejercicios, le prohibió entre otros el ir a la iglesia en los días de mucha agua y lodo, cuando sin gravísima incomodidad y trabajo no pudiera andar por las calles ni llegar al templo”. Oyó Catarina la voz de su confesor como voz de Dios. Y así levantó el corazón a su Majestad, y con la voluntad y deseo fervoroso de observar los divinos y eclesiásticos preceptos, le dijo: “Señor, ¿por una parte nos mandas la exacta observancia de tus mandamientos y los de tu santa Iglesia y por otra parte nos imposibilitas la ejecución y observancia?” Le respondió luego su divino y querido amante: “Gusto tanto esposa y amada mía el verte en mi casa con ese ardiente celo de la guarda de mi ley, que en los días siguientes dispondrá mi omnipotencia que llueva de noche y que los días amanezcan serenos y exentos de agua, para que puedas ir y volver de mi iglesia”. Comunicó la sierva de Dios esta noticia y amorosa respuesta de su dios al insinuado confesor y observó éste, con no menos cuidado que admiración, que no llovía de día, continuándose por mucho tiempo las aguas de noche tan fuertes y abundantes que parecía que eran enviadas del cielo para lavar las calles y dejarlas limpias del lodo y de todas las demás inmundicias, porque no careciese su sierva de la dulzura y gustoso deleite que experimentaba en la exactísima observancia de los preceptos de Dios y de su santa Iglesia.

[96] No prueba menos el cristiano celo de la observancia de la ley de Cristo que vivía ardiente y fervoroso en el pecho de Catarina, lo que le sucedió en los últimos años de su cansada, trabajada y bien arrastrada ancianidad en que viéndola tan débil un caritativo eclesiástico y religioso afecto suyo, tomó por su cuenta y anual empleo de su encendida caridad pedir a los señores de la más ilustre y principal parroquia de esta muy noble ciudad, a quienes pertenecía esta mansa, humilde y escogidísima oveja, permiso y licencia para que la sierva de Dios cumpliera con la santa Iglesia y su precepto de la anual comunión en el templo más cercano a su casa. Pero aunque lo conseguía todos los años, representando suficientes y justas causas, y entregaba a Catarina por escrito la licencia y voluntad expresa de su propio párroco; nunca usó de ella porque nunca gustó de interpretaciones y dispensaciones en la guarda de la ley, cuya observancia tanto es más meritoria y agradable a Dios cuanto es más puntual y costosa. Aprendan de esta exacta obediencia de la sierva de Dios la perfecta y debida observancia a los

mandamientos de Dios y de su santa Iglesia, las personas que por gravedad, comodidad y afectado recogimiento buscan favor, causas y aun pretextos fingidos o imaginados, para singularizarse entre los cristianos en ser menos fieles en la guarda de la ley de Cristo.

### *3. Prosigue la misma materia y perfecta resignación en el divino querer*

[97] Mostró Catarina ser buena cristiana, vigilante esposa y verdadera amadora de Jesús en guardar perfectamente los mandamientos del supremo legislador que dijo por sus evangelistas: “Que la guarda de su ley [Apostilla: Juan 14] era prueba real de nuestro fino y verdadero amor y la única puerta para entrar en su reino y celestial corte”. [Apostilla: Mateo 19] Por estas señas podemos calificar a nuestra recomendada Catarina de fina amante de Cristo y de gloriosa ya en la triunfante Iglesia, cuya felicidad se nos propone por eterna corona si guardaremos todos los justos y santos preceptos de la ley que profesamos; como lo observó esta sierva de Dios sin atender a si lo mandado era áspero o suave, si era conforme o contrario a su natural inclinación; si se lo mandaban con blandas y cariñosas palabras, o desabridos y desdeñosos semblantes. Toda su desvelada atención se ordenaba y reducía a saber y entender cuál fuese la voluntad de su dios, con quien estaba conforme y unida perfectamente para no apartarse de su único amado ni de su santísima voluntad. No pudiera yo explicar mejor ni bastantemente esta conformidad y debida resignación en el divino querer, sino es valiéndome de los símiles y comparaciones de que usaba la sierva de Dios para declarar los secretos de su conciencia y del dichoso estado de su inocente y purísima alma.

[98] Decía Catarina: “Yo me hallo en presencia del Señor y de mis confesores como una perrita que está a la mesa de su dueño”. Quería decir “que con la humilde lealtad que un perro asiste a la mesa de su señor, que de cualquier suerte que le arrojen la comida, la recibe de buena gana; ahora le den carne, ahora hueso, ahora le tiren el pan en mucha abundancia o en poca, duro o tierno, entero o partido. Todo lo recibe con alegre semblante y lo come con mucho gusto”. Así la sierva de Dios, como leal y humilde perrita, todo cuanto le venía de la soberana mano de su creador lo recibía con semblante muy apacible. El favor, el desdén, el azote, el regalo, la pena, la gloria, la blandura y la aspereza. Y por esta indiferencia y resignación en la voluntad de su señor alcanzaba de su Majestad todo cuanto deseaba y pretendía. Así

como la otra piadosa mujer que a Cristo pedía la salud de su endemoniada hija, a quien respondió al parecer extrañamente acedo<sup>48</sup> el Señor, dándole nombre de perro [Apostilla: Mateo 25<sup>49</sup>] —porque como advirtió san Pedro Crisólogo iba en ella catequizando y enseñando con la aspereza de los rigores a los que habían de profesar ser siervos suyos—. [Apostilla: san Pedro Crisólogo, sermón 100] Y ella consintió en el título, diciendo: “Que pasaba por el nombre que le daba su dueño y que como perrita pretendía sustentarse de las migajuelas que se caían de la mesa de los hijos, que suelen ser el sustento de los perros”. Y por esto que dijo e hizo esta humilde mujer, dice san Marcos que consiguió todo lo que pretendía, mereciendo oír de la boca del divino maestro aquellas benignas palabras: “Por eso que has dicho, ve que ya el Demonio ha dejado a tu hija”, [Apostilla: Marcos 7] para enseñarnos a todos cuánto gusto tendrá de que nos vistamos de humilde lealtad para andar en presencia suya y conformarnos con su santísima voluntad.

[99] De aquí nacía en Catarina aquel continuo ejercicio de resignación y conformidad con la voluntad de Dios, perseverando sin cesar su corazón y lengua en actos virtuosos pertenecientes a esta celestial virtud, diciendo a su creador: “Hágase Señor en la tierra de mi corazón tu santísima voluntad, como se hace en el cielo”. Y con esta verdadera y perfecta unión de su voluntad con el divino querer, se deleitaba y entretenía sabrosa y gustosa en el ejercicio de todas las demás virtudes, sirviendo y amando a su dios en lo próspero y en lo adverso, rindiéndole infinitas gracias por lo dulce de los favores y lo amargo de los desdenes, alabándole y glorificándole con igual y alegre semblante; ya la levantase a lo más alto de las estrellas, ya la abatiese a los más profundo de los abismos, ya la tratase con lo suave de la blandura, ya la ejercitase con lo más riguroso de las enfermedades y lo más tempestuoso de las calamidades; porque todo su fin, sus anhelos y ansiosos deseos se ordenaban a ejecutar la divina voluntad. Y de aquí le nacía también aquel puro, desinteresado y agradecido amor con que respetaba y amaba a sus confesores en Dios, para Dios y por Dios. Porque como ella decía: “Éstos son los que me encaminan y guían, refrenan y me enseñan con seguridad cuál sea la voluntad de mi amado y cómo quiere su Majestad que le sirva y que le ame”. Estas señas nos dejó la sierva de Dios para que conociésemos la bondad de su espíritu e imitásemos la verdadera cristiandad de su santa vida.

---

48 Áspero o antipático.

49 El capítulo signado es inexacto. La referencia correcta es Mateo 15, 21-28.

[100] De aquí nace, que por falta de estas mismas señas, no alabamos ni alabaremos en tiempo alguno aquellos espíritus que con las sequedades, trabajos y penalidades que Dios les envía se deshacen, se consumen y cesan en el divino servicio, cuando debían darle infinitas gracias; pues lo ordena y dispone todo para honra, gloria suya y bien de sus creaturas. Pero aún peores parecen los otros amadores de sí mismos, que con los favores y regalos del mismo Señor abren puerta en su corazón al desvanecimiento, se engríen, se hacen intratables y aun insufribles a Dios y a los hombres por su vana soberbia. Malas propiedades son estas para el terreno de corazones que se dedican a servir y amar a su creador; pues con la demasiada abundancia de la prosperidad hacen lodos y pantanos que los detienen, y con la sequedad le resuelven en vano y vago polvo que los ahoga, hace inconstantes y priva de la firme lealtad que deben profesar como buenos cristianos y fieles siervos de Dios. El espíritu de Catarina nos puede servir de ejemplar para saber amar y servir a nuestro dios y señor; pues amó con tal fineza y lealtad a su soberano dueño que no admitió tibiezas en la puntualidad de sus obligaciones porque se le representase desdeñoso el semblante de su señor, ni dio entrada al desvanecimiento por lo apacible de su rostro. En cualquier estado que le ponía, en cualquier ministerio que le entregaba, lo ejercía gustosa y admitía risueña; con el mismo semblante e igual rostro recibía lo próspero que lo adverso, lo amargo que lo dulce y apetecible. Cuando Dios la levantaba y colocaba en lo encumbrado de la prosperidad, se portaba tan quieta y tan humilde como si la abatiera a lo más profundo de las adversidades. Si la anegaba en los más hondos abismos de los temporales infortunios no se desesperaba, no perdía el ánimo y la confianza; porque en medio de esas procelosas tempestades y temporales tormentosos más parecía norte que nave, permaneciendo sosegada y en tanta tranquilidad que se echaba de ver estar Dios en ella y ella estrechamente unida con Dios.

[101] De la misma metáfora y comparación de la nave se valía Catarina para explicar su indiferencia y perfecta resignación en la divina voluntad, diciendo muchas veces a sus confesores: “Está mi corazón alterado como un navío en medio de las olas y tempestades del mar, combatido de contrarios fuertes vientos pero siempre afirmando que teme y reverencia a Dios; clamando y pidiendo misericordia para que se haga en mi alma la divina voluntad”. Semejante resignación notó Teodoreto<sup>50</sup> en el profeta Jonás

---

50 Teólogo de la antigua escuela de Antioquía, en el siglo v.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>  
2019.

cuando, preguntado de los marineros y pilotos que a qué dios servía para aplacarle con ruegos y moverle con lágrimas a refrenar el colérico y tempestuoso elemento, respondió: “Yo con temor y temblor venero y reverencio al dios que reside en lo alto del cielo, el cual es supremo opífice del mar y de la tierra”. [Apostilla: Jonás 1] Sobre las cuales palabras dice el ya citado autor: “¿No advertís cómo aun en medio de las olas y tormentoso temporal, el que está sentenciado a muerte no cesa de alabar el poderoso brazo del Señor por hacedor y causa de todo lo creado?” Pues saquemos de aquí, cómo por ningún caso ni suceso hemos de dejar de servir y alabar a Dios. En medio de las mayores olas y tempestades le hemos de agradar y engrandecer, y cuando más nos regale con favores no nos hemos de ensoberbecer; imitando a esta sierva de Dios, que arrojando de sí todo amor propio se juzgaba como una nave combatida de contrarios y violentos vientos surcando el piélogo tempestuoso de esta mortal vida, con la vista siempre fija en la aguja de marear<sup>51</sup> de la ley divina y de los consejos evangélicos, y con la subordinación del timón de la razón y el farol del entendimiento al dictamen y parecer de sus confesores, fieles intérpretes de la divina voluntad y vicarios de Jesucristo. Con la perfecta resignación de su voluntad en estos sabios y experimentados pilotos, se arrojó al mar y se entregó a las olas de la peligrosa navegación de esta miserable vida, determinada a servir y agradar en todo y por todo a Dios, sin otro fin ni interés que conformarse con el divino querer.

[102] Aún más usaba la sierva de Dios para explicarse de la comparación de una tabla limpia y rasa expuesta a la voluntad del soberano pincel, diciendo: “Está mi corazón como una tabla en blanco, pronta a la voluntad de su pintor para que imprima, dibuje, bosqueje, delinee y pinte en mí cuanto quisiere el Señor, sujeta en todo a la libertad de sus pinceles; deseando y proponiendo por instantes no retroceder de su gusto, ni exceder en la más mínima cosa de su divino querer. Ahora pinte las glorias de sus favores y regalos, que yo las recibiré humilde y abrazaré rendida; ahora pinte las penas de un purgatorio de azotes y rigores, que para mí todo será gusto, consuelo y gloria; ahora pinte los ardores eternos y crueles martirios del infierno, que en medio de ellos lloraré y confesaré mi maldad, y alabaré y engrandeceré su santa y recta justicia. Porque no reina en mi alma otro afecto que el de hacer la voluntad de mi amado y no ofenderle”. Y esto significaba aquel

---

<sup>51</sup> Es decir, la brújula.

práctico ejercicio de amar a Dios, continuado hasta el último instante de su vida, expresado con tiernas y fervorosas voces, diciendo: “Hágase en mí la voluntad de Dios como se hace en el cielo. Como yo no me aparte de mi querido amante, vengan penas, trabajos, tormentos y pelee contra mí todo el infierno. Como el Señor esté conmigo, vamos donde quisiere, que segura estaré entre los ejércitos de demonios, porque no tienen poder para impedir la voluntad de su creador y mi redentor”. Toda la vida de esta sierva de Dios está llena de estos generosos afectos y testimonios de esta verdad. Pondré aquí un sólo caso y muy suficiente para que conste claramente con las veras que prorrumplía en estos heroicos afectos.

[103] Permitía el Señor muchas veces para mayor merecimiento de su sierva y confusión del infierno que los ejércitos precitos pusiesen en prisiones de obscuridad y martirios a esta su querida esposa, pretendiendo persuadirla de que ya era suya, que se la había entregado el justo juez de vivos y muertos, que estaba ya condenada a las mazmorras eternas para servir, sufrir y obedecer a su príncipe Lucifer. Les respondía: “No os creo porque sois autores de la mentira y enemigos de la verdad, pero si fuere esa la voluntad de Dios, pronta estoy a ejecutarla gustosa, porque no suspira ni anhela mi corazón otra cosa que el que se haga su santísimo querer en la tierra, en el purgatorio y en el infierno como en el cielo. Y allí, si quiere enviarme a vuestro cautiverio, allá le tengo de alabar y glorificar, y le he de rogar que os obligue a engrandecer y ensalzar su infinito poder y recta justicia”. Con esta respuesta de tan perfecta resignación se enfurecían los demonios y pretendían con crueles martirios consumirla. Y en una de estas ocasiones le embistieron con tan rabioso coraje, que asiéndola unos con sus uñas de bestias fieras y otros con garfios de hierro la llevaban arrastrando a su tenebroso centro con grande algazara y confusión de voces, que ostentaban un fingido triunfo de haber conquistado a esta alma tan escogida y favorecida de su creador. En esta terrible tribulación y diabólico raptó levantó la voz, mirándose Catarina bañada en sangre y hecha un san Lázaro de llagas y dolores, y dijo a sus enemigos: “¡Esperad! aguardad, no me llevéis soberbios y vanamente presumidos sin ponerme delante del justo juez, mi amado y fino amante, y de su santísima madre, que si fuere esa su voluntad y os dieran licencia para arrebatarme, yo os seguiré gozosa de que hago la voluntad de Dios hasta en los infiernos”. En esta altercación de los demonios que obstinados la arrebataban y del alma que deseaba saber la voluntad de Dios para ejecutarla, se halló en el tribunal de la divina justicia donde vio a su querido Jesús con representaciones de justo juez y a María santísima



con apariencias de benignidad, y con demostraciones de madre de piedad y clemencia. Y preguntándole el Señor desde su majestuoso trono “qué había hecho para que la maltratasen los infernales espíritus”, respondió: “Señor, yo no he hecho cosa buena. Pero tú me compraste con tu preciosísima sangre y esta señora que está a tu lado dice que es mi madre; y si el valor de tu santísima sangre y la intercesión de esta soberana reina que está presente, no me valen, no tengo que alegar ni fundamento en que estribe mi confiada esperanza. Y así, si mandas que me lleven a su cautiverio los ministros de tu justicia, hágase en mí tu santísima voluntad con tal que yo te alabe y no te ofenda”. Le dijo entonces el Señor: “No temas hija, que estás debajo de mi protección y no hay quien pueda apartarte de mí, porque no hay poder contra mi poder”. A esta voz se desaparecieron los enemigos soberbios. Y nos podemos persuadir que se arrojarían precipitados a la obscuridad tenebrosa de su abatido centro como en su primera caída, al entonar el glorioso arcángel san Miguel aquella poderosísima palabra: “¿Quién como Dios?”; que en su efecto pareció más trueno desatado de un nube preñada de la ira de Dios, más rayo abortado de su airada y divina justicia que palabra despedida de una boca angélica. Catarina se halló libre, agradecida y hundida en el abismo de su nada, y le pareció que se guarecía debajo de las sillas del imperial y majestuoso trono donde quedaba asegurada por la protección del Altísimo e intercesión de su santísima madre, que la libraban y habían de librar de todos sus enemigos.

## CAPÍTULO 9

DE SU PERFECTA OBEDIENCIA A LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS Y CÓMO SE SUBORDINABA EN LAS INSPIRACIONES DEL CIELO Y EN LA FRECUENCIA DE SUS COMUNIONES AL PARECER DEL PADRE ESPIRITUAL

*1. De la ciega y discreta obediencia con que se subordinaba al parecer de sus confesores en todas las cosas y con especialidad en las inspiraciones del cielo*

[104] Con el mismo desvelo y vigilancia que guardaba esta sierva del Señor los preceptos de la ley, atendía a guardar los consejos evangélicos. Y como en el concepto de su humildad se tenía por tan ignorante, desconfiando de sí

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>



y deseosa de hacer en todo la voluntad de Dios, subordinaba a la dirección del confesor que la gobernaba el dictamen de la razón y la inteligencia de las inspiraciones del cielo, con tanta abnegación de su voluntad propia que se prevenía con el parecer de su padre espiritual aun para ejercitarse en las cosas de religión, caridad y mortificación. Y así no daba paso sin su parecer a visitar enfermos, oír misas, rezar, ir por las iglesias a ganar jubileos e indulgencias. Y finalmente, para todas las demás obras de virtud y penitencia siempre se armaba con el mérito y seguridad de la obediencia a sus confesores, con cuyos preceptos y consejos quedaba sosegada en sus dudas y temores, y caminaba segura en el ejercicio de sus obras cierta de que en todas hacía la voluntad de Dios y no la suya. Efecto de esta determinación era aquella constante perseverancia con que hasta los últimos días de su vida no abrió ni respondió a papel ni carta sin licencia expresa de sus confesores, a los cuales se las enviaba cerradas y respondía por su mano o con sus mismas palabras. Con esta misma resignación y subordinación comía, vestía, gastaba y recibía cuanto ganaba y cuanto le ofrecían sus bienhechores en el tiempo de su ancianidad, en que impedida y baldada por sus achaques vivía a la providencia, resistiéndose humilde con decir: “Que pediría licencia y ejecutaría lo que le ordenase su confesor”.

[105] Del amor a esta virtud nacía el no visitar ni permitir ser visitada de ningún estado o calidad de personas, y aquella tan humilde como valiente resolución con que remitía a sus confesores todos los que llegaban a pedirle oraciones, consejo o alguna agencia de negocios, diciéndoles: “Yo no tengo otro juicio ni voluntad que la del maestro que me gobierna, ni doy paso ni hablo sin su dirección. Acudan vuestras mercedes a él. Infórmenle —que yo ni aun eso sabré hacer— y ejecutaré lo que su reverencia me mandare”. Finalmente todo el nivel de la prudencia, el compás de la dirección y el reloj de la voluntad de Catarina era el dictamen del confesor, en cosas tan menudas que puede ser ejemplar en la vida religiosa a los más perfectos y freno de discreción a los que en el camino del cielo quieren ser superiores de sí mismos, dando a su propia voluntad el primer lugar en todas las obras de virtud y haciéndose jueces de sus acciones. Esta sierva del Señor desde su niñez, en las cosas que pertenecían a su alma, se gobernó por el consejo y dirección de los confesores, y en las ocupaciones caseras por la voluntad de sus señores padrinos y marido en el estado de esclava y casada. Pero en su viudez, en todo lo temporal y espiritual, miraba como superior y como padre al ministro de Dios que la gobernaba. Por su dictamen regulaba sus obras y palabras. Él era la mano del reloj que le señalaba las horas y las

ocupaciones y ejercicios de su interior y exterior vida, dejándose en sus manos y a su voluntad y juicio, obedeciendo a Dios en sus ministros sin inclinarse más a una parte que a otra; porque andaba igualmente dispuesta y prevenida para todas las cosas que le podían mandar, no inquiriendo causas ni razones de lo que le era mandado. Porque persuadida que la voz del confesor que la gobernaba era la de su dios, no buscaba otro motivo su exacta obediencia que el saber si era o no dictamen y voluntad de su padre espiritual para poner en ejecución todos sus pensamientos. En esta indiferencia y resignación la confirmaba por instantes la eterna sabiduría, porque andando Catarina en un como continuo ejercicio y recurso a la suprema majestad, diciendo lo del apóstol: “Señor, ¿qué queréis que haga para agradaos?”. Le respondía: “Obedece hija a mis ministros, que el que los oye y obedece, a mí me obedece y da gusto”. [Apostillas: Hechos 9, Lucas 10] Con estas repetidas inspiraciones del cielo acudía en todas las dudas, temores y dificultades, a consultar y saber cuál fuese la voluntad de Dios de la boca de su confesor que la dirigía; como lo hacía el pueblo de Israel en sus dudas cuando decía: “Vamos a preguntar a Moisés, que es el que ve y entiende la voluntad de Dios, para que nos la declare”. [Apostilla: 1 Reyes 9]

[106] Este frecuente recurso a sus padres espirituales en todas las ocasiones que se hallaba temerosa o atribulada, manifestó Dios con multiplicadas visiones, regalos y revelaciones cuánto le agradaba por la desconfianza propia y el rendimiento resignado a sus confesores. Dentro de la octava de la Inmaculada Concepción de nuestra Señora andaba toda esta ciudad de los Ángeles alborotada, como acostumbra todos los años, ostentando su devoción con las magníficas fiestas y tan ostentativos festejos, que sin encarecimiento se pueden comparar e igualar con los regocijos más graves y solemnes que se ven y pueden desear en las más augustas cortes para la coronación de los mayores príncipes de la tierra, y en la aclamación de los reyes y cortesanos del cielo; se halló sin confesor con quien comunicar los secretos de su conciencia por haberse pasado su ordinario confesor al colegio de San Ildefonso de la Compañía de Jesús, muy distante de su casa y del colegio del Espíritu Santo de la misma Compañía que era como su parroquia. Y siendo así que por su ancianidad estaba tan corta de vista que apenas distinguía los bultos de las personas que se le acercaban, y tan dolorida y enflaquecida que con dificultad atravesaba una calle para pasar desde su casa a la iglesia, se determinó a ir a ver a su confesor en un día de muchas aguas y lodo, venciendo multiplicados imposibles sólo por oír su voz; y mostró Dios agradaos de esta resolución dándole alientos y fuerzas

para atravesar de oriente a poniente toda la ciudad y llegar al término deseado sin avería y sin descansar en el camino. Y diciéndole el confesor que “¿cómo se había arrojado a tantos riesgos?”, le respondió: “No te admires padre y señor mío, que lo que mucho vale bien es que cueste mucho. No sabré yo explicar el consuelo y fortaleza que recibe mi alma sólo con oír tu voz y atender a tus palabras. Aun el cuerpo resucita y recobra sus juveniles alientos, pues desde que entré en el templo se me ha aclarado la vista de manera que te veo con claridad y reconozco con distinción todo lo que hay en los altares y en toda la iglesia. Y no es esta la primera vez que el Señor me paga luego de contado el buscarte, porque en otras muchas ocasiones que he tomado esta resolución, invocando a los santos mis devotos y a la emperatriz de los cielos, he ido y vuelto del templo sin mojarme ni enlodarme estando actualmente lloviendo, y no experimento estas beneficencias celestes cuando voy a otras partes, aunque me lleve el fin de la caridad y el motivo de la misericordia. Pues como ya te lo he referido muchas veces, todo lo que hago por tu obediencia y parecer me sale bien y me da a entender el Señor lo mucho que le agrado en seguir tus consejos, y me castiga cualquier paso que doy si no va encaminado por tu dirección y obediencia”.

[107] En prueba de esta verdad tenía muy en su memoria, y lo contaba repetidas veces a sus confesores, que en una ocasión, que arrebatada del impulso de la caridad y deseo de socorrer a unos pobres, se fue a la casa de un bienhechor suyo —con esperanzas de volver con alguna limosna que darles—, se volvió a su casa con las manos vacías y llena de espinas su conciencia. Y levantando al cielo los ojos en esta turbación le mostraron una madeja de seda blanca y muy lucida, pero tan enmarañada que mandándosela desenredar no acertaba, y en castigo le dieron en los pies muchos y muy buenos azotes. Con el dolor creció la turbación si bien no entendió el misterio, hasta que queriendo dar cuenta al confesor de lo que había hecho y de los pasos que había dado sin su licencia, se halló embarazada para explicarse, pareciéndole que paliaba con el motivo de caridad la falta de lo que había obrado sin licencia. Y en esta aflicción le explicaron la visión de la madeja enmarañada diciéndole: “Que en la blancura de la seda enredada le daban a entender la limpieza de su conciencia e intención embarazada para declararse con el confesor; en los azotes, el castigo que merecían los pasos que dio sin licencia”.

Y toda la visión fue prueba y argumento de cuán a su cargo había tomado el cielo la dirección y magisterio de esta esposa querida y escogida del príncipe de la gloria, asegurando toda la hermosura de su perfección en

una entera y perfecta obediencia a sus confesores, que son los intérpretes inmediatos de la divina ley para las almas que gobiernan y Dios les encarga. No pierdan de vista esta doctrina las personas espirituales que, con capa de caridad y pretexto de religión, se introducen a ser demanderas y recogedoras de derramas piadosas con el título de madres, mayordomas o prefectas de congregaciones y cofradías, haciendo granjería de sus oficios; y adviertan que si las lleva a ellos la intención con que va el tratante codicioso a la feria, se hallarán con las conciencias enmarañadas en la hora de la muerte, a que se sigue una rigurosa residencia en el día de la universal cuenta.

[108] En las inspiraciones y avisos que le daba Dios por sí y por sus santos, resplandecía también en Catarina esta piadosa virtud; porque asegurada que era voluntad de Dios que los hombres se gobernasen por los hombres, no ejecutaba las iluminaciones angélicas y divinas sin la aprobación de sus confesores. Llena está la historia de toda su vida de maravillosos ejemplos y pruebas de esta verdad, en que cuando más cercada de celestiales luces y encarcelada entre lustrosos resplandores celestes, aspiraba a las instrucciones e ilustraciones del que Dios le había dado por guía, maestro y director; como el apóstol san Pablo a quien no dio el Señor por bastantemente ilustrado para vaso de elección y acérrimo defensor de la fe, hasta que fuese instruido y catequizado de Ananías, sacerdote y discípulo del Señor, señalado del Altísimo por su maestro [Apostilla: Hechos 9] ¡Oh! cuántas veces con deseo de adelantarla intentaron las virtudes angélicas la perfecta obediencia de esta sierva de Dios, exhortándola y aun provocándola con el cebo de la salvación de las almas, y con el motivo para ella más inestimable que era el del agrado y voluntad de su dios. Pero por más empeñados que se mostraban los ángeles, nunca pudieron hacerle dar paso adelante sin el consentimiento y parecer de su padre espiritual. Pongamos aquí algunos casos particulares y no femos el testimonio de esta verdad de los muchos ejemplos que van esparcidos por toda la historia. En una ocasión se halló enferma, traspasada de dolores y rodeada de innumerables almas del purgatorio y de los pecadores de esta miserable vida, que le hacían presentes los celestiales paraninfos para que rogase y ofreciese por ellos sus oraciones y martirios. Catarina lo ejecutaba con tanto fervor y provecho de los necesitados, que envidioso el infierno concurrió enfurecido a impedir sus devotos clamores y eficaces oraciones, quebrantándola, moliéndola, sofocándola y procurando embarazar con todas sus agigantadas fuerzas, las peticiones y rezos de esta esclarecida virgen. Pero cuanto era mayor la oposición y combate de los enemigos rebeldes, se aumentaba más la gracia y resplande-

cía el divino poder en la esforzada valentía del alma, y no cesaba de rezar y clamorear; ya con la boca, ya con el corazón, ya con la lengua del espíritu, que conservaba Dios en tanto mayor libertad cuanto eran más fuertes las prisiones en que ponía el infierno su delicado cuerpo. En esta sangrienta lucha, los que la asistían la veían batallar con agonías de muerte, ignorantes de la causa de tan violento conflicto. Y así llamaron al primer confesor que hallaron y advirtiéndole éste que Catarina tenía asido el rosario, como que le servía de defensa, y que todo el anhelo del alma en medio de una total turbación de sentidos era por rezar y hablar con Dios y sus santos, le mandó que no rezara, persuadiéndose que toda la batalla nacía de la debilidad que padecía la cabeza, de donde resultaba aquel delirio de su espíritu. Tomó la orden la enferma tan a la letra y tan a ciegas, que instándola los ángeles a que prosiguiese la batalla para bien de los pecadores que estaban en grande peligro de condenarse, y que no la obligaba esta obediencia pues no era ordenada de su propio confesor, respondía Catarina: “Yo no sé en estas circunstancias lo que sentirá mi confesor. El que está presente es ministro de Dios, es su voz, es su vicario, ese me manda que no rece ni hable con su Majestad y así no he de hablar, pedir, ni rezar”.

[109] La tentaban también los demonios astutos, no por probarla, como los buenos ángeles, sino por conseguir su depravado fin de que faltase a la obediencia, mostrándosele como triunfadores y llenos de su vanagloria para que entendiese que estaban vencedores, y que había sido traza y astucia suya el que le mandase el confesor, casual e interino, dejar el rezado. A estos respondía: “Idos de ahí malditos, que yo no he dejado el rezado por vosotros ni por vosotros he de volver a rezar”. El cuchillo de dolor que más traspasaba su alma eran las ánimas benditas, que llenas de aflicción y con representaciones de implacable llanto se le ponían a la vista de rodillas y enclavijadas las manos, pidiéndole con ternuras y lástimas que rezase y pidiese a Dios por ellas. Pero no le pudieron sacar un padrenuestro o una oración del santo sudario, ni una sola avemaría, siendo así que en aquella misma ocasión concurrió el tiempo de tocarse todas las campanas de la ciudad para que todos rezasen las avemarías. Quien conoció el tiernísimo corazón de Catarina y su ardentísima caridad, calificará esta acción no sólo de obediencia ciega sino de mortificación excesiva. En este conflicto y terrible lucha vino el confesor ordinario que tenía experiencia y conocimiento de estas ocultas e interiores batallas, y considerando a la enferma más crucificada con la insinuada obediencia que con todas las penas del infierno, para que respirase su ahogado espíritu le mandó y ayudó a rezar, pedir y

clamar por el mundo y purgatorio, quebrantando con las oraciones de los exorcismos de la Iglesia a las violentas y soberbias potestades del infierno que, confusas y avergonzadas, se retiraron y dieron lugar a más no poder para que el cuerpo de la sierva de Dios recobrase sus fuerzas, y su espíritu soberanas ilustraciones y visitaciones en que le manifestó la suma sapiencia el copioso fruto de su caridad, paciencia y ciega obediencia.

## *2. Prosigue la misma materia y con más particularidad de la subordinación a sus padres espirituales en la frecuencia de los sacramentos*

[110] En otra ocasión en que estando enferma se halló con ardientes deseos de comulgar, correspondió el divino Espíritu a las ansias de su encendido amor, arrebatándola y colocándola en la imperial basílica de la gloria, donde los mismos cortesanos celestes le cantaron una solemne misa, a que asistió Catarina bañada de gozos y celestiales alegrías. Le convidaron en esta solemnidad con la sagrada comunión de los espíritus angélicos, diciendo: “Que se acercase al altar donde se celebraba, para recibir a su señor y esposo”. Fue esta visión con tanta claridad y viveza de especies, que persuadida la sierva de Dios le querían dar a Cristo sacramentado, se excusó y resistió a los ángeles, diciendo: “No señores. No puedo yo comulgar, aunque es grande mi deseo, porque no tengo licencia de mi confesor para comulgar en este día”. Otra vez se halló en la iglesia sin intención ni pensamiento de comulgar porque no era día de los señalados por su confesor para gozar de este favor y grande beneficio. Pero le regaló Dios con tales y tantas visitaciones celestiales, que extática y embebecida con el suave néctar de las divinas beneficencias salió de sí, y arrebatada de los eficaces impulsos del amor a su divino amante se llegó a la sagrada mesa, donde sin saber lo que se hacía, recibió la sagrada comunión y se retiró a uno de los rincones de la iglesia, como solía, para dar las debidas gracias a su redentor. Estando en este devoto ejercicio, le sobrevino la advertencia y conocimiento de que no era aquel día de comunión para ella, y asustada y llena de aflicción y amargura como si hubiera cometido un grave sacrilegio, se levantó de su asiento y arrojándose a los pies del primer confesor que halló desocupado en el templo, derramando amargas lágrimas y esparciendo preciosos ungüentos de dolor y arrepentimiento como otra María Magdalena, dijo su imaginada culpa o su enajenamiento divino con que había comulgado sin licencia y precepto de su padre espiritual.

[111] El confesor con quien se encontró turbada, como no la conocía ni discernía la causa, en lugar de sosegarla y recibirla con suavidad y mansedumbre, se exandeció y azoró colérico, porque no examinó la falta de libertad y malicia que había habido en esta acción o porque no tenía ciencia ni experiencia de semejantes arrobamientos o embelesamientos soberanos, que suelen padecer las almas contemplativas en sus tribulaciones y sobrenaturales abstracciones, que quedando todo lo humano turbado y como embobado, está la superior parte del alma muy despierta y unida con su creador. Le dio el dicho confesor una fuerte reprensión, revistiéndose de toda la severidad y rigor del apóstol, cuando hablando con los sacrílegos atrevidos, les dice: “Cualquiera que indignamente recibiere el pan de la sagrada eucaristía o bebiere indignamente la sangre del Señor, se le hará el mismo cargo que si le quitara la vida”; [Apostilla: Primera epístola de san Pablo a los corintios 11] que así lo interpreta san Juan Crisóstomo y así lo ponderaba este celoso y rectísimo vicario de Cristo, añadiendo las siguientes palabras del mismo san Pablo: “Mire pues el hombre cómo come y bebe, porque cualquiera que indignamente bebe y come este divino cuerpo y preciosa sangre, se bebe y come su eterna condenación”. [Apostilla: *Ibidem*] Con estas rigurosas palabras le dio por penitencia que no comulgase en mucho tiempo, apartándole de sí o dejándola tirada con desprecio, como si fuera un Lucifer rebelde, un faraón obstinado y un Judas incorregible; o porque no nos apartemos del estilo de san Pablo, arrojó de sí este juez eclesiástico, vestido todo de justicia y severidad, a esta sierva de Dios como si se hubiera encontrado con un ánimo torpe y lascivo, avariento, idolatra o maldiciente, destemplado en la bebida o ladrón; de quienes manda el apóstol que nos apartemos y que no nos sentemos con ellos a la mesa, por más que porfiadamente nos rueguen, porque no nos inficione el pestilente veneno de sus pegajosos vicios.

[112] Cierta es que importa tal vez el rigor, aunque sea en el confesionario, que es tribunal de la misericordia y lugar de reconciliación donde se establecen las paces y verdaderas amistades con Dios. Pero este rigor y saludable aspereza se ha de entender —guardada su proporción y modo— según los tiempos y ocasiones, y conforme a los naturales de las personas con quien se trata. Porque representar un papel de un juez riguroso con palabras terribles y llenas de horrores y amenazas espantosas contra un alma purísima, tímida, rendida, pusilánime y que vive una vida de amarguras y turbaciones aun con la sombra de una culpa venial; más será aterrarla que alentarla, más descaminarla que guiarla, porque si no la desespera, la exaspera y acobarda. Que



es la doctrina en que se fundó aquel ilustrado varón, el padre Miguel Godínez de nuestra Compañía, para decir: “Que el mal modo en los maestros y padres de espíritu suele ser la causa de que las almas no se fíen de ellos, ni les den cuenta de su conciencia como deben, ni aun les descubran sus llagas por no verse obligadas a sufrir la terribilidad de su sangrienta y rigurosa cura”. Pondere aquí el piadoso lector cuán atribulado, turbado y traspasado de dolor quedaría el espíritu de esta esclarecida virgen, siendo su natural blando, suave, rendido y tan amante de su dios, que le parecieran dulces las penas del infierno por no desagradar con la más leve culpa a su amado, con quien estaba estrechamente unida en fuertes lazos del divino amor y caridad perfecta, al verse apartar como excomulgada de este sacramento de los sacramentos, despreciada de un ministro y vicario de su soberano amante. Y mientras lo pondera, y por haber de tocar este punto necesariamente otra vez en la historia, paso a escribir la virtud y prudencia con que se portó la venerable Catarina en esta tribulación, y la rectitud y constancia con que observó esta tan áspera penitencia, que admitió humilde y resignada en la voluntad de Dios manifestada por su ministro todo el tiempo que estuvo ausente su propio confesor de la ciudad, el cual cuando volvió a ella le mandó continuar en la frecuencia de este divino sacramento.

[113] Iba todos los días siguientes la sierva de Dios al templo hundida en el conocimiento propio de su indignidad y sepultada en el vil concepto que tenía de su ser, de su nada y de sus deméritos, para ponerse en presencia de la inmensa y suprema majestad. Y al ver llegar a los demás cristianos a la sagrada mesa, decía a su esposo y divino amante: “No soy digna, Señor, de recibirte en mi pecho; porque mis culpas me tienen penitenciada y suspensa para que no me atreva a participar de los regalos de ese delicioso convite. Pero toma este corazón ingrato que te ofrezco en manos de tu santísima madre para que te lo presente purificado, de suerte que pueda servirte de comida y sustento”. En estos días vio muchas veces su corazón en manos de la Señora, que le estaba como lavando, purificando y hermoheando con lustrosos resplandores de gracia. Y luego veía que hacía el Niño Dios cariñoso la acción de recibirlo y guardarlo dentro de su costado, y al mismo tiempo le parecía a Catarina que se hallaba dentro del pecho de Cristo, entretenida en apacibles y deleitables coloquios con su querido, pasando las horas enteras en esta amorosa conversación y oyendo la voz del divino maestro, que le decía: “No hay poder en el cielo ni en la tierra contra mi querer absoluto. Y así, gózate amada y esposa mía en el sagrario de mi pecho, que nadie te puede apartar de mí ni desunir el estrecho lazo de nuestro



recíproco amor, ni romper el hilo y corriente de mis liberales beneficencias”. En otras ocasiones correspondía el divino y verdadero amante a los ansiosos gemidos de su amada y cándida paloma, llamándola desde la sagrada hostia y convidándole a comer el pan de los ángeles y a gozar de las delicias de la gloria, con palabras llenas de amor y ternura, diciéndole: “Ven hermana y querida esposa. Date prisa, no te detengas. Llega y recíbeme, que para eso me quedé con vosotros sacramentado, exhortándolos a frecuentar esta mesa, haciéndome panegirista de mí mismo cuando dije que mi carne es verdadero manjar y mi sangre verdadera bebida, y que el que la comiere y bebiere quedará en mí y yo en él”. [Apostilla: Juan 6] Con esta blandura y suavidad alentaba Cristo a su sierva para que no se retirase del altar ni abstuviese de la dulzura de su sagrado cuerpo y sangre; porque en cuanto vianda sobresustancial<sup>52</sup> de las almas y en cuanto cordial bebida de los corazones, era todo vida eterna, unión, amor y caridad.

[114] Pero Catarina se resistía a las suaves voces de su único amado, diciéndole: “No, Señor, no soy digna. Soy muy atrevida, no estoy dispuesta y tu ministro dice con autoridad de san Pablo que ese sagrado cuerpo y preciosa sangre es —para los que la reciben con mala disposición— cuchillo, muerte, juicio y condenación”. Le instaba el divino esposo con las palabras que dijo a la otra alma santa: “Toda eres, oh querida mía, de pies a cabeza, hermosísima y agraciada y en ti no hay fealdad ni mancha alguna; porque mirada a la luz clara y eterna de mis ojos, del chapín al copete o del calzado al cabello, no tienes parte que no solicite sabrosas admiraciones si se consideran con atención tus honestas y preciosas gracias”. [Apostilla: Cantares 4] Y descendiendo en particular a las amables perfecciones de esta querida esposa, engrandecía una por una y perfección por perfección, las diez que alabó el divino amante en la otra alma santa,<sup>53</sup> que son: “los ojos, cabellos, dientes, labios, palabras, mejillas, cuello, uno y otro pecho”, y todas las demás perfecciones interiores que hacen escondida y misteriosa correspondencia con los diez mandamientos; dándole a entender que el alma que tiene estas diez perfecciones —esto es, la guarda perfecta de los diez mandamientos—, se puede tener por dichosa y dispuesta para llegarse a la sagrada mesa; porque en faltándole una sola parte del cumplimiento de un solo mandamiento es como si viniese a faltar todo.

---

52 Alimento que está más allá del elemento material y por eso tiene conexión intrínseca con el alma.

53 Se refiere a la Sulamita; mujer que participa en el diálogo amoroso del Cantar de los Cantares.

La relación de sus virtudes físicas se encuentra en Cantares 4, 1-7.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

[115] Era esta sierva de Dios observantísima de la ley de Cristo y aun de los consejos expresados o establecidos en la católica Iglesia. Y como es uno de ellos que la mayor o menor frecuencia de este divino sacramento se haga con parecer de padre espiritual docto y experimentado en el gobierno de las almas, Catarina se excusaba con el Señor, que es el verdadero maestro y que no puede errar, engañar ni ser engañado, diciéndole: “No hay que tratar de eso, Dios mío, porque tu ministro me lo tiene prohibido. He de estar a su parecer porque es tu voz, tu vicario e intérprete de tu voluntad y ley”. A la humilde y prudente resolución de esta esclarecida virgen, respondía enamorada la Omnipotencia: “Obedece hija a mis ministros, que ellos me darán la razón y cuenta de lo que mandan. Pero aunque a ti te enjaulen y pongan en prisiones para que no llegues a mi deliciosa mesa, mi amor es infinito e independiente de los juicios y pareceres de los hombres, que no pueden poner límites a mi poder ni leyes a mi querer. Y así, ábreme las puertas de tu corazón, que es el asiento y trono electo de mi amor para mis castos deleites y regalos”. Con estas voces del divino esposo se encendía Catarina en vivos deseos de recibir a su señor y divino amante, y le ofrecía el corazón y el alma para escabel de sus plantas, pidiéndole le dispusiese antes de su venida con alguna parte de la gracia que repartía a los sacerdotes y demás justos que le recibían. Y entre estos afectos de amor más humilde que el polvo de la tierra, veía algunas veces que al dividir en partes el sacerdote la sagrada hostia, se apartaba una partícula y se venía a su pecho hambriento y sediento de la gracia de este santísimo sacramento. Otras veces veía que al dar los sacerdotes la comunión, se levantaba una de las formas del vaso de las comuniones y se venía a ella con su propia virtud y poder, o en manos de ángeles, iluminando el aire y llenando de dulzura su boca y garganta, y de júbilos y gozos su abrasado y enamorado corazón. En otras ocasiones advertía que la forma se transformaba en un sol, estrella o hermosísimo niño coronado de flores y rosas, con una palma o ramo u otro de los símbolos y jeroglíficos —insinuados ya en el tratado de sus comuniones— en la mano, que significaban los triunfos del divino amor y las singulares perfecciones de esta su querida esposa. En todos los días de esta prohibición recibió Catarina muchos y singulares favores, y pasado el tiempo de ella, premió el Señor su obediencia con prodigiosos beneficios y demostraciones de su poderosa misericordia. Y no fue la menor el comunicársele muchas veces debajo de las dos especies —como lo dejo escrito en el capítulo doce del primer libro—, la cual maravilla comenzó y fue premio de esta perfecta y ciega obediencia con que la sierva de Dios se sujetaba en todo al parecer de sus confesores.

[116] Esta obediencia ciega de Catarina era sabia, santa y cuerda. No era necia como la de otras que quieren les mande el confesor lavarse el rostro todos los días, o que ayunen y oigan misa cuando se lo tiene mandado la santa Iglesia católica. No era esta sierva de Dios indiscreta como las quepreciadas de recogidas y espirituales, andan remudando confesores como paños calientes hasta encontrar con uno que les mande lo que desean, para vivir acreditadas en el mundo sin perder el más mínimo desahogo del amor propio, ni un solo punto de su estimación y mundana libertad. Entre éstas se pueden contar las que tienen por ignorante al confesor, ponen en consulta si será justo obedecerle cuando les cercena las comuniones, las visitas, las recreaciones, las bufonearías y la cotidiana frecuencia a la iglesia solas, atropellando con la voluntad de sus padres y señores y con las obligaciones del estado que profesan. Esta prudentísima virgen obedecía con su sencillez y santa simplicidad a ciegas, que nunca tuvo otros ojos su obediencia que los de Dios y los de sus ministros, a los cuales pertenece ver y examinar lo que mandan para que sea lícito, conveniente y provechoso. Por eso Catarina solía prevenir a sus confesores y guías, diciéndoles: “Adviertan vuestras mercedes que tienen a su cargo una ignorante bestia y jumento, que se ha de descargar en el tribunal de Dios el día de la cuenta con haber manifestado las llagas de su conciencia, y obedecido en todo y por todo a los padres de las ovejas de Jesucristo”. Pero aunque la obediencia de esta sierva de Dios era perfectamente ciega, no era errónea ni afectada, sino prudente y muy santa, y así no obedecía donde se veía manifiesto error o culpa, como se experimentó en muchos casos que dejo escritos en los capítulos de su recato y recogimiento, y del modo con que dio el “sí” por obediencia para el matrimonio cuando estaba obligada a ser perpetuamente virgen. Mas en lo que no era evidentemente malo, ejecutaba todo lo que le mandaban los confesores, anteponiendo su parecer a las ilustraciones angélicas, y no dando paso aun para el cielo sin su dirección y consejo.

[117] Es digno de ponderación y estimación lo que le sucedió repetidas veces en las visitaciones angélicas. Venían los ángeles a visitarla cuando estaba su delicado cuerpo tan lastimosamente dolorido que le sirviera de descanso la muerte, o cuando derretida de los castos amores de su divino amante andaba como violenta en el mundo, alambicando el corazón por los ojos y desfogando con suspiros el incendio que le abrasaba y encendía la sed de verse eternamente unida como otro san Pablo con Cristo, [Apostilla: Epístola de san Pablo a los filipenses, 1] correspondiendo como cierva herida a los suaves arpones de los divinos llamamientos que le convidaban con

la fuente de la salud, de la vida y dulzuras eternas. Le decían entonces: “¡Ea, Catarina! Vamos, si quieres acompañarnos”. Ella les preguntaba: “Que a dónde la querían llevar”. Le respondían: “Que al eterno descanso; porque traían licencia de su creador para llevarla si ella quisiese”. La sierva de Dios les decía: “Pues, ¿no saben vuestras mercedes que no tengo otro parecer, ni voluntad que la de Dios manifestada por la boca de mi confesor? Vendrá éste y se lo preguntaré, y si él dijere que sí, vamos en buena hora. Pero si dijere que no, no hay que tratar de que caminemos; porque ni la vida, ni la muerte, ni la gloria quiero fuera de obediencia”. Con este santo dictamen, cuando veía al confesor, con su inocente ingenuidad, le preguntaba: “Que si gustaba se muriese para irse al cielo, porque la convidaban los ángeles para las felicidades eternas”. Y el confesor le respondía: “Que no quería que se muriese, sino que padeciese mucho para merecer lo que vale mucho”. Se volvía ella a los embajadores celestes y les decía en voz alta que oía el confesor: “¿No veis señores que no quiere? ¿No percibís sus palabras? Pues decid a vuestro creador y mi redentor que no quiero morir ni irme ahora al cielo porque su voz, su ministro y vicario no quiere”. No pase el piadoso lector adelante sin meditar y ponderar el amor que tenía esta alma escogida de Dios a la obediencia de sus confesores, pues franqueándole el cielo su gloria para siempre en manos de ángeles con una dichosa muerte, no la tuvo por segura sin el dictamen de su confesor ni la admitió por su voluntad por no perder la seguridad y mérito de esta preciosa virtud acreditada de Cristo, que fue obediente hasta la muerte. Muchas almas habrá que se abstengan del gusto de un jarro de agua fría por el premio de una eterna felicidad, pero dejar y dilatar la posesión de una bienaventuranza sólo por obedecer y estar en sujeción y al arbitrio y parecer de un hombre que está en lugar de Dios, es argumento de una muy realzada y prodigiosa obediencia, digna de colocarse entre las virtudes más heroicas y gloriosas que ilustran a los más grandes santos.

## CAPÍTULO 10

### DE LA LUZ QUE TUVO DEL CIELO, Y DE LO QUE LE COSTÓ PERSEVERAR EN LAS IGLESIAS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

#### *1. Cómo fue Dios con especialidad maestro de esta su querida esposa, y varios modos con que se le comunicaba la divina luz*

[118] Todo el magisterio y dirección espiritual de Catarina en el camino de la perfección vino inmediatamente del cielo; porque como nos lo asegura la gloriosa santa Teresa, hay pocos en el mundo que pueden ser padres espirituales de personas muy favorecidas de Dios, por ser muy delicado y sutil el lenguaje del Espíritu Santo y muy dificultosos de percibir y penetrar sus divinos impulsos, y que por eso acostumbra la inmensa sabiduría instruir a semejantes almas por sí misma, no fiando de otro su magisterio. Fue esta sierva del Altísimo objeto de la misericordiosa y benigna omnipotencia en que se ostentó el divino poder con admirables regalos y favores. Fue un blanco escogidísimo de cristal bañado de la fuente resplandeciente de la divinidad, y herido de los refulgentes rayos de la verdadera luz y del sol de justicia Cristo, que por sí mismo, por su santísima madre, ángeles y santos, le guiaba y defendía de todos los enemigos visibles e invisibles. Y por eso solía decir Catarina muchas veces: “Cuando en mis dudas, batallas y temores imploro el auxilio de los ángeles, santos, bienaventurados, y en especial los que fueron mis confesores —entre los cuales se me suele también hacer visible el ilustrísimo y reverendísimo señor don Juan de Palafox y Mendoza, obispo de esta muy ilustre ciudad—, me guían en mis dudas, consuelan y defienden en los más sangrientos conflictos, y me entretienen con muy familiares y suaves conversaciones. Pero los principales maestros son la santísima Trinidad, Jesús y María”. Y por eso prorrumplía repetidas veces en estas palabras: “Todos los cortesanos del cielo me favorecen, mas Jesús y María son mi luz, mi defensa, mi consuelo y mi guía; porque cuando caigo me levantan y cuando me olvido de sus beneficios me los recuerdan. Ellos son los que me enseñan a dar gracias y ofrecer las obras. Ellos me disponen para llegar a la sagrada mesa del altar. Ellos me defienden y manifiestan las verdades que debo saber y obrar, y esto con tal magisterio, que en un instante y en una sola palabra me descubren más secretos y misterios que pudieran en muchos años enseñarme los hombres”. Esta luz que la guiaba fue admirable y prodigiosa, porque como ella decía: “La visitaba Dios muchas

veces con unos rayos de resplandor que pasaban como relámpagos, porque así como empezaban a resplandecer, causaban en la naturaleza espasmos, sustos y asombros”. Pero duraba tan poco su apariencia espantosa que su fin parecía su principio, porque arrebatando con una suave violencia las potencias del alma, se hallaba ésta en el mar inmenso de la misericordia y divina bondad y en el océano de la universidad de la ciencias, de manera que al volver en sí, deseosa de comunicar a sus confesores lo que había visto y oído, decía: “Más hubo, más vi, pero pasó con tanta velocidad la luz que me alumbraba, que no tengo memoria ni palabras para explicar las noticias que dejó impresas en el fondo del espíritu”. Otras veces le comunicaba la suprema majestad este refulgente esplendor en forma de lucidos globos de luz, luceros o soles, que pasando junto a ella le manifestaban la limpieza y pureza de su alma, sosegándola en sus dudas y temores; y la llevaba en pos de sí, corriendo por el mundo, ilustrándole todo y manifestándole el universo y todas sus creaturas para que pidiese y padeciese por todos los que vivían apartados de Dios.

[119] En otras ocasiones se hallaba bañada de esta luz inaccesible, tan permanente y tan crecida, que penetrando y llenando su alma de los incendios del divino amor y eterna sabiduría, le obligaba a pedir socorro al mismo cielo que la favorecía, clamando al absoluto poder: “Templase y moderase sus efectos, por no morir a la suave violencia de sus resplandecientes y soberanos esplendores”. Otras veces venían las divinas ilustraciones con tal sutileza que no las percibía el alma, sino en cuanto experimentaba sus efectos; porque se hallaba interiormente mudada y movida de varios afectos, ya de amor encendido y abrasador que la aseguraba de la presencia de su dios, pues sin otro motivo o causa exterior se hallaba en un como pasmo de la grandeza inmensa de su creador, prorrumpiendo en alabanzas y bendiciones de su infinita bondad, misericordia y otros de los atributos del divino ser, con dulces lágrimas de consolación y gustosas inflamaciones de su voluntad, determinada con eficacia a ejecutar en todo y por todo la divina ley; ya con afectuosas admiraciones reconociendo en sí la omnipotencia e infinita sapiencia, por la manifestación clara de las cosas ocultas de su alma y de lo que pasaba y había de suceder en el mundo. Con la cual vista quedaba absorta y fuera de sí; hablaba cosas prodigiosas que excedían a su corta capacidad y a toda humana ciencia, causando pasmos de admiración en los confesores que la comunicaban, a quienes no podía dar razón del modo con que le habían venido estas sobrenaturales noticias y soberanas ilustraciones. Y aunque la fuerza de esta luz y celestial visitación solía durar poco, quedaban en su

entendimiento y voluntad las reliquias con que se disponía a nuevas luces y favores, andando como absorta y suspensa de la novedad y eficaces afectos que experimentaba, cuando estos se entibiaban y comenzaban a enfriarse se daba por entendida de los retiros y ausencias de su redentor. Y así volvía a clamar y suspirar por la posesión de todo su bien con que su dichosa alma estaba en paz y quietud, en gozo y luz sus potencias.

[120] Estas visitaciones celestes eran ordinariamente tan intelectuales y espirituales en los conocimientos y noticias infusas que se le comunicaban, que no hallaba ni le parecía podía haber en la tierra caracteres, ni semejanzas para explicar las cosas que con toda claridad y certidumbre veía su ilustrado entendimiento. Y así solía decir esta sierva de Dios: “Muchas y grandes cosas he visto y entendido pero no hallo con qué explicarlas. Pues siendo así verdad, que las está mirando mi espíritu con mayor fijeza y distinción que las que se ven con los ojos y se tocan con las manos, se halla en obscuridad y sin instrumentos para declararlas. Porque todas las voces, semejanzas y comparaciones terrenas son muy limitadas y desproporcionadas para manifestar lo que se me muestra en esta inaccesible luz, en que no hay nada de tierra ni cosa que se le parezca”. Y cuando se veía obligada en estas ocasiones a dar cuenta de lo interior de su conciencia a los confesores, valiéndose de voces, términos y símiles materiales, se desmentía a sí misma en cada una de las palabras que articulaba, diciendo: “No, no es así. No tiene que ver lo que he oído y visto con lo que digo. Yo soy tan ruda que no acierto a decir lo que veo y lo que con toda claridad y certeza está en mi entendimiento”. Mas esto mismo que le servía de humillación, era argumento de cuán superior y sublime era la luz que se le comunicaba de lo alto. Porque como dice el angélico doctor: “Cuanto la luz que Dios comunica acá en la tierra a las almas es más espiritual y desnuda de formas, símiles y semejanzas, tanto es más perfecta; porque participa más de la semejanza de la visión beatífica por venir desnuda de imágenes de las cosas corpóreas y sensibles, por cuyo respecto apenas pueden los que son favorecidos con esta soberana luz, manifestar los secretos y verdades que entienden con claridad y conocen con certeza. Y así, aunque los vean con superior inteligencia para su aprovechamiento y consuelo para decirlas, las miran como escondidas y ocultas en aquella divina niebla en que se ve el abismo del ser incomprendible de Dios”. [Apostilla: santo Tomás 2.2 ques. 174, art. 2] Por esto solía decir Catarina: “Que sabía muy bien los misterios, verdades y secretos que el Altísimo era servido de comunicarle, porque los veía en su centro y en una como cristalina fuente de luces, aunque le parecía imposible explicarlos”.



Así le sucedió a Moisés cuando quedó tartamudo después de haber hablado con Dios. [Apostilla: Éxodo 4] Así le sucedió al apóstol, cuando volviendo del cielo a la tierra, le pareció imposible explicar ni decir lo que había visto y oído. [Apostilla: Segunda epístola de san Pablo a los corintios 12] Lo mismo experimentó el santo rey David cuando, no pudiendo explicar lo que había oído a Dios, dio la razón: “Porque la luz fue tan superior y tan clara, que no permitió nubes de semejanzas o símiles con qué poder darse a entender”. [Apostilla: Segundo libro de los Reyes 23<sup>54</sup>]

[121] Muchas veces experimentaba esta esclarecida virgen las divinas ilustraciones acompañadas de muchas y propias semejanzas, así de la sagrada escritura como de otras cosas sensibles y corpóreas, admirándose los confesores y ella misma de los términos y comparaciones con que se hallaba para explicar las verdades, sentimientos e inaccesibles misterios que liberal le franqueaba el cielo. Que es lo que prometió el Señor a la otra alma santa en sentir de san Bernardo, de otros santos y maestros de la perfección, para templar el excesivo resplandor de sus soberanas visitaciones con las semejanzas imaginarias y sensibles de las cosas inferiores, para que se aprovechase de ellas y sirviesen a la común enseñanza. [Apostilla: san Bernardo sermón 41] Porque en aquel purísimo y lucidísimo rayo de verdad que se trasluce al alma, viniendo envuelto en esta como nube de especies imaginarias y sensibles, por una parte se hace tolerable y se puede percibir aun en esta vida mortal, y por otra parte se hace más capaz y dispone mejor el que le recibe con estos símiles para manifestar las mismas verdades a otros, pues de otra manera no puede entenderse ni explicarse. De la grandeza de estas divinas luces y celestiales ilustraciones hablaré en su lugar, cuando trate de las visiones y revelaciones de esta esclarecidísima esposa de Jesús. Ahora aseguro que venían a su dichosa alma estas celestes visitas con muchos testimonios de verdad porque causaban en ella varios efectos, y todos muy propios de la presencia de Dios, inclinándola a alabarlo, adorarlo y reverenciarlo con grande humildad y devoción, y obligándola no pocas veces a postrarse en tierra con extraordinario temor y temblor como suele suceder en casos semejantes, al modo que la voz del eterno padre derribó en el monte Tabor<sup>55</sup> a los tres discípulos que fueron escogidos de su gloriosa transfiguración, [Apostilla: Mateo 17] y al modo que la suave voz de Jesús dio en

---

<sup>54</sup> El contenido del segundo libro de los Reyes no concuerda con esta cita. Podría tratarse del capítulo 23 del segundo libro de Samuel, en donde se menciona que el Dios de Israel le habló a David.

<sup>55</sup> Lugar de la Transfiguración de Cristo en la Baja Galilea, Valle de Jezreel.



tierra con Saulo, mudándolo de perseguidor del cristianismo en defensor del mismo Cristo y de su Iglesia. [Apostilla: Hechos 9] Estas señas traían las voces sensibles que oía Catarina en testimonio de que eran de Dios y sus ángeles, y juntamente experimentaba fuerzas superiores con qué vencer todas las repugnancias y dificultades que le ponía el infierno, mundo y carne, para que dejase el ejercicio de las virtudes y se apartase del camino de la perfección. Yo no acabo de entender ni conocer unos espíritus extravagantes con quienes nos encontramos frecuentemente, que nos aseguran están hablando continuamente con Dios y Dios con ellos; y por otra parte experimentamos o se nos transluce en sus obras y palabras un viso de soberbia o vana curiosidad, saboreándose y haciendo alarde y ostentación de las muchas visiones, inteligencias y hablas extraordinarias con que les favorece el cielo, sin conocimiento de su indignidad y miseria y sin temor de ser engañados. Como si el dragón de las siete cabezas no tuviera destreza y astucia para fingirse espíritu de Dios y contrahacer sus impulsos y hablas interiores y exteriores, para que el camino que nos parece bueno tenga —como dijo el sabio— por fin y término la muerte de la culpa y de la pena eterna. [Apostilla: Proverbios 14 y 16]

*2. De los efectos que causaban en la sierva de Dios las divinas ilustraciones, y del cordial afecto que tenía al nombre de Jesús y a toda la más sagrada familia*

[122] En Catarina causaban estas visitas celestes profunda humildad, suma reverencia y grande recogimiento interior y exterior, no gustando de ver ni ser vista de los hombres, así como ni experimentar estos extraordinarios favores que nunca se conceden a los que desean y pretenden, sino a los que huyen de ellos y les sirven de humillación y confusión, representándoseles en el concepto de su indignidad como imposibles o como ilusiones de la engañosa serpiente. Por este santo temor que reinaba en el corazón de esta sierva de Dios, se acogía siempre y se aseguraba con los conocimientos de fe y el parecer de sus confesores, cuando se veía visitada de la divina luz con que le manifestaba Dios sus tesoros y riquezas, sus secretos y los secretos del mundo, llegando a ver como presente lo distante, lo oculto y lo futuro; representándosele algunas veces las cosas como en la realidad sucedían, otras en semejanzas o enigmas y otras en oráculos o misterios, con tanta liberalidad que fuera imposible el referirlas. Ella misma lo declaraba así con las siguientes palabras: “Me comunica la sabia omnipotencia del Señor tantos secretos, que ni tiempo ni lengua, ni memoria humana puede bastan-

temente explicarlos, porque en un abrir y cerrar de ojos veo más de lo que yo puedo explicar en muchos años y siglos. No me preguntarán de las cosas del cielo, de la tierra, purgatorio o infierno, cosa de que no pueda dar razón. Todo el interior de las creaturas me manifiestan; unas que dan entrada a mi divino amante, otras que le cierran la puerta, otras que le ofenden y el ser que han de tener en la eternidad. Si bien me quitan luego la memoria de muchas de estas cosas para que no las diga, ni aun a mis confesores. Pero en pasando el resplandor de la luz —añadía Catarina—, digo al Señor que no quiero ver ni saber sino mis culpas para llorarlas, que todos los demás son buenos y yo sola la mala y peor de todas las creaturas; que mis pecados son los ciertos porque sé que los he cometido. Y lo que me muestran de los otros no será así como se me representa, sino ilusiones de mi fantasía o engaños del maldito, que pretende quitarme la estima y aprecio que tengo de las creaturas redimidas con la sangre de Jesucristo”.

[123] Este es buen testimonio de que esta sierva de Dios caminaba a la perfección y al cielo guiada de la luz verdadera, de la cual dijo el evangelista san Juan: “Que alumbraba a todos, pero que los pecadores no la gozaban por su malicia y que andaban en palpables tinieblas”. [Apostilla: Juan 1] De donde se sigue, que así como los que están en lugar tenebroso y oscuro ven a los que están en la luz sin poder mirarse a sí mismos; y por el contrario, los que están en la luz se ven a sí y no ven a los que están en obscuridad y tinieblas. De la misma manera, los justos conocen y echan de ver sus faltas por pequeñas que sean y no las de los otros; más los pecadores miran las ajenas y no las propias. Catarina era justa y santa y andaba en luz, y así no tenía ojos para mirar ni juicio para creer defectos de sus prójimos; y andaba hecha un Argos para escudriñar las más leves manchas en el espejo de su propia conciencia. Aprendan en este espíritu de verdad las almas espirituales y las que no lo son, a no censurar y juzgar a otros, haciéndose escudriñadoras de las casas y vidas ajenas, aunque sea con pretexto del celo de la salvación de almas, cebado en las vanas y fantásticas imaginaciones con que Luzbel las trae deslumbradas para que no se miren a sí, ni se acuerden de que el día del juicio particular de cada uno, le han de pedir cuenta de lo que ha pasado en su propia conciencia y no de lo que se ha obrado en casa del vecino. No imiten a las otras miserables hechiceras, de quienes dice Séneca: “Que eran tan amigas de saber lo que pasaba en las casas ajenas, cuanto afectaban ignorar lo que pasaba en las propias. Y que por eso usaban de unos ojos postizos de muy aguda vista, que se ponían sólo cuando salían de sus casas y volviendo a ellas se los quitaban”. No son muy desemejantes a éstas

los que si no se ponen ojos, a lo menos se ponen anteojos cuando entran en las casas ajenas, y volviendo a las propias se los quitan y los cuelgan de un clavo. Y así es, que habían de estar colgados y a la vergüenza anteojos que sólo sirven de mirar y escudriñar lo que pasa en la casa del vecino; y más si son de los artificiosos que engrandecen, multiplican e inmutan los objetos para ver lo que sólo es antojo.

[124] Estas ilustraciones y visitas celestes venían a Catarina muchas veces con imágenes y figuras tan propias de los santos que le favorecían, que eran unos vivos retratos de sus cuerpos con la disposición que tuvieron en esta vida, pero con tal grado de resplandor y hermosura, que la dejaban aficionada a su familiar trato y suave conversación cuando se le ausentaban. Se regalaba con oír y pronunciar sus nombres, invocándolos con devoción y ternura, y reverenciándolos dentro de su corazón y en sus imágenes con un continuo y amoroso recuerdo, como a sus verdaderos amigos, padres, hermanos y benefactores. De aquí le nacía aquel voluntario y gustoso retiro de las creaturas, que con sus inútiles conversaciones le impedían o divertían de la preciosa comunicación con los cortesanos de la imperial basílica de la gloria, con quienes conversaba de los bienes eternos que se franquean en aquel felicísimo reino y patria celestial, donde aspiraba y esperaba configurarse con su divino amante. Como otro san Pablo, que de la íntima familiaridad con los habitantes del cielo, infería con valerosa esperanza, alteza de sentimientos, ternura de afectos y dilatación de gozos, que se había de ver con Cristo en el monte de la eterna felicidad, en compañía de toda aquella universidad de santos y celestes príncipes. [Apostilla: Epístola de san Pablo a los filipenses 3] Pero aunque los reverenciaba a todos y se valía de su poderosa intercesión; con especialidad y mayor frecuencia nombraba a muchos que con repetidos beneficios la favorecían, y pedían rogase y padeciese por sus encomendados y devotos que desde la tierra imploraban su patrocinio. Y en admitiendo Catarina lo que le encargaban los cortesanos del cielo, dejaban en su presencia unos las ánimas y otros los pecadores, y otros le manifestaban los negocios de más importancia que se ventilaban en la Iglesia triunfante para el bien del mundo. Mas la sierva de Dios en recompensa les encomendaba para sí una buena muerte y para todas las necesidades corporales y espirituales del universo, remedio y propicia la misericordia del supremo gobernador de cielo y tierra; de manera que los bienaventurados hacían oficio de mensajeros de Dios para con Catarina y de Catarina para con Dios. Y para negociar con la inmensa majestad, juntaban con su intercesión y valimiento las oraciones y merecimientos de

esta escogidísima alma. Así como para negociar con ella, le manifestaban interior y exteriormente la divina voluntad y los medios y modos con que había de negociar con el príncipe de la gloria. Reconocían estas soberanas potestades cuán bien recibidos eran en el tribunal de la misericordia los clamores, penitencias y mortificaciones de esta esclarecida virgen. Y así solicitaban por su medio poblar de ciudadanos el cielo e inundar el mundo con las divinas beneficencias.

[125] Ya en el primer libro di noticias de esta admirable y familiar comunicación que tenía Catarina con todos los cortesanos del cielo, y que sus principales asistencias eran de los cinco señores que componían la primera Compañía de Jesús, infundiéndole con misteriosas y multiplicadas visitas — que comenzó a experimentar en sus tiernos años— un insaciable afecto de ser esclava de los esclavos de tan sagrada familia, y una estima tan grande del santísimo nombre de Jesús, con tanta luz de las inestimables riquezas que en él están encerradas, que siempre que se acordaba y hablaba de este sacratísimo nombre era con admiración de los que le oían y conocían, por los efectos de alegría que se translucían en su rostro, acciones y palabras, los júbilos de consolación que bañaban su dichosa alma. Del amor y aprecio que tenía a Jesús y a su santísimo nombre, nacía el cordial afecto —que sobresalía entre las demás devociones de su espíritu— a su santísima madre, san Joaquín, santa Ana y san José, como consta de las noticias de toda esta historia; pues en todas las cosas difíciles recurría a estos cinco soberanos príncipes, muy poderosos en el cielo y en la tierra, y se regalaba con sus dulcísimos nombres y con mucha especialidad con el nombre de María, en cuya festividad recibió muchos y singulares favores. Y fue uno de ellos figurársele la emperatriz de los cielos en un mar de aguas cristalinas, donde llegaban todos los necesitados del mundo a bañarse y limpiarse de la lepra y dolencias que los aquejaban, y los veía salir inmediatamente llenos de gracias, dones y hermosura. En el día de esta festividad le dieron muchas veces memoria de los innumerables favores que recibía y había recibido del cielo por intercesión de esta soberana reina. Y deseó referirlos a su confesor, pero se quedaron ocultos los más hasta el día del juicio, por falta de tiempo y ser corta toda memoria humana para dar cuenta de las beneficencias del divino amor, restado a favorecer a los escogidos de su singular providencia para la manifestación de su inmensa bondad y absoluto poder.

[126] En otro de los días de esta festividad entendió que los baños espirituales que solía sentir su alma, ya en fuentes de agua cristalina, ya en estanques de sangre y leche, de que se hará mención en el discurso de su

vida; significaban renovaciones de fuerzas corporales y espirituales para continuar las batallas del Señor en provecho y bien del mundo, y que esta inteligencia comunicada del cielo en la fiesta del nombre de María demostraba que esas fuerzas renovadas y restituidas eran beneficio concedido por la intercesión de la princesa de los cielos. Multiplicados fueron también los favores que recibió del glorioso patriarca san José que solía visitarla en compañía de toda la Sagrada Familia; y muchas veces con sólo el Niño Jesús asido de su paternal mano, ofreciéndole el alivio y remedio de sus necesidades. Y así, cuando se le ausentaba y tenía necesidad de su poderoso patrocinio, lo reconvenía y solicitaba su benéfica asistencia, diciéndole: “Santo glorioso ¿No eres el que me ofreciste el tesoro de todo el universo y el manantial de todos los bienes juntos? Pues, ¿dónde lo tienes escondido? Cómo no me lo traes y muestras cuando tengo más necesidad de su divina presencia”. A estas voces repetía el santo sus visitaciones, y algunas veces sin el Niño Dios, y le decía: “Catarina, cuando Dios no quiere los santos no pueden. Voluntad tiene de favorecerte, liberal es su amor para con sus queridos y escogidos. Sólo espera que le obligues con clamores y humilde paciencia. Y así, clama y persevera en buscarlo que quiere darse a deseo, porque sea más estimado el favor”. No desistía la sierva de Dios de instar al grande patriarca por las razones con que parecía que se le excusaba. Y tal vez le dijo: “No te me hagas afuera, Señor, de lo que me has prometido. Mis clamores y oraciones nada valen, nada pueden, ni son. Tú tienes el poder, en tus manos está la Omnipotencia y humanada quiso en esta vida andar a tu cuidado, y que te mirásemos y respetásemos por padre suyo. Pues, ¿cómo se resistirá a tus ruegos? ¿Qué le puedes pedir que no te conceda?” De la misma manera negociaba con los demás santos y soberanos señores de la sagrada familia de Jesús; porque los miró siempre como a sus abogados, patronos, y su principal y frecuente asistencia.

### *3. Del afecto especial que tuvo a nuestro padre san Ignacio y a sus santos hijos, y de lo mucho que le costó perseverar en las iglesias de la Compañía de Jesús*

[127] Como el Señor con su universal y particular providencia, admirable y justísima en todas sus disposiciones, inclina a unos de sus fieles a esta o aquella esfera, oficio y ejercicios, y en lo sobrenatural, unos a esta religión otros a aquellas, no sólo con la vocación a su estado y profesión, sino con el pío afecto a su protección y dirección; así parece fue voluntad determinada suya que

esta alma escogida estuviese a la sombra y dirección de la Compañía, como las venerables vírgenes doña Marina de Escobar, Damiana de la Llagas y otras muchas particulares. Particulares digo con cuidado porque encargarse de la dirección y gobierno de comunidades de mujeres parece contrario al dictamen de san Ignacio, estampado en sus constituciones. Y la razón, que oí a un padre maestro en todas líneas docto y experimentado, es que como los de la Compañía son como la caballería volante de la milicia apostólica, que no tienen ni reconocen lugar ni puesto fijo, sino que su vocación “es para discurrir y hacer vida en cualquier parte del mundo donde se espera mayor servicio de Dios y ayuda de las almas, no admitiendo puestos ni cargos, aunque sean muy santos y provechosos, que obliguen a residir siempre en un lugar como beneficios colativos, etcétera”. Y de esta línea es la dirección de comunidades religiosas de mujeres que son inmuebles de un lugar a otro, con otras no pocas ni leves dificultades. Pero de particulares con la común dirección de la Iglesia, siempre ha cuidado y gobernado muchas y muy provechosas, como consta de sus historias. De estas encomendadas de la divina providencia a la dirección y gobierno de la Compañía, parece haber sido esta venerable virgen. Y para inclinarla el Señor suavemente a su abrigo, se sirvió de su cordial devoción a los cinco señores, y más en particular de su especialísimo amor a Jesús y María, singulares patronos de la Compañía de Jesús.

[128] Con este amor y particularísima devoción que tenía a Jesús y su santísimo nombre, reverenciaba y solicitaba el patrocinio de los santos de su segunda Compañía de Jesús, invocándolos en sus trabajos corporales y espirituales, y pidiéndoles la admitiesen, no en el número de sus hijos e hijas, sino como perrita agradecida, que deseaba sustentarse en lo temporal y espiritual con las migajuelas que desperdiciasen los criados y esclavos de su Iglesia y casas. La admitió nuestro santo patriarca por su hija, y aun como por madre y ama espiritual de toda su religión; conservándola en gracia, como tengo ya dicho, y en sus iglesias al cuidado de sus hijos, desde la hora de su bautismo hasta la de su dichosa muerte, favoreciéndola con una como continua presencia, ya acompañado de los santos de su Compañía, ya sólo como patrón especial señalado de Dios para su defensa, guía y magisterio. Y por ello decía Catarina algunas veces: “Mucho debo a todos los cortesanos del cielo, pero los que más se esmeran en defenderme y enseñarme son los cinco soberanos señores, el Bautista con los apóstoles, y los santos de la Compañía de Jesús, entre los cuales resplandece mi gran patriarca san Ignacio, como el sol entre las estrellas. Él es el que me enseña lo que debo creer

y obrar, él es el que me encamina y me trae y lleva a sus iglesias, a pesar del infierno que ha procurado apartarme de los de la Compañía de Jesús con una larga y sangrienta guerra. Muchas veces he ido a otras iglesias —decía la sierva de Dios— por estar más cercanas a mi habitación y por hallar alivio en mis tribulaciones, pero siempre este glorioso patriarca me ha sacado de ellas y llevado a las suyas, diciéndome que no me aparte del camino en que Dios me ha puesto y que eran trazas de Satanás el divertirme de la senda por donde Dios había determinado favorecerme. Otras veces —añadía Catarina— no espera san Ignacio que yo entre en otros templos, porque en la calle me sale al encuentro solo o acompañado de san Francisco Javier, y me manda que coja el camino de su iglesia. Y en una ocasión de estas me dijo lleno de amor y cariño: pan perdido, vuelve a casa, que también me ha dado Dios hijas que se salven a mi devoción y patrocinio. Y con estas pocas palabras cesó la turbación que me arrastraba, y se avivó el amor y afecto que reinaba en mi corazón para con san Ignacio y sus iglesias”.

[129] Estando otro día en la capilla de la Soledad, que es uno de los santuarios con que está enriquecida la santa iglesia catedral de esta muy noble ciudad, se halló favorecida de la emperatriz de los cielos con celestiales músicas, que causando en Catarina suspensión de sentidos interiores y exteriores, se hallaron las potencias superiores unidas en espíritu con Dios y su santísima madre. Y en este raptó gustoso se le ofreció pedir a la Señora, le diese confesor en aquel real y magnífico templo para poder hacer usual retiro de su recogimiento aquella capilla de su milagrosa imagen. Mas apenas explicó este afectuoso pensamiento, cuando vio a su patrón y maestro san Ignacio hincado de rodillas, puestas las manos delante de la efigie de la santísima Virgen, pidiéndole con instancia: “Que no dejase salir de su casa a esta sierva de Dios, ni se apartara de sus hijos”. A estas dos peticiones respondió la celestial reina, diciendo a Catarina: “Hija, no dejes a los de mi Compañía, que ésta es la voluntad de mi santísimo hijo. Esto es lo que te conviene y por eso te han dado a Ignacio por padre, pastor, patrón y maestro”. Por estos y otros semejantes avisos, decía esta escogida virgen: “Que no se atrevía a desamparar las iglesias de este glorioso patriarca, y que las veces que lo intentó —por lo que diré en los capítulos siguientes—, la obligaron a volverse con reprensiones y castigos”.

[130] Para frustrar sin efecto esta singular disposición de la providencia divina, pretendió el infierno astuto y soberbio con todo su poder y pertinacia obstinada, apartar a esta escogida esposa de Jesús de las iglesias de su Compañía, por privarla a ella de esta dicha o a los hijos de san Ignacio



de tan estimable encargo. Algunas veces excitaba en su corazón un rabioso aborrecimiento al mismo san Ignacio, a sus iglesias y a toda la Compañía de Jesús en el cielo y en la tierra, con tanta energía que batallaba mucho el alma para reprimirse y vencerse; y hallándose muchas veces sin fuerzas, se veía obligada a clamar al cielo e implorar el divino poder y el auxilio de todos los santos que componían la Iglesia triunfante. Otras veces disponían los infernales espíritus de tal suerte las cosas —con los medios y motivos que diré en otro capítulo—, que no hallaba la afligida alma quién la oyesse ni aun quién la reconciliase en nuestras iglesias; y con ocasión de este desamparo procuraban hacerle creer que la despreciaban los hijos de san Ignacio, que no tenía caridad con los afligidos y que buscarse otros que la gobernasen si no quería condenarse. Pero resistiendo Catarina a todas sus trazas, con conocimiento y desprecio de sus maliciosos engaños, pasaba el soberbio furor de sus enemigos a las violencias y despechos, atormentándola, quebrantándola y diciéndole rabiosos y envenenados: “Si quieres vivir, deja a ese calvo y cojo Ignacio y a sus hijos, y vete a san Agustín, santo Domingo o san Francisco, etcétera”. A que respondía la sierva de Dios: “Ya yo he asistido en las iglesias de esos gloriosos santos patriarcas por el tiempo que fue voluntad de Dios, y me han defendido de vosotros y favorecido ellos y sus santos hijos con especiales beneficios, no sólo en sus casas sino en las ajenas, en las calles y en el retiro de mi pobre albergue. Y por eso los llamo en mis tribulaciones y batallas, y a pesar vuestro me socorren y deshacen vuestro poder y astuta malicia. Y en reconocimiento de lo que les debo, traigo conmigo alguna de las insignias que se reparten a los fieles en sus templos, como son la cinta de san Agustín, el cingulo de pureza de santo Tomás y el escapulario de san Francisco, del Carmen, de la Merced, etcétera. Y a mi padre san Francisco estimo también mucho por tener en su cuerpo impresas las llagas de mi Señor. Y así, pronta estoy a volverme a sus iglesias, no por vuestro parecer sino por la disposición y voluntad de mi redentor. Pero por ahora me manda asistir en las iglesias de la Compañía de Jesús a cargo de mi padre y glorioso patriarca san Ignacio, donde he de perseverar hasta rendir la vida, si Dios no me manda otra cosa”. Con esta y semejantes respuestas se enfurecían sañudos y rabiosos los enemigos precitos y desahogaban su envenenado furor, embistiéndola y despedazándola para que no pudiese dar paso a uno ni a otro templo. Pero el poder de la Omnipotencia que con una sola voz pudo dar ser a todo el universo, restituía a su ser natural el cuerpo de Catarina y le daba nuevas fuerzas para que pudiese hacer rostro a los príncipes y potestades infernales.



[131] Por mucho tiempo usaron los ejércitos rebeldes de otra astucia muy propia de la obscuridad que les sirve de centro, y fue causar en ella tal turbación de sentidos y potencias que al salir de casa para ir a la iglesia, se hallaba en un golfo de palpables tinieblas, poblado de monstruos espantosos que la amenazaban si daba paso adelante; y aunque arrojándose ella muy confiada en el poder de Dios, iba pisando áspides y basiliscos, rompiendo lanzas y atropellando las huestes del infierno, sin que le acobardasen los asombros ni detuviesen los dolores y el rigor con que la herían, como si la fuesen despedazando. Pero en estas luchas tan repetidas como sangrientas solía perder el tino y hallarse descaminada en las mismas calles, con tanta ofuscación de su entendimiento y sentidos que perdía el conocimiento y aun la advertencia para preguntar: “Dónde estaba, dónde iba y la calle que había de coger para volverse a su casa”. Porque andaba en esta espesa obscuridad atontada por la ciudad como si la hubieran metido en un laberinto encantado o en el mismo tenebroso infierno, encontrándose a cada paso con dragones, fieras y monstruos, ya en desiertos, ya en despeñaderos y ya en montes horrorosos. En estas tribulaciones acudían a sus clamores los santos, y con mayor frecuencia nuestro padre y fundador san Ignacio, cuya era la causa, a quien con especialidad le tocaba el defenderla como lo hacía muchas veces con sólo su presencia; pues con dejarse ver de Catarina y de sus enemigos, se ahuyentaban estos, y el alma se hallaba confortada y con luz para entrar a negociar con Dios en su templo.

[132] Un día, disimulando con capa de piedad su maligna traza, procuraron inclinarla y dar con ella en la iglesia de San Francisco, y para asegurar su astucia juntaron con la obscuridad en que pusieron como en prisiones su alma, aparecérselle uno de ellos en hábito y forma del seráfico patriarca, como enviado de Dios para guiarla a su casa. Con esta invención los iba siguiendo Catarina a oscuras y ciega, sirviéndole de gomecillo<sup>56</sup> embustero el disfrazado e hipócrita Diablo. Mas al llegar al puente que está cerca de su religioso y suntuoso convento, se manifestó en las gradas del cementerio nuestro padre san Ignacio, con representaciones de tanta majestad y poder, que acobardado el infierno reconoció que estaba cerrado el paso y se habían frustrado todas sus trazas. Y así, rabiosos volvieron toda su saña y coraje contra la sierva de Dios, precipitándola en un lodazal donde la pisaron y quebrantaron hasta que llegando el glorioso patriarca san Ignacio a

---

<sup>56</sup> Lazarillo. Persona o animal que guía a un ciego.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>  
2019.

socorrerla, se arrojaron despechados a su tenebroso abismo, y Catarina confortada del santo se volvió a su casa bien embarazada y enlodada. Mas al querer mudar ropa, se halló seca, limpia y sin lodo con que pudo volver a la iglesia.

## CAPÍTULO 11

DE SU INVENCIBLE PACIENCIA Y CÓMO LA EJERCITÓ DIOS POR SÍ, POR SUS CONFESORES Y POR EL MUNDO

*1. De los grandes deseos de padecer que le comunicó el Señor y cómo le predijo su Majestad los trabajos futuros con varias visiones y profecías de la venerable madre María de Jesús, y del venerable y apostólico varón fray Juan Bautista, su primer confesor*

[133] Fue probada la virtud de esta esclarecida virgen como el oro en el crisol, con adversidades, infortunios y persecuciones tantas y tan graves, que toda su vida fue un continuo tormento, una pesada cruz y un largo e intolerable martirio, conformándose en todo con la voluntad de Dios y con las disposiciones de su altísima providencia, sin que se desahogase con palabras necias e inconsideradas su corazón siempre valientemente templado, aun en medio de congojas de muerte y dolores de infierno. A imitación de aquel divino paciente, el santo Job, de quien dijo el mismo Dios “que no se había destemplado ni en una palabra” [Apostilla: Job 2] cuando le sobrevinieron aquellas extremas cuitas y calamidades, hasta su tiempo nunca vistas ni leídas. Pero aun este santo rey tuvo el consuelo de lamentarse con sus amigos, mientras le acrisolaron en las horribles inmundicias de un asqueroso basurero. Allí levantaba lastimosamente la voz, poblaba el aire de suspiros tiernos, lloraba amargamente, y rompiendo de dolor las vestiduras daba algún corriente desahogo a las congojas de su lastimado corazón. Mas Catarina se empleaba toda en ocultar sus penas y disimular sus tormentos, y sólo clamaba al cielo por fuerzas para padecer más y más por su dios y por el mundo. Estos deseos de padecer significaban aquellas encendidas voces del divino amor que ardía en su pecho, repartidas por todo el discurso de su admirable vida en los coloquios con Dios, diciéndole: “Vamos, Señor, al monte de la mortificación y de la amarga y desabrida mirra”;

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

mención en el capítulo veinte del primer libro. Donde después de haber vencido varios monstruos y fieras entre asombrosos riesgos, incendios y tribulaciones, se halló a los pies de una cruz en que estaba crucificado su divino esposo. Esto mismo significaban las visiones con que Dios le previno cuando la llamó al camino de la perfección, poniéndose delante como único dechado en todos los pasos de su sagrada pasión y convidándole a que le siguiese, hasta llegar a aquella altura de santidad en que quería su Majestad ensalzarla; como lo dejó insinuado en varios capítulos de esta historia, donde consta que toda su vida fue una larga y sangrienta guerra con escuadrones armados de enemigos visibles e invisibles, que se vieron vencidos y atropellados como trofeo del valeroso espíritu de esta sierva de Dios, auxiliada de la divina gracia, sin que pudiesen con todo su poder, astucia y crueldad, apartarla de los pies y brazos de su único amado y divino amante. Esta verdad profetizaron, aun siendo Catarina niña, muchas almas espirituales y favorecidas de Dios. Una de ellas fue aquel oráculo de santidad en nuestros tiempos, singular blasón de esta nobilísima ciudad de los Ángeles, su patria, la venerable madre María de Jesús, hermana en espíritu de Catarina, con quien tenía muchas veces reja sin escucha, y mirándola por mucho tiempo sin quitar los ojos de su hermoso y amable rostro, veía en él un no sé qué que la tenía embebecida, suspensa y arrobada, sin acertar ni poder hablar palabra. Y cuando volvía en sí le decía: “¡Ah, niña! ¡Si supieras lo que has de padecer por Dios y por el mundo!”

[134] A esta admiración pudiera responder la sierva de Dios lo que respondía a los espíritus infernales cuando le amenazaban con los tormentos, martirios y crueldades que les dictaba su rabiosa envidia, diciéndoles: “¿Qué podéis hacer que no hayáis hecho? ¿Qué podéis inventar que no haya tolerado y sufrido este miserable cuerpo, confortado del divino poder?” Porque cuando comunicaba Catarina a esta su hermana querida y santa religiosa, ya eran notorios al mundo los trabajos de sus peregrinaciones; ya había experimentado la lastimosa pérdida de su patria, padres, hacienda y libertad; ya había andado rodando por el mundo con el sobrescrito y trato de esclava en la sujeción y bárbaro dominio de unos infieles y crueles corsarios; ya había tolerado con invicta paciencia las persecuciones, heridas, azotes, martirios y violencias en defensa y conservación de su pureza. Y así pudiera responder: “¿Qué martirios y penas me pueden sobrevenir, que con la gracia de mi Señor no haya yo paciente y constante sufrido?” Pero no respondió esto la sierva de Dios, porque tenía por dechado, ejemplar y maestro a su querido y amado redentor, con quien deseaba verse crucificada

y transformada en una imagen y semejanza como de su principal guía y capitán Jesús, a quien no podía llegar a igualar, ni en la causa ni en el dolor, por más tormentos que padeciese. Todo lo padecido le parecía nada a vista de este ejemplar. Y así todas las ansias y deseos de su corazón eran de más y más trabajos, pareciéndole que nada padecía en medio de tantos infortunios y adversidades; porque como traía siempre delante de los ojos a su divino amante crucificado por nuestras culpas, a su vista el mayor trabajo le servía de alivio y refrigerio. Y a la verdad, ¿quién en medio de las mayores penas no ha de tener paciencia, viendo a su dios, su creador y señor inocente lleno de llagas y dolores? ¿Quién contemplándole en unas duras escarpas y afrentoso madero no ha de tener sufrimiento? Con esta consideración andaba armada de paciencia esta valerosa virgen a quien alentaba Jesús con su ejemplo, convidándole a su imitación no sólo en las batallas, sino también en las victorias para merecer el premio de la eterna corona.

[135] Con esta misma noticia le previno el Altísimo por boca de aquel apostólico varón el padre fray Juan Bautista, religioso descalzo del seráfico padre san Francisco, que fue repetidas veces definidor y guardián de algunos conventos y muchas veces maestro de novicios en su religión, cuya milagrosa vida está escrita en la *Historia de la provincia de México de religiosos descalzos de san Francisco*, a folio ciento y cuatro. Ese fue su primer confesor desde que pasó la sierva de Dios de las Islas Filipinas a esta imperial ciudad de los Ángeles. Y tuvo tanto concepto de esta su querida penitenta, que dijo a sus padrinos muchas veces: “Debían dar gracias a Dios por haberles traído a su casa a Catarina, escogida con especial providencia para depósito de las maravillas y milagros de la Omnipotencia. Que la estimasen y conservasen en su casa para su mayor lustre y blasón; y que él tuviera por favor del cielo andar pidiendo limosna de puerta en puerta para sustentarla”. Y hablando con su penitenta, le previno varias veces: “Lo mucho que había de padecer por Dios y por el mundo, asegurándole, que favorecida del divino poder y auxiliada de su gracia, se había de conservar cándida y fragante azucena, cercada de mil astutos y cavilosos enemigos, que como punzantes espinas intentarían ajar, marchitar y agotar los candores y fragancias de la belleza de su alma”. Y en prueba y testimonio de la verdad en que se ratificaba, le llevó una hermosa palma pocos días antes de su dichosa muerte, que fue a siete de noviembre, año de mil seiscientos y veinte y siete, diciéndole: “Toma, hija, esta palma. Y quiera el Altísimo, como lo espero de su inmensa bondad e infinito poder, que como es pronóstico cierto de tus batallas, sea feliz anuncio de tus victorias y triunfos asisti-

da de la Omnipotencia”. Esta palma conservó Catarina casi todo el tiempo de su vida, por lo misterioso que en sí encerraba y por ser dádiva de tan ilustrado y santo varón. Éste fue también el que, previendo con luz del cielo o habiendo experimentado que las oraciones y manos de Catarina tenían el don de sanidad que trae consigo el aplauso y aclamación de los pueblos, le dio para ocultar al mundo esta celestial gracia, una pequeña parte de hueso de unicornio que conservó la sierva de Dios hasta la muerte; y para hoy en poder del capitán don Manuel de Monzarabe, vecino de esta ciudad, con el cual disimuló y escondió al mundo innumerables saludes y vidas de que era deudor a la misericordia de Dios, por la intercesión y méritos de esta su querida esposa, atribuyendo muchos a la virtud natural del contacto del unicornio en las bebidas, lo que era efecto sobrenatural y milagroso por la virtud e intercesión de esta esclarecida virgen.

[136] A esta insigne profecía y en prueba de su verdad, se siguieron las sangrientas batallas contra su pureza virginal en el estado de doncella y de casada que referí en los últimos capítulos del primer libro, donde puede recurrir el piadoso lector si quisiere ver una mística azucena entre espinas asestadas y conjuradas todas contra su rara belleza, honestidad y paciencia. Ahí verá cómo la tierra brotaba espinas de hombres astutos y cavilosos enemigos de Dios y de su esposa. Verá cómo el aire estaba poblado de demonios y de riesgos; el mar de peligros y de contrarios la carne; mancomunados, confederados y resueltos los unos y los otros al estrago y ruina de esta tierna y delicada azucena, que perseguida del mundo y acañoneada de agudos y punzantes cambrones de infernales pensamientos, permaneció hasta la muerte constantemente hermosa flor del campo y fragante y resplandeciente rosa en los jardines de la Iglesia, consolándose y conformándose en las espinas de las persecuciones y trabajos con mirar a su divino amante humillado entre los hombres, abreviada su majestad inmensa entre los mortales y que como si fuera uno de ellos, así le afrentaban, escarneaban y ultrajaban. Experimentaba esta verdadera amadora de Jesús, lo que Jeremías —hablando con el Verbo que había de humanarse— dijo: “Cuando yo —¡Oh, manso pastor mío!— os voy siguiendo y veo vuestras sagradas espaldas aradas con tan crudos látigos, surcadas con tan duro azote y ahogado entre penas, dolores y angustias; no solamente no me turbo en lo que yo padezco, pero aún me parece que no padezco trabajo alguno, pues templado el dolor con vuestro ejemplo, sufro con alegre semblante y regocijado rostro las zozobras y penas que me ahogan”. [Apostilla: Jeremías 17] Lo que hemos dicho en estos dos libros que padeció Catarina es inexplicable

y no parece imitable. Pero aun es poco respecto de lo que podemos decir, porque toda su vida fue un espejo y prodigio de paciencia y sufrimiento para que en los venideros siglos y futuras edades tuviesen los afligidos y trabajados, desahogos en este dechado y consuelos en este ejemplo; sabiendo que es ley de Dios y estilo de su real palacio, a los más regalados criados ejercitarlos con más severos azotes.

[137] Uno de los más sensibles e intolerables ejercicios con que suele Dios ejercitar a sus más escogidos siervos —como se vio en santa Teresa y lo pondera bien la santa—, es el que se ocasiona de los confesores, y por este medio subió el Señor a esta escogidísima virgen a la cumbre de la perfección, cuyos ministros dispuso su Majestad fuesen sus mismos maestros y padres de espíritu. Estos fueron los que más la purificaron, afligieron y atormentaron, y este fue su mayor tormento. Pues no parece que puede haber más cruel castigo, ni pena igual a la que padece rigores a manos de quienes debía esperar y prometerse piedades y consuelos. Fue tan grande este rigor, esta pena o esta muerte, que para prevenirla con especiales fuerzas y alientos quiso Dios que le previese antes en la siguiente misteriosa visión, entre otras muchas que tuvo en su niñez, para que entendiese los pasos que había de dar antes de unirse perfectamente con Cristo. Se halló esta inocente virgen en un campo cual oveja descarriada, perdida y apartada de su pastor; y en esta soledad divisó a su amado y señor vestido de pastor en un monte, muy distante de ella, acompañado y seguido de muchas gentes. Y reparó que en un valle espacioso que descubría su vista, andaba otra ovejita acosada y perseguida de muchos sayones y enemigos, que armados de soldados con chuzos, lanzas, espadas y otras armas, la herían, la desollaban y despedazaban sin poder con innumerables martirios quitarle la vida. Notó también que cuando más acosada y rendida, alzó el Señor la cabeza sobre el gentío que la cercaba y seguía, y con un silbo suave de su voz la libró de aquellos sangrientos y encarnecidos enemigos y la atrajo a sí con tanta violencia, que corriendo y atropellando con los que la herían, y con los que asistían y acompañaban al amoroso pastor, que eran los que más le impedían el camino y cerraban el paso, llegó corriendo sin parar hasta abrazarse con él. Por los enemigos entendió a los demonios; por el gentío numeroso que andaba en compañía del Señor, muchos confesores que la habían de gobernar afligiéndola, apretándola y poniéndola a punto de reventar; por la ovejita errante sin pastor, sin consuelo y sin compañía se entendió a sí misma. En la misma visión le dieron luz de que la llamaba su divino amante, para que obligada de su voz y ayudada de su poder, corriese

en pos de él y gozase las fragancias de sus divinos unguentos; como la otra alma santa y escogida esposa de quien hace mención Salomón en sus cánticos. [Apostilla: Cánticos 1]

*2. Cómo la ejercitaba el Señor por sí con desamparos, y de los muchos maestros de espíritu que le dio para bien de ellos mismos y mayor ejercicio de la sierva de Dios*

[138] El verdadero y principal maestro del espíritu que gobernó a Catarina en la vía espiritual y camino del cielo fue Dios, como consta de lo que tengo ya dicho. Y conociendo con su suma sapiencia el supremo legislador y gobernador del universo lo que importa y vale el padecer, pues así como todo buen espíritu se conserva con profunda humildad y perfecta obediencia, crece y se aumenta con la paciencia, no se contentó su infinita y eterna sabiduría con lo que padecía su amada y escogida esposa en sus penitencias, mortificaciones, persecuciones del mundo y martirios que ejecutaban en ella con crueldad los demonios, sino que le vendía los regalos y sabores a trueque de dolores, tormentos, ansias y congojas de muerte. Y todo esto, en sentir de la sierva de Dios era nada comparándolo con lo que interiormente padecía y con lo que la ejercitaba su divino amante. Le probaba con sequedades, desvíos y desamparos, para experimentar las finezas de su amor. Y así, el modo ordinario con que respondía a los confesores que le preguntaban: “¿Cómo te va Catarina?”, era: “¿Cómo me ha de ir con esta sequedad ordinaria, con estos desamparos, ansias y continuas congojas de muerte?” La dejaba en una oscura noche de confusiones, y en medio de esas horribles tinieblas, le comunicaba las angustias y congojas de su sagrada pasión y muerte, con todos los dolores y tormentos que le causaron. En esta soledad de su amado y amarga pena no hallaba otro consuelo que suspirar y clamar por su querido, llamándole con ternura y deseándole como a único y verdadero sol, de cuya presencia dependían sus consuelos, alegrías y luces. Estas tinieblas solían ser tan dilatadas que se pasaban los días, meses y años sin experimentar un pequeño rayo de la verdadera luz que ansiosa y desatinada buscaba. Y aun hubo tiempo de diez y doce años continuados en que se halló cercada de sequedades, obscuridad y toda desolación, como diré en su lugar.

[139] Comparaba esta sierva de Dios las horribles penas en que estaba su afligida alma y delicado cuerpo a las penas del infernal abismo, donde ella se había hallado en espíritu muchas veces, y con esta comparación las



suelen explicar los doctores que tratan de esta materia con ciencia y experiencia, añadiendo la diferencia del lugar, duración y causa demeritoria. Pero en el modo de padecer no hallaba Catarina distinción de unos y otros martirios. Le parecía que ya no había para ella Dios y que le había caído la maldición del Deuteronomio, porque se le representaba el cielo de bronce y de hierro la tierra. [Apostilla: Deuteronomio 28] Con este tormento ejerció el Altísimo a esta su querida esposa, escondiéndosele tanto que se persuadía nunca había gustado de Dios, de su luz ni alegría. Y si le venía memoria de las mercedes pasadas, le parecía que todas eran imaginaciones, ilusiones, quimeras y cosas pintadas y fingidas de su loca fantasía. La privación de la luz temporal dejaba sin consuelo a Tobías el viejo. Pero a esta sierva del Señor le faltaba la luz temporal y espiritual de que pende —como dijo el santo rey David— la alegría del alma. [Apostilla: Salmo 96] Andaba acosada de estas penas y cercada de estas espinas, lleno su amor de temores, su esperanza entre imposibles, su fe tan oscura, que más la atormentaba que la alumbraba para buscar a su amado, a quien le parecía que no hallaba ni había de hallar. Si bien, sin saber lo que se hacía, le solicitaba suspirando de día y de noche por su querido; de día en la iglesia y de noche entre sollozos, dolores y tormentos que le causaban las ausencias de su divino amante. Crecía este dolor con la asistencia y crueldad de los demonios y las enfermedades todas, que parece se confederaban para atormentarla y consumirla. La vida y la muerte hicieron alianza y estrecha amistad, sólo por continuar y perpetuar las penas. El día era una oscura noche y la noche era un infierno de multiplicadas aflicciones, y de hallarse sin Dios, el temor de haberle ofendido y perdido para siempre. Y esta era la cruz más pesada y era —como dijo el apóstol— la espada de dos filos que penetraba el corazón y dividía su espíritu afligido y atribulada alma. [Apostilla: Epístola a los Hebreos 4]

[140] No la ejercitaba menos el divino maestro por sus padres de espíritu. Éstos fueron muchos porque se los remudaba el Señor muy a menudo para ejercicio de ella, y para provecho grande de los mismos confesores, con la comunicación de esta escogidísima alma a quien comunicaba su Majestad ordinariamente los secretos de las conciencias, para que advertidos por boca de su penitenta, acertasen a gobernarla, gobernar a otros y gobernarse a sí mismos con aumento y aprovechamiento en el ejercicio de las virtudes, que es el real camino de la perfección. Estas advertencias solían ser sin conocimiento de Catarina, porque venían ordinariamente envueltas en metáforas, símbolos o enigmas para ella oscuros y para los confesores, cuando



convenía, muy claros. O las daba en lengua latina, que ella no entendía, cuando eran tales que podían obscurecer la fama del prójimo o sacar a sus padres espirituales los colores al rostro, según me lo aseguró uno de sus más queridos confesores y amado de Dios, a quien dijo esta ilustrada y favorecida virgen: “Muy del agrado del Altísimo son tus sacrificios y por eso me dio estas palabras que te dijese”. Y prosiguiendo la conversación en latín, se redujo toda la plática a una reprensión amorosa sobre que farfullaba y abreviaba demasiado la misa. Con el cual aviso se dio por advertido y se reconoció enmendado por todo el tiempo que le duró la vida, conservando la memoria de este favor y doctrina del Señor, que atendió a su crédito para con su penitenta.

[141] De estas luces del cielo que comunicaba Dios al mundo por su sierva trasluciéndose entre los hombres, se originó aquella diversidad de pareceres; unos de los que la buscaban, otros de los que le huían de tratarla y comunicarla, y aun de su vista; pareciéndoles penetraba lo más oculto de sus corazones y que era testigo de las inmundicias más leves de sus conciencias, porque es tan limitada la humana capacidad, que imaginamos muchas veces ser desdenes y castigos de la divina justicia, los que son halagos y cariños de la misericordia infinita. ¿Quién duda fue singular y amoroso beneficio el que hizo Cristo nuestro bien a sus desconsolados discípulos, cuando al tratarles algunas materias que los melancolizaban y entristecían, se las disfrazaba con proverbios, parábolas y semejanzas para que las pudiesen recibir con gusto y alegría? [Apostilla: Juan 16] Así corrigió Dios al rey David por medio del profeta Natán, que usó con ardidosa maña de aquella parábola de la oveja robada por la malicia de un rico y poderoso rey, [Apostilla: 2 Reyes 12] y con esta metáfora y semejanza le sacó de la culpa y le movió a penitencia, para aliento de otros semejantes pecadores. Pues de esta misma traza usaba Catarina asistida de la eterna sabiduría, para alumbrar a sus mismos confesores de lo que habían de obrar en sus ministerios; como se puede ver en los muchos casos que se han referido en el discurso de su vida. Y ojalá imiten esta piadosa industria los confesores cuerdos, prudentes y santos, tratando con caridad, y abrazando y recibiendo con benignidad y blandura a los penitentes, para que se levanten remediados los pecadores que se arrojan a sus pies arrepentidos.

[142] Por lo dicho en el cuerpo de toda la historia se ve y se verá, que tuvo directores del ilustre clero y de todas las sagradas religiones, quienes aprobaron su espíritu y le ayudaron a perseverar en el camino de la perfección. Y con mucha especialidad vivía agradecida a los hijos de los dos

patriarcas santo Domingo y san Agustín, porque fueron los que más le asistieron en el tiempo de sus escrúpulos, turbaciones y batallas con los demonios. Mas aunque la oí muchas veces repetir esta debida remembranza, por mi incuria o desgracia, nunca observé los nombres de los particulares que la dirigieron y gobernaron. Pero el Señor, parece, quiso y dispuso que los padres de la Compañía de Jesús fuesen sus ordinarios maestros y confesores. Y así, casi siempre la criaron, asistieron y guiaron hasta su dichosa muerte, apreciando tanto su espíritu y consolándose con su santa comunicación, que muchos tuvieron por gustoso el ir y venir cada dos días y cada día desde el colegio de San Ildefonso al colegio del Espíritu Santo, con estar tan distantes, por consolarla, comunicarla y asistirla. Y entre otros tomaron este lustroso trabajo aquellos dos grandes padres y maestros de espíritu, el padre Miguel Godínez y el padre Juan de Sangüesa. Y fuera de estos nombraba otros varones sabios, santos y prudentes de nuestra Compañía; unos que han sido provinciales de esta provincia de Nueva España, y otros rectores y maestros. Entre los provinciales tenía muy tiernas memorias de los padres Andrés Pérez de Rivas, Francisco Jiménez y Antonio Núñez de Miranda. Entre los rectores y maestros, refería muchas veces los nombres del padre Nicolás de Estrada, padre Antonio de Peralta, padre Francisco Suárez de Ibarra, padre Antonio de Rivadeneira, padre Lorenzo de Figueroa, padre Luis de Legazpi, padre Mateo Galindo, padre Juan de San Miguel, padre Juan de Robles, padre Ambrosio Odón —provincial actual de esta nuestra provincia de México—; y otros muchos, fuera de los interinos, que en ausencia de los propios y ordinarios confesores, la reconciliaban y oían, examinando y aprobando su prodigioso espíritu con las luces de nuestra santa fe y las experiencias de una santa y celosa prudencia.

[143] A los propios y que le duraban por algún tiempo, se los solía señalar el Señor. Y porque se le excusaron algunos con el pretexto de sus ocupaciones o por el temor de encargarse de un alma tan singular y extraordinaria, le dijo algunas veces su Majestad y su santísima madre: “Vuelve, y diles de mi parte que es mi voluntad el que te oigan, gobiernen y asistan”. Y en prueba de que hablaba Dios por su boca, lo manifestaban con evidencia los efectos, porque en dando Catarina con sinceridad el recaudo en nombre de Dios o de la santísima Virgen, cesaban luego las repugnancias y se veían vencidas las dificultades de los confesores señalados, que experimentaban el premio del trabajo que tenían en oír y gobernar a esta esposa de Cristo, admirando en ella lo profundo de su humildad, lo exacto y puntual de su perfecta obediencia, lo invencible de su paciencia, lo singular de su recog-

miento y retiro de las creaturas, lo admirable de su mortificación y abnegación de sí misma, lo prodigioso de su conformidad y resignación en la voluntad del Creador, y lo particular y especialísimo de su familiar trato con el Altísimo. Estos la deseaban y buscaban para alentarla a la perseverancia, consolarla y pedirle los encomendase a Dios, y les alcanzase de su Majestad una buena muerte y el remedio de las necesidades que experimentaban en lo espiritual y corporal. Y sintiendo luego en sí lo que deseaban por los extraordinarios y repentinos efectos, crecían en ellos las ansias de verla, comunicarla y asistirle como a alma querida, escogida y muy favorecida de Dios. Pero como había dispuesto el supremo legislador labrar lo más precioso de la corona de su sierva con la mudanza y variedad de confesores, al mejor tiempo disponía con su eterna sabiduría que la ausentasen y faltasen los que con conocimiento de su espíritu gobernaban caritativos su alma, para que no le faltase el largo y continuado martirio de buscar, hallar y experimentar nuevos maestros y directores.

### *3. De lo que padeció con la variedad y muchedumbre de confesores*

[144] Con esta mudanza y variedad de padres espirituales gustó Catarina lo más amargo del camino del espíritu en la contrariedad de pareceres y direcciones de los ministros de Dios, que causaban en su alma un laberinto de espinas y un abismo de penas; porque los unos, juzgando necesitaba de algún desahogo para no peligrar en tan extraordinarios mentales, le decían: “Que no rezase, que dejase los ejercicios de virtud, que huyese de la presencia de Dios, que se desahogase y divertiese entre las creaturas”. Y esto era mandarle un imposible porque era Dios la fuente de su descanso, era el único objeto de su amor con quien estaba estrechamente unida, y se había transformado en una misma cosa con el divino amante como lo afirmó de sí el apóstol cuando dijo: “Que ni la muerte ni la vida, ni la tribulación, ni el hambre, ni la desnudez, ni los peligros, ni la persecución, ni las cosas presentes ni futuras, le podían apartar del amor y caridad con Cristo”. [Apostilla: Epístola de san Pablo a los romanos 8] Otros le decían: “Que no se quejase tanto, que omitiese las lamentaciones y pasase a decir sus culpas, pues para esto sólo era el confesor y el confesionario”. No es mala doctrina ésta si se aplica a unas mujeres quejumbrosas, de pechos y corazones más que afeminados, que no se contentan con publicar sus cuitas y calamidades en sus casas y en las ajenas de los vecinos, fingiéndose desmayadas, mesándose los cabellos, hiriéndose el rostro, dando voces al cielo y haciendo otros

visajes más propios de locas o endemoniadas que efectos de buen espíritu; sino que quieren también que el confesor no se aparte de su cabecera en sus recamaras y estar siempre a sus pies en el confesionario, sin que les falte de la boca el “¡Véngame padre a confesar! Quiero desahogar mi corazón. Quiero consolarme porque está muy afligida mi alma”. Tengo todo esto por tentación de Satanás y apetito de unas almas regalonas llenas de amor propio y sin rastro de mortificación. Catarina era mujer fuerte, que estando su cuerpo mortificado y martirizado con ayunos, vigiliass y otras asperezas; exhausto con achaques y enfermedades; acosado y combatido de todo el infierno, tan enfurecido que para desahogar su rabia, envidia y furor, se valía de los instrumentos más activos y crueles con qué atormentarla, consumirla y acabarla; y andando todos los infernales espíritus como de competencia, se valían los unos de los azotes de san Pablo, la cruz de san Pedro, las piedras de san Esteban, las parrillas de san Lorenzo y los peines de hierro de san Blas; otros usaban de los ecúleos,<sup>57</sup> hornos, planchas de hierro ardiente y los demás instrumentos conque los tiranos atormentaron y poblaron al cielo de mártires.

[145] Pero en medio de tanta tribulación y cercada de horrorosas tinieblas, tentaciones fuertes y escrúpulos rabiosos, era Catarina tan varonil como tengo dicho, que ocultaba sus dolores y martirios con la exterior alegría, sin comunicar a persona alguna los excesos de su padecer. Aun en el dar cuenta a los médicos de sus naturales achaques andaba tan secreta, recatada y con tal moderación, que nunca pudieron inferir de su informe los amontonados cuidados y penas interiores que la ponían por instantes en el último desfallecimiento; porque sin pronunciar ahí es, se tragaba los quejidos y atormentaba a silicios. Sólo Dios y sus vicarios quería que fuesen testigos de sus mortales angustias, pues eran los que podían templar sus temores y asegurarla en los peligros del espiritual camino. Y así cuando Dios se le escondía, con su gracia se acogía desalada a sus ministros, llena de sobresaltos, sustos y temores de serles cargosa y pesada, pero obedeciendo al divino maestro que le mandaba manifestar todo cuanto padecía, veía, oía y sentía, para que mejor pudieran dirigirla y gobernarla. En este conflicto pues, el no querer oírla y despedirla de sus pies con sequedades, reprensiones, y tal vez con desprecios por turbada o por necia o por incapaz, tenía visos de impiedad y apariencias de crueldad. Era dejarla como en un horno ardiendo sin boca para la respiración. Y así lo explicaba la sierva de Dios

---

<sup>57</sup> Es decir, el potro de tormento.

diciendo: “Que estaba su corazón en estas ocasiones, cual volcán encendido antes de su reventazón y ruina”.

[146] Al santo Job, a quien nos propone la sagrada escritura por ejemplo de paciencia, permitió Dios que le quitasen los demonios todas las cosas menos los labios, que son los instrumentos para formar las palabras, para que pudiese quejarse, lamentarse y dar algún desahogo a sus penosas calamidades. [Apostilla: Job 19] Y algunas veces lo hizo con tanto extremo, que si mirásemos superficialmente sus voces, acciones y quejas, nos parecieran impaciencias. Y para corregir nuestros errados juicios, dijo el Espíritu Santo: “Que no había culpa alguna, en todas las palabras con que el soberano paciente procuró el alivio entre tantos martirios y tormentos”. ¡Quién viera en nuestros tiempos al sufrido patriarca derramar copiosos arroyos de lágrimas, levantar lastimosamente la voz, llenar el aire de suspiros tiernos, romper de dolor las vestiduras y cubrir de polvo la cabeza en señal de la tristeza y sentimiento que rasgaba su corazón! Quién, digo, viera estas trágicas ceremonias en nuestros tiempos, que no tuviera al santo Job por demasiado hazañero, quejumbroso y desatinado, y que no le desamparara como a insufrible. Pero en aquellos tiempos halló el divino paciente unos amigos sabios y prudentes que le consolaron, ostentando igual tristeza y dolor de verle padecer, con la imitación de las mismas ceremonias de que había usado el santo rey para manifiesto indicio de la aflicción y congoja de su corazón; y con esto quedó muy consolado el ejemplar de nuestra paciencia. Porque verdaderamente es gran consuelo para un afligido y atribulado, el tener quién se duela y compadezca de su aflicción y congoja. De este alivio careció Catarina lo más del tiempo de su vida, porque aunque correspondía piadoso el cielo a sus clamores y suspiros, dándole confesores que la oyesen, animasen y dirigiesen, le duraba poco esta recreación y consuelo; porque por disposición o permisión del Señor se le ausentaban o excusaban con sus ocupaciones y temores de cargar un alma, a quien llevaba Dios por caminos tan singulares como peligrosos. Y así le decían: “Que buscarse confesores ancianos y experimentados, y que no se confesase con mozos”. A lo que ella respondía: “Que no hallaba mozos ni viejos que quisiesen cargar con tan pesada bestia”. Pero no cesaba de buscarlos por todas las iglesias andando de confesionario en confesionario, afligida y temerosa de errar y ser engañada sin guía, director y maestro.

[147] En esta desolación se encontró con algunos ministros del Señor que le tuvieron por descaminada, calificando por ilusiones sus visiones y revelaciones, y juzgando las maravillas que su Majestad obraba en ella y por

ella, emblecos diabólicos y su padecer embuste. Y así, cuando mucho le oían una breve reconciliación y la apartaban de sí, cerrando los oídos a los prodigios de Dios y a las tormentas con que la traía acosada el infierno. Era esta disposición especial de Dios, que para su ejercicio permitía fuesen como los malos médicos, que sin oír al enfermo, sin tomarle el pulso ni ver los otros indicantes de la enfermedad oculta, recetan emplastos y otras medicinas dejando al doliente desabrido, sin remedio y sin esperanzas de salud. Eran como los jueces que absuelven y condenan sin oír a las partes, ni leer lo procesado; pues querían curar las congojas y penas del alma sin oírla; querían aprobar y dirigir su espíritu sin dar lugar a que se desahogase el alma, diciendo lo que podía ser del Demonio o de Dios, lo que podía ser vicio o virtud, lo que podía ser descamino o acierto. Porque todo lo desordenaban con decirle: “Haré oficio de su padre espiritual, con tal que no me ande en lamentaciones, ni me gastase el tiempo en historias diciendo que vio, oyó y sintió; porque yo no me entiendo con esos engaños, sueños, fantasías y delirios de cabeza. Lo que hemos menester los dos es, de su parte una breve reconciliación y de la mía una dirección más corta”. Con estas y semejantes palabras quedaba acobardada y como cortada, porque en las dudas y confusiones no podía por sí resolverse, ni los hombres querían oírla y gobernarla, con que andaba como el sediento que teniendo a la boca el agua no puede alcanzarla.

[148] Turbada andaba con extremo la sierva de Dios en esta larga y penosa tribulación, diciendo: “¿Qué haré? ¿Qué diré? ¿Adónde me iré? ¿Qué determinación tomaré?” En esta suspensión y perplejidad se acogía a la caridad inmensa de su redentor, y arrodillada a sus pies, le decía: “Si es posible, Señor, pase de mí este cáliz de amargura. ¿Hasta cuándo ha de durar este tormento, este martirio y este infierno de ansias y congojas? Todos los cristianos redimidos con tu preciosa sangre hallan con facilidad pastores que los animen, dirijan y gobiernen. Yo sola ando como oveja descarriada y perdida, sin maestro, sin luz y sin camino. Y así, suplid Señor la falta de vuestros ministros y echa sobre vuestros divinos hombros esta afligida y desamparada creatura; pues no será la primera que se vea sublimada en vuestros cariñosos brazos, acogida y asegurada en el aprisco de vuestra soberana protección e infinita misericordia”. En este conflicto y amargo trance hacía el divino amante del que no la oía y la dejaba sin respuesta y sin consuelo, con que se veía obligada a volver a buscar y andar mendigando algún alivio de sus vicarios y ministros. Y le sucedía lo que experimentó el mismo Cristo, cuando desamparado de su eterno padre se llegó por tres

veces a sus discípulos para consolarse con ellos, y hallándolos entregados a un profundo sueño no consiguió el alivio, porque no se consuela Dios con gente dormida; y así se volvió al lugar de la oración, donde compadecido el Padre de ver tan atribulado a su unigénito hijo, determinó enviarle un ángel que le confortase, y con esta confortación prosiguió nuestro redentor orando, hasta que puesto en agonía, como se nos dice en el evangelio, sudó sangre con tanta abundancia que llegó a regarse y fecundarse con ella la tierra, en testimonio y prueba de la grande aflicción y congoja que aprensaba su corazón. [Apostilla: Mateo 27] A que aludió la otra alma santa cuando llamó a Cristo: “Racimo de uvas”; [Apostilla: Cánticos 1] porque así como esté entre dos prensas apretado, se hace bocas para despedir de sí todo el licor que en sí encierra. Así se abrieron todos los poros del divino cuerpo para derramar por los hombres ingratos toda su preciosa sangre.

[149] Corrida de los confesionarios Catarina y recogida en la oración, hundida toda en el conocimiento de su flaqueza e indignidad, se le representaba la grandeza de Dios tan majestuosa, que confundida el alma y espantado el corazón, se resolvía este llanto y se deshilaba por los ojos y por los poros en agua. En estas mortales angustias y apretada agonía, le dictaba el divino poder que le buscarse por sus vicarios y ministros si quería experimentar su benigna omnipotencia; y llevada de este soberano impulso volvía a visitar los confesionarios hecha un mar de amarguras, viendo que no hallaba arcaduces<sup>58</sup> para recibir los influjos del cielo, ni instrumentos con qué beber el agua que le brindaba su divino amante. Pero solicitando este favor tierna, fervorosa y constante, penetraba los cielos con lágrimas y suspiros tiernos, y obligaba al Creador mirase con ojos de misericordia por su creatura y respondiese a sus amorosas quejas, consolándola en su amargo llanto, animándola en sus tribulaciones y confortándola en sus desfallecimientos. Si bien la dejaba el Señor siempre suspensa en una vida de esperanzas, ya con semejanzas, ya con señas, ya con voces: “Espera hija — le decía—, que yo te daré quién te oiga y aliente, mas no dejes de buscarle”. Respondía su sierva: “Sí buscaré, Señor, que ya conozco mi indignidad y que es justo cueste mucho lo que vale mucho”. Con estas ansias de hallar a Dios en sus ministros andaba hecha un Argos, asomando los ojos del alma por cualquier claraboya que le abría la divina misericordia. Y hallándose muchas veces sin resquicio por donde se le pudiese comunicar una pequeña

---

<sup>58</sup> Caños por donde se conduce el agua.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>



luz, se solía salir de nuestras iglesias y se iba por las otras a buscar a su soberano esposo, de donde la volvían los santos y ángeles, la santísima Virgen o el mismo Señor, diciéndole: “Que no se apartase de los templos de su Compañía”. Pero siempre le dejaban con la espina de la dilación que le obligaba a clamar a su redentor, diciendo: “¿Hasta cuándo, Señor, me quieres traer descarriada y afligida sin dar paso en tu servicio, llena de dudas y confusiones? Pues sabes que a ti sólo amo, quiero y busco”. Y respondiéndole el divino esposo con favores y beneficios, le decía ordinariamente: “Espera. Confía. Déjame a mí, que sé el tiempo y el cuándo”.

## CAPÍTULO 12

PROSIGUE LA MATERIA DE SU PACIENCIA EN EL EJERCICIO DE MUCHOS CONFESORES, Y DE LO QUE PADECÍA CON LOS DEMONIOS EN EL CONFESIONARIO

### *1. Varios motivos por que suele ocultar Dios a los confesores los secretos de las conciencias de sus penitentes*

[150] Iba labrando Dios a golpe de martillo en el yunque del sufrimiento a nuestra recomendada Catarina. Y así le dispuso el más sensible padecer en las manos de los confesores para que sus mismos pastores, padres y maestros, fuesen el cuchillo que más cruelmente la hiriese. Para ponderar san Basilio lo intolerable del rigor con que castigó el sumo pontífice Pedro a Ananías y a su mujer, cuando cayó muerta a los pies del vicario de Cristo, [Apostilla: Hechos 5] exclama diciendo: “¿Quién se arrojará a los pies de un pontífice, que aun cuando se postre difunto, no se levante vivo? ¿Quién a los pies de un padre universal no granjeará misericordias? Pues a los pies del pastor de la Iglesia experimentar rigores, encontrar castigos y tropezar con la muerte: ¡Qué mayor muerte! ¡Qué más cruel castigo, ni más triste rigor!” [Apostilla: san Basilio, *De instit. monarca*] De los pies de un confesor a los de otro andaba la sierva de Dios como oveja descarriada y afligida sin hallar quién la apacentase, ni comunicase alientos ni consuelos; porque los mismos pastores de la Iglesia eran los que aumentaban sus penas, acrecentando nuevas espinas de dudas, riesgos y temores. Algunos confesores tuvo, que llevados inadvertidamente de alguna curiosidad o propia conveniencia en comunicar a un alma santa y prodigiosa —que cuando es grande la santi-



dad y la luz dificultosamente se oculta sin traslucirse—, se le ofrecieron por confesores y directores. Y solía suceder esto en los tiempos que tenía padre y maestro que la guiase, permitiéndolo así el Señor para que se conociese que era tentación y no efectos del buen espíritu. Pero estos le duraban poco, la mortificaban más y la aprovechaban menos; porque como asistía la suma sapiencia en el corazón de Catarina como en cátedra o trono del divino ser trino y uno, que penetraba en lo más oculto de los humanos corazones, le obscurecía el entendimiento y quitaba la memoria de todo lo que podía ser objeto de vana curiosidad y del amor propio, dándole palabras para explicar precisamente sus congojas, dudas, temores y confusiones que servían más para espinar y desabrir, que para recrear y regalar deseos y ansias de saber novedades, secretos y prodigios.

[151] Algunas veces se manifestó el Señor, tomando por instrumento la lengua y voces de esta su querida esposa para la corrección de sus ministros. Uno que se introdujo a ser su confesor, con deseo de que le hablase Dios por esta alma y le manifestase ciertos secretos futuros que deseaba saber y lograr para consuelo y quietud de su alma; me aseguró él mismo que estándole oyendo cosas muy ajenas de lo que él pretendía saber, reparó que suspendiéndose la penitenta por breve tiempo, haciendo un paréntesis en lo que estaba hablando, prorrumpió en unas palabras que le atravesaron el corazón y sirvieron de respuesta a su pensamiento, las cuales me refirió y fueron: “¡Válgame Dios! ¡Que me quiten la memoria para satisfacer a la curiosidad del que me oye! ¡Y que me la den fecunda y copiosa para decir mucho de lo que no gusta!”.

[152] Vino cierto hombre docto desde México con cartas de uno de los que habían sido sus confesores, para comunicar y consultar con esta sierva de Dios un negocio que le importaba. Y llegando a ver a Catarina le dio las cartas y antes de recibirlas, le dijo: “Yo no recibo cartas que no hayan pasado por el registro del padre que me gobierna. Y así, vayan primero a él, que si fuere conveniente, su reverencia me dirá lo que en ellas se contiene. Y sepa vuestra merced que yo soy una bozal e ignorante bestia que nada sabe, vale, ni puede”. Le dijo entonces: “Pues confiéscese conmigo, y con el secreto de la confesión me dará la respuesta que alcanzare y que Dios le alumbrare”. Y para moverla más, le significó cómo era doctor de la universidad y hombre docto, que había enseñado y practicado la teología mística y escolástica. A lo cual respondió la sierva de Dios: “Yo, señor, no entiendo esas voces de teologías ni atiendo más que a obedecer al confesor, a quien fío mi conciencia y me absuelve de mis culpas”. En otras ocasiones, estando a los

pies de semejantes confesores, le daba Dios memoria de tantas cosas juntas. La dotaba de tal velocidad en la pronunciación y de tanta copia de metáforas, símiles y enigmas muy difíciles de entenderse, que en poco tiempo se hallaba el pobre confesor entre admiraciones, con tanta muchedumbre de especies, que deslumbrado con la multitud de las luces, no podía digerirlas para ordenarlas ni distinguir las para entenderlas. Y si se valían de la penitenta preguntándole “lo que había entendido”, les respondía: “Cuando se me comunicó esta luz, se me comunicaron también las inteligencias de las cosas. Pero como pasó la luz, pasó también el conocimiento y faltó la memoria de la significación”.

[153] Esto de no entender los confesores lo que les comunicaba, era una singular y terrible pena para el alma afligida, que tenía puesta toda su seguridad en que tuviesen los que la gobernaban inteligencia y conocimiento de su conciencia y de lo que pasaba por su atribulado espíritu. Todo esto parece que convenía sucediese así para mayor martirio de esta esclarecida virgen, para confusión de la curiosidad que suele ocasionarse de una incauta inadvertencia de los confesores y para que los avisos que el Señor daba por las voces de esta escogida esposa fuesen mejor recibidos. Porque como los avisos y enseñanzas de Dios son verdades y desengaños, y estos sean tan enojosos y aborrecibles a los humanos ojos, viniendo disfrazados con el sainete de lo que más se suele gustar, se introducían más fácilmente en los oídos de los que la escuchaban. Por este fin, dice Oleastro,<sup>59</sup> predicaba el divino preceptor en parábolas y enigmas, [Apostilla: Oleastro en capítulo 23 Exo] pues conociendo con su sabiduría infinita cuán de mala gana lleva el hombre oír la verdad, cuán mal semblante pone al desengaño, cuánto tuerce el rostro a la enseñanza; y siendo, por otra parte, tan importante la verdadera doctrina, les disfrazaba esa píldora y envolvía esa purga en gustosas alegorías, para que ya que no querían ver a la verdad la cara, la admitiesen disimulada con la máscara o cara de mentira. Finalmente, se manifestaba Dios en su sierva con enigmas y parábolas, porque no era conveniente que sus secretos estuviesen patentes a la humana curiosidad, sino muy ocultos y sellados hasta el tiempo oportuno; porque con tanta variedad y muchedumbre de confesores, manoseados los extraordinarios favores pudieran deslucirse, y escondidos conservarse y llegar al crecimiento que había determinado la Omnipotencia. Así se maduran las preciosas perlas y margaritas

---

59 Jerónimo de Oleastro, exégeta y uno de los teólogos del Concilio de Trento.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

congeladas en el nácar y concha, y así el oro en los escondidos minerales de la tierra; porque si estos estuviesen expuestos al sol y al agua perderían su valor, preciosidad y lustre.

[154] Se encontró en una ocasión Catarina con cierto padre espiritual, que movido de la opinión de su santidad y de lo que experimentó en los primeros días de su actual magisterio, le dio un peso de limosna, pidiéndole que lo encomendase a Dios. Lo recibió Catarina porque ya vivía a la providencia, mirando a sus confesores con el amor filial de hija a sus padres. Pero al confesor le sobrevino dentro de pocas horas una terrible tentación envuelta en un importuno pensamiento, de que quizá esta china santa se hacía santa siendo embustera para que le diesen limosna; y que no sería la primera, pues están llenas las historias de mujeres y hombres que han profesado como de oficio, el trasportarse en sus casas, en las ajenas, en las iglesias y aun en las calles, diciendo que pasean el uno y el otro mundo y que ven las ánimas de los muertos, certificando que están en tal o tal lugar y que volaran al cielo si se les hacen estos o aquellos sufragios, lo cual pide que preceda riguroso examen a su crédito. Porque suelen ser apariciones de los demonios, ya para desacreditar a los difuntos, ya para sembrar confianzas vanas en los pecadores y ya para engañar a los que gustan de ver y oír estas cosas extraordinarias. Si no es que, digamos, lo fingen; como se puede presumir cuando llevan algún interés por ello. Pues hay personas tan ignorantes y fáciles de ser engañadas, que por saber dónde están las almas de sus maridos, hijos y deudos, andan regalando todo el año a semejantes personas que hacen granjería de la exterior y aparente santidad.

[155] Con esta importante doctrina, digna de toda ponderación, combatía el infierno al dicho padre espiritual que batallaba por echar de sí la tentación. Pero ella persistía con tal pertinacia, que lo traía inquieto, turbado y sin sosiego. En esta lucha tan desabrida clamó y pidió el divino socorro por los méritos de su penitenta. Y le respondió fiel por la misma, manifestando a la sierva de Dios la necesidad de su confesor, descubriéndole cuanto pasaba en su interior y sangrienta batalla, y juntamente le dijo: “Que fuese y le dijese lo que le darían cuando se viese con él”. Salió de su casa Catarina como llevada de este impulso y voz, y hallándose con brevedad en la portería de la comunidad donde vivía su director, y llamándolo le dijo, sin saber lo que se decía y le hacían decir fuera de sí, según parece: “¡Qué china, qué santa ni embustera! Tome vuestra merced su peso, que yo no trato de engañar a nadie ni he menester su limosna. Y sepa que tengo muy buena sangre en estas venas, aunque parezco y me tienen por china”. Se turbó el confesor

con este caso tan inopinado. Se resistió turbado a recibir el peso, por más que instaba la sierva de Dios para que lo tomase y guardase. En medio de estas instancias y resistencias, lleno de vergüenza y confusión, estaba como suspenso y admirado el padre limosnero, ponderando el camino por donde esta mujer hubiese conocido el pensamiento que no había hablado, ni aun consigo mismo. Le rogó finalmente “que retuviese el peso y que le perdonase si la había ofendido en algo”. Y entonces la sierva de Dios se sonrió, lo consoló y se arrojó a sus pies, diciendo: “Yo no sé lo que he dicho a vuestra merced, pero conozco que soy una fiera e indómita bestia. Si he pronunciado alguna voz que no debiera, no la mire como cosa mía sino de Dios, que por este camino ha querido librarle de la tentación que le molesta”. Y fue así que desde aquella hora se desvaneció el pensamiento importuno que le afligía y quedó muy agradecido a Dios y a su sierva, que se confesó con él mismo mucho tiempo y logró éste con su comunicación muchos favores y regalos del cielo, dando por muy bien empleado el peso, el susto y la reprensión o aviso eficaz que le libró del infernal pensamiento con que le combatía el infierno, tomando por instrumento a esta sierva del Señor, sacándola de sí para que dijese palabras que parecían ajenas de su modestia con su divino impulso. Como en otros muchos casos que le sucedieron y se leerán en la historia, los cuales debemos atribuir a Dios por los efectos de mayor humildad, caridad y otras virtudes que se experimentaban, como se puede advertir y ponderar en el caso propuesto.

## *2. Prosigue la misma materia y varias trazas con que el infierno procuraba apartarla de sus confesores*

[156] De estos y otros casos semejantes, se originaban y crecían en el pecho y corazón de Catarina otras mayores penas y tormentos, por la contrariedad y diversidad de los juicios y pareceres de sus directores. Y valiéndose de la ocasión el común y cruel enemigo que siempre anda a la vista como león sangriento y rabioso, añadía su cuña de hierro o bronce, aumentando las congojas y ansias en que palpitaba el afligido corazón de nuestra Catarina, avivando las representaciones y tristes imaginaciones de que vivía descaaminada, engañándose a sí y engañando a los confesores; y multiplicando varios consejos y razones propias de su refinada malicia, le procuraba inducir a que desistiese de buscar confesores, pues no querían los unos oírle, los otros la despreciaban y todos se aburrían de sus embustes. Pero cuando andaba más vivo el combate y la tribulación más encrespada, venía como

acá el ángel del gran consejo, el Señor, mejor san Telmo de su corazón turbado, y con su divina presencia desvanecía las espesas tinieblas en que la tenía aprisionada el infierno, y con pocas palabras suplía las muchas que pudieran y debieran decirle los confesores. Finalmente, le solía dar otro padre espiritual que le duraba por algún tiempo, oyéndola, consolándola y comunicándole alientos para la perseverancia. Mas estos mismos señalados de Dios le servían también de espinas, no pudiendo gozar de su asistencia sin zozobras y angustias; porque algunas veces se encontró con algunos sacristanes y porteros tan desabridos e indigestos, que se enfadaban de tanto llamar y buscar confesores y se desenfadaban despidiéndola con desabrimiento para que no volviese a ocuparlos. Portero hubo, que viéndola en la portería, la despachaba luego, diciendo: “Vaya y rece un rosario de quince misterios en la iglesia mientras parece el confesor”. Y a su voz, iba la pobre obediente a rezar lo que se le había encargado y volvía humilde a rogar que se le llamasen, pues había rezado el rosario. Y el segundo buen despacho era decirle: “Vaya y rece otros dos y oiga tantas misas, que aún estará ocupado”. Iba y volvía la afligida virgen y le volvían a enviar a la iglesia sin consuelo. Y en estas idas y venidas se gastaban las mañanas y tardes enteras, sin poder hablar al piloto que gobernaba su atribulado espíritu tan conforme con la voluntad de Dios, que no se le oía otra palabra que el “Hágase la voluntad del Señor. Así lo quiere o permite su Majestad porque no soy digna de tanto bien. Pues cúmplase en todo su divino querer”. Y al encontrarse con el confesor, le decía: “Lo que mucho vale, mucho cuesta. Bien empleado trabajo por tal dicha”.

[157] Cuando faltaban estas dificultades concurrían otras, permitiéndolo así el Altísimo para mayor ejercicio de la paciencia de su querida esposa y trazándolo con sus malignas astucias el infierno envenenado, que parece empleaba toda su habilidad y malicia en ocupar, divertir e impedir a los padres espirituales, con quienes sentía paz, quietud y consuelo esta afligidísima alma. Y cuando los confesores se ponían en el confesionario atropellando con ocupaciones, venciendo repugnancias y rompiendo las infernales prisiones sólo por ver, consolar y animar a esta perseguida oveja de Jesús; la impedían a ella y le baldaban de suerte que no podía vestirse ni aun menearse para salir de su casa a la iglesia, hasta que veían que el confesor cansado, aburrido y desesperado de emplear su caritativo celo, se salía del templo; porque ya entonces le dejaban las potencias ejecutivas libres para entrar en él, persuadiéndole que el confesor se había disgustado y que le había de echar de sí con desprecio y sentimiento; y así, que no le llamase si

no quería experimentar su justo enojo, irritado con tantos desaires, burlas y engaños. En estas cotidianas batallas salía la gracia del Señor victoriosa, porque venciendo a sí Catarina arruinaba los poderíos del infierno, respondiendo a Lucifer: “Que si ella había disgustado y agraviado al ministro de Dios, faltando al respeto y atención que se le debía, justo era el llamarle para pedirle perdón y satisfacerle con la imposibilidad inopinada y violenta que le había sobrevenido”. Por este motivo y porque la humillase más su padre espiritual, agenciaba se le diese noticia de que le estaba esperando en el confesionario, donde inspirado de Dios acudía él puntual con entrañas de padre celoso del bien de su hija, como experimentado en esta sangrienta aunque disimulada guerra de las aéreas potestades, procurando templar y sosegar la turbación en que andaba ahogada el alma.

[158] En otras ocasiones que por beneficio de los ángeles de una y otra parte y la voluntad de Dios, a que no pueden resistir los príncipes del tenebroso abismo, se hallaban en la iglesia el confesor y penitente. Aun no desistía la infernal obstinación de inventar ardidés y trazas para impedirles esta santa y católica comunicación; porque inducían y provocaban, sin ser sentidos a las demás creaturas, se fuesen a confesar donde asistía Catarina para que el concurso amontonado sirviese de estorbo a la penitente para desahogar su pecho y a su padre espiritual le faltase tiempo y paciencia para oírla, consolarla y dirigirla. De este ardid, que por las circunstancias que concurrían constaba ser manifiestamente diabólico, se valía Dios para mayor confusión y ruina del infierno, aunque con alguna costa de paciencia en el confesor y en su penitente Catarina. Porque su Majestad disponía los corazones, de suerte que las almas que venían a ser azar y estorbo, se apparatusaban en el confesionario donde la sierva del Altísimo acudía constante todos los días, y como si su virtud fuese pegajosa, en breve tiempo parecía el concurso del dicho confesionario al de un convento de religiosas, a un coro de serafines o a un ejército de Catarinas, vírgenes y católicas amazonas, incontrastable a todo el soberbio poder de los rebeldes y obstinados príncipes del infierno, que saliendo a su oposición se retiraban confusos, vencidos y avergonzados. En confirmación de esta verdad pudiera trasladar aquí los pareceres y sentimientos de algunos de sus confesores. Valga por todos lo que oí repetidas veces al padre Ambrosio Odón, nuestro provincial actual, de quien tengo hecha mención particular en esta historia, que decía con ciencia y experiencia: “Quien quisiere tener en su aprisco<sup>60</sup> o

---

60 Espacio para defender al ganado de la intemperie.

confesionario muchas almas prodigiosas y eximias, predestinadas a extraordinaria virtud y gloria; alcance de Dios ser confesor de nuestra recomendada Catarina, porque la experiencia enseña que ésta es señuelo suficiente y eficaz medio para conseguir el intento”.

[159] De otro medio más violento se valía Lucifer viendo frustrados todos los insinuados, y era el más conforme a su soberbia obscuridad y contumaz ceguera. Porque algunas veces transformaba a los materiales ojos, lesa imaginación y turbado conocimiento de esta inocente y prudentísima virgen, la voz y rostro de su confesor en el de otro hombre, fiera o monstruo espantoso. Otras veces se lo hacían invisible y muy frecuentemente se le representaba el confesionario como un monte Sinaí o un volcán vestido de fuego, de negro humo, de intrincadas y espesas nieblas o de nubes densas y caliginosas, que servían de obscuro aunque transparente velo, a horrorosos truenos y relámpagos, y a todos los ejércitos precitos armados de horribles instrumentos de guerra y animados de contumaces terquedades para espantarla, atemorizarla e impedirle el paso al tribunal de la misericordia en los pies del vicario de Jesucristo. Menos asombros bastaron para que el israelítico pueblo, espantado de ver a su verdadero Dios en una nube tenebrosa, oscura y espantosa, dijese a su caudillo Moisés: “Si Dios nos habla, atemorizados hemos de caer muertos. Háblanos tú y te escucharemos de buena gana”. [Apostilla: Éxodo 20] Pero estas oscuras, caliginosas y horrorosas nieblas, aunque eran bastantes para acobardar y aterrar a la parte inferior del alma de Catarina, y no llegaban a lo superior y empinado de su espíritu, a quien hacía sombra y servía de lucida y resplandeciente nube el divino ser trino y uno, con todo su absoluto poder embozado en una sabrosa y amable luz, a cuyos resplandores se deshacían las fantásticas e infernales humaredas y se confortaba juntamente el alma para poder sujetar al animado cuerpo, que venciendo al parecer imposibles, atropellando demonios y burlándose de sus poderíos, se postraba humilde y valerosa a los pies del confesor, donde se continuaba y aun renovaba con más coraje y calor la batalla. Porque al paso que los espíritus rebeldes se veían vencidos y frustradas todas sus trazas por una flaca mujer auxiliada de la divina gracia, se enfurecían soberbios y vengativos, procurando sañudos despedazarla y consumirla. Pero como el alma se hallaba al lado del ministro de su dios, con fe viva de que era su voz, su vicario, y que tenía sus veces y poder para ampararla y defenderla de todos sus enemigos invisibles; es indecible la constancia con que peleaba y la valentía con que salía de los combates victoriosa, ofreciéndose a nuevas luchas al Todopoderoso, diciéndole: “Si



es vuestra voluntad, dios y señor mío, que yo viva una vida tan miserable y penosa, que merece el nombre de una guerra cruelmente porfiada y sangrientamente combatida, ponedme al lado de uno de vuestros vicarios, que con tan esforzada ayuda y tan fuerte escudo a nadie podré temer, aunque de mano armada venga contra mí conjurado todo el infierno. Pues cuando más rabiosas y sangrientas me acometan las furias infernales y me embistan embravecidas, yo segura con vuestro amparo y alentada con la voz de vuestro ministro, los postraré animosa y los toleraré constante, hasta rendir la vida y mil vidas que tuviera en defensa de vuestra ley y en testimonio de que no hay poder contra vuestro poder inmenso”.

[160] Todas estas desechas borrascas y violentos asaltos tenían por fin el impedirle dar cuenta de su conciencia al que la gobernaba, y siempre resplandecían los triunfos de la gracia en la constante perseverancia de esta valerosa amazona, pues no dejaba el puesto ni desistía de su intento, hasta que retirados cobardes los contrarios, cumplía con la obligación de manifestar enteramente cuanto pasaba en los secretos de su corazón. Eran para ver y admirar estas extraordinarias y fuertes luchas, en que daba Dios larga permisión a los ejércitos obstinados para emplear todo su poder y desahogar su rabiosa ira contra esta escogida esposa de Cristo e hija del gran patriarca y capitán de Jesús san Ignacio; menos en lo que pertenecía a la vida del cuerpo y del alma, que estaban al cargo de su omnipotencia. Los confesores que en el tiempo de esta larga y sangrienta guerra le asistieron, percibían con todas sus potencias y sentidos los estruendos de la infernal y bárbara batalla en que pretendían acabar con el cuerpo y rendir el alma. Y para explicarlo, no hallaban otra más propia comparación que la de un infierno con toda su crueldad, confusión, rebeldía y maliciosa astucia. No quiero poner aquí más clara individuación, por haberlo insinuado ya bastante en el capítulo trece del primer libro. Pero mucho más admirable y prodigioso era ver la valentía con que el espíritu de Catarina, atribulado y combatido, se resistía y defendía. Por las mismas voces que pronunciaba en lo más sangriento de la refriega, se ostentaba el ejercito de los actos virtuosos con que se escudaba y ofendía a los enemigos soberbios, aterrándoles con la grandeza de su fe, con la firmeza de su esperanza, con lo ardiente de su amor, con lo profundo de su humildad, con lo invencible de su paciencia y con lo sumo de su constancia y resignación en la voluntad de Dios. No resplandecía menos la divina sapiencia en dar a sus ministros fuerzas, aliento, perseverancia y poder para refrenar y reprimir a las huestes infernales; porque con su arrogante furor pretendían desfleamar envenenados su rabia en ruidosos alborotos



para causar entre las creaturas nota, escándalo, contrariedad de discursos, temerarios juicios y aun testimonios falsos. Estos no son efectos del espíritu de Dios sino del Diablo. Por eso las que fingen demonios con nombre de beatitud y hábito de honestidad se valen de la traza de maldecir, blasfemar, romperse el manto y aun el rostro, haciendo otras acciones bien notables y escandalosas en los concursos de las creaturas, con que se pierde el respeto a Dios y a sus ministros, al templo y a los confesionarios, con el pretexto de que el Demonio es el culpado y ellas inocentes por falta de libertad y juicio. Pero si éstas no son verdaderamente arrepticias en los cuerpos, lo serán en las almas. Y muchas se han conocido y se leen a cada paso en los autores que han ordenado toda esta diabólica ficción, para conseguir los fines de las impetuosas olas que levantaban en su corazón sus desordenados apetitos y pasiones desenfrenadas.

### *3. De otros medios con que procuraba el infierno apartarla de la obediencia y cuán fiel amigo tenía en Dios para la perseverancia*

[161] No sabía el infierno qué hacerse para combatir y destruir a esta prodigiosa mujer que por instantes se burlaba de sus trazas y astucias, debilitaba sus fuerzas y les rompía la cabeza. Todas las furias infernales andaban alborotadas y divididas en conciliábulos y juntas de malignidad y discordia. Y aunque no les valían sus ardidés, malicia y poder, persistían rebeldes en perseguirla con esperanzas de que su obstinación y pertinacia habían de triunfar del valor y constancia de esta alma querida y favorecida del Altísimo. No es creíble y mucho menos ponderable, la rabiosa crueldad con que la turbaban, afligían y contristaban, obligándola a temer el peligro en la seguridad, con manifiestos riesgos de engaños e ilusiones en el mismo real camino. Pero en lo que más cargaban la mano era en ponerle horror al comunicar las cosas de su conciencia a sus confesores, que es lo que más siente y teme este príncipe de las tinieblas, por conocer la luz y potestad que tienen los ministros de Dios para gobernar con acierto, dirigir y sosegar las olas más encrespadas y tempestades soberbias que suele levantar en los corazones de las almas atribuladas. Para conseguir este su depravado intento, se valía de motivos que tenían apariencia de virtud, como era el decirle: “Que se dejaba llevar de la vanidad con el crédito y aplauso de sus confesores, a las maravillas que obraba Dios en su alma”. Y cuando veían que esta tentación se desvanecía con el desprecio, la combatían por otro lado con razones contrarias y no menos maliciosas, representándole como

imposibles los favores, luces y tesoros que le franqueaba el liberalísimo y divino amor; avivando para este fin el conocimiento de su indignidad y debilidad de su naturaleza despreciable e incapaz de recibir en sí tan soberanos beneficios. Amontonaban en su imaginación y memoria las faltas pasadas, las imperfecciones presentes y aun las fingidas y aparentes de toda su vida, llena de tentaciones, de ilusiones y cercada de asechanzas de enemigos astutos y crueles. Con este ardid y la pertinacia de sus persuaciones, pretendían hacerle creer que engañaba a sus confesores y que ella y ellos se condenaban. Y aunque con estos importunos y continuados combates no le hacían perder pie en el mar inconstante de la humana naturaleza, por la asistencia y protección de la Omnipotencia a quien los mares y vientos obedecen, causaban en Catarina un temor tan crecido de condenarse y ofender a Dios, que bastara a quitarle la vida la amargura de este dolor con el deseo ardentísimo de conservarse en la amistad y gracia de su creador, si Dios no templara el rigor para conservarla.

[162] En este océano de penas, dudas y temores venía al tiempo oportuno el divino amante, causando tranquilidad en el corazón de su querida esposa, ordenando los desordenados temores, desvaneciendo la tempestad e infundiendo en la afligida alma tanta serenidad y sosiego que experimentaba agradecida. No la quería el Señor para esclava atemorizada sino para hija amorosa y para su regalo y delicias. Algunas veces deshacía su Majestad estas borrascas con sólo su apacible y amorosa vista, dejándose ver de esta su sierva, con representaciones de padre, pastor y fino amante. Otras veces con palabras significativas de su absoluto poder le aseguraba el camino por donde la guiaba, prometiéndole sus auxilios y favores contra las asechanzas de sus rebeldes y obstinados contrarios, empeñándole para su mayor seguridad, puesta la mano en el pecho, su indefectible y real palabra, y la firmeza de su inmutable amor con que le amaba y quería. Otras veces con imperiosas voces quietaba el mar alborotado de la turbación, cuando parecía que estaba a pique de sumergirse su afligido corazón, cual fluctuante navecilla batida de procelosas ondas de amargura y combatida de los furiosos vientos de la tentación. Finalmente, solía causar el divino poder serenidad en su triste y angustiada alma con nuevos y muy singulares beneficios, comunicándole sus soberanos dones y tanta luz, que como arrebatada de las tinieblas se hallaba en un cielo de consolación y gozaba excesos del divino amor y efectos de su omnipotencia, con tanta seguridad que se veía totalmente quieta y en una apetecible como inexplicable tranquilidad; semejante a la que experimentó el apóstol san Pedro, cuando

absorto de tanta gloria y arrebatado del sabroso y nunca visto espectáculo de aquel resplandeciente sol de justicia, Cristo, [Apostilla: Mateo 17] quiso elegir alberge y alojamiento perpetuo de su descanso en el monte Tabor, donde se miraba gustoso y libre de las tormentas del tempestuoso mar del mundo, y de los enemigos visibles e invisibles que las causaban soberbios y las continuaban contumaces.

[163] Estos regalos y aseguraciones del Creador, que gobernaba con especial asistencia a su amada y escogida creatura, al paso que eran repetidos y desacostumbrados, volvían a abatir su corazón y a humillarle hasta lo más ínfimo del polvo y el no ser de la nada, de donde nacían nuevos cuidados y recelos de su peligro. Porque la Omnipotencia se mostraba tan sabia como poderosa; pues asegurándola por una parte, por otra despertaba en su alma los temores y riesgos de la caída con que no le dejaba levantar de su conocimiento y humillación. De manera que nunca le faltó hasta la muerte este ejercicio, esta cruz o esta prensa en que vivía su corazón temeroso de si iba bien o iba mal, si sería engañada, si perdería la gracia y amistad de su dios, si sería el paradero de su larga peregrinación el cielo o el infierno. Se aumentaban cada día estos sustos y sobresaltos con la publicidad que incautamente causaban tal vez las acciones humanas que permitía la divina providencia por sus altos fines, y para que sirviesen a su querida esposa en medio de los cuidados y deseos de ocultarse a las creaturas, de pena sobre pena y dolor sobre dolor, que la obligase a recurrir continuamente al poderoso brazo de la Omnipotencia, que nunca o raras veces y por poco tiempo, la libraba de estos temores. Si bien se los ordenaba y templaba por sí, por sus ángeles y por sus ministros, para que no le impidiesen subir a lo más perfecto y encumbrado de la perfección, desordenados por la maliciosa astucia de los enemigos rebeldes, que por sí y por medio de los hombres, pretendían atemorizarla y reducirla a dejar el camino de la virtud en que perseveró fervorosa, reduciendo todos los miedos o temores que se originaban del conocimiento de su humillación, de su fragilidad, de las asechanzas y hostilidades enemigas, a un amor filial de no disgustar a su querido esposo, procurando amarle y servirle por su suma bondad, sin atención al premio y castigo de su misericordia y justicia divina.

[164] En otras ocasiones procuraban los bulliciosos monstruos, herir y lastimar su afligido corazón con los temores y miedos del santo tribunal de la Inquisición, juntando con las pintadas representaciones que formaban en su imaginativa, embustes, chismes y falsas noticias que llegaban a sus oídos por medio de las creaturas provocadas de los mismos enemigos de la verdad

y padres de mentira, aunque encubiertos y disimulados en las lenguas y testimonios humanos, y con más especialidad y frecuencia en los juicios y fácil natural de las mujeres, que por el vano crédito de que las tengan por gente que discurre, que alcanza y sabe, o que son personas a quienes se fían secretos de esta y de la otra vida, fingen resueltas lo que no han oído ni visto; y aun lo mismo que oyeron lo cuentan desnudo o tan aumentado de las debidas circunstancias que en la realidad y verdad son mentiras, embustes y falsedades originadas de una osadía ignorante o de una refinada malicia. Pondré un ejemplo para explicarme. Se le perdió un día a Catarina el rosario con que rezaba en la iglesia, y buscándolo entre las personas que estaban cerca, se encontró con una señora que le dio el suyo, diciéndole: “Reza Catarina con este y quédate con él, que yo tengo otro y no me hace falta”. Agradeció la sierva de Dios la liberalidad con que le ofreció la dicha señora el rosario y pidiendo al Señor pagase a su bienhechora esta cortés atención. Una de las mujeres que la cercaban oyó las voces de “rosario, señora y dio”, y de estas tres palabras formó y divulgó en los estrados esta proposición: “Catarina tiene un rosario que le dio la Señora, enriquecido con muchas indulgencias y privilegios”. De aquí se siguió un disturbio e inquietud entre las personas piadosas y fáciles en la credulidad, porque por la “señora” entendieron la santísima Virgen, y suponiendo que había sido dádiva suya, no pusieron dificultad en que el rosario fuese muy privilegiado, y quizás por eso le hurtaron a la sierva de Dios muchos y le trocaron otros, creyendo algunos que interesaban por estos medios el tener una dádiva de la princesa de los cielos. Pero en la verdad, toda esta ligera devoción y piedad se fundó en una falsedad; porque la autora de este soñado beneficio, con buena o mala intención, quitó y añadió palabras al dicho de Catarina, porque ella no dijo “que la Señora”, sino “que una señora le había dado el rosario”; y la que mudó o quitó la palabra “una”, añadió la riqueza y tesoro de los privilegios en este tan fantástico rosario.

[165] Menos circunstancias bastaron para que el evangelista san Mateo calificase de testigos falsos a los otros dos que testificaron: “Habían oído decir que Cristo destruya o que podía destruir el templo de Dios y reedificarle o levantarle dentro de tres días”. [Apostilla: Mateo 26] Siendo así, que las palabras del Señor significaron: “Que ellos destruirían el templo y que él mismo lo repararía”. Y por haber mudado y añadido palabras, y por haber torcido el sentido, aplicando al templo material lo que el Salvador decía de su cuerpo, merecieron justamente los dos perjuros el nombre de testigos falsos. Por eso el evangelista volviendo por el divino

maestro, hizo pública en el mundo la falsedad de sus enemigos; y en el caso que dejó propuesto, volvió la infalible verdad por su querida esposa, disponiendo con su providencia que apareciese el rosario perdido y que el que le habían dado se volviese a la señora que con liberalidad caritativa se lo había ofrecido. Y publicándose en los estrados donde se divulgó el engaño y la verdad, se arrepintieron todas de su fácil credulidad, sin que hubiese alguna que se confesase autora del chisme; porque sería quizás de aquellas que esconden el rostro para hacer mal, que ocultan la mano para tirar la piedra, y que con un “dicen” extienden sus invenciones para inquietar y alborotar las ciudades y reinos. De semejantes chismes y falsedades se valía el infierno para atemorizar a nuestra Catarina, cuando estaba en obscuridad y desamparo. Pero cuando estaba en luz y claridad fácilmente los ahuyentaba, diciendo: “Idos malditos con vuestras marañas y embustes, que yo no temo que me abrase y convierta en cenizas el fuego de este mundo. Porque más merecen mis culpas, penas y dolores que han de tener fin; no pueden ser muy grandes. Lo que sí temo es que me chamusquen en el fuego de vuestro centro, que quema y no consume, y así es fuerza que cause un dolor y padecer eterno”.

## CAPÍTULO 13

PROSIGUE LA MATERIA DE SU PACIENCIA EN EL DESEO DE TENER UN SOLO PADRE ESPIRITUAL Y LO QUE LE COSTÓ EL CONSEGUIRLO

*1. De la conveniencia y necesidad de maestro en el camino del espíritu, y por qué difirió Dios esta felicidad por mucho tiempo a su sierva*

[166] Inclínaba, instaba y movía con eficacia el divino maestro a su querida discípula Catarina, que le pidiera y no dejara de buscar una sola guía visible que la gobernase y dirigiese en la vida espiritual, en cuyas manos estuviesen resignadas todas sus acciones, querer y placeres, sin fiarse de sí en lo poco ni en lo mucho; porque con esto padecería menos y aprovecharía más el camino de la perfección. Que esta voz, este impulso y este dictamen fuese de Dios, y muy conveniente y aun necesaria su ejecución y práctica para proceder con seguridad en la vía del espíritu, lo apoya la experiencia, la razón y la doctrina de los santos. Mi gran patriarca san Ignacio de Loyola dejó a

sus hijos encargada repetidas veces esta doctrina en sus cartas y constituciones, porque advirtiésemos cuán necesaria era esta enseñanza para nuestro aprovechamiento y el de los prójimos. Y la pudo leer el glorioso santo en el angélico doctor santo Tomás, donde dijo: “Que el gobierno y monarquía eclesiástica tomaba ejemplar y modelo del gobierno celeste. Que todo se reduce a una sola cabeza divina, en cuyo nombre, poder y dictamen, unos ángeles alumbran y enseñan a otros”. [Apostilla: santo Tomás 1, p. q. 103, art. 4] Así gusta Dios que en la iglesia militante se reduzca a uno todo el gobierno; y asimismo, que enseñen unos hombres a otros, y que no le pidan ni esperen el milagroso magisterio de los celestes paraninfos. Esta sierva de Dios caminaba en espíritu tan acompañada de este conocimiento y tan satisfecha de esta verdad, que en las frecuentes inspiraciones e ilustraciones del cielo no se le oía otra respuesta a Dios, a sus santos y ángeles, que el decir: “Yo no soy ángel, sino una pobre mujer expuesta a errores y engaños. Y he oído predicar muchas veces que la voz de los confesores es voz de Dios, y que el que los oye y obedece, oye y obedece a Dios; porque lo que hablan y dicen no lo dicen por sí, sino por el espíritu de la suprema majestad que habla en ellos. [Apostilla: Lucas 10] Y por eso les he de obedecer hasta la muerte sin gobernarme por mi juicio, que como ignorante, es fuente y maestro de errores”.

[167] Pero como estos eran tantos, tan varios y aun contrarios en sus dictámenes, le servían de mayor pena, dolor y tormento —como lo dejo insinuado en los capítulos antecedentes—. Y qué mayor pena, dolor y tormento se puede considerar, ni qué trabajo más intolerable que verse un alma atribulada obligada a dar cuenta de todo su interior sucesivamente, a muchos que no convienen entre sí en la doctrina ni en el modo de enseñarla; porque así como apenas se hallan hombres semejantes en los rostros, son también diferentes en los juicios y entendimientos. A que se añade su notable propensión a seguir lo contrario de los pasados, o por novedad o por emulación. Y esta pasión reina no sólo en los extraños sucesores, sino en los propios hijos y hermanos; porque la naturaleza pudo unir las sangres pero no los juicios. Se hereda tal vez el gesto pero nunca el gusto. ¡Oh! ¡Si esta connatural oposición se declarara contra los desaciertos! Mas sólo en lo bueno y en lo heroico tienen algunos la imitación por cosa de menos valer, cuando en el vicio se compiten a porfía y en tropa se van encadenando ciegos. De aquí se siguen ruinas en los reinos, errores en las ciencias, y mayor tribulación y muerte en las almas que en los cuerpos; pues deshacen los unos lo que tenían hecho los otros. Los primeros médicos y cirujanos

suelen hacer mayor la herida para descubrir el daño; los segundos, si son intrépidos, arrojados y presuntuosos la solapan, la enconan, o encanceran y acaban con la vida del doliente. Por esto los enfermos cuerdos y sufridos quieren tener un médico cierto que les cure, y los estudiantes que aspiran a saber, un maestro fijo y firme que les enseñe, y sienten mucho mudar cada día médicos y maestros que les atrasen. Aun los árboles y flores muchas veces trasplantadas las vemos marchitas, sin medra, y si no se secan, viven a lo menos desmedradas y dan poco o ningún fruto. Lo mismo reconoceremos en los espíritus andariegos, varios e inconstantes, que como ovejas errantes andan cada día mudando pastores y pastos, llevadas de su natural golosina, desordenados apetitos y antojos; las cuales sino se encuentran con lobos que las despedacen, viven peligradas y al riesgo de sus sangrientas uñas, cercadas de mil espinas que les roban con violencia la lana, y desnudas de su precioso ropaje las dejan frías en una piel pobre, fea y sarnosa.

[168] Si alguna persona en el mundo mereció —mejorado a lo divino y sagrado— el renombre de la más constante mujer, se le debía entre las más señaladas de justicia a esta venerable y esclarecida virgen, en la subordinación a sus confesores; pues en medio de tanta batería y obstinada oposición de los espíritus infernales, que batallaron rabiosos por impedir y atajar el recurso y comunicación con sus padres de espíritu, de que he hecho mención en el cuerpo de toda la historia, nunca mudó sin necesidad confesor, ni confesionario; porque si dejó algunos fue con inspiración particular del cielo y obligada de aquellos que le aplaudían, incautos e inadvertidos la pretendían apartar del recogimiento y trato interior con su divino amante, o del recato y retiro de las creaturas. A todos sus confesores miraba y veneraba como doctos, santos, prudentes y experimentados, con una viva fe de que eran ministros y vicarios de Dios e intérpretes de su ley. No atendía a la buena o mala gracia del confesor; a si era apacible, blando o riguroso; si le daba mucho o poco tiempo para el descargo de sus congojas y penas; si la trataba con amor o con desabrimiento, con estimación o desprecio; porque no miraba ni buscaba su honra y comodidad sino su provecho, que aseguraba en una perfecta subordinación y exacta obediencia a un solo padre espiritual, con cuya asistencia y compañía no temía a Lucifer y hacía rostro a todos los ejércitos rebeldes. Pero como le vendía Dios —digámoslo así— todo lo que le pedía, y ella clamaba incesantemente por todo el mundo y en especial por estas ovejas perdidas o descarriadas, que hambrientas de su libertad y rellenas de amor propio no reconocen pastor que las gobierne, ni quieren padre espiritual que las conozca; enviaba la caridad inmensa del Altísimo a



Catarina todo lo terrible del padecer que ellas debieran sufrir —como diremos en su lugar—, porque las librase su omnipotencia del trabajoso riesgo de su descamino. Este era uno de los motivos porque el Señor le remudaba los confesores como paños calientes; valiéndose, ya de los embarazos que parecían contingentes en esta inconstante vida; ya de la ausencia, de la enfermedad y de la muerte. Con esta pena y riguroso martirio traía crucificada el divino amante a su esposa, obligándola a levantar la voz, y con un triste y repetido gemido desahogar la amargura y mortal angustia, en que naufragaba su corazón afligido con el Eclesiastés: “Mejor es estar dos juntos que uno solo. Porque si el uno cayere, el otro le ayudará ¡Ay del solo que si cae no tiene quién le ayude!” [Apostilla: Eclesiastés 4] De esta orfandad y soledad se valía el infierno para combatirla, sola, con asechanzas, celadas, violencias y soberbias esperanzas de vencerla, como se atrevió a acometer a nuestro capitán Jesús cuando le vio solo en el desierto y no pudo vencerle. [Apostilla: Mateo 4] Porque, ¿quién como Cristo para pelear solo y a solas con Lucifer y sus secuaces? En esta continua lucha con el infierno, resistiendo a sus sugerencias, engaños y crueldades, con la gracia de Dios que ocultamente le asistía, vivía una vida de hieles y amarguras; solicitando y obligando al cielo que le enviase guía, luz y padre espiritual que la guiase cual le había menester, con lágrimas, gemidos, ayunos y penitencias.

[169]<sup>61</sup> Ponderando cierto confesor cuán afligida andaba esta sierva de Dios, encarcelada siempre en una obscura y terrible desolación, clamó a la divina misericordia: “Mirase con ojos de piedad tan penosa tribulación y que diese a esta escogidísima alma padre, maestro y confesor de ciencia y experiencia, que pudiese guiarla y ayudarla en aquel camino tan áspero como singular, por donde la llevaba al cielo”. Y al mismo tiempo de esta petición en que estaba empleado el dicho confesor, tuvo Catarina la visión siguiente. Se le representaron dos personas que caminaban en zancos con pasos de gigante, y otra que andando o corriendo a pie, les seguía y aun se les adelantaba. Preguntó la sierva de Dios a su divino esposo: “¿Qué le quería dar a entender en estos tres caminantes?” Y le dijo: “¿No ves, hija, que el que va sin zancos camina tanto o más que los otros?” Respondía Catarina: “Bien lo veo, Señor. Pero yo soy tan bestia que no entiendo aun lo que miro”. Añadió su Majestad: “Pues díselo al confesor, que él lo entenderá y más si le dices, que digo yo que no se excuse de confesarte”. Dio esta noticia

---

61 En el original no se incluyó la numeración de este párrafo.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>



al padre que había comenzado a oírlo y entendió que, aunque andaba esta descarriada oveja sin guía y sin pastor, no por eso se atrasaba en el camino de la perfección, ni aprovechaba menos que otras, que asistidas de confesores corren como en pies ajenos con felicidad la carrera del espíritu. Y este es el real, conocido y seguro camino, porque andar sin guía largos años por lo más subido y remontando de la vida espiritual, navegar por el mar incógnito del espíritu sin pilotos que guíen y sin maestros que enseñen, es y lo tienen todos los doctos por moralmente imposible. Porque si todas las artes se aprenden y en todos los mecánicos empleos, aun en los más fáciles, hay tiempo de aprendices, ¿cómo se podrá aprender la altísima sapiencia de la perfección evangélica sin esta común y experimental providencia? Por milagro lo califican otros o por extraordinaria disposición de la Omnipotencia, siguiendo a san Gregorio en sus diálogos, donde dice: “Fue especialísimo privilegio de Dios enseñar por sí mismo con ilustraciones e inspiraciones al gran Bautista y a san Pablo, el primer ermitaño”. [Apostilla: san Gregorio, Libro 1, Capítulo 1]

[170] Pero en Catarina no tengo yo por milagrosa la especial asistencia y enseñanza del cielo; pues no es milagro que provea el Creador de lo necesario para ser amado y servido de sus creaturas, cuando ellas cooperan y ponen de su parte los medios para conseguirlo. Con oraciones, clamores y penitencias procuraba alcanzar de Dios esta gracia y entre los hombres lo diligenciaba a costa de desaires y desprecios, sin poder conseguir del Creador ni de sus creaturas un director cierto, fijo y permanente; lo cual no se debe atribuir a castigo de esta inocente cordera por propias culpas, sino por el alivio de las ajenas. Le había escogido el redentor del mundo para que le ayudase a padecer por todos los hombres. Y así, fue traza del eterno consejo que padeciese en esta vida Catarina lo que debían padecer en la otra las almas que se desdeñan soberbias de ser discípulas de otro hombre; y por eso, si no les vale la intercesión de los amigos de Dios, vienen a serlo del Demonio y de su propio juicio, que les enseña innumerables errores. Así como las otras que tienen confesores y padre espiritual sólo en el nombre, pues no le dan cuenta de lo que pasa en su corazón; no siguen su parecer, ni aun quieren oír su consejo, persuadiéndose con temeraria osadía que pueden a solas pelear con el infierno; o rindiéndose cobardes a una eterna pena de su vergonzoso silencio con pretexto de que tienen los confesores mala gracia; siendo así, que no es esa bastante excusa ni es tampoco la causa, sino el que

son semejantes almas descendientes o parecidas al fementido<sup>62</sup> Judas, cuya oculta soberbia se resistió a toda la buena gracia y mansedumbre de un dios humanado por redimirle.

[171] Reconociendo esta necesidad y ansioso deseo de padre espiritual, que tenía Catarina el confesor del número antecedente. Y viendo que le instaba con el recaudo y palabras de Dios para que la oyese, se puso a oírla, lleno de tedios, repugnancias, temores y terribles desconfianzas, originadas y paliadas de lo incompatible de sus ocupaciones, y de lo difícil de guiar almas en el camino de la perfección y en la región invisible y pura de la presencia de Dios, donde hacen los espíritus jornadas batiendo las alas de la contemplación o arrebatados del divino impulso con la velocidad de un rayo, que sin ser visto ni oído llega al término que Dios le ha puesto, aun antes que pueda nuestra corta capacidad entenderlo ni imaginarlo. Algunos han juzgado que para gobernar almas basta saber hablar de Dios y de cosas espirituales, o dar cuatro o seis consejos en materia de espíritu. Otros tienen por cosa tan difícil este magisterio, que siguiendo el común concepto de los sabios, dicen que entre centenares y millares de personas que guían por el camino de la virtud, apenas se hallará uno que sea cabal y perfecto maestro de perfección, por ser muy dificultoso que concurran en un sujeto todas las partes y prendas que en lo natural adquirido y sobrenatural se requieren para tan alto ministerio. Y de este sentir fue san Gregorio, pues habiendo supuesto lo que dice nuestro redentor por san Mateo: [Apostilla: Mateo 18] “Que los ángeles que guardan las almas y defienden los hombres están siempre a la vista, bebiendo los luminosos rayos que blandamente vibra de su majestuoso semblante el supremo rey de la gloria”. Añade el santo: “Que si fuera posible que se apartaran de las claras luces de la hermosa cara de Dios, ni pudieran levantar a los caídos, desengañar a los ignorantes, ni dar a beber a sus ahijados de la fuente de la luz que a ellos les faltaría. Pues si un ángel para guardar y guiar a un solo hombre necesita de tanta luz, que si un instante apartara la vista de la cara de Dios no fuera posible cumplir con su ministerio y obligación: ¿Cómo el hombre sujeto a tantos hierros y expuesto a tantos engaños, no ha de temer y temblar de gobernar, regir y guiar a otros por las sendas secretas e incógnitas del espíritu?” [Apostilla: san Gregorio 2, *Moral*, capítulo 14] Pero aunque esta razón anda en los libros tan apoyada de hombres doctos, experimentados y santos, no ha de ser tan poderosa que nos acobarde

---

62 Persona falta de fe y palabra. Engañosa, falsa.

y retire del empleo y asistencia a los ministerios propios de nuestro oficio y obligación; porque si fuéremos humildes, mansos y apacibles, y nada austeros, impacientes e iracundos, Dios suplirá las faltas de sus ministros comunicándoles sus luces, revelándoles sus secretos, levantándoles del polvo de la tierra hasta las estrellas, cuya tercera parte arrojó al infierno por su soberbia. Pues como Dios exalta a los humildes, humilla a los altivos y presuntuosos, y esconde sus secretos y misterios a los sabios y prudentes del mundo, cuando los manifiesta liberal a los pequeñuelos. [Apostilla: Mateo 11]

[172] Bien conocía Catarina que este confesor le oía con poco gusto; porque lo severo y triste del semblante, lo grave y desabrido de las palabras manifiestan lo más oculto del corazón. Y este conocimiento afligía y acobardaba a la sierva de Dios para dar cuenta perfecta de su conciencia, pareciéndole que le era molesta y que no hacía caso de sus cuentas de conciencia. En esta turbación se acogió a Cristo y le dijo: “¿Es posible, Señor, que no ha de haber para mí un ministro, padre y pastor que me gobierne? Pues el mismo que me has señalado se resiste y parece que me desprecia”. A esta amorosa queja, le respondió su divino amante: “Pues ese quiero yo que te confiese, y que se venzan de una y otra parte las repugnancias, tedios y dificultades que dispone el infierno. Y así búscale, que razón es te cueste lo que te importa”. Volvió Catarina afligida a verse con su confesor y le dio cuenta de la queja que había dado al Señor y de la divina respuesta en que la mandaba buscarse a su confesor, a quien hizo esta pregunta: “Quién ha de buscar a quién, ¿el pastor a la oveja o la oveja al pastor?” Le respondió el padre: “Más justo es que la oveja busque a su pastor, pues es el que la ha de apacentar y guiar”. A que añadió Catarina: “Pues, ¿cómo nos predicáis que el buen pastor buscó a la otra ovejuela que andaba descarriada y la puso sobre sus hombros para traerla a su aprisco?” [Apostilla: Juan 10] Le satisfizo el confesor, diciendo: “Porque esa era una oveja perdida. Y por ganar un alma desamparó el buen pastor noventa y nueve de las ya ganadas y aseguradas. Tú no eres, hija, de las ovejas perdidas, sino de las ganadas. Y así espera, aguarda y sufre tus desamparos, porque no nos falte tiempo para convertir a Dios muchos de los pecadores”. Concluyó la sierva de Dios estas preguntas y respuestas, diciendo: “Luego razón tengo en tenerme por bestia e ignorante, y veneraros por doctos y sabios, sujetándome en todo a vuestro parecer y discreción, pues sois ministros de Dios e intérpretes de su santa y justísima ley. Y así, de aquí adelante no haga vuestra reverencia caso de mí. Yo vendré todos los días y me oirá cuando estuviere desocupado, y le pareciere que no es razón que por un poco de consuelo y alivio que yo

puedo interesar en el confesionario, se dejen de ganar y convertir a mi dios muchas almas”. Desde este día se acusaba de la más mínima detención en el confesionario, temiendo impedir la conversión o provecho de otras almas. Noten esta caridad y delicadeza de espíritu, las personas que con pretexto de su aflicción gastan horas enteras en un confesionario, sin hacer escrúpulo en el tiempo que pierden y hacen perder al confesor, que lo empleara en poner en gracia otras muchas que le cercan y se van desabridas y aun desesperadas; quejándose, admirándose y murmurando de ver ocupado todo un hombre los días y las noches y aun los meses y años, en consolar a una sola mujer, plañidera de sus penas, sanguijuela de gustos y consuelos que nunca se satisface, ni puede satisfacer hasta verse en un cielo de gozos y de glorias.

*2. De varias trazas que usó el infierno para apartarla del dictamen de perseverar con un solo padre espiritual, y del especial odio que tiene el Demonio a san Ignacio y sus iglesias*

[173] Ya en el capítulo pasado y en otras partes del cuerpo de esta historia, he insinuado la oposición y obstinada contradicción con que el infierno pretendía impedir y desbaratar cualquier comunicación de esta escogidísima esposa de Cristo con sus confesores. Pero con furor más rabioso y más encarnizada obstinación continuaba y renovaba esta sangrienta guerra contra aquellos, que conocía astuto y vigilante, eran señalados y escogidos por la divina elección para el aliento y seguridad de esta su sierva y amada hija; como lo experimentó el confesor de quien he hecho mención en los números antecedentes. Bien pudiéramos trasladar y repetir aquí todas las violencias, trazas y astucias diabólicas que se pueden leer en el discurso de esta prodigiosa vida; y en especial las que apuntaré en los capítulos dedicados al achaque y enfermedad de demonios que suelen padecer las almas espirituales para gloria de la Omnipotencia y confusión del infernal abismo. Porque con singulares noticias resplandeciera más lo encumbrado del espíritu de esta privilegiada alma, y con su ejemplo tendríamos los confesores un modelo y regla para gobernar y gobernarnos, cuando nos encontraremos con almas que suben a la perfección por particulares y extraordinarios caminos. Aquí sólo pongo parte de lo que fue testigo de vista y experiencia el dicho confesor, que no quiso que se oyese ni leyese su nombre. Estando pues éste con la sierva de Dios en tiempo de batalla, entre innumerables malos espíritus que les cercaban visibles e invisibles, se le dejó ver un gran demonio traidor y fementido, que transformado en ángel de luz, le dijo: “No te confieses

con ése, que es mozo y de poca experiencia; y el buen padre espiritual debe ser maduro en la edad, en el juicio y entendimiento. Debe ser muy vigilante y apacible, sufrido y amoroso. Y nada de esto hallas en el que te gobierna, pues le experimentas serio, grave, autorizado y desabrido. Busca y llama otro de los ancianos que han tratado tu espíritu y conocen tu natural, que es llevado por amor y cariño y no por temor y serios desabrimientos”.

[174] Menos luz de la que tenía Catarina del cielo bastara para conocer lo engañoso del hipócrita tentador, sino le turbase las potencias para ocultar su malicia y lograr su maliciosa astucia. Pero como acudía con todo a su confesor la sierva de Dios y le tenía presente, manifestó lo que veía y oía, diciéndole: “Aquí está un personaje con todo lo exterior de ángel; no sé si en el interior es demonio, y me aconseja que deje a vuestra reverencia y busque y llame a otros ancianos, cuerdos y experimentados, que me han gobernado y viven en la ciudad de México”. Le respondió el padre: “Desprecia hija a ese traidor consejero y sus consejos. Mira que es el soberbio Lucifer que pretende privarte del bien presente y del futuro, que te promete en los confesores ausentes”. Aquí añadió la sierva de Dios: “Ya lo veo padre y señor mío; por eso me gobiernan por lo que me dice el ministro de Dios que me dirige y enseña, y no hago caso de todas estas fantásticas apariciones ni de sus locuciones, y más en esta materia de mudar confesores, en que me ha perseguido toda la vida el infierno, así como ha pretendido que deje a su enemigo el cojo Ignacio, que huya de sus hijos y desampare sus iglesias”. Aunque se vio despreciado el enemigo, no desistió en su intento y prosiguió con la tentación; disimulando astuto el sentimiento de verse ya conocido, le persuadía que por lo menos escogiese otro anciano grave y experimentado, aunque fuese de los hijos de san Ignacio que vivían cerca de su casa, y que se apartase del que tenía si no quería juntamente perderse con el maestro; que aunque lo era en la teología escolástica no lo era en la mística, que es la ciencia necesaria para guiar con seguridad las almas. Luego que oyó Catarina los términos de “mística” y “escolástica”, preguntó al confesor el significado de aquellas voces. Y el padre para sosegarla dijo: “Esos son silbos de la venenosa serpiente, que cuando no puede morder, procura con sus ladridos atemorizar y espantar. Dile que se vaya con esas letradurías a disputar con los doctos, que tú no quieres saber más que obedecer a Dios y a sus ministros, y que con sólo esta ciencia sabes más que ellos, pues no supieron salvarse”.

[175] La terquedad y obstinación, bien puede correrse y avergonzarse pero no arrepentirse ni enmendarse. Volvió este rebelde y contumaz es-

píritu a renovar sus baterías, asestando por otro lado sus tiros contra la incontrastable constancia de esta obediente y humilde alma. Le acometió diciendo: “Mira que mis consejos se dirigen a tu bien y felicidad, y que no soy el que piensas sino embajador del Altísimo que desea se logre en ti la sangre de su unigénito hijo; y así pues, has despreciado los demás consejos que te he dado. Toma este que te doy ahora, y será el último y el suficiente para dar gusto a tu redentor, aunque no tan eficaz como los otros, y es que consigas del confesor que te asiste que comunique tus cosas y las consulte con los padres ancianos y experimentados de su colegio; porque más ven cuatro ojos que dos. Y dile que aun los médicos hacen juntas por no errar las curas de sus enfermos. Que no sea cabezudo, voluntarioso y amigo de su parecer; que busque el ajeno y le siga; y más siendo de viejos con ciencia y experiencia, como los que te señalo”. Y le nombraba por sus nombres los más doctos, graves y de mayor autoridad. De la turbación de la penitenta y de las palabras y el modo de pronunciarlas, conoció el confesor el autor de la tentación. Y para descubrir los fines de su maligna intención, preguntó a Catarina: “Que qué la movía a buscar su seguridad en el parecer de muchos”. Respondió: “No sé si acertaré a explicar lo que pasa por mi alma; porque allá en lo íntimo y como en su espiritual fondo se consuela, alegría y anima mi afligido espíritu con las palabras y presencia de vuestra reverencia, y siento unas vivísimas inspiraciones de buscarle y no apartarme de sus pies, ni de su gobierno. Pero en esto exterior sensible y como en la parte corporal siento una terrible repugnancia, un enfadoso tedio, coraje y rabia contra vuestra reverencia, contra sus cosas y contra su secreto. Se me ofrece que no me entiende, ni atiende a lo que digo. Que no hace aprecio de las cosas de Dios ni de sus creaturas, por falta de prudencia, ciencia y experiencia. Y finalmente, entre todo aquello que puede imaginarse contra su decoro parece que va envuelto otro pensamiento, de que echarán menos los padres graves ya nombrados, el que no se les comunique y dé noticia de casos tan raros y extraordinarios que pasan en el mundo y se representan a mi alma”. Aquí para humillarla más a ella y llevarse de encuentro al soberbio tentador, la interrumpió el confesor, diciéndole: “Todos esos ofrecimientos son hijos del Dragón infernal; porque esos padres maestros que nombras son buenos para confesores de príncipes y hombres poderosos, por su autoridad, virtud y sapiencia. Pero para una pobrecita china como tú, cualquier ministro de Dios basta. Y advierte que pretenden perderte los enemigos astutos y mañosos con la publicidad y aplauso, haciéndote célebre y admirable en el mundo con las fantásticas ilusiones que forman

en su presumida soberbia. Diles que cuando lo pida la razón y la necesidad, consultaré hombres doctos y a los mismos sagrados tribunales; pero que al presente, no hay qué consultar ni en qué tropezar, porque no hallo en el caso presente otra cosa que humildad, obediencia y paciencia, que son los mayores prodigios y milagros que deseamos ver en el mundo”.

[176] Persistían en su depravado intento los enemigos rebeldes con rabiosa pertinacia, mezclando con los motivos engañosos y aparentes razones, las trazas y violencias que dejó insinuadas en varias partes de esta historia. Pero la más eficaz y sensible —según lo atestiguaba el dicho confesor— era el valerse de otros padres de espíritu con cuyos pareceres inquietaban al alma, y la ponían en peligro de apartarse de su pastor y aun a riesgo de dejar el camino espiritual. Para inteligencia de esta terrible y no conocida tentación, se ha de advertir que cuando Catarina nombraba a sus confesores, llamaba a unos propios y ordinarios confesores y a otros les daba solamente el nombre de confesores de absolución. Y preguntándole: “Qué entendía por confesor de absolución”, dijo: “Aquellos con quien me reconcilio, diciéndoles dos o tres palabras para quitar algún escrúpulo y dar materia suficiente de la vida pasada, sobre que caiga la absolución y se aumente en mí la gracia del sacramento de la penitencia. Y a estos no los tengo yo por mis guías, maestros, ni pastores; porque ni me conocen ni yo los conozco. Ni les doy cuenta de mi conciencia, ni ellos sin esta noticia pueden gobernarme”. Parece que había leído la sierva de Dios las propiedades del buen pastor en el evangelio de san Juan, donde se nos enseña: “Que el buen pastor debe conocer a sus ovejas y ellas conocerlo a él”; [Apostilla: Juan 10] que es decir, como interpreta la glosa angélica: “El buen pastor ha de conocer y amar a sus ovejas, oyéndolas, apacentándolas y defendiéndolas hasta dar la vida por ellas, si fuere menester”. En faltando esto, no se debe dar el nombre de director, padre espiritual, ni buen pastor. Y si esto no fuera así, llamáramos a los padres de Nuestra Señora de la Merced, pastores universales de todas las almas de la ciudad, pues en las fiestas señaladas para la general absolución, en que franquean las pontificias indulgencias a todos los fieles, les absuelven de culpas y penas si tienen la debida disposición. Y con todo eso no les damos el nombre de ordinarios y propios confesores de las almas, sino es de aquellas, que franqueándoles sus conciencias, se dejan regir y gobernar de ellos como de sus propios e inmediatos pastores. Lo mismo se ha de entender en todos los que reconcilian, confiesan y absuelven a muchos de los que llegan amontonados a sus confesionarios por la sacramental absolución, cuya vida interior ni exterior no conocen, ni es menester conozcan; porque para dar la absolución que



les piden, basta que den los penitentes materia y muestras de suficiente disposición. Y éstos con propiedad se pueden llamar confesores de absolución y dispensadores de la sangre de Cristo, pero no propios confesores y pastores de las personas que absuelven; porque hay grande diferencia entre absolver, regir y gobernar. Esto es muy difícil y aquello muy fácil.

*3. Del daño que reciben o pueden recibir las almas que a un mismo tiempo quieren ser gobernadas por muchos confesores, y con especialidad en el ejercicio de virtudes y frecuencia de sacramentos*

[177] Con este género de confesores labró el divino amante a su querida esposa una corona de inestimable valor, porque en las enfermedades y ausencias de sus padres espirituales se veía obligada a arrodillarse a los pies de los confesores que no la conocían, para reconciliarse con ellos. Entre estos se encontró con uno, que le dijo que por qué no se confesaba con su padre espiritual y director. Le respondió la sierva de Dios: “Porque está enfermo y no ha podido bajar”. Le dijo entonces el ministro de Dios: “Pues espere a que sane y que baje, que yo no soy suplefaltas”.<sup>63</sup> Éste le vino a visitar desde la cárcel del purgatorio, pasados muchos años de aquel terrible cautiverio, y le pidió lo encomendase a Dios y le perdonase el desconsuelo que le había causado, faltando a la caridad debida por su oficio y sagrado ministerio. A otros se llegó contrita y arrepentida pidiéndoles la gracia del santo sacramento, los cuales la examinaron y preguntaron el modo interior y exterior de vida que tenía. Y les respondió ella: “Que tenía orden de sus propios confesores antiguos y presentes para decir en las ordinarias confesiones solamente aquello en que podía haber alguna culpa, reservando la cuenta de conciencia para el ministro y ordinario pastor que la gobernaba”. Le decían: “¿Pues yo no soy tan confesor como los que le gobiernan? ¿Por qué no me ha de dar cuenta de todo lo que pasa en su corazón y rendirme la obediencia, cuando llega a mis pies como rea?” Satisfacía el alma afligida, diciendo: “Como pecadora y la mayor del mundo he venido a su tribunal, pronta y dispuesta a ejecutar la penitencia que como vicario del supremo juez me impusiere por las culpas que le manifiesto; y son en las que después de haberme examinado, halla mi alma alguna inquietud y remordimiento. Pero en lo demás que pasa en mi corazón, lo franqueo con sinceridad al

---

<sup>63</sup> El que reemplaza al titular de un puesto u oficio.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>



confesor que me gobierna. Y si él me dice que no ande incensando los confesionarios con ello, ni publicándolo con liviandad y sin necesidad entre los confesores, ¿cómo he de faltar a su obediencia? ¿Cómo he de obedecer a dos; uno, que me aconseja que sí; otro, que me dice que no?” En estas controversias la despachaban sin absolverla, o ella, turbada de la aflicción del buen o mal espíritu, daba cuenta con su lengua bozal y con el entendimiento obscurecido de tales y tantas cosas desatadas y desunidas entre sí, que en la apariencia parecían profundos misterios y en la realidad eran un caos de confusiones —por no decir ilusiones— que dejaban al confesor lleno de dudas y temores, ocupado en buscar los significados como si fueran adivinanzas; porque los secretos de Dios no se fían a quien los desea, sino a quien su Majestad gusta.

[178] No es decible el daño que reciben las almas espirituales, y más si andan en obscuridad y desamparo con esta oposición de consejos y contrariedad de pareceres; pues crece tanto la tribulación, que entre los temores de ir erradas, se hallan con impulsos de retirarse de la vida espiritual y apartarse del camino de la perfección. Como lo experimentaba Catarina, porque como tenía tanta fe con lo que decían los vicarios de Cristo e intérpretes de su ley; la variedad y disensión en los dictámenes y juicios la afligían, crucificaban y ponían en dolores de muerte y penas de infierno. Pondera san Jerónimo entre otros santos, cuán necesaria es la subordinación a uno sólo, con razones y con los ejemplares de todos los gobiernos, eclesiástico, político y militar; [Apostilla: san Jerónimo en Lupum de Mon. Olin<sup>64</sup>] pues vemos que en la jerarquía eclesiástica se reduce todo a la decisión de un vicario de Cristo; en lo político a un emperador, rey o juez supremo; en lo militar a un capitán general; y en la más mínima familia a un padre o superior, que la rige y gobierna; porque sin eso, no se puede conservar ni durar mucho la casa, reino, monasterio o monarquía, como nos lo dejó testificado la misma infalible verdad por san Lucas, asegurándonos: “Que todo reino dividido entre sí, sería asolado y destruido”. [Apostilla: Lucas 11] En este peligro se puede y debe considerar un alma gobernada a un mismo tiempo de muchos y subordinada a varios y opuestos juicios; de los cuales, unos deshacen lo que los otros han hecho, y el penitente no hace nada o se le va todo en hacer, con que no sólo no puede subir a la perfección pero ni dar un paso adelante en ella, como no puede llegar al puerto un navío regido de la desconcertada

---

64 Probablemente se trata de Lupo de Macón, obispo.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>  
2019.

y confusa muchedumbre de los navegantes, si no se rinden todos al parecer de un solo piloto y capitán. Contra este santo consejo obran aquellos que tienen dos confesores; uno para los pecados gruesos y el otro para las menudencias; el uno para que los absuelva y el otro para que no los riña, ni acierte a gobernarlos por mal informado. Todo esto nace de una oculta soberbia, encubierta con el triste capuz de la hipocresía, que por una parte les provoca a ejecutar mil abominaciones, y por otra a conservarse en el concepto de virtuosos y santos en las estimaciones vanas del mundo. El remedio contra esta humana fragilidad es imitar a Catarina, que no rehusaba decir a todos los confesores sus culpas, pero el estado interior de su alma, cuya publicidad le podía ser dañosa, sólo le franqueaba al pastor que la dirigía porque pudiese humillarla siguiendo el insinuado consejo —y dije consejo—; porque no se entienda que apruebo el dictamen de los otros que cautivaban y sujetaban a sus penitentas, admitiéndoles voto o juramento de no hacer cosa sin su parecer; lo cual ponían ellas en ejecución tan de veras que faltaban a la obediencia de sus padres en cosas lícitas, y al servicio de su estado y obligación excusándose con la obediencia de los padres de espíritu; como si estos pudieran dispensar en el precepto de honrar y obedecer a sus padres, o como si tuviera necesaria conexión el confesar con el hacerse dueños de las voluntades, haciendas y casas donde habitan sus penitentas e hijas de confesión.

[179] Con otros vicarios de Jesucristo se encontró Catarina, que después de la absolución o antes de absolverla, le preguntaban: “Cuántos días comulgaba a la semana”. Les respondía: “Que cuando se lo mandaba su ordinario confesor, se atrevía solamente a llegar a la sagrada mesa”. Le decían: “No le preguntamos eso, sino el cuándo y cuántas veces le manda su padre espiritual que comulgue cada semana”. Volvía a responder: “Que ella no tenía cuenta en las veces porque sabía poco de números; pero que le parecía que en unas ocasiones comulgaba dos y tres días en la semana, en otras más y en otras octavarios y novenarios enteros”. “Pues eso es lo que queríamos oír de su boca. De aquí adelante no ha de comulgar sino cada ocho días. No quiera igualarse con el estado sacerdotal; no se verifique en ella lo que ordinariamente se dice, que la mucha conversación es causa de menosprecio. No haga costumbre en una cosa tan grave, que la continuación es ocasión de poco respeto”. Dejo otras razones con que la persuadían que no frecuentase este divino sacramento y dilatase la comunión; porque la sierva de Dios no atendía a otra cosa que al mandato o consejo de su confesor. Y así les respondía: “Yo diré todo eso a mi padre espiritual, y si él

me manda que no comulgue hasta la Semana Santa, no lo haré de ninguna manera. Porque ni ver, ni oír, ni hablar quisiera por mi voluntad, sino por parecer de mi confesor; pues me han enseñado los ministros de Dios que quien obedece en cosas lícitas, no yerra”. A esta respuesta prudente, santa y católica, le replicaban importunos: “Que aunque se lo mandase el padre espiritual, no había de comulgar sino cada ocho días; porque no eran todos los padres de espíritu idóneos para dar el conveniente consejo”.

[180] ¿Quién podrá decir, ni ponderar las turbaciones que causaban estas voces en el espíritu humilde, rendido y atribulado de la sierva de Dios, que anteponía el gobierno de los sacerdotes aun a las luces que le daban los ángeles? No comulgaba en este tiempo Catarina todos los días; pero aunque fuera su comunión entonces cotidiana, debía ser bien recibida y alabada de los hombres, pues no daba paso en el camino del espíritu que no fuese por consejo de su padre espiritual. Y todos los que tuvo según la noticia que nos dejó, así del ilustre clero como de las sagradas religiones, fueron doctos y experimentados en el gobierno de las almas, de quienes no se puede dudar fuesen hombres de ciencia y experiencia, cuya calificación pertenece a los prelados mayores y no a los sacerdotes entre sí, que debemos juzgar bien y hablar mejor unos de otros; y más en materia tan grave y en lugar tan sagrado donde llegan las almas a nosotros, como a vicarios de Cristo que tenemos sus veces y autoridad. Y si en lo natural nos faltase alguna prenda para la buena dirección de los penitentes, es Dios fiel y asiste con toda su suma sapiencia con nosotros. Y habiendo en los fieles claridad y fidelidad; y en los confesores humildad, recta intención y celo de la honra y gloria de Dios; no nos pueden faltar las divinas luces, tanto mayores cuanto fueren mayores y extraordinarios los espíritus que su Majestad nos encomendare. Y si éstas nos faltaran, toda nuestra ciencia adquirida de la experiencia, libros y maestros no bastara; porque —como dije arriba— ni la ciencia angélica fuera suficiente para gobernarnos con acierto, sino estuvieran estos celestes espíritus mirando como águilas reales la divinidad del inmenso sol de justicia, en quien conocen lo más conveniente.

[181] Con la disensión de los confesores, cuyos pareceres en el juicio y estimación de Catarina eran muy sagrados consejos, se halló muchas veces, si no escandalizada, turbada y suspensa entre afectos de admiración y pasmo. Atónita y asombrada, acudía llena de amargura y aflicción a su propio confesor, diciendo lo que le había pasado con otros de los ministros de Dios para que la eximiese de la frecuencia a este divino sacramento. Le decía:

“¿Yo soy sacerdote o sacerdotisa para recibir tan frecuentemente en mi

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

pecho a la suprema majestad?” Le respondería —digo yo—: “Pues, ¿qué tiene que ver hija, el comulgar con el sacerdocio? El sacerdote tiene por oficio no comulgar solamente como el seglar, sino consagrar el cuerpo y sangre de nuestro redentor; bendecirle, hacerle bajar a sus manos desde el alto y excelso trono de su gloria; ofrecerle al eterno padre por los pecados del mundo; administrar éste y los demás sacramentos a las ovejas de Jesucristo. Y finalmente tiene el estado sacerdotal, un agregado de tantas dignidades juntas, que si tuviéramos las heroicas virtudes que requiere, no fuera necesario para aplacar a Dios y ser oídos en el tribunal de su recta justicia, rogar primero por nuestras culpas y después por las ajenas. Ninguna de estas dignidades ni oficios ejercitas Catarina; pues ¿por qué me preguntas si eres sacerdote o sacerdotisa?” Decía la esclarecida virgen: “Padre, porque así me lo dicen los vicarios de mi Señor, fundados en las muchas veces que me llevo al altar y en que la mucha frecuencia hace costumbre, y ésta disminuye la estimación y el respeto”. Respondería el confesor: “No hay que dudar hija, que esa costumbre y frecuencia puede viciarse; porque no hay costumbre ni cosa buena que esté exenta del abuso y malicia humana que todo lo descamina y pervierte, como lo vemos en la costumbre de tener cada día oración mental, hacer penitencia, dar limosna y oír misas, y en todas las obras de virtud que pueden y suelen viciarse. Mas en ninguna persona en particular se puede determinadamente presumir que estén semejantes acciones maleadas, sino por aquellos que ven, saben y conocen los interiores de las personas que ejercitan esas acciones, ni pueden otras penetrar la necesidad o conveniencia que tienen los fieles en la mayor o menor frecuencia de este santísimo sacramento”.

[182] Por eso, nuestro muy santo padre Inocencio XI, consultado en esta materia, publicó su decreto en Roma a quince de febrero de mil seiscientos y setenta y nueve, en que determina: “Que aunque ha sido siempre loada de los santos padres la comunión cotidiana entre los fieles, se debe dejar el más o menos frecuente uso de este divino sustento al juicio de los confesores que exploran y conocen los secretos de los corazones y podrán, según la pureza de las conciencias, el fruto de la frecuencia y aumento de la piedad, prescribir a las personas legas lo que juzgaren ha de conducir a su bien”. [Apostilla: Inocencio XI] Y hablando con los prelados los exhorta: “A que provean que ninguno sea repelido de este sagrado convite, llegue o no llegue cada día, raras o muchas veces, para que según la devoción y preparación guste dignamente de la suavidad del cuerpo del Señor”. De aquí se infiere que debemos los sacerdotes cautivar nuestros juicios al de la Iglesia y sumo pontífice, y no perturbar las conciencias de los penitentes

acobardándoles y repeliéndoles de la sagrada mesa, sino exhortándoles a que se dispongan para llegar a este soberano convite todos los días que pudieren, con aprobación de su propio confesor y padre espiritual, a quien tienen franqueadas con claridad y fidelidad sus conciencias; pues todo esto se compadece con la vituperación y reprensión a los que frecuentan la sacrosanta eucaristía sin la dignidad y debida preparación, como se reprende del dar limosna por vanidad y el oír pocas o muchas misas sin atención y reverencia. Y esto justamente lo pueden hacer los confesores de absolución con los particulares que llegan a sus pies, como lo hacen los predicadores en los numerosos concursos; pero ha de ser con tan prudente templanza que no aparten las ovejas de sus pastores ni desacrediten a estos con sus penitentes; porque todo el aliento y la felicidad de las almas depende de la confianza y seguridad que tienen en obedecer a sus guías y directores.

[183] Uno de estos confesores que llamaba nuestra Catarina de absolución, reconoció que la sierva de Dios no se movía por sus consejos, sino por el parecer de su padre espiritual. Y llevado del amor a su propio juicio o del celo de la reverencia debida a este altísimo sacramento, procuró por varios modos atraerla a su dictamen o que no comulgase ni entrase en la iglesia donde él asistía. Pero la valerosa virgen persistió constante y fiel a su propio confesor, y el que la molestaba salió de esta vida frustradas todas sus trazas e intentos. Y se le manifestó a Catarina en un profundísimo pozo, que entendió ser uno de los calabozos del purgatorio, donde entre otras personas que se purificaban, sobresalía una congojosa ansia de subir de aquella obscura profundidad, en que le faltaba el consuelo de la luz y aun el aire para la respiración. Mas era tan agria e inaccesible la subida que le parecía imposible, sin ayuda de otros, salir de aquella horrorosa profundidad en que estaba hundido. Lo intentaba una y otra vez instado de la necesidad, valiéndose de pies y manos para trepar como gato y vencer la áspera y empinada altura; pero apenas se apartaba del tenebroso fondo algunos codos, cuando ya uno, ya dos personajes se le ponían delante en aquella terrible olla de donde pretendía salir muchas veces, pero en vano; porque le salían al encuentro los de las lanzas que le herían y precipitaban, despeñándole como a peñasco desgajado de un monte que corre con veloz y arrebatado movimiento a su centro. No entendió o no se explicó la sierva de Dios, si esta terrible pena era por la contradicción o persecución con que el difunto la había afligido y molestado en vida. Mas no deja de tener su proporción; porque un alma en obscuridad y desamparo no se puede pintar ni describir en el sentir de los doctores experimentados, sino poniéndola en las angustias y tinieblas

de un infernal calabozo donde experimenta solamente el consuelo del padre espiritual, que le asegura de que aquel sumo padecer es temporal y no eterno, que se ha de acabar y después gozar de las dulzuras de la gloria. Y si le quitan este alivio con que se alienta su esperanza, fortalece su fe y asegura su perseverancia en el áspero camino del cielo, será arrojarla en un horrible calabozo donde viva reventando y a punto de desesperar.

#### *4. Cómo se valía el Demonio de los varios pareceres de confesores para apartarla de la obediencia y frecuencia de los sacramentos*

[184] Caminaba la sierva de Dios por la senda de la perfección, que es camino áspero, montuoso y poblado de ladrones públicos y secretos, visibles e invisibles, no menos astutos que crueles; los cuales se desvelan en robar a los caminantes el tesoro de las virtudes y quitarles la vida de la gracia, y les acometen con fuerza cuando los ven solos, ya en traje de enemigos, ya con máscara de amigos; y con mucha facilidad roban al solo, porque no tiene quien le dé la mano y ayude. Por eso Catarina cuando se hallaba asistida de personas ancianas, doctas y experimentadas, que miraba como señaladas y escogidas de Dios para su guía, se le hacían suaves las tribulaciones y amarguras de esta miserable y trabajosa vida; porque con las luces del que la guiaba se aumentaba su fe y crecía la esperanza de llegar al puerto deseado de la vida eterna. Mas cuando se le desaparecía esta luz y no la alumbraba por ausentársele o por otro impedimento, entonces se le hacía intolerable la vida, porque se veía obligada a preguntar y valerse de cualquier pasajero y aventurero que no podía conocer sus designios y pretensiones, ni los secretos caminos y escondidas sendas por donde la atraía a sí el Creador, cuyos decretos y fines son incógnitos e incomprensibles a sus creaturas; y que aun los pasos que dan éstas en la vida del espíritu, son muy dificultosos de conocer por ser tan diferentes en cada uno de los caminantes, cuanto son diversas sus complexiones y las inclinaciones, así de naturaleza como las de la gracia. A esta dificultad se llegaba la inclinación natural o común oposición de los humanos juicios, y de lo uno y de lo otro se formaba un ejército enemigo de la paz y quietud de esta escogidísima alma. Porque valiéndose de la ocasión y de la autoridad de los confesores, el Demonio la argüía y combatía astuto con sus mismos dichos y pareceres contrarios, escogiendo ya los de los unos, ya los de los otros, según le hacían al caso para apartarla del padre espiritual y de su obediencia.

[185] No atendían los malignos espíritus tanto a lo que se le mandaba, cuanto a que no le obedeciese. Y por eso cuando le aconsejaba que no comulgase, asestaban contra él y contra su consejo la artillería de razones, motivos y derechos amontonados, para persuadirla que era injusto y que por imprudente o ignorante la privaba de todos los bienes juntos que se encierran en este santísimo sacramento. Si le mandaba su padre espiritual que comulgase, pretendían malquistarla con él, diciendo: “Que era su confesor un hombre temerario y arrojado, que por idiota o presumido no meditaba la disposición que debía preceder antes de sentarse a la mesa de este celestial convite, y que si no quería se verificase la fatal caída que anuncia el evangelio cuando un ciego guía a otro ciego, mudase de confesor y se apartase del que tenía, que la llevaba y despeñaba sin remedio al infierno”. A todos estos argumentos, satisfacía la sierva de Dios, diciendo: “A mí no me han de pedir cuenta de lo que ordenan y mandan mis confesores, sino del obedecerlos o no obedecerlos en lo lícito que me mandan. Si ellos me aconsejan mal o bien, darán cuenta al supremo juez de su consejo; yo sólo de la puntualidad de mi obediencia, que es lo que Dios me ha encargado por sí y por sus ministros”.

[186] Cuando éstos le aconsejaron la comunión cotidiana, se inquietó, alborotó y turbó todo el infierno, y convocados entre sí vinieron a acobardar y aterrar a esta obedientísima alma con amenazas, horrores y espantos; formando su soberbia y obstinada altivez ejércitos formidables de monstruos, fieras y densos nublados, armados de la negra obscuridad y del fuego abrasador del infierno, prometiendo arrogantes, convertir con fulminantes rayos en polvo y ceniza a la sierva de Dios, a sus confesores y a todo el universo, si no se desistía de la obediencia o consejo insinuado. Porque sabía muy bien el dragón de siete cabezas, el tesoro de frutos que se adquiría en este santísimo sacramento y de lo que se privan las almas que se retiran de esta sagrada mesa; pues no podía ignorar su vigilancia lo que dice san León papa al que se abstiene de este divino pan: “Pierdes el honrarte Cristo con su presencia, curarte con su misericordia, lavarte con su sangre, resucitarte con su muerte, alumbrarte con su luz, inflamarte con su amor, consolarte con su infinita suavidad, unirse y desposarse con tu alma, y hacerte participante de su divino espíritu y de todos los bienes que te ganó en la cruz”. [Apostilla: san León, sermón 14 *De Passi. D.*] Emanaba de este altísimo sacramento el tesoro de la redención, y rebalsado permanecía en el corazón y caridad de Catarina para defender al mundo, para crecer en la gracia e inundar al universo en el mar de la infinita misericordia. Porque como lo



dice san Vicente Ferrer: “Más se adelanta en la santidad y gracia espiritual quien comulga una vez dignamente, que quien una semana ayuna a pan y agua y trae cilicio”. [Apostilla: san Vicente Ferrer, sermón ndo. 18 *Post. Trin.*] Y el venerable Taulero dice: “Yo de verdad juzgo, que recibir una vez este divino sacramento es mucho más útil al alma que oír cien misas o cien sermones. Y no sólo esto, sino que algunos doctores son de parecer, que el que una vez comulga sin pecado mortal alcanza más caridad y gracia que si fuera tres veces en peregrinación a visitar el sepulcro de Cristo señor nuestro, con haber tan largas y peligrosas jornadas de mar y tierra como hay”. [Apostilla: Taulero sermón 1. dom. 7 *Post Trin.*<sup>65</sup>] Este bien y esta felicidad pretendió el infierno quitar a esta sierva de Dios, combatiéndola con todo su poder de día y de noche en el discurso de toda su vida. Y aunque es verdad que viniendo contra ella algunas veces los ejércitos precitos, ostentando potestad y arrogancia, la armaba Dios de tan poderosa gracia que con un “¿Quién como Dios?” daba con todos sus enemigos en el tenebroso fondo de su centro; así como dio Jesús con un “Yo soy” en tierra, con todos los soldados y ministros que, capitaneados del traidor Judas, salieron a prenderle. [Apostilla: Juan 19<sup>66</sup>] Pero como éstos se levantaron del polvo de la tierra más airados y furiosos contra Cristo, se levantaban también otra vez llenos de furor y rabia los espíritus infernales, y subían soberbios desde el abismo a continuar sus baterías contra esta su enemiga, siempre combatida y siempre vencedora con su humildad y obediencia. Ya insinué en el primer libro las violencias con que le procuraban apartar de esta santa devoción. Ahora sólo apuntaré aquí algunas de las maliciosas astucias que mezclaban con sus crueldades, valiéndose de la autoridad y testimonios de los predicadores y confesores, disminuyendo y alterando sus voces y pervirtiendo el sentido o intención de sus palabras y pareceres.

[187] Le decían: “¿Cómo te atreves, sacrílega, a recibir a tu redentor cada día? ¿No oyes a sus predicadores, que dicen se ha de llegar a la comunión con devoción, fervor, ternura y consuelo; y que los que llegan sin disposición y preparación suficiente reciben en ese bocado la eterna muerte, imitando y siguiendo al sacrílego Judas que se condenó y perdió para siempre? Pues, ¿dónde están tus lágrimas, tu fervorosa devoción y compunción de corazón para atreverte a comulgar todos los días?” Como andaba la sierva de

---

65 Taulero, autor místico dominico del siglo XIV que nació y murió en Estrasburgo.

66 No concuerda con el texto bíblico.

Dios en sequedad, obscuridad y desamparo continuo, se turbaba con esta tentación y recurría a su confesor afligida, porque crecían en ella los ordinarios temores y reverentes dudas con que llegaba a la sagrada mesa, arras-trada de la obediencia. Pero el padre espiritual le confortaba contra esta diabólica astucia, diciéndole: “Que despreciase al infierno y a su engañoso argumento, y que respondiese que no quería ni pretendía otra disposición, que la prontitud en obedecer y la perseverancia en la pureza y limpieza de su conciencia y alma”. Y a la verdad, los efectos de la devoción sensible no son los más importantes y pueden ser ocasión de engaño; porque como dice san Antonio de Florencia:<sup>67</sup> “Se compadecen en un mismo sujeto y tiempo con el pecado mortal”. [Apostilla: san Antonio de Florencia, p. 1, título 6, capítulo 2, sub. capítulo 1] La preparación y disposición que le faltó al sacrílego Judas fue la de la gracia, arrojándose atrevido a comer el divino pan estando cargado de vicios y de culpas. Y los que en esto le imita-ren, no hay que dudar que van por el camino de la perdición que lleva a la condenación eterna. Y por eso reveló el Señor a la otra sierva suya —como lo notó el autor de los silbos del divino pastor,<sup>68</sup> para la enseñanza de los padres de espíritu—: “Que de cinco maneras era cada día crucificado a manos de los sacerdotes malos: por mengua de fe, por la codicia de bienes de la tierra, por el vicio de la lujuria, por la ignorancia de lo que deben saber, y por la poca reverencia que tienen antes y después de haber consagrado y recibido el cuerpo y sangre de su dios; teniéndole en poco como si fuese el pan que echan a sus perros”. Pero Catarina siempre estaba dispuesta y pre-parada, porque no admitía la delicadeza de su conciencia advertidamente ni aun la sombra de una culpa leve. Todo su cuidado y solicitud era no hacer acción que no se ordenase al mayor agrado de su divino amante, con cuya continua presencia vivía y respiraba, pidiéndole humilde no la dejara caer en su desgracia, ni apartarse un punto de la divina voluntad. Y este deseo la obligaba a perseverar constante en la obediencia de su propio confesor, a pesar de la sangrienta guerra y continuas batallas con que la combatían los príncipes de las tinieblas. A esta alma y a las que la imitasen en la vida, no dudarían los pastores del rebaño del Señor mandarlas comulgar cada día; porque en ellas la dilación no podía mejorar la disposición, sino antes deteriorarla. Y como dice el padre Alonso Rodríguez de la Compañía de

---

67 San Antonio, arzobispo de Florencia de 1446 a su muerte en 1459.

68 Se refiere a Luis de Góngora, quien escribió el soneto *Pastor que con tus silbos amorosos...*  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

Jesús, con autoridad de san Ambrosio y san Agustín —supuesta la debida preparación y la conveniente, fervorosa y continuada disposición—: “Una comunión es disposición para otra. Y quien no le merece recibir cada día, no le merece recibir cada año”. [Apostilla: san Ambrosio, libro 5 *De sacramentis*, capítulo 4] La cual doctrina enseñaba también san Apolonio, santa Magdalena de Pazzi, fray Luis de Granada y el maestro Ávila, como lo leemos en sus obras.

## CAPÍTULO 14

### DE LO QUE PADECIÓ EN LAS ENFERMEDADES

#### *1. Cómo la prevenía el cielo para las enfermedades con noticias de las celestiales asistencias, y de lo mucho que había de padecer en ellas por Dios y por el mundo*

[188] Aunque toda su admirable vida se puede decir una continua enfermedad y un prolongado martirio de dolores y accidentes de muerte, tenía todos los años algunos particulares achaques que la rendían en la cama. Y entonces se confederaban los dolores y tormentos originados de sus habituales enfermedades, de sus penitencias y mortificaciones y de las crueldades que ejecutaban en ella los demonios. Los cuales, no satisfaciendo a su sedienta rabia y abominable odio con los inhumanos y fieros martirios que les permitía ejecutar la Omnipotencia, impedían a todas las criaturas la caritativa y debida asistencia, induciendo a todos los criados de las casas donde vivía la sierva de Dios, que la olvidasen, la despreciasen y faltasen en todo, no dejándole otro alivio que la asistencia de su divino amante que le franqueaba las celestes consolaciones; como lo testificó de sí el santo rey David, a la medida de sus penas y tormentos. [Apostilla: Salmo 93] Con la venida de su querido esposo se bajaba toda la celestial corte a su pobre albergue, transformándose en un precioso y lucido portal de Belén, consolándose Catarina con los cortesanos del cielo como si fuera ya ciudadana feliz y moradora perpetua de la triunfante Jerusalén y real basílica de la gloria. Aquí debíamos poner el numeroso y prodigioso concurso de todas las imágenes de su devoción, que en manos de ángeles se le representaban asistentes en su corto aposento, a no estar ya escrito este singularísimo

favor en el capítulo diez y ocho del primer libro. Pero aunque se hallaba favorecida de la presencia de los celestiales ejércitos, compuestos de los ángeles, santos y santas del empíreo; con especialidad la asistían Jesús y María haciéndosele presentes; asegurándola en sus temores; enseñándola en sus dudas; consolándola en sus penas; alumbrándola en las obscuridades; animándola y confortándola cariñosos en los desmayos; y comunicándole alientos de vitales espíritus entre paratismos que le causaban las penas y dolores de muerte. Finalmente, todo el conjunto de males que se mancomunaban para acabarla, se alternaban con favores y regalos celestes que le regalaban y resucitaban de los últimos alientos de la vida y congojosas ansias de la muerte con admiración de los médicos, que no hallando medicina que templase los extraordinarios y amontonados dolores, ni corrigiese los agudos y violentos accidentes que anunciaban estar cercana la hora en que se había de apartar del cuerpo el alma, le solían medir por instantes la vida entre los paratismos que la ahogaban. Pero se hallaban tan engañados en sus pronósticos y experimentales medidas del tiempo de la vida, que en la hora en que la juzgaban amortajada, la veían en la iglesia comiendo el pan de la vida eterna. Con estas repetidas experiencias llegaron a subordinarse o por lo menos a consultar los espirituales médicos que cuidaban del alma y sabían lo que pasaba en el interior de la sierva de Dios, sin atreverse ni aun a sacramentarla sin el consejo de los confesores por no desacreditarse en sus bien fundados pronósticos; enseñándoles la experiencia que en las enfermedades de Catarina había alguna causa oculta que las causaba, y otra más poderosa y más que humana que de repente las desvanecía y curaba.

[189] Más ciertos salían los pronósticos de sus padres espirituales que se fundaban en las noticias que les daba Dios por su sierva, previniéndoles del principio y término de sus enfermedades y de los varios accidentes que se habían de experimentar, para que desesperados los humanos juicios de la salud de la enferma, se atribuyese a la Omnipotencia que se la daba para el crédito y triunfo de su gracia, que no suele concurrir con los médicos del cuerpo y alma, cuando los unos y los otros se han de atribuir a sí lo que se debe al divino poder. Dios nos dé médicos para que nos curen y maestros para que nos enseñen que den a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Porque es uno de los más atentos gobiernos del Creador el que experimentamos cada día en nuestras obras, engaños, descuidos y desciertos, que nos sirvan de reconocer que somos subordinados siervos y no señores; pues sólo Dios es la fuente común de todo bien y el autor de todas las obras buenas, así de naturaleza como de gracia. Se hallaba Catarina con

las insinuadas noticias, algunas veces con conocimientos infusos, claros y muy ciertos, de lo que había de suceder en las penosas enfermedades. Otras veces le venían estas noticias envueltas en visiones, enigmas y semejanzas. Pondré aquí algunas que sirvan de ejemplo para mejor explicarme. Una de las enfermedades que padeció el año de setenta y cinco, se la previno el cielo poniendo a su vista una mujer que salía de un baño muy hermosa y como resucitada. Entendió era ella misma el sujeto de la visión y se verificó, porque se halló luego enferma con señales y accidentes de muerte, de suerte que a pocos días perdieron los médicos y los que la asistían las esperanzas de su vida, atendiendo los unos al cuidado de la mortaja y retirándose los otros persuadidos que ya no podían servir ni hacer provecho las medicinas. Pero luego que faltaron las esperanzas humanas, volvió la sierva de Dios los ojos a María santísima, y como reconviniéndola con cierta palabra que le había dado de más larga vida, le dijo: “¿Cómo puede ser Señora, que sea esta la hora de mi muerte? ¿Puede faltar vuestra promesa de reina?” A estas voces se le dejó ver la princesa de los cielos, sentada en un estrado cercano a un cristalino y delicioso baño cuyas aguas recibían virtud de sanidad por el contacto de las manos de la soberana Señora. En este saludable baño se halló Catarina y reconoció que instantáneamente se humedecía y cobraba fuerzas y alientos su cuerpo. Y desapareciéndose la visión se halló buena y sana, porque quiso Dios restaurar a su ser con una espiritual medicina, porque se agradeciese la no esperada y milagrosa salud a la beneficencia de su santísima madre.

[190] En otra enfermedad grave de las que padeció el año de setenta y siete, le previnieron treinta días de penar en la catasta<sup>69</sup> de su lecho. Porque cerca del templo, donde iba un día encendida y abrasada toda en deseos de que ninguno se condenase, todos se salvaron y se ocuparon en las debidas alabanzas de su dios, le pusieron a su vista un grande chiquihuite<sup>70</sup> o canasto misterioso, y llegando a reconocerlo advirtió que pesaba poco. Mas quitándole la tapa vio que salieron de aquella prisión un sinnúmero de palomas, que usando alegres de la agilidad de sus alas se esparcieron y extendieron por el aire sirviéndole de toldo, y que bajando muchas veces divididas en bandadas cerca de la tierra, daban vueltas alrededor de Catarina y sobre su cabeza festivas; como que la abatían las banderas de sus alas y

---

69 Potro de tortura en el que se descoyuntaba al condenado.

70 Canasta. Palabra de origen náhuatl.

rendían las gracias del beneficio, reconociéndola por su libertadora. Quedó al principio confundida la sierva de Dios con tan desacostumbrada visión; pero se sosegó presto por haber entendido con luz superior que en las insinuadas palomas se significaban muchas almas, que por su intercesión y voluntario padecer habían de salir de la cárcel de la culpa o tibieza y volar a la perfección. Con esta inteligencia prorrumpió en bendiciones y alabanzas de su creador, ofreciéndose a padecer las penas y tormentos del mismo infierno porque fuese ensalzado y glorificado de las creaturas su divino amante. A este ofrecimiento amoroso y caritativo le correspondió el Señor, mostrándole cómo todas aquellas almas se dividían en volantes escuadrones de virtud y se iban entrando en las iglesias de la ciudad, abatiéndose a los pies de varios confesores y maestros que las enseñasen y guiasen a la cumbre de la perfección. Y en especial veía que se acogían las más al confesionario donde ella asistía, para que fuesen testigos de vista y experiencia de los efectos de su oración y de la eficacia de su inexplicable padecer, los mismos padres espirituales que la gobernaban y que eran los revisores y jueces con prudente aprobación de las luces y misericordias que comunicaba el cielo a esta su penitenta y escogidísima alma. Luego que pasó la visión y se entendió con claridad su significación, se declaró la enfermedad en la víspera de santa Catalina mártir, que la solía favorecer en sus festividades con semejantes regalos. A pocas visitas de los médicos se hizo manifiesto el peligro próximo de la vida, y al mediar de la noche se resolvió el médico a que se le diesen a toda prisa los sacramentos. A este tiempo entró el confesor, con cuyo parecer se dilató el dárselos hasta el amanecer. Y con esta determinación preguntó a Catarina el padre de su espíritu: “Si se atrevería a ir por la mañana a la iglesia a recibir a su señor”. A que respondió la sierva de Dios: “¿Por qué no? Si vuestra reverencia me lo manda”. Se despidieron los dos médicos de la enferma. Y el confesor madrugó y fue a visitarla, temeroso de que se valiese de su exacta obediencia de la pregunta pasada para levantarse de la cama e irse al templo, como sucedió; porque la halló en la puerta de la calle con alientos para recibir a su dios en la iglesia y habiéndolo ejecutado se volvió a su casa, donde prosiguió la enfermedad y dolores hasta cumplirse el término de treinta días señalado a dicha enfermedad. En este penoso achaque fueron muy singulares los sentimientos devotos, las soberanas ilustraciones, los excesos mentales, las visiones celestes, y los secretos que le franqueó y reveló el Altísimo. Pero a ese mismo paso y medida, fueron grandes los tormentos y martirios que sufrió por la libertad de las almas, simbolizadas en el vuelo de las palomas. Y lo sintió tanto el Demonio, que

al pasar muchos días después por el lugar donde había visto el canasto o chiquihuite, le acometió dos veces rabioso y la arrojó en un lodazal, de donde la sacaron enlodada y quebrantada.

[191] En primero de septiembre de mil seiscientos y setenta y ocho, entró a visitarla en su pobre albergue a deshora de la noche cierta señora de esta ciudad, y después de las comunes saluciones le dio una granada extraordinariamente grande, diciendo: “Esta fruta te envía el Señor, Catarina”. La recibió la sierva de Dios, con agradecimiento al Señor y al ángel que se la traía y con esto se despidió la honesta matrona, dejando a Catarina confusa por no haber conocido a la que servía de mensajera del Señor, aunque venía simbolizada en la misma fruta que le daba; y le manifestó Dios la grande hermosura y perfección de su escogida alma. La visita fue sin duda espiritual, por haber salido y entrado cerrada la puerta; pero la granada fue real y verdadera, y admirándose de lo mucho que pesaba se la llevó a su confesor, el cual tomándola en la mano, dijo: “Para mí no es muy pesada”. A que respondió la inocente virgen: “Pues para mí es muy grande su peso y tú serás testigo de lo que me anuncia”. Pocos días después cayó en la cama enferma. La desahuciaron los médicos; padeció intolerables martirios y le manifestó la sabiduría inmensa varios secretos, como solía cuando estaba rodeada de penas y tormentos. En lo más riguroso de la enfermedad, vio entrar en su casa un hermosísimo mancebo en forma de médico vestido de blanco, y que andando visitando varios enfermos, le dijo desde lejos: “Allá voy a curarte y sanarte”. Y con la misma voz se halló buena y sana, y con una riquísima sortija en uno de sus dedos, por donde conoció que su divino amante era el médico verdadero a quien se debía atribuir su salud. Al levantarse de la cama para ir a la iglesia, la estaban esperando a la puerta de su aposentillo cuatro ángeles que tenían las varas de un rico palio. Debajo de este magnífico toldo llegó al templo, acompañada de un inocente niño que se entrometió debajo del palio, y abrazándose con la sierva de Dios muy cariñoso, la agradeció el bien que había recibido él y su madre natural por su intercesión; pues habiendo ésta muerto de parto, se había salvado y él alcanzado el agua del bautismo y vivido hasta aquella hora en que le dio Dios conocimiento de quién era su benefactora.

[192] Pocos días antes de la Concepción de nuestra Señora, año de mil seiscientos y ochenta, envió a llamar a su confesor y le dijo: “Llamo a vuestra reverencia porque sepa y vea que estoy enferma, y que los principios del achaque vienen con accidentes de muerte. Pero el Señor me ha consolado, asegurándome que no me ha de faltar su patrocinio y la protección de su



misericordia; porque me ha enviado a san José con el Niño Dios asido de su paternal y soberana mano, y una y otra presencia me animan, alientan y confortan”. Bien hubo menester toda esta corroboración porque fue enfermedad rigurosa y terrible, en que parece se confederaron mancomunados todos los accidentes y dolores de muchas enfermedades juntas, alterándose todos los humores por maleficio de los demonios, que no pudiendo acabarla con los martirios y tormentos ordinarios y extraordinarios en que se cebaba su cruel pertinacia, se valían de los mismos naturales achaques para consumir a la que era sujeto y objeto de su abominable e implacable odio; concurriendo tantos, que todo el aposentillo estaba enladrillado de espíritus malignos, y el techo y paredes de monstruos, fantasmas y horrores. Pero con la misma medida, le enviaba el supremo gobernador multiplicados los ángeles y cortesanos de su celestial corte que acompañaban a su omnipotente rey y poderosa reina, que eran los más asistentes e incontrastables auxiliadores. Todas las enfermedades graves que padeció y sufrió esta valerosa virgen fueron prodigiosas por su fortaleza y constancia, por el bien que resultaba en el mundo, por el inexplicable furor con que el infierno mostraba su rabia, y por la liberalidad con que la Omnipotencia franqueaba sus misericordias. Y porque se haga el debido concepto en esta materia, pondré aquí con alguna especialidad parte de lo que se experimentó en la enfermedad del año de mil seiscientos y setenta y cuatro.

*2. De la enfermedad que padeció el año de mil seiscientos y setenta y cuatro. Se propone como ejemplar de las frecuentes y misteriosas enfermedades con que regalaba Dios a su sierva, y de los avisos que le daba en ellas la eterna sabiduría*

[193] Dio en esta ocasión la divina sabiduría a nuestra Catarina una entera y puntual memoria de toda su vida pasada, de todos los trabajos que había padecido y de los beneficios que le había hecho la liberalísima Omnipotencia. Tanto, que admirada la sierva de Dios se fue luego a su confesor y le dijo: “Si no quiere el Señor llevarme, no sé qué será de mí. Porque fuera de esta especial memoria, vi a la Virgen de la Congregación, mi señora, que estaba sin su hijo, en pie y diligente para ayudarme y favorecerme. Y me dio a entender que el mostrarse sin el Niño Dios era, porque me persuadiese que estaba unido conmigo para fortalecerme, y que la gran Señora estaba pronta y dispuesta para ayudarme si imploraba su patrocinio”. Se verificó presto la visión, porque acometiéndola luego una mortal enfermedad se halló tan

unida con el Niño Dios su dichosísima alma, que llamando a su confesor, le dijo: “Cuando me hallen los médicos sin pulsos, no entre vuestra reverencia en cuidado, porque será efecto de estar estrechamente abrazada con mi divino amante; a quien pedí que no hubiese mal olor en este corto aposentillo, por no ser molesta y ofensiva a los que con caridad me asistieren. Si bien, me respondió una voz, que dijo: ese es amor propio Catarina”. Y viéndola afligida el confesor, la consoló diciendo: “No te desconsueles, que si esa voz fue del Señor, es favor digno de mucho agradecimiento; porque con ella te previene para que no des lugar a algún afectillo de propia conveniencia, que suele envolverse en nuestras buenas obras”. Respondió la sierva de Dios: “Eso será porque soy muy soberbia y amiga de mi conveniencia, y deseando sólo a Jesús no le hallo; porque no le sé buscar desnudo de todas sus creaturas y dones. Siendo así, que está siempre conmigo para ayudarme y enseñarme con voces e inspiraciones, lo que he de hacer en mis dudas y lo que me ha de suceder en mis temores; pero nunca me resuelvo en estas ilustraciones sin consulta y parecer de mi padre espiritual. Semejantes voces y avisos he tenido otras veces que he pedido a su Majestad me sacase de esta casa y me llevase a otra, donde tuviese más comodidad y tiempo para hacer mis espirituales ejercicios; porque el Señor es tan fino amante, que luego me descubre las faltas o imperfecciones que van encubiertas y paliadas con los visos y apariencias de devoción y virtud. Y si me doy por desentendida a sus voces, me castiga por desobediente y desconocida”. Y para prueba y testimonio de lo que decía, refirió: “Que en una ocasión la entregó su creador a dos ángeles que la llevaron a las orillas del mar, y que amenazándola con aquel vasto monte de sal e hinchado promontorio de salobres aguas, conmutaron la amenaza en muy buenos azotes que le dieron”. Le preguntó el confesor: “Si había experimentado aquel dolor y castigo en el cuerpo o en el espíritu”. A que respondió: “Yo no entiendo eso. Lo que sé es que me dolieron muy bien los azotes y que los señores ángeles habían tomado muy de veras y con mucho espacio el castigo, en que cesaron llegando otro personaje que les dijo me dejasen y no usasen de tanto rigor con tan flaca y débil creatura”.

[194] Con los días y aun con las horas crecían los desfallecimientos de nuestra enferma, porque se agravaban los accidentes de la enfermedad y se enfurecían a vista de su grande paciencia los demonios, que amontonados procuraban a porfía que se acabara esta vida aunque fuese para pasar a la eterna felicidad. Pero toda esta sangrienta batería, aunque causaba ansias y congojas de muerte en la doliente, no les aprovechaba para conseguir su in-

tento; porque cuanto más afligida y acosada se hallaba Catarina, imploraba el divino socorro e invocaba en su ayuda toda la corte celestial, en especial a la reina y emperatriz de aquellos altos países de la bienaventuranza, nombrándola en todos los santuarios e imágenes milagrosas de su particular devoción; de que hice mención en el capítulo quince del primer libro y en el diez y siete, donde referí aquel admirable concurso de los ciudadanos del cielo que asistían a esta sierva de Dios, acompañándola en sus enfermedades como lucidos y resplandecientes astros, con la transformación de sus retratos según y como eran reverenciados y venerados en la tierra de los vivos, sus devotos y afectos. En esta enfermedad fue muy solemne y digna de admiración la concurrencia de tantos cortesanos del cielo juntos, que a la invocación de la esposa del príncipe de la gloria fueron entrando en su pobre albergue, sucediéndose los unos a los otros y formando una gloriosa procesión para concurrir juntos en el campo de batalla, donde una sola y flaca mujer defendía la honra y gloria de Dios contra todos los príncipes y potestades del infernal y obstinado imperio. Fue la primera que entró y cogió el principal lugar en aquel abreviado cielo de luces que formaban todas las demás imágenes de la reina del empíreo y de sus ángeles y santos, resplandeciendo entre todos como luna llena entre las estrellas, Nuestra Señora del Rosario, realzando todo aquel lucimiento, adorno y esplendor que tenía en su altar antes que sus más queridos hijos, los padres predicadores y maestros del glorioso patriarca santo Domingo, la mudasen a la magnífica y maravillosa capilla o iglesia donde hoy la visita y venera toda esta ilustre y devota ciudad de Puebla de los Ángeles. Entre los ángeles le salieron más inmediatos a su cabecera tres, de los cuales el uno iba pasando las cuentas del rosario que la enferma rezaba en la mayor flaqueza y desfallecimiento de su dolencia. Los otros dos tenían una albísima toalla en las manos, y aunque se pudiera discurrir sería para recibir su alma al apartarse del cuerpo, dijo Catarina a su confesor: “No era sino insignia de que la venían a asistir, ayudar y recoger sus lágrimas, suspiros y sudores, para presentarlos en el tribunal de la divina misericordia”. Y viéndolos la enferma tan diligentes y cuidadosos, preguntó al uno de ellos: “¿Quién era?”; y él le respondió: “¿Pues no me conoces? ¿No ves que soy tu ángel de la guarda?” Replicó la sierva de Dios: “Cómo te había de conocer, si ahora me asistes tan pequeño cuando solías acompañarme en forma de un hermoso y bizarro mancebo.” Fuera de estos tres que se manifestaban en forma de niños preciosos, se veía todo el aposentillo lleno de cortesanos del cielo, unos en forma de luces como refulgentes antorchas, otros como estrellas o globos de muy agradable y

luminoso esplendor; y otros en forma de personas humanas, acompañados de sus ahijados, así de los que vivían como de los que estaban en la terrible cárcel del purgatorio para que ayudados de la intercesión y merecimientos de Catarina, saliesen los unos del estado de la culpa y los otros pasasen a gozar de la vida eterna que les estaba prevenida y dispuesta desde el principio del mundo.

[195] Quien con más singularidad la asistió en esta gravísima enfermedad fue Jesús y su santísima madre, porque se alternaban los favores de la madre con los de su unigénito hijo y muchas veces venían juntos y multiplicados; porque como eran continuas sus divinas presencias, eran como continuados sus efectos. Algunos días vinieron al amanecer a darle los buenos días, en forma de dos grandes y extraordinariamente refulgentes luceros —aunque desiguales— que a la dilatada vista espiritual de la sierva de Dios, alumbraban todo el mundo y a ella le comunicaban especialísimos júbilos de alegría y esfuerzos para continuar las batallas del Señor. La llevaban casi todos los días en espíritu a las iglesias, donde recibía espiritualmente el delicioso sustento de los ángeles. Veía repetidas veces a su divino amante debajo del palio y en manos del sacerdote, cuando andaba por las calles sacramentando a los enfermos. Y en uno de estos días que le miró diligente y cuidadoso, preguntó a su Majestad: “¿Dónde iba?” Y le respondió: “Voy, amada y querida mía, en tu busca. Porque eres el huerto de mi descanso y delicias, cuando me veo maltratado de mis creaturas”. El día que sacramentaron a Catarina, se le represento en la puerta de la calle el Señor en forma de un hermoso mancebo, y compadeciéndose ella de ver a su amado en el resistidero del sol, le rogó humilde y enamorada: “Que se apartase del bochorno que le causaba el rubio y más abrasado planeta, y que subiese y gozase de la sombra de su pobre albergue”. Se resistió por entonces el divino amor, mostrando con la perseverancia en lo más ardiente del sol lo que padecía su querida esposa. Pero el día siguiente, le preguntó a ésta el confesor: “Si había subido su esposo”. Respondió: “Ya está conmigo. Porque bajé las escaleras y salí a buscarle, y diciéndole muchas ternuras que me dictó su fino amor, se dio por vencido. Ya yo le conozco, y que gusta de que le quieran, agasajen y busquen”.

[196] Desde este favor se templaron los dolores y agonías de nuestra enferma, y quedó asegurada de que no era esta enfermedad la de su muerte. Otro día le pidió nuestra Señora en su imagen de la Congregación, que es Santa María la Mayor, que otros llaman la Anunciata y vulgarmente del Pópulo: “Que le volviese a su hijo, pues se lo había dado prestado por algu-

nos días”. Dio el sí la sierva de Dios y luego vio que se apartó de su alma el Niño Dios y se había vuelto con su santísima madre, dejando estampada en esta dichosa virgen una como señal de su sagrado cuerpo. Y preguntándole el confesor: “Que cómo era la señal en su cuerpo o en su alma impresa”. Respondió: “Como una sombra o sello de Jesús, estampado en una blanca y amorosa cera”. Vio el día siguiente a la insinuada imagen que pasaba con velocidad por su aposentillo, como que se iba a su altar, y llevando en pos de sí los ojos del alma y del cuerpo de esta su devota congreganta, la siguió hasta la iglesia donde la vio subir y colocarse en su retablo. Receló Catarina había de echar de menos la asistencia de esta soberana enfermera en su casa, y volviendo los ojos al uno y otro lado del altar, se encontró con la imagen de la señora santa Ana y le dijo: “¿Tú no eres gran matrona y muy poderosa en el cielo y en la tierra? ¿Tú no me admitiste por una de tus criadas y me ofreciste a tu hija, reina y señora de todas las creaturas, para que me recibiese en su casa por una de las esclavas de sus esclavos? ¿Qué pedirás que no alcances? ¿Qué desearas que no consigas? Pues ruega por mí y favoréceme en las ausencias de la emperatriz de la gloria”. Y luego vio que salían unos como hilos de refulgente esplendor que desde el mismo altar subían al cielo de donde bajaban otros más resplandecientes, para que se entendiese que las oraciones de la señora santa Ana eran muy poderosas en la celestial Jerusalén.

[197] Vio finalmente en esta enfermedad, su aposentillo transformado en un cielo benigno, lleno de apacibles resplandores, de músicas, rosas y soberanas fragancias que traían y despedían de sí los cortesanos celestes con quienes hablaba y a quienes respondía y preguntaba. Pero con ser tantos estos favores que pudieran ser materia de todo un libro, eran muchas más y mayores las penas, tormentos y batallas con todo el infierno, que asistía apiñado en su pobre albergue para desahogar su rabia y vengar en esta creatura los triunfos de la gracia, en las muchas almas que se convertían y salían del purgatorio por la intercesión y merecimientos de esta esposa de Jesús. Porque los regalos y favores eran por la mayor parte espirituales, de que no gustaba ni era capaz el cuerpo de sentirlos ni gozarlos; y los que eran imaginarios y sensibles pasaban con la velocidad de un relámpago que mientras pasa, turba el corazón y ciega la vista de los que lo miran, y pasado el instante de su breve duración, deja en la misma obscuridad y tinieblas de la noche a los que son testigos de su arrebatado curso. Mas los dolores, angustias y congojas eran por lo continuo y permanente intolerables, y por lo agudo y violento insufribles, pues se hallaba siempre el alma en una tene-

brosa gruta, habitada de fieras crueles y espantosos monstruos, y en un escondido calabozo lleno de asquerosos escuerzos<sup>71</sup> y basiliscos ponzoñosos; crucificada en lo interior con justos temores y sobresaltos, y en lo exterior con martirios e inhumanos tormentos. Éstos la ponían por instantes en estado de despedir el último aliento de la vida.

[198] Conociendo estos aprietos dos de los médicos más celebrados de esta ciudad de Puebla de los Ángeles, que la asistieron caritativos en esta grave y penosa enfermedad, la mandaron sacramentar desde sus principios, juzgando sabios y prudentes por los indicantes y mortales accidentes, cierta y apresurada su muerte, y habiéndole dado juntamente los dos últimos sacramentos que deben recibir y pedir los enfermos, quedaron todos, médicos y asistentes, persuadidos que había llegado ya el último término de esta dichosa vida, señalándole por horas y momentos cada uno según su ciencia, experiencia y juicio. Pero cuando más agonizante entre mortales parasismos, si entraba el confesor, volvía en sí y se le restauraban las fuerzas, se sentaba en la cama y se hallaba hábil y diligente para comunicarle todo el interior de su alma por una y dos horas continuadas; y notándolo su casero e insigne médico, el doctor Juan Flores, que era uno de los que la curaban, despreciando ya en Catarina todas las señales de muerte, dio orden a los que la asistían que cuando la viesan agonizar y en punto de expirar, llamasen a su confesor para que se aliviase y se le restituyesen las fuerzas y movimientos de la vida. El mismo juicio hizo entonces el doctor Joseph Vaez, que la asistió en esta enfermedad y certifica hoy: “Que por lo que experimentó en esta y otras enfermedades, tuvo por milagrosa la conservación de la vida de esta esclarecida virgen y mucho más prodigiosa por su paciencia, humildad, obediencia y profecías que atestigua de vista”. Fueron tan prodigiosas y tantas las cosas que le sucedieron en esta enfermedad, que sólo para referirlas eran menester muchos libros y más para ponderarlas. Algunas he omitido por frecuentes regalos, enseñanzas y avisos del cielo; otras por ser muy ordinarias en el ejercicio de sus virtudes; otras que por ser ilustraciones de altísimos misterios y secretos del Altísimo, van entremetidas en el cuerpo de la historia, por no alargar más este capítulo que puede servir de ejemplar de lo que acontecía y pasaba en las otras enfermedades. Los especiales martirios de los demonios pedían capítulo aparte, así como lo que le sucedió con el confesor que la asistía. Todo lo omito por ahora,

---

<sup>71</sup> Sapos.

por poner e insinuar lo que resplandecieron sus virtudes, en algunas de las preguntas que le hizo el padre de su espíritu.

[199] Reparó el confesor en uno de los días de esta enfermedad, que al parecer tenía alguna repugnancia y temor a la muerte Catarina. Y no me espantara yo de que la hubiese temido, pues la temió Cristo en cuanto hombre cuando en la oración del huerto de Getsemaní, hablando con su eterno padre, dijo según la proporción inferior: “Que si posible fuese, pasase de él aquel amargo cáliz que le esperaba”. [Apostilla: Mateo 26] Le dijo en fin el confesor: “Parece hija, que no tienes deseo de ver a Dios en el cielo”. A que respondió: “Muchas veces lo he visto en el cielo y en la tierra”. Y con alguna santa curiosidad y deseo de saber con qué género de vista había sido hasta entonces favorecida, la instó el padre, diciendo: “¿Y cómo le has visto?” Dijo: “En un admirable e inexplicable trono”. Añadió el confesor: “¿Quedarías absorta y anegada en un mar inmenso de gozos, con el objeto de todos los bienes juntos?” Respondió la sierva de Dios: “Sí quedé, pero no tanto como tú imaginas y deseas con curiosidad oír de mi boca”. Le dijo: “Pues poco has visto, porque eso no es haber visto a Dios en su ser y en su majestad y grandeza, sino como en un espejo, en una imagen o como entre cortinas y velos”. Respondió Catarina: “No, no he visto a Dios con la claridad que tú quisieras le hubiera visto. En cuanto hombre y su santísima humanidad me asiste y acompaña muchas veces, y quizás no se me deja ver con toda su grandeza por no espantarme o quitar la vida a este vil gusanillo que tanto le ha ofendido. Pero ya he visto al padre eterno tratándome como a hija querida; a su divino hijo celándome como divino amante; y al Espíritu Santo mirándome como esposo; cuyo corazón no es como quiera, sino el mismo corazón de Dios tan grande y tan encendido, que abraza y abraza en amorosas llamas a todas sus creaturas. También he visto a todas las tres divinas personas juntas y unidas en unión de identidad con el mismo ser de Dios, trino y uno, y no sé cómo explicártelo, sino es valiéndome de la común pintura de un cuerpo con tres rostros en todo iguales. Fuera de esto —añadió la sierva de Dios—, he visto un ojo grande y resplandeciente, más que el sol que nos alumbra, el cual me acompañó por mucho tiempo continuado y me andaba siempre mirando. Y entendía yo que era la misma divinidad y ser incomprendible de Dios”. Finalmente concluyó Catarina este devoto coloquio, refiriendo otros favores del Altísimo en materia de visiones de la bienaventuranza, de donde infirió el confesor que sólo le faltaba la vista clara de Dios, de la cual dijo a Moisés que no se compadecía con esta mortal vida. [Apostilla: Éxodo 33]



[200] Le preguntó también el confesor: “Que por qué no deseaba morir para ver a su dios con claridad en su ser e inmensa grandeza”. Y respondió: “Sí lo deseo, pero no ahora; porque quiero padecer más por mi dios, por las ánimas del purgatorio y por los pecados del mundo. Pero en nada se haga mi voluntad sino la voluntad de mi Señor, que sabe que a él sólo busco, a él sólo quiero, y por él y para él todo cuanto ha creado y puede sacar a luz del abismo de la nada”. Le preguntó otro día en que la vio muy favorecida del cielo: “Si le había noticiado su divino esposo de la hora de su muerte”. Y dijo: “Hasta ahora no me han dado esa memoria, ni yo he tenido esa curiosidad”. Pero pocos días después, que se halló en oración con Cristo señor nuestro en el huerto de Getsemaní, le vino esta memoria, y por poder satisfacer a su confesor, preguntó: “Si se había de morir presto”. Y el Señor le respondió: “Di al padre, que cuando tú quisieres y que en tu voluntad lo dejo”. A que añadió ella: “Pues Señor, si hemos de ir a purificarnos a la otra vida, mejor es padecer acá, sacar las almas del purgatorio y pecadores del estado de sus culpas; pero en nada se haga mi voluntad y en todo vuestro divino querer”. Últimamente, le preguntó el confesor: “Que dónde quería enterrarse”. A que respondió: “Que en la iglesia de la Compañía de Jesús donde había asistido en vida; porque permaneciese depositado su cuerpo donde había recibido el espiritual y corporal sustento”. Y añadió: “Pero todas mis pobres alhajas se han de repartir a pobres para que me encomienden a Dios, y quiero que mi entierro se haga de limosna como se hacen los de los pobres; porque es mi última voluntad que todas las circunstancias de mi muerte correspondan a la vida en que he procurado parecer y ser pobre”. Reventaba el infierno con estas cuentas de conciencia en que observaba su cuidadosa y maliciosa atención las maravillas de la gracia, los prodigios de la omnipotencia de Dios nuestro señor, y las heroicas virtudes de esta creatura despreciada y no conocida del mundo.

[201] Esta ocultación de favores y gracias traía inquietos y alborotados los infernales y bulliciosos espíritus, tanto, que procuraron por varios modos diabólicos publicar los secretos del Altísimo para causar ruidosos estruendos entre las creaturas, de que suele salir Lucifer muy ganancioso. Pero les refrenó el divino poder, permitiendo solamente o disponiendo con su altísima providencia, que viviesen uno u otro de los confesores en este tiempo porque no le faltasen en lo humano testigos de vista y experiencia, y algunos de los médicos que lo alcanzasen y certificasen; entre los cuales reservo para otro mejor lugar la autoridad y certificación del insigne doctor Juan de Torres, digno de toda veneración y respeto por su perfecta y consumada ciencia, por su mucha

y prudente experiencia, y por su diligente y cristiana caridad. Pues habiéndola asistido continuamente por espacio de catorce años en repetidas y prodigiosas enfermedades, pudo observar y certificar lo preternatural<sup>72</sup> y sobrenatural que sobresalía en ellas; lo prodigioso y admirable de sus heroicas virtudes, que resplandecían en su continuo y sumo padecer; y lo cierto e infalible de sus profecías, de que hacían evidencia los mismos sucesos y efectos que se seguían y que no podían negar los humanos ojos por ser objeto claro de su vista. Y así solía decir este insigne médico y prudente doctor: “Que asistía con singular consuelo de su alma a esta sierva de Dios por ser pobre, santa y muy favorecida del Altísimo, y por los avisos e inspiraciones que como ángel le traía del cielo para bien de su alma, eficacia de las medicinas y acierto de sus curas; y sobre todo esto, por ver con sus ojos y tocar con sus manos la insaciable sed y desapiadada crueldad con que los demonios perseguían a los escogidos de nuestro Dios; y la especial y poderosa asistencia con que su Majestad amparaba y defendía a sus creaturas de las potestades del infierno, saliendo siempre victoriosa y triunfante su gracia y divina misericordia, y los príncipes del abismo confusos, corridos y avergonzados aun entre las mismas creaturas humanas, que experimentaban lo poco o nada que vale y puede el infierno contra los que se acogen a la protección de la Omnipotencia y a lo incontrastable de su divino poder”.

## CAPÍTULO 15

### DE LO MUCHO QUE PADECÍA CON LOS DEMONIOS DE DÍA Y DE NOCHE

*1. Se apuntan por mayor las batallas que sustentó esta esclarecida virgen contra el infierno desde su niñez, y cuán asistida era del cielo para triunfar de sus enemigos*

[202] Los que leyeren toda esta historia, no dudo se persuadirán que fue nuestra Catarina una de las almas más perseguidas y acosadas de las infernales potestades en todo el discurso de su dichosa vida. Si se puede llamar vida la que en sentir del espejo de la paciencia, merece el nombre de una

---

<sup>72</sup> Es decir, su alejamiento del estado natural de su ser.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>

guerra cruelmente porfiada y sangrienta, seguida hasta el último trance de la muerte en que triunfó el poder de Dios y su gracia de todos los poderíos del rabioso y soberbio infierno, con el instrumento débil de una flaca mujer. Bien pudo decir ésta a su creador con el santo Job: “Es posible Señor, que ya que me sacasteis del abismo de la nada, donde dejasteis otras infinitas creaturas que os sirvieran mejor, dándome a mí un ser poco menos que de un ángel, con que me hiciste a imagen y semejanza vuestra, ¿haya sido con la pensión de tanta guerra y la porfía de tanta lucha? Rigoroso parecéis en haberme expuesto a tantos tiros en la frontera de tan cavilosos y fuertes enemigos, que con repetidas y multiplicadas asechanzas procuran destruirme, quitarme el sumo bien y privarme de aquella misma bienaventuranza para que fui creada y hace bienaventurado al mismo Dios”. [Apostilla: Job 7] Esta queja previno san Juan Crisóstomo y la califica de sinrazón: “¿Por qué si nuestra vida es toda tentación, luego toda es ganancia; si toda es guerra, luego toda es victoria? Porque el que se dispone con el divino socorro y se pertrecha en el soberano favor, no hay tentación que no pueda vencer, ni hay victoria que no pueda alcanzar. Pues es infinitamente más poderoso Dios para ayudarnos, que el Demonio para vencernos”. [Apostilla: san Juan Crisóstomo 1, 13 en *Mateo oper. imp.*] De donde infiere el glorioso santo: “Que la tentación y guerra de la vida es gracia y favor de Dios, pues con ella nos ocasiona tantos lauros y solicita tantas palmas”. Que en fin, por donde nosotros entendemos que la providencia nos desfavorece, por ahí nos honra y hace más dichosos. Y si las coronas en el cielo se han de medir y proporcionar con las peleas y victorias que se consiguen en esta vida mortal, son inexplicables los lauros que adornaran a esta sierva del supremo emperador de la gloria.

[203] La persiguió desde que nació el infernal Dragón, con todas sus siete cabezas o capitales vicios, con naufragios en aguas dulces y salobres; le provocó a que se entrase en montes poblados de fieras y en cuevas donde se abrigan venenosos horrores de serpentinos viboreznos. La puso en manos de traidores piratas para que perdiese entre enemigos crueles la hacienda, la honra, la vida temporal y la eterna. Combatieron su pureza mientras vivió, con sugerencias, engaños y violencias, volviendo contra su honestidad toda la desenvoltura del mundo y lascivia del infierno. No dejaron piedra por mover, de que no se valiesen para desvanecer su humildad, enflaquecer su obediencia y aniquilar su paciencia; como consta de lo dicho en el cuerpo de esta historia. Pero como estaba de parte de la esclarecida virgen el poder del Altísimo, siempre triunfó de la obstinada oposición la divina gracia, arruinando sus soberbias y arrogantes fuerzas, frustrando

sus trazas y deshaciendo sus astutos enredos. Y aunque quedan insinuadas muchas de las batallas y combates que sustentó esta valerosa alma, todo es poco y aun nada en comparación de lo que se podía escribir de una porfiada guerra dilatada por espacio de setenta años, entre la rebelde obstinación infernal que hizo empeño en no dar muestras de rendida, ni cesar en los violentos asaltos con que desahogaba el furor de su envidiosa ira y el sañudo coraje de su rabiosa soberbia; y entre la constancia de una mujer armada del divino poder y resuelta con la gracia divina a salir de estas multiplicadas batallas, antes muerta que vencida.

[204] No puedo dejar de apuntar en este capítulo, los continuados martirios y variedad de tormentos de que se compuso esta tan reñida y prolongada lucha, para que se puedan colegir de una admirable paciencia, los inexplicables y preciosos realces de una eterna corona o de innumerables coronas que le labró el infierno con todo su poder y destreza a esta prodigiosa virgen. Porque experimentando los malos ángeles y altivos espíritus que no les valía toda su ciencia, ni aprovechaba su ardidosa malicia para desquiciar y apartar a Catarina de la debida sujeción y adoración a su dios, se acogían ciegos de soberbia y furiosa rabia a la violencia, siguiendo la guerra a punta de lanza, golpe de martillo y boca de fuego, como pudieran los más bárbaros e ignorantes turcos, o los más desvanecidos y agigantados filisteos. Desde el tiempo que recibió el santo sacramento de la confirmación en esta ciudad de Puebla de los Ángeles, que tendría entonces doce o catorce años de edad, comenzaron a publicar y hacer ostentación de su enemistad, rencor y abominable odio a Catarina; haciéndosele visibles tres espíritus en forma de feos y monstruosos etíopes, símbolo de los tres poderosos enemigos del alma, que con su fiera y horrible presencia la aterraban y causaban en su tierno y delicado corazón pusilanimidad, miedo, pavor y espanto. Éstos la acompañaron y se le hicieron asistentes perpetuos por muchos años, como pudieran a un desalmado en todo lugar y tiempo; ya amenazándola, ya representándole su eterno cautiverio donde presumían llevarla. ¿Quién podrá explicar los sustos, sobresaltos y vuelcos de corazón que causaban en la sierva de Dios estas malas y terribles compañías, y los riesgos de alma y cuerpo en que la ponían con su astuta crueldad y fiereza? Pero andaba como escondida e invisible la poderosa mano de Dios que la libraba de todos los peligros, fortificaba su afligido corazón, ilustraba su entendimiento, inflamaba su voluntad y la llenaba de sus divinos dones; de suerte, que cuando los enemigos rebeldes esperaban que tímida y acobardada dejase el camino de la virtud y siguiese el del mundo, se hallaban con una

*mujer fuerte* para resistir a todo un infierno; con una Susana incontrastable y con una Judith valiente, que les cortaba los pies y aun las cabezas, diciéndoles: “Contra el poder de Dios no hay poder. Si Dios es conmigo, ¿quién contra mí? No trabajéis en vano, que es muy amable y hermosa la virtud, y la culpa muy abominable y fea”. Salían estas palabras de su boca tan llenas de fe y confianza en Dios, que sólo de oírlas se atemorizaban y temblaban los arrogantes espíritus. Y por los efectos que experimentaban en sí, conocían que venían armadas de la Omnipotencia, a cuya protección vivía y peleaba esta su aborrecida y enemiga mujer.

[205] Con esta experiencia creció el furor infernal. Y en las juntas y malignos conciliábulos del abismo se hizo juicio que no eran bastantes los tres fanfarrones espíritus, para batallar con esta tierna y delicada doncella que prevalecía y salía siempre vencedora de los tres monstruos y valentones del infierno; falsificándose en sangrientas y repetidas luchas el proverbio común: “Ni Hércules contra dos”. Y así, aunque son tan soberbios y desafortunados, determinaron cobardes mancomunarse siete de los espíritus más poderosos, arrogantes y traidores, que como capitanes de los soldados precitos y gobernadores de las armas infernales, alistasen debajo de sus banderas todo el infierno cuando fuese todo menester para destruir y acabar con esta alma, que auxiliada del Creador era confusión de Lucifer y ruina de todos los subterráneos reinos. Estos siete anduvieron mucho tiempo a su vista, mezclando con las formas de etíopes otras no menos espantosas de fieras y dragones. Con esta horrorosa compañía le amanecía el día y procuraban con todo su violento poder y diabólicas trazas —de que hice mención en el capítulo trece y diez y siete del primer libro—, restados y rebeldes de tenerla en su casa para que no fuese a hacerles más daño y guerra en la iglesia, donde llegaba a pesar de los obstinados ejércitos que amontonados pretendían impedirle el paso. Porque después de haberla batallado dos y tres horas en vestirse, como si tuviera muchos alfileres y listones que prenderse, venía el divino poder y sus celestiales ejércitos y restauraban a su ser el cuerpo molido y descoyuntado; le daban fuerzas para salir de su aposentillo y coger el camino del templo, unas veces defendida de los mismos ángeles y santos que la favorecían. Y entonces iba riéndose y triunfando de los príncipes del infierno, como quien andaba entre perros atados y leones muertos. Otras veces iba batallando con estos monstruos y venciendo sus poderíos con una invicta paciencia, porque le escondían y arrebatában las llaves, el manto y todo lo demás necesario para salir de su casa con decencia.

[206] Cuando esto no les valía, le ponían otros tropiezos para que rodase por las escaleras; la estrellaban contra las paredes, puertas y ventanas; y en la calle la metían entre las mulas y caballos de recua, que azorados con espantos y acicaladas espuelas de los diabólicos arrieros, la atropellaban, pisaban y aturdían; en otras ocasiones la levantaban en alto y la arrojaban otra vez contra el suelo, dejándola estropeada o hecha una tortilla de los sesos y cascos de su cabeza. Y porque se conociese que eran los malhechores los ejércitos precitos, la restauraba a su ser la Omnipotencia con un “Hágase”, para que pudiese entrar triunfante y victoriosa en la iglesia, donde se renovaban las batallas —según y cómo lo tengo insinuado en los capítulos citados y en otras partes de esta historia— de que salían vencidos. Y en prueba y testimonio de que quedaban corridos y avergonzados, cacareaban su confusión, valiéndose de los oprobios y zahiriéndola con los nombres de “embustera, vieja y china”, con otras palabras afrentosas que mezclaban los blasfemos y maldicientes; concluyendo siempre su altiva soberbia con amenazas y nuevas promesas de vengarse arrogantes, de que se reía Catarina diciéndoles: “Idos de ahí malditos del eterno padre. Y acabad de entender que no podéis nada sin licencia del Creador; y si os diere licencia, postrada estoy a vuestras plantas, porque como yo haga la voluntad de mi Dios y en nada le ofenda, no rehusó vuestras amenazas, furias y crueldades”.

[207] Con esta humildad, confianza y resignación en la divina voluntad conseguía del cielo tanto aliento, valor y abundancia de gracia, que tenía no sólo por fe sino como por experiencia, que cuanto más se multiplicasen las batallas y dilatase la guerra con los dragones del abismo, se habían de aumentar los triunfos del divino poder; y celosa de la mayor honra y gloria de Dios, vivía como sedienta de luchas y peleas con los infernales monstruos. Y el Altísimo la prevenía de un año para otro y de un día para otro, de todo lo que el obstinado Lucifer ordenaba a sus fementidos y crueles ministros para la continuación de tan larga y sangrienta guerra. Le avisaba también de la licencia y permisión que tenía concedida a sus enemigos para que usasen de toda su ciencia y poder, de toda su malicia y crueldad, de toda su pertinacia y rebeldía; para que saliese más resplandeciente y gloriosa su gracia en la constancia de su querida esposa. A todo se ofrecía la sierva de Dios confiada en la protección de su divino amante, de su santísima madre, ángeles y santos patronos. Y esta humilde resignación y valerosa confianza que no se ocultaba a los príncipes y potestades del infierno, irritaba más su furor, y llenos de ira y soberbio rencor se convocaban entre sí y alistaban en varios ejércitos, repartiendo oficios, instrumentos, trazas y cavilosas astucias. Con esta prevención,

los siete capitales demonios como cabezas y capitanes de todos los vicios, combatieron pertinaces a esta varonil amazona de Jesús con todo su poder y fuerzas. Y porque he tocado en el discurso de la historia la rabia y obstinación con que procuraron impedirle la ida y venida a las iglesias, la comunión, el rezar el rosario y todas las obras de virtud que ejercitaba en el templo; paso a tratar de la fiereza con que le persiguieron dentro de su casa y recogimiento.

*2. De la crueldad con que la perseguían de día y de noche en su casa, y cómo salía siempre triunfante la sierva de Dios con repetidas victorias, asistida de la divina gracia*

[208] Siempre andaba cercada de áspides, basiliscos, víboras y culebras, lagartos y escuerzos asquerosos; hasta los animalejos comunes, penosos, parecía que andaban en su corto albergue pastoreados y animados de los bulliciosos espíritus infernales. Porque sin hallar razón para semejantes acosos y contingencias, se hallaba vestida algunas veces de gusanos asquerosamente peludos; otras de piojos, chinches y pulgas desproporcionadamente crecidas; y no pocas veces, cercada de lagartijas escupiendo veneno como si fueran áspides ponzoñosos; de ratas embestidoras que parecían irritadas fieras; y aun de los mismos perros caseros, con visos y apariencias de estar poseídos de la ponzoñosa rabia que los hace horrorosos y abominables. Pero toda esta asquerosa asistencia formada de transformaciones diabólicas o animada de los espíritus infernales, por ordinaria se hizo habitual y despreciable, de suerte que no causaba a la sierva de Dios temor, susto, ni espanto. Sobre estas sabandijas aparentes o verdaderas andaba, y le servían de cojines el tiempo de su labor y de colchones en su pobre lecho. Y este poco caso y desprecio embravecía a los autores de esta maliciosa y ridícula traza, de manera que rabiosos se valían de toda la licencia que les daba el Todopoderoso para combatir y contrastar a esta valerosa e inocente virgen. Aunque en todo tiempo y lugar la perseguían, porque en todo lugar y tiempo les hacía ella guerra, clamando al cielo: “Misericordia para sí y para todo el universo”, y consultando con el redentor del mundo los negocios de su eterno padre.

[209] Pero donde con especialidad la combatían y se daban las más sangrientas batallas era en la obscuridad de la noche, que por la mayor parte gastaba la sierva de Dios en ejercicios de oración y penitencias. Apenas se recogía a su pobre albergue, cuando se prevenía para el desafío y la lucha, porque la misma experiencia le aseguraba que no podían tardar los ejércitos



obstinados; y entraban ordinariamente los siete más agigantados demonios que la asistían de día y de noche. Los unos, a las espaldas como traidores alevosos; otros a la vista, ostentando fanfarrona arrogancia; y otros a los lados, con instrumentos y traje de crueles sayones. Pero en estas batallas nocturnas se vestían estos siete monstruos de formas más pavorosas, representando con una vana ostentación y soberbia el ser caudillos de innumerables soldados que los seguían, visibles e invisibles; por eso eran los primeros que cogían puesto dentro del aposentillo y pobre morada de Catarina, y se ponían a su vista como triunfantes y vencedores con penachos de encendido humo en la cabeza, vomitando fuego por bocas, narices y ojos. Otros formaban sus escuadrones de bestias fieras mancomunados, mostrando sus garras y sus fuerzas; y otros en varias formas propias de su crueldad y fiereza, y que tengo ya insinuadas en el capítulo diez y ocho del primer libro.

[210] Todas estas batallas hallaban siempre prevenida a esta varonil y prudente virgen con muchos actos de fe, esperanza en Dios y en su santísima madre. Tenía rociado su corto albergue, que era el campo de estas batallas, con agua bendita, para que al entrar en la pelea sus enemigos anduviesen como gatos sobre ascuas; estaba armada con la señal de la cruz, con muchas medallas y reliquias de los santos, sus patronos; invocaba los celestiales ejércitos, que tal vez se le dejaban ver armados para su defensa, y otras veces sólo su valeroso capitán y caudillo san Miguel, que con la espada desenvainada en la mano le comunicaba ánimo y angélicos alientos. Con estas fuerzas auxiliares se llevaba, desde luego, la victoria esta sierva de Dios; porque en poniéndose a su vista los formidables y diabólicos ejércitos, se humillaba y hundía en el centro de la tierra, de donde se levantaba confiada en el divino poder y resignada en su santísima voluntad, diciéndoles: “Venid, que ya os estaba esperando para que adoréis a vuestro creador y mi redentor”. Y obligándoles a rendir las debidas adoraciones al Todopoderoso, les decía: “Si traéis licencia, aquí estoy. Y pongo a vuestros pies mi cabeza para que castigéis mis culpas dignas de muchos infiernos. Pero si no es permisión del Altísimo sino atrevimiento vuestro, apartaos de mi presencia y dejad que alabe la creatura a su dios”. A este reto humilde y valiente solían desaparecerse los infernales espíritus, a la manera que vemos ejércitos de mosquitos arrebatados de un torbellino violento o de un desecho y enfurecido huracán. Mas volvían embravecidos al descubierto o escondidos como ladrones cobardes, cogiéndola dormida o divertida en las alabanzas de su dios, y embistiéndola rabiosos hacían presa con sus uñas y dientes en la delicada garganta de

la inocente cordera, asegurándose de que no les intimase otro fulminante precepto con que se viesen obligados a retirarse a su centro; porque asida y aprisionada con esta traza y rigor, quedaba impedida aun la respiración necesaria para la vida.

[211] Con esta alevosa prisión que ejecutaban los mayores príncipes del infierno, se acercaba luego toda la canalla infernal y la aseguraban con mil prisiones de pies a cabeza, y afanzando su temor y cobardía la arrastraban por el suelo con grito y confusa algazara, hiriéndola los soldados con lanzas, con espadas y los demás instrumentos de guerra. Otros la cogían entre sus fornidos y crueles brazos procurando reventarle la hiel en el cuerpo; otros de forma más agigantada se vestían del peso de una torre o de un monte, y cargándose sobre los delicados hombros de la tierna doncella, hacían oficio de pesadas prensas para convertirla en polvo. Los que concurrían en forma de fieras no mostraban menos crueldad y fiereza, sin que quedase alguno que no ensangrentase sus uñas y voraces dientes, dejándola sin aliento, sin respiración y sin esperanzas de vida. Bien pudiera decir la sierva de Dios que se había cumplido en ella lo que dijo el santo rey David en persona de Cristo: “Me cercaron muchos perros y el concilio de los malignos me puso un apretado asedio”. [Apostilla: Salmo 21] Pero cuando más ahogada, volvía los ojos del alma a su divino amante y cuidadoso pastor, y quejándosele amorosa, oía la suave voz en que le decía su amado: “Que se levante”. Y replicando ella: “¿Cómo, Señor, me he de levantar, si no me das la mano cuando están mis huesos hechos polvo y harina, despedazada la carne, descoyuntado el cuerpo, sin aliento el pecho y sin vida el corazón?” Volvía a oír segunda vez la suave y divina voz que le decía: “¡Ea, levántate, que poderoso soy! Ya estás buena y con fuerzas”. Y así lo experimentaba Catarina, que agradecida a su dios, engrandecía su poder, su bondad y su inmensa misericordia, e imploraba los auxilios de su gracia contra los príncipes y potestades infernales para que no consiguiesen de su flaqueza la menor impaciencia ni desconfianza; y ofrecía todas sus penas y congojas juntas, con los merecimientos de nuestro redentor, por las ánimas de los vivos y de los difuntos. Decía: “Padezca yo, Señor, porque no caigan en manos de estos dragones tus creaturas. Perezca yo porque no se pierdan para siempre las almas redimidas con tu preciosísima sangre. Reviente yo porque gocen para siempre de la hermosura del divino rostro”.

[212] Luego que la veían sus enemigos con fuerzas y aliento, ofreciéndose fervorosa a padecer por la honra y gloria del Creador y bien del universo, la volvían a acometer rabiosos, desahogando en ella su furor y ven-

gando su implacable ira en aquel delicado cuerpo; dejándola acardenalada, desollada, descoyuntada y desmayada con azotes, con palos, con hierros, con prensas y semejantes crueles instrumentos. Pero en los últimos desfallecimientos de la naturaleza invocaba el alma afligida a los ángeles y santos, sus devotos, a la soberana reina y a su santísimo hijo, que la libraban de sus enemigos, la confortaban. Y sólo con mirarla el Todopoderoso, con decirle una palabra o tocarla con su divina mano, le comunicaba fuerzas, alientos y deseos de padecer, con que se volvía a ofrecer a nuevas luchas y batallas que aceptaba el infierno furioso, lleno de saña y envidia, ensangrentándose con tanto más coraje cuanto se veía repetidas veces vencido de la paciencia, humildad, mansedumbre y resignación de esta mujer, su enemiga, conforme en todo con la divina voluntad.

[213] De la cama hacían los infernales monstruos parrillas de martirizar, porque cuando esperaba un poco de sueño para el alivio necesario de su alma atribulada y descanso del cuerpo rendido y despedazado, se hallaba sobre un colchón de fuego en que se abrasaba, sin poder volverse, ni llamar a quien la socorriese, porque le impedían el uso de todos sus sentidos y potencias. Otras veces la espetaban<sup>73</sup> en asadores y la asaban, ya sobre vivas llamas, ya sobre encendidas brasas a fuego manso. Otras veces la asían con garfios de hierro hechos un fuego, y con ellos la arrastraban por el aposentillo haciéndole creer que como señores del alma la llevaban a su infierno, tan ensangrentada y herida, que a los mismos demonios, si fueran capaces de compasión, les causara lástima. Finalmente, se valían para atormentarla de peines, de almohazas,<sup>74</sup> rallos,<sup>75</sup> espinas, lanzas, cuchillos, espadas, barrenas,<sup>76</sup> tornos y ruedas de navajas, con otros muchos más instrumentos que los que inventaron los tiranos enemigos de la fe y de todos los vivientes. En otras ocasiones se prevenían, y transformados en sirenas encantadoras, se manifestaban en el lecho, que era una tarima o estera sobre las frías y duras lajas, para que no se atreviese la sierva de Dios a recostarse y faltase a la obediencia que le mandaba dar algún descanso al cuerpo, aunque fuese sobre áspides y basiliscos. Y así las ahuyentaba con el agua bendita o les decía tratándoles de hipócritas de hermosura: “Que se transformasen en otras formas más propias de su fealdad, y que no dudaría de arrojarse entre

---

73 Atravesar con el asador carnes y otros alimentos para ponerlos sobre la parrilla.

74 Instrumento para limpiar las caballerizas. Está hecho de sierras de hierro con asta de madera.

75 Rallador.

76 Taladro o berbiquí.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

bestias fieras y abominables horrores por cumplir con la obediencia”. Estos martirios solían ser el descanso que le daban de noche; y se agravaban con perfumes infernales, con gritos desordenados, con sombras espantosas y palpables tinieblas que causaban una confusión de infierno, en que se oscurecía el alma y cesaba el uso de los sentidos y potencias para todo lo que no era padecer.

[214] Cuando en su vejez usaba, por obediencia, de colchón y cama alta, no padecía menos, porque el acostarse en ella era arrojar en un brasero donde se asaba y tostaba; alternándose estos tormentos con el martirio de un intensísimo frío que igualmente la afligía. Otras veces el medio cuerpo estaba en las brasas y el otro medio cuerpo al mismo tiempo en la nieve y en el hielo. El ruido sobre su aposentillo era terrible de día y de noche; ya como si cayeran en su azotea montes de piedras o peñascos; otras veces era el estruendo, como si habitaran sobre el techo manadas de caballos o partidas de fieras; donde oía y sentía derramar vasos inmundos del cenagoso abismo que penetraban la azotea y atosigaban a la esclarecida virgen, impidiéndole sus ejercicios. Se continuaban mancomunados o alternados estos martirios con otros más crueles y desacostumbrados en el mundo, porque de día y de noche se embebían en su virginal cuerpo enjambres de demonios que le causaban intensísimos dolores en todos sus nervios y coyunturas; otros andaban y habitaban dentro de sus entrañas, apresando el corazón, impidiendo la respiración, y despedazando e inficionando todo lo interior del cuerpo, ya con remover o alterar los humores, ya vestidos de púas, espinas y navajas. Otras veces andaba entre los hombres con dolores extraordinarios, como si la atravesaran espadas y lanzas por el cuerpo, con clavos agudos de dolor en los hombros y con otros inexplicables tormentos; faltándole el consuelo de que la viesan padecer los que piadosos pudieran condolerse en sus penas y martirios. Ni Catarina los comunicaba, sino a sus padres espirituales, ni procuraba otro remedio que la señal de la cruz, llamar a sus ángeles y santos, al poder de Dios y a la madre de misericordia. Y cuando esto no podía hacer con la lengua y corazón porque todo lo sensitivo turbaban y baldaban sus enemigos astutos, levantaba los ojos del alma a su querido amante que la dejaba hasta las últimas agonías, recreándose en verla penar entre mortales parasismos, sin otra memoria que la de padecer por su dios, por el mundo y conformarse con la divina voluntad.

### 3. De otros más extraordinarios martirios que ejecutaban en esta valerosa alma los infernales espíritus

[215] En otras ocasiones, no satisfaciéndose la rabiosa ira de los infernales monstruos con tantos crueles martirios e inhumanos tormentos, la sacaban de su lecho y casa, y la llevaban con ruidosa algazara a las ásperas serranías y a los más encumbrados y espesos montes para martirizarla a su gusto. Y no ponga ceño la incredulidad ignorante a esta propuesta, porque no excede el hecho a la diabólica actividad, ni la divina permisión desdice de la justa y singular providencia del Altísimo, pues ha estilado conceder este permiso al infierno para que resplandezca más su omnipotencia en la paciencia y constancia de sus escogidos, como lo leemos en varias historias eclesiásticas y políticas. Y no podemos negar la del evangelista san Mateo, donde dice: “Que cogió y arrebató el Diablo el cuerpo de Cristo; que le llevo a la ciudad de Jerusalén y le puso sobre el pináculo del templo”. [Apostilla: Mateo 4] Las cuales palabras significan claramente movimiento local; aunque lo que se sigue “de que le mostró todos los reinos del mundo”, lo entienden algunos autores, y no sin probabilidad, de visión imaginaria o sensible, por mudanza o formación de objetos que no arguyen menos habilidad en los espíritus malignos; como ni que el Demonio hablase y tentase a su creador y señor, ahora fuese con voces sensibles o imaginarias. Pero quien atrevido se arrojó, supuesta la divina permisión, a arrebatarse el cuerpo de Cristo: ¿Por qué no lo hará con las demás creaturas, formadas del polvo de la tierra, por más santas que sean? Así como lo hace con los arrepticios<sup>77</sup> y sus magos, para cuya prueba es suficiente la indefectible historia de Simón Mago, que en el principio de la Iglesia levantó el infierno contra Simón Pedro. [Apostilla: Hechos 8] Y puede servir de argumento lo que cada día se experimenta en los vuelos y levantamientos de las brujas y otros que usan del arte mágica, que tiene por tan cierto el Abulense,<sup>78</sup> entre otros muchos doctores que dicen: “No puede negarse sin imprudencia o falta de vergüenza en el rostro, habiendo tantos testigos de vista y tantas sentencias de castigo promulgadas en sus causas por el santo y justísimo tribunal de la fe”.

[216] Y no se opone a esta doctrina la advertencia común y cierta de que el Demonio puede dictar en la fantasía noticias de cosas ausentes o

---

<sup>77</sup> Endemoniados, poseídos por espíritus.

<sup>78</sup> Se refiere a Alonso Fernández de Madrigal (1410-1455), conocido como el “Tostado” o el “Abulense”.

futuras, y aun formar en la imaginativa representaciones tan vivas de cosas penosas y deleitables, que juraran las brujas y las otras mujeres simples e ignorantes, que se han hallado en los Campos Elíseos<sup>79</sup> o en las infernales cavernas sin haber salido de su rincón y asquerosa choza; porque todo lo que he dicho no excede el poder y virtud angélica. No pierda de vista el piadoso lector esta verdadera suposición, y obsérvela para cuando leyere en esta historia movimientos maravillosos de esta sierva de Dios que exceden la actividad y virtud de las causas sublunares;<sup>80</sup> y se deben necesariamente atribuir a Dios o a sus ángeles, al Demonio o a sus malas artes, según el modo, los fines, efectos y demás circunstancias que concurrieren. Porque para determinar si son levantadas las creaturas con prodigiosos movimientos en manos de ángeles o de demonios, como Cristo o como Simón Mago, se debe recurrir a las reglas de la discreción de espíritus. Mas estos vuelos, raptos y elevamientos que voy refiriendo ahora de esta esposa de Jesús, no hay que dudar eran efectos de la violencia infernal; porque renovando o remedando la prisión del Señor, la llevaban arrastrada, maltratándola con golpes, heridas y pescozadas.<sup>81</sup> Pero se debe entender y de lo ya dicho se infiere, que no todas estas batallas y ejercicios de paciencia que voy refiriendo de la sierva de Dios se ejecutarían en su delicado cuerpo materialmente; de manera que en la realidad y verdad fuese tantas veces destrozada, despedazada y crucificada por mano de los malos ángeles. Porque, aunque tienen éstos virtud natural para obrar en las creaturas sublunares, tan superior a las humanas fuerzas, que nos asegura el santo Job, perseguido y maltratado de los demonios, como testigo de vista y experiencia: “No haber en la tierra potestad que se pueda comparar con la de los infernales monstruos”; [Apostilla: Job 14<sup>82</sup>] con todo, como estos sean agentes de superior orden a nuestra humana naturaleza y corta capacidad, pueden y suelen causar en nosotros espiritualmente dolores extraordinarios y crueles martirios, como si real y verdaderamente los padeciésemos, sin que alcancemos ni podamos alcanzar clara y perfectamente el modo, ni virtud de las causas a nosotros ocultas, con que obra su diabólica actividad —aunque subordinada siempre a la divina permisión, de que no pueden exceder— para atormentar en esta vida los cuerpos y las almas de los

---

79 En la mitología griega, lugar deleitoso donde moraban los virtuosos.

80 Que está debajo de la luna. Según la división del mundo antiguo, se trata de la tierra, donde todo se corrompe y se regenera.

81 Pescozón. Golpe que se da con la mano en el pescuezo o en la cabeza.

82 No concuerda con el capítulo de Job.

predestinados y escogidos del Altísimo. Y así, remitiendo a los que leyeren este capítulo a los autores que tratan de esta materia, y a los hombres doctos que determinarán con distinción y sólidos fundamentos los efectos que se han de tener por reales y verdaderos, y los que se han de mirar como espirituales, imaginarios o fantásticos; paso a decir las crueldades y violencias que ejecutaban los príncipes y potestades infernales en Catarina, ahora lo padeciese corporal o espiritualmente; porque en el caso presente y para prueba de su invencible paciencia, no hace mucho al caso este determinado juicio.

[217] Cuando la tenían ya en los montes, serranías o despoblados, que de todo se valían sus crueles enemigos para desanimarla, aumentando su desamparo con estas invenciones que les dictaba la malicia e insaciable aborrecimiento; la perseguían y procuraban desahogar su rabia y sañudo coraje en multiplicados martirios, renovando como obstinados sayones, los que ejecutaron escribas y fariseos en el redentor del mundo. Pondré aquí algunos de los que le fueron más sensibles por repetidos o crueles, y conservó en su memoria y lamentaciones hasta la muerte. Decía la sierva de Dios: “Ponían mi cuello debajo de sus pies y asiéndome de la garganta con sus bestiales uñas, con impulsos y voluntad de ahogarme, me hacían blanco de su furor y rabia; desollándome a azotes sangrientos y crueles; dejando mi cuerpo hecho un espectáculo lastimero de heridas y cardenales, que publicaban la fiereza de mis enemigos y la gravedad de mis culpas”. Así se lamentaba el santo Job, cuando dijo: “¡Oh! ¡Padecer nunca oído! ¡Que haya el Señor permitido que mi mayor contrario me tenga aprisionado; y después de haberme herido tan despiadadamente, no teniendo en todo mi cuerpo lugar libre y exento de heridas, las haya repetido y reiterado de manera que sobre las mismas llagas, ha redoblado los golpes y dolores de otras nuevas heridas que con desaforado rencor me ha hecho!” [Apostilla: Job 6<sup>83</sup>] De esta crueldad pasaban a otra en que mostraban no menos su ira y fiereza; porque haciendo de los árboles cruces, la escarnecían y burlaban, crucificada y coronada de espinas. Pero la sierva de Dios estaba al mismo tiempo fortalecida de los ángeles, sus auxiliares y patrones, y mucho más de su divino amante, a quien contemplaba con los ojos de la fe pendiente de duras escarpías en el afrentoso madero, clavado de pies y manos, roto el costado, coronado de punzantes espinas, y convidado con amarga hiel y acedo vinagre. Y a vista de esta trágica representación de su dios crucificado, se hacían suaves las fatigas y congojas que le causaba este

---

83 No concuerda con el texto bíblico.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>



terrible martirio, de donde la quitaban o arrebataban para entretener su furioso coraje con otros despiadados tormentos. Solían descoyuntar y quebrantar su delicado cuerpo, y formando de él un ovillo o bola de huesos desunidos, jugaban con ella a la pelota, estrellándola en el monte contra los troncos y peñascos y en las calles contra las esquinas al volverla a su casa. Otras veces de los mismos árboles formaban horcas y colgándola de los pies la obligaban a echar por la boca las entrañas. En otra ocasión, sobre la cumbre de un descollado monte, después de muchas ejecutadas crueldades, asida o atada por los pies, dieron con ella tantas circulares vueltas y con tal velocidad y presteza, que atontada y como fuera de sí se persuadió rendía el espíritu por falta de respiración en el aire, y cuando más angustiada, la precipitaron y despeñaron rabiosos monte abajo. Pero se halló en el término del precipicio en el regazo de la santísima Virgen, tan rendida y con la respiración tan difícil que fue necesario el poder y manos de esta soberana señora, asistida de sus ángeles, para solidar los huesos, componer los miembros descoyuntados y recobrar alientos de los espíritus vitales.

[218] En otras ocasiones le parecía que la precipitaban en el abismo, y que descendía a aquellas tristes cavernas como despeñada por cenagosos sumideros o chimeneas asquerosas, cayendo en pozos de hielo, hornos de fuego, charcos de ponzoñosas sabandijas, calabozos de obscuridad y confusión, o en lúgubres salones que servían de plazas de armas para atormentar a los infelices habitantes de aquel eterno cautiverio, donde la herían más con maldiciones y blasfemias que con los instrumentos que se labraban en aquellas herrerías de rigor y crueldad. No digo que bajase Catarina en cuerpo al infierno, porque todos estos arrebatamientos violentos pueden ser en espíritu, pero ella aseguraba que le parecía estar en aquel horroroso lugar, que experimentaba sus inexplicables penas y que aun cuando subía de las infernales mazmorras, no se le apartaba aquel fuego abrasador, que sin resplandecer y alumbrar, la quemaba y no consumía. Basta ya de martirios y crueldades ejecutadas por impíos y vengativos ministros de la justicia de Dios, que no conocen ni abrazan la piedad, sino es forzados y refrenados con el poder de la divina misericordia. Pero dirá alguno: “Que cómo podía vivir esta sierva de Dios entre tantos tormentos” Y responderé: “Que con la asistencia de la Omnipotencia, que conservó la vida y sin lesión del más delicado cabello a los tres niños de Babilonia que, arrojados al fuego, se vieron exentos de la actividad de las llamas que abrasaron y convirtieron en cenizas a los impíos verdugos que los arrojaron, para que fuesen testigos de la voracidad del fuego que milagrosamente lisonjeaba e

ilustraba a los tres santos inocentes”. [Apostilla: Daniel 3, 22] Finalmente, tuvo el Demonio general licencia para atormentar a nuestra Catarina por todo el tiempo de su vida. Y se valió de este permiso para ejecutar en ella como inhumano tirano, los martirios que podemos considerar en el mundo y en el infierno, fuera de la eternidad, y decir de ella lo que dijo de sí el santo rey David: “Que vivió cercado de dolores de muerte y penas del infierno”. [Apostilla: Salmo 17]

[219] Este camino tan áspero como peligroso, no pudiera con las fuerzas humanas andarse, si Dios no pusiera en él algunas como ventas o enramadas donde descansando el cuerpo y recreándose el alma, cobrara nuevos restituidos alientos de la liberalísima Omnipotencia esta valerosa caminante. Y así alternaba Dios estos tormentos, angustias y congojas con celestes deleites, gustos y divinas recreaciones, con que a sus tiempos la confortaba y animaba a la perseverancia, hasta llegar al término de esta fragosa y poco usada senda por donde la guiaba a la bienaventuranza. Por los dolores y martirios le daban gustos y gozosos deleites; por los objetos horrorosos, le proponían otros celestes y gloriosos; ya de ángeles que la defendían, ya de santos que la animaban, ya del mismo Señor y de su santísima madre que venían a socorrerla y le aseguraban en los brazos de su poderoso amor. Después de las hediondes e infernales perfumes, se hallaba cercada de flores, rosas y soberanas fragancias, símbolos de sus heroicas virtudes; y no pocas veces de músicas y celestiales instrumentos, como diré en otros capítulos. Puede servir aquí de prueba lo que le sucedió a veinte y cinco de junio de setenta y nueve, día en que amaneció molida y majada de los demonios en el yunque de su obstinada y rabiosa crueldad. Y hallándose ya sin fuerzas, sin respiración y casi sin espíritu, se volvió a su dios llamándole: “Su padre y madre; su rey, señor y redentor; su amigo, medico único y verdadero protector”. Y luego vio a su Majestad ostentando con amorosa benignidad su infinito poder y una numerosa y triunfante corte de bienaventurados, entre los cuales ciudadanos celestes reparó que algunos de los angélicos espíritus le presentaron una grande y riquísima fuente de olorosas flores y fragantes rosas, muy superiores a las que conocemos y pueden ser fruto de esta lodosa y humilde tierra. Pero hallándose indigna de este precioso presente, comenzó a humillarse y clamar al Señor pidiéndole: “Guardar aquel don para sus escogidos, porque ella era un poco de lodo y basura del mundo”. A las cuales humillaciones le correspondió el cielo con una música tan soberana, que arrobada el alma y suspensa entre gozos de gloria, halló descanso, paz y nuevos alientos su espíritu para padecer más y más por su amado y por el

mundo; como se podrá leer en los libros siguientes, y lo demás perteneciente a las virtudes morales de la sierva de Dios, que el piadoso lector echará menos en este.

## CAPÍTULO 16

### DEL GRANDE PODER QUE TUVO CONTRA LOS DEMONIOS

#### *1. De cómo y cuánto les aterraba con sus virtudes y ahuyentaba con su imperiosa voz*

[220] De todo el discurso de la historia, se pudiera discurrir la confusión que causaría esta valerosa virgen y prodigiosa mujer en los ejércitos precitos del obstinado Lucifer, que afrentosamente avergonzado de verse tantas veces vencido, comenzó a acobardarse tanto que sólo con ponerse a la vista de esta sierva de Dios, temblaba con todos sus secuaces; que se retiraban desalentados y temerosos de batallar y lidiar con esta valiente y agigantada amazona, alistada debajo de las banderas de Jesucristo. Era digno de toda admiración y de dar incesantes gracias al Altísimo, lo que refería y experimentaba esta su querida esposa; porque como a creatura escogida para que se ostentase en ella triunfante la divina gracia, la favorecía con todo su poder y misericordia infinita, comunicándole tanto de su omnipotencia contra los poderíos del infierno, cuanto había dado de larga licencia al príncipe de las tinieblas para perseguirla y atormentarla. Aseguraba, que al asomarse las huestes infernales a la puerta de su pobre albergue, o por las paredes y techo de su corta y despreciable habitación, haciendo ostentación de su amotinada y rabiosa muchedumbre apiñada; como en ventanas y claraboyas se desaparecían con grande estruendo como si les volaran con pólvora, dejando a su alma en quietud, paz y seguridad de unión con su amado y divino amante, al pronunciar solamente con viva fe las imperiosas voces: “¿Quién como Dios? Si Dios es conmigo, ¿quién contra mí?” O aquellas sus familiares por repetidas palabras: “Si tenéis licencia, bestíbulos,<sup>84</sup> aquí estoy resignada en la voluntad de Dios y rendida a vuestras plantas, para que

---

<sup>84</sup> Despectivo masculino de “bestias”.

desahoguéis vuestra furiosa rabia en este gusanillo vil y en esta creatura ingrata para con su redentor. Pero si no tenéis permiso o licencia, no impedáis el que la creatura alabe a su dios, ni que la oveja busque a su pastor. Y así, atended a lo que os digo por dirección de mis confesores que están en lugar de Cristo Jesús: idos luego a habitar los calabozos eternos y aquel tenebroso abismo que os preparó el Señor desde el principio del mundo. Y advertid que no os lo mando en mi nombre, sino en el nombre de la santísima Trinidad, del Verbo encarnado y de la soberana Señora que le concibió en sus purísimas entrañas”.

[221] Pero como eran tantos y tan soberbios los enemigos rebeldes y obstinados que la perseguían, volvían por instantes a combatirla como enjambres de avispa irritadas, ponzoñosas y envenenadas, procurando comunicar su ponzoña y desahogar su rabia en esta su enemiga y valerosa mujer, que con el mismo precepto, lleno de propia y verdadera humildad y confianza en el divino poder, las aventaba y precipitaba repetidas veces a su tenebroso centro, o les mandaba asistir arrodillados por tres o más horas delante del santísimo sacramento en la iglesia de nuestro padre san Ignacio, y que alabasen, reverenciasen y rindiesen el debido vasallaje a su dios y señor. Les veía y se le representaban luego abatidos, como forzados y rabiosos obedientes, a la suprema majestad sacramentada, de donde aterrados del mandato y voz de esta esclarecida y triunfante virgen armada de la omnipotencia, le pedían que los desatase y que los dejase, prometiendo traidores, dejarla y no perseguirla ni maltratarla. Mas no consiguiendo esta libertad y licencia pretendida de su engañosa astucia, se le mostraban después tan tímidos y cobardes que no se atrevían a acercarse a ella, ni a ponerse delante visibles; si bien, arrastrados de su obstinado furor procuraron continuar y continuaron la sangrienta guerra contra la sierva de Dios por todo el tiempo de su vida, supliendo la falta de su valentía y poder con maliciosas y diabólicas trazas que experimentaban desechas y desvanecidas con confusión y vergüenza sus mismos autores. La inquietaban éstos de lejos con ruidos y estruendos en las azoteas, de que eran testigos con Catarina las personas que la asistían, y con especialidad los confesores que iban a consolarla de día y de noche en sus dolencias y tribulaciones. Los cuales atestiguan y atestiguarán mientras vivieren, las diabólicas escaramuzas de rabiosos duendes que sentían y oían sobre el techo y azotea, luego que se aplicaban a oír y consolar a la sierva de Dios afligida y enferma; porque no dudasen de lo que ella les refería acerca de la inquietud infernal con que la combatía el infierno.

[222] Entre otros muchos casos, noté lo que me dijo a primero de mayo de mil seiscientos y setenta y nueve, por tener alguna especialidad. Y fue, que estando recogida en su pobre aposentillo, sintió sobre su azotehuela un extraordinario ruido de sillas y bancas, como cuando se llegan muchos codiciosos jugadores a la mesa de su perdición, o como cuando se juntan muchos consejeros a tratar negocios de mucha importancia y secreto. Le causó alguna novedad este misterioso ruido. Y preguntando al Señor la causa, le respondió —comunicándole una soberana luz que le manifestó con claridad— estaban en consejo o conciliábulo los consejeros malditos, disponiendo varias trazas y maliciosas astucias contra esta sierva de Dios y contra todas las creaturas redimidas con la sangre de Cristo. Con este conocimiento se arrojó al suelo, y arrodillada o postrada comenzó a decir la letanía que acostumbraba rezar todos los días y de que se vale la santa Iglesia católica para alcanzar de Dios el remedio de todas las necesidades. Y advirtió la sierva de Dios que al pronunciar las palabras: “Libranos, Señor, de las acechanzas de nuestros enemigos”, se había deshecho y desvanecido todo el diabólico concilio, tirando los malos consejeros sillas y bancas como que salían huyendo y se precipitaban espantados y atemorizados a su horroroso abismo, de que dio Catarina a Dios las gracias con incesantes alabanzas de su divino poder que abatía y confundía al infierno. Y le respondió el Señor, dándole a entender que con semejante espanto y confusión se habían arrojado y escondido los demonios en sus eternos calabozos, acobardados y medrosos cuando su santísima alma había descendido al limbo, donde estaban detenidos los santos padres, para entrar con ellos triunfante el día de su ascensión en el cielo. Estas diabólicas juntas repetían muchas veces los infernales monstruos contra esta esclarecida virgen, confiriendo medios y trazas para destruirla, irritados y envenenados cada día más con la misma experiencia de que salían vencidos, y Catarina en tan sangrientas y continuadas batallas siempre victoriosa; y porque esta sola alma auxiliada de la Omnipotencia les hacía más guerra, para ruina de su arrogante y bárbaro imperio, que muchas creaturas juntas, pues por sus méritos y oraciones les quitaba el Altísimo millones de almas a que tenían derecho por razón de sus culpas. Y su Majestad, para mayor confusión de Lucifer y de todos sus secuaces, manifestaba a su sierva los conciliábulos infernales; porque humillada y temerosa clamase a la divina misericordia, y con sus clamores les desbaratase y quitase las fuerzas a las potestades del tenebroso abismo.

[223] En otras ocasiones se hallaba la sierva de Dios como arrebatada de algún superior espíritu, sobre las azoteas o en los fantásticos salones

donde se formaban estos diabólicos cónclaves.<sup>85</sup> Y sólo con su presencia se aterraban los enemigos soberbios, y se desaparecían con cobardía y vergüenza del puesto en que maquinaban y conferían astutos y maliciosos medios y daños contra esta valerosa mujer, su enemiga, y contra todas la almas redimidas con la preciosa sangre de Jesucristo. Ordinariamente con la luz sobrenatural que tenía del cielo —aun cuando la combatían invisibles—, los divisaba por los rincones de su corto aposentillo; o debajo de la mesa, cajas y cama, como ratones u otros de los inmundos animalejos, que aterrados y medrosos huían de que los viese y mirase esta valerosa y triunfante virgen. Y entonces les mandaba que se acercasen a ella, y no pudiendo resistir a su precepto, se ponían muchas veces en su presencia, temblando como azogados y cobardes espíritus por la grandeza de la divina virtud que reconocían depositada en esta privilegiada y victoriosa alma; rogándole abatidos los apartase de sí o que les diese licencia para precipitarse a su centro; sin atreverse, corridos y avergonzados, a mirarla al rostro. Pero Catarina, como superior por la virtud y dones de Dios que adornaban y confortaban su espíritu, les decía en estas ocasiones: “Levantad esa cara y miradme al rostro embusteros, y no pretendáis inquietar a las creaturas del Señor con vuestras diabluras”. Y después de haberles reprehendido y humillado su obstinada y altiva soberbia, les precipitaba al infierno con imperiosa voz, llena de fe y armada con la eficacia del divino poder, donde caían arruinados y oprimidos de la fortaleza de un Dios omnipotente; mirando la sierva del Señor, no pocas veces, su arrebatada caída desde la superficie de la tierra hasta llegar a su tenebroso abismo, donde luego que llegaban les oía maldecir a Dios por el poder que daba a esta su escogidísima alma.

[224] Con todo este tormento y pena que sentían de ver tanta santidad y tanto de omnipotencia comunicado a una creatura formada del polvo de la tierra, prevalecía en los demonios la obstinación, envidia e indignación, con que se veían obligados a perseguirla ciegos de furor y rabia, y martirizarla visibles o invisibles cuando se lo permitía el Altísimo; ya que estaba siempre pronta y dispuesta la paciente virgen, ofreciéndose por Dios y por el mundo a las sangrientas y repetidas luchas, que tengo ya referidas para explicar la humildad y paciencia con que sufría los crueles martirios que ejecutaban en su delicado cuerpo los infernales monstruos, convidándoles y provocándoles a desahogar su furioso coraje y rabiosa envidia e indecibles

---

85 Reunión en la que se tratan uno o varios puntos acordados.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>

y ejecutados tormentos, con aquellas ya referidas palabras de su encendida caridad y total resignación: “Aquí estoy a vuestros pies, bestíbulos, para que desahoguéis vuestra rabia con crueldades si traéis licencia de vuestro creador”. Y este modo de vencer, sufriendo con mansedumbre y constancia, era el más frecuente, el que más deseaba su alma, el más provechoso para ella y para el mundo, y el que más aterraba y confundía a los príncipes y potestades del infierno, cuando en medio de un volcán de indignación y furor que hervía en sus envenenados pechos, se retiraban corridos y avergonzados de la tirana ejecución de sus venganzas. Y la dejaban como muerta, al sentir y padecer espantados y asombrados de su invencible paciencia, auxiliada de la divina gracia; manifestando su rabioso sentimiento con maldiciones a esta esclarecida virgen, a la tierra de que había sido formada y al mismo Dios por la santidad y poder que le comunicaba. Y juntamente confesaban, a pesar de su arrogante soberbia, el poco poder que tenían contra esta privilegiada alma, pidiéndole que los dejase y la dejarían, que no los persiguiese y no la perseguirían.

## *2. Del grande poder que tenía contra los demonios para ahuyentarlos de las casas de la ciudad y quitarles las almas que tenían cautivas*

[225] No le manifestaba solamente Dios las asistencias y operaciones de sus enemigos visibles e invisibles en su pobre albergue, sino también en los demás aposentos pertenecientes a las casas donde vivía y en todas las otras de la ciudad, por donde seguía sin interrupción sus victorias y triunfos contra el infierno, con las alas que el divino poder se dignaba comunicar a su tan humilde como elevado espíritu. Permitía el Señor estas repetidas y como continuadas batallas para honra y gloria de su omnipotencia, que era la vencedora de los ejércitos precitos, tan obstinados como altivos y soberbios, por medio de un vil instrumento formado del polvo de la tierra, que llegó auxiliada de la divina gracia a rendirlos y avasallarlos, de manera que les faltaba el valor aun para mirarla al rostro. Porque como es propio blasón de Dios hacer con poco mucho, lo es también estrellarse con los soberbios, destrozando altiveces y allanando sus majestades. Así se lo manifestó su Majestad al profeta Elías hablando del arrogante y soberbio Acab: “¿Qué te parece Elías, cómo eché por tierra la lozanía del rey, cómo rendí su orgulloso brío y postré su soberbia?” [Apostilla: 3 Reyes 21] Por estos fines y otros que conducían al bien de sus creaturas, manifestaba la suprema y verdadera deidad a Catarina los diablos asistentes a las personas y casas de



la ciudad, y los daños que hacían y pretendían hacer, para que como instrumento escogido de su omnipotencia en que se ostentase su divino poder, les abatiese y confundiese; ahuyentando a unos con mirarlos; aterrando a otros sólo con hacerles presente; y arrojando a todos a su infierno con imperiosa voz en el nombre de Dios, de Jesús o de María. Para cuya prueba pondré aquí algunos casos particulares que notaron sus confesores, por contener alguna especial enseñanza.

[226] En cierta casa de esta muy noble ciudad, tan combatida de los infernales espíritus como auxiliada de los buenos ángeles, sus patronos; vio espiritualmente cuatro demonios que estaban tan gustosos, como bien hallados con la gente que en ella vivía, y en prueba de la estrecha amistad que profesaban las personas con las bestias fieras, manifestó Dios a Catarina la abominable familiaridad con que se trataban y comunicaban, jugando y entreteniéndose los unos con los otros sin madurez de juicio y aun sin rastro de razón; así como lo pudieran hacer unos muchachos traviosos y malcriados con otros. Con esta visión quedó la sierva de Dios en tal suspensión, que atónita y pasmada de lo que se le representaba, le faltó la advertencia con que acostumbraba ahuyentar los demonios en el nombre del divino poder, y para alumbrar como solía a las incautas y ciegas creaturas del peligro en que estaban con tan infernal compañía. Todas estas operaciones se echaron menos en Catarina en esta ocasión, porque embargadas sus potencias e impedidos los sentidos con la fuerza de la admiración que causó en ella tan lastimosa visión, no pudo dar paso adelante ni ejecutar acción contra los demonios en favor de las creaturas. Pero siendo otro día arrebatada del divino Espíritu y llevada al mismo lugar, se encontró en la puerta de la sala principal con uno de los malos espíritus asistentes que estaba muy orgulloso y triunfante, como portero y aun dueño de la casa y gente que la habitaba. Le mandó a la primera vista la valerosa virgen: “En nombre de Jesús y María, que saliese y desamparase el puesto”. Respondió con arrogancia el enemigo: “Que no quería porque estaba en su casa, y ninguno podía despojarle de lo que era suyo y había adquirido con su poder y astucia”. Se azoró la sierva de Dios con la resistencia del bravo y rugiente león. Se irritó tanto con su atrevida respuesta, que implorando el divino auxilio y la misericordia infinita, no dudó de venir a las manos con el rebelde espíritu. Y así, esforzada con una superior y soberana virtud, se arrojó a él, valiente y alentada, con ánimo de batallar cuerpo a cuerpo con el soberbio Dragón, como otra casta y valerosa Judith con el fanfarrón de Holofernes y como el santo rey David

con el agigantado filisteo.<sup>86</sup> Y llevada de este impulso, le pareció se abrazaba su alma auxiliada y poseída del poder de Dios con el altivo príncipe de las tinieblas, y que entre sus brazos la estrujaba, despedazaba y precipitaba al infierno, sin entender ni poder explicar el modo de la sangrienta lucha en que se reconoció victoriosa y triunfante, ni dar razón de los movimientos y operaciones prodigiosas que experimentaba su tan alentado como elevado espíritu, informado de la divina gracia y asistido de la Omnipotencia. Aunque por los efectos que reconocía y refería, podemos y debemos discurrir y aun calificar la eficacia de sus oraciones, en que se ostentaba el divino poder vencedor de las infernales huestes, que envidiosos hacían sangrienta y porfiada guerra a esta escogida y privilegiada creatura. Pues ella misma reconocida y agradecida a su dios, nos aseguraba que desde el día de la insinuada batalla, en varios y repetidos vuelos de espíritu en que volvió a visitar y reconocer la insinuada habitación, experimentó siempre que con sólo su presencia y vista se ahuyentaban despavoridos y como despechados los obstinados espíritus, en testimonio de que no podían resistir a la Omnipotencia, a cuya protección vivía en el mundo esta invencible virgen.

[227] No entienda el piadoso lector, por poco leído en las sagradas letras o por menos experto en los caminos y ocultas sendas del espíritu, que el alma de Catarina se apartase del cuerpo para batallar con las bestias fieras, ni que se valiese de sus corpóreos y materiales brazos para forcejear y probar las fuerzas de su valor con los agigantados y malos ángeles; porque las almas contemplativas obran y sustentan éstos y semejantes combates en idea, valiéndose —aun cuando sus cuerpos están inmóviles e impedidos— de sus propias facultades como si real y verdaderamente les ayudaran sus materiales y corpóreos miembros. Buen ejemplo de estas espirituales peleas tenemos en la larga y reñida lucha de Jacob con el espíritu, su combatiente; cuando viniendo a las manos los dos, mostraron ser igualmente valientes, pues en muchas horas de batallar no fue posible el uno al otro rendirse. Por eso el ángel —como lo atestigua el sagrado texto— pidió a Jacob que le soltase los brazos, que eran lazos con que se confesaba preso; y Jacob rogó al ángel que le echase antes su bendición. Con ruegos de entrambos se acabó la porfiada guerra, porque no pareciese su dichoso fin desmayo en alguno de los combatientes que peleaban con igualdad. Se dieron finalmente mano de amigos, y se estableció entre los dos una perpetua y gloriosa paz por

---

<sup>86</sup> Se refiere a Goliat.

efecto y término de la espiritual y misteriosa lucha. Éstas o semejantes batallas se experimentan aun en los dormidos naturalmente, y mucho más si les asiste alguna otra oculta y superior virtud. Porque cuando el cuerpo está sepultado en la suave dulzura del sueño y la noche da treguas a todas las operaciones del día, no cesa de obrar el alma; ella medita, razona, habla, negocia, pelea y vence sin apartarse del cuerpo, se va volando por tierras y mares para buscar a un amigo con quien consolarse o a un enemigo con quien esgrimir esforzada sus armas. Ella se regocija, se apesara, se empeña en negocios y empresas arduas, y no pudiendo usar de los miembros de su cuerpo se vale de sus propias potencias para conseguir sus deseos, y en el campo de su idea lo obra todo como si realmente pasara o como si el mismo cuerpo le ayudara.

[228] Téngase a la vista esta advertencia, para los muchos vuelos de espíritu que del alma de Catarina se leerán en la historia, y para inteligencia de innumerables luchas que sustentó con Dios y sus ángeles; interesando siempre sus celestes bendiciones y otras tantas batallas con los infernales espíritus, logrando y asegurando sus vencimientos en el abatimiento de los soberbios monstruos, que no cesaban de maldecirla por desahogar el rabioso furor con que aborrecían a la que era ruina de sus imperios y aniquiladora de sus poderíos y potestades. Dormida y despierta conversaba, amaba y se abrazaba estrechamente Catarina con Dios, y armada con el divino poder batallaba con todo el infierno y lo rendía y avasallaba dormida. Porque entonces decía de sí lo que la otra alma santa: “El sueño temporal no me impide la comunicación con mi querido; pues cuando duermo, mi corazón vela. Veo, oigo, hablo. Padece el cuerpo y me regalo con la divina presencia, que me comunica sus fragancias, dulzuras y más ocultos secretos”. [Apostilla: Cantares 5] Estos sueños prodigiosos de la sierva de Dios observaban sus confesores, cuando reconocían en ellos mucho de extraordinario y no poco de divino; ajeno totalmente de los sueños supersticiosos y comunes, y muy parecido a los sueños en que suele Dios hablar a sus siervos; como a los reyes magos; a san José, esposo de la Virgen, nuestra señora; y al otro José, gobernador de Egipto. He querido declarar esto con distinción a imitación de otros autores, porque se reconozcan, desde luego, las maravillosas operaciones de esta escogida y privilegiada virgen, no sólo cuando dormida sino también cuando despierta, en sus repetidos arrobamientos y éxtasis. Porque la parte superior del alma subía muchas veces a tanta alteza de contemplación, que se ardía y abrasaba en el amor de Dios y del prójimo, a quienes amaba y por quienes padecía y deseaba más y más padecer, experimentando

en soberanas abstracciones, por participación, los atributos de aquel divino señor que la poseía y comunicaba magnanimidad y fortaleza para ejecutar todo lo conveniente a la mayor honra y gloria de Dios y bien del universo, sin que la retardasen dificultades ni la atemorizasen trabajos, ni la distrajesen conveniencias propias. Porque su confianza, su celo, su caridad y todas las demás virtudes, se ostentaban en muy alto grado de perfección y hacían su oración poderosa, para alcanzar del Altísimo todo lo que pedía y para quitar al infierno todo lo que él apetecía con sed insaciable.

[229] Pidió con instancia y muchas veces a Catarina uno de sus principales confesores —de quien tengo hecha mención en esta historia y es hoy actual provincial de esta nuestra provincia de México—, que rogase a Dios por cierta persona llena de deseos de perfección, y que con repetidas caídas mostraba no dar paso en la virtud por no desasirse de un vicio con que la tenía aprisionada el infierno. Notó y ponderó el dicho confesor esta omisión, obstinación o resistencia en su recomendada penitente, a los divinos auxilios que suponía eficaces su ardiente celo y experimentada ciencia y prudencia en las oraciones de la sierva de Dios. Y temeroso de alguna fatal, extrema y eterna desgracia, dijo a Catarina: “¿Cuántas veces te he encomendado o mandado que pidas al Señor el remedio de un alma que vive muy arriesgada en el mundo? Porque según los efectos que veo, o tú te olvidas o el Señor no da oído a tus gemidos y clamores”. Al pronunciar estas palabras, reparó el ya insinuado confesor que la esclarecida virgen, arrebatada de un lastimoso afecto de compasión y de un encendido celo de caridad, se había suspendido en su presencia por un poco de tiempo; en el cual, por la serenidad y gravedad del rostro y honesta compostura del cuerpo, la consideró levantada en una alta contemplación y arrobada en un soberano éxtasis. Y cuando le pareció que iba volviendo en sí, advirtió en su brazo y mano derecha un movimiento presto y violento, como quien arrojaba de sí una brasa o animal ponzoñoso. Entró el experimentado maestro en cuidado y deseo de penetrar y comprender el misterio de este repentino arrobamiento. Y así, luego que la reconoció en sí y capaz de responderle, le preguntó: “¿Qué le había sucedido?”. Y la inocente virgen respondió: “No sé si acertaré a decirlo, padre de mi alma, porque soy tan bestia que no entiendo lo que me sucede, ni puedo explicar lo que entiendo; pero tú eres docto y lo entenderás. Al oír tu voz, levanté el corazón a Dios implorando su infinita misericordia y me hallé en la divina presencia. Y juntamente se me representó esa persona —por quien me mandas que ruegue— aprisionada con las garras de un cruel y furioso león; y compadeciéndome de la creatura

afligida e irritándome con la crueldad de la encarnizada y fiera bestia, me pareció que mi espíritu se abalanzaba al Demonio, y estrellándole contra el suelo o contra la pared, le arrojaba muy lejos de mí y del alma a quien tenía cautiva y aprisionada”. El efecto de esta espiritual lucha que notó y tocó con las manos nuestro padre provincial, fue el ver que la dicha persona se halló desde aquella hora libre del vicio que la poseía y corrió con mucha facilidad por el camino de la perfección, ejercitando muchas y muy substanciales virtudes; de manera que en breve tiempo vio coronada su santa vida con una dichosa muerte.

[230] En un solemne recibimiento que hizo esta ciudad a un personaje que venía de lejos, se halló la sierva de Dios en espíritu entre el numeroso concurso, y vio algunos demonios que alegres y festivos andaban entremetiéndose y confundiéndose con el noble y grave gentío. Temió Catarina causasen algún grave daño, y cuidadosa clamó al Señor por el bien de sus creaturas, y se adelantó su espíritu a todos los del acompañamiento con ánimo de registrar la casa donde estaba prevenido el hospedaje. Y vio otros tantos demonios que estaban en la puerta aguardando a los recién venidos. Les preguntó la sierva de Dios: “Que qué hacían allí y cuál era su depravado intento”. Respondieron: “Que estaban esperando a los huéspedes para recibirlos y vivir de asiento en su compañía”. Les mandó la caritativa virgen: “Salir de allí en nombre del Señor y que no volviesen a entrar en aquella casa, ni aun a pisar los umbrales de la puerta”. Salieron todos rabiosos, menos uno —que por su forma entendió Catarina ser el espíritu de la concupiscencia—. Éste se retiró escalera arriba, y siguiéndole vencedora, se le desapareció en el superior escalón; y aunque se le ofreció buscarle como a ladrón retraído, indigno del resguardo de lo sagrado, la detuvo el cuidado de impedir la entrada a los demás que venían escondidos o disimulados en la confusión del ostentativo recibimiento, a que asistió en la puerta, cerrándosela a todos los príncipes del infierno sin permitir entrada a alguna de las infernales potestades. Pero acabado este grande y debido festejo, quedó la sierva de Dios temerosa y cuidadosa del daño que podía hacer el espíritu de lascivia que se le había desaparecido y escondido. Escogió por objeto de su continua oración la ruina de este tan valiente como traidor enemigo. Y siempre que en la oración batallaba con el divino poder para que le desterrase a su tenebroso centro —lugar propio y destinado para él y sus secuaces desde el principio del mundo—, se le representaba y mostraba en la dicha casa, soberbio y arrogante, haciendo de señor y absoluto dueño de las personas que la habitaban. Se afligía la sierva de Dios con esta visión;

porque aunque arrebatada del divino poder y del celo de su encendida caridad en repetidos vuelos de espíritu, le ahuyentaba y confundía su obstinada rebeldía. Volvía a ver su pertinaz asistencia en el lugar donde se le representaba encastillado, y reconociendo sus pocas fuerzas y las muchas con que se resistía el enemigo, se acogió quejosa a la Omnipotencia, diciendo a Dios: “Que cómo y por qué permitía que se resistiese un enemigo declarado contra su ley, sus creaturas y su divino poder”. Respondió el Señor a las voces de su querida esposa: “¿Qué esperas que suceda, cuando le convidan, llaman y acarician los que viven dentro? Déjalos, que ellos quieren y buscan su mal, y experimentarán su debido castigo”. Dio este demonio y la persona que al parecer le daba entrada en su corazón, mucho en qué entender y decir dentro y fuera de casa, de que se lastimaba no poco Catarina. Pero ya que no pudo apartar con su oración al infernal espíritu del que tenía con él estrecha amistad, consiguió de la infinita misericordia que él y su diablo saliesen de la casa donde vivían y dejasen en unión de pureza y caridad a los demás.

[231] La primera dominica de adviento del año pasado de mil seiscientos y ochenta, al comenzar el predicador su sermón en nuestra iglesia del colegio del Espíritu Santo, levantó Catarina el corazón a Dios y pidió a su Majestad se dignase concurrir con el talentoso espíritu de su ministro, para que se lograsen en el grave y numeroso auditorio sus exhortaciones, afianzadas en prudentes y evangélicas doctrinas. Y la respuesta a su eficaz y piadosa oración y petición fue el ver con sobrenatural luz, un demonio con calva y cuernos, cara larga, muy fea y abominable, y todo él vestido de conchas o escamas asquerosas, que estaba en medio del estrado de unas damas que componían con otras muchas parte del noble y cristiano concurso. Le llevó la atención la monstruosidad del dragón, y advirtió que festivo y vanaglorioso se regalaba con una de las más bizarras o profanas mujeres que formaban el grave teatro, agasajándola, acariciándola y aplicando la cabeza y rostro de esta infeliz alma a su insaciable vientre, con tanta estrechez y fuerza, que le parecía a la sierva de Dios estaba ya dentro del infernal monstruo la cabeza con todos los perendengues<sup>87</sup> y lazos de su artificioso tocado. Admiró a Catarina la fealdad y fiereza con que se le representó la bestia fiera; y creyó que si todo el noble y cristiano gentío viera la monstruosidad abominable de aquel demonio, bastara para que todos aborrecieran su

---

<sup>87</sup> Aretes y otros adornos femeninos de poco valor.

amistad y temieran sujetarse a su poder y bárbaro dominio. Le preguntó: “Que cómo se atrevía a estar entre los cristianos, profanando con sus diabluras el templo de su dios y señor”. Respondió con altivez y descaro el altivo príncipe de las tinieblas: “Porque tengo ya por mía el alma de esta creatura, y como cosa propia puedo agasajarla y regalarme con ella en todo tiempo y lugar, esperando su muerte para tragármela toda entera”. Dijo la sierva de Dios: “No harás tal, bestia infernal; que esa alma es comprada y redimida con la preciosa sangre del Señor. Y advierte que si me enojo, he de hacer que el divino poder te haga visible a todo este grande auditorio, para que conociendo a vista de ojos abominación y fiereza, huya de ti y te confunda a maldiciones y aborrecimiento”. Abatió su soberbia el demonio y dijo: “Déjame, que yo no te busco a ti ni quiero batallar contigo, pero sí con todas las demás creaturas”. Replicó Catarina: “Ya manifiestas tu cobardía y poco poder para resistir a la Omnipotencia. Mas es bien que conozcas que no dejo de hacer lo que te he dicho, y a lo que me veo impelida por tu solapada sumisión y fementido ruego, sino por evitar el disfame de la creatura y por el recelo de que mueran de espanto los que vieren tu monstruosa fealdad. Pero ya que reprimo estos impulsos, te mande Dios salir luego del templo con todos tus secuaces, porque no impidáis a los fieles el que oigan y se muevan con las voces y doctrina del predicador”. Salieron luego los demonios de la iglesia en un aéreo y violento remolino. Y notó Catarina, que la noble señora en el discurso del sermón dejó caer el manto sobre el rostro para disimular las lágrimas con que se desahogaba su corazón contrito y herido de la gracia eficaz del Señor, comunicada por la intercesión de su sierva y por medio de las voces de su ministro, a quien pertenece el clamar y dar gritos pero no el convertir. Por eso el Bautista se llamó “voz que clamaba en el desierto y no voz que convertía”; [Apostilla: Lucas 3] porque lo primero era lo que él podía hacer y lo que Dios le mandaba —como a otro Isaías—, [Apostilla: Isaías 53] lo demás quedaba reservado a la Omnipotencia, a quien se deben con especialidad atribuir todas nuestras conversiones.

### *3. De otro triunfo que consiguió contra el infierno en favor de las religiosas, con que se confirma el poder que tenía la sierva de Dios sobre las infernales potestades*

[232] En otra ocasión, arrebatada del Espíritu Santo —según parece—, se halló Catarina en un suntuoso templo, y vio en medio de la capilla mayor a una mujer disfrazada con hábito de religiosa, vistosamente aderezada con



listones, encarrujados y otros lucidos adornos; y que estaba divertida y regalándose cariñosa con un feezuelo monillo que tenía en su regazo, de donde se abalanzaba atrevido muchas veces al rostro de la aparente religiosa, manchándose y aun consumiéndose como lo notó y advirtió la sierva de Dios. No se asusten con esta visión las esposas de Jesucristo, que no pertenecía esta mujer a alguno de los sagrados conventos de esta muy noble ciudad, ni de los otros de todo el reino; porque era una mujer pintada, aparente y fantástica, y toda cuanta gala y lucimiento sobre sí traía era fingido y nada verdadero, aunque muy doctrinal y misterioso. Así como la otra vana hermosura y profana belleza que vio el evangelista san Juan en el desierto, ricamente compuesta y bizarramente lucida. Le causó tal admiración lo que veía a nuestra recomendada Catarina, que se obligó a rogar al Señor por el objeto simbolizado de aquella mujer imaginaria, hecha y como formada del aire. A los ruegos e instancias de su querida esposa, respondió Cristo dejándosele ver con un rostro severo y enojado por el demasiado e impertinente aliño de aquella dama fantástica. Se afligió Catarina en extremo de ver a la suprema majestad airada con la que tenía apariencias de su esposa. Y compadecida de la creatura, empezó a clamar por el bien del alma que se le representaba y no conocía. A los clamores de la sierva de Dios y a la eficacia de sus oraciones, correspondió la benignidad de la inmensa bondad del Todopoderoso, mostrando a Catarina cómo la insinuada mujer pintada en la imaginación, mirándose hacia adentro, se corría y avergonzaba de la compostura exterior con que se desacreditaba la honestidad de un estado tan sagrado y provocaba a vómito de ira al mismo Dios. Vio también que el diablo mono se retiró de la persona que le acariciaba, y algo apartado de ella la agasajaba cariñoso y pretendía con sus engañosas monerías la continuación de su amistad; mostrándose furioso de verse amarrado e impedido de conseguir las ardientes ansias que declaraba con amagos e impulsos de arrojarse otra vez al regazo de su regalo. Mientras el infernal espíritu combatía con rebeldía y pertinacia a la dicha mujer, perseveraba constante en su oración nuestra Catarina, y no cesó hasta que la Omnipotencia obligada de las lágrimas y fervorosa oración de su sierva, mandó al Demonio que se sepultase en su horroroso abismo.

[233] Con esta caída de Satanás, quedó victoriosa la infinita misericordia de Dios y acreditado el grande poder que tenían para con la suprema majestad las peticiones y clamores de esta bendita virgen; y juntamente se levantó su alado espíritu a rendir las debidas gracias a la misericordiosa omnipotencia del Altísimo, proponiendo ante la divina presencia en este

día —que fue el veinte y cuatro o veinte y cinco de octubre del año pasado de mil seiscientos setenta y nueve— fuese una de sus ordinarias y más frecuentes oraciones el rogar y pedir por las esposas consagradas a Cristo. Y mostró el Señor cuán agradables le eran sus ruegos y con especialidad esta petición, manifestándole cómo subían al cielo sus oraciones en forma de apiñados hilos de un refulgente y finísimo oro, y que eran recibidos con aplausos y aclamaciones festivas del hermosísimo coro de las vírgenes celestiales, que se los volvían tejidos o transformados en muy preciosas y vistosas telas, que se iban dividiendo y curiosamente plegando en varias piezas a su vista dentro de la misma capilla mayor donde oraba, para que cortase vestidos de virtud y galas de perfección a todas las vírgenes y escogidas esposas del Señor por quienes pedía. A esta visión le siguieron otras muy repetidas y no menos misteriosas con que le regalaba su divino amante; manifestándole la perfección y singular hermosura de sus enclaustradas y escogidísimas vírgenes, y que se recreaba en el deleitoso jardín de sus virtudes como entre cándidas azucenas y otras púrpuras y fragantes rosas. Una de ellas fue la que tuvo pocos días después de la ya insinuada visión, en que se le representó, acabando de comulgar por el sagrado estado de las religiosas, un bastidor cuajado o bordado de hermosísimas, varias y apiñadas flores; tan grande, que llenando todo el ancho del presbiterio de nuestro colegio del Espíritu Santo, se extendía y dilataba desde el sagrario hasta el cuerpo de la iglesia, donde estaba interiormente recogida y elevada nuestra Catarina; quien descubrió en los dos lados del bastidor con la luz superior que la abstraía, por la parte superior, dos hermosísimos rostros. El uno, entendió ser el de la gloriosa e ilustrísima virgen santa Catalina de Siena; el otro, no conoció ni distinguió bien, pero le dieron inteligencia de que estos dos celestes personajes le mostraban en el florido y vistoso lienzo, un rico y precioso retablo de almas escogidas que habían de ilustrar con los resplandores de su perfección a la militante Iglesia, y subir triunfantes a coronarse en la imperial basílica de la gloria donde las esperaba el divino esposo, por la eficacia de las oraciones de esta bendita virgen.

[234] Para mayor prueba de esta verdad, quiso Dios que en este mismo tiempo experimentase esta muy ilustre ciudad de Puebla de los Ángeles un ejemplo de edificación, que lo puede ser y será en toda la cristiandad, por la virtud y cuidado de mayor perfección que reina en las sagradas vírgenes que enclaustradas en sus conventos o relicarios, la ilustran y defienden con su conocida virtud y santidad. Estas señoras pues, con una tan voluntaria como noble y santa resolución, se determinaron a reformarse en el hábito

exterior y muy honesto que vestían, ajustándole al que usaron las santas y santos, sus fundadores, o estrechándole más, porque más se conformase con lo interior y fervoroso de sus espíritus, que anhelaban ansiosos a acercarse y unirse más con su divino esposo desnudo y crucificado. Que es lo que pedía el señor a la otra alma santa, cuando llamándola hermosa, bella y agraciada, le dijo: “Levántate. Apresura el paso, camina y ven a coronarte”. [Apostilla: Cantares 2<sup>88</sup>] Porque como notó san Bernardo sobre este lugar, el caminar se entiende por crecer en el camino de la perfección; y cuanto más se camina, más se embellece y alinea un alma; así como las mujeres del mundo se hermocean con los afeites, galas y joyas preciosas con que se adornan. Hermosas, bellas y agraciadas eran a los ojos del divino esposo las perfectas religiosas de quienes voy hablando, y con todo eso las inspiró y movió el Señor, por las oraciones y lágrimas de su sierva Catarina, que caminasen y aspirasen a mayor perfección; porque mientras se vive en esta mortal vida; mientras la joya del espíritu está engastada en este anillo de tierra; siempre se hallarán gradas y grados de virtudes qué subir, afectos qué corregir, desórdenes qué componer y pasiones qué enmendar.

[235] Noten esta doctrina y aprovéchense de estos ejemplares todas las demás esposas de Jesucristo —no hablo con las enclaustradas, que no tienen necesidad de esta advertencia; sino con las que viven en el mundo, con el nombre y traje de recogidas—, y no les parezca este aviso niñería y que no está en esto la verdadera virtud; pues como se dice comúnmente: “No hace el hábito al monje”. Porque si se mira según verdad, conduce y se compone la santidad de lo interior y exterior; y las obras exteriores pertenecen a la templanza, humildad, modestia y castidad, de que hizo Dios mucho caso cuando alabó al Bautista: “De que su vestido era de lana muy basta de camellos, que comía langostas y bebía solamente agua”; [Apostilla: Mateo 2<sup>89</sup>] no pretendo quitar lo que cada uno debe tener en su estado, pero es digno de ponderación y nota el ver que los que profesan recogimiento y oración y consideran en la pasión de Jesucristo, se empleen en curiosidades y pulideces terrenas que no se conforman con el espíritu de Dios, y se pueden y aun deben aplicarse a espíritu de profanidad o a locura instigada de los infernales y soberbios monstruos. Me persuado que cuando un alma tenida por espiritual comienza a pulir su persona, sea en lo que fuere, desde

---

88 La frase “ven a coronarte” no aparece en la Biblia.

89 La referencia correcta es Mateo 3.

el chapín<sup>90</sup> hasta la toca,<sup>91</sup> y en todo lo demás que toca al tratamiento de su cuerpo, es señal que no ha comenzado a ser sierva de Dios o que va dejando de serlo. Porque fuera de que estas curiosidades distraen y corrompen el corazón, lo aniñan y divierten de cosas graves y santas; son también argumento de falta de mortificación y de una solapada y aun descubierta vanidad.

#### *4. Del poder que tenía la sierva de Dios en el mar contra los demonios, defendiendo las reales flotas*

[236] Aunque en toda la historia, y con especialidad en los capítulos siguientes, se hallarán muchos casos maravillosos que manifiestan la gran cabida y valimiento que tuvo con Dios esta esclarecida virgen en defensa de la monarquía de España; referiré aquí uno u otro de los que han pasado por mi mano y experimentado su verdad, con el hecho muy conforme a lo que le oía, en prueba del grande poder que tenía en los mares contra los infernales monstruos. El año de mil seiscientos y setenta y ocho, por el mes de agosto, fue arrebatado su alado espíritu al líquido y salobre elemento, donde vio muchos navíos y sus lanchas sobre las procelosas olas. Y refiriéndome lo que había visto, añadió: “Mucho me recelo de alguna desgracia en el mar. Roguemos al Señor por sus creaturas”. Se esperaba aquel año flota y se hacía por este tiempo en la aguada<sup>92</sup> de Puerto Rico. Y así le dije: “Pidiese a Dios con eficacia por los navíos de España que se esperaban”. Lo hizo muchos días desde su cama, donde la derribaron los demonios a fuerza de tormentos y martirios como acostumbraban, rabiosos y enfurecidos siempre que la veían empeñada a pedir y alcanzar del Señor alguna merced para sus creaturas. Estando pues un día descuidada y aun olvidada de los navegantes, por la obscuridad en que se hallaba su alma y por las prisiones de dolores y amargas que rendían con desfallecimientos el cuerpo; se le apareció la emperatriz de los cielos y le dijo: “¿Cómo? ¿No ruegas por la flota?” Y sin esperar respuesta, prosiguió la soberana princesa del empíreo, diciendo: “Vamos a socorrerla”. Con esta sola voz se halló el espíritu de Catarina acompañando a la reina de los ángeles en el mar alterado y enfurecido con las agudas espuelas de un furioso huracán, que le obligaba a desahogar su turbación con horribles bramidos y tormentosas espumas. En

---

90 Calzado femenino hecho de corcho y cordobán.

91 Lienzo con el que se cubrían la cabeza monjas y viudas.

92 Es el lugar donde se encuentra agua potable para abastecerse.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

esta tempestad desecha, vio la sierva de Dios muchos navíos que huían los unos de los otros; éstos, que se levantaban arrebatada y coléricamente hasta parecer a sus ojos que pretendían asegurarse en el cielo; los otros, que se precipitaban como despechados al profundo de aquella húmeda e insensible feroz bestia, volviendo a levantarse y encumbrarse atosigados con lo más tenue del polvo y menudo de las arenas, temerosos de encontrarse y estrellarse violentos para su infeliz y última fatalidad. Se compadeció la sierva de Dios a vista de la aflicción y manifiesto peligro de los navegantes, y clamando a la misericordiosa Omnipotencia, reconoció con luz del cielo muchos demonios, que apoderados de los dos elementos, aire y agua, causaban la borrascosa tormenta; pero entre todos los infernales espíritus le llevó la atención un diablo agigantado, que haciendo su presumida soberbia peana<sup>93</sup> del árbol mayor de la capitana, mostraba vana ostentación de ser autor de la tempestad y desgracia que esperaba su maliciosa intención. Rogó la caritativa virgen a la princesa de los cielos: “Que arrojase a este príncipe de las tinieblas a su centro”. Y le respondió: “Que le precipitase ella, pues le había dado poder su santísimo hijo contra las infernales potestades”. Con estas voces de la reina y señora de todo lo creado, se halló como impelida de su obediencia la sierva de Dios a luchar con el altivo monstruo, e implorando el divino poder y la fortaleza de la fe se abalanzó a él con espíritu tan valiente, que le parecía tenerle aprensado entre sus brazos y que le arrojaba a lo profundo, no sólo del mar sino del horroroso abismo, donde le vio caer con la espiritual y aun sobrenatural vista que la ilustra; donde caerían todos sus secuaces, que le ayudaban a irritar y embravecer los vientos y olas del mar, porque uno y otro elemento se fue refrenando, deteniendo y amansando. Y Catarina se retiró a su casa, cama y potro de tormentos, con un ansioso deseo de que se volviesen a juntar los navíos que andaban descaaminados entre escollos y manifiestos peligros de perderse, y de que entrasen todos salvos y sin averías en el puerto.

[237] Este cuidado y piadoso afecto de su encendida caridad le obligó a mandar decir dos misas a santa Úrsula y sus santas compañeras en el martirio. Y luego que dio la limosna a un sacerdote para que las dijese, vio desde su pobre albergue muchas santas en el mar, que acompañaban a una señora cuya especial hermosura y majestad le hizo creer era la reina de las vírgenes, y que esta soberana princesa con los brazos abiertos y tendido el

---

<sup>93</sup> Basamento sobre el que puede colocarse alguna figura.

manto, andaba cuidadosa recogiendo las naves y poniendo en camino a los navegantes. Con esta visión, quedó asegurada de que entrarían con felicidad en el puerto; como sucedió cuando menos se esperaba, por los muchos tormentos temporales que se repitieron y aún continuaron por aquel tiempo en la hinchada bestia del seno mexicano,<sup>94</sup> que tantas naves se ha sorbido y tantos hombres se ha tragado. Llegaron finalmente a salvamento y entraron en el puerto de la Nueva Veracruz todos los navíos, desde el día de santa Teresa hasta el veinte y cuatro del mismo mes de octubre. Y mientras todos se alegraban festivos con la nueva del buen suceso, estaba la sierva de Dios padeciendo innumerables martirios por el bien común, en que parece que conmutó Dios el daño público que amenazaba en tan conocido riesgo. De que se deben rendir las gracias al Todopoderoso y a su santísima madre que refrenó los vientos, sosegó las olas, apaciguó el mar y libró a los navegantes; a imitación del sagrado maestro, que por librar a sus discípulos en el peligro de una furiosa y desecha tempestad, ostentando su inmenso poder refrenó y sosegó el mar con su imperiosa voz [Apostilla: Mateo 8] y con el contacto de sus divinas plantas. [Apostilla: Mateo 14] Este beneficio común permitió o quiso el Señor que se divulgase, o por lo menos su profecía; porque oyendo decir Catarina a su casero, el capitán don Hipólito del Castillo y Altra, ocho días antes de santa Teresa: “Que ya no se esperaba flota”, le respondió la sierva de Dios sin advertir lo que se decía: “De aquí a ocho días vendrá y vuestra merced lo verá”. Y esto verificado fue asunto de misterios y materia de corrillos,<sup>95</sup> con grande pena y sentimiento de esta humilde virgen que lloró y se lamentó quejosa en presencia del Señor, de que le abría la boca para pronunciar cosas por donde no quería ser conocida.

[238] Recogidos ya todos los navíos de la flota y asegurados en el puerto, dijo la sierva de Dios a su confesor: “Que sería muy feliz su vuelta a España, si escogiesen por patrona de su viaje a Nuestra Señora de la Soledad”. Y como yo era entonces su confesor, y estaba asegurado y cierto de lo infalible de sus profecías —en cuanto esta certeza y seguridad se compadece y no sale de los términos de la fe humana, que es la que piden y pueden pretender los escritores de semejantes obras—, rogué al señor general don Sancho Fernández de Angulo y Sandoval —de quien tengo hecha mención en esta historia y será forzoso repetirla en los capítulos siguientes— que

---

94 Se refiere a lo que hoy llamamos Golfo de México.

95 Grupo que se reúne al disimulo para contar chismes.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

previniese al general de la armada con la dicha noticia, sin que el uno ni el otro entendiesen de dónde me vino esta noticia. Salió del puerto la flota, incorporándose con ella los dos navíos de azogues que estaban detenidos en la Veracruz, por el mes de julio de setenta y nueve; y luego que se hicieron a la vela, se halló la sierva de Dios convoyándolos llena de fe y confianza en el poder del Señor. Y a once del mismo mes, entre los continuos clamores con que su caridad hería el inmenso seno de la infinita misericordia, reconoció una como tranquilidad y segura bonanza en el mar, y casi al mismo tiempo vio bajar del cielo dos ángeles ricamente vestidos, y que parándose delante de la capitana con dos bastones que traían en las manos atravesados en cruz, le detuvieron diciendo en alta voz: “Detente, que te importa” Pasado el tiempo de la detención, advirtió la sierva de Dios que los dos paraninfos celestes levantaron la cabeza como quienes registraban las aguas del mar, y que hallándole seguro, pronunciaron estas voces: “Anda y prosigue tu camino que ya es hora”; y luego vio que los navíos prosiguieron su viaje y que los ángeles se volvieron a su empíreo, y ella se halló en su pobre lecho atravesada de agudos cuchillos de dolor que la obligaron a llamar confesor. Y dándome cuenta de su tribulación, añadió: “Esta detención o calma, entendí era porque no se encontrase con enemigos la flota”. Esperé con este aviso noticias de mar en fuera y entonces se escribió de la Habana: “Que había llegado a aquel puerto la flota a veinte y ocho de julio, y salido en prosecución de su viaje a siete de agosto; y que tres días después llegó al mismo puerto el conde de Trens, descubriéndose con ocho navíos de armada y preguntando por la flota con tales circunstancias que se entendió la había estado esperando sin ser visto de tierra”. Pero Dios que penetra los corazones lo hizo mejor, frustrando su torcida intención, y ocultando a sus ojos nuestros navíos los llevó a España con tanta felicidad, que escribió el general o almirante de la real flota a la persona que le había encargado se escudase en su viaje con el patrocinio de Nuestra Señora de la Soledad: “Que no se había visto navegación más feliz”. No es ponderable lo mucho que deben las reales flotas a las oraciones de esta esclarecida virgen. Pide esta materia capítulos más dilatados y dignos de escribirse y ponderarse. Porque esta visión la he puesto en este lugar solamente por la conexión que tiene con el caso antecedente, que puse en prueba del gran poder que dio el Altísimo a Catarina contra las potestades infernales.



## CAPÍTULO 17

### DEL VALOR DE SUS ORACIONES PARA LA EXTENSIÓN Y LA DEFENSA DE LA CRISTIANDAD Y MONARQUÍA CATÓLICA

*1. De algunas visiones particulares con que manifestó Dios lo que valía la intercesión de esta su sierva, para la conservación y extensión de la monarquía de España, y especial cuidado que tenía su divina majestad con nuestros reyes y señores*

[239] Omíto con cuidadosa reflexión de mi corto entender, muchas misteriosas visiones y luces extraordinarias que tuvo esta esclarecida virgen, por pedirlo así la oportunidad de los tiempos y ser muchas; pues como afirman algunos de los confesores y otros de los que le comunicaron, le manifestaba Dios repetidas veces toda la variedad del mundo, como si todo él estuviera dentro de la esfera de su vista; asistiendo a las elecciones de los pontífices, obispos, virreyes y gobernadores, y a sus gobiernos, disposiciones y muertes. Se hacía presente a las batallas y motines de todas las cuatro partes del mundo y en sus reinos y ciudades particulares. Veía los naufragios de los navegantes, las idas y venidas de las flotas, los despachos de galeones, los incendios, las disensiones, las conversiones de los infieles, los martirios y persecuciones de la Iglesia y de los justos; favoreciendo a unos y asistiendo a todos, impidiendo desgracias, sosegando inquietudes, estableciendo paces y ejerciendo el oficio de bienhechora del universo. Veía también su variedad material con tanta claridad y distinción, que daba razón de los rostros y trajes de las gentes; de las varias formas y colores de los animales; daba las señas de cada tierra, de los montes, de las ciudades, de su situación con sus calles, plazas y casas; distinguiendo las antiguas de las nuevas, las pequeñas de las grandes y de lo que se estaba haciendo en cada una de ellas. Finalmente, le franqueaba Dios la noticia de los corazones, como lo noté ya en otro lugar; unas veces haciéndose ella presente a todas las cosas, otras sintiéndose llevar corriendo, o por mejor decir, volando su espíritu con las alas de la divina voluntad por todas las naciones del mundo; registrando sus tierras y habitantes, penetrando los cielos, surcando los mares, bajando al purgatorio y al infierno. Y con tanto ver y tanto mirar, ni se desvanecía la cabeza, ni se entibiaba el espíritu, ni apartaba los ojos del Todopoderoso a quien decía: “¡Ea, Señor! Acaba de privarme de esta luz; pues sabes que no deseo ver otra cosa que a ti. Tú sólo eres la flor del campo, el lirio entre las

espinas, la hermosura y bien del mundo. A ti Señor sólo quiero, a ti sólo amo. Y deseo que todos te amen, todos te busquen, alaben y glorifiquen”. Pero porque con las noticias generales de la admirable y prodigiosa luz que ilustraba y guiaba a esta escogidísima alma, no se hace tanto concepto como cuando se especifican e individúan los casos y las cosas particulares en que se experimentaba la eficacia de sus oraciones; pondré aquí algunas noticias en particular que manifiestan la especialísima providencia con que asistía y favorecía Dios a nuestros reyes y señores, y a todos sus reinos por la intercesión de esta esclarecida virgen.

[240] En tiempo de nuestro rey y señor don Felipe IV, *el Grande*, que Dios haya, muchos años antes de su muerte se halló en espíritu la sierva de Dios en la corte de Madrid y vio a la real majestad en forma de un águila grande, de grandes alas, llena de plumas de varios y vistosos colores. Vio también que detrás de ella estaban otras aves de rapiña, aunque pequeñas, que encubriéndose con la obscuridad como de una noche tenebrosa, recelándose con amagos de cobardía de ser vistas y sentidas de su coronada reina, la iban poco a poco desplumando y desnudando de la bizarría de sus plumas, que iban entre sí dividiendo sin piedad ni justicia. Se afligió la venerable Catarina tanto con lo que entendía debajo de esta simbólica o enigmática figura, que la obligó a clamar al Todopoderoso: “Librase a nuestro rey y señor del riesgo que le amenazaba, y que conservase en unión de verdadera lealtad a todos sus reinos y vasallos”. A este clamor y petición de la sierva de Dios parece que respondió el cielo, manifestándole cómo la noble y real águila volvió la cabeza con majestuosa gravedad hacia donde estaban las traidoras aves, y que asombrándolas primero con su vista, tomó después justa venganza de sus reales agravios cortando con su pico la cabeza a algunas de las más atrevidas, y que fiadas de las sombras de la obscuridad habían concurrido de más cerca o con más probada malicia a la intentada y alevosa desnudez de la real majestad. Notaron esta visión con mucha especialidad por singular y misteriosa las personas que comunicaron entonces a Catarina, y se entendió y verificó con las noticias que vinieron inmediatamente de España a estos reinos, de la lastimosa tragedia en que pararon las vidas de tres caballeros no tan leales como nobles. No pongo sus hechos porque no hacen al caso para mi asunto, y porque son tan notorios y públicos en la voz común del pueblo que ésta sola basta para que entienda el más rudo y corto entendimiento, la claridad y verdad con que la sierva de Dios explicaba los secretos que franqueaba a su ilustrado entender el cielo, y con aquellas mismas semejanzas de que usaron los profetas. Así

como Ezequiel para proponernos un grande monarca y su poderoso imperio, [Apostilla: padre Gaspar Sánchez. Sup. Ezequiel capítulo I7, número 3, et cornel<sup>96</sup>] pinta un águila grande en lo corpulento, en la grandeza de las alas, y en la muchedumbre y hermosa variedad de sus plumas. Ni desdice de la propiedad el que el águila, objeto de la visión, cortase la cabeza con su mismo pico a las traidoras aves que aspiraban a dividir entre sí la real corona. Semejante acción refiere Esdras en el libro cuarto, capítulo once<sup>97</sup> —que aunque no es canónico está al fin de la Biblia sagrada—, de otra imperial águila que tomó venganza de dos aguiluchos que se alearon ambiciosos para coronarse reyes. No porque los grandes monarcas castiguen con sangrientas manos sus propios agravios, sino porque en las deidades creadas lo mismo es decirlo que ejecutarse; con un hágase honran, favorecen y degüellan si sus brazos y ministros son fieles y obedientes. En esto se reconoce cuán limitadas son las potestades humanas y con cuánta cortedad se les comunica el atributo de la Omnipotencia, propio de la verdadera y única deidad que puede todo lo que quiere. Y como dice el santo rey David: “El decir de Dios es hacer”. [Apostilla: Salmo 14<sup>98</sup>] Ni depende de otro su absoluto poder, pues su misma palabra es el hacer de la obra, y su reino es tan celestial que se tiene por sí mismo y se sustenta sin necesidad de ministros, armas, tributos y soldados, como lo notó san Juan Crisóstomo citado de Hugo Cardenal: “Que quien se sustenta sobre ajenos hombros, bien claro muestra su flaqueza y debilidad”. [Apostilla: san Juan Crisóstomo en Hugo, capítulo 18 san Juan]

[241] Deseó la sierva de Dios mucho, ver a nuestro rey y monarca Carlos II en su infancia. Y aunque el mismo Señor todopoderoso que le comunicaba estos afectos, la llevaba repetidas veces a su corte y real palacio, no le cumplía el deseo porque con más ardientes ansias se lo pidiese y lo mereciese; porque algunas veces temerosa se acobardaba su espíritu y se retraía al sagrado del recogimiento interior, no sé si de la desatención de las guardias y descortesías de los criados de escalera abajo con los vasallos pobres, o de las sumisiones, venias y promesas vanas de los porteros, cuya llave es precisamente la del engaño, interés y codicia. Otras veces impelida del divino Espíritu se arrojaba esta esclarecida virgen a buscar otra puerta para ver y hablar en espíritu con su rey y señor; pero en vano, porque no

---

96 Gaspar Sánchez, exégeta y jesuita del siglo XVII.

97 Según Esdras, hubo problemas entre varios gobernantes, no sólo dos.

98 Esta frase no aparece en el salmo citado.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

hallaba otra entrada. ¡Oh! ¡Si los palacios de la tierra fueran como la ciudad y monarquía del cielo! Donde dice el evangelista san Juan que vio doce puertas y en cada puerta un ángel; [Apostilla: Apocalipsis 21] pues subiendo allá tantos despachos es justo haya muchas puertas por donde entren, y muchos ministros ángeles que faciliten y no se estanquen los memoriales de las necesidades humanas. A este propósito dijo un político consejero de un gran príncipe: “Has de observar en tu palacio (¡Oh, excelso príncipe!) lo que en los edificios de los divinos templos, que como se dedican para los comunes despachos, no sólo tienen una puerta sino muchas, por donde entren a pedir y negociar. ¡Mira (¡Oh, católico monarca!) al mismo Dios; que de ellos que en su tribunal piden, ruegan y suplican por los necesitados del mundo! Haz tú lo mismo y te harás más soberano y divino, siendo un glorioso remedo de Dios, una viva imagen de su soberana grandeza y de su imperiosa majestad”. No ignoraba Catarina la felicidad de nuestra belicosa e ínclita España, y cuán bien regida y concertada es toda su monarquía; pues con tanto vigilante, atento y bien intencionado ministro; con tanto pródigo y solícito consejero; siendo medalla del celestial gobierno, viene a ser modelo y ejemplar del régimen del orbe. Todo lo entendía en lo natural y lo penetraba todo con su espiritual y superior vista.

[242] Pero como la sierva de Dios no iba a pleitear, ni a pretender con méritos propios o ajenos, como no iba a ayudar a reinar en lo gustoso y apetecible a nuestra humana y flaca naturaleza, sino a cargar, cual fiel Cirenea, el grave peso del maquinoso gobierno; anhelaba a la cercanía de su señor para rendir humillada a sus plantas el vasallaje debido a su rey, y para atender a su voz y a los cuidados que como punzantes espinas podían lastimar las flores de su imperial corona. Entre estos cordiales afectos de leal vasalla, se halló arrebatado su espíritu en Madrid, al tiempo que estaba alborotada la corte y dividido en tan misteriosos corrillos de disensiones el real palacio, que se arrojó a entrar dentro, atropellando con las guardas de palacio y de la real persona de su majestad. Y se halló en un salón, donde se le representó un magnífico trono o majestuoso solio<sup>99</sup> de una imperiosa grandeza; pero tan cercado de muchas y desunidas cortinas, y éstas tan cerradas y dobladas, que apenas por una se pudiera ver algo, cuanto y más por tantas. Y deseosa de ver a su príncipe prorrumpió, hablando con Dios en estas palabras: “¿Para qué, Señor, tantas cortinas, para qué tantos velos?

---

<sup>99</sup> Trono.

¿Cómo ha de ver el rey la inquietud de su corte? ¿Cómo hemos de oír su suave e imperiosa voz?” A esta duda le respondió —según parece— el cielo, con mostrarle la caída repentina y como arrebatada de tres de las cortinas, y poco después vio que pusieron al lado del trono y a su vista un luto, con que entendió alguna desgraciada caída de los que más de cerca asistían al real y majestuoso solio, de donde resultaría la paz y concordia que pidió la sierva de Dios al Todopoderoso para la corte y vasallos de su querido monarca. Dejo a la consideración del piadoso lector la aplicación de las cortinas y su caída, pues estando tan fresca la memoria de los disturbios de Madrid es fácil su inteligencia; y digo solamente lo que entendí y explicó ella con individuación acerca del luto, que significaba la muerte de su alteza el señor don Juan de Austria, que sucedió poco después como se le había representado a la sierva de Dios; así como la exaltación del excelentísimo señor duque de Medinaceli a la dignidad de primer ministro, en la representación de una torre que estaba en medio de la corte y que era fuerte y muy alta, con grandes y muchas ventanas. Declaró Catarina el sujeto simbolizado en este torreón bien formado, pero no explicó la significación de su fortaleza, altura y ventanaje; quizás no tuvo otro misterio que el ser poco difícil su aplicación, acomodando lo empinado y fuerte de la torre a la grandeza personal y a lo eminente de la dignidad; y la capacidad y muchedumbre de las ventanas, a los ojos que debe tener un ministro del mayor monarca, que se reconoce en el orbe verdaderamente debe ser un gigante de cien brazos, de cien ojos. Quiero decir de cien entendimientos y de cien prudencias; y la más cristiana y acordada es la subordinación a su príncipe y señor, que es a quien con especialidad ilustra la infinita sapiencia y eterna sabiduría para la extensión de la fe y conservación de la católica monarquía. Tenga en hora buena el primer ministro ventanas abiertas para saber todo lo que pasa en el mundo, pero participe esas noticias con fidelidad y verdad, y sin cortinas de pintados colores que deslumbren la recta intención de su rey. Este es quien debe hacerse señor de todo por la noticia, para serlo por una justa potencia y una trascendente inteligencia.

[243] En catorce de mayo de mil seiscientos y ochenta, día en que se cantó la misa en acción de gracias en el colegio del Espíritu Santo por el casamiento de nuestro rey y señor Carlos II, que Dios guarde, con la señora doña María Luisa de Borbón, rogó y clamó la sierva de Dios por la deseada sucesión para el consuelo y felicidad de toda la monarquía. Y entre los fervorosos clamores con que hería y penetraba los senos de la misericordiosa Omnipotencia, se halló su elevado espíritu dentro del magnífico y real palacio

de Madrid; y habiéndole reconocido todo con su espiritual y penetrante vista, sin dejar el más mínimo interior retrete, se detuvo en la capilla real donde adoró a su dios sacramentado, y repitió con fe y confianza su petición. Y se le representó en una de las recámaras en un bien proporcionado salón, su rey y señor debajo de dosel, en un majestuoso trono asistido de dos gravísimas matronas con ropajes y coronas de reinas, desiguales sólo en la edad. Vio también un monstruo pez, cuya fealdad y fiereza le causaba horror y que no podía explicar, llamándole ya tiburón, ya caimán, ya monstruo marino; porque su forma era extraordinaria y abominable, y sus escamas con tales pintas y manchas que lo hacían horrible a la vista. Este dragón infernal o fantástico monstruo dio varias vueltas al real trono cual león rugiente, hasta que últimamente se recostó al lado de la reina que le pareció de menor edad y que la estaba como acechando la bestia fiera, para hacer mal al hijo que se deseaba saliese a luz. Y justamente se le representaba a la sierva de Dios en el seno materno un embrión imperfecto, que por falta de disposición no podía llegar a animarse, por más que la reina reinante con grandes ansias y lastimosos alaridos lo pretendía conseguir del cielo, como quien tenía en él colocadas las esperanzas de su gloriosa posteridad y real sucesión. Se afligió con esta misteriosa visión nuestra recomendada Catarina, recelando peligrase el hijo deseado en el materno seno, o que no se lograra el parto de la madre a las instancias del Demonio —cruel Falaris<sup>100</sup> de las almas, impío Nerón de los hombres— que desde el pavimento del real trono, de día y de noche no cesaba de presentar criminales querellas en el tribunal de Dios contra los reinos cristianos y sus católicos monarcas. En esta tribulación se acogió el espíritu de Catarina al sagrado de la real capilla, y volvió a clamar con más ardientes y fervorosas lágrimas en presencia del Señor sacramentado. Y salió de la divina presencia tan confiada de haber conseguido lo que pedía, que repitiendo el vuelo su espíritu al salón o recámara donde había dejado postrada a la infernal bestia, le dijo: “¿Qué puedes tú, bestíbulo, contra la casa de Austria, tan favorecida del altísimo sacramento? Su Majestad divina te quebrantará la cabeza y tú, avergonzado y corrido, te arrojarás a las lóbregas y obscuras mazmorras del abismo”. Como si le dijera —discurro yo—: “Bien puede ser que con tus astucias

---

100 Se refiere al tirano Falaris, conocido por su crueldad. A él se remite la leyenda del “toro de Falaris”, estatua de bronce utilizada como instrumento de tortura, en cuyo interior eran introducidas las víctimas. Dicha estatua se colocaba en una hoguera, aumentando su temperatura como una especie de horno. Los gritos de los ajusticiados salían por el hocico del toro, simulando que éste mugía.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

esterilices la casa de Borbón de sucesores que sean reyes, pero en la augustísima casa de Austria no tiene lugar tu agigantado poder, ni tu refinada malicia; porque está a la protección de un dios sacramentado que la ensalzó para sublimar con ella su Iglesia, aniquilando las discordias tan antiguas como sangrientas entre los emperadores Federicos y los sagrados pontífices; comenzando la paz en el emperador Rodolfo de Austria. Casa que después que ella reina, no sabe la Iglesia del Señor qué son cismas, ni los conoce. Casa que restituyó los sumos pontífices de Aviñón a su romano trono y mantiene su autoridad suprema. Casa que la levantó el divino poder para muralla de la cristiandad contra la potencia otomana, y se valió de Carlos V para refrenar, humillar y desmayar al turco; en la Austria y en el África para desbaratar al de Túnez. Casa que la fortaleció Dios para ser martillo de los herejes en Bohemia, Hungría, Alemania, Flandes y aun en Francia. Casa que la extendió Dios por toda la redondez de la tierra para dilatar por todo el universo su santa fe y evangelio. Casa finalmente escogida de Dios en la ley de gracia, como la de Abraham en la escrita, para llamarse Dios de Austria, Dios de Rodolfo, Dios de Leopoldo, Dios de los Felipes, y de los Carlos quintos y segundo; porque sepa el Demonio y el mundo que no han de prevalecer contra ella las unas ni las otras potestades”. Esto parece que fue lo que dijo la sierva de Dios al Demonio enemigo, con especialidad declarado contra esta augusta, catolicísima e incontrastable prosapia. Y si te pareciere, piadoso lector, que era digna esta visión de más profundas y extendidas glosas, compárala con lo que nos dejó escrito el evangelista san Juan en el capítulo doce de su Apocalipsis, y hallarás cuán uniforme es Dios en hablar y comunicar sus secretos en todos los tiempos a sus siervos y escogidos. Verás también, que como no pudo dejar de verificarse todo lo que mostró a su sagrado benjamín de la católica Iglesia, siempre perseguida y siempre vencedora en figura de una prodigiosa mujer que tenía por chapines la reina de la noche, su cabeza coronada de doce refulgentes diamantes cuyas brilladoras luces eran lucientes lenguas de sus ínclitas acciones y su manto de gloria [Apostilla: Apocalipsis 12] —no de los que ahora tienen este nombre y que la vanidad de las mujeres da título de gloria, siendo así, que cubren cuerpos a quienes podemos dar nombre de infierno—, pues era cortado de la luminosa tela de los hermosos rayos del rubio planeta. Así también podrá verificarse lo que entendió la venerable Catarina, y lo que nos dejó qué entender y admirar en la insinuada visión y su explicación, para el respetuoso aprecio de la felicísima casa de Austria, consuelo de sus vasallos y de toda la cristiandad.



2. *Prosigue la misma materia, y de algunas batallas de la Europa en que se halló esta sierva de Dios en espíritu auxiliando a los españoles, con especialidad en Flandes y Mecina*

[244] Andaba en este mundo la venerable Catarina llena de Dios y de caridad, y como caían estos dones sobre una condición amorosa y suave natural, se inclinaba siempre a hacer bien; a ninguno se negaba, a todos admitía con sanas y piadosas entrañas, y cuando era menester se vendía por sus mismos enemigos y compraba con daños propios las comodidades de los extraños. A imitación de Dios, a quien llama san Juan *caridad*; porque a todos acoge con entrañas de amor y los admite a su presencia con benignidad. [Apostilla: Juan 9] Pero la sierva de Dios, con especialidad se esmeraba en clamar y pedir por nuestra monarquía y por su rey y señor; encendiéndose cada día más en estos debidos y leales afectos, con el motivo de la conservación y extensión de la cristiandad en este nuevo mundo y en todo el universo. Entre estos ansiosos deseos y fervorosos clamores, se ardía, se quemaba y abrasaba el corazón de la sierva de Dios, encendido en el horno de su caridad y en las llamas del amor de Dios y del prójimo, hasta llegar a penar entre congojas de muerte, no sólo sudando sangre a imitación del Señor sino derramándola hasta no quedar gota en su cuerpo, si no es la necesaria para la conservación de la vida; como se verá comprobado con muchos y singulares casos en los capítulos de su grande caridad. Esta sed insaciable del bien común, le acrecentaba Dios con mostrarle los beneficios que derramaba su inmensa bondad sobre todas las creaturas, y juntamente la malicia y crueldad de los hombres con que pretendían bárbaramente destruirse y consumirse; porque más se compadeciese esta piadosa y caritativa virgen y obligase más con sus lágrimas y amorosos gemidos a la misericordia infinita, que sólo era la que podía alumbrar al mundo ciego y templar sus inhumanos rencores. Por este fin la llevaba a las fiestas de la gentilidad, donde se sacrificaban como brutos a millares de hombres en las aras de los fingidos dioses, y a las guerras del cristianismo en que se vertía la sangre violentamente derramada por el ídolo de la ambición, interés y codicia. Pondré aquí uno u otro caso que observé con especialidad, por ser dignos de las historias políticas de nuestros tiempos y porque sirvan de ejemplares en prueba del asunto de este capítulo.

[245] Por los fines del año de setenta y dos y principios de setenta y tres, se hizo muchas veces presente a la Europa y veía grande aparato de sangrientas guerras. Daba esta noticia a su confesor, que le respondía: “En-

comendase a Dios las armas de España”; porque de la misma aflicción y especial cuidado de la penitenta, infería se armaba toda la hostilidad contra alguna parte perteneciente a la católica monarquía. Corriendo el tiempo — no me reconvenga el piadoso lector con los números y guarismo<sup>101</sup> puntual de los meses, que yo más atendí a apuntar los sucesos que los años, y más cuando la individuación de las circunstancias expresan con claridad los sucesos y las proezas de los sujetos—, vio la sierva de Dios un poderoso ejército compuesto de varias naciones, capitaneado de un hermoso mancebo con apariencias y visos de ángel que iba diciendo en alta voz: “Viva el rey de los ejércitos”. Vio pocos días después los escuadrones de la insinuada milicia, marchando a punto de guerra y dispuestos a batallar con quien pretendiese hacerles oposición. Y al mismo tiempo que se hallaba Catarina con esta inteligencia, vio que de lo interior de un espeso bosque salía otro ejército de hombres irritados o enfurecidos, que acometió por un costado al que ella y el ángel del Señor iban auxiliando. En este combate sangriento advirtió que encendiéndose la batalla, caían muchos en tierra muertos y que les sucedían otros en sus puestos. Veía y distinguía los que morían al golpe de las espadas, lanzas y pelotas de plomo entre las humaredas de un infernal incendio. Oía los estruendos espantosos de muchas bocas de fuego juntas y la vocinglería de la multitud desordenada, que de la una y de la otra parte apellidaban victoria los unos contra los otros. Se admiraba la sierva de Dios de la desordenada confusión y se lastimaba más de tantas amontonadas desgracias; y entre todas andaba ella en espíritu como ángel universal, rociando y aplicando a todos la sangre de su divino amante, porque no se perdiesen las almas ya que se destrozaban los cuerpos. Notó también que muchos de los soldados del ejército que peleaba como debajo de la protección de la sierva de Dios, no querían admitir la sangre del Señor que les aplicaba. Y hablando con ellos, les decía: “¡Desdichados herejes que todo lo perdisteis en esta batalla, la hacienda, la vida y el alma!” Vio que concluido el combate, el poderoso ejército quedó en su puesto como señor del campo, aunque con muchos muertos y heridos. Vio finalmente tantas circunstancias, que cuando vino después la nueva de la batalla que tuvieron las provincias unidas en Flandes contra Francia, se reconoció era la misma en que se había hallado Catarina; y que el haber quedado victorioso el ejército que gobernaba y capitaneaba el señor conde de Monterrey contra el príncipe Condé, caudillo

---

101 Cifra arábiga para indicar una cantidad.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>

de las numerosas tropas francesas que fue el que acometió a nuestro ejército, se debía en gran parte a las oraciones y espiritual asistencia de la sierva de Dios y la sangre de Cristo aplicada en las manos de esta esclarecida virgen. Pues aun el mayor número de los muertos y heridos fue de los herejes que componían el cuerpo de nuestro ejército, con quienes batalló esta vez Francia, habiendo respetado el de Condé por astucia militar o por miedo a la vanguardia en que presidía el valeroso conde de Monterrey, que por ventura fue simbolizado en el ángel que iba rindiendo al divino poder, la honra y gloria de todos los triunfos de las batallas.

[246] Desde el mes de diciembre de mil seiscientos y setenta y cuatro, asistió en espíritu a las guerras de la Italia, hallándose repetidas veces en los reencuentros y batallas de mar y tierra que se ocasionaron del levantamiento de Mecina. Y con mucha especialidad refirió el suceso y fatal desgracia de muchos al ver acometerse las dos armadas, representándose a su espiritual vista la humareda de la artillería; el destrozo que hacían las balas en las naves y navegantes; hasta que últimamente vio levantarse un incendio tan voraz que dejó los navíos de una y otra parte sin jarcia,<sup>102</sup> sin velas y sin gente. Quedó por entonces confusa dónde ni con quién tenía España aquella sangrienta guerra. Y en medio de esta dudosa confusión vio entre los árboles desnudos y abrasados una flor de lis, con que entendió que era su principal combatiente Francia. Y se verificó en las primeras noticias que nos enviaron de España, así como las palabras que añadió la sierva de Dios, diciendo: “La flor de lis luego se desvaneció o desapareció como fugitiva, por faltarle poder y constancia para la permanencia”. Con estas y otras semejantes visiones, se engendró o aumentó en el corazón de la sierva de Dios un como natural aborrecimiento a todo lo que es guerra, disensión y discordia, y un entrañable amor a la paz; pues ella sola monta y pesa más en la mayor estimación y aprecio que innumerables victorias y triunfos, porque es la salud de las gentes, la hartura de los pobres, el alivio de los oprimidos, la seguridad de las vidas, la quietud de los ánimos, la conservación de las riquezas, el más fuerte muro de las repúblicas, y el bien universal de todos los cristianos si sus príncipes se conservasen en unión, hermandad y concordia. Aun los gentiles conocieron esta verdad, y el príncipe de la elocuencia latina<sup>103</sup> la persuadía con eficacia, cuando dijo: “No hay cosa más deseada que la paz y concordia,

---

102 Conjunto de cabos y cables que forman parte del aparejo de un buque de vela.

103 Se refiere a Marco Tulio Cicerón.

con la cual no solamente aquellos a quienes la naturaleza dio sentido para conocer este bien, sino también parece que se reconoce hasta en las casas y campos, pues ellas se alegran a su modo con este tan común beneficio y esta amable felicidad. Pues con la paz crece todo, y con la guerra y discordia todo perece y se acaba”. [Apostilla: Marco Tulio Cicerón, *Discurso a favor de Licinio Arquias*] Quizás aludieron a esto los antiguos cuando fingieron de autoridad de Claudiano, que deseando Marte, dios de las discordias, encuentros y enemistades, casarse con Proserpina, hija de Ceres, tenida por diosa de las mieses y abundancia; no quiso venir en dársela, porque no se pueden casar ni son para en uno la paz y abundancia, Marte y la discordia.

### 3. *Del valor de su intercesión en la defensa de los puertos de Nueva España*

[247] Preveía y se hallaba ordinariamente en las entradas de los enemigos en los puertos de Nueva España, y asistía como ángel a la salvación de las almas cuando no podía evitar las desgracias de los cuerpos; batallando con la Omnipotencia para lo uno y para lo otro con razones, como pudiera —a nuestro modo de entender— una criatura con otra. Catarina alegaba: “El ser infinito de la divina misericordia; que los cristianos eran los que componían su pueblo escogido en la ley de gracia; que eran los que conservaban y extendían su santa fe en estas tierras tan remotas como desarmadas; que no era razón que hiciesen mofa del cristianismo los enemigos de Jesucristo; y finalmente alegaba los merecimientos de los justos, la sangre de nuestra redención y la intercesión de los santos patronos de estos reinos”. El Señor, alegaba: “Lo recto de su divina justicia; la soberbia de los españoles; los pecados de los cristianos; y que para enmendarse era necesario el castigo”. Se afligía la sierva de Dios, viendo las muchas y fuertes razones que le proponía su Majestad para obrar más en el mundo con el atributo de su recta justicia que con el de la misericordia. Pero no por eso se daba por vencida esta valerosa virgen, ni desistía de clamar y pedir, ofreciéndose a padecer por los pecados de los hombres, amontonando motivos e inventando otras razones acompañadas de ardientes lágrimas y tiernos suspiros con que hería el corazón del Creador, hasta verle humanado e inclinado a condescender con los ruegos de su querida esposa, diciéndole no una sino muchas veces: “Catarina, grande es tu fe, grande es tu confianza y grande es tu caridad. Diles que se ayuden y cooperen, que yo les ayudaré”. En estas ocasiones le mostraba el Señor las armas de lanzas, espadas y mosquetes sin soldados que los cogiesen, y a los soldados sin armas, cargados de mercaderías como

si fuese la negociación su principal empleo. Y le daba juntamente a entender que su Majestad cuidaría de la cristiandad y de la extensión de su fe, y también de castigar a los soldados y sus gobernadores; como lo había hecho a vista de la misma Catarina con una espiritual presencia en las entradas de los piratas en casi todos los puertos de estas provincias y reinos, robando, matando y aprisionando a los cristianos dormidos. Así lo han experimentado los vecinos de Cuba, Santa Marta, Malacayo y Caracas, Margarita, Puerto Velo, Granada, Panamá, Campeche, Tabasco, Tampico, Veracruz y otros pueblos de menos monta. Repitiéndose este castigo muchas veces en los mismos puertos y lugares, porque no se veía en ellos la enmienda.

[248] Esta insensibilidad, negligencia y resfrío de los españoles de nuestros tiempos, sepultados en el ocio y en los vicios dignos de execración, causaba admiración en el entendimiento de nuestra venerable Catarina, tanto, que la obligaba a prorrumper, hablando a toda la monarquía en sus confesores: “¿Dónde está nuestro valor, magnanimidad y prudencia? ¿Se atropellan unas a otras las nuevas de las victorias de los infieles corsarios y os estáis mano sobre mano?” Como si les dijera: “¿Dónde está vuestro saber prudente y vuestra sagacidad valerosa? Todos vuestros talentos, sin aplicación, de nada sirven. Toda vuestra confianza es un manantial de descuidos, de que se valen los enemigos para debilitaros y consumiros. Acabad de entender que una monarquía desarmada es un león muerto que hasta las liebres se le atreven”. Y no viene fuera de propósito lo que me dijo en otra ocasión. Y fue: “Que tiempo vendría en que sería necesario que Dios nos defendiese, por faltarnos armas y fuerzas para defender y conservar aun las vidas”. Con el conocimiento que le infundía Dios de nuestro dejamiento y negligencia en nuestra propia defensa, con la representación de lo que pasaba en los puertos y lugares marítimos, pidió celosa del bien común en primeros de febrero de mil seiscientos y ochenta, licencia a Dios para coger ella las armas que veía desamparadas de los soldados. Y su Majestad le respondió: “Cógelas y defiende esos mis reinos, que mientras tú vivieres estaré contigo en su defensa”. Empuñó entonces una espada, con tal aliento y valor, que le pareció podía batallar y vencer si se pudiese, a todo el mundo armado en su oposición. Y parece que fue prenuncio de lo que había de obrar Dios por sus oraciones, multiplicando victorias en defensa de los españoles en Nueva España. Omito los reencuentros que en el uno y otro mar y en sus costas se han publicado estos años; y si han sucedido, como se ha referido, son muy dignos de ponerse en las historias generales de este nuevo mundo, pero no en una vida particular de esta sierva de Dios, que

aunque se hallaba en todos ellos su espíritu como ángel universal, tenemos otras muchas cosas de más peso y monta que escribir. Sirva de ejemplar el desalojamiento de los enemigos en la laguna de Términos, que está en los confines de las provincias de Campeche y Tabasco; y se ejecutó inmediatamente al haber empuñado la espada esta valerosa virgen.

[249] Está esta laguna en disposición para escogerla por madriguera de ladrones, los que viven en estas partes remotas con el oficio de piratear y robar; porque tiene en sí mucho pescado; en las isletas que la hermocean, preciosos palos que buscan y desean todos los comercios del mundo; y la tierra que la cerca, está también abastecida de muchos ganados sin dueños ni gente que lo guarden. Aquí se recogen los franceses e ingleses para salir a infestar nuestras costas, puertos y mares. Y de este tan acomodado puesto para sus latrocinios les desalojó Dios, no con las armadas de España, no con la ejecución de las reales cédulas, no con la disposición de los gobernadores, sino con un solo hombre humilde y hasta entonces desconocido. Se llamaba Pedro de Castro, griego o romano de nación. Éste fabricó una piragua para salir a pescar desde el puerto de Campeche; y movido un día de superior impulso se le ofreció con los demás pescadores acercarse a la laguna de Términos, con ánimo de mejorar de embarcación si pudiesen apresar alguna de los extranjeros corsarios. Les sucedió bien el arrojamiento de su valentía, porque entrando en la laguna de noche, amanecieron cerca de una fragata enemiga bien armada aunque sin gente, que había dormido en tierra. Y así con facilidad y felicidad la apresaron nuestros pescadores, y cortando las anclas se salieron de la laguna y entraron triunfantes en el puerto de Campeche de donde habían salido. Con este buen suceso, se determinó a probar la mano y confirmar su buena fortuna con el crédito y reputación de las armas. Para este efecto juntó hasta veinte y siete hombres, y con ellos y la fragata apresada volvió a empeñarse en desalojar al enemigo de aquel paraje donde vivía como dueño intruso en tierra ajena, armado y prevenido. Esta primera invasión la hizo Pedro de Castro, ya capitán, saltando en tierra antes del amanecer. Por la parte que los enemigos menos pensaban, les acometió con tal militar estruendo que como hombres descuidados y medio dormidos se acogieron, los que no quedaron muertos, a la espesura del monte, desamparando los ranchos en que estaban atrincherados y dando lugar a que volviese a su puerto el capitán Pedro de Castro y los demás soldados, cargados de despojos y ricos con un buen pillaje. La envidia o la emulación ocasionó que se le convidasen muchos a acompañarle segunda vez a batallar con los piratas ingleses y franceses; y admitiendo hasta ciento

y veinte, se hicieron a la vela en un bergantín y dos piraguas, y obligados de un temporal se acogieron al puerto de Champotón, ya despoblado por las repetidas invasiones enemigas. En esta forzosa detención, oyeron todos por dos y tres veces en las ruinas de la iglesia del antiguo pueblo, una música soberana que les obligó a desembarcarse y buscar entre los paredones a los músicos que con tan sonoras voces y suaves instrumentos les festejaban; y no hallando persona humana, lo atribuyeron a presagio feliz de su victoria. Con esta esperanza, pasada la tormenta y sosegado el mar, se entraron en la laguna y arrimándose a donde estaban las más de las embarcaciones las apresaron; y habiendo quemado veinte y ocho, reservaron dos o tres barcas grandes cargadas de ropa y armas con que dieron la vuelta victoriosos a su puerto, de donde volvieron a salir tercera vez quinientos hombres, capitaneados del mismo Pedro de Castro. Y se apoderaron de la laguna, apresaron todas las embarcaciones que había en ella e hicieron prisioneros cuantos enemigos la poblaban; y porque algunos de éstos estaban en esta ocasión saqueando a Tabasco, parte de nuestra gente les esperó a la boca del río donde los recibió a cañonazos, precisándoles a desamparar las embarcaciones y saco que traían, y retirarse a una isleta de donde pidieron buen cuartel. En todas estas facciones no perdimos más que un hombre, que al saltar en uno de los navíos enemigos cayó en la mar y se ahogó. Escriben algunos que los enemigos que volvían de Tabasco se pusieron en resistencia y tiraron algunos cañonazos, cuyas balas se quedaron en los vestidos de los nuestros sin hacer daño alguno. He puesto con individuación estas proezas porque se halló la sierva de Dios en todas estas facciones, refiriéndome todo lo que pasaba aunque con alguna confusión, que no me dio lugar a hacer juicio entonces del paraje donde hacían los nuestros esta guerra y conseguían estas victorias. Pero dos días antes que llegasen estas noticias al puerto de la Nueva Veracruz, con aviso que despachó el gobernador de Campeche, me determinó Catarina el puesto de estos reencuentros, diciéndome: “Ahora verás si tuvo misterio el haber yo empuñado la espada”. Y con las cartas que tuve en esta ocasión me certifiqué de todo, y rendí a Dios las gracias por los bienes que recibíamos de su soberana mano y por lo que debíamos a la intercesión de esta su escogidísima alma.



## CAPÍTULO 18

PROSIGUE LA MISMA MATERIA DEL VALOR DE SU INTERCESIÓN EN LAS MUERTES DEL EXCELENTÍSIMO E ILUSTRÍSIMO SEÑOR DOCTOR DON DIEGO OSORIO DE ESCOBAR Y LLAMAS, OBISPO DE PUEBLA DE LOS ÁNGELES; MARQUESA DE MANCERA; DUQUE DE VERAGUAS; Y OTROS CABALLEROS QUE HAN ILUSTRADO CON SU NOBLE Y CRISTIANO PROCEDER A ESTOS REINOS DE NUEVA ESPAÑA

*1. Muerte feliz del excelentísimo e ilustrísimo señor doctor don Diego Osorio de Escobar y Llamas, obispo de Puebla de los Ángeles, asistido de la sierva de Dios hasta verle glorioso en el cielo*

[250] A últimos de julio de mil seiscientos y setenta y tres, cayó gravemente enfermo este su muy amado pastor. Y llegando las voces y clamores lastimosos del pueblo que publicaban el sentimiento común a los oídos de Catarina, comenzó a pedir a Dios la salud de su enfermo pastor, por la falta que haría su vida a los pobres. Y cuando más fervorosa en la oración, se halló con el doliente en sus brazos ya como agonizando o como quien quería rendir el alma entre congojosas ansias de muerte. Se valió la sierva de Dios de la ocasión de esta celestial representación para ofrecérsele al Señor, y rogar con eficacia y ternura le echase su bendición y diese la salud, si convenía a su mayor honra y gloria y bien de las ovejas amantes de su excelentísimo e ilustrísimo pastor. A este cristiano y católico ofrecimiento, correspondió la suprema majestad dándole a entender: “Que quería llevar para sí a su excelencia y castigar con su muerte a muchos de los que gozaban de sus caritativas y benignas influencias”. Y juntamente le vino a la memoria otra visión que había tenido pocos días antes —y creo fue el día de la santísima cruz—, en que se le representó el Señor sobre el cáliz, muy cabizbajo y atadas las manos; y al parecer tan triste y afligido, que la obligó a preguntarle la causa de su misteriosa aflicción. Y su Majestad le respondió con tierna y amorosa voz: “Pues, ¿no ves, querida y amada mía, que me quieren volver a azotar mis creaturas?” Con esta respuesta entendió Catarina quiénes y con qué culpas pretendían los hombres azotar otra vez a su divino amante, para cuyo castigo quería el Señor llevarse a su excelencia. Y aunque como justa pudiera enojarse con los pecadores, llevada del sentimiento de ver maltratado a su dios; con todo eso imitó en la mansedumbre y compasiva caridad a Cristo, rogando a la suprema majestad: “Perdonase

a los malhechores, que no sabían lo que se hacían; que no padeciesen justos por pecadores; que alumbrase a todos y les valiese su preciosa sangre e infinita misericordia; y que en todo caso le había de conceder la salud que le pedía para el enfermo”. Con estas instancias, acompañadas de tiernas lágrimas y encendidos suspiros, batallaba con la divina justicia, poniendo por intercesora a la princesa de los cielos y a los demás santos, sus devotos y patronos. Y en varios días de la enfermedad, respondiendo el cielo a las voces de su tan continua como eficaz oración, tuvo entre otras muchas visiones las siguientes.

[251] Se le representó un día su esclarecidísimo pastor en el lecho que adolecía, y a sus dos lados Jesús y María, ilustrándole y confortándole para pasar el amargo cáliz de la muerte. Se valió Catarina de la ocasión que le ponía el cielo a la vista y dijo a su querido amante: “Que pues se le dejaba ver benigno y triunfante a la cabecera de su enfermo, le echase una bendición de salud si convenía a su mayor honra y gloria”. Y vio que la Omnipotencia humana levantó el brazo, como que condescendía con la petición de esta esclarecida virgen. Le dejó este favor llena de consuelos el alma, que anhelaba a conseguir la salud de su querido pastor. Pero el día siguiente le aguó el Señor este gusto y le entibió las esperanzas, representándosele a la cabecera del enfermo la madre de Dios con su santísimo hijo en los brazos. E instando por la salud del doliente, vio que desamparando Jesús los amorosos brazos de su madre, comenzó el Niño Dios a hollar y pisar con sus soberanas plantas el cuerpo del enfermo, dándole a entender que se iba acercando el día de su entierro. Pero la sierva de Dios no acababa de creer lo que le decían los cortesanos del cielo. Y así, insistía por instantes en su petición, llena de fe y confianza en que pedía a un dios todopoderoso, y la dilatación de una vista que se empleaba toda en el bien común de los necesitados del mundo. Parece que gustaba el Señor de verla pedir y clamar por sus creaturas, pues la entretenía con sus multiplicados favores hechos a su pastor, por quien rogaba. Y así vio otro día como por respuesta de sus tiernos clamores, dos hermosísimos ángeles con dos refulgentes y riquísimas coronas en las manos de un finísimo oro. Les preguntó: “Que para quién eran”. Le respondieron: “Que para su enfermo, porque las había merecido en su vida”. Se alegró mucho con esta visión, pareciéndole era prenuncio de una eterna felicidad. Mas volviendo en sí, hizo reflexión su corazón herido de las flechas y arpones de su encendida caridad, sobre la falta que haría su vida a los pobres, que sin estar otra cosa en su mano, se halló impelida a repetir sus clamores por la salud del enfermo, con tal eficacia,

que viéndola su confesor quebrantada y ahogada con tanta abundancia de lágrimas y suspiros, le dijo: “No te empeñes hija en conseguir lo que Dios no quiere concederte. Confórmate con su santísima voluntad, pues se te insinúa con tanta claridad por tan maravillosos medios”. A cuyo consejo, respondió la sierva de Dios con humildad y mansedumbre: “Conforme estoy con la divina voluntad y agradecida a los singulares favores con que honra y asiste a mi amado pastor. Pero en acordándome de que falta el remedio de los pobres con esta preciosa vida, de quien se valía la divina providencia para fiel administrador de los tesoros de Dios y de su santa Iglesia, no puedo contenerme ni dejar de clamar y pedir la conservación de su vida”. Con este caritativo y soberano impulso continuó sus peticiones, hasta que el Señor templó el sentimiento de su corazón y enjugó sus lágrimas con la visión siguiente.

[252] Vio a un lado del lecho en que adolecía su excelencia, al eterno padre con una caña como de maíz en la mano por cetro, sentado en un majestuoso trono, tan asistido de ángeles y santos que formaban un gravísimo teatro y tribunal de la divina justicia. Al lado derecho del soberano trono, vio a Jesucristo señor nuestro, rey de los cielos y tierra, azotado y llagado; pero muy propicio para con el doliente, mirándole con suave y amable rostro. Con esta visión, se valió de la sangre derramada por nuestra redención que se le representaba, y la puso por medianera para conseguir la salud de su enfermo. Y cuando más importuna con la fuerza y eficacia de su fervorosa oración, oyó la voz del Señor, que hablando con su eterno padre —como sonriéndose de la petición de su sierva— dijo: “Mirad Señor, lo que pide Catarina”. Y volviendo inmediatamente el rostro a su querida esposa, le dijo: “Entiende hija lo que has visto y se templarán las congojosas ansias de tus ruegos”. Como si le dijera: “Te lo hemos mostrado muerto, juzgado y coronado con el valor de mi sangre y benigna asistencia de mi poder. ¿Y pretendes dilatarle esta gloria y eterna felicidad?” Con esta pregunta le dio a entender el día y hora de la muerte de su enfermo, la cual inteligencia se verificó, según y como ella se lo dijo a su confesor. Y aunque fue buena y dichosa esta muerte para su excelencia, me persuado, sería desgracia y castigo para muchos que echarían de menos sus benignas y nobles beneficencias, como de padre verdadero de los pobres y del bien común de sus queridas ovejas, que si no pudieron vencer los decretos de Dios con copiosas lágrimas y eficaces oraciones, le ayudaron mucho sus agradecidos clamores para abreviar el camino del eterno descanso. Se le representó a nuestra recomendada Catarina desde la hora de su muerte,

en una casi como continua presencia; hasta que agradeciéndole sus oraciones y lo que había padecido por su excelentísimo pastor, se despidió de ella y se le dejó ver con resplandores de gloria entre los grandes del reino de Dios. Con este dulce consuelo y cordial pítima<sup>104</sup> de su corazón, abrasado en los incendios del divino amor, se mostró la sierva de Dios agradecida a su creador, engrandeciendo su inmensa bondad, poder y misericordia infinita. Desistió de su petición o la conmutó en clamar: “Por un sucesor que supliese la falta de tanto príncipe y bien visto pastor, por los singulares beneficios que experimentaban sus reconocidas ovejas”. Miró el Señor por el consuelo de Catarina, mostrándole en muchas y prodigiosas visiones al sucesor que había escogido con su admirable y divina providencia para el universal remedio del bien público, cuyos menoscabos lloraba la sierva de Dios en la muerte de su excelentísimo pastor; y se pueden ver en la dedicatoria del primer libro, donde escribí algunas y omití otras, por no ofender a tan ilustre y sagrada modestia.

## *2. De la venida a las Indias e inopinada muerte del excelentísimo señor duque de Veraguas*

[253] Se halló la sierva de Dios en la corte imperial de Madrid, al tiempo que hicieron merced de virrey de Nueva España al excelentísimo señor duque de Veraguas. Y se le representó su excelencia en forma de un hombre corpulento, ricamente vestido con plumas y penachos de un espeso humo sobre la cabeza; divisa que manifestaba su valor y la fama de sus triunfales proezas, o el horror que causaría con su presencia en estas partes a los enemigos de la corona. Preguntó a uno de los ángeles que la asistían: “Que quién era aquel capitán tan bizarro”. Le respondieron que el virrey. Volvió a preguntar: “Qué virrey era éste y de dónde”. Le dijeron: “Que a su tiempo lo entendería. Y que para rogar a Dios por él, bastaba el haberse mostrado”. Se repitieron otras muchas y varias visiones de su excelencia, ya en su forma natural, ya en símbolos misteriosos que significaban la grandeza personal, la de sus celebradas prendas y gloriosos empleos en servicio de las dos majestades;<sup>105</sup> pero todas ellas venían al entender de Catarina con visos de amargura y con aparentes anuncios de alguna considerable desgracia,

---

104 Emplasto que se aplica en el pecho a la altura del corazón.

105 Se refiere a Dios y al rey.

que dejaban desazonada su alma. Estos mismos sinsabores, la obligaban a clamar al cielo por la persona que se le representaba gigante entre los grandes de la fama; y el Todopoderoso, herido de las voces de su querida esposa, le respondía con multiplicadas hablas, visiones e ilustraciones, dejándola siempre con la espina del temor de alguna infelicidad porque no dejase de pedir ni cesase de clamar a su omnipotente misericordia. Una de estas visiones, fue con el símbolo de un grande árbol que se extendía en muchas y apiñadas ramas, y se dilataba pomposo en hermosas y entretejidas copas. Pero notó la sierva de Dios, que aunque era objeto amable y delicioso a la vista, sus hojas eran muy amargas al gusto. Esta amargura y desabrimiento le sirvió de espina, envuelta en un ansioso deseo de saber si su gobierno sería suave y dulce para sus súbditos, o si sería agrio y desabrido para los vasallos de su rey y señor. Y estando con este pensamiento, le dijeron —sin entender ella quiénes le hablaban—: “Mira y prueba la fruta de ese árbol”. Y vio una manzana grande y hermosa, pero al llegar a gustarla le pareció más amarga que el acíbar. La afligió con extremo este misterioso símbolo que no le explicaron, aunque la divirtieron del pensamiento que la lastimaba; representándosele esta misma manzana, que la traían como en procesión con alegres festejos y demostraciones de reales fiestas, significativas de los recibimientos en la venida de un deseado virrey y gobernador de estos tan grandes y opulentísimos reinos.

[254] Vio también a su excelencia desembarcándose en el puerto de la Nueva Veracruz, y los presentes con que lo recibían en demostración de la alegría y gusto común con que lo esperaban. Vio las reales salvas, las lucidas marchas de los soldados, y todo lo demás que suele concurrir en semejantes públicas y solemnes fiestas. Vino asistiendo en espíritu a su nuevo virrey, deteniéndose en todos los parajes donde estaba prevenido algún regocijo para el alivio debido a su participada regalía, después de tan larga y penosa navegación. Y antes de llegar su excelencia a esta muy noble y leal ciudad de Puebla de los Ángeles, dijo la venerable Catarina a su confesor: “¿No ha reparado vuestra reverencia en las extraordinarias prevenciones para la entrada de nuestro virrey? Pues en estas fiestas, aguará Dios el gusto y pública alegría, permitiendo muchas desgracias”. Y después de haber referido algunas, de las que sucedieron según y como lo había significado la sierva de Dios, añadió: “Y finalmente tú verás cómo todo este universal festejo y regocijo común se convierte en lágrimas y tristezas; porque aun los fuegos que se han de quemar en la plaza se me representan como armados contra ese príncipe recién venido”.

[255] En uno de los días de las reales fiestas y públicos divertimentos, se le apareció el Señor en su pobre albergue donde estaba recogida clamando a la divina majestad: “No permitiese desgracias en sus creaturas redimidas”. Y manifestándole todo cuanto pasaba en las casas, calles y plaza, le dijo: “¿No ves cómo todos se huelgan?” Respondió Catarina: “Bien lo veo Señor”. Y volviéndole a preguntar: “Que por qué no iba a gozar del común regocijo”. Dijo la contemplativa virgen: “Porque no gusto de las fiestas del mundo y porque tú sólo eres mi alegría, consuelo y mi gloria. Y así, a ti sólo busco, a ti sólo quiero, en ti sólo descanso y sin ti no tengo alivio”. Le dijo su divino amante: “Pues ven”. Y sin poder explicar el modo, se halló en los amorosos brazos de su único amado, donde experimentó inexplicables gozos y consuelos. Y entre otros secretos que le franqueó la eterna sabiduría, fue el certificarle: “Que todas aquellas ostentativas y reales fiestas se habían de convertir en pésames y sentidos pesares”. Y replicando ella desde los brazos de su único y soberano Señor, le rogó humilde y como rendida esclava de los esclavos de sus creaturas: “Que no lo permitiese su verdadero e infinito amor”. Pero a estas tiernas voces de su amada y escogidísima alma, respondió la divina sabiduría: “Pues, ¿no ves cuánto me ofenden?” Y manifestándole en un relámpago o instantáneo rayo de luz los pecados de todo el reino, se desapareció el divino objeto que le hablaba en la insinuada visión, dejando a su ilustrada alma por algunos días en prisiones de obscuridad y entre cadenas de dolores, sin memoria ni distinción de lo que había sucedido.

[256] En el tiempo de este terrible desamparo y cruel tribulación, pasó su excelencia a la imperial corte de México, y mientras gozaba de las augustísimas fiestas y extraordinarios festejos que acostumbra en los recibimientos de sus virreyes aquella nobilísima ciudad, perseveró la sierva de Dios en la penosa cárcel de sus martirios; hasta que llegando el día de santa Lucía —trece de diciembre—, se le representó en la iglesia de la Santa Veracruz, entre ocho y nueve de la mañana, el nuevo virrey muerto en su palacio y su alma en penas. Y en otro palacio o casa grande vio también unos cuantos personajes gravísimos; reconoció eran eclesiásticos y que tenían como por divisa y blasón unos candados de oro en la boca. Le pareció que andaban muy diligentes con un pliego de cartas en las manos y que disponían la publicación de otro nuevo virrey para sucesor del que se le representaba difunto. El día siguiente, catorce del dicho mes, llegó a esta ciudad de Puebla de los Ángeles, la nueva de la muerte inopinada y como repentina del señor virrey duque de Veraguas, sin noticia del sucesor; pero ya se la había dado

a nuestra ilustrada Catarina el cielo, representándosele segunda vez su excelencia descabezado y su cabeza colocada en un altar engastada en plata. Y con esta visión entendió que la que había quitado la muerte de los hombros al señor virrey recién venido, estaba ya depositada en un consagrado príncipe de la Iglesia. Se verificaron todos estos misteriosos símbolos con tal propiedad, que no necesita el piadoso lector para entenderlos de más estudio que la memoria de lo que sucedió; porque previendo nuestro rey y señor con el gran caudal de su capacidad penetrante y comprensiva, y con la madurez de su sagacidad vigilante, asistida de tanto bien intencionado ministro, de tanto cuerdo acordado y solícito consejero, y mucho más de la eterna sabiduría que todo lo penetra y nada se le esconde ni puede ocultársele; se mostró Argos real, émulo de Jano,<sup>106</sup> que mira a dos haces, de fondo inapeable, con más enseñadas que un océano, y lo previno todo con cédula inclusa en un pliego cerrado y sellado, depositado en el santo tribunal de la Inquisición para que se abriese en caso de muerte del dicho virrey difunto; como se ejecutaron las reales y preocupativas<sup>107</sup> órdenes de su majestad, tomando la posesión del gobierno el excelentísimo, reverendísimo e ilustrísimo señor arzobispo de México, don fray Payo Enríquez de Ribera.

[257] Pondere aquí el piadoso lector las repetidas visiones con que el Señor regalaba a su escogidísima virgen, y lo que apreciaba sus oraciones en orden a que cogiese a este príncipe en buena y dichosa hora la muerte, que previó su eterna sabiduría había de ser repentina —si puede llamarse repentina la que le halló con prevención de buena vida, como se puede piadosamente creer e inferir con probabilidad de lo dicho—. Y después de haber rendido las debidas alabanzas a la inmensa bondad e infinito amor del Altísimo, por el cuidado que tiene de la salvación de sus criaturas redimidas; podemos discurrir, aunque de paso, que entre las demás perfecciones que enriquecían y hermozeaban a esta su querida esposa, lo que arrebató en esta ocasión los divinos ojos para mostrársele liberalmente benéfico, fue aquel prodigioso recogimiento, con que encerrada en su pobre albergue, vivía retirada de los festejos del mundo, atendiendo sólo a pedir y clamar al cielo por los hijos de los hombres y porque no fuese en los públicos regocijos su creador ofendido. Y no les parezca a las mujeres éste pequeño motivo para que el divino amor se ostentase con tanta liberalidad benigno con

---

106 En la mitología latina, dios con dos rostros que miraban a lados opuestos.

107 Precavidas.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.



Catarina; pues en ninguna otra cosa pudo mostrar mejor la sierva de Dios cuán fino era su amor para con Cristo, que el dejar de salir de casa y perder el gustoso lance de una pública fiesta, donde podía ver y ser vista de tan numerosos y festivos concursos; porque hablando a lo común y general que se repara en la inclinación del femenino sexo, no hay para ellas mayor pena y dolor que el no salir de casa y el no asistir a fiesta ni regocijo alguno. Pero nuestra esclarecida virgen amaba mucho el recogimiento, se retiraba gustosa de los entretenimientos de las creaturas; porque era el único objeto de su amor la grandeza de Dios, y este amor cuando es verdadero consume, dice san Bernardo, todos los otros amores del mundo. Esta razón sola fue bastante para que le fuese suave a la sierva de Dios el encerramiento voluntario y muy amable la clausura, y para que el Señor le franquease los tesoros de sus secretos y la fuente de sus admirables luces y copiosas misericordias.

### *3. Previsión de la muerte de la señora marquesa de Mancera, virreina de Nueva España, y cómo la asistió la sierva de Dios con sus oraciones hasta el último trance de la vida*

[258] En cinco de abril de mil seiscientos y setenta y cuatro, sintió la venerable Catarina en su delicado cuerpo un extraordinario ardor, que penetrando hasta los huesos le servía de cruel e inexplicable martirio. Con este género de tormento, solía avisarle el Señor cuando quería su Majestad que le pidiese por alguno de los bienhechores de su sierva; y era tan repetido y continuado este aviso del cielo, que el mismo dolor la obligaba a prorrumpir luego en estas voces: “Alguno de mis confesores o bienhechores padece algún trabajo grande o se muere; porque este mi tormento, argumento es de su aflicción”. No entendió por entonces quién era el afligido, pero pidiendo al Señor otro día por este necesitado, vio dos personajes enlutados aun en el color de los rostros, que con dos candelas encendidas iban camino del pueblo de Tepeaca; y que allí se detuvieron, no lejos del celebrado Rollo,<sup>108</sup> como previniéndose para el recibimiento de una gran persona que se esperaba. No entendió tampoco por entonces la significación de este símbolo; si bien, presumiendo alguna desgracia y advirtiendo que los recibidores eran pobres y desdichados, dijo a su confesor: “¿Quién se muere en Tepeaca? ¿Por qué estos personajes del luto parecen sepultureros?” Otro día, se halló

---

108 Se trata de una torre con reloj que se encuentra en el centro de la plaza de Tepeaca, Puebla.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

en el mar hollando las inconstantes olas del salobre elemento, tan sin afán y trabajo, que así caminaba sobre las aguas contenta y gustosa como si fuera por senda y camino de la tierra más llana y firme, llena de grandes y buenas esperanzas de llegar a un muy deseado puerto. Pero cuando más confiada de su próspera fortuna y apetecida prosperidad, surcaba las olas del soberbio e hinchado elemento admirada de pisar con huellas tan firmes las procelosas espaldas del altivo mar, por lo ágil y constante de su espíritu; le salieron al encuentro dos encrespadas y encontradas olas en forma de palma o guadañas que, formando una cruz, le aguaron el gusto con que navegaba y la volvieron al puerto de donde había salido, asustada y temerosa. Y a la verdad, ¿quién sin temor y cansancio navega? ¿Quién de las borrascas, con razón siempre temidas, hace sendas del todo seguras? O es Cristo o está asegurado de la protección de su infinito poder. Aun en la cabeza de la Iglesia parece que castigó Dios esta [texto tachado] confianza, cuando viendo que hacía del fluctuante elemento la poderosa planta del divino maestro tierra firme, [Apostilla: Mateo 14] quiso también san Pedro caminar sobre lo mal seguro de las aguas, y se arrojó a ellas para gozar la misma esencia y privilegio. [Apostilla: san Pedro Crisólogo, Sermón 45] Y porque no presumiese competir con la grandeza y soberanía de su señor, permitió la suprema majestad se viese a pique de anegarse, y que saliese a salvo a fuerza de voces con que llamó y gritó a la misericordia infinita.

[259] No entendió ni penetró Catarina la ya insinuada visión. Y así, preguntó su significación a uno de los cortesanos del cielo que la asistía. El cual le respondió: “Eso lo entenderá muy bien el licenciado don Joseph Boccanegra”. Había éste hecho el arco triunfal con que recibió esta muy noble y ostentativa<sup>109</sup> ciudad de los Ángeles el año antes, al excelentísimo señor duque de Veraguas; y en el principal lienzo de la pintura, formó sobre el mar un vistoso carro de plata tirado de cuatro caballos en que venía navegando gustoso su excelencia, prometiéndose a sí y a todos estos reinos una deseada y muy cumplida felicidad, que atajó la inopinada muerte en medio de los públicos regocijos y reales recibimientos. Pero aun con esta respuesta, quedó confusa y dudosa la sierva de Dios. Y así, volvió a decir a los celestiales espíritus: “Que se lo explicasen mejor, pues sabían que era una tonta e incapaz”. Entonces le dijeron: “El contento que tú llevabas sobre las aguas del mar y el que traía el duque cuando venía surcando las olas, es muy

---

109 Que hace ostentación de algo.

parecido al que lleva el personaje para quien se previene el hospedaje en Tepeaca; y le ha de suceder lo mismo que a ti y al duque”. Explicada así la visión, vino nueva<sup>110</sup> a esta ciudad de Puebla que salía de México, donde acababa de ser virrey el excelentísimo señor marqués de Mancera; y que la excelentísima señora marquesa, su mujer, venía tan enferma como deseosa de embarcarse para España. Y con esta noticia entendió nuestra ilustrada Catarina, que la señora marquesa era el objeto o sujeto de todas estas visiones y que se habían de aguar las esperanzas con que caminaba, cogiéndole la muerte en el pueblo de Tepeaca.

[260] En estas visiones y su declaración se confirmaron más, desde el día en que llegaron sus excelencias a esta imperial y muy noble ciudad de Puebla de los Ángeles; porque luego le mostraron muchos lutos que se estaban cortando en las casas de algunos de los sastres de esta ciudad que ella conocía. Y juntamente, se puso en su presencia un ojo muy grande, aunque marchito, y enramado con tres como cadenillas, el cual sin faltar un solo instante de su vista se fue poco a poco obscureciendo, hasta que lo vio totalmente apagado y muerto en la misma hora que murió la señora marquesa en Tepeaca, de donde se recurrió a esta ciudad por los lutos que no pudieron hacerse en la pobreza y miseria de un pueblo de indios. Tuvo el mundo por desdichada esta muerte; pero entre los sabios del cielo, espero, se celebraría por felicidad debida a la grande misericordia de Dios y a los ruegos de esta su sierva, que ayudó a su excelencia con tiernos clamores y eficaces oraciones. Hacen estima de esta vida los que no ponen los ojos en la eterna. Mas, ¿quién, si es cuerdo, no tendrá por mejor estado aquel beatísimo que este calamitoso?; aunque en esta cuenta se pongan los ricos más acomodados, porque si les cuentan las pensiones de su felicidad, ninguno se hallará que esté gustoso con su estado. La muerte no es mal moral ni le trae consigo, que sólo es cesación de la vida. Luego, si en todos los estados es al hombre la vida penosa, había de ser la cesación de las penas agradable. Así lo sentían naciones enteras, de las cuales refiere Filón: “Que amaban y buscaban a la muerte con tanta ansia, como si por ella esperaran inmortalidad”. [Apostilla: Filón de Abraham] Y otras se leen en las historias, “que mataban a sus ancianos por remedio, para excusarles de las desdichas de la vejez; porque tenían por mejor no ser que vivir en calamidad”. Estos eran sentimientos de la bárbara gentilidad, pues sólo puede matar el que es

---

<sup>110</sup> Noticia.

dueño y señor de la vida y de la muerte. Pero aun entre los católicos, se debe calificar de honesta la sentencia de Hilario Arelatense:<sup>111</sup> “Que no es la muerte pena si no acarrea penas”. De donde infiere: “Que la muerte de los justos no es pena porque no da pena. Es gloria porque ocasiona glorias”. [Apostilla: Hilario Arelatense, *Vida de santo Honorato*] Replicará el tímido: “Que teme la muerte porque no sabe su último paradero”. Este era uno de los sentimientos de Séneca, cuando dijo: “Conozco este mundo y no el camino del otro. Hay infierno y temo caer en él”. [Apostilla: Séneca. *Epístola* 82] Pero respondo: “Que si sabrás mejor mañana lo que dificultas hoy. Si siempre lo has de ignorar y es forzoso el morir, ¿de que aprovecha el horror? Obra bien y sabrás en pocos días, lo que sin ese cuidado ignorarás en vida larga. Obedece a Dios y no temas las tinieblas, cuyo miedo se ha de vencer con ánimo valeroso no con dilación. Si el temor sirve de diligenciar, el evitar el riesgo es loable. Si temes para atormentarte y no obras tu salud, eres necio y empiezas a castigarte por tus culpas; pues lo que ha de vengar el fuego, comienza a castigar tu temor”. Dice san Fulgencio: “Temamos nuestras obras, que no tenemos otra cosa que temer en la muerte”. [Apostilla: san Fulgencio Sermón 1.] De su hermano Sátiro, dijo san Ambrosio: “Que murió a los peligros, no a la vida; porque con una muerte se libró de los riesgos de pecar y de los miedos de otras muchas”. [Apostilla: san Ambrosio. *Orat. de habitu Satiro*] Ni tuvo por desgraciadas san Agustín todas las muertes repentinas, pues dijo: “Que no era mala muerte la del justo, aunque fuese sin confesión; porque es mejor no tener pecados que hacer penitencia de ellos”. [Apostilla: san Agustín *De civitate Dei* libro 2 capítulo 24.] Murió la excelentísima señora una agradable muerte, porque murió contrita y con todos los sacramentos, trocando gustosa esta miserable vida por la eterna felicidad; como debemos con piedad esperarlo, fundados en las esperanzas de una apetecible muerte. Deseó el confesor de Catarina saber qué bien había recibido la sierva de Dios de la señora marquesa, para que sintiese su agradecida caridad los ardores y tormentos que solían ser ciertos y felices anuncios de los trabajos de sus bienhechores. Y averiguó, que había gozado de algunas limosnas de las que con liberalidad repartía su excelencia por mano ajena siendo actualmente virreina, y se las comenzó a premiar Dios en esta vida, dando noticia a esta escogidísima alma para que con sus ruegos, oraciones y un continuo padecer alcanzase una buena y

---

111 San Hilario, monje del siglo v.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>

dichosa muerte para su bienhechora, que escondía la mano para hacer bien como otros la escoden para hacer mal. Sírvanos finalmente esta excelentísima señora marquesa de ejemplar, para que ejecutemos aquel tan antiguo como cristiano refrán: “Haz bien y no cates a quien”.

#### *4. De otros caballeros particulares que experimentaron el valor de la intercesión de esta sierva de Dios*

[261] Concurrí en la ciudad de Mérida y provincia de Yucatán con el señor don Sancho Fernández de Angulo y Sandoval, gobernador y capitán general actual de aquellas provincias, en ocasión que cayó gravemente enfermo. Y dilatándose la enfermedad, fue siempre crecido el riesgo de su vida, hasta llegar a perderse las esperanzas de que aprovecharan humanos remedios, principalmente en tierra donde no había médicos ni medicinas. Causó grande sentimiento en toda la jurisdicción este accidente, porque todos le reconocían por defensor y padre de la patria, por la suavidad y vigilancia de su gobierno; así como los de Cumaná<sup>112</sup> donde gobernó antes, mostrándose gran guerrero y capitán entre los católicos, discurrió como sol por toda la esfera de sus jurisdicciones, ilustrando, influyendo y vivificando en todas partes. En tres años sujetó en Cumaná el gentilismo congregándole en pueblos políticos y cristianos, y para la conservación de su cristiandad fundó y unió ciudades de españoles en calidad y gobierno político y militar entre los mismos gentiles nuevamente convertidos. Asistió en persona a sus reducciones y a las empresas que le ofreció para ostentación de su valor la tierra desarmada, indefensa y combatida de repetidos y bárbaros acometimientos heréticos y gentílicos, reprimiendo y reduciendo a éstos con amor y temor, y castigando a aquellos que tenían por oficio —para sustentarse y aun enriquecerse— repetir y continuar entradas en las unas y otras jurisdicciones, robando y matando como si fueran absolutos dueños de las vidas y tierras católicas y de sus costas. De las cuales, se retiraron aterrados del nombre y valerosa vigilancia de nuestro gobernador, de manera que en todo el tiempo de su gobierno no se atrevió Francia, Inglaterra y Holanda, de cuyas heces se componen las traidoras huestes que infestan nuestros mares, a pisar la tierra que estaba a la protección y defensa de este ejemplar de grandes

---

<sup>112</sup> Sancho Fernández de Angulo y Sandoval fue gobernador de la provincia de Nueva Andalucía (antes Cumaná) de 1669 a 1674. Posteriormente, fue gobernador y capitán general de Yucatán de 1674 a 1677.

y buenos gobernadores. Con deseo pues de que se dilatase más esta vida para los empleos del bien común y gloria de las dos majestades, recurrí por cartas a la intercesión y oraciones de la sierva de Dios, rogando al confesor que la asistía entonces le encargase de mi parte la vida y salud del insinuado caballero. Y habiendo tenido noticias con las respuestas de mis cartas, que había puesto en ejecución mi ruego y que Catarina había caído enferma gravísimamente hasta llegar a punto de muerte; con la nueva de mi petición, me persuadí quería el Señor conceder salud y larga vida a nuestro doliente. Y con esta piadosa confianza fundada en multiplicadas experiencias, rogué al gobernador que pues nos enseñaba el tiempo que los médicos y medicinas ayudaban más al achaque que a la salud, dejase y apartase de sí todas las recetas de los curanderos de aquella desprovista provincia y se pusiese en manos de Dios, que era el único y verdadero médico de la sanidad. Lo hizo así y con su determinación se reconoció la mejoría. Y sobreviniéndole una insaciable sed, se entregó al agua de los pozos de la ciudad de Mérida que juzgo ser la peor del mundo, y con ella recobró enteramente la salud al juicio de los hombres; ignorando de dónde y por qué mano le vino la sanidad milagrosa, que espero, será para mucha honra y gloria del Altísimo y bien de sus creaturas. Le acontecía a Catarina lo que dice el profeta Isaías de Cristo: “Que sus dolores y enfermedades fueron nuestra salud”. Así, esta sierva del Señor tomaba en sí las penas de los prójimos y padecía sus enfermedades; porque lo mismo era curar enfermedades que padecerlas, o era lo mismo padecerlas en sí que curarlas en los otros; pues era una misma cosa querer curar que querer adolecer. Y así, cuando le decían “que rogase a Dios por un enfermo en el alma o en el cuerpo”, solía responder a sus confesores: “¡Oh, si supierais la pesada cruz que ponéis sobre mis hombros!”. Porque previendo con ciencia superior la enfermedad ajena y todos sus términos, prevenía la dolencia y enfermedad propia; y con el sufrimiento de sus más rigurosos tormentos, hacía merecimiento para la salud ajena, ofreciendo su padecer por la salud de los otros y su vida por evitar la muerte de sus recomendados. Adolecía porque sanasen y moría muchas veces porque viviesen. Y cuanto más penaba por ellos, tanto más valía para el bien de las creaturas y gloria de Dios por quienes ofrecía su vida.

[262] El señor don Juan Miguel de Agurto, oidor más antiguo de esta Real Audiencia de México, después presidente de la de Guadalajara y de la de Guatemala, donde fue por merced de su majestad, gobernador y capitán general, pasó por esta ciudad de Puebla y teniendo noticia —no sé por qué

arcaduces<sup>113</sup>— de la virtud y santidad de Catarina, se entró a deshora, después de la oración, por no causar nota y ruido exterior —que un gran caudal de capacidad todo lo previene—, en el pobre albergue de la sierva de Dios, y ocultándole la grandeza de su persona y dignidad por no asustar a la que vivía escondida y anegada en una profunda humildad, le pidió: “Le encomendase a Dios como a uno de los más necesitados de este mundo”. Le respondió con tales, aunque pocas palabras, que se persuadió el noble caballero había penetrado Catarina todos los secretos de su corazón y lo que le había de suceder en el gobierno de las provincias de Honduras, tan dilatadas, que en la Europa se apellidaran reinos. Quedó tan asegurado de que era el espíritu de Dios el que le había hablado por boca de su sierva, que estableció correspondencia de cartas con el confesor de esta esclarecida virgen, sólo para asegurarle agente de las oraciones de su penitenta. Pasó el gobierno de Guatemala con tal acierto y felicidad, que aun los que conocían antes lo noble, suave y pacífico de su natural, notaban se había mudado de bueno en mejor. Al volver de estos reales empleos, vino a visitar a Catarina y le manifestó un ardiente deseo que tenía de pasar a España y morir en su patria. Y ella le respondió: “A España irá vuestra señoría a morir, no lo dude”. Sucedió así, porque dentro de poco tiempo le vino promoción para uno de los reales consejos de Madrid, donde murió tan recién llegado que no parece fue a otra cosa que a morir en España.

## CAPÍTULO 19

DE OTROS CASOS PARTICULARES QUE MANIFIESTAN LO ADMIRABLE DEL VALOR DE SU INTERCESIÓN, Y CON ESPECIALIDAD DE SU ESPIRITUAL ASISTENCIA A LA FLOTA QUE LLEGÓ A LA NUEVA ESPAÑA EN EL AÑO DE MIL SEISCIENTOS Y OCHENTA Y SIETE

*1. De lo que debieron algunos de los ladrones y otros delincuentes a las oraciones de la venerable Catarina de San Juan*

[263] Veía esta ilustrada y favorecida virgen con mucha especialidad, las desgracias que sucedían y habían de suceder en la ciudad donde vivía. Si

---

<sup>113</sup> Recurso para conseguir algún fin.



bien se extendía y alcanzaba su superior vista al horizonte de todo el mundo, haciéndose presente a las ciudades o despoblados donde se ejecutaban los desafueros y violentos hurtos, o representándosele las tragedias del universo en su presencia y dentro de esta esfera natural de su vista, mirando las acciones, oyendo las voces, y aun tocando con las manos los instrumentos de las desgracias de los agresores y personas desgraciadas. Otras veces, lo veía por una como claraboya, ventana o resquicio, que le servía de antejo de larga vista y le hacía presentes los objetos más remotos. Muchas de sus visiones —como consta de la historia— eran apocalípticas y enigmáticas, que entendía ordinariamente al tiempo que la bañaba la soberana luz con los caudales de sus resplandores, aunque tal vez se obscurecía su inteligencia y explicación al comunicarlas con sus confesores. Otras de estas visiones no penetraba la sierva de Dios y las comprendían sus padres de espíritu; y solían ser las doctrinales para sus mismos confesores, de que se ayudaban para gobernarse y regirse a sí y a su penitente. Algunas veces parecían o eran estas celestiales luces ininteligibles, y no se le daba ni comunicaba a ella ni a sus padres espirituales el conocimiento, hasta que con el hecho y sus efectos, se verificaban y hacían evidentes las soberanas visiones con que le ilustraba el cielo. Pero tenía ya algunas reglas generales tan apoyadas de la experiencia, que como de principios ciertos infería varios sucesos futuros en el mundo, cuya verdad confirmaban las desgracias e infelices acaecimientos. Viendo sangre derramada, infería luego que habían de fraguarse pendencias,<sup>114</sup> saliendo de ellas heridos y muertos algunos, según era la abundancia de sangre vertida; y se verificaba luego en las muertes violentas con espadas o bocas de fuego. Cuando oía llover recio en tormentosos aguaceros sin que cayese una sola gota de agua en la tierra, aseguraba desgracias, ya a los abrasados impulsos de rayos; y ya sustos y miedos causados de las horribles tempestades y horrorosos truenos. Cuando veía llover materias venenosas y asquerosas o correr ríos de podredumbre, prometía epidemias generales. Y así decía: “Presto veremos en la ciudad, en la provincia o en el reino, enfermedad universal que durará poco o mucho tiempo”, según el torrente de los ríos turbios que pasaban a su vista y según la continuación de los aguaceros violentos.

[264] Ana de Morales, vecina de esta muy noble ciudad, fue bienhechora de esta sierva de Dios, y se lo pagó su Majestad concediéndole todo

---

114 Contienda, riña de palabras o de obras.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>  
2019.

lo que Catarina pedía para ella y sus familias. Ya anciana y de muchos años, tuvo esta piadosa mujer una gravísima enfermedad, y desahuciada de los médicos ocurrió a las oraciones de su querida Catarina, y clamando ésta a la Omnipotencia le alcanzó quince años de vida. Pasados éstos se vio por segunda vez en las garras de la muerte y volviendo a valerse de su intercesora, mereció que le permitiese la infinita bondad otros quince años de más dilatada vida, los cuales cumplidos, murió en paz tan cargada de años como de achaques. Ésta misma fue la que se valió de la sierva de Dios para librar de la horca a un ahijado suyo, ladrón de ganzúas, a quien había cogido la justicia con el hurto en las manos y lo tenía sentenciado a muerte. Pero resplandeció más en el mundo en esta ocasión la divina misericordia, movida de los clamores y lágrimas de la piadosa Catarina, que la infinita justicia de Dios, que concurre y se agrada de las rectas y ajustadas sentencias de sus ministros. Pues no son menos gloriosos triunfos en sus divinos ojos, los castigos de los facinerosos y malhechores que los premios que se franquean a los debidos méritos de sus justos. Porque tantas veces, como muestra el supremo legislador que hay gloria y galardón para el bueno, quiere también que se entienda que hay pena y castigo para el malo; y que no menos se glorifica y ensalza su santísimo nombre con las ignominias y afrentas que por sus pecados merecen los delincuentes, que se engrandece con las coronas y lauros de sus escogidos. No valió en este caso a los jueces humanos su rectitud y justicia, porque se puso de parte del reo la divina misericordia, obligada de las lágrimas y peticiones de esta poderosa virgen, que con encarecidas instancias rogaba: “Saliese el delincuente libre y sin costas de la prisión”. Permitió finalmente el Señor que remitida la causa por vía de apelación al superior gobierno, reconoció éste alguna nulidad en los autos, y dando la sentencia por nula multó al juez ordinario y condenó al reo a servir en la armada con sueldo; plaza que piden y pretenden otros con méritos. Los unos y los otros jueces procedieron con rectitud a los ojos de Dios; pero su Majestad permitió un yerro material, porque supiésemos lo mucho que valía y podía la intercesión de su querida esposa.

[265] Se cometió en esta ciudad un gravísimo delito contra la real majestad y contra el bien común, y reconocido por sus efectos empezaron los celosos ministros de nuestro rey y señor a hacer las debidas diligencias. Prendieron los legales jueces varias personas sospechosas y entre ellas al malhechor —no digo el año ni otras circunstancias, porque no ha mucho que sucedió este caso—, un pariente del agresor, temeroso de que resultase

en él o en sus parentelas algún daño o infamia, se fue desalado<sup>115</sup> al común asilo y poderoso patrocinio de la oración de nuestra Catarina, rogándole encarecidamente: “Rogase al Señor no saliera a lo público aquel delito ni los que lo habían cometido, sino que se quedase así”. Y para que se acordase la sierva del Señor, le dejó en la mano una estampa de la encarnación del eterno Verbo. Le respondió esta compasiva y piadosa virgen, como quien preveía lo que había de suceder: “Que se lo rogaría a la misericordiosa Omnipotencia; que se consolase y no dudase que se quedaría así”. Oró Catarina y pidió con tan enternecidos clamores y fervorosa oración, que parece infundió Dios en los entendimientos de los jueces y de sus inferiores ministros un inculpable olvido, una inopinada suspensión del horrible crimen de lesa majestad, y en una total desatención a los indicios que les movieron a la prisión. Porque consiguió la sierva de Dios se quedase tan así, que no se volvió a hablar en la materia y lo que más es, que ni aun entre el vulgo y gente popular, tan ociosa como novelera, dejó lugar el olvido para el acuerdo. A los presos se les fue dando libertad en las visitas de las cárceles, tratándoles los jueces con la piedad que pide la inocencia; porque todos deben ser tenidos por buenos mientras no se compruebe su malicia. Bien reconozco que los enemigos de las justicias y émulos de la rectitud de los jueces, discurrirían en los conciliábulos nocturnos y en los corrillos de su injusta y torcida intención, lo que dijo el otro político: “Que el que hurta con consideración; esto es, tanto que habiendo para satisfacer al que envidia, para acallar al que acusa, para inclinar al que juzga sobre mucho, para el mismo delincuente de pocas leyes es convencido. Y sólo de aquél tiene noticia la horca, que hurtó tan poco, que antes de la sentencia faltó que le pudiesen hurtar”. [Apostilla: Sócrates] Pero este es sentir de un gentil, indigno de imitación en el cristianismo; porque aunque no ignoro que el angélico doctor llamó al oro: “Fiador de toda necesidad; el que todo lo consigue, el que sale a todo, el más abonado fiador que hay en el mundo, pues el que tiene dinero lo tiene todo. Si uno tiene necesidad de nobleza, él suple esta falta; y aunque sea descendiente de Judea, le hace descendiente de las montañas de León y Burgos. Si tiene necesidad de discreción y ciencia, le dan el oro y la plata tanta sabiduría, que puede apostárselas con los siete sabios de Grecia. Si falta hermosura y belleza, el oro afeita y hermosea el rostro más feo. No hay finalmente necesidad, no hay aprieto de que no

---

115 Ansioso, acelerado.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

saque, no hay peligro de que no libre, no hay defecto que no absuelva”. [Apostilla: santo Tomás. *De regimine principum*, t. 2, capítulo 19] Y por esta razón, dijo otro con gracia y festivo donaire que: “Don dinero es gran caballero”.<sup>116</sup> Pero no es menos poderosa la oración de los justos, pues es el oro y la plata espiritual de la casa de Dios con que se alcanza y consigue todo cuanto se pretende. La oración es la que hace a Dios que envaine el estoque de su rigor, la que le quita el azote de la mano y detiene el ímpetu de su cólera, la que le mueve a misericordia y alumbra a sus ministros para que obren lo que se juzga conveniente en el altísimo y rectísimo tribunal de su eterna sabiduría. ¡Oh! ¡Si acabáramos de entender cuánto es el poder de los justos y amigos de Dios, y cuán poderosa es la valentía de sus oraciones! Bastantes testimonios nos ofrece la suma sapiencia en sus sagradas escrituras, de donde podemos inferir que las súplicas y ruegos de sus escogidos le tienen como atado de pies y manos, de manera que parece que no puede o que no quiere castigar menos que con su permisión y licencia. Por este motivo, notaron los sagrados intérpretes: “Que no permitió Dios, mientras vivió Samuel, la sangrienta guerra en que quedaron castigados y muertos miserable y afrentosamente el rey Saúl y sus hijos”. Dice el real profeta: “Con la oración hallaron los israelitas cuanto deseaban, comprando libertad, salud, alivio y descanso en los trabajos que padecieron en el desierto o presos en los oscuros calabozos o tenebrosas cavernas, donde enfermaron con las calamidades y trabajos que padecieron”. [Apostilla: Salmo 106] Aun en la ley de gracia, parece quiso el supremo legislador que advirtiésemos lo que tenemos en los justos, sus amigos y validos, lo que pueden y valen sus ruegos y determinaciones; pues allá en la empírea corte espera el mandamiento de prisión o soltura de san Pedro y sus sucesores; no soltando sino es a quien diere el apóstol y primer ministro de su Iglesia por libre, ni aprisionando sino a quien juzgare por digno de cárcel. Veneremos con cristiandad y cordura las sentencias de nuestros superiores y jueces, a quienes asiste con especial providencia para el acertado gobierno de sus fieles.

[266] Estando un día disponiéndose para recibir a Cristo sacramentado nuestra esclarecida virgen, se le representó su divino amante cerca del sagrario de nuestra iglesia, en forma de quien esperaba se repitiesen los tormentos de su sagrada pasión. Vio al mismo tiempo no lejos del Señor, en forma de sayón a uno de los vecinos que componía lo noble y lustroso de

---

116 Francisco de Quevedo y Villegas, en el famoso *Poderoso caballero es Don Dinero*.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

esta imperial república de Puebla de los Ángeles. Le pareció que este hombre poderoso —aunque es el caso tan público y autorizado con autos, no quiero decir el nombre de quien encerraba en su inhumano pecho tan espantosa alevosía— embestía coléricamente arrebatado a su redentor, y que después de haberle dado una gran bofetada, lo asíó sacrílegamente encarnizado de la garganta, y pretendía con furor y rabia quitar a su Majestad la vida. Se compadeció la sierva de Dios con la representación de su fino amante y único esposo herido, afrentado y maltratado. Y con igual lástima y dolor miró la ceguedad de la creatura, que arrebatada del torrente rápido de su altiva cólera e irritada soberbia, se atrevía a poner las manos en quien era señor y dueño de la vida y de la muerte. Pidió Catarina con ardientes lágrimas y enternecidos suspiros a la inmensa bondad: “Alumbrase y perdonase a este pecador tan ciego como atrevido”. Y respondía Dios a los ruegos de esta su querida esposa, manifestándole por segunda vez al agresor en su propia carroza, entre humaredas de un espeso humo y entre llamas de un tenebroso fuego. No entendió por entonces la sierva de Dios el significado de estas visiones; si bien, quedó muy recelosa de alguna extraordinaria y fatal desgracia en la persona que se le representaba delincuente y aun homicida. Pasaron algunos días y sucedió que se encontró este republicano con otro vecino de buenos respetos, aunque de menos dineros y caudal. Y jugando ambos a dos los filos de las lenguas, quedaron igualmente heridos y se imaginaron con igualdad agraviados; se introdujo la cristiana piedad a componerlos y se reconciliaron por interlocutores con apariencias de verdadera amistad, otorgándose de la una y otra parte los rendidos y debidos perdones. Vino en estas amistades tan de veras y con tan sano corazón el más pobre de los dos combatientes, se creyó y fio tanto de su antiguo enemigo, que en un día de aquellos en que recibió contrito y confesado el santísimo sacramento, le envió a pedir licencia para entrar en su casa y darle humilde y postrado en tierra, satisfacción de las palabras que le había dictado la enfurecida cólera y desenfrenada ira a pesar de la propia voluntad, que era de servirle y amarle con las finezas de una estrecha y desinteresada benevolencia. Encubrió el rico y poderoso el veneno de su solapada malicia, ofreciéndole la casa, hacienda y todo su poder para asistirle, obligado de sus tan nobles como católicas atenciones. Con esta respuesta se aseguró el incauto mancebo de las palabras y promesas con que le lisonjeaba su antiguo enemigo; y se le entró por las puertas protestando la sinceridad de su ánimo, la bondad de su corazón y el arrepentimiento de su involuntario y colérico desacierto. Le recibió con halagüeño semblante y político rendimiento; y para encubrir

mejor su engañosa y refinada maldad, le suplicó subiera a visitar a su mujer para que reconociese que todas las personas de su familia estaban satisfechas y le eran afectas con una verdadera, cristiana e indefectible unión de amor y caridad. Subió el inocente, confiado y aun agradecido a este inopinado favor y se sentó en presencia de la mujer y de su reconciliado amigo en una fila que le tenían prevenida, pegada a una antepuerta de otra sala y recámara interior donde estaba escondido y armado con una barreta<sup>117</sup> de hierro un esclavo del dueño de la casa. Y con ella dio un desaforado golpe en el cerebro al que había venido a establecer una buena y eterna amistad con todos los de aquella traidora y alevosa familia. Cayó en tierra y fuera de sí el incauto y demasiadamente confiado joven; y así pudieron muy a su salvo y sin riesgo quitarle la vida, como lo ejecutaron traidores y femenidos. Ocultaron el cuerpo o dándole sepultura dentro de la casa o en el campo. Dieron libertad al esclavo, y porque quedase más seguro el secreto lo remitieron premiado y enriquecido a otro reino.

[267] Con estas diligencias, creyó el infeliz homicida quedaría para siempre oculto su alevoso y abominable homicidio. Y a la verdad en las circunstancias de una pública y establecida amistad entre personas nobles cristianas, ni el celo de los jueces pudo presumir tan cruel y escandaloso hecho, ni los maldicientes murmuradores se atreverían a manchar el honor de tan acreditados agresores. Pero Dios, a quien nada se le esconde y penetra los arcanos de los humanos corazones, se valía de los mismos hombres para pedir cuenta al homicida y fiscalizarle el delito; como lo hizo por sí mismo, con el otro fiero y traidor Caín que quitó la inocente vida a su hermano Abel. [Apostilla: Génesis 4.] Le preguntaban muchos: “Por su reconciliado amigo que se había desaparecido”. Y respondía: “Por ventura, ¿soy yo guarda de mis amigos? ¡Qué sé yo dónde está!” Reconociéndole el supremo legislador negativo, dispuso con su altísima providencia que viniese a noticia de todos el agresor de tanto delito. Porque sin otro indicio que ver un alcalde mayor al esclavo libertado caminar tan bien proveído y acomodado, le prendió y aprisionó hasta saber quién y por qué causa le había con la libertad enriquecido y aviado con tanta magnificencia para pasar a otro reino. Con esta sola diligencia se turbó, asustó y confesó su maldad y la de su amo, que luego que tuvo noticia de la prisión de su criado se ausentó de esta ciudad fugitivo; perdiendo de un golpe, casa, hacienda y el buen crédito

---

117 Barra o palanca pequeña de hierro que usan los mineros, los albañiles y otros.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

de su cristiandad. Luego que supo Catarina la voz común que corría de tan escandaloso hecho, pidió y clamó por la salvación de los malhechores, y se puede piadosamente creer lo consiguió. Porque el negro esclavo murió dispuesto y arrepentido en una horca y a su amo se lo mostró el Señor muchos años después, moribundo en otro lugar muy distante de esta ciudad, donde vivía una vida miserable disfrazado y desconocido, y ya muerto se lo dejó ver en carrera de salvación para que le ayudase con sus oraciones a entrar en la celestial corte y vivir una vida dichosa e inmortal.

[268] Veneremos en este extraordinario y raro caso, los juicios altísimos e inescrutables de la suma sabiduría de Dios, su incomprensible bondad e infinita misericordia, y lo que valían para con su Majestad las oraciones de esta su sierva, pues se valió de sus ruegos para salvar justos y pecadores. Y saquemos para nuestra enseñanza el dictamen de aquel antiguo refrán: “Que quien tiene enemigos no duerma”. Sírvanos de ejemplar la prudencia del santo rey David, cuando habiendo obligado a su enemigo Saúl, con manifestarle: “Que quien tan a su salvo le cortó en una lóbrega gruta un jirón de la real vestidura, le podía haber cortado el hilo de la vida”. [Apostilla: 1 Reyes 24] Y correspondiendo Saúl, protestó con lágrimas y sollozos de que había hecho una de las más hazañosas proezas y la acción más magníficamente generosa que de hombre, en historias y anales, se había leído. Con todo eso, añade el sagrado oráculo: “Que el real profeta con la gente que le seguía, se retiraron y fueron a buscar lugares más secretos y seguros, no fiándose de la reconciliación que había hecho con él su enemigo”; porque nunca pudo persuadirse que Saúl había de continuar aquel propósito de no hacerle mal que hizo con lágrimas y suspiros, por el conocimiento que tenía de que la malicia y rencor de su enemigo había llegado a lo sumo. Dice el Abulense: “Y obró en esto cautísima y prudentísimamente David. Pues aunque estamos obligados a otorgar el perdón al enemigo, a hacerle bien y a amarle de todo corazón; no somos forzados a creerle, ni a fiarnos de sus palabras y promesas”. [Apostilla: Abulense] Porque como dijo el otro poeta griego: “No hayas miedo, que por dejar de creer a tu enemigo y fiarte de él te venga ningún daño”. [Apostilla: Grac. Poe.<sup>118</sup>] Y a este propósito parece que viene como literal aquel célebre lugar del Eclesiastés: “A tu enemigo eternamente no le creas, en ningún tiempo te fíes de él; pues aunque tenemos obligación de amarle, de ninguna manera estamos obligados a creerle

---

118 Seguramente es la abreviatura de poeta griego.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>



ni fiarnos de él”. [Apostilla: Eclesiastés 12]. Y es en tal grado verdad esto de no creer a nuestros enemigos, que vino a poner aquel insigne jurisconsulto Próspero Farinaccio<sup>119</sup> esta notable conclusión, en aquel famoso tratado que hizo de las calidades de los testigos: “Al enemigo nunca se ha de creer aunque sea en el artículo de la muerte; donde parece que el natural más feroz y el ánimo más protervo suele amansarse rendido y apaciguarse postrado”. Y añade: “Que aunque haya recibido el santísimo cuerpo de nuestro redentor Jesucristo, siendo preguntado de alguno de quien se sospeche que es o ha sido en algún tiempo enemigo, no se le ha de creer lo que dijere y atestiguar”. [Apostilla: Próspero Farinaccio q. 53, número.11] Fiemos de Dios que es el único y verdadero amigo, y no de los hombres que pueden abrigar en sus inhumanos pechos doblez, mentira y crueldad alevosa.

## *2. Prosigue la materia del valor de su intercesión para con otros necesitados y malhechores que se valieron de sus oraciones*

[269] Por el mes de enero de mil seiscientos y setenta y cuatro, estando descubierto el Señor en la iglesia de nuestro colegio del Espíritu Santo; vio ante la divina presencia sacramentada una llama, tan ardiente y voraz, que le pareció se cebaba en mucha y amontonada paja. Causó en la sierva de Dios esta visión tal turbación e inquietud, que como si ella se hallara dentro de aquel incendio, se vio obligada a llamar a su confesor para que mirase lo que ella veía llena de admiración y espanto. Bajó el padre con quien entonces comunicaba su conciencia, y diciéndole: “Que no alcanzaba su vista a reconocer lo que le refería”; le aseguró Catarina: “Que lo estaba mirando con más certidumbre que lo que veían sus ojos. Y que estuviese cierto era aquella visión símbolo de un gran castigo que hacía Dios fuera de la ciudad”. El día siguiente vino noticia a la ciudad de Puebla, de que tres o cuatro salteadores habían robado honra y hacienda a un pobre hombre que iba de camino con su mujer; el cual, luego que llegó al primer pueblo, sentido y como fuera de sí de los agravios que había padecido y de las extorsiones que había experimentado, mandó decir una misa a san Antonio y echó aceite en su lámpara pidiendo con fervorosa oración a la majestad de Dios: “Declarase su inocencia, castigando a los delincuentes y malhechores”. El efecto de esta oración y petición fue bajar fuego del cielo, o como otros

---

<sup>119</sup> Legista italiano de la segunda mitad del xvi.

escribieron, salieron del centro de la tierra unas abrasadoras llamas que, cebando su incendio en un zacatal donde se habían retirado a saltar o dormir los malhechores, los convirtió en ceniza a todos, librando sólo uno a quien perdonó el fuego la vida porque quedase un testigo de vista en el mundo para referir el suceso; aunque con un brazo baldado,<sup>120</sup> que agostó y secó el fuego porque sirviese de ejemplar para el escarmiento. Por éste pidió y rogó la sierva de Dios al supremo juez, porque se continuasen en él las divinas misericordias: “Y que supuesto que en esta vida había experimentado el fuego tan abrasador que parecía y se equivocaba con el de la otra, no cayese en el eterno que quema y no gasta, abrasa y no consume”.

Pero la conclusión de toda esta visión, verificada y atestiguada con el hecho, fueron estas las palabras de Catarina: “Procuremos no enojar a los justos, si no queremos experimentar los rigores de la divina justicia”. Como si nos dijera: “Que temamos y nos abstengamos de maltratar a sus escogidos, porque es honra y gloria de Dios el volver por ellos, y a trueque de conservarles en su crédito y reputación, no reparará en desenvainar la espada de su recta justicia y el riguroso estoque de sus justas venganzas, atropellando por toda la naturaleza sólo por sacar libre al inocente y al justo”. Sírvanos de ejemplar para el crédito de esta verdad, la vituperiosa afrenta que hicieron al profeta Eliseo aquéllos descomedidos rapaces, cuando le llamaron “calvo”, [Apostilla: 4 Reyes 2] diciéndole a gritos: “¡Sube calvo, sube calvo!” Pues maldiciéndolos en nombre del Señor con un justo enojo y cólera santa, salieron a tomar venganza del afrentoso agravio dos tan membrudos como crueles osos, que cebando su irritado furor y saña en los cuarenta y dos muchachos tan sobremanera atrevidos, fueron sangriento triunfo de su cólera y lastimera victoria de sus garras. Así sabe el Señor defender a sus siervos y castigar la alevosía de quien los persigue y afrenta.

[270] A tres de enero de mil seiscientos y ochenta y uno, se entró después de la oración en casa de Catarina un hombre con traje y ademanes de soldado, que apeándose de un brioso caballo en que venía, se entró en el pobre retrete de la sierva de Dios con pasos de valiente y amagos de restado, o por explicarme mejor, con movimientos de un mancebo fanfarrón y despechado. Empezó la visita diciendo en lugar de las comunes saluciones: “Madre Catarina, quedémonos solos porque traigo un negocio de mucha importancia que comunicarle”. Se turbó la recatada virgen viendo tan a

---

120 Inútil.

deshora un hombre en su presencia, y rehusando la conversación dijo a las muchachas que estaban con ella: “Que no se saliesen”; y al joven intruso, con tan humildes como recatadas palabras, le aseguró: “Que era una bozal e incapaz para que se le comunicasen negocios de monta. Y que si era caso de conciencia recurriese a los confesores y ministros del Señor, pues eran los intérpretes de su ley”. Y el mancebo le respondió con desembarazo: “Que ya había corrido esos caminos y llamado a esas puertas sin hallar consuelo, ni otro remedio que venir a buscar por medio de sus oraciones el alivio que deseaba”. Y mandando apartarse a la gente que allí estaba, cogió una silla de palo que halló a mano y se sentó cerca de la sierva de Dios. Y dándole medio real, le dijo: “Que pusiese una candela a uno de los santos de su devoción, porque tenía mucha necesidad de su asistencia”. Replicó Catarina: “Que si era pobre, guardase su medio, que ella no tenía necesidad de ese socorro para poner candelas a sus santos”. Añadió el afligido y apurado caballero: “Que no era pobre. Que hacienda y haciendas le había dado el Señor, pero que lo traía tan acosado el enemigo y se había apoderado tanto de su corazón, que le ponía ya a la vista sogas y lazos para ahorcarse; y que apenas tenía él fuerzas para resistir a los impulsos y batería del enemigo”. Había ya vuelto en sí la honestísima virgen, y se le había ya templado la turbación que con el temor y susto de la inopinada visita oprimía y fatigaba su corazón. Y así, pudo con suave y templada voz decirle: “Señor, esos lazos que le ofrece Lucifer no le pueden hacer grave daño, porque con un no quiero y un desprecio se ahuyenta el Demonio y se cortan y se rompen sus redes. Mire vuestra merced si tiene en casa algún otro lazo más fuerte y peligroso con que esté aprisionado y en cautiverio su alma”. Dijo el huésped: “Ese es Catarina, ese es mi trabajo, mi mayor tormento, y toda la ocasión de las melancolías y tristezas que me traen a valerme de tus oraciones; porque ha muchos años que tengo conmigo ese lazo en unión de mala amistad, arraigada, fortalecida y afianzada en multiplicadas prendas y obligaciones de amor”. Instó la sierva de Dios: “Pues si eso es tan difícil como lo pinta vuestra merced, procure sacramentar esa unión con la bendición de Dios y de su santa Iglesia, y cortará de una vez y romperá las cadenas y prisiones de Satanás, que pretende con la cercanía de esa ocasión aprisionarle eternamente en su cruel y tiránico cautiverio”. Le respondió: “No puede ser eso porque está de por medio el qué dirán, mi crédito y mi reputación”. Concluyó Catarina: “Sí puede ser; que la gracia de Dios puede más que el mundo y que el infierno, y la honra de la eternidad es la que importa y la que ha de valer y prevalecer contra la fantástica vanidad de los hombres y

todos sus respetos, tan terrenos como soberbios”. Se mudó con las voces de esta ilustrada virgen el afligido mancebo, se le aclararon los ojos del alma y le pareció no había dificultad en ejecutar el uno y otro remedio que le ofrecía esta prudentísima alma. Le pidió “le hiciese una cruz en el pecho y que le rezase un credo, y que le hiciese otra cruz sobre la cabeza rezándole un padrenuestro”. Ella le dio gusto en todo lo que le pedía por que se fuese en paz y la dejase en su retiro. Y al despedirse, le dijo: “Si no me fuere bien volveré a verla, dando por razón que en todo el tiempo de la visita había estado con consuelo su espíritu y en amable quietud su corazón”. Pero Catarina le aseguró, diciendo: “No volverá vuestra merced porque ya se acabó su tribulación”. Y sucedió lo que ella le dijo con la ejecución de uno de los dos medios que la sierva de Dios le había propuesto.

[271] Comparemos el poder de la oración de esta esclarecida virgen con el poder de la ocasión que tenía aprisionado a este hombre, que no había podido romper este lazo ni esta argolla más fuerte que si fuera de acero y bronce, con los remordimientos de su conciencia, con las amenazas de los predicadores, ni con los consejos y exhortaciones de los confesores. A todos se resistía, de todos triunfaba y se ostentaba invencible; porque como notan y nos advierten a cada paso los santos, exhortándonos a que nos apartemos y huyamos de la ocasión, ninguno puede presumir se librará de sus garras ni vencerá su monstruoso poder conque al más valiente derriba, humilla al más brioso y al más presumido rinde. Nos sirva de apoyo un encarecimiento del divino apóstol san Pablo, cuando refiriendo los trabajos y afanes que por la evangélica predicación padecían, dijo: “¡Ay de nosotros, que tenemos el rico y opulento tesoro de las gracias y virtudes del Señor encerrado en frágiles vasos de quebradizo barro! ¡Pero buen ánimo, que aunque somos arrojados no perecemos!” [Apostilla: Segunda epístola de san Pablo a los corintios 4] En las cuales palabras, en sentir de Teodoreto, quiso decir el gran predicador de las gentes: “Andar entre maldicientes y no maldecir; entre gente perdida y no precipitarnos; ser combatidos de tantas ocasiones y no rendirnos. Árboles parecemos —¡Oh, milagro! ¡Oh, prodigio!— que en medio de las abrasadoras llamas arrojan verdes ramas, y que fértiles crecen con lo que abrasados habían de consumirse”. [Apostilla: Teodoreto] Bien puede acontecer, que luchando un hombre armado de lágrimas y oraciones a brazo partido con un ángel, quede victorioso como otro Jacob, y que el Señor se deje vencer y dé muestras de ser vencido; pero ponerse a lidiar con una ocasión y no ser de ella rendido y avasallado es moralmente imposible. Por eso el otro inocente y cándido mozo José,

cuando se vio combatido de la disoluta hembra, mujer de Putifar,<sup>121</sup> con halagos, palabras y la importunidad de sus lágrimas, puso tierra en medio, huyó veloz y escapó ligero; como pareciéndole que era imposible batallar y vencer contra el poderosísimo enemigo de esta ocasión, si no era apartándose del peligro en que estaba. [Apostilla: Génesis 39] Esta enseñanza dio la sierva de Dios a este afligido hombre que se valió de sus oraciones y del valor de su intercesión, pidiendo a Dios su remedio y al mismo necesitado que se apartase de la mala amistad, que era la causa de su infeliz estado. Y por haber seguido el consejo de Catarina, triunfó de nuestros tres mayores enemigos y vivió en paz una dichosa y católica vida.

[272] Semejante caso le sucedió con otro eclesiástico docto, grave y de la primera autoridad en el reino. Andaba éste humillado muchos años había con otra ocasión, cayendo y levantando para volver a caer en el altamar de su peligro en el que vivía engolfado. Era muy devoto del arcángel san Miguel y para lograr su patrocinio le fue a visitar a su principal santuario, donde estando un día arrepentido e implorando el angélico auxilio, le respondió el glorioso príncipe de las milicias celestes en su imagen, con voces o señales sensibles: “Que ya Dios le había perdonado por su intercesión, pero que si volvía a la culpa, experimentaría sin duda los rigores de la divina justicia”. Quedó como fuera de sí, atónito y pasmado con el aviso del santo arcángel; pero volviendo después en sí se repitió la lucha de la pasión envejecida, aunque enfrenada con el temor del castigo. En este combate de los violentos impulsos que le provocaban y de los miedos que le ponía una rigurosa amenaza, buscó a nuestra Catarina. Y refiriéndole el caso y la batalla en que estaba, le preguntó: “Si sería cierto el castigo en la reincidencia”. Se turbó la sierva de Dios con la inopinada pregunta de un sabio hecha a una ignorante, y mucho más previendo el peligro con soberana luz, del que avisado de san Miguel vacilaba ya inconsciente en el arriesgado mar de su tribulación. Le respondió confusa y asustada: “Señor, con esos casos a los confesores y hombres doctos, que yo haré en salvarme. Pero advierta vuestra merced cuán ciego está con las espesas humaredas de la pasión, pues viene a aprender de quien no sabe y llega a dudar del castigo con que le amenaza el cielo, por medio de uno de sus arcángeles y soberanos príncipes. Y aunque esto faltase, ¿puede faltar por la luz de la fe que nos enseña que

---

<sup>121</sup> Putifar, funcionario egipcio, había comprado a José. La mujer de Putifar intentó seducirlo repetidamente, sin que José cediera.

toda culpa grave, y mucho más la de la reincidencia, provoca la ira de Dios a una rigurosa y justa venganza? Tema vuestra merced y espere. Espere el castigo si vuelve a su pecado, pues Dios no es menos justiciero que misericordioso”. ¡Caso raro! Que el que se había resistido al aviso de un celestial parainfo se rindió a la voz de esta pobre mujer. Y siguiendo su consejo, dando crédito a sus palabras y ayudado de sus oraciones, se apartó de la ocasión y se puso en andar de un hombre ejemplar, justo, perfecto y santo.

*3. De otros casos particulares que demuestran que la sierva de Dios era el refugio común de los fieles en sus necesidades, y de la especial eficacia de sus oraciones para con sus bienhechores*

[273] Era tan grande el concepto de la privanza y poder que tenía el mundo para con Dios de su sierva y querida esposa, que acudían a ella de todas las cuatro partes del orbe los afligidos y necesitados; unos por cartas escritas a esta bienhechora común que no sabía leer ni escribir; otros por sus confesores; y finalmente, otros poniéndose en camino para conseguir por su intercesión el remedio o el alivio de sus necesidades y trabajos. Así lo ejecutaban los enfermos, los tentados y los que querían elegir con acierto un nuevo estado. Y aunque ella hundida en lo profundo de su humildad y de su nada, remitía a todos estos pretendientes a sus confesores y otros hombres doctos, mostrándose sentida y agraviada de que acudiesen con cosas de tanta monta a una miserable pecadora, bautizada en pie y tan ignorante, que no sabía ni aun rezar el rosario de su señora la virgen María; con todo eso, los encomendaba a Dios y avisaba a su propio confesor lo que su Majestad le daba a entender para que él, gobernado de la virtud de la prudencia y soberana luz de la fe, les diese o no la respuesta; como se ejecutaba muchas veces con felicidad y se remediaban innumerables necesidades de alma y cuerpo. Con esta muy apoyada experiencia, acudían muchos fieles a confesarse con los padres de espíritu de esta escogidísima alma, por el interés y conveniencia de participar más de cerca la intercesión de esta singularísima creatura, tan querida y favorecida del Altísimo. Pero aunque daba frecuentemente la ya insinuada respuesta, y por medio de sus confesores se mostraba protectora del bien común, muchas veces arrebatada del encendido amor y abrasada caridad con sus prójimos, y de los soberanos impulsos que le comunicaba el divino Espíritu que la asistía benigno, respondía por sí misma y alumbraba con superiores luces a los necesitados que acudían humildes a pedirle sus oraciones.

[274] Doña Juana Mejía Moscoso, mujer de su casero, el capitán don Hipólito del Castillo y Altra, cayó enferma de muerte; y su marido, con la confianza y cotidianas experiencias que tenía del valimiento de Catarina para con Dios, le rogó encarecidamente: “Pidiese a la divina majestad la salud de la enferma, porque le había de hacer mucha falta para la crianza de sus hijos y gobierno de su casa”. Lo hizo así la sierva de Dios por algunos días, y siempre le daban inteligencia de que no había de pasar adelante el vital aliento de aquella matrona cuerda, prudente y santa. Pero como no revelaba a su casero cosa de las que oía y entendía, la instaba por momentos: “Que pidiese y clamase por la vida de su consorte”. A estas repetidas instancias le respondió un día, precautelando el darle con determinación la triste y llorosa nueva de que se acercaba la muerte de la venerable matrona: “¡Ea, señor don Hipólito! ¡Buen ánimo! Que uno de los dos ha de ir ahora, o vuestra merced o su esposa. Compónganse allá ambos hados<sup>122</sup> con Dios que lo quiere así”. El dicho capitán no le fue más importuno sobre este negocio. El achaque de la doliente se fue cada día agravando y la enfermedad, o porque tuvo noticia del dicho de su querida Catarina o por contingencia, o por especial moción e ilustración del cielo, que tales luces no desdijeran de su mucha virtud; pedía muchas veces en presencia de las que la asistían a su creador, “que la llevase a ella y no a su esposo, que haría más falta para la crianza de sus hijos y poner en estado a sus hijas”. Como lo pedía la noble señora se lo concedió el Todopoderoso. Pero al llegar al último término de la vida y terrible trance de apartarse el alma del cuerpo, que era bien a deshora de la noche, cuando cercada de los de la familia que le asistían y entre los desfallecimientos, ahogos del pecho y apreturas del corazón, enajenamientos de los sentidos exteriores y últimos parasismos, la ayudaban con los poderosos nombres de Jesús y María, y la exhortaban a decir el credo; se entró Catarina por la puerta de la recámara donde estaba la moribunda; y aunque ésta estaba ya sin vista y conocimiento, de lo que no podía ver ni oír, abrió los ojos del cuerpo, y entre la gente que rodeaba la cama empezó a buscar a la sierva de Dios, y habiéndola conocido le dijo por señas “que se acercase y le diese la mano”. Lo hizo así Catarina, y al darse las manos las dos miró la enferma hacia el cielo y dio juntamente el espíritu al Señor, con el consuelo y admiración que se puede discurrir entre los de esta noble

---

122 Fuerza desconocida que, según algunos, obra irresistiblemente sobre los dioses, los hombres y los sucesos.



y muy cristiana familia, que discurrían que el pedir la venerable matrona la mano a esta su querida y amada virgen, fue implorar el auxilio de sus oraciones y el valimiento de su intercesión para salir con felicidad de esta mortal vida y entrar gloriosa en las eternas moradas de la gloria. Le preguntó su confesor a Catarina “la causa de haber subido tan a deshora al cuarto de la enferma”. Y le respondió la sierva de Dios: “Que estando en su pobre retrete, se la representó el Señor a la moribunda, y que impelida e inspirada de su ángel que le dijo que fuese a ayudar a su amiga y bienhechora, subió a asistirle en los últimos alientos de la vida”. Así sabía la caritativa virgen favorecer a los que le hacían bien, sin perdonar trabajo por asistirlos.

[275] Con esta dichosa muerte de la noble señora, quedó su marido el capitán don Hipólito del Castillo y Altra, lleno de gozosas y tiernas alegrías, y pasando el tiempo proporcionado al duelo y sentimiento debido a tan inestimable pérdida, comenzó a vacilar y dudar sobre el estado que le convenía escoger. El quedarse en el de viudo con tan numerosa y tan niña familia, le parecía muy penoso y aun infeliz, con la consideración de la enseñanza y doctrina del Eclesiastés: “¡Ay del solo! Que si cayere no tendrá quien le dé la mano para levantarse, ni hallará quien le aliente ni ayude”. [Apostilla: Eclesiastés 4] Verdaderamente las mujeres buenas son el alivio, el consuelo y los relojes del concertado gobierno de las casas, donde viven recogidas, sujetas y obedientes a sus esposos. “Pero cuando no son tales —dice la lumbrera del mundo, san Agustín—, que admitir a una de ellas por esposa es admitir por compañera una gran miseria y una terrible calamidad, un ejército de afanes, estruendos y ruidos; porque entrar una mujer de mala calidad en casa, es entrar una nube, una tempestad y un nublado que granice, arroje y fulmine pesadumbres, desasosiegos y querellas”. Por esto refirió san Jerónimo este funeral epitafio, que vio en un sepulcro donde yacían dos casados: “Huésped, detente, que te desafío para que llesves un raro milagro qué contar, un increíble prodigio qué referir. Que aquí en este sepulcro no riñen, ni litigan el marido y la mujer, que muertos viven en paz”. Porque como es tan ordinario y común estar los casados en la compañía de los sinsabores y en la guerra de los desabrimientos y riñas, no litigar y reñir —aun cuando están hechos polvos y cenizas— es caso digno de ponerse en el mayor lugar de las maravillas y prodigios. Con estos conocimientos dudaba el ya insinuado capitán don Hipólito en la elección del estado que le convenía, y por no errarlo se valía de la intercesión de la sierva de Dios, mostrándosele muchas veces importuno con ruegos y súplicas para que lo consiguiese de la eterna sabiduría, que es la que inspira, mueve y dispone lo que conviene a sus

creaturas. A todos estos ruegos, respondía humillándose como acostumbraba, “de que sus oraciones no valían, ni podían; pero que ya suplicaba al Señor le diese salud para criar bien a sus hijos y dar estado a las hijas”. Otras veces le respondió: “Que rogaba a la divina majestad enterase las legítimas maternas a los que se las pedían”. Su noble casero se afligía con las respuestas de su querida Catarina, pareciéndole que sus respuestas no decían con el fin de sus deseos y santas pretensiones, que eran el saber si le convendría el elegir o no elegir segunda vez el estado del matrimonio. Y la ilustrada virgen se apuraba de que no le entendiese sus respuestas, pues lo que le quería decir era, “que se ahorrarse de los muchos casamientos que le salían, y que tratase sólo de componer las cosas y dependencias de su primera mujer difunta; y que a su tiempo dispondría Dios el segundo matrimonio que deseaba”. Consiguió todo lo que convenía, porque desvaneciendo y deshaciendo el Señor repetidos tratos de varios casamientos que se le ofrecieron, tuvo tiempo para satisfacer a las partes que pretendían las legítimas maternas sin dejar de ser importuno, aunque con discreción, por no ser molesto a la sierva de Dios que le exhortó en una de estas importunaciones o ruegos, “que procurase hiciesen las señoras religiosas del convento de la Concepción, un novenario a la milagrosa imagen de nuestra Señora que tenía en su celda la venerable madre María de Jesús, y que con esta diligencia conseguiría lo que tanto deseaba”. Después de esto dijo Catarina a su confesor: “Ya me lo ha prometido el Señor porque le he clamado, siquiera porque me deje este mi casero con su pretensión”. Y añadió: “Pero no ha de ser con la que él presume sino con otra, de quien no tiene conocimiento ni noticia”. Y se verificó esto, de manera que llegando a esta noble ciudad una niña que acababa de venir de España en compañía de una hermana suya casada, se trató y efectuó en dos o tres días con ella el casamiento.

[276] En el tiempo de las comunes alegrías de estos honestos desposorios, padeció nuestra esclarecida virgen con extraordinario y excesivo rigor, penas, dolores, tormentos y unos sustos y temores que le ocasionaban congojosas agonías de muerte. Y en estos desfallecimientos se le representaba el recién desposado gravemente enfermo y que entre mortales parasisms, le pedía encarecidamente algunos días de más dilatada vida. Ella le respondía con la profunda humildad que siempre mostraba en semejantes peticiones: “Que eran poco fervorosas sus oraciones para con Dios, pero que clamaría con instadas súplicas al Señor por su salud y porque se le aumentasen los días de la vida”. Parece fue previsión de lo que había de suceder, porque pocos días después enfermó en la realidad su casero. Y en los términos

peligrosos del achaque veía la sala que había estado ricamente vistosa y vistosamente aderezada para las ostentativas y alegres demostraciones del casamiento, toda cubierta y entapizada de atezados lutos y vestida de bayetas, en donde residía afligida y llorosamente tierna la nueva desposada. Y refiriendo Catarina esta visión a su confesor, añadió: “No se morirá ahora mi casero. Su hijo, el mayor, será el muerto”. Y sucedió como lo había previsto la sierva de Dios. Porque el capitán don Hipólito del Castillo sanó y pocos meses después murió el licenciado don Juan del Castillo y Altra, que era el mayor de sus hijos, con grandes demostraciones de sentimientos de la nueva madrastra y con especialísimos favores que recibió de la mano liberalísima de Dios, por las oraciones y merecimientos de la venerable Catarina en su muerte y en el purgatorio, de donde vino repetidas veces a pedir y valerse de su intercesión. Y le ayudó la sierva del Señor con continuo y precioso padecer, y con los tiernos clamores que llegaban a herir y contrastar los senos de la divina misericordia, hasta que vio salir de aquella terrible y tenebrosa cárcel de nobles su dichosísima alma en forma de una cándida paloma, arreada y vestida con los cuatro dotes de gloria para la triunfante morada y celestial Jerusalén.

[277] Volvió a enfermar de muerte a mediado enero de mil seiscientos y ochenta el dicho capitán don Hipólito del Castillo. Y la esclarecida virgen repitió sus ruegos y peticiones para que no se cortase el delicado hilo de la vida de su bienhechor, obligando al supremo juez con copiosas lágrimas y con las razones de su singular agradecimiento, por haber comido su pan y los demás beneficios que con caritativa ostentación experimentaba en las nobles atenciones de su afecto y querido casero. En una de estas ocasiones en que batallaba la piedad de Catarina con Dios, le respondió su Majestad: “¡Ea, deja eso!” Obedeció la sierva de Dios, persuadida que ya el Señor le había concedido lo que le pedía; y con esta piadosa y bien fundada esperanza, pasó a pedir por otros de los necesitados del mundo. Pero reconociendo que se iba agravando cada día más la enfermedad de su enfermo, repitió con mayores ansias los ruegos y tiernas súplicas al Señor y único dueño de la vida y de la muerte. Estando pues un día en esta lucha con su creador, que hacía el que no la oía por que más le instase y más le pidiese; vio bajar de la celestial corte dos bienaventurados vestidos de las luces y resplandores de una inefable gloria, que acercándose a esta sierva del Señor formaron en su pobre tarima un estrado de santa conversación para estar en visita con esta escogidísima alma. Trataron en primer lugar de las grandezas de aquella superior basílica del empíreo, que Catarina no supo ni pudo

explicar. Se humanaron después los personajes celestes dándose a conocer a la sierva de Dios, y entendió ésta que estaba en visita con doña Juana Mejía Moscoso y con el licenciado don Juan del Castillo y Altra, mujer e hijo del noble capitán don Hipólito. Y dándoles nuestra esclarecida virgen los parabienes de la eterna felicidad que poseían, dio paso y entrada a que le rindiesen los agradecimientos de lo mucho que les había ayudado en vida y muerte, para la posesión de una gloria donde vive en seguridades el alma, en dichas el corazón, en gusto los sentidos, en quietud la voluntad; donde nada es pena, todo es una amable y apetecible bienaventuranza. Porque allí se ignora la desunión, la paz goza firmeza, el trato es de los cielos, las condiciones de unos ángeles, el agrado sin liviandad, la igualdad con orden, el saber sin ignorancias, el querer sin bajíos, la comunicación sin tedio. Nada es molesto ni embarazoso, todo es gusto, todo es deleites, todo glorias. Con estos conocimientos que le comunicaban los dos ciudadanos del cielo, la encendieron en deseos de habitar en aquellas dichosas y perennes moradas donde se eternizan las felicidades, y le aumentaron los impulsos de su caridad y abrasado amor para que clamase y padeciese porque subieran a aquella triunfante Jerusalén todas las creaturas redimidas y lavadas con la sangre del Cordero; que es el objeto de todos los bienaventurados, la fuente de todos los bienes juntos y el manantial de todo lo que se puede desear y gozar. Entre estos amorosos afectos de la eterna felicidad, le pidieron los dos cortesanos celestes implorase del Señor una buena muerte para el enfermo don Hipólito, porque le faltaban pocos días de vida. A que respondió la ilustrada Catarina: “No está cercana su muerte, ni morirá de esta enfermedad. Aún le faltan muchos años de vida”. Le replicaron con muestras de admiración, que de dónde le había venido aquella tan oculta noticia. Y dijo: “Entre los secretos que tiene Dios depositados en mi corazón, anda este cierto conocimiento. Y así, no duden vuestras mercedes que le faltan muchos años de esta vida mortal, en que podrá merecer muy altos grados de la inexplicable gloria para que fuimos creados, después de haber amado y servido a nuestro dios y señor”. Con esta respuesta se desapareció la visión y se acabó la celestial visita, y la sierva de Dios quedó confusa y temerosa de haber errado en la conversación con personajes tan soberanos y gloriosos y de tan superior esfera.

[278] No dudo notará el piadoso lector en la insinuada visión, lo extraordinario de que un alma enclaustrada en la cárcel de su cuerpo pudiese dar noticia de secretos ocultos a unas almas santas y bienaventuradas, que por su excelso estado parece habían de ser las que iluminasen y enseñasen

a los que viven una vida mortal y corruptible. Aun hablando santo Tomás de los ángeles, pone en cuestión, “si acaso los inferiores iluminan alguna vez a los superiores”. Y resuelve el angélico preceptor: “Que los espíritus inferiores nunca enseñan, ni alumbran a los superiores y mayores en dignidad”. [Apostilla: Santo Tomás. i.p.q.106 3. in Corp] Pues si entre los cortesanos del empíreo se observa este orden, ¿cómo se hará creíble que unas almas gloriosas recibiesen nuevas luces y noticias de una creatura terrena y en lo natural ignorante? Responderá el docto con san Crisóstomo, “que muchas veces los mismos ángeles han preguntado a los hombres, mostrándose ignorantes, para enseñarnos con su ejemplar humildad de que no nos avergoncemos de ignorar y preguntar a otros hombres cuando fuere necesario aprender de ellos”. [Apostilla: San Crisóstomo. Homilía 58 sobre Génesis] Y en prueba de esta verdad, trae el santo por confirmación el ejemplo de Jacob cuando batalló con el espíritu angélico toda la noche pidiéndole su bendición, y cuando le hubo vencido, le preguntó el ángel al echarle la bendición: “¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu nombre?”; no indignándose de aprender del mismo Jacob con muestras de que era ignorante. Y con más claridad y extensión, confirma esta misma doctrina el glorioso san Crisóstomo, explicando lo que escribió el apóstol san Pablo a los de Éfeso, donde dice el grande predicador de las gentes: “Que los principados y potestades del cielo aprendieron de él algunos de los misterios de Cristo”, [Apostilla: Epístola de san Pablo a los efesios 3] por el tenor de las palabras siguientes: “A mí, el menor de todos los santos, me ha sido concedida tal gracia para evangelizar y predicar a las gentes los investigables misterios de Cristo, y hasta las potestades y principados celestes aprendan de mí y vengan a su noticia por la que tiene la Iglesia, por la cual alcancé la ciencia y la sabiduría inescrutable de Dios”. Sobre las cuales palabras dice también Teofilacto:<sup>123</sup> “Que verdaderamente los ángeles ignoraron muchos misterios de nuestra santa fe y que Cristo los reveló a los apóstoles, y especialmente a san Pablo de quien los aprendieron. Porque habiendo descendido del cielo la sabiduría eterna y humanándose entre los hombres, quiso que subiesen de la tierra al cielo muchas noticias ocultas a los cortesanos de la gloria”. [Apostilla: Suárez de Ang. l.5, capítulo 6, número 20] Y por lo menos, de muchas circunstancias, efectos y frutos de los divinos misterios, afirman comúnmente los padres y doctores de la Iglesia, “que los aprendieron los

---

123 Teofilacto de Nicomedia, obispo del siglo VIII.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>

ángeles de los apóstoles”, ordenándolo así Dios para mayor honra de sus primeros discípulos y ejemplo de los hombres. Porque si los paraninfos celestes no se avergonzaron de aprender de los hombres, con cuánta más razón hemos de preguntar y aprender los unos de los otros, sin presumir mayorías y excepciones de ajenos magisterios. Se despidieron las dos insinuadas almas de Catarina, con demostraciones que ignoraban el último término de la vida del capitán don Hipólito, dando muestras de que recibían de la sierva de Dios, luz y noticia de su dilatada vida. Determine ahora el sabio si fue esto así o si fue sólo misterio y enseñanza, porque no nos avergoncemos de preguntar y aprender de aquellos a quienes tenemos en menos, pues cualquier resolución es forzoso ceda en gloria del Altísimo y mayor honra de su sierva.

[279] Al capitán don Francisco Romero Moscoso y a todos los de su familia reconoció esta esclarecida virgen por bienhechores suyos. Agradeció sus liberalísimas beneficencias con continuas oraciones, a que correspondió el cielo con maravillosas y soberanas luces. Me dijo “les había dicho muchas cosas que se habían verificado con el hecho, y que otros muchos más secretos les había callado por entender les convenía su oculta ciencia”. Aún viven los de esta noble prosapia y no sé con individuación lo que convendrá o no convendrá que ignoren. Y así, omito por ahora todos mis apuntamientos.

[280] Otro personaje de primera clase la apuraba con multiplicadas importunaciones, le alcanzase Dios cierta comodidad temporal. Y previendo la sierva de Dios el impedimento que ponía a las divinas misericordias, le dijo: “Yo lo encomendaré a la divina majestad, y abra vuestra merced la mano para con Dios y sus pobres si quiere conseguir lo que desea”. No entendió el pretendiente de conveniencias humanas las palabras de nuestra virgen Catarina; y así prosiguió siendo importuno en las súplicas de que le encomendase a Dios, sin dar paso en obras de caridad y piedad con el Señor ni sus pobres. Encomendaba a Dios Catarina el negocio de esta persona con especial amor y deseo de conseguirlo; y siempre que oraba y pedía se le representaba el corazón de este avariento, asido y como espetado con todas sus riquezas, en un asador o garfio. Afligida con esta visión tan continuada, dijo un día a su padre espiritual que sabía muy bien la pretensión del rico, pobre inoportuno: “¿Cómo le han de ayudar mis oraciones ni valer mis ruegos, si tiene cerrada la mano y aprisionado con garfios de hierro su corazón? Dígale vuestra merced que aprenda de Dios, que abre la mano con liberalidad dándole a él no sólo lo necesario, sino franqueándole más de lo suficiente. Y así, que no se contente en dar al mendigo y necesitado

lo preciso y forzoso, sino mucho más de lo que pide su necesidad; porque lo que no diere se ha de quedar acá y lo que esparciere entre los pobres lo hallará en el cielo”. Parece que había leído la sierva de Dios a san Juan Crisóstomo donde dice: “¡Ah, corazones cobardes y cuitados pechos! ¡Ah, humanas mezquindades! ¡Qué mal correspondéis a las franquezas divinas! En dando un pedazo de pan, un medio o una nada al pobre, imagináis ya que toda vuestra hacienda se ha desperdiciado, no reparando que no el dar sino el dar franca y abundantemente es lo que se llama limosna, cortada a la medida de la mano liberal de Dios”. [Apostilla: San Crisóstomo 9 a Corintios sermón 21. in exor. mor.]

[281] Cierta señora acudió a la venerable Catarina muy afligida porque se le descarnó y empezó a menear un diente, rogándole “le alcanzase de Dios no se le cayese”. Se rio la sierva del Señor y le dijo: “Ya todos los míos se han caído y tengo el consuelo de que no me pueden causar pena, ni dolor. Pero vaya vuestra merced con esa desgracia a mi confesor, que si él dice que pida a la divina majestad el remedio de esa necesidad, yo encomendaré a Dios, aunque tan mala, a vuestra merced. Si bien mis oraciones ni pueden, ni valen”. Se despidió la afligida señora y fue a ver al confesor. Y en el camino advirtió que se le andaban todos los dientes y muelas como si estuvieran en actual batalla los unos con los otros. Creció la congoja y llegó mucho más asustada a referir su infelicidad al padre espiritual de Catarina, que sin poder disimular la risa la consoló, diciendo: “Que encargaría a su penitenta encomendase a la divina Omnipotencia se fijasen los dientes”. Lo ejecutó Catarina por orden de su confesor y se arraigaron los dientes de la afligida mujer, que no se hartaba de dar gracias al Señor por este beneficio.

[282] Doña María Berrueco, creo se llamaba una señora de esta ciudad, que encargó encarecidamente a nuestra Catarina pidiese a Dios la salud para don Francisco Javier de Vasconcelos, nieto suyo que había enfermado de muerte. Dijo la esclarecida virgen: “Yo lo haré. Pero advierta vuestra merced que si sana el niño, se ha de morir luego su padre”. La piadosa señora que estimaba mucho al hijo y al padre, respondió a Catarina: “Ruega al Señor hija, por la salud del enfermo, y obre su Majestad lo que fuere servido”. Pidió la sierva de Dios lo que le habían encomendado. Y sanó el niño enfermo y murió su padre, para prueba de la eficacia de la intercesión de la esclarecida virgen y de la previsión de este suceso futuro.

[283] Acudían muy frecuentemente los fieles a valerse de su intercesión para hallar las cosas que se les perdían. Y entre ellos, llegó un pobre a rogarle pidiese a Dios, “apareciesen unas mulas que eran todo su remedio y el



sustento de su casa”. Le consoló diciendo: “Vaya vuestra merced en casa de tal arriero que está de partida para la tierra adentro, y entre las demás mulas de la recua hallará vuestra merced las suyas aparejadas y bien cenadas”. Fue lleno de esperanzas el pobre afligido donde le había dicho la sierva del Señor y reconociendo sus mulas, las llevó a su casa sin que hubiese quién le preguntase del derecho que tenía para llevárselas.

[284] Otro hombre que quería mucho a su mujer, que se le había huido de casa preñada de dos meses, se valió de Catarina rogándole, “alcanzase del Señor apareciese porque estaba a pique de perder el juicio de sentimiento”. Le respondió: “No se desconsuele tanto vuestra merced, que no está esa su mujer perdida sino escondida por espantada. Trátela vuestra merced con amor y cariño, y no con gritos, que es tímida. Y en prueba de que la sacó de su casa el temor y no otra causa, espérela vuestra merced esta noche después de la oración porque a esa hora se la traerán sus parientes”. Sucedió todo como se lo dijo la venerable Catarina. Y el hombre tomó su consejo y vive hoy en unión de verdadera paz y caridad con su querida esposa.

[285] Coronemos este párrafo con otra autoridad de primera clase y de toda excepción. Pasó por esta ciudad de los Ángeles, el señor don Juan de Arechaga, oidor más antiguo de la Real Audiencia de México y su presidente, en ocasión que pasaba al puerto y provincia de Campeche. Visitó a nuestra Catarina y le pidió: “Encomendase a Dios la felicidad de su viaje”. Le respondió la sierva del Señor con la humildad que acostumbraba, “que lo haría aunque sus oraciones valían poco o nada”. Pero ellas fueron tan continuas y fervorosas, que sacándola fuera de sí, se hizo presente en espíritu al dicho señor togado por todo su camino y navegación, con tal especialidad e individual conocimiento de los parajes donde paraba, que pudiera el confesor a quien Catarina comunicaba entonces los secretos de su conciencia, contar las jornadas, decir y dar razón de todo lo que pasaba en tan dilatado como penoso viaje. Y sin faltar de su lado en la acertada ejecución de sus comisiones en aquellas provincias, se halló también presente en espíritu al embarcarse para volver al puerto de la Nueva Veracruz, con tanta prosperidad, que dijo la sierva del Señor a su confesor: “Muy feliz ha sido la navegación de aquel grave personaje con quien fui y he vuelto de Campeche, y tú se lo oirás cuando llegue a esta ciudad”. Confirmó el hecho lo que dijo Catarina, porque al entrar en el colegio del Espíritu Santo, el señor oidor ponderó la prosperidad de su comisión y camino, diciendo en presencia del padre espiritual de la sierva de Dios: “Con muy dichosa felicidad me ha traído Dios a este reino, porque en la mar, desde la hora en

que nos embarcamos, logramos un favorable viento, tan eficaz y suave, que cuando pensábamos haber andado poco, nos hallamos a vista del puerto de la Nueva Veracruz. Sea Dios bendito y glorificado por este singular beneficio”. Con esto, quedó asegurado el confesor de todo lo demás que le había dicho Catarina, como quien había sido testigo de vista en una espiritual asistencia de las jornadas, parajes y operaciones que le acreditaron siempre de gran juez, gran gobernador y muy ilustre senador, compuesto de una universidad de talentos y singulares prendas y virtudes, pues sin declinar a los extremos de la justicia y clemencia, atendió a los intereses justos de su rey sin empobrecer ni causar discordias entre los vasallos. Casi el mismo caso sucedió en otra ocasión, en que pasando el mismo señor oidor por la ciudad de Puebla con comisiones de materias bien peliagudas a la ciudad de Oaxaca, repitió la visita a la sierva del Señor y ésta al despedirse, le dijo: “Bien saldrá vuestra merced, aunque no le faltará un susto o un cuidadillo”. Que se reconoció verificado, porque al volver de la comisión se le desapareció una mula de carga en que venía todo lo actuado; pero paró sólo en susto o cuidadillo que lastimó por dos o tres días y se templó con haberse hallado la mula sin desperdicio de lo que venía dentro de la carga.

*4. De cuán favorable fue a la flota que entró en el puerto de la Nueva Veracruz el año de mil seiscientos y ochenta y siete, la asistencia espiritual de esta sierva de Dios, acompañada de doña Juana Morales de Irazoqui*

[286] En los números pasados he especificado algunas cosas particulares que pueden atestiguar los que aún viven, para la comprobación de la santidad, profecías y poderoso valor de la intercesión de la venerable Catarina en el tribunal de la inmensa bondad e infinita misericordia del Altísimo. En éste pretendo dar otro testigo más que ahora se cuenta en el número de los muertos, y yo le alcancé en vida, traté y comuniqué con título de primer y último confesor suyo, con tanta satisfacción de mi corto caudal que no dudaré darle título de *Segunda maravilla de la gracia y segundo prodigio de la Omnipotencia en este dilatadísimo orbe y grande imperio*, si el cielo me diere la vida para sacar y poner a la luz del mundo su historia, persuadido que puede servir así a la mayor honra y gloria de Dios; como a una de sus vírgenes escogidas, natural de la nobilísima e imperial ciudad de los Ángeles, donde nació y murió. Y con especial servirá de idea y maravilloso ejemplar a las muchas almas que se dedican a servir con perfección al divino esposo. Tuvo por nombre en lo natural, doña Juana Morales de Irazoqui;

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

y en lo espiritual y frecuente comunicación con los ciudadanos celestes, Juana de Jesús María. Esta prudentísima virgen me ha de hacer el plato en este párrafo, prestándome sus noticias soberanas para confirmación del asunto de este capítulo. Y a su tiempo, espero, me haga la autoridad su angélica vida, si se dilatase por el mundo con instrumento de los moldes, comprobada de doctores místicos, escolásticos y de razones teológicas eficaces o congruentes, proporcionadas a lo que pidiese la materia; porque no apoye su incredulidad el poco saber de los indoctos o el mucho presumir de los que saben algo, con el argumento de los discípulos de Pitágoras que decían: “No busquemos otra razón ni de más otro fundamento que el haberlo dicho el maestro”.

[287] Estuvo la sierva del Señor Catarina de San Juan todo el año de mil seiscientos y ochenta y siete, tirada en el duro ataúd de un lecho y terrible catasta de enfermedades y crueles martirios que le tenían en fuertes y rigurosas prisiones el alma y cuerpo, encarcelados todos sus sentidos y potencias en tenebrosos calabozos de obscuridad, y en las lóbregas cavernas de los desamparos y tan penosas desolaciones que no lo acaban de explicar los místicos y experimentados, sino comparándolo con los tormentos y congojosas amarguras de un infierno, no eterno sino temporal. Pero en lo horroroso de estas tinieblas, no dejaba de tener en la superior parte del alma muchas celestiales luces con que le manifestaba la bondad inmensa de nuestro creador todas las necesidades del mundo, para usar del atributo de la infinita misericordia con las creaturas redimidas con su preciosísima sangre, por el sumo y meritorio padecer de su querida esposa. Uno de estos secretos que le comunicó la eterna sabiduría, fue el peligro y riesgo en que se había de ver la flota que entró en el puerto de la Nueva Veracruz, el año de mil seiscientos y ochenta y siete a catorce del mes de septiembre. Comenzó a tener esta previa noticia muchos días antes que sucediese, porque en todo el mes de agosto y principios de septiembre dijo repetidas veces a su confesor: “No sé qué quiere Dios de mí, porque me lleva al mar. Y aunque se mira mi espíritu en una placentera tranquilidad y segura bonanza, se me representa en el fondo y más profundo de mi alma, alterado con contrariedad de vientos y oposición reñida de las encrespadas olas”. Pocos días después de la natividad de nuestra Señora, dijo al mismo confesor que gobernaba su alma: “Días ha que me llevaron al mar. Y ando en él entre sustos, temores y borrascas, clamando por la flota y sus navegantes. No puedo decirte más ni explicar lo que por allá pasa, porque está en prisiones de obscuridad mi alma. Oye y da crédito al ángel que llega a tu confesionario —así llamaba

ordinariamente Catarina a doña Juana de Irazoqui, a quien no conocía en lo natural, aunque en lo espiritual se comunicaban y acompañaban para el bien del mundo—, que como está en luz te podrá dar a entender cuán furiosa y deshecha tempestad es la que padece la flota y sus navegantes. Pero por más bravo y enfurecido que se muestre el hinchado elemento, no se ha de sorber los navíos ni a los que vienen en ellos”.

[288] Andaba en la misma ocupación y ejercicio de caridad doña Juana de Irazoqui, clamando y padeciendo por el bien del universo. Y atendiendo Dios a las llamas del encendido amor que ardía en el pecho de esta su sierva, le franqueaba los secretos de su suma sapiencia, manifestándole lo que sucedía y había de suceder en todo el orbe, para que en compañía de la venerable Catarina ayudasen a su redentor a llevar como leales cireneas la pesada cruz de los pecados de todo el mundo; como se verá en el discurso de su prodigiosa vida y ahora en el caso particular de que voy hablando. Y aunque se lo oí muy por extenso y con todas las individuales circunstancias que me aseguraron y confirmaron como testigos de vista, haber sucedido así como la ilustre virgen lo había referido, los mismos navegantes que se hallaron en la tormentosa borrasca; me contentaré con poner aquí la substancia de la tempestad deshecha que padeció la flota, según y como ella la vio en espíritu y la dejó escrita entre otros muchos pliegos de su admirable vida que escribió por obediencia y paran en mi poder. Los cuales conservo gustoso, con la esperanza de que ha de llegar el tiempo de estamparlos y consagrarlos a la piedad cristiana, para que gozando los fieles del sabroso maná de la ciencia llovida del cielo en el claro entendimiento de esta pura y escogidísima alma, se desquite y pierda el mal gusto de las acedías de mi pluma y supla las cortedades de mi pequeño caudal.

[289] Dijo la sierva de Dios: “A primero de julio del año de mil seiscientos y ochenta y siete, se halló mi espíritu en las orillas de un mar profundo y espantoso a mis ojos. Me pareció estaba en lugar muy distante, que no pertenecía a estos reinos, pero sea a donde fuere ello es que vi en una como ensenada o bahía un grande número de navíos, y que algunos estaban ya cargados y aprestándose para hacerse a la vela. Reconocí con especialidad cinco de ellos que sobresalían entre los demás y se distinguían con varios colores; porque unos se me representaban blancos, otros pardos y otros negros. No sé si se me quiso dar a entender la variedad de religiones y religiosos que habían de embarcarse o estaban ya embarcados; que como mi alma era abstraída de los sentidos, cuando volví en mí me quedó solamente la especie de que había visto muchos hijos del glorioso santo Domingo, san

Francisco, y de mi padre y maestro san Ignacio; y que algunas personas del numeroso concurso que estaban dentro y fuera de los navíos, se llegaron a mí y me dijeron con alegres semblantes: Alma querida de Dios, ruega por todos y que los navegantes lleguen con felicidad a tu patria. Yo no creo nada vuestra reverencia, no haga caso de mis embobamientos o ilusiones; pero el obedecer es forzoso y por este sólo motivo hablo y escribo lo que veo, oigo y entiendo. Y uno de los sentimientos que en esta ocasión se ha fijado en mi alma, es el ver que tantos hombres confiados en la bondad de mi dios, por sus particulares y honestos fines se fían del mar, se entregan a sus tan soberbias como inconstantes olas, venga lo que viniere. Siendo así, que saben muy bien que en este elemento hay de todo; porque se experimentan inquietudes y tranquilidades, tormentas y bonanzas, y que en lo próspero y adverso de su infiel naturaleza está enseñado a sorberse armadas enteras, con amagos y presunciones de tragarse toda la tierra. Y yo, miserable, no acabo de fiarme de mi creador, pues conociendo que en su santo servicio ha de haber de todo —como dice el apóstol—, del pan y del palo, del hambre y de la hartura, del azote y del regalo; me entristezco y acobardo con cualquier tribulación sin acabar de resolverme a servir y agradar a mi creador, sujetándome enteramente a su divino querer para que haga y deshaga en su hechura y en su imagen como en cosa suya; bosqueje, delinee y pinte lo que quisiere; ahora sean las penas de un infierno, los tormentos de un purgatorio, los rigores de un martirio o las glorias de sus favores, que para mí, si lo recibiera humilde, todo fuera gloria”.

[290] A primeros de agosto —dijo doña Juana de Irazoqui— que volvió su espíritu arrebatado del divino poder al mar y le pareció que iba gustosa, hollando las inconstantes olas del salobre elemento, tan sin afán y trabajo que caminaba por ellas como si fuera por una senda llana y firme de la tierra; y después de haber surcado y pisado con la agilidad de lo inmaterial e incorpóreo —en la representación de su idea o imaginación— varios y dilatados golfos de aguas sin fondo, se halló en los últimos términos de estos reinos de nuestro nuevo imperio occidental, a vista de una tierra amena y deliciosa por las muchas arboledas que coronaban su circunferencia, que la hacían vistosa y deleitable a sus ojos. En esta diversión de su espíritu y potencias, divisó a lo lejos muchos navíos que venían hacia la sierva de Dios con buen viento. Y en esta visión se puso a considerar dudosa, si serían los que había visto un mes antes a punto de hacerse a la vela para venir a su patria; y en esta duda —sin hacer determinado juicio— se halló tan cerca de

ellos que reconoció eran los mismos bajeles<sup>124</sup> que había visto y los mismos navegantes que le hablaron al embarcarse. Pero entre todos estos conocimientos, lo que con más fuerza y con mayor consuelo del alma arrebató su entender, fue los muchos varones apostólicos de las sagradas religiones que venían en algunos de los navíos; los unos confesando y los otros exhortando a los fieles que alabasen y engrandeciesen el poder del Señor, que los traía sin tormenta y con seguridad al deseado puerto de la más flamante, rica y abundante España. Sobre todo, se alegró la ilustrada virgen por haber divisado en uno de los navíos a la santísima Virgen, asistida de ángeles y santos, entre los cuales reconoció tres ilustres patriarcas, santo Domingo, san Francisco y san Ignacio de Loyola, a quienes por su particular devoción, reverenció y dio las gracias por el especial patrocinio que prometía su soberana asistencia a los que caminaban por tan borrascoso como peligroso elemento. En medio de estos gustosos y celestiales coloquios, se le fue dejando ver la venerable Catarina de San Juan entre los cortesanos celestes, aunque en lugar más bajo y como en el fondo de la nave, que estaba con profundísima devoción y atención suplicando a nuestro Señor por todos los navegantes. Concluye la esclarecida virgen: “Y yo hice lo mismo, obedeciendo a su Majestad que me lo mandaba. Y después de rato, me hallé en mi rincón”.

[291] La víspera o antevíspera de la natividad de nuestra Señora — prosigue doña Juana en sus escritos—, que estando recogida en oración con ardientes ansias de hacer este santo ejercicio con perfección y agradable a los ojos de Dios, sin temor ni susto, se halló su espíritu sobre las aguas del mar; y siendo así, que advertía estaban irritadas sus olas y aun furiosamente desatadas, conjuradas contra ella y contra todos los navegantes, se hallaba en tranquilidad y segurísima paz. En esta abstracción de sentidos, el alma hizo reflexión de lo que había oído predicar del apóstol san Pedro, que hallándose en las saladas aguas con riesgo de anegarse, levantó la voz pidiendo al divino maestro que le librase y sacase a salvo del peligro en que se veía por la tormenta, que ocasionada de un enfurecido y colérico huracán le combatía y obligaba a fluctuar con bien fundados temores de irse a pique. [Apostilla: Mateo 14 y Mateo 11<sup>125</sup>] Con esta consideración empezó a temer la bendita virgen el que le sucediese lo mismo, y arrebatada del susto

---

124 Buques, barcos.

125 La cita no corresponde a Mateo 11, sino Mateo 8.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

o de la viveza de su conocimiento, clamó al Todopoderoso, diciéndole: “Tú Señor, que hiciste que la máquina de la tierra grave y pesada con tanto basto monte, estribe y se conserve firme y constante sin que vacile su grandeza, ni caduque su térrea pesadumbre en el fundamento y zanja del líquido elemento y fugitivas aguas, ejemplo y estampa de la debilidad y flaqueza. Tú, que con la imperiosa voz de la omnipotencia amansas, refrenas y detienes el orgulloso brío de sus embravecidas ondas, sólo con el muro flaco de unas tenues arenas; ostenta ahora el poderoso brazo de tu diestra, reprime esta húmeda e insensible altiva bestia y líbrame de este riesgo”. [Apostilla: Salmo 135] En estas peroraciones y clamores se reconoció arrebatada y aun necesitada a batallar con las espumosas olas del mar; no como quien hollaba y pisaba sus soberbias espumas, sino como quien por necesidad forzosa nadaba en el alborotado y profundo piélago, con atención siempre a que todos sus movimientos fuesen en forma de cruz, en cuya virtud estribaba la esperanza de su remedio. Pero cuando más congojada en esta espiritual o imaginaria lucha, se sintió llevar de un velocísimo impulso hacia el oriente, hasta encontrarse con muchos navíos que entendió eran los que componían la flota que se esperaba. Los reconoció a todos en tormentosos peligros de anegarse, combatidos de furiosos vientos y de los golpes del mar alterado y sañudamente enfurecido, para echar a pique y dar al traste con toda la armada española. Dijo la sierva de Dios: “Yo me afligí sobremanera, porque sobre la fatiga de la interior tormenta me comenzó a perturbar la visión del manifiesto riesgo en que andaban los navegantes. Y con esta nueva tribulación y las crecidas ansias de ayudarles, se halló mi espíritu dentro de uno de los navíos, según acá los he visto pintados, no porque yo los haya visto ni navegado. Pero estado en él, miré con los ojos del alma en lo más encumbrado del árbol mayor a la divina majestad con soberana hermosura y placentero rostro, mostrando —a mi modo de entender— que estaba asistiendo con su omnipotente poder a todas las personas que venían embarcadas, clamando y pidiendo misericordia con devotos propósitos y tiernos ofrecimientos de más cristiana y perfecta vida”.

[292] Con este conocimiento recibió muy particular consolación su espíritu, y elevado por ajena virtud se detuvo entre el cielo y el agua en una proporcionada altura de donde pudo divisar todos los demás navíos que andaban, a su modo de entender, en más terrible borrasca y entre más manifiestos riesgos de anegarse; porque uno y otro elemento, agua y aire, estaban encapotados y revestidos de una tenebrosa obscuridad y de una deshecha y espantosa tempestad, por los multiplicados relámpagos, true-



nos y fogosos rayos que disparaba el cielo contra el hinchado y soberbio elemento. Esta visión fue causa para que se renovasen crecidos sus sustos y temores, y la obligasen a levantar la voz clamando al cielo misericordia. Se compadeció de ella el Todopoderoso, y para templar las congojosas ansias que despedazaban su afligida alma, le hizo patente y vio con claridad a un padre de la Compañía de Jesús en cuerpo, sin sobrepelliz<sup>126</sup> ni manteo, con un santo Cristo en la mano, que andaba por el aire sobre las mismas naos de que se componía la flota. Y aunque no conoció quién fuese este santo varón, admiró el poder que tenía contra los demonios por la mucha facilidad con que los ahuyentaba y confundía; y con su asistencia y patrocinio, se refrenaron los vientos y templó su braveza el inquieto y alterado mar; si bien, sus inconstantes ondas permanecían alborotadas y en reñida discordia. Con esta representación gustosa se alegró su espíritu y fue llevada a otro navío que le pareció se hundía, y que toda la gente que lo ocupaba estaba en fervorosísima oración, mostrando las copiosas lágrimas de sus ojos, el verdadero arrepentimiento de sus culpas que reinaba en sus corazones contritos. Vio también al salvador del mundo, a su santísima madre y a muchos otros santos que auxiliaban a la real flota en el mismo navío donde esta sierva del Señor estaba; y que el altísimo Dios, a quien todos rogaban, le daba a entender que dependía de sólo su absoluto poder y querer todo buen suceso, y que si con una mano enviaba aquel torbellino, con la otra no menos poderosa y soberana, favorecía a sus creaturas. Al mismo tiempo de esta su inteligencia, vio venir unos hermosísimos ángeles, festivos y alegres, con ropajes maravillosamente lucidos, que traían en unas como andas de finísimo oro a una penitenta de su confesor, muy sierva del Señor y sobremanera enferma, que se llama Catarina de San Juan. Esta alma luego que se vio en el navío, reverenció con profundísima adoración a la divina majestad, hizo acatamiento a los cortesanos del cielo que asistían a su soberano príncipe y señor, y se puso en oración atenta y fervorosa; y tan eficaz que reconoció doña Juana que todos los navegantes se redujeron a ponerse en manos de su creador en buena y perfecta conformidad con su divino querer. Dijo: “Yo hice lo mismo, movida del buen ejemplo de los demás y porque me lo mandaron. Vi también, que esta sierva de Dios después de su breve oración se hincó de rodillas con toda la gente del navío, y con demostraciones de

---

126 Vestidura blanca de lienzo fino que va del hombro a la cintura, con mangas perdidas o muy anchas que los eclesiásticos se ponen sobre la sotana.

reverente culto recibieron espiritualmente la comunión de mano de un sacerdote que se me representó muy humilde y venerable. Yo comulgué con todos y recibí singularísimo consuelo con esta comunión espiritual, que ofrecí a nuestro Señor con las demás que hago sacramentalmente por mandato de mi confesor, por todas cuantas almas venían en los ya insinuados navíos y por las que en ellos no estaban. Después de esto me volví a mi retiro, donde me hallé llena de amargas y traspasada de los dolores que ordinariamente me afligen, y de los cuidadosos deseos de que llegasen los navegantes con felicidad y próspero viaje al puerto de la Nueva Veracruz”.

*5. Prosigue su viaje la flota del año de mil seiscientos y ochenta y siete hasta entrar con felicidad en el puerto de la Nueva Veracruz, y de su vuelta a España con la asistencia de las dos esclarecidas vírgenes: Catarina de San Juan y doña Juana Morales de Irazoqui*

[293] Prosigue hablando con su confesor la ilustrada virgen doña Juana de Irazoqui: “Padre de mi alma, desengañeme vuestra reverencia, porque yo no acabo de entender lo que me sucede. Por una parte siento que mi alma está en un continuado martirio dentro de su propio cuerpo, y por otra veo que arrebatada por instantes se halla sucesivamente en todos los navíos que padecen la terrible y ya insinuada tormenta. Por una de estas ocasiones y en uno de estos vuelos en que padecía el alma las congojosas aflicciones de los navegantes, se halló mi espíritu dentro de otra nave, donde en una confusión de voces, gemidos y clamores, oía decir: ¡A la mar, a la mar! Causaron en mi corto entender estas voces alguna confusión por no alcanzar lo que significaban. Se me ofrecía que quizás eran algunos de los que se morían, los que se arrojaban al mar por haber visto antes en diferentes navíos a los padres de la Compañía de Jesús y de otras sagradas religiones, que andaban entre los navegantes confesando con mucha caridad a los enfermos y asistiendo con prontitud al consuelo de los afligidos. Pero después de un gran rato de esta mi aflicción o bobería, vio mi alma con mucha claridad a la divina majestad echando por sus benditas y soberanas manos fardos, cajones y barriles al mar; y entendí por esta acción del Señor, que convenía se descargasen en parte y se aligerasen los navíos que se hallaban más apeligados”. Esta visión dijo a su confesor la sierva de Dios, que había sido para ella tan amena y soberana, que fue arrebatada su alma en una tan gustosa abstracción que la dejó totalmente absorta y elevada entre inexplicables gozos e inteligencias.

[294] No sé si en esta ocasión o estando en otro navío apeligrado, refirió también que vio a muchos de los santos que con presteza acudieron a socorrerle, y que otras muchas embarcaciones pequeñas se habían alborotado y atropellado con las inquietas y aun encrespadas olas del tormentoso mar. Concurrieron también a favorecer la nave que se miraba en manifiesto riesgo de irse a pique, y le pareció a doña Juana que estaba como encallada entre peñas y arrecifes. Encendida con esta visión, se afligió sobremanera su corazón compasivo y lleno de caridad —entre ansiosos deseos de ayudar a los que consideraba en extrema necesidad—, y reconoció una invencible cobardía en su espíritu desmayado, por lo mucho que había padecido y por el humilde conocimiento de su inutilidad. Se halló en una fuerte e interior tribulación que la obligó a clamar a la omnipotencia de su dios; y cuando más recreada y divertida con la profunda consideración y ponderación de la grandeza y poder del Señor, se halló su espíritu en unas como andas preciosísimas en la riqueza y lucimiento vistoso, conducidas en manos de innumerables serafines y bienaventurados que las colocaron sobre la puerta o portada del navío combatido de tantos riesgos y manifiestos peligros. Donde vio con los ojos del alma a nuestro redentor con una túnica morada, no muy encendido el color, pero la hermosura y claridad resplandeciente de su divino rostro era con tal exceso que la hizo salir fuera de sí. Y en este arrobamiento y éxtasis, oyó la suave y amorosa voz del divino esposo que le decía cariñoso: “Entra querida esposa y amada mía, y ora por todos los que están aquí afligidos”. Con la eficacia de estas voces, sin saber cómo, se halló en lo más profundo de la urca<sup>127</sup> o galeón desgraciado, donde se encontró con la sierva de Dios y virgen Catarina de San Juan, en una altísima contemplación. Y persuadida que estaría pidiendo al Señor por los que naufragaban, recibió doña Juana tanto de consolación y alegría, cuanto era el concepto del grande valimiento que tendría con Dios esta ejemplar mujer. Y suspensa en esta consideración y conocimiento, se le volvió a representar el Señor, que diciéndole: “Pidiese en compañía de su querida Catarina por los navegantes”, obedeció; y arrodillada con la sierva de los siervos del Altísimo y otras mujeres devotas que conoció y no nombró, vio que su Majestad iba sacando con su poderosa mano de la nave que padecía naufragio, la cera, vino y aceite; y lo iba sacando a tierra con tal garbo y bizarría, que

---

127 Embarcación grande, muy ancha por el centro, y que sirve para el transporte de granos y otros géneros.

ocasionaba con los movimientos airosos de sus divinas acciones, sabrosos gozos en esta su bendita virgen y querida esposa, que humildemente cariñosa y caritativa preguntó al divino poder: “Por qué no cuidaba su Omnipotencia de los otros géneros de mercadurías que se malograban en la avería de las salobres aguas, pues eran todos suyos y necesarios para el bien de sus creaturas”. Respondió el Señor a la pregunta de su sierva: “Porque de esto hay menos en tu tierra y es necesario para el culto de mi santísimo cuerpo y el lustroso adorno debido a mis templos”.

[295] El día de la exaltación de la cruz, catorce de septiembre de este mismo año, dijo a su confesor doña Juana de Irazoqui: “Días ha que estoy mirando a san Francisco Javier en un altar adornado de luces y asistido de un numeroso gentío que concurre a la iglesia y altar, como cuando se hace rogativa por la salud, por el agua y por la entrada feliz de las flotas en el puerto. Y hoy se me representa postrado a los pies de la divina majestad, el glorioso apóstol de la India acompañado de otros santos; y conmigo estaba también la venerable Catarina de San Juan y otra beata que conoce mi confesor. Y en esta representación —a mi modo de entender—, se volvió el santo glorioso a nosotras y nos exhortó a que pidiésemos y clamásemos por los enfermos en el alma y en el cuerpo. Obedecemos a su voz y el Señor me dijo: “Pide hija por todos estos —aludiendo a los navegantes—, que conviene para el bien de mis creaturas”. El día siguiente quince, fue arrebatada también en espíritu a la ciudad y puerto de la Nueva Veracruz. Y fue este raptó de gozos y alegrías para su alma, pues oyó a muchos religiosos y otro numeroso concurso de las personas que estaban en las playas del mar y de los que se iban desembarcando, que daban infinitas gracias a Dios y engrandecían su absoluto y misericordioso poder, por haberlos traído a puerto de salvamento después de tan tormentosas y multiplicadas borrascas. Aquí volvió a reconocerse acompañada de la esclarecida virgen Catarina de San Juan, de cuya boca advirtió admirada, que había un rayo de luz tan grande y tan luminoso que iluminaba y esclarecía todo aquel horizonte. En esta suspensión causada de la admiración, oyó doña Juana la voz del Señor, que le dijo: “Ruega hija, que toda esta gente ponga en ejecución los votos que me ha hecho porque les sacase con vida de tan manifiestos riesgos de perderla”.

[296] A diez y seis de este mismo mes, repitió el vuelo al puerto y ciudad de la Nueva Veracruz doña Juana de Irazoqui. Y asistiendo en espíritu al común regocijo de los flotistas<sup>128</sup> que se desembarcaban, rindiendo los

---

128 Viajeros de la flota.

debidos agradecimientos al Todopoderoso y al milagroso apóstol san Francisco Javier como abogado de los que navegan y pueden peligrar en el tan celebrado como borrascoso seno mexicano, le volvió a encomendar este glorioso santo: “Que clamase y rogase a la divina majestad por todos los que con cristiano fervor y católica devoción, habían hecho en el manifiesto peligro votos y promesas a su dios y señor”. Con esta recomendación de san Francisco Javier, se halló la sierva del Señor en un profundísimo éxtasis y su espíritu en una dilatada playa, donde entre un numeroso gentío, vio a un caballero de buena disposición que con ánimo generoso y singular fervor determinaba dejar todas las cosas de esta miserable vida y abrazarse con el verdadero y todo bien, Cristo crucificado. Y notó —no sé si en visión de lo que pasaba o previsión de lo futuro— que cogía la pluma, y escribía con velocidad y tal alegría su testamento o última e irrevocable disposición de todos sus bienes, que eran sus ojos dos fuentes de lágrimas de consolación y gozo. Dice la sierva de Dios: “Y estándole yo mirando con particularísimo consuelo de mi alma, deseosa de valerme de aquel cristiano y valeroso ejemplar, se llegó a mí el glorioso apóstol de la India y me dijo: Hermana mía, ruega encarecidamente por todas aquellas personas que por conocimiento que te dio el Señor, viste que hacían votos y promesas particulares a su Majestad en el riesgo de la tormenta, porque le importa el que los cumplan y no se olviden ni arrepientan de lo que han prometido a su creador. Después de esto me dijo: este caballero que aquí ves, es uno de los que hicieron voto de dejar por Dios toda su hacienda y entrar en religión a servir a su divina majestad con perfección. Vente conmigo y verás otros de los que han hecho semejantes votos y promesas”. Obedeció con puntualidad al santo, y en este camino o vuelo encontraron con otro hombre, al parecer noble y de gran caudal, vestido con una hungarina<sup>129</sup> de terciopelo negro y capote largo, que venía a encontrarse con la sierva de Dios asistida del santo. Le pareció su modo de andar vano y afectado por la gravedad y arrogancia de sus pasos. Y estando la modesta y prudente virgen en este pensamiento, le dijo san Francisco Javier: “Ves aquí otro de los que han hecho promesa a su dios y está ya totalmente olvidado de su obligación. Pero yo le daré un recuerdo por la voluntad del Señor”. Entonces vio doña Juana que se llegó a él el prodigioso santo y que le hablaba con mucho amor y caridad, y que el noble caballero mudaba los colores del rostro, mostrando en sus acciones afectos

---

129 Capa basta para cubrirse de las lluvias.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>

de admiración y asombro, y que dudaba con fundamentos de su promesa. Pero san Francisco Javier le persuadía con razones y celestiales luces, de manera que se halló convencido el insinuado caballero, y con demostraciones de grande agradecimiento, vio la sierva del Señor que se arrojaba a los pies del glorioso apóstol, protestándole con copiosas y tiernas lágrimas: “Que le perdonase su olvido; y que desde luego ratificaba y hacía nueva obligación de dejar todos sus bienes, con firme propósito de perseverar constante en el servicio del Señor”. Diciendo esto, recibió la bendición del santo apóstol, asegurándole de los divinos auxilios para conseguir por este medio la eterna bienaventuranza.

[297] Prosiguieron este ya insinuado camino y se encontraron con otro personaje rico y de buena calidad, a quien estaba reduciendo al cumplimiento de su voto nuestro padre san Ignacio. Pero entendió y notó la sierva de Dios que estaba este hombre arrepentido de lo que había prometido a su dios y que, como obstinado y rebelde, se resistía a las voces e inspiraciones de nuestro gran patriarca, mostrándose coléricamente indignado contra el santo glorioso que le aconsejaba lo que le convenía para el bien de su alma y honra y gloria de su creador. Viendo tanta terquedad doña Juana en este hombre, con congojosas ansias suplicó a la divina majestad le alumbrase y favoreciese para que perseverase constante en su primera y religiosa promesa. Y como efecto de su oración le manifestó el Señor que nuestro gran padre y patriarca san Ignacio, no haciendo caso de sus desprecios ni acobardándose con la rebelde resistencia de esta alma, la instaba con amor, cariños y razones hasta humanarse, a echarle los brazos y abrazarse estrechamente con él. De estos lazos de la abrasada caridad del santo, vio doña Juana que se había mudado este caballero, herido de una suave y eficaz luz que en forma de rayo refulgente salía del divino poder y penetraba el corazón de esta, al parecer, obstinada creatura. La cual contrita de su primer arrepentimiento, se arrojó a los pies de san Ignacio y postrada en tierra, bañada de copiosas lágrimas, le pedía perdón e imploraba su auxilio e intercesión para dar el debido cumplimiento a su antigua promesa. Y para mayor testimonio de su verdadero propósito, a vista de esta sierva del Señor volvió a renovar su juramento o voto de renunciar las pompas y vanidades del mundo, y dejar todos los bienes terrenos por merecer conseguir de la infinita misericordia gracia y auxilios con qué asegurar los eternos, en el retiro de una religión. Concluye doña Juana este punto: “Luego vi que este hombre, con grande encendimiento de su corazón, se despojó de unas muy ricas vestiduras y se quedó —como dicen— en paños menores, y mostrando grande

agradecimiento a mi santísimo padre y maestro san Ignacio, se despedía de él besándole una y muchas veces los pies; a los cuales afectos correspondía el santo glorioso levantándole de sus pies con humildes y santas razones, en orden a que rindiese las gracias al Todopoderoso en cuyo nombre le echó la bendición. Y se apartó este caballero de san Ignacio, lleno de agradecimiento al Señor y a su abogado y patrón”. Y la sierva de Dios quedó muy gozosa y con muy grandes esperanzas de que se habían de verificar estas previsiones de los sucesos futuros.

[298] A otras muchas personas reconoció que habían hecho semejantes votos, promesas y propósitos a la divina clemencia, si les librase en tan arriesgada y embravecida tormenta. Y previendo que habían de resfriarse, olvidarse y arrepentirse, pidió por ellas y le manifestó el Señor a los cortesanos del emperio que les ilustrarían y favorecerían con su intercesión. Entre los cuales —fuera de los ya insinuados—, nombró la sierva de Dios a san José, san Francisco de Asís y a otros de los serafines celestes. Vio finalmente algunas de las mujeres que venían en la flota y que también habían hecho sus promesas al Señor, con alguna tristeza, argumento de su poca firmeza y constancia en lo prometido. Si bien, añadió: “Las mujeres no deben de ser tan rebeldes como los caballeros, porque al pedir yo por ellas me dijo san Javier: ésas con facilidad y presteza pondrán en ejecución sus promesas, y se recogerán a los conventos de religiosas u otras casas de grande retiro y silencio”. En todas estas visiones acompañaban a doña Juana de Irazoqui, la venerable Catarina de San Juan y otra de las que vivían este año, que ella conocía y tenía por buena y ejemplar mujer pero con una notable diferencia: que ésta se le representaba sentada en lugar alto como entre el cielo y la tierra, y su rostro muy blanco, hermoso y algo encendido; y que teniendo la mano en la mejilla estaba suspensa en un profundo éxtasis o arrobamiento. Catarina de San Juan andaba como ángel entre el numeroso gentío, hablando a unos, reduciendo a otros y exhortando a todos a imitación de nuestro padre san Ignacio y san Francisco Javier.

[299] Cuando volvió a salir del puerto de la Nueva Veracruz esta flota para los reinos de España, ya era difunta la venerable Catarina, la cual, desde el día de su dichoso fallecimiento, no se había apartado ni privado a su querida doña Juana de la gloriosa presencia de su bienaventurado espíritu —como lo podemos esperar de lo prodigioso y estupendo de su vida y de su feliz muerte—. Al hacerse a la vela los navíos, dijo Catarina a su compañera, hermana e hija en espíritu: “Vamos ángel mío a convoyar las naos que trajimos, porque están ya de viaje para volver a su patria”. Con estas voces,



se halló la virgen doña Juana de Irazoqui, compañera en estas espirituales peregrinaciones, en las playas de la Nueva Veracruz y asistieron ambas a dos en espíritu al salir la flota del puerto. Y entonces volvió a decir Catarina a doña Juana: “Que la acompañase para ir en seguimiento de los navegantes”. Replicó la humilde virgen: “Ve tú sola Catarina, que yo no me atrevo. Basta haber experimentado la furiosa braveza del mar en la venida de esta flota, para no volver y probar mis pocas fuerzas. Yo en mi rincón pediré y padeceré lo que Dios quisiere enviarme; pero ver otra vez a mis hermanos los hombres, afligidos en tan conocidos riesgos y tan ciertos peligros, no es posible, no hay valor ni aliento en mi naturaleza flaca y miserable”. La instó Catarina con amor y cariño, diciéndole: “Si tú, ángel mío, fueras verdadera amadora de Jesús, no sólo te arrojaras a las aguas del infiel y proceloso elemento por las almas redimidas con la sangre preciosa de nuestro redentor, sino que te abalanzaras a las más voraces llamas del fuego abrasador. Aliéntate hija y hermana mía, no te detengas. Mira que va muy interesada esta flota y que conviene al bien de las creaturas el que llegue a salvamento”. Con estas voces, quitó el miedo Catarina a su compañera y juntamente la arrebató, como pudiera un ángel, y la llevó por el mar siguiendo el rumbo que llevaban los navíos, con tanta facilidad y consuelo de doña Juana de Irazoqui, que testificaba esta inocente virgen le servía de recreación la compañía de los navegantes, y que su elevado espíritu haciendo reflexión sobre sí mismo, cuando más fuera de sí la sierva de Dios no sabía qué cosa eran cobardías ni timideces; porque iba tan llena de amor y de caridad que no reparaba en los trabajos pasados, ni se acordaba que aquella insaciable y voraz bestia del mar podía tragar furiosa en sus fluctuosas e insondables entrañas las naves ni los navegantes. Iba, finalmente, su espíritu en suma serenidad, navegando sobre el líquido elemento sin susto, temor ni trabajo, recreándose con la placentera tranquilidad y más segura bonanza que gozan las marítimas ondas cuando el mar está —como dicen— en leche.

[300] En este gustoso camino iban las dos esclarecidas vírgenes visitando en espíritu todos los navíos que componían la armada, y doña Juana atestiguaba “que servían de singularísimo consuelo e indecible gozo las voces de los pasajeros”; porque en todas las naos oía clamores y plegarias de los corazones humanos que pedían al Altísimo misericordia, alababan la inmensa bondad y engrandecían su divino poder. Y con especialidad se consolaba y gozaba su alma en las voces de los marineros y demás flotistas que nombraban a su compañera y hermana en espíritu, la venerable Catarina de San Juan, diciendo los unos en verso, los otros en devota prosa: “Jesús,

María y Catarina, que nos convoyasteis hasta coger con felicidad el principal puerto de las Indias, no nos desamparéis en la vuelta a nuestra patria”. En esta gozosa consolación de su espíritu, vio doña Juana un agigantado monstruo como formado de una espesa y tenebrosa nube, preñada de una sañuda tempestad, que abrazándose con el árbol mayor de la capitana de la real flota, forcejaba furiosamente enojado y enojadamente furioso por hundirle y sepultarla en las salobres aguas del dilatado mar. Admiró la sierva de Dios la desmedida grandeza del membrudo cíclope y se asustó, temerosa de ver ir a pique al hermoso y fuerte galeón que guiaba a toda la armada española. Entre estas admiraciones y miedos, se llegó a ella la venerable Catarina y le dijo: “Espanta, ángel mío, ese dragón fantástico y arrójale a sus profundas y tenebrosas hogueras”. Respondió doña Juana: “Que no se atrevía, porque era muy grande enemigo y ella muy flaca y miserable”. Catarina la instó segunda vez y le dijo: “Échale de ahí, hermana mía. Mira que todo su poder es de apariencia, como los tigres y leones u otras fieras que se forman en los densos espacios de la nubes, que con un leve viento se desvanecen”. Aun con esta instancia y razón, se halló sin valor y con cobardía la humilde virgen para pelear cuerpo a cuerpo —como el otro pastor con el ángel<sup>130</sup>— con aquel agigantado y horrible monstruo. Pero le quitó el miedo Catarina de San Juan; porque acometiéndole con el poder de la gracia, con tal valor y arrogancia que como si fuera una potestad angélica, le cogió de uno de sus desmedidos y membrudos pies y le arrojó, como quien tira una pelota sobre las inconstantes olas del mar, con tan estruendoso ruido que no halló la virgen doña Juana cómo explicarlo, sino con la comparación de una estrella o pedazo de cielo que cayese desprendida sobre el profundo y dilatado elemento. Con este triunfo de la omnipotencia y milagro de la gracia, prosiguieron su viaje en compañía de los navíos y navegantes hasta entrar en el puerto de la Habana, donde asistieron también en espíritu las dos benditas vírgenes, sin apartarse de los navíos y navegantes con los cuales salieron juntas, convoyándolos algunos días. Dice doña Juana de Irazoqui: “Y entonces me hallé en mi rincón donde crecieron mis continuados martirios, sin volver a ver las naos ni a Catarina. Quizás esta valiente y fuerte mujer se fue con ellos a España”.

---

130 Se refiere al patriarca Jacob y su lucha con el ángel en Peniel.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>

## CAPÍTULO 20

DE LO QUE AYUDÓ LA SIERVA DE DIOS CATARINA DE SAN JUAN CON SUS ORACIONES Y SUMO PADECER A LA EXTENSIÓN DE LA FE EN TODO EL UNIVERSO, Y CON ESPECIALIDAD EN ESTE NUEVO ORBE DEL OCCIDENTE; Y DE LA PREVISIÓN Y ESPIRITUAL ASISTENCIA CON QUE FAVORECIÓ A LOS ESPAÑOLES EN EL ALZAMIENTO DEL NUEVO MÉXICO

*1. Previas noticias de lo mucho que obraba Dios por la intercesión de esta esclarecida y prodigiosa virgen en todo el mundo entre herejes y gentiles, y con especial patrocinio a este dilatadísimo imperio occidental y postrer ángulo del universo*

[301] Dejando a sus propios capítulos la ponderación de su bien ordenada caridad, que en esta escogida esposa del Señor fue crecidísima, causada del amor encendido que tenía a su dios, del conocimiento que tenía de la gloria prevenida de la inmensa bondad para sus escogidos, y de haber visto en espíritu el infierno y los males y penas inexplicables que en aquel triste y terrible lugar padecían los condenados; donde fue llevada muchas veces en vida para que con la verdadera representación de las eternas penas se animase a ayudar a los vivos, y por su sumo padecer y la preciosísima sangre de nuestro redentor se satisficiese la divina justicia y tuviera lugar la misericordia infinita, y se lograra en los vivos el mérito superabundante de la sangre de su divino amante, como diré más largamente en su propio lugar. De estos motivos y otros, nació en la venerable Catarina el andar siempre clamando sin cesar al cielo y suspirando por la salvación de las almas y por la conversión y reducción de herejes y gentiles. Por conseguir estas misericordias y favores del Altísimo, maltrataba y despedazaba su delicado cuerpo, ofrecía oraciones, hacía novenas, ponía velas encendidas en los altares y mandaba decir misas; haciendo y padeciendo esta caritativa virgen lo que debieran hacer y padecer los pecadores. Porque como lo atestigua el evangelista san Mateo: “El reino de los cielos padece fuerza y se alcanza con violencia”, [Apostilla: Mateo 11] y no en el ocio, delicias y gustosas recreaciones del mundo profano. Este ardiente celo de caridad perfecta crecía cada día más y más, mostrándole el Señor a los pecadores y delitos de todo el universo, y los efectos que cuanto era de su parte causaban en la divina majestad los pecados de los hombres; dejándosele ver herido y maltratado —según era la calidad y condición de las culpas— como se verá en muchos

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

casos de la historia; que aquí sólo quiero poner con especialidad la eficacia de sus oraciones en la conversión de los gentiles de este nuevo mundo y occidental imperio, y de lo mucho que padecía para conseguir del Altísimo tan singulares misericordias.

[302] Explicó la misma Catarina a sus confesores este su padecer repetidas veces, en cuenta de conciencia, diciendo: “Que parecía le vendía el Señor la extensión de la fe entre innumerables gentes y salvación de sus almas, a costa de trabajos y martirios”; porque siempre que le pedía por ellas le comunicaba tantos y tan terribles tormentos, así interiores como exteriores, que ya rendida la naturaleza al dolor y como sin conocimiento y sin tino, se volvía a su querido amante y le decía: “¿Qué he hecho yo, Señor, para que me castigues con tan acerbas penas e intolerables martirios?” A que le respondía el redentor del mundo: “Y yo, Catarina, ¿qué había hecho cuando me vi cargado de las congojosas ansias e inhumanos tormentos de mi pasión?” Proseguía la sierva de Dios: “¡Ay Señor y querido mío!, que ya está despedazado todo mi cuerpo, molidos como harina y polvo mis huesos, y el corazón oprimido con prensas de hierro y bronce”. Replicaba el divino amante: “Y a mí, ¿cómo me pusieron?” Con las voces del humanado Verbo cobraba aliento, restauraba las fuerzas y se ofrecía al penar entre congojosas ansias de muerte, y a padecer crueles tormentos por la salvación de las almas y por la exaltación y extensión de la fe de Cristo entre gentiles y herejes. Y era tan acepto a la majestad de Dios este ofrecimiento y perfecta resignación, que se hallaba luego caída en el lecho y angosto ataúd de sus penas e indecibles dolores que sufría hasta los últimos desfallecimientos, en que pedía como flaca y miserable creatura socorro y favor al todopoderoso y omnipotente creador de los cielos y tierra, que le restituía sus corporales fuerzas y espirituales alientos con el suave contacto de su poderosa mano o con el eco de su divina voz, diciéndole “que se levantara”; como lo hacía, con tan resuelto valor, que renovaba y continuaba la sangrienta lucha con la justicia de Dios y los pecados del mundo, sirviéndole de escudo para vencer, la divina misericordia, la sangre de Jesucristo y la intercesión de la reina y emperatriz de todos los cortesanos celestes, que al invocarlos enternecida y como quejosa, le respondían: “Que para qué pedía por tantos”. A que decía la venerable virgen: “Porque todo el mundo reconozca a su creador; porque ninguno le ofenda y todos se salven”.

[303] En estos mortales desfallecimientos de la naturaleza, se le representaba el Señor muchas veces en forma de su propio padre, para significar la paternal y amorosa protección con que la asistía su divino e infinito po-

der. Y se acercaba cariñoso a su cabecera, poniendo una de sus poderosas manos por acerico<sup>131</sup> a su querida y fatigada esposa, y le decía con amor y ternura: “¡Ah, creatura mía! Mira que yo no tuve sobre qué reclinar la cabeza y tú tienes mi mano siniestra por almohada, y mi brazo derecho para abrazarte y darte fuerzas y llenarte de bendiciones de mi gracia”. Con estas divinas asistencias, se templaba el rigor de su indecible padecer, restauraba el cuerpo sus naturales fuerzas, y el espíritu de la sierva de Dios se veía anegado en avenidas de gozos y en un océano de celestiales delicias, con que su invicta paciencia se fortificaba para conseguir nuevos triunfos en multiplicadas batallas, a pesar de la resistencia que hacían las graves y repetidas culpas de los hombres, como se lo dio a entender la divina majestad con infusas inteligencias y con muchas varias y misteriosas visiones; unas, que tenían por objeto el estado de los católicos que faltaban a su obligación y abandonaban en parte la observancia de su ley con la envejecida reincidencia en sus pecados; otras, en que se le representaba el miserable estado de los herejes, con la rebeldía y obstinación en sus abominables errores; otras, en que le manifestaba Dios el gentilismo sepultado en una tenebrosa e infeliz noche de obscuridad. Estas luces solían venir en raptos tan sobrenaturales, que se hallaba en espíritu en las mismas tierras donde se hacían o habían de hacer las conversiones de los gentiles, con tanta claridad, que como si fuera llevado su cuerpo con todos sus animados y materiales sentidos, le parecía que asistía a los evangélicos misioneros, no sólo en las reducciones de los bárbaros al conocimiento infalible de nuestra santa fe, sino también a la fábrica de las casas o jacales para la habitación de los cristianos nuevos y sus ministros. Asistía y ayudaba a la división política de los pueblos de los recién convertidos, y situación de varias iglesias o enramadas donde se congregasen para facilitar su asistencia y provechosa enseñanza en la doctrina cristiana. Decía finalmente el número de los que componían las reducciones, nombraba por sus nombres a los padres que tenían a su cuidado los nuevos cristianos divididos en ordenados apriscos, parroquias o doctrinas, reconociendo cada uno a su pastor, padre y misionero; cuyos rostros, afares y trabajos refería con individuación dando las señas y diciendo todas las circunstancias, de manera que venían los confesores en conocimiento de todo lo que pasaba en reinos y tierras muy remotas. Pero estos vuelos de su alado espíritu eran tan repetidos por todo el mundo, que no se pudieran

---

131 Almohada pequeña que, puesta sobre otra, sirve para elevar la cabeza.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

reducir a un volumen. Apuntaré algunos en particular de los que pertenecen al asunto de este capítulo.

*2. Noticias de las nuevas cristiandades del Japón, China y Mogor, con que aumentó Dios su santa Iglesia por la intercesión y oraciones de esta esclavizada virgen*

[304] Por el año de mil seiscientos y setenta y cuatro, vio la sierva de Dios dos luceros de tanta magnitud, aunque con alguna desigualdad, que le parecieron dos soles; los cuales, amaneciendo en el oriente discurrieron y dieron vuelta por todo el globo esférico del universo, ilustrando, influyendo y vivificando en todas las cuatro partes del mundo. Y entendió eran símbolos de Jesús y María; y con esta inteligencia se inundó su corazón en un baño suave de gozos y alegrías, persuadida a que con la eficacia de tan clara y copiosa luz saldría de su ceguedad todo el orbe. Refiriendo esta deleitosa y amable visión a su confesor, le respondió: “Es tan cierta esa verdad que tengo por ociosos esos símbolos. Porque todos sabemos que Jesús y María andan en un continuo movimiento alumbrando al mundo y favoreciéndole con sus soberanas influencias, para que se convierta, sirva y ame a su dios sobre todas las cosas.” Replicó Catarina: “Ahí verás cuán ignorante y bestia soy, pues lo que todos sabéis es necesario me lo enseñen con lo material de dos grandes luces, una mayor que otra. Pero quizás quiere dar a entender el Señor que ha de haber muchos bautismos y extenderse su santa fe por el mundo, porque no es esta la primera vez que me alumbran estos dos astros de primera magnitud. En otras ocasiones me han alumbrado y guiado por todo el universo, y he reconocido innumerables creaturas que se iban encendiendo en amor de su creador y en ardientes deseos de saber el camino verdadero del cielo”. Añadió la sierva del Señor: “Con especialidad, a los claros resplandores de estas soberanas luces he corrido todas estas tierras y he pasado por las Islas Marianas a Filipinas, a los reinos del Japón, Mogor y China, y en todas partes me manifiesta Dios los muchos que se convierten y han de convertirse en estos años, por los merecimientos y la preciosa sangre de nuestro redentor que me manda por instantes que la aplique y ofrezca por todo el mundo, pues la derramó con liberalidad por todas sus creaturas”.

[305] Prosiguió Catarina diciendo: “En estas correrías de mi espíritu, me pareció que iba yo un día de estos asistida del glorioso arcángel san Miguel, de mi único amado y de su santísima madre, y que esta soberana reina se sentó sobre uno de mis hombros cargada de la sangre del Señor y

que íbamos rociando con este inestimable licor ciudades, provincias, reinos e innumerables gentes, y que todas estas quedaban como marcadas para abrazar con facilidad la ley de Cristo. En esta ocasión advertí con particular cuidado en el rostro del emperador de la China y me hallé movida a rogar por él, deseosa que se hiciese cristiano. Pero no me respondió el Señor. Y así, cuando volví en mí, me hallé triste y desconsolada; si bien, no cesaba de pedir y clamar le alumbrase Dios con la luz de nuestra santa fe y doctrinas del evangelio”. Y pudieron servir de argumento y prueba de la eficacia de las oraciones de Catarina, las noticias que vinieron a este reino por vía de Filipinas en los años de mil seiscientos y ochenta y 1681, de que el emperador de la China sabía las oraciones de la doctrina cristiana y que con su permiso había ya muchos cristianos; que por ocasión de un grande temblor que hubo en aquel imperio, en que murieron más de cuarenta mil personas en las ruinas de sus edificios, habían conseguido los predicadores evangélicos licencia general para enseñar públicamente los dogmas sagrados de nuestra santa fe y ley de Jesucristo, y quedaban ya convertidas más de ochenta mil almas.

[306] En uno de estos repetidos vuelos que dio a este mismo imperio, se volvió a encontrar con el dicho emperador, y creció en ella el deseo de rociarle con la sangre de Cristo para que ablandase el empedernido corazón de aquel monarca. Y pareciéndole que se resistía y no quería recibir el rocío de aquel soberano licor, rogó la sierva de Dios a la santísima Virgen “que le hiciera la señal de la cruz en la frente”. La princesa de los cielos, con amoroso cariño le respondió “que se la hiciese ella”; y con esta imperiosa voz, se halló Catarina tan cerca del emperador que pudo formarle la santa cruz en la frente. Pero le pareció que no había tenido efecto, porque en otros repetidos vuelos que dio su espíritu a aquellos reinos, se le representaba en el semblante de este príncipe la rebeldía de su corazón; y aunque en estas espirituales visitas le predicaba y exhortaba a dejar los errores del gentilismo y a abrazar la ley de Cristo, con las palabras que le dictaba el Señor y su santísima madre, lo hallaba algunas veces como determinando a obedecer a las inspiraciones del cielo y a las voces de los predicadores de Cristo; otras veces se le representaba dudoso y otras, absolutamente rebelde y obstinado. Pero no por eso desistía la sierva de Dios de pedir y padecer por aquel poderoso imperio; y su Majestad la consoló muchas veces mostrándole lo crecido y florido de aquella cristiandad, y muchos de los que al presente eran gentiles en quienes se había de lograr la sangre del Señor y en los que no había de hacer efecto la predicación evangélica.



[307] En el día diez y siete de febrero de mil seiscientos y ochenta, se halló la sierva de Dios en los reinos del Japón y en una ciudad de muy numeroso gentío y de muchas hermosas casas y calles, en las cuales vio a un hombre vestido de una túnica blanquizca o cenicienta, que andaba predicando fervoroso la luz de Cristo, de donde se originaban varios pareceres y sentencias en los oyentes, que pasaban a controversias y disensiones entre los ciudadanos sobre mudar de ley o persistir y permanecer en la de sus antepasados. En estos belicosos tumultos, vio y reconoció que muchos de los vecinos tapiaban las puertas antiguas de sus casas y abrían otras nuevas hacia el oriente, de donde entendió o discurrió la venerable Catarina, que ya aquellos hombres se negaban y detestaban los errores de sus ascendientes y antiguas prosapias, y abrían los oídos y ojos de sus almas a la luz evangélica y a la que les comunicaba el verdadero sol de justicia por medio de sus ministros. En nueve de octubre de este mismo año, dijo la sierva del Señor a su confesor: “Todos estos días se halla mi espíritu en los reinos del Japón. Y miro entre los japoneses con dolor grande de mi alma, tantas se[c]tas, tantos bandos, tanta variedad de opiniones, tanta diversidad de pareceres, tanto número de voluntades opuestas, tanta muchedumbre de culpas y pecados, que al parecer se compone toda aquella imperial monarquía no tanto de comunidades de gentes unidas, cuanto de castillos combatidos y cercados de ejércitos de disensiones y de asaltos de enemigos en porfiadas y sangrientas guerras”. En medio de estos amotinados disturbios y civiles reencuentros, advirtió que un buen número de japoneses divididos en bandos y cuadrillas atropadas con los alfanjes en las manos, se acometían y andaban de pendencia. Y deseando Catarina saber la causa de aquella sangrienta riña, en que entendió se herían y despedazaban coléricamente obstinados; le dijo no sé si su ángel de guarda: “Que su rey les obligaba a batallar, para que la victoria entre los discordes sirviese de prueba y argumento para la decisión de cuál fuese la más segura y verdadera ley”. Se afligió la sierva del Señor con la noticia de tan bárbaro dictamen. Y respondió el ángel a su congojosa pena: “No te aflijas, querida de nuestro creador, que toda esa sangre derramada se ha de volver contra el príncipe que impuso ese inhumano precepto”.

[308] Por el año de mil seiscientos y setenta y ocho, vio con luz superior —según parece— sobre los reinos del Japón un globo que explicó con forma de naranja, de donde nacía un cometa de dilatada magnitud a manera de una larga y gruesa viga. Y siguiéndole con su delicada vista, dijo había tenido por término los reinos de España donde se había entrado, y

que le parecía era prenuncio toda esta visión de que se había de convertir a nuestra santa fe aquel grande emperador y todo su imperio, que convertido se había de comunicar y confederar con el mayor monarca del mundo, el rey de las Españas. Al principio del año de mil seiscientos y setenta y nueve, dijo se le había representado otro cometa muy parecido y semejante al del año antecedente que vimos todos en este hemisferio, y añadió la sierva de Dios que había corrido con movimiento muy opuesto y contrario; porque le había visto salir de España y terminándose en los reinos del Japón, donde vio a unos padres que estaban poniendo unos pilares de madera para el edificio de una iglesia o casa en la cual se hizo presente su elevado espíritu, que le pareció hablaba con ellos y que le decían se quedase en aquella habitación; y que les respondía que no gustaba porque había pocos cristianos en aquella tierra, pero que en creciendo la cristiandad volvería y viviría entre ellos. Cuando volvió en sí, dijo no se aseguraba si el lugar donde se fabricaba la iglesia pertenecía al Japón o algún otro reino confinante, ni si era en puerto de mar o en otra ciudad y pueblo cercano; pero que le dieron inteligencia de que por aquel puesto se habían de comunicar en estrechos lazos de amistad los japoneses con los españoles, tributando aquellos a nuestros reyes y señores algún debido reconocimiento de su inferioridad y segura hermandad. Y para mayor individuación, añadió Catarina a su confesor: “Si quiere saber vuestra reverencia y reconocer el ángulo por donde se ha de facilitar y abrir puerta a esta mutua comunicación, córrase una línea derecha desde España a los reinos del Japón, y se encontrará con la entrada y tierra por donde se ha de entablar esta mutua correspondencia entre estas dos monarquías”. Y mientras los cosmógrafos echan esta línea por el globo de la tierra, aire o esfera celeste, y determinan si atraviesa por la Florida o las Californias y en cuál de los reinos del Japón tiene su término y último punto; paso a otra materia sin dilatar me en estas noticias, que como previsiones de los secretos futuros, pueden frustrar nuestros discursos y merecer éstos más el nombre de adivinanzas que de infalibles juicios.

[309] En catorce de mayo de mil seiscientos y ochenta, después de haber padecido mucho por la cristiandad del Oriente, se puso en oración delante de Dios y como quejosa, le dijo: “¿Es posible, Señor, que sea yo tan desgraciada que vea malogrado el fruto de mis desvelos, afanes y fatigas, y que después de tanto sufrir, de tanto llorar, de tanto gemir, no convierta vuestra infinita misericordia y suma bondad a los chinos, japoneses y mogores? Ya conozco, Dios mío, que no soy digna de parecer ante vuestra divina presencia, ni conseguir favor alguno de vuestra recta justicia; pero vos,

Señor, me pusisteis en este camino, me mostráis todas las necesidades del mundo y con especialidad la conversión del gentilismo, y me mandáis repetidamente que pida, que padezca y que rinda la vida a vuestra imitación por las creaturas. Ya yo, Señor, clamo, padezco y reviento porque se extienda la luz de nuestra santa fe en aquellas remotas tierras, tan pobladas de gentes como pobres de operarios y ministros evangélicos. Sólo vos, Señor, sois el poderoso y como para dar ser al mundo no os costó más que el boquearlo, así con un hágase podéis convertirlo; pero para mí, que me cuesta tanto afán y trabajo, no ver el fruto de mis desvelos y diligencias es triste dolor e insufrible sentimiento. Por mejor tuviera que no me hubierais escogido para abogada de los hombres, si no había de concurrir vuestra gracia y misericordia infinita con mis ruegos y lágrimas que el dejarme padecer sin fruto ni provecho alguno”. Y a la verdad esta grave pena y desmedida aflicción que manifestó la sierva de Dios en su amorosa queja, tiene fundamento en el común sentir de los hombres, que tienen por vehemente dolor y congojosas ansias el ver un triste malogro de sus afanes y fatigas. Pregúntenselo a los labradores y hortelanos que plantan una viña, que sufren los melindres de un jardín de delicadas flores, qué les cuesta el plantar, trasplantar, regar, escardar y todas las demás cosas en que gastan días y horas los que les tienen y cultivan. Y dirán, que cuando se ven privados de la viña que les ha costado muchos sudores o del jardín en que han puesto todo su desvelo y cuidado por tener alguna recreación en qué divertirse, experimentan un vehemente dolor y una gravísima pena. Aún más a propósito habló san Juan Crisóstomo, cuando dijo: “No hace tantos extremos ni demostraciones de sentimiento y dolor el mercader, que así como sale del puerto padece naufragio; como aquél que después que afanó y sudó muchos años en las Indias, vuelve próspero y rico a España, da al través con todo. Porque el primero, aún no había trabajado ni granjeado nada; y el segundo, malogró desvelos y diligencias de muchos años”. [Apostilla: san Juan Crisóstomo. Homilía 77 al pueblo]

[310] Este doloroso sentimiento presentó ante la divina presencia nuestra venerable Catarina, para mover a la Omnipotencia que se ostentase en la conversión del Oriente. Y halló tanta cabida en las misericordiosas entrañas de la inmensa bondad, que abstrayendo de sus sentidos el alma de su querida sierva, le infundió un claro conocimiento —entre otros particulares beneficios— de los muchos que se habían convertido en las ciudades y reinos del Oriente a nuestra verdadera religión. Y entre los recién convertidos que se le representaban vestidos de blanco y de los resplandores refulgentes

de la gracia, con especialidad reconoció a una mujer coronada y con ostentaciones de reina, de la cual entendió ser tan fervorosa cristiana, que por sus manos y por sus hombros había ayudado a la fábrica de una iglesia, cargando personalmente las piedras y otros de los materiales necesarios para la fábrica del edificio.

[311] Corrió finalmente en estos días, con su entender y conocimiento infuso, muchas ciudades, provincias y reinos del Oriente, distinguiendo las tierras pertenecientes a la China, Tartaria, y de los reinos del Japón, los del Mogor, de la Arabia e India; señalando y midiendo la longitud y distancia de unas y otras monarquías. Y en todas partes veía su espíritu cómo se plantaba y extendía nuestra santa fe y ley de Jesucristo. Y aunque añadió un día de estos: “Que la conversión de los japoneses sería después de su propia muerte”; se debe entender habló de la conversión total o en la mayor parte de aquellos reinos, porque en los repetidos vuelos de su alado espíritu que daba y repetía en aquellas islas, registraba las muchas conversiones de particulares que abrazaban con constante resolución la ley evangélica, profesándola en los bautismos que hacían los ministros y vicarios de Jesucristo. Y un día de estos que con ansioso celo de la salvación de las almas pidió y clamó por la conversión de los japoneses, se le representó el Señor con la cruz a cuestas que iba como de camino con apresurados pasos y le mandó: “Que le siguiese”. Obedeció la sierva del Señor y fue en su seguimiento un buen trecho, arrebatada del divino amor; pero era tan veloz el movimiento de la Omnipotencia humanada que, fatigada, Catarina le dijo: “Señor, mira que soy creatura y que no puedo correr parejas con tu divino poder. Acomódate a mi flaqueza y miserable naturaleza o prosigue solo tu camino, pues no depende tu querer y tu obrar de las creaturas, con condición que me digas dónde vas y qué cuidados te desvelan y obligan a caminar tan de prisa”. Le respondió: “Un negocio que conduce a la honra y gloria de mi eterno padre”. Con esta respuesta perdió de vista a la divina majestad. Y hacia la parte donde iba su divino amante, se le representó a la sierva de Dios una obscuridad tenebrosa, y entre las lóbregas tinieblas reconoció algunas lanzas y apiñadas espadas y que a buena distancia se divisaba una gran ciudad en los edificios y numeroso gentío, asistida de pocos religiosos, ministros y predicadores de la ley verdadera de nuestro señor Jesucristo. Y fijando la atención de su espiritual vista, vio que se esclarecía toda aquella dilatada y bien poblada ciudad; y entendió ser efecto de haber llegado a aquel lugar el redentor del mundo, con los merecimientos de su santa cruz y sagrada pasión y con las luces de su evangelio esparcidas en aquel horizonte

por las voces de sus ministros, por cuya predicación y apostólicos empleos, le pareció que cesaba la turbación significada en la horrorosa obscuridad y la sangrienta hostilidad que se simbolizaba en las lanzas y demás instrumentos de guerra. Notó y advirtió que esta tierra era alta, llana, de grandes socavones y dilatadas grutas en que habitaban numerosas gentes. Y de aquí infirió pertenecía a las islas y reinos del Japón que había visitado repetidas veces en espíritu y reconocido muchos sacerdotes y muchos más cristianos que poblaban estas artificiosas oquedades, por temor o prudente cautela para la conservación de aquella perseguida y acosada cristiandad que no había de florecer triunfante hasta después de su muerte. Porque, aunque habiendo visto antes del año de mil seiscientos y setenta y ocho un extraordinario cometa que por su grandeza se levantó en esta América con el nombre de grande y entendió la sierva de Dios era feliz anuncio de la conversión de un grande emperador, no obstante, lo atribuyó su natural o sobrenatural inteligencia al de China y no al del Japón.

### *3. De la previsión y asistencia espiritual de esta sierva de Dios a los españoles en el alzamiento de los indios en el Nuevo México*

[312] Quien tenía tanto valimiento con Dios para favorecer como instrumento escogido a la cristiandad en tierras tan remotas y distantes reinos, no le podía faltar actividad y favor del cielo para socorrer, como ángel de paz, a las provincias más propias y cercanas a su morada y habitación. Tengo insinuado en el discurso de la historia, que preveía con luz sobrenatural las desgracias que permitía el Creador en el mundo para castigo de algunos de los pecadores, escarmiento de otros muchos, y para la purificación y gloria de los justos. El caso siguiente, que sucedió en nuestros tiempos en el Nuevo México, puede ser argumento y prueba de esta verdad. El año de mil seiscientos y ochenta, vio la venerable Catarina muchos carros que iban de camino, acompañados de un numeroso gentío y bien cargados todos de palmas. Le causó admiración y susto la visión, y preguntó la admirable virgen a su confesor: “Si le querían dar a entender algún desgraciado suceso”. Le respondió: “Que no alcanzaba la significación, pero que no se asustase; porque carros llenos de palmas, más parecían jeroglífico de triunfos que de desgracias”. A diez de agosto del mismo año, fue arrebatada en espíritu a una tierra remota que no conoció, y se halló tan ahogada su alma en una revolución terrible de hombres que batallaban los unos contra los otros. Compadecida y lastimada de ver tan sangrienta guerra, no hallando camino

para inducir la paz, se retiró su espíritu al recogimiento interior de su corazón contemplativo, sin poder dar razón de lo que había visto que el decir: “Se había abstraído clamando y pidiendo misericordia para la cristiandad de estos reinos”. A veinte y tres de este mes de agosto, dijo a su confesor: “Que había visto su extático espíritu varias y numerosas tropas de personas afligidas, y entre ellas algunos religiosos de la sagrada y seráfica familia de san Francisco, atormentados con varios géneros de martirios. Unos se le representaban quemados o asados, otros degollados, otros asaeteados, arrastrados y aun guisados para sustento de los bárbaros caribes”. Vio también este día o por lo menos lo refirió en él, que se había encontrado con otra tropa o compañía de soldados entre los cuales sobresalía un bastón, símbolo de su capitán o gobernador; y le pareció que estaban como en junta o consulta para determinar el modo de defenderse y ofender a los muchos enemigos que les cercaban y combatían. Y en este mismo tiempo, con gran consuelo de su alma, se le representó una muchedumbre de almas que vestidas de una resplandeciente blancura como los campos de la nieve, iban subiendo al cielo con visos y resplandores de gloria. A veinte y cinco de este mismo mes, se pusieron a su vista un buen número de religiosos de la seráfica y sagrada orden de nuestro padre y gran patriarca san Francisco; unos con el semblante de buen ser como quienes gozaban ya del eterno descanso, otros con rostros afligidos. Y que los unos y los otros le pedían con vehementes instancias: “Rogase a Dios, favoreciese en aquella desecha tribulación a la cristiandad y a la religión de san Francisco, pues le tocaba con especialidad por ser tercera y traer su escapulario, aunque oculto y encubierto”. No entendió o por lo menos no explicó la sierva de Dios cuál fuese, ni dónde se padecía tan lastimosa desgracia; aunque de la turbación y mortales ansias en que le veía su confesor agonizar, discurrió que sucedía en la cristiandad algún extraordinario trabajo.

[313] En veinte y cinco de septiembre de este año de mil seiscientos y ochenta, se repitió el vuelo de su espíritu y se halló en el mismo paraje, donde vio un numeroso gentío compuesto de varios estados de gentes y algunos religiosos de san Francisco y otras personas con hábito de la tercera orden del glorioso y seráfico patriarca. Y representándosele como necesitado, pidió por todos y se halló cercada por un lado de muchas cargas de palmas frescas y recién cortadas; por el otro, de otras tantas cruces. Y con esta visión, prorrumpió la sierva del Señor en estas palabras: “Estas cruces serán las coronas y triunfos, que dijo mi confesor, se significaban en los carros de las palmas”. A trece de octubre llegó a esta ciudad de Puebla de los Ángeles, la

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

primera noticia de sublevación de los indios del Nuevo México, los cuales en universal conjuración se levantaron a un mismo tiempo en aquellas dilatadas provincias, asegurando con pretexto de amistad su traidora y alevosa persecución contra los españoles, iglesias y los ministros que los doctrinaban, quitando la vida a todos los cristianos, así indios como españoles y a más de veinte religiosos. Luego que llegó esta nueva a los oídos de Catarina, dijo: “Estas eran las revueltas y disturbios violentos que me mostró el Señor dos meses ha, y las crueldades que ejecutaban los alzados con los sacerdotes y no sacerdotes. Dios defienda a los que han quedado”. El día siguiente catorce, volvió a hallarse en la tierra donde se le representaba la sangrienta guerra, y vio innumerables indios alborotados, bárbaramente furiosos y abominables en sus membrudos y tostados cuerpos casi desnudos y en sus rostros coléricamente irritados, que andaban batallando con gente vestida y blanca. En medio de estos reñidos y sangrientos combates, deseaba su corazón compasivo meter paz entre los combatientes. Y hallándose sin fuerzas, se acogió a la oración pidiendo a la divina clemencia: “Atajase la batalla, refrenase la bárbara hostilidad y favoreciese a sus cristianos”. A esta petición, se mostró el Señor serio. Y con el rostro algo enojado, le dijo: “Agradezcan los que han quedado vivos, que se han opuesto a mi recta justicia tus clamores y lágrimas, que si no me ataran las manos tus ruegos, había de acabar el rigor de mi indignación con toda la cristiandad del Nuevo México. Prosigue pidiendo y clamando por mis creaturas, y que vuelva a florecer y arraigarse mi santa ley en todas esas provincias”. Catarina respondió a la soberana majestad: “Yo pediré y padeceré por la extensión de la fe católica, y espero conseguirlo fiada en los méritos de la preciosa sangre de nuestra redención, porque no padezcan justos por pecadores, ni pierdan los justos lo que desmerecen los injustos, amotinados y armados a echar de sí el suave yugo del evangelio”.

[314] A veinte y uno de octubre, día de las once mil vírgenes, patronas y especiales abogadas de la sierva de Dios Catarina de San Juan, vio ésta venir de remotas tierras hacia México por un ameno y dilatado campo, un religioso hijo del seráfico padre san Francisco, muy resplandeciente y de buen parecer, y en su compañía un hermano lego de la misma sagrada religión con un chiquihuite o canastillo de flores tan hermosas, que le parecieron del cielo. Discurro yo, fue símbolo de la venida del superior de aquella apostólica custodia o de sus cartas en manos de algunos de los religiosos que nos dieron la nueva cierta del alzamiento y muertes de los ministros y operarios evangélicos de aquella destrozada viña del Señor; porque en este tiempo corrió la nueva como cierta, con la individuación de muchas



circunstancias que antes no sabíamos. Y me mueve a formar este discurso el haber visto la sierva de Dios, a fines del mes de octubre o principios de noviembre, a los mismos carreteros que habían llevado las palmas, volver cargados de preciosísimas flores y rosas, en que entiendo se significaron las noticias individuales y totalmente perfectas de aquella dichosa desgracia. El primer día de mil seiscientos y ochenta y uno, volvió a reconocer el presidio de los soldados, aumentado con otras muchas personas de ambos sexos y de todos estados que venían como a la protección de la misma Catarina, desamparando la tierra alborotada y acercándose a otra provincia donde había casas y gente blanca que los recibía con amor y caridad cristiana; porque aunque faltaba el sustento, se repartieron y acomodaron los huéspedes que venían con los que los recibieron con tan buenas entrañas, que dentro de pocas horas vio vestidos y alegres a los que en la retirada había visto caminar maltratados, rotos y casi desnudos. El día antes, había también visto caminar a todo este gentío triste y temeroso, unos con armas, otros cargando cajas, otros a sus hijos, y otros finalmente con otros trastes, como quienes se mudaban de una tierra a otra. En quince de enero de este año, vino nueva de que el gobernador del Nuevo México, asistido de los soldados y otros españoles que quedaron vivos en la universal conjuración, habían acometido por tres veces a los indios alzados y habían muerto a muchos, y ahuyentando los demás se retiraron y desampararon la tierra con todos los niños y mujeres que pudieron recoger y asegurar al abrigo y escolta de las armas, reconociendo, no podían conservarse cercados de tantos enemigos y acosados de la sed y hambre que comenzaban a sentir por haber los bárbaros cortado los ríos y quemado todo género de mantenimiento, para que prevenidos y puestos todos los medios que les dictó su traidora y alevosa intención, no quedase ningún buen cristiano ni español con vida. Mejor lo hizo Dios con nosotros en esta ocasión, pues sacó y libró de entre tantas bárbaras huestes enemigas a muchos con vida; y no hubieran obrado mal los españoles si hubieran vuelto a castigar los rebeldes, porque no dé aliento este mal ejemplar a las demás provincias circunvecinas. Podrá notar alguno, que con todas estas visiones de la sierva de Dios pretendo calificar por mártires a los que perecieron en esta sangrienta y porfiada guerra; y no es de ninguna manera ese mi intento porque esta determinación pertenece a la cabeza de la Iglesia, que asistida del Espíritu Santo puede dar esa resolución y con ella lo infalible del crédito. Yo sólo pido la fe humana para la verdad de estas luces y de sus significados y objetos, como lo han discurrido y escrito otros con probabilidad prudente, sin la noticia de estas ilustraciones.

[315] Dice la crónica de San Diego de México estas palabras: “Fue universal la conjuración con que se sublevaron todos los indios infieles, hasta hacer liga con los neófitos y recién convertidos, que apostatas de la fe, consiguieron la persecución más segura apadrinándola con capa de amistad. Y así lograron el asalto sin resistencia el día diez de agosto de mil seiscientos y ochenta años, matando con fiereza en distintos conventos y lugares veinte y un religiosos de diversas provincias, incorporados en unidad de hijos en aquella custodia del Nuevo México”. En esta invasión que asoló los templos, quemó las iglesias, profanó los sagrados; murieron y fueron holocausto a Dios estos religiosos en día del protomártir español san Lorenzo, no con menos odio de los bárbaros que el del gentil Valeriano contra el protomártir invicto, cuyas honras se hicieron en el convento grande de nuestro padre san Francisco de México, en veinte de marzo de mil seiscientos y ochenta y uno. Se celebraron las exequias con la solemnidad fúnebre digna a tan lastimoso ejemplar suceso, en la oración que ese día dijo el ilustrísimo y reverendísimo señor doctor don Isidro de Sariñana y Cuenca, catedrático de prima de sagrada escritura en la Real Universidad, calificador del Santo Oficio, examinador sinodal del arzobispado, chantre y arcediano de la santa iglesia metropolitana, y hoy dignísimo obispo de Oaxaca; con asistencia del excelentísimo señor marqués de la Laguna, conde de Paredes, virrey de esta Nueva España; asistido el templo de todas las religiones, gravísimo concurso de nobleza y ciudad; celebrando los oficios y misa la religiosísima familia de predicadores, llamando al llanto y gozo el orador doctísimo. Y algunas líneas de su sermón son las que siguen: “Que en probable, humano y prudencial juicio se discurre: que les quitaron las vidas en odio de la religión cristiana. Pues siendo este el motivo de la conspiración, muy creíble es de varones cristianos, sacerdotes y religiosos, que abrazaron en obsequio de la fe las muertes que padecieron. Si el odio de los conjurados mirara a las personas, mataran sólo a los aborrecidos; no los mataran a todos y a todos tiró el intento. Ejecutado en los más y no logrado en los menos. Se amplía más esta humana probabilidad al discurso. Porque si les llevara el odio a las personas, no hicieran escarnio en las cosas sagradas, no entonaran con mofa el alabado y las demás oraciones de la Iglesia como testifica en su carta el gobernador, ni quemaran los templos; luego sus rabias y efectos eran del odio de la religión. Pues al mismo tiempo que los ministros, vivos templos de Dios, eran ruinas de los golpes de las flechas; eran también los templos materiales cadáveres de carbón a la voracidad de las llamas, pudiéndose acomodar a tan lastimoso estrago las palabras del profeta rey en el salmo 119”.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

## CAPÍTULO 21

DE OTRAS MUY PARTICULARES NOTICIAS QUE ILUSTRAN Y DAN A CONOCER LA NUEVA Y EXTENDIDA CRISTIANDAD DEL OCCIDENTE POR LA INTERCESIÓN DE LA SIERVA DE DIOS, EN LAS MISIONES PERTENECIENTES A LOS PADRES MISIONEROS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN ESTA NUEVA ESPAÑA E ISLAS FILIPINAS

*1. Varias visiones de la extensión de la católica Iglesia en el gentilismo, con que consoló Dios a Catarina en la tribulación que le causó la pérdida del Nuevo México*

[316] Quedó la sierva de Dios afligida sobremanera con la pérdida de esta nueva cristiandad; porque al paso que hervía en su corazón lleno de caridad el celo ardiente de la salvación de las almas y de la extensión y exaltación de nuestra santa fe, se le hacía insufrible cualquier desgracia con que se menoscabasen los triunfos de nuestra religión católica, los prodigios de la Omnipotencia y las maravillas de la gracia, que ceden en honra y gloria de nuestro dios, de nuestro creador y del redentor del mundo. Estando pues Catarina triste, melancólica y con extremo atribulada, vino la divina majestad humanada a enjugarle las lágrimas, a templarle las penas y a desahogar su corazón apretado, mostrándole que si con una mano permite sucesos infelices que sirvan de ejemplares castigos y de escarmiento en su santa Iglesia, con la otra mano ostenta su soberano poder y comunica con magnífica liberalidad sus misericordias. Y así, para el consuelo de esta su querida esposa, tan celosa del bien y del aumento de la cristiandad, le manifestó cómo aquellos pocos cristianos que habían quedado con vida en la mancomunada y universal conjuración del Nuevo México, les señalaba luego por instrumentos de la extensión del cristianismo, como efecto infalible de la prelección de sus eternos y absolutos decretos. Esta manifestación de los ocultos secretos y misterios no se la franqueó de repente con toda claridad y distinción, sino poco a poco. Primero por símbolos oscuros, aunque muy propios de las sagradas letras, y después con perfectas y claras inteligencias; porque se estimasen más las celestiales noticias y se reconociese con debidos agradecimientos el universal beneficio.

[317] Vio finalmente la sierva del Señor, a los resplandores de aquella soberana y verdadera luz, que la alumbraba en el paraje del río grande que llaman el Paso, donde se hallaba su espíritu con el conocimiento de dónde

se habían retirado los españoles del Nuevo México. No sé si el día catorce de septiembre del dicho año de mil seiscientos y ochenta, digo, que vio andar mucha de aquella tierra; parte hacia el sur, parte hacia el poniente, parte hacia el norte, parte hacia el nordeste, o entre nordeste y oriente. Como yo no he andado aquellas provincias, no puedo hacer composición del lugar ni del paraje que llaman el Paso, y mucho menos aplicar con acierto estos movimientos de la tierra cristiana para fructificar entre las malezas y duros abrojos del gentilismo. Pero entendí que la cristiandad afligida y perseguida se había de extender por las incultas y confinantes tierras de los gentiles. Los prácticos en aquel horizonte y hemisferio podrán explicar esta visión, ayudándose de las siguientes noticias; y determinar si se comprenden en ella los indios tarahumaras, californios o texas, y otras de las innumerables naciones bárbaras que han pedido y admitido la predicación del santo evangelio en estos pocos y felices años. Catarina preguntó al Señor: “Qué significaban aquellos flujos y reflujos del térreo elemento, siendo en sí tan sólido y firme”. Le respondió su Majestad: “Que se simbolizaban las creaturas que comparaba su amado y querido Job al lodo, polvo y ceniza. Y esto lo entenderá muy bien tu confesor, así como el símbolo siguiente”. Y luego le mostró la eterna sabiduría unos árboles que andaban como hombres y discurrían por todas aquellas bárbaras naciones, comunicándoles la dulzura de sus frutos y convidándoles con la sombra apacible de sus frondosas ramas y saludables hojas. Aunque esta visión fue al principio obscura y como imperfecta para la venerable virgen, poco después tuvo más pleno conocimiento y clara inteligencia de que los árboles eran los ministros evangélicos, así de la sagrada orden de san Francisco como de la Compañía de Jesús, que confinaban por aquella tierra y provincias de aquellos nuevos reinos de León y Vizcaya. Le sucedió a Catarina en esta ocasión en la vista espiritual lo que en la vista material refiere el evangelista san Marcos del otro ciego, a quien pregunto el Señor, poniéndole las manos sobre los ojos: “Si veía algo”. Y respondió el ciego: “Que aún no veía de todo punto, porque le parecían árboles los hombres”. Le puso otra vez la mano sobre los ojos, y comenzó a ver y a restituírsele la vista tan de todo punto que confesó “veía ya con claridad y distinción todos los objetos”.

[318] En diez y seis de octubre de este año de mil seiscientos y ochenta, se le puso delante mucha tierra movediza que se había sacado de un gran hoyo, y vio que toda aquella tierra se traspasaba a otra tierra de gentiles para que fructificasen cristianas plantas y se extendiese el cristianismo. Pero no explicó qué tierra era aquella en que veía que había de resplandecer la

luz de nuestra santa fe, arraigarse y fortalecerse la ley de Cristo por medio de la predicación evangélica; si bien, se hallaba muchas veces en las provincias de los tarahumaras donde asistía en espíritu a la multiplicación y aumento de las misiones nuevas, y se disponía también en aquel tiempo la entrada en las Californias, a donde había dado muchos vuelos su espíritu en este y en el año antecedente. Y la describía diciendo que al principio era arenisca, y que después descollaban en ella montes y serranías que dividían muchos valles y llanadas, que no dudaba serían fértiles y de pan llevar si se labrasen y cultivasen, por el temperamento húmedo y caliente que se reconocía y porque no le faltaban ojos de agua y ríos que a buena distancia la bañaban. No reconoció riqueza particular alguna ni numeroso gentío de pobladores, que es el mayor tesoro que hace a los reinos grandes y poderosos. Pero no por eso hemos de persuadirnos a que es la tierra pobre de gente y de riquezas, pues no es bastante argumento para afirmar que carece de estas dotes aquella dilatadísima parte de tierra, el no haberlo visto Catarina; porque no lo han de ver ni registrarlo todo los alados espíritus en sus extáticas abstracciones. Por el mes de julio de mil seiscientos y setenta y nueve, hallándose su espíritu en las mismas Californias, dijo: “Que había visto en un monte, que al parecer estaba enfrente de nuestras misiones de Sinaloa, la osamenta de un cuerpo humano en cuya calavera divisó un ojo vivo y claro, con que la miró tierno y condolido”. Y preguntándole la sierva de Dios: “Si era necesitado y qué quería”. Le respondió: “Darte noticia de que he de estar aquí penando hasta que me vea en sagrado”.<sup>132</sup> Le replicó Catarina: “Pues, ¿qué puedo yo hacer, ni de qué me puede servir esa noticia?”. La satisfizo diciendo: “De que consigas del Señor que entre en esta tierra la luz de la fe, que se fabriquen templos y que se edifique uno de ellos aquí donde está mi cuerpo para que entre mi alma en el cielo”. Pidió la sierva de Dios lo que le rogó el difunto, y en este mismo año se comenzó a disponer con orden de nuestro rey y señor, la entrada en las Californias con más próspera y solícita prevención que otras veces. Y se ejecutó el año de 1682 y 1683, con buen número de soldados y algunos padres misioneros de la Compañía de Jesús que tomaron puerto, hicieron un fuerte y fabricaron iglesia donde acudían los indios caribes,<sup>133</sup> ya mansos y aficionados a los españoles y padres que los recibían con amor y pretendían su bien, enseñándoles los misterios de nuestra santa fe.

---

<sup>132</sup> Es decir, enterrado en el cementerio cercano a alguna iglesia.

<sup>133</sup> La mención de estos indígenas causa confusión, porque se supone que los caribes estuvieron del lado del océano Atlántico y las Californias están en el Pacífico. O probablemente se refiere a los antecedentes que lograron los misioneros jesuitas con ellos.

[319] Víspera del día en que celebra la santa Iglesia la aparición del glorioso arcángel san Miguel, año de mil seiscientos y ochenta y uno, vio hacia mano izquierda de la Nueva Veracruz —que según la situación de la ciudad donde estaba la venerable Catarina y lo que señalaban sus acciones, se verificaba la visión en la tierra de los indios texas o en la que está cercana a la bahía del Espíritu Santo— a una hermosísima señora que con su desacostumbrada belleza le arrebató los sentidos y potencias y la obligó a ir en su seguimiento, registrando varias tierras, todas de malezas, de espesos y bastos montes. Advirtió que la soberana señora caminaba como por el aire, cerca de la tierra sin tocarla con sus plantas; le pareció que era la santísima Virgen y que llevaba delante de sí dos redes, dentro de las cuales distinguía algunas personas blancas que entendió ser los pescadores, a cuyo cuidado había de estar la pesca que se lograra. No penetró la sierva de Dios el misterio de las redes, ni el fin de aquel prodigioso vuelo. Y por salir de esta duda y confusión en que caminaba y volaba su espíritu, se lo preguntó a la que entendía ser la princesa de los cielos y señora de todo lo creado. Le respondió: “Sígueme Catarina y date prisa, que de las tres partes del mundo aún faltan las dos que convertirse y dar la debida oración a mi santísimo hijo”. Con esto entendió que la pesca a que le convidaba no era de peces sino de hombres, y de hombres muertos que habían de vivir con la gracia del santo bautismo entre los fieles de la católica Iglesia. Por el año de 1681 o 1682, dio otro vuelo su elevado espíritu hacia el mar del sur. Y llegó a un paraje donde vio un navío que estaba ya para hacerse a la vela. Preguntó a la gente embarcada: “Que dónde iban”. Le respondieron: “Que a bautizar y a hacer cristianos”. No explicó si esta navegación era para las Californias, Marianas o Filipinas, donde había sido llevado muchas veces su espíritu. Pero prosiguió diciéndoles: “Allá nos veremos, que por ahora tengo que hacer mucho por acá”. Finalmente, desde el año de mil seiscientos y setenta, hasta pocos años antes de su dichosa muerte, fueron repetidísimas sus ilustraciones y misteriosos vuelos de su espíritu por todo el mundo, asistiendo a innumerables conversiones y fundaciones de nuevas cristiandades en que se extendía e ilustraba la santa Iglesia, recreando el Señor el abrasado celo de las almas que había comunicado con su divino amor a su querida sierva. Pero para que se viese lo cierto de sus visiones todas, era menester carearlas con los sucesos extraordinarios de todo el mundo; lo cual no permite el tiempo ni mis ocupaciones y por los gastos tan excesivos de las impresiones en estos reinos. Se contentará por ahora el piadoso lector, con las noticias particulares de lo sucedido en la nación tarahumara y otras pertenecientes

a nuestras misiones, para argumento y prueba de sus profecías y testimonio del excesivo valor de sus oraciones en el tribunal de la divina misericordia, para bien del mundo.

*2. De otras singulares noticias y misteriosas visiones que tuvo la sierva de Dios de la extensión de la fe y triunfos de la gracia, verificadas en las Islas Filipinas, Marianas y en la provincia o nación tarahumara, pertenecientes a las misiones de la Compañía de Jesús en esta Nueva España*

[320] Era la sierva de Dios Catarina de San Juan, universal abogada y protectora del universo, como prueba el discurso de su admirable vida y lo confirman las muchas visiones e ilustraciones que van mezcladas y entretejidas con las prodigiosas virtudes que resplandecen y son el principal fin de esta historia, para la edificación e imitación de los que con ánimo de aprovecharse la leyeren. Y aunque esto faltase en los antecedentes escritos, bastara lo que le mostró y significó el Señor el año de mil seiscientos y setenta, para más avivar el incendio de amor y celo de la salvación de las almas que abrasaba el corazón de esta esclarecida virgen. Y fue, que ofreciéndose ella por cirenea a Jesús Nazareno con la ayuda y fortaleza de los divinos auxilios, se le dejó ver la eterna sabiduría humanada, afligida con la cruz y el peso de todos los pecados del mundo que llevaba sobre sus sagrados y agigantados hombros. Y condoliéndose esta su amada esposa, le preguntó compasiva y lastimada: “Pues, Señor, ¿tanto pesa ese madero?” Y la respuesta fue mostrarle todos los cuatro lados de la cruz, rellena de innumerables gentes de diversos colores y trajes; dándole a entender, era representación de los habitantes de las cuatro partes del mundo, que con sus culpas hacían intolerablemente pesada la cruz que había cargado por los hijos de los hombres. Con esta visión aumentó su divina majestad en su querida esposa la sed de la salvación de las almas y conversión del gentilismo; y se abrasaba en encendidos deseos de padecer por los pecados que se cometían en todo el orbe. Y ciega del divino amor, se ofrecía valerosa a experimentar y tolerar los castigos que merecían las culpas de todo el mundo. Y el Señor le respondió: “Pues padece ahora por la América habitada en gran parte de idólatras”. Se resignó perfectamente Catarina en la voluntad de Dios, imploró su omnipotencia y lo admirable de su divina gracia, protestando su flaqueza e inutilidad. A este acto heroico de muchas virtudes juntas, le correspondió con fineza el redentor del mundo, representándosele en forma de un amoroso pelícano que hería y rasgaba el pecho con el pico. Y entonces dijo a su sierva: “Recoge

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>



esta preciosa sangre y rocía con ella a esas bárbaras gentes. Porque este precioso licor es el sustento, la luz y vida de todas las creaturas”.

[321] Fortalecida con estas ilustraciones, se halló por el año de mil seiscientos y setenta y tres en una tierra remota y a su parecer muy distante de esta ciudad de Puebla de los Ángeles. Y la describía diciendo que era llana por la mayor parte, que la terminaban o dividían serranías y algunas de ellas se le figuraban de plata; anuncio de los muchos y ricos minerales que después se descubrieron y se van descubriendo para facilitar el Señor con su altísima providencia, las entradas y poblaciones de los españoles, de cuya permanencia depende la conservación de la fe y la sujeción a nuestro rey y señor, en tierra habitada de gente de suyo fiera y novelera, de cuya fidelidad hay poco que fiar por su barbaridad e inconstancia. Era abundante de aguas por los muchos ríos que la bañaban y bien poblada de árboles. Le pareció que estaba a la vista de la cristiandad y aun cercada de los cristianos, porque veía muchos padres de la Compañía que por la circunferencia de toda aquella tierra andaban catequizando, predicando y bautizando. Y no muy lejos, divisaba también a otros ministros del Señor con el hábito del glorioso patriarca san Francisco. No dijo el nombre de la tierra, pero nombraba algunos de los padres que estaban vecinos a esta gentilidad y que yo conocía; por donde entendí el paraje o parte de este dilatadísimo mundo nuevamente descubierto que visitaba Catarina en espíritu, y favorecía con sus oraciones y regaba con sus lágrimas. Me aseguré en mi inteligencia por las noticias que vinieron de la tierra adentro, y nos certificaron se daba principio a la conversión y bautismos de la nación tarahumara, que muchos años antes se había emprendido y se había ya dejado por la inconstancia de sus naturales y por la hostilidad de su bárbara resistencia; contentándose los españoles y los predicadores evangélicos con la conservación de algunos pueblos de esta nación vecina a la tepehuana, ya cristiana y reducida a un vivir racional y político. Quebraron las primeras lanzas en la empresa, el año de mil seiscientos y setenta y tres, los padres Fernando de Barrionuevo y Juan Manuel de Gamboa, que comenzaron los bautismos de aquella gentilidad frontera de cristianos y por muchos años desamparada. Tuvo gran parte en esta gloriosa entrada el gobernador don Joseph García de Salcedo, alentando a los dichos padres con su católico celo, prometiéndoles su escolta y encomendándoles al indio cacique don Pablo, capitán general por su majestad de aquella nación y de las confinantes, témoris, guazapares, tepehuanas y otras más, cuyos nombres ignoro.

[322] En este tiempo y sazón, se halló el espíritu de Catarina en la tierra tarahumara con Cristo crucificado que le brindaba varios platos y fuentes de sabandijas asquerosas que significaban el infeliz estado de aquellos bárbaros, a que ella no arrostraba y se resistía con repugnancias inexcusables de la naturaleza a tanto horror y asco. Semejante maravilla vio san Pedro, cuando en aquel misterioso arrobamiento se le descolgó un lienzo de los cielos, en que venía revuelta una república de animales asquerosos y ponzoñosas sabandijas. Y cuando él diera por excusado el regalo por lo mucho que le asustó, oyó la voz de Dios, que le dijo: “Levántate de ahí Pedro. Saca el cuchillo, degüella, mata y come; que esta es la ocasión de mostrar tu valentía y la excesiva fineza de tu amor”. [Apostilla: Hechos 10] Quería san Pedro obedecer y no podía, porque todos los manjares que se le franqueaban en la mesa, ¡eran horrores y asombros! ¡Iba a echar mano y la retiraba asustado porque se encontraba con una serpiente! ¡Iba por otro lado y veía un basilisco entre víboras ponzoñosas y culebras enroscadas! ¡Mudaba de puesto y no mejoraba de plato! ¡Le salía al encuentro un escuerzo asqueroso, con un áspid que vibraba en su lengua veneno! Esto mismo le sucedía a la sierva de Dios, hasta que en la octava de la festividad de todos los santos, se le volvió a representar el Señor con el sagrado costado abierto, y dentro de él una inmundicia y fea muchedumbre de gusanos y otras sabandijas. Y mandándole su Majestad comer, se halló con gana y deseos de satisfacerse y con ánimo para apagar el hambre que la afligía. Comió y tragó, de manera que dudó y propuso a su confesor no poder comulgar aquel día después de tan abundante almuerzo. Pero no por eso dejó de entender el misterio de la visión, pues explicó: “Que en los animales se figuraban los gentiles y en el costado abierto del Señor la santa Iglesia católica, donde se habían de recoger y agregar alumbrados de la predicación evangélica y santificados por el sacramento del bautismo”. Así como cuando vio san Pedro animales y sábana que le servía de mesa y plato, arrebatado en un soberano éxtasis, entendió por las sabandijas la gentilidad y por el lienzo blanco la santa Iglesia. Como se vio en el recibimiento que hizo al centurión gentil, llamado Cornelio, que se le entró a san Pedro por las puertas. Y la cabeza y piedra fundamental de la Iglesia, entendió con luz del cielo en aquel misterioso rapto, que venía la gentilidad a entrarse por las puertas de la Iglesia; y no por que ésta sea blanca como un lienzo, ha de dejar de admitir a los que han sido más crueles y sangrientos que un león, más golosos que un oso, más ligeros en despedazar que un tigre, más venenosos que un dragón, más astutos y ponzoñosos que una culebra.

[323] Le preguntó el confesor: “Si era aquella la primera vez que le habían ofrecido y hecho comer comida tan desabrida y horrorosa”. Respondió: “Que no, porque ya en otras ocasiones la habían obligado a gustar semejantes potajes de animales inmundos que habían causado sustos, horrores y asombros a su miserable naturaleza”. Y puso por ejemplares “que hallándose su espíritu en las Islas Marianas, la obligaron a comer y tragar muchos pescados podridos y todo género de asqueroso marisco. Y que entre las congojosas ansias que sentía su alma en estos convites de bascas, entendía eran jeroglíficos y símbolos de las conversiones del gentilismo, a cuyas reducciones asistía y se le representaban en forma de sementeras, cuidando ella desde la siembra hasta la cosecha del riego y de la escarda, como si fuera la principal obrera y operaria de aquellas haciendas”. Lo mismo refería de las Islas Filipinas, en varios vuelos que dio su alado espíritu a aquel postrero ángulo o rincón del mundo. En especial, cuando los infieles o apóstatas quitaron la vida del apostólico varón padre Juan de Varrena de la Compañía de Jesús; cuya vida anda impresa entre los varones ilustres de nuestra sagrada religión, a cuya muerte asistió en espíritu Catarina, exhortándole a derramar su sangre y dar la vida por Dios y por sus almas redimidas. Y en el instante de su dichosa muerte, vio volar al cielo su alma en forma de una saeta de refulgente luz, para resplandecer eternamente entre los cortesanos y bienaventurados del empíreo. A este padre habló y comunicó Catarina cuando pasó por esta ciudad de los Ángeles; y le estimó mucho por la previsión de su martirio y eterna felicidad que le esperaba por este medio tan glorioso en la militante y triunfante Iglesia. Lo mismo pudiéramos decir de otros que han pasado a las Marianas e Islas Filipinas, en quienes se verificaron las previsiones e ilustraciones de sus martirios, a lo que podemos probablemente discurrir y piadosamente con probabilidad creer; los cuales podían tener lugar en este capítulo, pero por no tener a la mano ni hallar los individuales apuntamientos de las circunstancias con que lo previó y dijo la sierva de Dios, los omito por ahora y prosigo con el asunto de la conversión de los indios tarahumaras.

[324] Por los tres años siguientes repitió estos espirituales vuelos a la misma tierra, donde entre otras visiones que tuvo se le representó en una de las serranías o montes que la componen o dividen de otras naciones o provincias; una hermosísima cruz que estaba como colocada sobre el brocal de un pozo o manantial perenne, de donde iban sacando dos sacerdotes muchos cubos o jácaras de leche y que las iban distribuyendo entre innumerables gentes que habitaban en un llano o valle muy espacioso y dila-

tado. Y entendió la sierva de Dios por la leche, el agua del bautismo con que quedaban blancas y hermosas las almas de los recién bautizados. Vio otro día sobre un montecillo un pastorcito, muy hermoso y alegre y como triunfante, al cual reconoció por su divino amante. Y luego vio muchos animales fieros e inmundos que se iban transformando en ovejas, dividiéndose en manadas; y caminaban gustosas y alegres por un campo ameno y florido hacia donde estaba el soberano pastor. Con esta deliciosa visión se regocijaba entretenida Catarina. Y entre los gozos y júbilos de alegría que experimentaba su alma viendo a su querido pastor buscado de tantas ovejas, prorrumpió en estas voces: “Si ellas no vinieran, yo fuera a traerlas”. Otro día volvió a ver a este divino pastor en un alto mirando desde allí a sus ovejas; y le pareció a la sierva de Dios que andaba ella recogién-dolas, arreándolas y encerrándolas en un aprisco perteneciente al mismo Señor. Todas estas visiones entendía Catarina de las conversiones de los gentiles que Dios llamaba y agregaba a su católica y amada Iglesia, santificándolas por medio de las aguas del bautismo que administraban sus apostólicos misioneros y fervorosos ministros en aquellas fieras y bárbaras naciones. Y bien le deja entender que en el pastor se representa Cristo, en las ovejas los fieles, y en la solicitud de recogerlas lo que esta caritativa virgen trabajaba y ayudaba a la conversión de las almas con sus oraciones, ruegos y virtudes. Por estas noticias y por las antecedentes, desee saber el estado de aquellas nuevas misiones y se lo pregunté al padre Joseph Tardá, que era uno de los principales obreros que cultivaban y aumentaban aquella nueva viña de nuestro redentor. Y respondió con el escrito siguiente:

[325] “Mi padre Alonso Ramos: *Pax Christi* etcétera. Luego que llegué de México a estas misiones de los tepehuanes, me señalaron los superiores para las nuevas de tarahumaras, en lugar del padre Fernando de Barrionuevo que enfermó de manera que no pudo proseguir en su apostólico ministerio. Y por haber sacado el padre provincial al padre Juan Manuel de Gamboa para la misión de Parras, vino por mi compañero el padre Tomás de Guadalajara con orden del padre provincial, para que entrásemos en las rancherías y poblaciones distantes de los gentiles. Y en estos dos años hemos corrido gran parte de tierra catequizando y administrando los dos sacramentos del bautismo y matrimonio, según los ritos de nuestra santa madre la Iglesia católica; reduciendo los indios a pueblos en los puestos de Santa Ana, cabecera de esta misión, San Francisco de Borja, Nuestra Señora de Guadalupe, San Francisco Javier. A la segunda misión de San Joaquín y Santa Ana, agregamos otros pueblos que son los de San Miguel, San Bernabé y San Ignacio. Finalmente,

hemos comenzado este año de 1675, los bautismos en las rancherías del Nombre de Jesús, Nombre de María, la Purísima, San José, San Rafael, San Gabriel, Nuestra Señora de Monserrat, y otros dos pueblos de San Miguel y San Bernabé, todos principales y cabeceras de partidos. Este es el estado que por este tiempo y año de 1676 tenían las misiones tarahumaras, cuando se nos ofreció que para hacer pleno informe al señor virrey de la Nueva España, convendría reconocer primero toda la tierra y los puestos de témoris, guazapares, chinipas y barohios, situados a las vertientes de la provincia de Sinaloa, donde en años antecedentes habían muerto a manos de aquellos bárbaros apóstatas los venerables padres Julio Pascual y Manuel Martínez.

[326] Salimos para esta jornada, habiendo tocado en varias rancherías donde teníamos ya cristianos, y con los trabajos que vuestra reverencia puede considerar en camino tan dilatado, pues tiene de largo la tierra tarahumara de oriente a poniente cien leguas y de norte a sur ochenta; por sí muy áspera e inculta, poblada de fieras y de hombres más indómitos que ellas mismas. Llegamos a Cuttego, pueblo perteneciente a las misiones de guazapares, donde habiendo hablado a la gente, bautizamos dos párvulos en señal de que nos admitían por padres de sus almas. De aquí pasamos a los témoris, y por faltarnos ya vino para decir misa y noticias de las gentes que poblaban aquellas espesas selvas y vastos montes, nos arrojamos a atravesar las serranías para bajar a la provincia de Sinaloa, que juzgamos no podía estar muy lejos. Emprendimos este viaje y conseguimos el fin, ayudados y guiados de la divina providencia más que de otros humanos medios. Y llegamos al pueblo de Huites, perteneciente a la misión de Baca, miércoles víspera de corpus. Y este mismo día, después de haber dicho misa, pasamos a Baca donde vimos al padre Gonzalo Navarro, misionero de aquel partido y visitador entonces de las provincias de Sonora y Sinaloa. En este puesto nos visitaron algunos de los padres misioneros de aquella jurisdicción y dimos gracias al Señor por haber proveído con su altísima y suave providencia a aquellas naciones de ministros evangélicos. Y habiendo recibido algún socorro y noticias de los padres de aquella provincia, dimos la vuelta para nuestras misiones por el mismo camino que habíamos ido. Y llegamos con felicidad y el consuelo que ponderará vuestra reverencia en haber corrido tan dilatada tierra, y dejándola dispuesta para recibir la predicación y ley de nuestro señor Jesucristo, que me guarde a vuestra reverencia, etcétera”.

[327] Considere, pondere y admire el piadoso lector estas conquistas espirituales, comparándolas con las políticas y militares que acreditaron los mayores héroes de la fama. Es verdad calificada en las historias, que el

magno Alejandro en diez años de conquista allanó Grecia, sujetó la Persia, domó la Cítia, disfrutó la India y conquistó el Oriente, llenando el mundo de terror y la posteridad de fama. Pero le notaron los historiadores que le había sobrado la braveza para conquistar y que le había faltado la sagacidad para establecer, sino es que ya fuese envidia de que ninguno de los sucesores le igualase. ¡Oh, soberbia indigna de una creatura, imaginar a otro alguno capaz de tanto empleo, cuando sólo Dios es y puede ser el autor de las maravillas! Es verdad que el gran Tamorlán llenó el Oriente más de terror que de señorío; pero todo fue conquistar, nada establecer; todo fue triunfar de un Bayaceto, que de emperador de los turcos, pasó a ser su humilde cautivo. Se tiene por cierto que Quinqui, émulo de Alejandro, envidiándole el renombre, volvió a conquistar todo el Oriente, desde las murallas de la China hasta las selvas espesas de Moscovia, dejando a sus sucesores más en empeño que herencia el renombre del gran Kan de la Tartaria. No se puede dudar de los triunfos de la insigne Semíramis,<sup>134</sup> la que fundó o ilustró la Babilonia, y no contenta con la amplísima monarquía de la Asiria conquistó el Egipto, emprendió la India; mas todas estas victorias se debieron al ir capitaneando esta reina un millón de gentes. Pero a quienes se rinde toda admiración es a nuestros reyes católicos, que después de haber juntado allá en la Europa muchas coronas del Oriente, en una mostraron su desmedida grandeza en descubrir otro nuevo orbe donde fundaron, establecieron, conservan y aumentan el mayor imperio que se conoce en el mundo por lo dilatado y por lo rico, con pocos soldados y muchos ministros evangélicos, que de uno en uno o de dos en dos, discurren valerosos por las incógnitas y dilatadísimas tierras de este Occidente, sin otras armas y carruaje que la luz de la fe y la predicación evangélica, sujetando al servicio de ambas majestades más reinos y provincias que las que componen otras muchas monarquías juntas. Estos prodigios y gloriosos triunfos de la fe sí que engrandecen entre los hombres al divino poder y ostentan las maravillas de su gracia en los obreros del evangelio, y en la eficacia de las oraciones de esta su amada y querida sierva.

---

134 Semíramis fue, según las leyendas griegas, reina de la antigua Asiria durante 42 años. Se le atribuye la fundación de numerosas ciudades como Babilonia, con sus palacios y hermosos jardines colgantes. Conquistó Egipto y subió al cielo en forma de paloma.

3. *Prosigue la misma materia y se confirma el valor de su intercesión con algunos singulares casos y otras prodigiosas ilustraciones, y de las muertes de los padres misioneros Diego Ortiz Foronda y Manuel Sánchez*

[328] Con las noticias que trajeron en este nuevo descubrimiento los dichos dos padres, determinó el ya nombrado gobernador y capitán general de aquel reino de la Nueva Vizcaya,<sup>135</sup> hacer informe jurídico al excelentísimo, reverendísimo e ilustrísimo señor don fray Payo Enríquez de Rivera, arzobispo virrey de esta Nueva España, para que se sirviese su excelencia de asignar algunas libranzas en la Real Caja, con que pudiesen aviarse algunos obreros evangélicos que ayudasen a cultivar, establecer y dilatar aquella nueva cristiandad, reduciendo al conocimiento de nuestra santa fe los corazones de aquellos bárbaros llenos de malezas, de vicios y abominaciones. Y habiendo dado su excelencia mandamiento, con libranza de seis limosnas para otros tantos operarios de aquella nueva viña de Jesucristo, señaló el padre provincial Francisco Jiménez para aquella gloriosa y apostólica empresa a los padres Domingo Miguel, Antonio de Oreña, Francisco de Celada, Diego de Contreras, Nicolás Ferrer, Joseph de Guevara y Francisco de Arteaga; todos los cuales llegaron y se emplearon con los que ya estaban en el cultivo de aquella tierra eriza, reduciendo innumerables gentiles a una vida racional, política y cristiana. Pero aunque todos estos obreros evangélicos trabajaron con apostólico celo y fervor infatigable digno de ponderarse en la historia general de esta nueva provincia mexicana, tocaré con especialidad algo de lo que pertenece al padre Francisco de Arteaga, que trató y comunicó a la sierva de Dios muy de cerca, y le predijo muchas cosas que le habían de suceder y había de ver en la conversión y extensión de esta nueva cristiandad de los tarahumaras. Cuando señalaron los superiores al dicho padre Francisco de Arteaga para estas misiones, dio noticia de su nuevo empleo a la venerable Catarina de San Juan, rogándole: “Encomendase a Dios su viaje y que le concediese su Majestad fuerzas y gracia para emplear su vida en el provecho de aquellas tan desamparadas almas”. Le respondió: “Que lo haría, aunque mala e indigna de parecer ante la divina presencia”. Dedicó luego la sierva de Dios una novena a san José, escogiéndole por su abogado en sus ejercicios para el fin que le habían encomendado y ella deseaba. Y

---

135 En el área de los actuales estados de Chihuahua, Durango y Nuevo México. Comprendía el oeste de Texas y gran parte de Arizona y Colorado.



un día de la novena se halló su espíritu en aquella gentilidad, y reconociendo toda la tierra vio una procesión numerosa de indios vestidos todos de blanco y muy hermosos, guiados de los dos luceros grandes y desiguales que simbolizaban a Jesús y María; y entendió que eran los que había de bautizar y agregar a la santa Iglesia católica dicho padre Francisco de Arteaga. Y se verificó tan puntualmente, como constará del testimonio que me envió este fervoroso obrero del evangelio, en carta que testifica el efecto de esta visión con otras cosas de mucha edificación y de la honra y gloria del Señor.

[329] Se le representaron otro día dos padres de los que habían de ir a cultivar aquella agreste viña, ambos mozos y el uno de tan poca edad, que le pareció era hermano estudiante. Reparó en que estaban algo apartados y que de los sombreros colgaban y caían al pecho unas cintas encarnadas como de color sangre. Los vio también ocupados en distintos parajes de aquella tierra, pero la inteligencia que manifestó la venerable Catarina entonces fue decir: “Parece, que estos dos estaban levantando y reedificando casas para formar pueblos y que regaban con su sangre aquella tierra”. Pocos años después, se despidió de la sierva de Dios para irse a estas misiones el padre Manuel Sánchez, natural de Marchena en Andalucía, que pasó a estos reinos tan deseoso de emplearse en la conversión del gentilismo y tan entregado del todo al Señor, que mostró haber dejado al padre y la madre por la divina majestad, en no haber querido visitarles ni darse a conocer a su parentela al pasar por el lugar de su nacimiento para embarcarse. Cuando se despidió este apostólico varón, dijo la sierva del Señor a su confesor: “Pocos años trabajará en las misiones porque le quitarán la vida presto los indios”. Y se ha verificado esto tan presto, que habiendo pasado como seis años, acabo de recibir una carta del padre Juan María de Salvatierra, visitador de las misiones de Sinaloa y Sonora, su fecha en diez de marzo de este presente año de mil seiscientos y noventa, donde dice: “No sólo es cierta la nueva de la muerte del padre Diego Ortiz Foronda, sino también la del padre Manuel Sánchez a manos de los indios apóstatas tarahumaras y pimas. No escribo las circunstancias de la muerte del padre Manuel porque hasta ahora no se saben; cobraré dichas noticias con otras que tengo de sus virtudes y las remitiré a vuestra reverencia, y serán parte pequeña de un mejor todo para la carta de edificación de dicho padre. El alzamiento de los indios que amenazaba a todo el reino, por la misericordia de Dios no va a más como temíamos”. Este alzamiento que aflige hoy a los padres misioneros y a los españoles de los presidios, que están todos en campaña, armados y prevenidos a tiempo, y aun socorridos con presteza y abundancia por el

excelentísimo señor don Gaspar de Silva, conde de Galve y virrey de esta Nueva España, que con la plenitud de su inteligencia y madurez de juicio todo lo ve, todo lo alcanza, todo lo previene y conoce, que la potencia militar es la basa de la reputación, y que un reino desarmado es un león muerto de quien se burlan aun las cobardes vulpejas.<sup>136</sup> Lo previó también la venerable Catarina desde el año de ochenta y dos; porque estando en oración en nuestra iglesia del Espíritu Santo, vio caminar hacia nuestras misiones muchas cargas de palmas, y contraponiendo esta visión a los carros triunfales que vio ir para el Nuevo México, de que ya tengo hecha mención, dijo: “Estas palmas no iban en carretas como las otras, sino en mulas. Y así, mire allá vuestra reverencia entre sus noticias, cuál de los comercios se conserva con carros y cuál es el que se mantiene con recuas”. El confesor aplicó el comercio en mulas al puerto de Acapulco, porque quiso echar las cargas de palmas y de cruces a las Islas Marianas y Filipinas; pero con las noticias que ahora tenemos de los alborotos y universales alzamientos de las nuevas cristiandades de estos reinos, podemos temer ya que no desear, más cercanos estos gloriosos triunfos como premios para la eternidad de nuestros apostólicos misioneros. Si bien puede servir de consuelo otra visión que tuvo este mismo año, clamando a Dios por la conversión del gentilismo y extensión de nuestra santa fe, delante del altar de la Congregación de Santa María la Mayor que vulgarmente llaman Nuestra Señora del Pópulo. Y fue la visión de un empinado y bien copado ciprés, en que entendió se simbolizaba ella misma y donde se acogían muchas aves o almas; y al pie del frondoso y hermoso ciprés, una como sementera de palmas plantadas, arraigadas y verdes, y aún no de sazón para la segur.<sup>137</sup> Quiera Dios no hayan llegado a sazón para los filos de las macanas, en estos ocho años que han pasado; porque son muchas las mieses y los operarios muy pocos.

[330] Por los años de mil seiscientos y setenta y ocho, y setenta y nueve, repitió este alado espíritu sus prodigiosos vuelos a la tierra tarahumara. Y le parecía que andaba, conversaba y trabajaba con los padres misioneros; y aunque conocía a algunos, nombraba ordinariamente al padre Francisco de Arteaga. Algunas veces se le representaban estas conversiones con los símbolos de estanques o fuentes cristalinas de agua, otras con los jeroglíficos de nuevas labores y sementeras de deliciosas esperanzas, otras con

---

136 Zorras.

137 Sinónimo de hoz.

abundantes convites de pan y miel; y otras veces con otros más extraordinarios símbolos, todos muy propios para significar los aumentos de la nueva cristiandad. Pero el modo más frecuente de su espiritual asistencia era como si estuviera presente a la predicación de los padres misioneros, a la formación de las iglesias y casas, establecimiento de sus pueblos, y a los demás afanes y trabajos que trae consigo este apostólico ministerio. Veía las misiones que habían de arraigarse y crecer con el riego y cultivo de la palabra del evangelio y sudores de sus predicadores, y las que habían de resfriarse, marchitarse o desvanecerse por el maleficio de los hechiceros, luciérnagas en la obscura noche de la ignorancia que reinaba en el hemisferio de aquel bárbaro gentilismo. Miraba y prevenía los peligros y manifiestos riesgos de la vida en que se habían de ver los obreros apostólicos, y los buenos sucesos que habían de tener sus desmedidos afanes. Los ministros del Altísimo se le representaban en forma de ánsares<sup>138</sup> y gallinas de castilla, con muchos polluelos que aleaban con la esperanza del amparo, refrigerio y abrigo de sus alas amorosas. Este nombre —aunque humilde— le cuadró y le estimó tanto Cristo, que se llamó a boca llena en pluma del evangelista san Mateo, “gallina”. [Apostilla: Mateo 23] Nombre de tantas esperanzas y tan agradable para los afligidos que no tenían ni podían tener otro amparo en sus aflicciones, sino acordarse de la protección de sus alas para acogerse al abrigo de sus paternas beneficencias. Como el rey David, cuando se veía cercado de huestes enemigas y sobre sus cabezas tantos milanos que a bandadas le amenazaban, luego acudía a las alas y pluma de su gallina. [Apostilla: Salmo 15<sup>139</sup>]

[331] Con este mismo nombre y símbolo entendía la sierva de Dios el número de misioneros que venían en las flotas de todas las sagradas religiones, y recibía con esta inteligencia tanto regocijo su alma que prorrumplía incesantemente en alabanzas del poder de Dios y de su infinita misericordia. Y le pagaba el Señor este piadoso y caritativo afecto con sus ministros, manifestándole los que se habían de aplicar con especialidad a catequizar y doctrinar a los pobres indios, y hacer con ellos el oficio de madres cuando les viesan en tribulaciones, trabajos y necesidades. Le daba a entender el especial premio que les esperaba y estaba prevenido en la imperial corte de la celestial Jerusalén, para corona de su abrasada caridad y de los afanes,

---

138 Gansos.

139 El contenido no concuerda con el salmo 15. La referencia correcta es el salmo 91.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

fatigas y tribulaciones en que se veían por la salvación de las almas, como imitadores y verdaderos amadores de nuestro redentor, que dio por ellos y por todas sus creaturas la vida en el duro y afrentoso madero de la santa cruz. Le mostraba también la inmensa bondad de nuestro dios y señor cómo las tempestades que combatían violentas a las reales armadas de flotas y galeones, las levantaban y embravecían los infernales monstruos, envenenados y rabiosos contra los apostólicos misioneros por el daño que temían de la predicación evangélica en las remotas tierras de este occidental imperio, donde cada día se va extendiendo la luz de la santa fe y dilatándose la cristiandad con menoscabo y ruina del bárbaro y luciferino dominio, que pretendía y pretende conservar y defender con rebeldía y obstinación el príncipe tenebroso del abismo. Veía finalmente Catarina cómo venían las armadas de nuestro rey y señor llegando triunfantes a salvamento, con especialísima protección de la Omnipotencia, movida de las oraciones de esta su querida creatura y del católico celo con que el mayor monarca de la cristiandad y columna de la fe, conducía a sus excesivas expensas tantos ministros y obreros de la viña del Señor que llevasen la luz del evangelio por las incógnitas provincias de este nuevo mundo, y conservasen en él las nuevas cristiandades que se multiplicaban con la predicación de la palabra de Dios, con sus propios y desmedidos trabajos, y con los santos sacrificios y buenos ejemplos de sus apostólicas vidas.

[332] Pero en quien más frecuentemente y con más individuación se verificaban estas visiones, era en la nación tarahumara, en el partido del dicho padre Francisco de Arteaga, rector actual de nuestro colegio de Guatemala. Le veía andar entre las malezas de aquella inculta y eriza tierra, sacando y entresacando tantos de los gentiles que apiñados, llenaban los campos y las sabanas. Admiraba la benignidad de la soberana princesa de los cielos, que con el Niño Dios en sus brazos andaba en compañía del ministro y vicario de su santísimo hijo, alumbrándole y dictándole lo que hacía y decía a aquellas bárbaras gentes, para amansarlas e ilustrar y quebrantar sus corazones endurecidos y empedernidos en la antigua y ciega ignorancia de sus antepasados. Reconocía la sierva de Dios la facilidad con que se reducían a nuestra santa fe los más y la contradicción y rebeldía con que se negaban a la luz y leyes del evangelio los menos. Se hacían tan creíbles y ciertas estas luces que nos daba la venerable Catarina en el confesionario, que nos lo aseguraban las noticias que venían de la tierra adentro. Y entre ellas un jurídico informe del señor don Lope de Sierra Osorio y Valdés, oidor entonces de la Real Audiencia de México y ahora consejero de su majestad en el supremo de las

Indias, que sucedió en el oficio de gobernador y capitán general del reino de la Nueva Vizcaya, al señor gobernador don Joseph García de Salcedo; en orden a que se señalasen mayor número de obreros por haber crecido tanto las poblaciones de los bautizados y recién convertidos, a que no podían acudir los señalados y ya nombrados misioneros, y mucho menos atender a la muchedumbre de los infieles que pretendían entrarse por las puertas de la Iglesia pidiendo el santo bautismo. Con vista de este informe asignó en la Real Caja otras seis limosnas para otros tantos misioneros que fuesen al cultivo y extensión de la nueva cristiandad tarahumara, el excelentísimo señor conde de Paredes, marqués de la Laguna y virrey de la Nueva España; y más otras cuatro, para que entrasen otros padres y se empleasen en las reducciones y conversiones de los guazapares. Con esta concesión de su excelencia, entraron y se emplearon en aquel ministerio apostólico los padres Bernardo Rolandegui, Tomás Álvarez, Juan Bautista Copart, Gaspar de las Barillas, Joseph Neuman, Joseph Sánchez de Santa Marina, Agustín de Roa, Francisco Velasco, Juan Díaz de la Puente, Lucas de Mendoza, Florencio de Alderete, Miguel de Ortega, Pedro de Noriega, Francisco Javier Medrano, Antonio de Herrera, Manuel Sánchez, y otros más que se sucedían por muerte o enfermedad de algunos; pero con tan feliz suceso y colmado fruto de sus imponderables trabajos, que aseguran fundados en la fe los padres que hacen los libros de los bautismos, que llegan a treinta mil los bautizados que en aquellos ocho primeros años se agregaron a nuestra santa Iglesia católica. Y para comprobación de lo que he referido en estos dos parágrafos, quiero poner aquí una carta y sucinta relación que pedí y me remitió el padre Francisco de Arteaga, de quien he hecho repetidas veces mención en este capítulo, pues fuera de haber sido uno de los primeros obreros de esta cristiandad, su autoridad servirá mucho a mis escritos para el crédito.

[333] “Mi padre Alonso Ramos: *Pax Christi* etcétera. Me hallo tan embarazado con la petición de vuestra reverencia, que me fuera más fácil y más suave el trabajo de caminar hasta Puebla y dar de palabra a vuestra reverencia la noticia que me pide, que el coger la pluma y dar razón por escrito de lo que me pasó con la venerable Catarina y de lo sucedido en las nuevas misiones de la tarahumara; porque he vivido sin hacer la reflexión que debía, para dar al Señor las gracias por los beneficios recibidos de su omnipotencia y misericordia infinita. Luego que me señalaron a misiones, le di noticia a la venerable Catarina de San Juan, porque con la estimación y conocimiento que tenía yo de sus heroicas virtudes, me persuadí pudiera

ayudarme mucho en tan largo y peligroso camino, y en el empleo tan superior a mis fuerzas e indignidad. Si mal no me acuerdo, el día siguiente vino a la iglesia y me dijo: “Había ya estado en la tierra a donde me enviaba la obediencia y que le había cuadrado, por lo ameno de los valles, por la docilidad de los naturales, y que se le había transformado en una barranca de sus quebradas o serranías, una riqueza en forma de altar de plata, quizás por los muchos predestinados que poblaban aquellas tierras”. Me dijo también, se había encontrado con el Demonio en esta visita espiritual, solicitando y persuadiendo a los indios que no se bautizaran; y que le había ahuyentando, diciéndole: “Anda de ahí maldito, que no has de salir con la tuya”. Como no salió. Y lo comprobó el efecto del mucho fruto que se ha hecho entre todas estas bárbaras naciones. Penetró también una alevosa traición que se armaba contra uno o muchos de los nuestros, e insinuándome este conocimiento, se me ofreció si sería yo a quien amenazaba este riesgo. Y antes de propalar este mi temor, ni aun de tener intención de manifestarlo, me dijo: “No es Vuesasté —que es el término con que, si mal no me acuerdo, solía hablarme—. Porque ya yo he dicho y pedido al Señor, que no han de matar al padre Arteaga como mataron a otro padre allá en las Filipinas o Marianas”; de cuyo nombre yo no me acuerdo, aunque me lo dijo la venerable Catarina. Me acordé de este dicho de la sierva de Dios con especialidad en dos ocasiones; la primera, cuando habiendo un mal indio deseoso de que me quitasen la vida, inquietando aun a los gentiles para que conjurados con él me matasen, ellos le respondieron afeando su depravado intento: “Que habían de morir a mi lado y en mi defensa, en caso que toda la tierra se conjurase contra mí”. En otra ocasión me libró Dios de este mismo riesgo por las oraciones de su sierva, según parece; porque estando solo en mi aposentillo o jacal, entró este traidor con un cuchillo en la mano, y sin saber yo cómo y de quién era movido, me salí fuera de la enramada, antes de ofrecérseme temor ni aprehensión del peligro en que estaba y que reconocí después de haber salido del riesgo.

[334] Aunque me dijo la venerable Catarina que había de estar seis años en misiones, me lo predijo de una manera que no sé ahora explicar pero es cierto; entendí que se había de dilatar este tiempo, como sucedió, porque los dos que señalaron los superiores para que fuesen en mi lugar, tuvieron suficientes causas para detenerse y detenerme a mí donde, aunque fatigado, vivía gustoso. Muchas veces me sucedió estar cercado y ahogado de tristezas, melancolías y escrúpulos que trae consigo el ministerio de cuidar de almas, y las tribulaciones, afanes y fatigas que se siguen como necesarias

consecuencias. Y en acordándome de la sierva de Dios pidiendo al Señor me favoreciese por sus oraciones, me hallaba en tanta serenidad de ánimo que lo que el día antes me parecía imposible, el día siguiente no me hacía fuerza y lo juzgaba tan fácil que me avergonzaba de los desfallecimientos antecedentes. Me dijo también asertivamente: “Que cuando ella muriese, ya yo estaría en la provincia de vuelta de misiones”. Como se verificó, añadiendo con su profunda humildad: “Y con eso me dirás una misa, para que el Señor se compadezca de mis culpas”. El día que había de salir de Puebla, estando ya todo dispuesto, se desaparecieron mis mulas. Y cuando más apurado, temiendo se hubiesen perdido, me envió a llamar desde la iglesia la sierva de Dios. Y a la verdad, que con el cuidado presente me enfadé algo con la venerable Catarina y con su llamamiento tan a deshora para mí. Pero como le tenía tanto respeto y veneración, bajé y me dijo luego: “No te apures, que no se te han perdido las mulas —como se verificó—. Han desaparecido, porque yo pedí al Señor te las ocultase hasta que nos viésemos otra vez”. Y en esta ocasión me dijo y predijo varias cosas de mucho consuelo para mi alma; y entre ellas, fueron el decirme: “Que procurase apartar de mi corazón todo género de afectos humanos; que reinase en él, sólo el amor a Jesús y María; y que había visto a uno de los nuestros que entonces iba a misiones, que esta soberana Señora le agasajaba con cariños de verdadera madre; y que el Niño Dios, viendo la continuación y el amor que le mostraba la santísima Virgen, dijo: pues mi Madre lo quiere tanto, yo también lo he de querer”; e inclinándose, comenzó a hacer semejantes demostraciones de afecto a las que le hacía la princesa de los cielos. Bien conozco que todas estas ostentaciones del divino amor, son como formas y figuras con que el Señor significa el amor que tiene a los pecadores, para alentar su fe y fortalecer su esperanza; pero a la verdad, yo entonces lleno de dudas y confusiones, juzgué que la sierva de Dios se engañaba, y aunque no le manifesté mi juicio y ofrecimiento, me respondió ella al pensamiento, diciéndome: “No dude Vuesasté, de que es verdad lo que le digo y de que no tiene entrada en esto el maldito, ni mi imaginación; como ni tampoco en que santa Catalina mártir quiere ser patrona de Vuesasté. Y así, encomiéndose a ella en su viaje, en sus empleos y en sus trabajos”. Esto es lo que me dijo la venerable Catarina, y lo que yo experimenté fue el parecerme que iba la gloriosa santa en mi compañía, comunicándome consuelo en las penalidades, seguridad en los peligros y tan buen suceso en los ministerios de las misiones, que siendo el más inútil y aun incapaz de tan alto ministerio, reconocí y reconocieron todos que no había mejor misión que la mía entre todas las que de nuevo se



habían fundado. Por el cual beneficio, daba yo gracias a Dios, persuadido, obraba conmigo con esta liberalidad por las oraciones y merecimientos de nuestra venerable Catarina y de santa Catalina mártir, mi patrona, y una de las primeras devociones de la sierva de Dios. Por lo que a mí toca, contentese vuestra reverencia con lo dicho hasta que nos veamos. En cuanto a la respuesta que piden las demás preguntas de vuestra reverencia, puede suplirse con esa relación breve que me remitió el padre Bernardo Rolandegui. Nuestro Señor me guarde a vuestra reverencia. Mayo 3 de 1688”.

[335] “Corren a lo largo los tarahumaras y guazapares de oriente a poniente, como cien leguas; de norte a sur, como ochenta. Es esta tierra de temperamento frío y de su naturaleza fértil y abundante de muchas aguas y muy buenas; está poblada de variedad de árboles, aunque los más comunes son pinos y encinos; la nación que la habita es de condición blanda, fácil, poco inquieta y amantísima de sus tierras. Se aplican al trabajo necesario para el cultivo de los campos en orden a su sustento; pues son muy señalados los tarahumaras que no siembran alguna milpa de maíz, no obstante, sacados a otro género de trabajo, difícilmente lo abrazan y pocas veces perseveran. En su gentilidad, observaron siempre andar decentemente vestidos porque son decentemente recatados y modestos; principalmente en lo público y a vista de extranjeros, si no es que estén fuera de sí con el vino. Se gobernaban entonces por familias, de suerte que el más anciano de la parentela era a quien reconocían los demás parientes cercanos, o por afinidad o consanguinidad; no por vía de obligación sino sólo por condescendencia respetuosa. De aquí nació el no tener forma de ciudades o pueblos sino que vivían a trechos unas familias de otras, aunque en cortas distancias, como de dos, tres o cuatro leguas. Los vicios principales que los dominaban sólo fueron la embriaguez, que es común en todos, y el uso de mujeres, aunque no con la licencia de otras naciones. Fuera de esto, en las demás virtudes naturales fueron loables; pues en lo general aborrecían el hurto, el homicidio y la crueldad, por ser naturalmente inclinados a la compasión y caridad, no sólo con los suyos sino también con los extraños, de donde nació no haber comido carne humana como las otras naciones confinantes.

[336] En cuanto a la idolatría formal, no se sabe que la hubiese propiamente en esta nación, pues a nadie reconocían como a Dios, ni tenían adoratorios dedicados a este fin. Porque aunque bailaban al sol y a la luna en orden al fomento de sus siembras, yo juzgo que no era con el reconocimiento de deidades, sino con la experiencia de que esos planetas fecundaban sus sementeras, suponiendo los vivientes e intelectuales sus

errados entendimientos. Tenían familiar trato con el Demonio por medio de los hechiceros, que son muchos entre los tarahumaras. Confesaban la inmortalidad de las almas, y a este fin en las sepulturas de sus difuntos usaban poner junto al cuerpo del que enterraban, maíz y otros de sus mantenimientos, con el arco y flechas que usaban en vida. Decían, que los buenos en la otra vida habían de emplearse en los ejercicios que tuvieron en ésta con alegría; pero los malos, lo habían de pasar con mucha tristeza. En que mostraban de alguna manera la luz de la razón, aunque obscurecida, que dicta el premio de lo bueno y castigo de lo malo. Quién no pensará que en entrando el evangelio en semejantes corazones, que pusieran menos impedimentos a la gracia que otras gentilidades, había de echar en los corazones de estos pobres bárbaros hondas raíces nuestra religión católica y conocerse en sus obras la mudanza de sus almas. Lo cierto es que así lo juzgaran todos y no obstante la experiencia de lo que por afuera se veía, quedaban no pocas veces dudosos los ministros del fruto de su predicación. Porque aunque la facilidad en recibir el santo bautismo fue mucha de parte de los tarahumaras, la ejecución en cumplir con las obligaciones de cristianos fue siempre muy dificultosa. En la muchedumbre de los bautizados en tan breve tiempo, se ve la facilidad con que el evangelio se introducía en estas almas y la experiencia manifestó también a los operarios evangélicos lo inescrutable de la predestinación divina. Pues algunas veces parece, que no esperaba Dios más para ejecutar a muchos con la muerte sino a que recibiesen el bautismo; otras veces y no pocas, bien contingentemente se encontraban los padres con otros de mucha edad y por ella, ya al parecer, incapaces de pecar, a quienes se bautizaba con la instrucción necesaria y que permitía su caduca vejez, con no pequeño consuelo y logro, al parecer, de sus trabajos. Argumentos todos de las muchas almas que tenía Dios destinadas para su reino entre aquellos bárbaros, fuera de los muchos párvulos que frecuentemente morían recién bautizados. Mas aunque todo esto era de indecible consuelo a los operarios y los animaba a proseguir en la conversión de estos pobres desamparados, no obstante la lentitud con que se amoldaban a las obligaciones de cristianos, desmayaba no poco a los ministros.

[337] Pero aunque lo dicho es así, no se puede negar la especial mantenencia con que el Señor conservaba a esta nación en la fe que había recibido. Pues no pocas veces se descubrieron por medios bien extraordinarios, los tlatoles y traidoras juntas, con que así de la misma nación como de otras, les pretendían muchos apartar de la religión católica. Otras veces,

cuando más imposibilitado parecía a los padres el asiento de algunas misiones, entonces era cuando tomaban más forma contra las esperanzas de todos. Y finalmente, al paso que el Demonio ponía estorbos a la reducción de estas almas, las allanaba el Señor con su providencia, suave y eficazmente, mudando hasta los corazones de los ministros, que no pocas veces desmayaban con las dificultades que se les ofrecían; efectos todos de los empeños con que Dios llamaba a los tarahumaras para su reino. Prueba de esto es y no pequeña, el haber conseguido en tan pocos años estos pobres indios catorce ministros evangélicos, con los increíbles gastos de nuestro rey y señor, que Dios guarde. Cosa que no tiene ejemplar, ni en las sierras, tepeguanes, sonoras y sinaloas. Otro caso se me vino a la memoria que comprueba todo lo dicho de las misiones. Y es, que uno de los primeros padres que dieron principio a esta nueva cristiandad, vio una cruz que cogía y se extendía por toda la tierra tarahumara, en que parece se significaba habían de sujetarse todas aquellas almas a Cristo; reverenciar y seguir el triunfante estandarte de la cruz, instrumento que fue de nuestra redención. Y por lo menos no se puede negar que esta representación se ha confirmado en el efecto; porque aunque faltan algunos rincones de esta tierra que convertirse, me parece no resta puesto principal de los poblados por esta nación en que no se hallen bautizados. En todo lo más que he dicho, no comprendo los guazapares, porque aunque son tarahumaras y de la misma lengua, pertenecen a otra jurisdicción y gobierno como lo es el de Sinaloa. Dios los reduzca a todos, y a nosotros nos dé mucho fervor y espíritu para ayudarlos. Fecha en seis de mayo de mil seiscientos y ochenta y ocho”.

*4. Fin de la segunda parte con una misteriosa y prodigiosa visión en que, según parece, se confirma en gran parte lo dicho en todo este segundo libro*

[338] Me veo ya precisado a dar principio a la tercera y última parte de esta historia, con una santa cláusula y feliz periodo de la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan, en lo heroico de sus virtudes teologales y en lo elevado de su alta contemplación; y consiguientemente, a poner término a este segundo libro, donde he procurado referir algunas de sus virtudes morales, comenzando desde lo profundo de su humildad, que es el fundamento y zanja principal para el crédito del gran poder que comunicó la Omnipotencia divina a esta su querida esposa y escogidísima alma, para confusión y ruina del infierno y para que fuese protectora del mundo y con especialidad de la monarquía española, compuesta de un imperio en el

Oriente y de otro más dilatado en el Occidente; y unos y otros reinos, favorecidos de Dios por las oraciones de esta su sierva, como lo he procurado establecer y asegurar en estos últimos capítulos que estriban en la valiente y fuerte vasa de su heroica humildad, principio y fundamento de todo lo que se ha referido en este libro. De la cual podíamos inferir de antemano los últimos periodos de esta segunda parte, pues en el orden corriente de las cosas y en el curso ordinario de las causas, de los principios se conjetura luego el suceso de los fines, y el principio es pronóstico del remate de las acciones; como nos lo dejó escrito san Laurencio Justiniano por estas palabras: “La muestra de lo pasado es quien predica y asegura el suceso de lo venidero; conforme el camino que se lleva, así se juzga el término donde se va”. [Apostilla: San Laurencio Justiniano. De Trium Christian Agon. C. 13. s. 4.] Esto se debe entender según la providencia ordinaria, que de la gran misericordia de Dios bien se puede esperar de una mala vida mudada un dichoso fin; como temer también de la divina y recta justicia un fin desdichado de una vida virtuosa pervertida. Los principios de la vida de la venerable Catarina fueron prodigiosos y muy propios de la Omnipotencia; los progresos de las virtudes en su niñez fueron admirables y dignos de calificarse por maravillas de la gracia. El fundamento de su perfección fue una profundísima humildad y un agregado de prodigiosas virtudes morales. Pues, ¿qué milagro o qué imposible será el que le comunicase el Altísimo parte de su poder para castigar al infierno y para defender al mundo? La excelencia de este humilde conocimiento es la que reparte las plazas y da las dignidades más altas. Ella hizo a Moisés —como dice el sagrado texto— “dios de faraón” [Apostilla: Éxodo, capítulo 7] por participación de los divinos atributos; porque cuando él más se humillaba y decía: “¿Quién soy yo para llevar tan gran recaudo, que ni tengo lengua ni suficiencia?” Le dijo el Señor: “Yo te constituyo dios de faraón”. Como si le dijera: “Por tu humildad, te doy potestad para azotar a este bárbaro soberbio con varias plagas que le obliguen a humillarse, confundirse y reconocer mi absoluto e infinito poder”. Y si atendemos a la explicación de san Juan Crisóstomo, no sólo se ha de entender que constituyó el Señor a Moisés por dios de faraón para castigarle, sino también dios de su pueblo escogido para defenderle. Y así podemos discurrir de la venerable Catarina, que por su abatimiento humilde la quiso ensalzar el Señor, comunicándole parte de su omnipotencia para destruir las potestades infernales simbolizadas en la soberbia de faraón y para amparar a la monarquía católica simbolizada en su querido pueblo de Israel, que son el principio y fin de este libro y segundo fundamento de

los prodigios y maravillas que prometo al piadoso y cristiano lector, en la tercera y última parte de esta historia que deseo dar a la imprenta para corona de esta obra a honra y gloria del Altísimo, que es el fundamento y término de toda buena obra; representada en aquellas misteriosas letras griegas, A y O,<sup>140</sup> primera y postrera de su alfabeto [Apostilla: Apocalipsis, capítulo 1, y 21 y 22], título mandado escribir a san Juan por tres veces, y suficientemente significativo del fin a que se deben referir y consagrar todos nuestros deseos, pretensiones y escritos. Este es el blanco de mi intención y de mi pluma, y este fue el único objeto de las acciones y afectos de la venerable Catarina, humillándose y anonadándose; y por eso, engrandeciéndola el Todopoderoso a la medida y peso de su profunda humildad.

[339] Entre los efectos de esta preciosa virtud con que se abatía y hundía en el centro de su nada, sobresalía aquella particular ponderación, comparándose a una inmunda e importuna mosca, de que tengo hecha mención en el principio de este libro y con que explicaba el vil concepto que tenía de sí, cuando le pedían los fieles que los encomendase a Dios, diciendo: “Ala de mosca que no puede tapar a su dueño, ¿cómo abrigará a otros?” Por este humilde afecto la engrandecía el Señor de varios modos, manifestándole lo que estimaba su Omnipotencia el bajo concepto con que se anonadaba, en visiones misteriosas y con símiles y semejanzas estupendas que significaban la grandeza de su espíritu. Una de ellas fue verse repetidas veces con unas grandes alas de mucha plumería, propias de un águila real y generosa, que con el movimiento veloz, presto y ligero de sus alas, llega hasta la cima del monte Líbano. Monte en que se simboliza lo más encumbrado de la perfección y de cuya alta cumbre, perdiéndose de vista a cuantos la quieren divisar terrenos, mira como superior y reina de todas las aves, de hito en hito, las luces y resplandores del más luminoso planeta. Por esta razón entienden algunos en sentido místico al evangelista san Juan, figurado en aquella águila grande de Ezequiel, que llegando y remontando el vuelo de su entendimiento y pluma a la cumbre del Líbano, esto es, hasta el más alto cielo, reconoció al eterno Verbo y trasladó a la tierra la noticia soberana de las tres divinas personas, que ningún entendimiento humano pudiera alcanzar. Yo no trato comparar con los santos del cielo el conocimiento espiritual y sobrenatural de la sierva de Dios, ni con los varones doctos de la tierra que son luces en el mundo e ilustran la militante Iglesia. Pero diré en los libros

---

140 Alfa y omega.

siguientes tantas particularidades de la grandeza de la luz celestial que la alumbraba en esta miserable y mortal vida, llena de obscuridad y tinieblas espesas, de riesgos y peligros que puedan los ingenios y entendimientos creados, alabar y engrandecer al Altísimo por verificarse —con la debida proporción— en esta historia y vida de la venerable Catarina de San Juan, lo que se nos dice en el capítulo once de Esther: “Que se vio una fuente pequeña, cuyas aguas era tan tasadas que apenas cubrían las arenas. Y que creció la fuente en tal abundancia que llegó a ser un caudaloso río, con cuya inundación se fertilizó la tierra. Salió aquel día con más flamantes luces el sol, a cuya vista fallecieron los soberbios y el humilde se engrandeció”. [Apostilla: Esther 11] A las cuales palabras parece que aludió el evangelista san Mateo, cuando en boca del divino maestro hace alarde de su justa benignidad, “escondiendo a los soberbios la noticia de sus supremos misterios y franqueándosela con liberalidad a los humildes”. [Apostilla: Mateo 11] Pues cuando lucen sus rigores en lo justiciero despojando al presumido, hace ostentación de lo benigno comunicando grandezas a la más abatida y desechada creatura, a quien por pequeñuela, humilde y mínima, se vincularon las misericordias y mayores finezas de Dios.

[340] Prosigue san Isidoro, ponderando la extraordinaria vista del águila, donde dice: “En el huerto de las sanidades es tan perspicaz la luz de sus ojos, que en poniéndose con su remontado vuelo sobre el espacioso elemento del mar, en tal altura que excede la esfera de la vista de todas las otras creaturas terrenas; ve los pecezuelos más humildes, y se abate de lo alto de su cielo a la profundidad de las aguas del océano, y les saca de entre las olas del encrespado mar y les pone a vista de todos en la rivera”. [Apostilla: San Isidoro] ¡Qué más bello jeroglífico de la sierva de Dios! Águila fue de tan extraordinaria inteligencia, que penetraba los corazones de los pecadores y les sacaba de los riesgos de perderse por mar y tierra en el océano de este peligroso mundo, y no cesaba de clamar y padecer hasta ponerlos en salvamento con los auxilios de la divina gracia. Pero aun este punto tendrá su complemento en lo que falta de la obra, cuando se trate de los efectos de su caridad y lo que le costaba la salvación de las almas y la salud de los cuerpos ajenos. Entonces se verá que Catarina no sólo era águila real, sino tan amorosa con el mundo, que se le puede aplicar por jeroglífico aquella especie de águilas tan amantes de sus polluelos que se pican el pecho y vierten su sangre para sustentarlos, como se refiere de los pelícanos y de Cristo, águila real amorosa, que lo fue tanto con el mundo, que supo rasgarse el pecho para darnos alimento de vida con la misma sangre de su corazón. Es

finalmente el águila enemiga de las serpientes, pues apenas se hallará otro animal con quien batalle y en quien ensangrienté coléricamente sus uñas. Son las serpientes símbolos de los infernales espíritus, y por haber conseguido la venerable Catarina tantos triunfos de estos soberbios monstruos, como se han referido en el primer y segundo libro de su vida —y otros más que restan para la tercera y última parte de su historia—, merecían estos príncipes y potestades del infierno, fugitivos, arrojados y postrados a los pies de la venerable Catarina de San Juan, ser jeroglífico propio de su espíritu victorioso para que le reconociese el orbe por triunfadora de estas malignas fieras en defensa del universo, de la santa Iglesia y de la monarquía católica, para honra y gloria del divino poder que es quien todo lo hace, ensalzando a los humildes y abatiendo a los soberbios. A esto parece que aludió aquel insigne poeta y noble caballero, el capitán don Cristóbal Guerrero Pedraza, cuando entre otros epitafios, fijó en el túmulo honorífico que se erigió en las honras de la sierva de Dios, el soneto siguiente:

“Se pintó un águila en una tarja con las alas extendidas; en la derecha un paño y en la izquierda una corona imperial. Y por delante muchos enemigos en forma de aves de rapiña que iban huyendo vencidos, y este mote: *Cetere omnes volucres extimescut, atque eius conspectum exhorrent*”.<sup>141</sup>

#### Soneto

Al asalto, que hacía fermentado  
el bárbaro enemigo sedicioso,  
opuesto mi valor, salió animoso.  
De un cielo armado en plumas revestido:

La corona imperial he defendido  
con mis alas de un vuelo generoso,  
pues al ver mi pertrecho poderoso  
volvió la espada con temor vencido.

¿Qué muro no rindió su fortaleza  
a mi brazo, que invicto se destina  
a domeñar su intrépida fiereza?

---

141 “Piensan que el resto son todos alados y temen a la apariencia de éste.”  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas



Llore escarmientos su fatal ruina,  
pues al batir mis alas su dureza,  
cada cañón es una culebrina.



[*In Dei nomine*<sup>142</sup>]

“Glosó el último pie de este soneto el amanuense padre Agustín Francisco de la Estrella de la Compañía de Jesús, al mismo asunto. Y coronó esta segunda parte de la historia con otro soneto”.

¿Quién es, la que al impulso de su vuelo  
descogiendo flamante plumería,  
por cañones de hermosa argentería  
imperera el mar, la tierra, el aire y cielo?

¿Quién es, que penetrando el sacro velo  
de trina majestad su bizarría,  
llegó a beber la luz del mejor día  
donde sólo por fe sube el desvelo?

Es un águila real, que coronada  
gira llena de triunfos peregrina  
dejando la fiereza domeñada.

Y aunque viste de humilde la esclavina  
al paso, que el orgullo bate alada,  
cada cañón es una culebrina.

Segundo soneto

Del imperio español águila era  
el indiano esplendor, cuando vencía  
del bárbaro fatal la alevosía,  
siendo de éste, terror; de aquel, venera.

---

142 “En el nombre de Dios.”

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

<http://ru.historicas.unam.mx>

2019.

Bien que su corazón a la alta esfera,  
en raptos misteriosos se abstraía  
y en extáticos vuelos parecía  
águila Juan en luces, la primera.

Multiplicadas veces triunfadora  
España la confiesa venerada  
mística luz del cielo brilladora.

Es Catarina en raptos aclamada  
subiendo humilde, pero vencedora  
águila real dos veces coronada.



## ÍNDICE DE LAS COSAS NOTABLES QUE SE CONTIENEN EN ESTE SEGUNDO LIBRO<sup>1</sup>

### A

- Abelardo*: hereje, hombre engañoso, símbolo de hipócritas y traidores, *n.* 75. Véase. Hipócritas.
- Adoración*: cuando desean las mujeres ser adoradas y ser tenidas por diosas, *n.* 4 y 5. Véase. Mujeres.
- Afectos de verdadera humildad*, *n.* 1. Véase. Humildad e hipocresía.
- Afrentas*: las del Salvador consolaban y animaban a Catarina para imitar a su amado, *n.* 13. Véase. Bofetada y pasión del Señor.
- Águila*: jeroglífico de los reyes de España y su portentosa monarquía y de la venerable *Catarina*. Véase. *Reyes de España*, *n.* 339. *Jeroglífico también de la sierva* de Dios con que explicó el Señor la perfección de su sierva, puesta en forma de un águila real sobre el monte Líbano, *n.* 339. Se describe la velocidad de su vuelo, la perspicacia de su vista y el amor a sus hijuelos, la enemistad que tiene con las serpientes y símbolos de demonios; y se aplican todas estas propiedades a la venerable Catarina, *n.* 338.
- Ayunos*: los de esta sierva de Dios, cuán continuos y rigurosos. Véase. Mortificación y penitencias.
- Alabanzas*: cuánto huía de ellas la sierva de Dios. Véase. Humildad, *n.* 4 y 18.
- Almas*: cuánto padecía por ellas. Véase. Conversiones, paciencia y misiones, y *n.* 322. Cómo se las representaba Dios en su mal estado y en sus postrimerías. Véase. Pecadores y visiones y *n.* 19. Cómo salvó a muchas apeliadas de la eterna condenación. Véase. Casos raros y *n.* 20-21.
- Alonso*: el hermano Alonso Rodríguez de la Compañía de Jesús, y varias revelaciones que tuvo acerca de los de la Compañía de Jesús. Véase. Visiones y *n.* 25.
- Alzamiento del Nuevo México*. Véase. México.
- Alzamiento de los tarahumaras*. Véase. Misiones y misioneros de la Compañía de Jesús.
- Alejo*: san Alejo, santo de su devoción y por eso, muy imitadora suya la sierva de Dios, *n.* 15.
- Amante, amistad y amor*: el título de amistad fue uno de los fundamentos principales porque le comunicó el Señor sus secretos y parte de su inmensa sabiduría. Véase. Favores de Jesús, sabiduría y *n.* 69-70. Cómo celaba el Señor el amor de su sierva, para aumentar su humildad y multiplicar nuevas y extraordinarias mercedes, *n.* 63. El divino amor pide correspondencia para crecer en sus creaturas, *n.* 72. Véase. Jesús amante.
- Amor*: que tuvo a nuestro padre san Ignacio y sus hijos. Véase. Compañía y san Ignacio.
- Ambrosio*: padre Ambrosio Odón, provincial de la Compañía de Jesús y confesor muy querido de la sierva de Dios. Apoyó su espíritu varias veces. Véase. Carta del prólogo y *n.* 158.
- Ana*: santa Ana era particular objeto de su devoción. Véase. San Joaquín y san José.
- Ana de Morales*: afecta y bienhechora de Catarina, y cómo la sierva de Dios le pagó este caritativo afecto, alargándole por muchos años la vida. Véase. Bienhechores y *n.* 264.
- Andrés*: padre Andrés de Cazorla de la Compañía de Jesús, y varias revelaciones que recogió acerca de los padres de la Compañía. Véase. Visiones y *n.* 25.
- Ángeles*: cuánto cuidaban de la hermosura del alma de la sierva de Dios, *n.* 65. Más obedecía a sus confesores que a los celestiales espíritus, porque en esto podía engañarse y en

---

<sup>1</sup> Los números corresponden a los párrafos en que está dividida la obra.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>

aquello no. Véase. Obediencia y *n.* 107, 110 y 118. Su frecuente asistencia a la sierva de Dios. Véase. Demonios y paciencia, y *n.* 193 y 197.

*Ansias*: Véase. Deseos.

*Anteojos*: los de los maliciosos son artificiosos, que inmutan, engrandecen y multiplican los objetos, *n.* 123.

*Antonio*: san Antonio Abad, santo de su devoción, y cómo castigaba Dios con fuego a los que agraviaban a los inocentes que se valían de su intercesión. Véase. Hurtos y ladrones, y *n.* 269.

*Árboles*: símbolos de pecadores, *n.* 20. Véase. Visiones. Símbolos de personas grandes en el mundo, *n.* 253; y de la venerable Catarina, *n.* 50. Sus hojas y frutos, jeroglíficos de buenas y malas obras; y su amargura, índice de infelices sucesos, *n.* 253.

*Árboles*: que se mueven. Símbolo de misioneros apostólicos, *n.* 317.

*Ausencias*: las de Dios cuánto atormentaban a su sierva. Véase. Obscuridad, desamparos y *n.* 44.

## B

*Batallas*: que sustentó con las potestades infernales. Véase. Demonios, confesores, iglesias, tempestades y *n.* 153-156.

*Batallas*: en que defendió su pureza. Véase. Honestidad, recato y *n.* 136.

*Batallas*: en que salió triunfante su perfecta obediencia. Véase. Compañía, confesores, iglesias, misiones y monarquía de España.

*Batallas*: que tuvo esta alma con Dios amante. Véase. Amor, Jesús y María.

*Beneficios*: cuánto abusan, aun de los de Dios, las mujeres. Véase. Mercedes, mujeres y vanagloria. Cuánto les temía y rehusaba la venerable Catarina, a imitación de otros santos, *n.* 47. Los humanos son muy agradables a Dios, cuando se hacen escondiendo la mano, por huir de la plausibilidad. Véase. Humildad, mujeres, vanagloria y *n.* 260.

*Bestia*: nombre con que la sierva de Dios manifestaba el vil concepto que tenía de sí. Véase. Humildad, conocimiento propio y *n.* 3. Cómo se defendía con este nombre de los demonios y del mundo, *n.* 6. Véase. Humildad, demonios y potestades.

*Bienaventuranza*: descripción de ella. Véase. Cielo, descripciones y *n.* 277. Cómo la visitaban y conversaban con la venerable Catarina los bienaventurados. Véase. Ángeles y *n.* 276-278. Cómo recibían o pudieron recibir los bienaventurados, por boca de la sierva de Dios, noticias de secretos, *n.* 277-278.

*Bienhechores*: cómo les correspondía agradecida con la eficacia y efectos de sus oraciones. Véase. Casos raros, confesores, oraciones y *n.* 273-274 hasta el 286.

*Bofetada*: que sufrió con sufrido silencio. Véase. Pasión del Señor, paciencia y *n.* 14.

## C

*California*: entrada de españoles y predicación evangélica en estas islas, previsto y predicho por la sierva de Dios, *n.* 317. Caso raro de un muerto en las Californias, que tenía su purgatorio en aquella tierra hasta que se predicase en ella la ley evangélica, *n.* 318.

*Cartas*: nunca las abrió, ni leyó sin aprobación y registro del propio confesor, *n.* 104.

*Caridad*: cómo clamaba y padecía por los que la perseguían, *n.* 13-15. Véase. Bofetada. Lo mucho que padecía por los prójimos. Véase. Paciencia y oraciones, y *n.* 261. Cómo sentía siempre bien de los otros y mal de sí, *n.* 27 y 123.

- China*: extensión de su cristiandad por el padecer e intercesión de la sierva de Dios, *n.* 304.
- Cristiandad*: cuánto se extendió por el mundo por las oraciones y sumo padecer de la sierva de Dios, *n.* 304. Véase. Gentilidad. Se le simbolizaban las nuevas cristiandades en pozos de leche, en estanques y fuentes de cristalinas aguas, en deliciosas sementeras y convites de pan y miel, *n.* 230.
- Castigos*: cómo castiga Dios a los pecadores con la muerte de los justos, *n.* 250. Cómo castigaba Dios a los que la perseguían y agraviaban, *n.* 13. Cómo castigó Dios a un confesor que le impedía la comunión, *n.* 183. Cómo y porqué la castigaban los ángeles, *n.* 106-107. Suelen ser justos los castigos que hacen los hombres delante de Dios, cuando a los ojos del mundo son injustos, *n.* 264. Castigos que le hacían los demonios. Véase. Demonios y paciencia.
- Casa*: la de su habitación. Véase. Habitación y humildad. Casas de grandes, se simbolizan en árboles. Véase. Dedicatoria de este segundo libro, duque de Veraguas, conde de Galve y árbol.
- Casos raros*: que le sucedieron con confesores. Véase. Confesores, obediencia, paciencia y *n.* 146-147 y 183. Caso raro de unos malhechores *Lesá Maiestatis*<sup>2</sup>, a quienes libró Dios por las oraciones de la sierva de Dios, sin que interviniese injusticia en los jueces, *n.* 265. De un delincuente que se libró de la muerte y de la infamia, aun después de preso y convicto, por las oraciones de Catarina, *n.* 265. De un traidor alevoso que se salvó por la intercesión de esta venerable virgen, *n.* 266. De un salteador a quien castigó Dios en esta vida para salvarle en la otra, *n.* 269. De un pecador habitual y ya en peligros de desesperarse, que vivió en paz y se salvó por la intercesión de la sierva de Dios, *n.* 270. De un moribundo que se le representó en forma de árbol dispuesto para el fuego eterno, que consiguió más larga vida y la salvación por la intercesión de la venerable Catarina, *n.* 20. De otras tres almas que se le representaron como precipitadas al abismo y las detuvo y puso en salvamento su alado espíritu, *n.* 21. Véase. Visiones. De un expulsado de la Compañía, en quien se le representó la fatal desgracia en ser echado de la religión, *n.* 32. De un pecador que se le representó en forma de condenado y con visos de una desgraciada muerte, *n.* 79. Un caso que le sucedió a un confesor, miserable en lo temporal y en lo espiritual codicioso, *n.* 154. De otro caso que le sucedió con un portero de una religión, que hacía mal su oficio, *n.* 156. De una mujer envejecida en sus pecados, *n.* 229. De un demonio que estaba apoderado y hecho señor de toda una familia, *n.* 230. De una mujer profana que asistía con poca modestia, entre otras muchas señoras, en el templo, *n.* 231. De una religiosa profanamente vestida, *n.* 232. De un ladrón cogido con el hurto en las manos, que salió libre y sin costas de la cárcel por las oraciones de la venerable Catarina, *n.* 264. Caso raro de un eclesiástico que se apartó de una ocasión, por aviso del arcángel san Miguel y por los consejos y oraciones de Catarina, *n.* 272.
- Catalina*: santa Catalina de Siena y un particular sentimiento suyo, en orden a la moderación que se debe tener en las penitencias, *n.* 80.
- Cólera*: descripción de un hombre colérico, *n.* 266.
- Cometas*: no siempre son anuncios de desgracias, sino también de felicidades, *n.* 304.

---

<sup>2</sup> De lesa majestad, que actuaron contra la autoridad del rey.  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
<http://ru.historicas.unam.mx>  
2019.

*Compañía*: aprecio grande que hizo la sierva de Dios de la Compañía de Jesús, y cómo sintió no ser varón para poder entrar en esta religión, *n.* 28. Véase. Novicios. Varias revelaciones en crédito de esta sagrada religión. Véase. Revelaciones. Particulares noticias que dio Dios a su sierva acerca de los novicios de esta religión, *n.* 28-31. Varias revelaciones de los que mueren en ella, *n.* 21-23. Singular doctrina acerca de estas revelaciones con que ilustró Dios a Catarina, *n.* 29. Aborrecimiento especial que tiene el infierno a la Compañía y sus hijos, y de un especial conciliábulo que hicieron en el salón lóbrego de su infierno contra ellos, *n.* 36. Cómo las almas de los de la Compañía son, aun en el purgatorio, especialmente favorecidas de Jesús y María, *n.* 40.

*Comuniones*: cuánto se subordinaba en ellas al padecer de sus confesores, *n.* 110. Véase. Confesores y obediencia. Reglas prudenciales que deben observar los confesores en orden a las comuniones frecuentes de sus penitentes, *n.* 110 y 179. Cómo se disponía para recibir al Señor sacramentado, y de varios modos con que se le comunicaba por llegar siempre con obediencia a la sagrada mesa, *n.* 41 y 110. Cuán provechosa es la frecuente comunión a los que llegan con la debida disposición, *n.* 184.

*Comuniones espirituales*: cómo el Señor se le comunicaba espiritualmente por sí, por sus ángeles y santos, aun debajo de las dos especies, *n.* 115. Cómo Dios la exhortaba y provocaba con instancias para que le recibiese todos los días, *n.* 110.

*Confesores*: cuánto le costó el conseguir y perseverar con un solo confesor, *n.* 125, 130, 144 y 173. Véase. Demonios. Cuánto le costó el que éste fuese de la Compañía de Jesús, *n.* 104, 110, 130, 137, 166 y 167. Su primer confesor fue de la religión seráfica. Véase. Fray Juan Bautista. Cuánto padeció con los confesores. Véase. Paciencia, *n.* 37 y 140. Cuán dificultoso es que las almas espirituales hallen confesores proporcionados a su espíritu, *n.* 138, 140 y 171. Lo que padecen las almas con la muchedumbre, variedad y contrariedad de pareceres en los confesores. Véase. Paciencia y *n.* 138 y 177. Cómo avisaba Dios a los confesores por lengua de su sierva, *n.* 140, 150 y 151. Varios confesores que tuvo, de todas las sagradas religiones y del ilustre clero, que aprobaron su espíritu, *n.* 142. Para acertar han de ser del gusto y elección del penitente, después de haberlo encomendado al Señor, *n.* 143 y 172. Cuán compasivos, suaves y caritativos deben ser para con las almas atribuladas, *n.* 144. Véase. Desamparos y obscuridad. Deben imitar a los buenos médicos y justos jueces, que no absuelven ni condenan antes de oír a las partes y sin el conocimiento de las causas, *n.* 147 y 176. Cuándo y porqué negaba Dios la inteligencia de los secretos y tesoros que depositaba en esta alma, a los confesores, *n.* 150. Cómo distinguía la sierva de Dios los confesores propios que la gobernaban, de los confesores solamente de absolución, *n.* 176. Cómo castigó Dios a uno que no le quiso absolver, *n.* 177. Efecto de su humildad fue el no tener más que un solo confesor, *n.* 3. Subordinación que tenía a sus padres espirituales y lo que deseaba en ellos el secreto de sus cuentas de conciencia, *n.* 3 y 104. Cómo los respetaba y daba licencia para que publicasen sus pecados y no sus virtudes, ni revelaciones, *n.* 3-5. Cuán fiel y puntual era en franquearles los secretos de su conciencia, *n.* 63. Véase. Obediencia y resignación.

*Conformidad*: con la divina voluntad, *n.* 15. Véase. Resignación.

*Conocimiento*: de su propio conocimiento. Véase. Humildad, *n.* 11, 17 y 41.

*Conversiones*: Véase. Casos raros, poder contra los demonios y *n.* 220.

*Cruz*: cómo vivió crucificada en dos cruces, *n.* 73-74.



## D

*Demonios*: Véase. Martirios y poder que tenía sobre ellos. Cómo traidores y disimulados, se transformaban en ángeles de luz para combatir lo más extraordinario de su perfección, *n.* 7. Cómo le procuraban apartar del temor santo de Dios, *n.* 18. Véase. Temor. Cómo les aterraba con su humildad y confundía con su sabiduría, *n.* 7, 18 y 220. Véase. Sabiduría. Cómo la castigaban, crueles y rabiosos, *n.* 9. Véase. Paciencia y resignación. Cómo le impedían sus espirituales ejercicios, *n.* 107. Véase. Oraciones y paciencia. Cómo la persiguieron pertinaces para que no entrase en las iglesias de la Compañía de Jesús, ni se confesase con los hijos de san Ignacio, *n.* 130, 144, 150 y 156. Cuánto batallaron rebeldes, para impedirle el dar cuenta de su conciencia a los confesores, *n.* 157. Cuán tercios estuvieron en la pretensión de apartarla del dictamen de tener un solo confesor, *n.* 173. Cuán contumaces fueron en el impedirle la frecuencia de los santos sacramentos, *n.* 184. Con cuánta crueldad la atormentaron obstinados para acabar con su vida, *n.* 202-208. Cómo salía siempre vencedora por las asistencias frecuentes del cielo, *n.* 202-214. De otros martirios más extraordinarios con que la atormentaron, *n.* 215-220.

*Desamparos de Dios*: y lo que padecía en ellos la sierva de Dios. Véase. Ausencia y obscuridades y *n.* 138. Desamparos de confesores. Véase. Paciencia, confesores y *n.* 144.

*Descripciones*: de águilas, árboles, gloria, vejez, pelicano, tempestades, guerras, muertes, temores, obscuridades y nuevas cristiandades. Véase. En sus letras.

*Deseos de padecer*: Véase. Paciencia. Los que tuvo de amar y servir a Dios. Véase. Jesús y amor. Los que tuvo de ser de la Compañía. Véase. Compañía de Jesús, *n.* 28. Los que tuvo de la salvación de las almas. Véase. Casos raros, pecadores, misiones, temores y *n.* 13 y 27. De padecer por Dios y por los hombres. Véase. Paciencia y caridad.

*Desgracias*: las veía y preveía con la luz del cielo, para remediarlas con su padecer e intercesión en la presencia de Dios. Véase. Fiestas del mundo y *n.* 263.

*Diego*: el excelentísimo e ilustrísimo señor doctor don Diego Osorio de Escobar y Llamas, debió mucho en vida y muerte a las oraciones de la sierva de Dios, *n.* 250. Cómo previó el día de su fallecimiento y ayudó en la otra vida, *n.* 250. Padre Diego Ortiz Foronda, muerto a manos de los indios apóstatas en la Tarahumara, *n.* 329.

*Duque de Veraguas*: varias visiones que tuvo de la venida de su excelencia a las Indias y de su inopinada muerte, *n.* 253.

## E

*Enemigos*: Véase. Guerras, ladrones y traidores. Quien tiene o ha tenido enemigos debe estar siempre en vela, *n.* 266-268. Nunca se debe creer al enemigo, aun después de reconciliado y sacramentado, *n.* 268.

*Enfermedades*: cuán continuas y violentas eran las que padeció la sierva de Dios, *n.* 188. Cuán continuas eran las asistencias del cielo para el alivio de sus dolencias, *n.* 188. Cómo y cuándo se subordinaban los médicos corporales a los espirituales, en sus curaciones y mandarla sacramentar, *n.* 189-198. Cómo la prevenía Dios con la noticia de sus enfermedades, para que las lograra con la aceptación y conformidad con la divina voluntad, *n.* 189. De la enfermedad que padeció el año de 1674, y se pone por ejemplar de las anuales y frecuentes con que la ejercitaba el Señor, *n.* 193.

*Esclava*: cómo rehusaba el título de esclava de Jesús y María por el conocimiento de su indignidad. Véase. Humildad, España, reyes de España, monarquía, guerras y vuelos.

*Espíritus*: vanos e hipócritas. Véase. En sus letras. Muchos hay que necesitan de espuela, otros de freno, porque en materia de espíritu se puede errar por uno de los dos extremos, del más y el menos.

*Esposa de Jesús*: es blasón honorífico y por ello rehusó toda su vida este título la sierva de Dios, *n.* 53-73. Adornos y joyeles de esposa de Cristo, cómo y porqué los rehusaba, *n.* 65. Se da razón porqué admitía el título de querida y amada de Dios, cuando rehusaba el de esposa, *n.* 69-73.

*Estanques*: de aguas cristalinas y de leche, símbolos de nuevas cristiandades y de aumento de gracia, *n.* 126 y 330. Véase. Cristiandad y leche.

*Esterilidad*: cómo hizo la sierva de Dios de esta antigua afrenta, argumento de su profunda humildad. Véase. Humildad.

*Eternidad*: lo que aprovecha su conocimiento. Véase. Infierno, temores y *n.* 19. Eternidad de cielo. Véase. Bienaventuranza. Eternidad de infierno. Véase. Infierno y *n.* 19.

*Excesos*: de amor divino. Véase. Amor y favores de Jesús y María.

*Expulsos*: de las religiones, su peligro por la inconstancia y varias visiones que tuvo de algunos, *n.* 31. Véase. Perseverancia, Compañía de Jesús y casos raros. Favor es de Dios, el que no se admitan en las religiones los que prevé su Majestad que no han de perseverar. Véase. Casos raros y *n.* 31.

## F

*Favores*: cuán conveniente es la ocultación de los favores del cielo y peligrosa su manifestación, especialmente en mujeres, *n.* 4, 50, 58, 153 y 201. Véase. Mujeres. Cuánto y por qué motivos los rehusaba la sierva de Dios, *n.* 44 y 47. Cómo la humillaban los beneficios de Dios, *n.* 41, 50 y 122. Cuán poco seguros y peligrosos son los favores extraordinarios, que no humillan a los que los reciben y cuando éstos los desean, *n.* 49, 53, 121 y 122. Cómo y cuán restada batallaba con Dios porque no la favoreciese con regalos extraordinarios en esta vida, *n.* 53-72. Véase. Jesús y María. Cómo le comunicó el Señor las gracias que repartió entre otros muchos santos, *n.* 61. Favores especiales del Niño Dios, Jesús amante y de Cristo crucificado. Véase. Jesús y *n.* 53. Favores especiales de María santísima. Véase. María y *n.* 47 y 64.

*Fiestas del mundo*: paran ordinariamente en tristezas y desgracias, *n.* 254, 258 y 259. Cuánto huía de ellas la sierva de Dios. Véase. Visitas y retiro.

*Flotas*: Véase. Navegantes.

*Francisco*: san Francisco Javier, particular patrón de los navegantes, *n.* 295-301.

*Francisco de Borja, san*: Véase. Revelaciones y *n.* 23.

*Francisco de Asís, san*: santo de su devoción, *n.* 130. Véase. Patriarcas.

*Francisco de Arteaga, padre*: de la Compañía de Jesús, misionero apostólico de los indios tarahumaras, muy querido de la sierva de Dios, a quien ayudó en sus trabajos y profetizó muchas cosas dignas de esta historia, *n.* 318.

*Francisco Romero Moscoso, capitán don*: su bienhechor y afecto de Catarina, y por eso muy favorecido de Dios en toda su familia, *n.* 279.

*Francisco Javier de Vasconcelos, don*: a quien alargó Dios la vida por la intercesión de su sierva, *n.* 282.

## G

*Gaspar de Silva, señor don*: conde de Galve, virrey de Nueva España. Se trata de su grandeza, de la plenitud de su inteligencia y feliz gobierno. Véase. Dedicatoria de este libro y *n.* 329.

*Gentilidad*: los muchos gentiles que se redujeron a nuestra santa ley por la intercesión de la venerable Catarina, *n.* 301. Particulares noticias de la extensión de la fe en Japón, China, Mogor, Filipinas y en este nuevo mundo, *n.* 304. Véase. Tarahumara, cristiandad y californias.

*Gloria*: la que tenía prevenida Dios para su sierva, y cómo la alentó con manifestársela en esta vida, *n.* 50. Véase. Cielo, bienaventuranza, águila, árbol y perfección.

*Guerras*: las que tuvo con el Demonio. Véase. Demonio y poder. Cómo y con qué poder asistía a las guerras de la Europa, favoreciendo a los ejércitos españoles, *n.* 244. Alzamiento y guerras de Mecina a que asistió en espíritu, *n.* 246. Guerras de Flandes a que asistió en espíritu al señor conde de Monterrey, contra el príncipe Condé, general del ejército de Francia, *n.* 245. Guerras de Nueva España en sus puertos, *n.* 247. Cómo las permitía el Señor por los pecados de los españoles y con especialidad por su soberbia confianza, y cómo peleaba por nosotros con espada en mano, *n.* 248. De cómo se debió a Catarina y a sus oraciones, después de Dios, el desalojamiento de los enemigos que poblaban la laguna de Términos, *n.* 248. Véase. Enemigos y poder.

## H

*Habitación*: cómo convirtió su pobre albergue, por su profunda humildad, en huerto de flores y celestial paraíso a imitación de Cristo, que transformó con su divina presencia el pesebre en casa de Dios, *n.* 2. Véase. Humildad y vestidos.

*Hábito*: cuán honesto debe ser en las personas espirituales, a imitación del que usaba la sierva de Dios. Véase. Vestido y *n.* 11.

*Hija*: con qué propiedad lo era de la Compañía de Jesús, *n.* 13 y 28. Véase. Cruz, humildad y obediencia.

*Hipocresía*: cómo pierden su estimación las personas hipócritas entre los hombres y para con Dios, *n.* 10 y 154. Véase. Humildad y mujeres.

*Hipólito*: el capitán don Hipólito del Castillo y Altra, su casero, afecto y bienhechor; se insinúa su piedad, *n.* 1, 15 y 237. Véase. Habitación. Beneficios que recibió de Dios por el agradecimiento de la sierva de Dios, *n.* 274 y 277. Véase. Doña Juana María Moscoso.

*Honestidad*: la de la venerable Catarina; era hija legítima de su humildad y virginal pureza, *n.* 41. Véase. Pureza, recato, humildad y casos raros.

*Humildad*: Véase. Favores, mujeres y vanagloria. Es la humildad el ser y precioso valor de todas las virtudes, *n.* 1. Cuán humilde era en todas sus acciones y palabras, *n.* 1. Raros casos y ejemplos de esta preciosa virtud, *n.* 2. Véase. Obediencia. Era el escudo con que se defendía del Demonio y del mundo, *n.* 5. Con ella batallaba con los ángeles, con Jesús y María. Véase. Jesús y María y *n.* 12. Era humilde de ejecuciones y no sólo de afectos, *n.* 13. Pruebas de su heroica humildad en el sufrimiento de vilipendios, persecuciones y agravios, *n.* 15. Véase. Vanagloria y mujeres. Cuán bajamente sentía de sí y bien de los demás, *n.* 41. Véase. Cristiandad. Cuánto rehusaba las ilustraciones soberanas y favores del cielo, *n.* 44. Véase. Favores. Cuán restada rehusó por toda su vida el título

de esposa y esclava de Jesús y María, *n.* 12, 47 y 53. Véase. Jesús y María. Cómo huía recatada de toda apariencia de plausibilidad, *n.* 74 y 77. Véase. Favores y mujeres. Cómo por su humildad fue amada de Dios y de los hombres, *n.* 9. Véase. Hipocresía y mujeres. Cómo la humillaba Dios con favores y beneficios, *n.* 41 y 53. Véase. Favores. Cómo la ensalzaba Dios al peso y medida de su humildad, *n.* 41-73 y 338.

*Hurtos*: Véase. Ladrones y oraciones de la sierva de Dios. Cómo se valían de su intercesión frecuentemente los fieles para hallar las cosas hurtadas y perdidas, *n.* 283. Cómo consiguió de Dios que apareciese una mujer que se había huido de su marido, con crédito de ella y satisfacción de su marido, *n.* 284. Véase. Bienhechores.

## I

*Ignacio*: san Ignacio, su maestro y especial patrón, *n.* 88. Porqué se ha mostrado el glorioso patriarca a sus devotos con banderas en la mano, *n.* 91. Cómo estuvo siempre subordinada la sierva de Dios a los padres de la Compañía e hijos de san Ignacio. Véase. Compañía, confesores y obediencia y *n.* 127. Del amor que tuvo a esta sagrada religión, de la prudencia con que se apellidaba hija de san Ignacio y de sus hijos, hermana de la Compañía, y del especial aprecio que hizo de esta sagrada religión. Véase. Compañía, temores y templo y *n.* 127. Cuánto veló este glorioso patriarca para conservarla en sus iglesias y en la dirección de sus hijos. Véase. Demonios y sus persecuciones, confesores, obediencia y *n.* 127.

*Iglesia*: Cuán conforme es el orden concertado de la Militante, con el que tienen los ciudadanos celestes en la Triunfante, *n.* 16. Lo que le costó el perseverar en las iglesias de la Compañía de Jesús, *n.* 128 y 156. La veneración que se debe a los templos y a la predicación evangélica. Véase. Casos raros y *n.* 231.

*Imágenes*: cómo las respetaba aun en la representación formadas, *n.* 44.

*Imitación de Cristo*: Véase. Pasión del Señor, habitación, paciencia y *n.* 1, 15, 16 y 73.

*Inconstancia*: Se simboliza en la raposa, *n.* 35. Y en jumento, *n.* 31. Véase. Expulsos y perseverancia.

*Infierno*: lugar de confusión desordenada, y cuánto se debe huir ésta en el gobierno político y más en las iglesias, *n.* 16. Se pondera su horror y peligro en la descripción de un árbol. Véase. Árbol, eternidad, vejez, casos raros y *n.* 20 y 31. Lo que importa bajar vivos a él para no bajar después de muertos. Véase. Casos raros, temores de la sierva de Dios y *n.* 19 y 301.

*Inspiraciones*: cómo correspondía a ellas con la consulta y aprobación de sus confesores, *n.* 108.

## J

*Japón*: cuánto se aumentó su cristiandad, y noticias de su futura y total conversión, *n.* 304. Véase. Cristiandad. Futura confederación y amistad con los reyes de España. Véase. Reyes de España y *n.* 308.

*Jesús*: Jesús amante y varios favores que recibió de su divino amor, *n.* 53-64. Véase. Favores. Jesús niño en los brazos de su madre, *n.* 64. Jesús crucificado, objeto principal del amor de su sierva, *n.* 44. Véase. Pasión del Señor. Lo que estima Jesús a los de su Compañía. Véase. Compañía y *n.* 22. Cuán cordial afecto tenía la sierva de Dios al nombre de Jesús, *n.* 125. Véase. San Ignacio, Compañía y nombre de María.

*José*: san José, santo de su especial devoción y cómo le obligaba para asegurar su patrocinio, *n.* 128. Padre Joseph Tardá de la Compañía de Jesús, uno de los primeros misioneros de la nación tarahumara y varias noticias que nos da en sus cartas, *n.* 325. Véase. Misiones y tarahumaras.

*Joaquín*: san Joaquín, santo de su devoción, *n.* 126.

*Juan*: el ilustrísimo, reverendísimo y venerable señor don Juan de Palafox y Mendoza, virrey de Nueva España y obispo de Puebla de los Ángeles, que aprobó su espíritu, siendo su actual pastor; después de muerto, con representaciones de bienaventurado la alentaba y confortaba en compañía de sus confesores, *n.* 118. El venerable padre fray Juan Bautista, religioso de la orden seráfica, fue su primer confesor; le predijo entre otras cosas dignas de historia, su sumo padecer en esta vida y su dichosa muerte, *n.* 133. Padre Juan de Sangüesa de la Compañía de Jesús, uno de sus primeros confesores, *n.* 40 y 142. Véase. Confesores y purgatorio. Padre Juan Eusebio Nieremberg de la Compañía de Jesús. Véase. Revelaciones y *n.* 25. Padre Juan de Cáceres, su confesor, y de la admiración que le causaba la sabiduría de esta su penitente, *n.* 72. Padre Juan Bautista Varrena de la Compañía de Jesús, que murió en las Islas Filipinas, a quien asistió la sierva de Dios en espíritu, y nos previno con las noticias de su muerte y dichoso vuelo de su alma al cielo en la hora de su fallecimiento, *n.* 323. Doña Juana Morales de Irazoqui, hermana e hija en espíritu de la venerable Catarina; cómo corría mar y tierra en compañía de la sierva de Dios, para bien de los navegantes y de otros necesitados en el universo orbe, *n.* 286-301. Doña Juana Mejía Moscoso, su bienhechora y venerable matrona; por su virtud y gobierno asistida de la venerable Catarina en la hora de su dichosa muerte, *n.* 274. Visita especial que hizo a la sierva de Dios, con apariencias y representaciones de bienaventurada, *n.* 276. El señor don Juan de Austria fue asistido de la sierva de Dios en su muerte, y cómo nos la predijo mucho tiempo antes, *n.* 242. Señor don Juan Miguel de Augurto, oidor y presidente de las reales audiencias de México, Guatemala y Guadalajara, muy afecto a la sierva de Dios y asistido de la eficacia de sus oraciones en la muerte prevista y predicha antes por la misma Catarina, *n.* 262. Señor don Juan de Arechaga, oidor más antiguo y presidente de esta Real Audiencia de México, muy afecto de la sierva de Dios, y varios beneficios que recibió de su Majestad por la intercesión de su sierva, *n.* 285.

*Jueces y justicias de la tierra*: ordinariamente se acomoda su dictamen con la voluntad del divino y supremo juez. Véase. Ladrones, hurto y casos raros. Cuán errados viven los murmuradores de las justicias y gobernadores de la tierra, y cómo deben temer el juicio de Dios en la cuenta universal de sus malicias y malas intenciones, *n.* 265. Cómo suelen salir los ricos y poderosos, libres y sin costas de sus delitos por la codicia de los jueces o por la providencia divina. Véase. Ladrones y casos raros y *n.* 265.

*Justos*: lo que sienten las ofensas de Dios, *n.* 250. Sus muertes suelen ser castigo de los pecadores, *n.* 250. Cómo Dios les consuela con regalos y no se niega a sus peticiones. Véase. Favores y oraciones y *n.* 251. Cómo lloran en su retiro los pecados que se cometen en los regocijos públicos. Véase. Fiestas del mundo, *n.* 257. Cómo perdona Dios a muchos pecadores por las oraciones de un justo, *n.* 265. Suele la divina justicia conformarse con los dictámenes de la humana bien intencionada, *n.* 265. Cuánto siente Dios y severamente castiga a los que agravian a sus escogidos, *n.* 269.

## L

*Ladrones*: cuánto debieron a las oraciones de Catarina para librarse de los castigos que merecían sus delitos en esta vida y en la eterna, *n.* 263. Caso particular de un ladrón manifiesto, a quien dio por libre la justicia humana por las oraciones de Catarina, *n.* 264. De otros tres que castigó Dios para escarmiento de salteadores, *n.* 269. Véase. Casos raros, malhechores y hurto.

*Leche de la santísima Virgen*: cómo se la ofreció muchas veces a su sierva y la rehusó ésta por su humildad. Véase. Esclava, humildad y *n.* 47. Leche en pozos y estanques, repartida por manos de predicadores, es símbolo de conversiones de gentiles. Véase. Estanques y gentilidad.

*Ley de Cristo nuestro señor*: con cuánta puntualidad la observaba, *n.* 88. Véase. Obediencia y confesores. Varias maravillas con que mostró el Señor, lo que le agradaba en su sierva la exacta obediencia de su ley, *n.* 94. Porqué siendo tan suave la ley de Cristo se hace pesada para muchos, *n.* 92.

*Linajes*: se simbolizan en árboles y plantas. Véase. Árboles, dedicatoria de este libro y nobleza.

*Lorenzo*: fray Lorenzo Mola, capuchino, tuvo una visión particular en crédito de los que mueren dentro de la Compañía de Jesús, *n.* 24.

*Luceros*: símbolos de Jesús y María, *n.* 304 y 328.

*Luz del cielo*: que tuvo esta alma. Véase. Sabiduría, visiones y *n.* 69. Cómo fue Dios su principal maestro por sí, por sus ángeles y santos, *n.* 118, 162 y 169. Cuán grande y prodigiosa fue la luz que la guiaba por el camino del cielo. Véase. Revelaciones y *n.* 118. Efectos admirables de esta soberana luz, *n.* 122 y 239. Cuán necesario es maestro humano en el camino y cuán conveniente el que sea sólo uno. Véase. Confesores, obediencia y paciencia y *n.* 166.

## M

*Mar*: cuán terrible es a los mortales por su inconstancia y braveza, y cómo le hollaba la sierva de Dios en espíritu, amansando su furia con el divino poder, *n.* 258. Véase. Tempestades.

*Marcos*: hermano Marcos de la Compañía de Jesús, compañero de san Francisco de Borja, *n.* 23.

*María santísima*: favores especiales que hizo a la venerable Catarina, *n.* 64-73. Cómo purificaba su corazón con sus soberanas manos y la enriquecía por sí y por sus ángeles, para los desposorios del Niño Dios, *n.* 64-73 y 125. Cómo explicaba Catarina el poder y grandeza de esta soberana reina, y cómo se defendía con su nombre, *n.* 125. Cuán devota era la sierva de Dios de la imagen de Nuestra Señora de la Soledad y los muchos favores que recibió por medio de esta milagrosa efigie, *n.* 129. De otros favores que recibió de Nuestra Señora del Rosario, *n.* 194. La venerable madre María de Jesús, cómo predijo a Catarina sus trabajos y sumo padecer, *n.* 133.

*Marianas, Islas*: cuánto padeció por los indios, sus pobladores, *n.* 323.

*Marina*: doña Marina de Escobar y algunas de sus revelaciones. Véase. Revelaciones.

*Mancera*: la señora marquesa de Mancera, virreina de Nueva España, bienhechora de esta sierva de Dios y cómo se lo pagó Catarina en vida y muerte, *n.* 258.

*Manuel*: padre Manuel Sánchez de la Compañía de Jesús, muerto a manos de indios apóstatas en la Tarahumara, *n.* 329.

*Matrimonio*: Véase. Mujeres.

*Médicos*: los que confían en Dios y desconfían de sí, son los mejores, *n.* 189.

*México*: Nuevo México. Véase. Misiones.

*Miguel*: el padre Miguel Godínez de la Compañía de Jesús, su confesor, y su dichosa muerte, *n.* 40.

*Misiones*: las del Nuevo México, y alzamiento de sus indios y asistencia espiritual de la sierva de Dios favoreciendo a los españoles, *n.* 212. Misiones y padres misioneros de la Compañía de Jesús, cuán favorecidos han sido de Dios por la intercesión de Catarina, *n.* 316. Cómo previó y ayudó a la conversión y reducción de la nación tarahumara, y varios símbolos con que explicaba estas nuevas cristiandades futuras, *n.* 317, 320, 330 y 331. Véase. Cristiandad. Cómo y por qué las conquistas de los misioneros evangélicos se deben comparar con las de los emperadores, que tienen el primer asiento en el templo de la fama, *n.* 327.

*Modestia*: la de esta sierva de Dios fue muy singular. Véase. Honestidad, recato y vestidos.

*Monarcas*: no deben ensangrentar sus manos con la excepción del castigo, ni pueden premiar ni hacer justicia si les faltan buenos ministros, *n.* 240. Han de saber todo lo que pasa en la monarquía y no fiar todo su gobierno a los ministros, si no quieren malograr su buena intención y recta justicia. Véase. Reyes y *n.* 327.

*Moribundos*: sus congojas y sobresaltos, y cómo se hallaba a su cabecera en espíritu para favorecerles, *n.* 18. Véase. Temores.

*Mortificación*: cómo se dio a este santo ejercicio desde su niñez y cómo la alentaba el Señor en sus mortificaciones y penitencias, y cómo era para la sierva de Dios mayor pena el prohibírselas que el ejecutarlas, *n.* 73, 82 y 85. Véase. Penitencias.

*Muerte*: Véase. Temores, moribundos y humildad.

*Mujeres*: cuánto se pegan a los beneficios y regalos, aunque sean de Dios, y se desvanecen con ellos por su vana y natural ligereza, *n.* 4. No parecía mujer Catarina en el desprecio de sí misma por ser, hablando en lo general, todas las mujeres ambiciosas de sus propias alabanzas y estimaciones, *n.* 4. Cuán amigas son de exterioridades que las hagan notables y señaladas en el mundo, *n.* 73-76. Cuán dañosa es la división de mujeres en parcialidades de discordia, aunque se disfracen con velo y pretexto de virtud y perfección, *n.* 5 y 90. Cuán amigas son de saber y cuán dañosa su vana curiosidad, *n.* 5, 6, 50, 58 y 123. Cuán terrible es la ira en las mujeres y el sufrimiento con que las toleró la sierva de Dios, *n.* 14. Cuán ajeno es de las mujeres el oficio de enseñar, *n.* 91. Cómo suelen fingirse enfermas y aun endemoniadas para engañar al mundo y a los confesores, *n.* 144-160. Cuánto conviene el obligarlas a que no pierdan tiempo en el confesionario, *n.* 154-172. Ellas deben buscar al confesor y no aspirar a que el confesor las busque y acaricie, *n.* 172. Cuán amigas son de asistir a las fiestas públicas y comunes regocijos, por ver y ser vistas, *n.* 257. Cuán suave hacen el yugo del matrimonio si son buenas, y cuán intolerable si son malas, *n.* 275. Cómo y por qué se puede calificar de prodigio, el ver dos casados sin pleitos ni rencillas, *n.* 275.

*Músicas celestiales*: Véase. Mortificación y favores de Jesús y María.

## N

*Navegantes*: cuánto deben a las oraciones y caridad de la sierva de Dios, *n.* 236 y 286-301. Véase. Oraciones, mar y tempestades.



*Nobleza*: cómo no se opone a la santidad, *n.* 16. Véase. Linajes.

*Nombres de Jesús y María*: Véase. En sus letras y *n.* 125.

*Novicios*: particulares noticias que tuvo la venerable Catarina de los de la Compañía de Jesús, *n.* 31. Véase. Expulsos y Compañía.

## O

*Obediencia*: Se explica la perfección de esta virtud con ejemplos singulares que nos dejó la sierva de Dios, y cómo obedeció siempre a sus propios confesores y fue hija de san Ignacio por su humilde y perfecta obediencia, *n.* 82-88. Véase. Humildad y confesores. Cómo le comunicó nuestro padre san Ignacio su espíritu y ella le imitó con puntuales imitaciones, *n.* 89. Cómo todas las almas que se sujetaren al parecer del prudente confesor en la guarda de las leyes y consejos de Cristo, se pueden llamar hijas de san Ignacio por la imitación de sus heroicas virtudes y católica doctrina, *n.* 88. Cuán puntual fue en la observancia de los mandatos de sus confesores, médicos y señores, *n.* 92. Con cuánta exacción observaba los divinos preceptos y los humanos cristianos, *n.* 92-93. Véase. Enfermedades. Con cuánto extremo mostró el Señor lo que se agradaba del celo católico de la sierva de Dios en la guarda de su ley, obrando prodigios y maravillas, *n.* 94-104. Véase. Resignación. De la exacción con que ejecutaba los divinos consejos, resignada al dictamen de su confesor, anteponiéndole a las inspiraciones del cielo y voces angélicas, *n.* 104. Cómo no quería ni aun ir al cielo sin licencia de su propio confesor, cuando la convidaban los ángeles con la inmensa gloria de Dios, *n.* 117. Varios ejemplos en que se prueba la obediencia ciega y perfecta de la venerable Catarina, *n.* 104 y 110-118. Cómo los demonios pretendían, astutos y obstinados, impedirle la obediencia, *n.* 150, 161, 164, 173 y 184. Véase. Confesores, demonios y poder.

*Obscuridad*: cómo la ejercitó Dios con obscuridades y desamparos, *n.* 138, 161 y 387. Véase. Paciencia, desamparos, confesores, demonios y obediencia.

*Ocasión*: cuán poderosa es y peligrosa para la salvación de las almas, *n.* 231. Véase. Oración y casos raros.

*Oración*: cuán preciosas eran las de la venerable Catarina en los ojos de Dios, *n.* 2 y 39. Cuánto debe la monarquía de España a sus oraciones. Véase. Reyes de España; guerras y flotas; don Diego Osorio, obispo de Puebla; duque de Veraguas; marquesa de Mancera; don Juan Miguel y bienhechores. Se mostró con especialidad el poder de su oración en apartar a los pecadores de sus ocasiones, *n.* 269-273. Cuán grande dificultad sentía en alcanzar de Dios beneficios para los miserables y avarientos, *n.* 280. Cómo con sus oraciones fijó a una señora moza los dientes, *n.* 281. Cuánto le debían las conversiones y reducciones de herejes y gentiles, *n.* 301. Véase. Gentilidad, cristiandad y misiones.

## P

*Pablo*: porqué ocultó el apóstol san Pablo por muchos años los beneficios de Dios, *n.* 4.

*Paciencia*: actos heroicos de su humildad y paciencia, en las injurias y desprecios se conocen, *n.* 14. Desear padecer sin dar causa a la persecución de los prójimos, es argumento de verdadera humildad, *n.* 14. Lo que padecía en tiempo que tuvo muchos confesores, *n.* 110. Los grandes deseos que tuvo de padecer, y cómo le brindó el Señor, hasta las heces, el cáliz de su sagrada pasión, *n.* 133. Cómo quería más padecer que morir y que

gozar de la gloria, *n.* 200. Véase. Obscuridades. Lo mucho que padeció por los pecadores, herejes y gentiles, *n.* 302. Cómo la ejerció Dios en la virtud de la paciencia por medio de sus confesores, *n.* 137, 140, 144 y 150. Cómo la ejerció el Señor por sí, con desamparos y ausencias. Véase. Ausencias, obscuridades, pasión del Señor y enfermedades, y *n.* 138. Cómo le predijo el apostólico varón fray Juan Bautista y la venerable madre María de Jesús, *n.* 133.

*Palacios*: de los grandes monarcas; conviene tengan muchas puertas y muchos ministros, si son buenos, *n.* 241.

*Pasión*: la del Salvador, la obligaba a padecer con sufrimiento callado, *n.* 16, 44 y 73. Cómo le comunicó el Señor el dolor de la bofetada y otros escarnios, *n.* 14-16. Véase. Bofetada.

*Pastor*: símbolo de Cristo señor nuestro. Véase. Cristiandad y *n.* 324.

*Patriarcas*: de las sagradas religiones. Cuánto afecto les tuvo y cómo veneraba a todos los religiosos, *n.* 130.

*Pecados y pecadores*: cómo los manifiesta Dios para bien de sus creaturas. Véase. Casos raros, sabiduría y traidores. Cómo en la reincidencia, provocan las culpas en los delincuentes a desesperación, *n.* 270. Véase. Ocasión y casos raros. Varios símbolos con que la inclinaba Dios a padecer por los pecadores, y entre estos jeroglíficos el lienzo de sabandijas que vio el apóstol san Pedro, el del pelícano y con representaciones de Cristo en su sagrada pasión. Véase. Pecadores, misiones y pasión del Señor. Cómo se salvan muchos de los pecadores por las oraciones de los justos a quienes persiguen, *n.* 15. Véase. Caridad, oraciones y confesores. Sus conversiones, cómo y por qué se deben atribuir a las oraciones de la venerable Catarina. Véase. Casos raros, misiones y oraciones.

*Felipe*:<sup>3</sup> nuestro rey y señor don Felipe IV, el grande, de buena memoria, asistido del elevado espíritu de la venerable Catarina. Véase. Reyes de España.

*Pelicano*: símbolo de Cristo señor nuestro y de la venerable Catarina, *n.* 320. Véase. Águila.

*Penitencias*: de las que usaba la sierva de Dios, *n.* 73. Cuánto huía la publicidad en este santo ejercicio, *n.* 74. Algunas penitencias en particular que ejerció toda su vida, *n.* 76. Cómo se subordinaba a sus confesores en las penitencias y mortificaciones, *n.* 76. De las disciplinas que usaba y cuán agradables eran al Señor, *n.* 78. Cómo se encendía en fervorosos ardores con la representación de Cristo en su sagrada pasión, *n.* 78. Cómo los ángeles impedían el rigor de sus penitencias, para enseñarnos la moderación prudencial que debemos tener los confesores en la dirección de los penitentes, *n.* 80. Véase. Mortificación, paciencia, demonios y obediencia.

*Perfección*: varios símbolos con que explicó Dios la perfección de su sierva. Véase. Descripciones, humildad y *n.* 50 y 58.

*Perseverancia*: cuánto importa para la seguridad de la salvación, *n.* 29. Cómo contradecía el infierno la perseverancia de religión en los hijos de san Ignacio, *n.* 36. Véase. Compañía, iglesias, san Ignacio y demonios. En la perseverancia de las buenas obras está la verdadera señal de predestinación, *n.* 30. Véase. Inconstancia.

*Persecuciones*: que padeció la sierva de Dios, las del infierno. Véase. Demonios. Las del mundo. Véase. Humildad y mujeres y *n.* 15.

*Pobreza*: cuán pobre fue en su habitación y vestidos, *n.* 1. Véase. Vestidos.

---

<sup>3</sup> Felipe IV está designado en la letra “p”, porque en el original aparece como “Phelipe”.

- Poder*: el del infierno para atormentarla. Véase. Demonios y paciencia. Cuán grande fue el poder que le concedió Dios contra ellos, *n.* 220-225. Cómo huían de ella y se precipitaban a su tenebroso centro por no estar en su presencia, *n.* 222. Cómo los perseguía y divisaba con su espiritual vista cuando pretendían escondérselo, *n.* 223. Cómo los seguía con veloz vuelo y echaba de todas las casas de la ciudad, *n.* 225. Cómo los apartaba de las creaturas con quienes tenían estas bestias fieras particular amistad, *n.* 326. Cómo batallaba en espíritu con los demonios para quitarles las almas que tenían ya cautivas, *n.* 229. Se da razón porqué algunos demonios obstinados se resistían y perseveraban pertinaces en amistad de algunos de los pecadores, *n.* 230. Del poder que tuvo en el mar contra los infernales dragones, *n.* 236. Cómo le manifestaba Dios los riesgos de los navegantes, para que les favoreciese con sus oraciones, *n.* 236. Cómo les obligaba a decir el símbolo de la fe y otras cristianas oraciones, *n.* 8 y 220.
- Privados*: y ministros de los reyes. Depende muchas veces la paz de la monarquía de sus repentinas caídas, y con la propiedad que se le representaban a la sierva de Dios éstas, así como sus exaltaciones, *n.* 242-256.
- Profecías*: que tuvieron otras personas ilustres, en virtud de la perfección a que había de levantar Dios a su sierva, *n.* 133.
- Puebla de los Ángeles*: cuán devota y ostentativa es esta noble ciudad en la festividad anual de la Concepción de nuestra Señora, *n.* 106.
- Pureza*: cuánto batalló por defenderla, *n.* 136. Véase. Honestidad.
- Purgatorio*: cuán favorecidas son las almas de los de la Compañía de Jesús en este terrible lugar, *n.* 40. Véase. Compañía. Cuánto se resistía a sus plegarias y clamores cuando eran contrarios a la obediencia del confesor, *n.* 109. Con cuánto anhelo pedían sus oraciones, *n.* 277.

## R

- Raptos divinos*: los efectos que causaban en la sierva de Dios. Véase. Humildad, favores de Dios amante y *n.* 67.
- Raptos diabólicos*: *n.* 215-219.
- Recato*: lo guardaba la sierva de Dios, particularmente en las visitas de los hombres. Véase. Visitas y *n.* 270. Recato en el vestido. Véase. Vestido. Era recatada aun con el mismo Dios, *n.* 44.
- Reyes de España*: eran objeto principal de las oraciones de Catarina, *n.* 240. Se le significaban con el jeroglífico de un águila real, *n.* 240. Cómo consiguió de Dios se conservase la vida de nuestro rey y señor Felipe IV, a pesar de ánimos traidores, *n.* 240. Carlos II, nuestro rey y señor, fue el blanco de las oraciones de la venerable Catarina y le visitó en espíritu, deseó y consiguió del cielo su prosperidad y la de su monarquía, y últimamente profetizó su sucesión para bien de toda la cristiandad, *n.* 341. Conoció y predijo la sierva de Dios la protección especial con que favorecía el cielo a la casa de Austria, por la devoción al santísimo sacramento, *n.* 243. Véase. Guerras y flotas. Cómo les previene Dios con noticias para el gobierno acertado de sus monarquías, *n.* 256. De la unión y hermandad que ha de tener la monarquía de España con los reyes y reinos del Japón, y por qué parte del mundo se han de comunicar, *n.* 308.

*Religiosas*: lo que deben a las oraciones de esta sierva de Dios, todas las que tratan de perfección, *n.* 232.

*Resignación*: cuán continuo y perfecto era en la sierva de Dios este ejercicio, *n.* 97. Cómo explicaba la sierva de Dios su resignación, con muchas comparaciones muy propias y significativas, *n.* 101. Cómo los mismos demonios provocaron con cavilosas astucias, lo perfecto de la resignación y conformidad de esta alma con la voluntad de Dios, *n.* 103. Ni aun el cielo quería Catarina sino por voluntad de Dios, *n.* 103.

*Retiro de creaturas*: es necesario a la vida espiritual, así como la familiaridad con ellas es argumento de poca comunicación con Dios y con sus ángeles, *n.* 124.

*Revelaciones*: las que tuvo san Francisco de Borja acerca de los que mueren en la Compañía, *n.* 23. Revelación de fray Lorenzo Mola acerca de los que mueren en la Compañía, *n.* 24. Véase. Luz del cielo.

*Rosario*: de un rosario fingido muy milagroso que le aplicaron a la sierva de Dios unas mujeres ociosas, *n.* 164.

## S

*Sabiduría*: se la comunicó Dios, admirable por su humildad y por su amor, *n.* 43, 69, 70 y 72. Cómo dio algunas noticias secretas a los bienaventurados. Véase. Bienaventurados y *n.* 278.

*Sacerdotes*: cuánto los reverenciaba la sierva de Dios, *n.* 5.

*Sancho*: don Sancho Fernández de Angulo, gran capitán y gran gobernador, e insinuación de sus heroicas proezas; benefactor y afecto de la sierva de Dios, que le correspondió y ayudó con sus oraciones en vida y en muerte, *n.* 261

*Sanidad*: cómo tuvo desde su niñez este don en sus manos y lengua, *n.* 135.

*Secretos*: cómo le franqueaba Dios los tesoros de sus secretos. Véase. Luz, sabiduría y visiones y *n.* 69.

*Silencio*: es prodigioso en las mujeres, en materia de ocultar favores del cielo, *n.* 4. Es argumento de humildad. *Ibidem*. Fue prodigioso el silencio de Catarina en materia de ocultar las mercedes del cielo, *n.* 4.

*Sueños*: los prodigiosos, cómo se han de distinguir de los supersticiosos, *n.* 228.

## T

*Tarahumara*: Véase. Visiones. Se describe la Tarahumara, *n.* 318, 325, 333 y 335. Extensión de la fe de la Tarahumara. Véase. Cristiandad y *n.* 329. Alzamiento de los indios tarahumaras, previsto y predicho por la sierva de Dios, *n.* 329.

*Temores santos de su salvación*: son hijos de la humildad, *n.* 16 y 17. Cómo Lucifer procuraba apartarla del temor de Dios, *n.* 18 y 199. Cómo el cielo procuraba conservarla en estos santos temores y con conocimientos infalibles de la fe, visiones de la muerte y eternidad, *n.* 17-19, 27 y *n.* 31.

*Tempestades*: se describen las que levantaron los demonios en el mar y que sosegó la sierva de Dios, asistida de la reina de los ángeles, hasta poner en salvamento una real flota, *n.* 236 y 288-301. Levantaban los demonios estas borrascas contra las flotas, por el motivo de traer apostólicos misioneros, *n.* 331.

*Texas*: cómo previó y predijo su reducción a la fe católica la venerable Catarina, *n.* 306 y 319.  
*Traidores*: cuánto aborrece Dios la alevosía y con cuánto rigor la castiga en esta vida, descubriendo a los agresores, *n.* 266. Véase. Enemigos.

## V

*Vanidad y vanagloria*: cómo huía recatada de la apariencia de las plausibles aclamaciones, *n.* 3 y 74. Véase. Mujeres. Cuán vanas son las mujeres, *n.* 4 y 68.

*Vejez*: se simboliza y describe en un árbol seco, inútil y sin raíces. Véase. Árbol y *n.* 20.

*Verdad*: amarga a los del mundo, *n.* 14. El eterno Verbo se glorió de ser verdad, *n.* 14. Es hermosa y sus hijos feos y abominables, *n.* 14.

*Vestidos*: los honestos son alabados de Dios y de los hombres, y los que abusan de los hábitos son aborrecidos de todos, *n.* 11 y 234. Cuán pobre y mortificada era la sierva de Dios en los vestidos, *n.* 87. Véase. Humildad.

*Vida*: estiman la temporal los que no ponen los ojos en la eterna, *n.* 260. Véase. Fiestas del mundo.

*Visiones*: del aprecio de la Compañía. Véase. Compañía. Visiones de expulsos de la Compañía, *n.* 31-33. Visiones del cielo. Véase. Cielo y favores. Visiones de todo el universo, *n.* 69. Visiones de almas, *n.* 19. Visión particular de un pecador simbolizado en un árbol, *n.* 20. Visión extraordinaria de tres almas que se precipitaban al infierno, a quienes Catarina libró de caer en sus llamas, *n.* 21. Visiones con que le manifestó Dios su perfección y la eterna felicidad que le esperaba, *n.* 50. Véase. Favores.

*Visitas*: no visitaba, ni admitía visitas la venerable Catarina sin voluntad expresa de sus confesores, *n.* 105.

*Virtud*: trae consigo la cortesía y atención, *n.* 16. Por imprudentes, suelen escandalizar las personas espirituales, *n.* 16.

*Votos*: hechos a Dios, cuánto importa el que se cumplan y lo que siente que se dilaten, *n.* 296-301.

*Vuelos de espíritu*: cómo se han de entender en las almas espirituales, *n.* 227. Véase. Revelaciones. Repetidos vuelos que daba por el mundo la sierva de Dios. Véase. Flotas, gentilidad, nueva cristiandad, y *n.* 304.



**Los prodigios de la Omnipotencia  
y milagros de la gracia en la vida  
de la venerable sierva de Dios  
Catarina de San Juan**

**Tomo II**

se terminó de imprimir en la  
Ciudad de México el 10 de julio de 2017,  
con un tiraje de 500 ejemplares en los talleres de  
Estampa Artes Gráficas, Privada de Doctor Márquez 53, Col. Doctores  
Tel. (55) 5530 5289 / (55) 5530 5526 / (55) 5530 9239  
2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas  
Correo electrónico: [estampas@iic.unam.mx](mailto:estampas@iic.unam.mx)  
2019.